Las conversaciones privadas de Hitler

Prefacio a esta edición

Este libro fue publicado por vez primera en 1953 y desde entonces constituye la única presentación completa y consecutiva de un importante documento histórico: las llamadas Bormann-Vermerke*, el registro oficial de las «conversaciones de sobremesa» que Hitler pronunció en el momento culminante de su éxito, durante el primer año de su guerra de agresión contra Rusia, cuando con la victoria total a la vista el Führer se prometía la realización de los ambiciosos planes que había anunciado en* Mein Kampf *dieciséis años atrás. En aquella primera edición incluí mi ensayo «la mente de Adolf Hitler» —también reproducido aquí—, en el que exponía el contexto histórico y repasaba los contenidos del documento. Ahora en este prefacio informaré sobre el propio documento y sobre la curiosa historia de su publicación —o de su no publicación— durante los últimos cincuenta años.*

Como explicaba en aquel ensayo, los textos aquí reunidos fueron compilados a iniciativa y por orden de Martin Bormann, jefe de la Cancillería del partido y desde mayo de 1941 secretario del Führer en sustitución de Rudolf Hess, por entonces preso en Inglaterra. Del mismo modo que en 1924-1925 Hess había recogido de labios de Hitler su filosofía y su programa para exponerlos en Mein Kampf *durante el período en que ambos estuvieron encarcelados en la fortaleza de Landsberg, Baviera, así el sucesor de Hess, también aislado con el Führer en el* Führerhauptquartier *fortificado de Prusia Oriental o de Ucrania, se cuidaría ahora de que la conclusión triunfante de aquella obra y la puesta en práctica de aquella filosofía fueran recogidas para guía de la posteridad. Se encargaría del registro, con tanta exactitud como fuera posible, un experimentado funcionario del partido perteneciente al equipo personal de Bormann, Heinrich Heim, abogado con la categoría de* Ministerialrat.

Heim dio inicio a su registro el 5 de julio de 1941 y lo continuó regularmente durante más de ocho meses; pero a mediados de marzo de 1942 le requirieron otras obligaciones, y en los cuatro meses siguientes la función de registrador de las conversaciones de sobremesa, o «conversaciones privadas», fueron asignadas a un sustituto, el doctor Henry Picker. Heim volvió a su puesto el 1 de agosto de 1942, pero no siguió mucho tiempo en el cargo, pues en septiembre del mismo año —en las circunstancias que describo en mi ensayo— el propio registro se suspendió. Tanto Heim como Picker eran miembros destacados del partido que conocían personalmente a Hitler y en quienes éste confiaba plenamente. Y el registro, sin duda, se hizo de modo concienzudo. Los textos definitivos, esto es, los aprobados por Bormann, se enviaban a continuación a su esposa, a Obersalzberg, en donde los Bormann tenían una residencia oficial en

el complejo allí construido para el Führer. Una segunda copia se enviaba a los archivos del partido en Múnich.

El primero de estos testimonios desapareció hacia el final de la guerra, cuando el fuego destruyó el Führerbau *de Múnich. Posteriormente, el 25 de abril de 1945, la copia restante se libró por poco de seguir el mismo destino al destruir un ataque aéreo aliado gran parte del complejo del Obersalzberg. Fue la señora Bormann quien se la llevó consigo a un lugar seguro en el Tirol meridional —antes austriaco y ahora italiano—. Más tarde, estando enferma terminal de cáncer, entregó esa primera copia al Gauleiter de Tirol, de donde finalmente pasó, por compra, a manos de un emprendedor ciudadano suizo: François Genoud.*

François Genoud era una persona esquiva y algo misteriosa, que desde que a los 16 años oyera hablar a Hitler en una ocasión en Friburgo de Brisgrovia, y hasta su muerte —por suicidio— en 1998, dedicó al líder una devoción inquebrantable. Tras la caída del Tercer Reich, uno de sus principales objetivos fue la salvaguarda de los textos de la elite nazi y la compra de los posibles derechos de autor. Con ello, al tiempo que aliviaba la repentina pobreza de sus propietarios adquiría para sí un activo potencialmente vendible. El único registro oficial de las Bormann-Vermerke*, con los derechos de Hitler y Bormann devengados para sí, era el objeto más preciado de su colección. Tan sólo cabía esperar a que llegara su oportunidad.*

Desgraciadamente para él —pero para beneficio de los historiadores— Genoud no había contado con el doctor Picker. Secretamente, en los cuatro meses en que sustituyó a Heim como registrador de las conversaciones de sobremesa del Führer, el doctor Picker había hecho una copia personal de este registro y de otros de Heim a los que tuvo acceso. En 1951, adelantándose al señor Genoud, publicó en Alemania un volumen titulado Hitlers Tischgespräche*. Lo conformaban importantes pasajes de su copia particular ordenados no de manera consecutiva o cronológica, sino bajo encabezamientos generales: asuntos exteriores, guerra, propaganda, religión, mujer, etc. En realidad se trataba de una especie de antología de la sabiduría universal del Führer semejante, según él mismo, al relato de Eckermann de las conversaciones de Goethe. Confiado en los supuestos derechos adquiridos, el señor Genoud demandó al doctor Picker ante un tribunal alemán, pero éste falló en su contra. Como consecuencia, el señor Genoud adoptó la decisión de no exponer a otros predadores su texto alemán (que, al ser completo, resultaba desde luego mucho más importante que el de Picker) y sacar una traducción francesa con la que fundamentar sus derechos de autor en el extranjero. Así surgió en París en 1952 el primer tomo de su traducción,* Adolf Hitler: Libres propos sur la guerre et la paix*. El doctor Picker procuró impedir esta publicación ante los tribunales franceses, sin conseguirlo.*

Mientras el doctor Picker, con la mitad furtiva pero protegida de su texto, y el señor Genoud, con el texto alemán original completo comprado pero desprotegido, pleiteaban en los tribunales, yo llamé al señor Genoud a Lausana y le sugerí que permitiera la publicación

de una traducción inglesa con la que fundamentar también derechos de autor en inglés. Asintió de buen grado, y también lo hizo el señor George Weidenfeld, a quien recomendé el proyecto. Tal fue el origen de la primera edición de este libro.

Para los historiadores alemanes, deseosos de leer el texto original completo, fue frustrante tener que confiar en una traducción a otro idioma o recurrir a la antología del doctor Picker, devota y parcial. Pero entre el señor Genoud, que negaba resueltamente todo acceso a lo que sus competidores llamaban su «botín», y el doctor Picker, que defendía tenazmente su monopolio legalizado, resultaba imposible cualquier cotejo de los textos. El único camino era la competición, no la colaboración. En 1964 dos distinguidos historiadores alemanes, Percy Schramm y Andreas Hillgruber, lograron que el doctor Picker se rindiera y sacaron una edición en la que sus materiales eran ampliados con treintaiséis entradas tranquilamente extraídas del registro del Ministerialrat Heim, con comentarios eruditos y con algún otro material ajeno. Mientras tanto, otros estudiosos y editores aumentaron la presión sobre el señor Genoud. La negociación resultó muy laboriosa («sumamente fatigosa», según me dijo uno de ellos en 1968), pero finalmente el señor Genoud se rindió, con bastante cautela, al editor de Hamburgo Albrecht Knaus, quien publicó en 1980 el texto alemán de las Bormann-Vermerke *bajo el título de* Adolf Hitler: Monologe im Führerhauptquartier*. Tal es —en la medida en que puede serlo— el original alemán del presente libro.*

Y digo «en la medida en que puede serlo» porque en el texto alemán publicado hay una omisión importante. Entre el 12 de marzo y el 1 de septiembre de 1942 —esto es, el período en que Heim estaba ausente y Picker actuó como sustituto—las Bormann-Vermerke *contienen cien entradas. Ninguna de ellas figura en el Monologue: una última victoria del doctor Picker, Eckermann inexorable.*

La guerra de los treinta años librada en Alemania entre el doctor Picker y el señor Genoud por el texto de las conversaciones de sobremesa de Hitler, los litigios, las jugarretas de sus protagonistas y las diestras puñaladas académicas de las notas editoriales a pie de página podrán irritar o divertir a los lectores alemanes, pero los demás lectores probablemente encuentren en esta edición compacta y completa todo lo que buscan, por lo que me alegro de que este libro vuelva a imprimirse. Sin duda es una lectura necesaria para quienes estudien el nazismo y la segunda guerra mundial. En cuanto a mi propio ensayo, «La mente de Adolf Hitler», sólo pediré al lector que recuerde que fue una obra pionera, escrita en 1952. En algunos pasajes necesitaría modificaciones; aunque sin desestimarla, actualmente no aprobaría tan a la ligera la autoridad de Hermann Rauschning, mellada por Wolfgang Hanel.[1] Es posible que Rauschning cayera a veces en tentaciones periodísticas, pero tuvo

[1] Wolfgang Hanel, Hermann Rauschnings *`Gespräche mit Hitler' —eine Geschischtsfäl¬schung*, Ingolstadt, 1984.

ocasión de recoger las conversaciones de Hitler, y el tono general con que las registró anticipa manifestaciones posteriores con demasiada exactitud como para ser rechazadas como supercherías. No pueden rechazarse en igual medida que el libro de Josef Greiner, que cito de pasada pero que actualmente está desacreditado como fuente sobre la vida de Hitler en Viena. Hechas estas salvedades, me alegra que el ensayo vuelva a publicarse tal como apareció en 1953. Si sigue mereciendo la pena su reimpresión, podrá sobrellevar su fecha a modo de testimonio.

HUGH TREVOR-ROPER

«La mente de Adolf Hitler»

¿Quién fue Hitler? La historia de su carrera política está sobradamente documentada y no nos podemos sustraer a sus terribles efectos. La historia quizá aplique su nombre a una generación y se hable algún día de la era de Hitler como hoy hablamos de la de Napoleón o la de Carlomagno. Y, sin embargo, ¡qué poco comprendido ha sido su carácter, a pesar de la profunda huella que ha dejado! Lo que hizo está claro; cada detalle de sus actividades políticas está ahora históricamente establecido gracias a un hallazgo de documentos y exposición de los mismos que no tiene paralelo en la historia. Su vida diaria y su conducta personal han sido examinadas cuidadosamente. Pero cuando se pregunta a los historiadores, no qué hizo sino cómo lo hizo, o, más bien, cómo pudo hacerlo, evaden la cuestión, escabulléndose tras respuestas ambiguas. Para los dogmáticos marxistas era simplemente un muñeco, un títere en manos de un capitalismo agonizante. Otros lo han considerado un charlatán que se aprovechó de una serie de incidentes favorables, un actor consumado e hipócrita, un campesino taimado y bribón o un hipnotizador que seducía la razón de los hombres como con los hechizos de un brujo. Sir Lewis Namier llega incluso a respaldar lo que dice de Hitler un funcionario alemán despechado, que lo califica de simple iletrado, falto de lógica, amigo de baladronadas y de charla superficial, sin orden ni sistema. Hasta Mr. Bullock parece gozar considerándolo un aventurero diabólico animado solamente por una infinita sed de poder personal. Pero, podemos objetar, ¿podría un simple aventurero, un charlatán mañoso, aunque atolondrado, hacer lo que Hitler hizo, comenzando de la nada, plebeyo solitario en una gran ciudad cosmopolita, sobrevivir y mandar todas las fuerzas ocultas que había movilizado y, acaudillándolas, casi conquistar el mundo entero? Es una pregunta a la que rara vez se contesta satisfactoriamente. Los historiadores rehúyen la cuestión, y como sucede con los héroes antiguos, sólo sabemos que hemos estado hablando con los inmortales por el hecho de que ya no están entre nosotros.

Nos enfrentamos con un problema que no debemos esquivar, sino que, por el contrario, debemos esforzarnos en solucionar. Consideremos, por un momento, hasta dónde llegó Hitler. Hijo de un humilde funcionario austriaco, de escasa educación, neurótico, sin oficio ni beneficio, desmoralizado, que vive al día en los barrios bajos de Viena, aparece en Alemania y en su época de mayor penuria declara que el pueblo alemán puede, por sus propios esfuerzos y

contra el deseo de los aliados, no sólo recobrar los territorios perdidos, sino aumentarlos, conquistando y dominando toda Europa. Años más tarde declaró que él, personalmente, podría conseguir ese milagro. Veinte años después era tal el éxito que había alcanzado, que el resto del mundo creyó que sólo mediante un milagro se le podría hacer frente.

Los historiadores no creen en milagros. Echando una mirada retrospectiva, encuentran inevitable lo sucedido y se limitan a explicarlo. Sin embargo, algunas veces es conveniente contemplar los acontecimientos desde su punto de inicio, y no desde su conclusión, y considerar desde él las posibilidades de éxito y no el resultado que en definitiva se alcance. Solamente así podemos apreciar el carácter de aquellos que los previeron. Tomamos ciertamente como prueba de la sabiduría política de Mr. Churchill que en 1933 apreciara, como pocos hicieron, el peligro real de un nuevo imperio alemán. Deberíamos aceptar como un signo del genio de Hitler que éste, doce años antes, cuando parecía mucho más improbable, descubriera la esperanza de un imperio y creyera —correctamente, como se ha probado— no sólo que podía edificarse, sino que él, que no era entonces más que un simple cabo inactivo, sería su artífice. He insistido sobre este punto porque deseo mantener —contrariamente a la opinión de la mayoría— que Hitler era inteligente. Me parece que si un sencillo visionario podía en 1920 soñar con una revolución, y un simple aventurero beneficiarse de ella en 1930 (como Napoleón se benefició de la Revolución Francesa que otros hicieron), cualquier hombre que enfocara y creara a la vez una revolución, y que, fracasado y encarcelado, publicara un plan completo de los fines que perseguía, en ningún punto importante diferentes a su última forma real, no podría ser considerado un visionario ni un simple aventurero. Era un pensador sistemático y su mente es, para el historiador, un problema tan importante como las mentes de Bismarck o de Lenin.

¿Por qué nos hablan tan poco los historiadores de la mente de Hitler, desechándola a menudo como no existente? En parte, sin duda, por su carácter repelente. Las mentes interesantes son las sensibles, lúcidas, ricas, versátiles, humanas. Las mentes de muchos hombres de Estado despóticos y teorizantes formidables, por cuyos fines podamos tener poca simpatía, se convierten, no obstante, en interesantes y tal vez hasta merecedoras de nuestra consideración por estas cualidades: la mente de Richelieu nos atrae por su lucidez, la de san Agustín por su riqueza, la de Cromwell por su plena humanidad. Pero la de Hitler no poseía estos atractivos. Era áspera, turbia, estrecha, rígida, cruel. Solamente su fuerza la hacía digna de estudio, pero la fuerza mental, aunque importante, no es por sí misma atractiva.

Existe también otra razón por la que los historiadores han valorado en tan poco la mente de Hitler. Se basa en las fuentes utilizadas, que son en su mayor parte las facilitadas por quienes estuvieron en permanente contacto con el Führer durante largo tiempo. Esos hombres eran necesariamente personas de gran cultura

y, como tales, conocedores de la vulgaridad y falta de elasticidad de la mente de su amo, según han destacado debidamente en sus escritos. Pero era también gente que después de la guerra creyó necesario excusarse por los servicios prestados al amo desacreditado; y ¿qué mejor manera de excusarse que presentarse como inocentes engañados por un embustero sobrehumano, un hipócrita que con su hipocresía superlativa pudo engañar incluso a unos hombres tan virtuosos e inteligentes como ellos? Tales excusas son comunes en la historia de las revoluciones fracasadas. Aquellos que se comprometieron a prestar servicio a las órdenes de Oliver Cromwell le describían también como un maestro ducho en la hipocresía maquiavélica y en el engaño diabólico, y durante doscientos años —hasta que Carlyle publicó las cartas y los discursos de Cromwell— se aceptó esta doctrina. Siempre hay que pagar un precio por los errores catastróficos. No cabe duda de que si Adán y Eva no hubieran sido descubiertos en su crucial transgresión, la serpiente (si es que su descubrimiento gozaba de algún crédito) hubiera sido considerada un útil portavoz, la articuladora del deseo general del pueblo del paraíso: le dieron su diabólica reputación para salvar su propia reputación tras un error catastrófico.

Por tanto, si queremos descubrir la mente de Hitler, debemos ir más allá de las espesas cortinas de la evidencia superficial, el carácter repelente que formaba su expresión y que ninguna fuerza imaginativa podía compensar, y de los intermediarios que han formulado comentarios acerca de ella y que no nos merecen ninguna confianza. Debemos ir directamente a las expresiones personales de Hitler: no ciertamente a sus cartas y discursos —que, aunque valiosos, son demasiado conocidos y demasiado formales o convencionales para nuestros propósitos—, sino a sus conversaciones privadas. Estas charlas, como los libros de notas, revelan la mente de un hombre de forma más clara e íntima que ninguna expresión formal, y siempre que podemos disponer de ellas las encontramos de gran valor. El diario del Dr. Goebbels, que fue escrito para ser publicado, tiene poco valor histórico. ¡Cuánto más vivamente emerge la mente del más intelectual de los nazis en las charlas de sobremesa registradas por Rudolf Semler![1] Las propias charlas de sobremesa de Hitler en los años cruciales de la *Machtergreifung* (1932-1934), brevemente registradas por Hermann Rauschning,[2] asustaron tanto al mundo (que no podía todavía en 1939 creerle capaz de tales crueldades o ambiciones) que durante mucho tiempo fueron consideradas apócrifas. Ahora, según creo, se las acepta como verídicas. Si todavía existe alguna duda acerca de su autenticidad, se desvanecerá después de leer el volumen que ahora se publica, que no es sino una copia de las notas oficiales y auténticas de las conversaciones de Hitler, posteriores en casi diez años a las registradas por Rauschning.

---

[1] Rudolf Semler, *Saadan var Goebbels*, Copenhague, 1947.
[2] Hermann Rauschning, *Hitler Speaks*, Londres, 1939. (Trad. cast., *Hitler me dijo*, Atlas, Madrid, 1946.)

¡Cuánto ocurrió en esos diez años! En 1932, cuando Rauschning comenzó sus notas, Hitler había finalizado la primera etapa de su revolución. Diez años antes se había erigido en cabecilla de un partido revolucionario de Alemania, sólo para sufrir humillaciones y derrotas e ir a parar a una cárcel de Baviera, con su carrera política aparentemente rota y acabada. Pero ya el *Kampfzeit*, aquellos años de lucha a los que se referiría posteriormente tan a menudo y con tanto entusiasmo, había finalizado; ya se había situado en el umbral del poder en Alemania, y ya, mientras en público apaciguaba a sus aliados y amos conservadores con expresiones moderadas, describía privadamente, con confiada fruición, la próxima etapa de la revolución. Escuchándole, el propio Rauschning —que era un conservador, un *Junker* prusiano aterrado ante tales ambiciones milenarias— extrajo las consecuencias. En 1934 se separó de la *Juggernaut*, a cuyo dirigente había prestado oídos, y huyó al extranjero. De esta forma, la ventana que Rauschning abriera para el Occidente en la mente de Hitler (¡y cuán pocos miraron dentro de ella o creyeron lo que veían!) se cerró repentinamente y durante la década siguiente la charla de sobremesa en el cuartel general del Führer volvió a ser —como siempre había tenido intención de ser— privada. ¿Cómo es, pues, que en 1941, cuando Hitler había completado la segunda etapa de su revolución y se preparaba para lograr su ambición final suprema —la conquista del este—, aquella ventana se abrió de nuevo, y no por causa de un accidente como la deserción de Rauschning diez años antes, sino deliberadamente, por medio de la institución de un registro oficial? Para responder a esta pregunta debemos considerar por un momento las circunstancias en que aquellas conversaciones tuvieron lugar.

La vida de Hitler durante la guerra transcurrió, generalmente, en su cuartel general militar. Durante la campaña polaca ese cuartel general estaba en su tren especial, estacionado cerca de Gogolin; más tarde, durante la misma campaña, lo transfirió a un hotel en Zoppot. Al comenzar la campaña de Occidente, su cuartel general era un estrecho búnker cerca de Bad Nauheim al que Hitler llamaba *Felsennest* o «Eyrie»; más tarde, cuando las victorias se sucedían sin interrupción, lo trasladó a Brûly-de-Pesche, en la frontera francobelga, cerca de Roczoi. Su cuartel general se llamaba entonces *Wolfsschlucht*, «Cubil del lobo» (Hitler gustaba del nombre «lobo», que incluso se otorgó a sí mismo cuando se escondía en los días del *Kampfzeit*). Fue en *Wolfsschlucht* donde recibió la noticia de la caída de Francia y donde bailó su famosa danza. Después de ello dividió su tiempo entre un nuevo cuartel general en la Selva Negra (*Tannenberg*) y su tren especial. En julio de 1941 se desplazó a Prusia Oriental para dirigir la más grande de todas sus campañas, el golpe demoledor del este. Durante más de tres años su cuartel permaneció en la zona, generalmente en Prusia Oriental, incluso una vez (durante el avance triunfal del verano de 1942) en la misma Rusia. Luego, en noviembre de 1944, el mariscal de campo Keitel logró convencerle de que abandonara aquel lugar tan poco

saludable, entre lúgubres bosques de pinos en los que casi había sido asesinado y donde había llevado, durante el último año, noche y día, una existencia troglodítica. Este cuartel general de Prusia Oriental estaba en Rastenburg y Hitler lo llamaba *Wolfschanze*, «Guarida del lobo». Su cuartel general provisional en Rusia estaba en Winnitza, Ucrania, y se le llamó *Werwolf*.

Fue en *Wolfschanze* o en *Werwolf* donde las charlas compiladas en este libro tuvieron lugar durante las comidas, algunas veces en el almuerzo, otras en la cena, y más a menudo en su última comida del día, momento en que se sentía más comunicativo y cuando la larga sucesión de té y pasteles —generalmente mucho después de medianoche— ponía punto final a un día de trabajo. Entonces Hitler se expandía. Hablaba apasionadamente y parecía que con su palabra y su vista —aunque tenía una voz ronca y unos ojos inexpresivos— fascinaba a sus oyentes, porque su charla familiar, en contraste con su oratoria oficial, era —todos sus oyentes están de acuerdo en ello— viva, flexible y algunas veces hasta alegre. Naturalmente, era en su mayor parte un monólogo —aunque a Hitler le agradaban las interrupciones que estimulaban la conversación— y con frecuencia repetía conceptos. Sin embargo, su círculo íntimo —eran sólo sus más próximos allegados y algunos huéspedes ocasionales de confianza quienes asistían a estas sesiones— se deleitaba con ello. Veían en sus palabras toda la mente del Führer, detalles autobiográficos no conocidos de sus primeros tiempos, la historia secreta del glorioso *Kampfzeit*, la terrible pero excitante filosofía gracias a la cual se habían puesto en práctica las tres cuartas partes de su vasto programa, y estaba, según parecía, a punto de conseguir el resto. ¿Por qué, se preguntaban, no podrían estas auténticas palabras del Maestro ser registradas para la posteridad? Fue Martin Bormann, el evangelista del movimiento, el indispensable secretario de Hitler, su agente infalible, su hombre de mayor confianza, quien insistió en ello. Pero Hitler siempre rehusó. Odiaba ver instrumentos mecánicos de grabación e incluso taquígrafos en sus horas de descanso, cuando él se manifestaba de forma espontánea, imprudente e incluso alegre. Luego, casi repentinamente, en julio de 1941, cuando llegó el momento apocalíptico y el gran triunfo en el este iba a comenzar, accedió. Aunque con limitaciones: no admitiría en la habitación instrumento mecánico de grabación alguno e insistió en que ninguna figura intrusa o gestos inoportunos pudieran desconcertarle mientras hablaba, o cohibir sus expresiones. Consintió en que durante las comidas fuera admitido en la estancia un funcionario del partido que podría, desde un rincón apartado y sin hacerse demasiado visible, tomar algunas notas taquigráficas, cuyo formato final debería ser corregido, aprobado y guardado por el único intérprete de confianza de los pensamientos del Führer, Martin Bormann.

Bormann hizo en seguida los arreglos necesarios. Un funcionario del partido fue designado para ello, y desde el 7 de julio de 1941 fue admitido a en presencia de Hitler durante las horas de la comida. Su nombre era Heinrich Heim. Durante las charlas se sentaría

discretamente aparte, tomando breves notas taquigráficas; después se retiraría y, tomando como base aquellas notas, dictaría a una de las mecanógrafas de Bormann lo que había registrado de la conversación. El escrito se entregaba a Bormann. Este lo leía por completo, algunas veces corrigiéndolo o añadiendo notas aclaratorias, le ponía sus iniciales y lo archivaba. Heim continuó tomando estas notas hasta el 11 de marzo de 1942, cuando se le envió en misión especial a París, durante un período de cuatro meses; durante ese tiempo, otro funcionario, el Dr. Henry Picker, le sustituyó. Heim y Picker, sin embargo, no eran sino simples subordinados que actuaban bajo las instrucciones y control de Bormann, quien, como secretario de Hitler, era responsable de la preparación, precisión y preservación de las anotaciones. Algunas veces, en ocasiones íntimas, las tomó el mismo Bormann. Fuera quien fuese el que las tomaba, el volumen era conocido oficialmente como *Bormann-Vermerke* y en el encabezamiento de las 1.045 páginas mecanografiadas que ocupaba en total y que Bormann guardaba bajo su custodia personal escribió de su propio puño y letra: «Notas de interés fundamental para el futuro. Deben conservarse con el mayor cuidado».

Heim volvió el 1 de agosto de 1942 para reanudar sus tareas como reportero en el cuartel general de Hitler, pero se encontró con que no iba a durar mucho tiempo en su cargo, ya que el *annus mirabilis* de Hitler se estaba acercando a su fin. En el verano de 1942, la estrategia de Hitler en el este —en particular el debilitamiento del Sexto Ejército de Paulus en Stalingrado con el objeto de atacar presas más distantes en el Cáucaso— desembocó en una violenta oposición por parte del Estado Mayor General del ejército. El general Haider, Jefe de aquel Estado Mayor, todavía tartamudea al recordar la escena. Las decisiones de Hitler, dice, «dejaron de tener nada en común con los principios de estrategia y movimiento, tal como habían sido admitidos desde hacía muchos años. Eran el producto de una naturaleza violenta que seguía sus propios impulsos», megalomanía mórbida, criminal irresponsabilidad. Hitler trató a los oficiales del Estado Mayor General como cobardes cuyas mentes estaban «fosilizadas por anticuadas formas de pensar», y cuando un oficial leyó las cifras que ponían de manifiesto la potencia rusa, «se lanzó contra él con los puños cerrados y la boca espumeante, prohibiendo la lectura de habladurías idiotas».[1] Hitler ganó en lo referente a estrategia y ya conocemos el resultado de su victoria. Como consecuencia de estos desacuerdos, Haider fue destituido en septiembre de 1942. Al mismo tiempo, Hitler dejó de admitir a los miembros del Estado Mayor a sus comidas y pasó a considerarlos como enemigos, «la única masonería en cuya destrucción he fracasado». Su rutina se quebró y en sus manifestaciones faltaron la alegría de pequeño burgués, la confidencia sanguinaria, la imaginación inflamable; y el *Bormann-*

[1] Franz Haider, *Hitler als Feldherr*, Múnich, 1949. (Traducción inglesa, *Hitler as War Lord*, Londres, 1950, pp. 53-57. Trad. cast., *Hitler, general*, Ares, Madrid, 1950.)

Vermerke desapareció, por lo menos como institución regular. Se siguieron tomando notas ocasionalmente, y están recopiladas en este libro, pero fueron intermitentes, excepcionales y escasas. No fueron tomadas por Heim, sino por Bormann o por un tercer reportero que sucedió a Heim.

Los monólogos, naturalmente, no cesaron, sino que cambiaron de carácter y se dirigieron a una audiencia más limitada. Primeramente, cuando una profunda y casi maníaca depresión se apoderó de Hitler, después de la batalla de Stalingrado, se aisló en una absoluta soledad, y durante varios meses comió solo, acompañado de su perro pastor. Cuando aquella soledad comenzó a pesarle, se decidió de nuevo a invitar en ocasiones a algunos oficiales a sus comidas, pero encontrando imposible, en su compañía, evitar los temas militares, pronto abandonó el experimento. Finalmente se adaptó a la regular, pero a menudo aburrida y poco comprensiva audiencia de sus secretarias, variada ocasionalmente por su ayudante, borracho y pendenciero, su locuaz médico y —después de julio de 1944, cuando temía ser envenenado si no se mostraba exageradamente atento con ella— su cocinera vegetariana.[1] Una de sus secretarias ha hecho un melancólico relato de esas ocasiones: «Después de Stalingrado —escribe— Hitler no podía escuchar ya música, y en su lugar cada noche teníamos que escuchar sus monólogos. Pero su charla de sobremesa estaba tan oída como sus discos de gramófono. Era siempre lo mismo: sus primeros días en Viena, el *Kampfzeit*, la historia del hombre, el microcosmos y el macrocosmos. Sabíamos de antemano lo que nos diría. Sus monólogos llegaron a aburrirnos. Pero los asuntos mundiales y los sucesos del frente nunca se mencionaban; todo lo que se relacionaba con la guerra era tabú». «En 1944 me encontré algunas veces sentada frente a Hitler a las ocho de la mañana, escuchando sus palabras con fingida atención... Todavía me pregunto por qué sacrificaba de este modo su descanso nocturno para exponer sus teorías a una audiencia que hubiera preferido dormir.» Eva Braun, que algunas veces también estaba presente, se molestaba menos en esconder su aburrimiento: ocasionalmente lanzaba a Hitler una mirada de desaprobación o preguntaba la hora en voz alta. Entonces Hitler finalizaba su monólogo, presentaba sus excusas y se marchaba.[2]

Este libro no tiene relación con esas últimas y, en su mayor parte, desalentadoras conversaciones, ni, naturalmente, contiene el

---

[1] Durante la guerra Hitler tuvo cuatro secretarias personales: las señoras Johanna Wolf, Christa Schroeder, Gerda Daranowski (que hacia el final de la guerra se casó con el general Christian) y Traudl Junge. Las tres primeras son mencionadas ocasionalmente por sus iniciales, J. W. C. S. (o Chr. Schr.) y G. D., en tanto que participantes en las conversaciones de sobremesa. El ayudante de Hitler era Julius Schaub, su médico el Dr. Theodor Morell y su cocinera vegetariana la señora Manzialy.

[2] A. Zoller, *Hitler Privat*, Düsseldorf, 1949, pp. 44-45, 97 y 146-147. El verdadero autor de este valioso libro (cuya precisión confirman estas conversaciones) es, como de él se desprende, la señora Schroeder. (Trad. cast., *Doce años al lado de Hitler*, Símbolo, Barcelona, 1954.)

registro completo de lo que a menudo debió de ser, incluso en los mejores tiempos, su discurso reiterado. Contiene sólo aquellas partes de las conversaciones de Hitler que Bormann creyó conveniente registrar. A pesar de ello, hay repeticiones. La mayor parte de su contenido refleja además la aspereza y crudeza, el dogmatismo, la histeria y la trivialidad de la mente del Führer. Pero aunque mezclado con muchas materias aburridas y molestas, también contiene el núcleo de su pensamiento; es el espejo de su genio execrable, un genio del que yo creo es posible y esencial separarse.

Hitler se vio a sí mismo como un hombre del siglo, casi como el Mesías (aunque él expresamente no aceptaba tal título religioso). Creía que solamente —o casi solamente— él comprendía la crisis de nuestra época y podía, a la vez, corregirla. Según él, la derrota de Alemania en la primera guerra mundial no fue meramente una crisis de Alemania: fue —como lo había sido para Oswald Spengler— una crisis de la civilización, la clase de crisis que ocurre sólo en raros momentos de la historia y que únicamente puede ser comprendida por quienes han estudiado diversos siglos y remediada por aquellos que están preparados para lanzar y controlar cataclismos y convulsiones en que las civilizaciones perecen o nacen. Esta visión de la historia afectada por cataclismos forma parte esencial de las ideas de Hitler y es imprescindible para nosotros comprenderla, pues se contemplaba a sí mismo y la misión que se atribuía dentro de este marco, y en él juzgaba a los hombres actuales y a quienes pertenecían ya a la historia. Una de las expresiones más claras de este punto de vista fue manifestada por él no en 1941, cuando se le podía imputar fácilmente la intoxicación del poder, sino en 1923, cuando estaba aparentemente derrotado y en la cárcel. Es un pasaje que ya he citado anteriormente[1] pero puesto que el *Mein Kampf* aunque es libro de importancia fundamental, no es en general legible ni leído, no me excusaré por citarlo nuevamente. «En largos intervalos de la historia humana —escribió entonces— puede suceder ocasionalmente que el político práctico y el filósofo político sean una misma persona. Cuanto más íntima es la unión, mayores son sus dificultades políticas. Tal hombre no trabaja para satisfacer las demandas que son obvias para la mayoría, sino que se dirige hacia fines que son comprensibles solamente para unos pocos. Por lo tanto, su vida se debate entre el odio y el amor. La protesta de la generación actual, que no le comprende, lucha con el reconocimiento de la posteridad, por la que también labora.»[2] En 1941 los éxitos de Hitler le habían confirmado este punto de vista, es decir, que él podía, a la vez, entender y controlar el curso de los siglos. Su mente se extendía continuamente sobre la historia de la humanidad, sus etapas cruciales y los grandes hombres que habían sido los arquitectos de su evolución. «Un hombre que no tiene sentido de la

[1] *The Last Days of Hitler*, 1950, 2.a ed., p. 46. (Trad. cast., Hugh Trevor-Roper, *Los últimos días de Hitler*, Alba, Barcelona, 2000.)
[2] *Mein Kampf*, trad. inglesa, Londres, 1939, p. 183. (Trad. cast., *Mi lucha*, Fapa, Barcelona, 2003.)

historia —dijo—es como un hombre que no tiene ni oídos ni ojos. Puede vivir, desde luego, pero ¿qué importancia tiene vivir así?»

¿Cómo interpretaba Hitler la historia? De una forma cruda pero clara, y —como todos sus puntos de vista— afianzada por un vasto despliegue de hechos seleccionados arbitrariamente y almacenados en su sorprendente memoria, y arreglados en forma preconcebida por su mente incansable, rígida y sistemática. Además, aunque la experiencia añadió nuevos detalles y nuevas ilustraciones, permaneció, por lo menos desde 1923, absolutamente clara y consistente. Hitler, como Spengler, vio la historia como una sucesión de eras humanas que podían ser definidas por sus «culturas», por la totalidad de su organización social y por sus ideas. Existía la antigua cultura de Grecia y Roma, por la que expresaba gran entusiasmo, aunque, como Albert Speer ha observado secamente, «sus concepciones sobre esta materia no estaban basadas en ningún profundo estudio histórico»; existía también la cultura «germánica» medieval, que había sido eclipsada en el Renacimiento por la moderna sociedad «capitalista» de la Europa occidental; y estaba esta sociedad moderna, a la que, como Spengler, creyó enferma de muerte. ¿Cómo, se preguntaba, esas culturas habían enfermado y muerto así?«A menudo me pregunto —dijo— por qué el mundo antiguo se hundió», y su mente se extendía sobre una serie de respuestas posibles a esta desconcertante cuestión. ¿Era por la decadencia de la población? ¿O por el clima? ¿Estaba el imperio romano podrido por el cristianismo judío? No eran preguntas académicas, pues sus respuestas, según él, contendrían la contestación al gran problema práctico que hacía largo tiempo se había propuesto resolver.

Así como el imperio romano había enfermado antes de que los bárbaros germanos cayeran sobre él y lo destrozaran, así también la civilización occidental, creía, estaba sufriendo idéntico proceso y moriría lentamente. Pero quizá no se le permitiría morir. ¿No sería más bien, como el imperio romano, conquistada y absorbida por el nuevo poder bárbaro que finalmente la sustituiría? Pero ¿cuál sería aquel nuevo poder? Hitler había meditado largo tiempo sobre ello y, siguiendo «la ley de hierro del desarrollo histórico»,[1] creyó haber encontrado la respuesta a la pregunta.

Era obvio que el nuevo poder sería terrestre. Esto estaba determinado por un hecho histórico. En su opinión, la época de los imperios marítimos, como los de Portugal, Holanda y Gran Bretaña, había pasado. Anteriormente el mar había facilitado el medio de comunicación más barato y cómodo con las más apartadas regiones de la tierra; y los grandes espacios terrestres no habían sido medios de viaje sino barreras. Ahora, gracias a las carreteras y ferrocarriles, vehículos y aviones, aquello había cambiado; el nuevo imperio que conquistaría, absorbería y revolucionaría la sociedad de la Europa occidental, sería un gran imperio terrestre unido no por barcos y

[1] *Hitler Speaks*, p. 47.

comercio marítimo, sino por carreteras gigantescas y enormes ejércitos, que constituyen el nexo real de la nueva era.

Hitler era realmente un hombre de tierra adentro. No provenía del Báltico ni del Mediterráneo, sino del corazón de Europa y probablemente en raras ocasiones había visto el mar. No comprendía el poder marítimo y rechazaba las colonias que dependían de ese poder. Eran los continentes, no las islas, lo que le interesaban. Estudió los mapas, planeó vastas carreteras y profundizó en la nueva ciencia de la «geopolítica», la cual, aunque inspirada por sir Halford Mackinder en 1919, había sido mejor recibida en Europa central que en su nativa Inglaterra. La obsesión de Hitler por las carreteras, los ejércitos de tierra y la conquista de grandes espacios se refleja a menudo en sus conversaciones. «En mi juventud —dijo— no encontré dos hombres más interesantes que Nansen y Sven Hedin.» Aun durante la guerra no vacilaba en abandonar la política y la estrategia para recibir a su entrañable y anciano amigo Sven Hedin y juntos hablaban de aquellos imperios de las estepas que Hedin había explorado una vez y Hitler aspiraba a conquistar.[1] Su mente, a menudo, vivía sobre los grandes caminos, «los comienzos de todas las civilizaciones», los nervios que deben animar todo imperio terrestre. Se imaginaba las vías del pasado —vías romanas en Europa, vías incas en el Perú— y las del futuro, las *Reichsautobahnen* alemanas que irían «de Klagenfurt a Trondheim y de Hamburgo a Crimea». Cuando recordaba, como a menudo hacía, los alegres tiempos del *Kampfzeit*, se detenía particularmente en rememorar las largas jornadas en automóvil por «las bellas, anchas, blancas *Autobahnen*».

Pero si la nueva era debía ser la del gran imperio terrestre que dominara lo que sir Halford Mackinder llamó «el corazón de la tierra», «la ciudadela del imperio mundial» —esa parte del mundo de Europa central y Asia, invulnerable al poderío marítimo—, ¿qué pueblo, qué gobierno podía aspirar a ese imperio? Claramente se veía que no podía ser ninguno de los viejos pueblos marítimos, por los que Hitler tan poco se interesaba. Si el dominador había de ser un país europeo, no había que olvidar que sólo Alemania y Rusia poseían los ejércitos, las ambiciones territoriales y la comprensión geopolítica necesarios para llevar a cabo el fin propuesto. Los geopolíticos alemanes daban por sentado que el protagonismo sería ruso, pues el país contaba con un pueblo más numeroso y ya estaba asentado en el territorio en cuestión, de tal modo que propugnaban una alianza y no la conquista de Rusia. Sin embargo, Hitler se preguntaba si el pacto era realmente inevitable. ¿No eran los alemanes los verdaderos *Kulturträger*, los mantenedores de la cultura de Europa? ¿No fueron los alemanes quienes conquistaron el imperio romano cuando estaba interiormente minado por la corrupción de una nobleza decadente? La Edad Media germánica había sido realmente frustrada por el Renacimiento «cristiano», y el auge de la civilización plutocrática capitalista de la Europa

[1] Véase *Sven Hedin's German Diary*, Dublín, 1951

occidental. ¿No podían los alemanes, al entrar esa civilización plutocrática capitalista en decadencia, despertar y proseguir su espléndida misión? Los antiguos emperadores alemanes, por razones técnicas, habían dirigido su mirada hacia el sur, hacia Italia. El nuevo Reich alemán, por razones similares, debía mirar al este. ¿No sería posible, aun ahora, mediante un esfuerzo heroico, arrebatar a los rusos su dominio e imponer al corazón de Europa un imperio alemán en vez de uno ruso? Es verdad que los rusos eran más numerosos; pero una minoría podía, con habilidad y determinación, conquistar y esclavizar grandes naciones. Es verdad que los alemanes acababan de ser derrotados en la guerra y que su país había sido seccionado y se encontraba desarmado e impotente, pero también Rusia había vivido la derrota de la guerra, había perdido en el oeste sus provincias más ricas, y había conocido la desolación de la guerra civil. Cierto es que los alemanes eran políticamente incompetentes —*Dickschädel*, *Querschädel*, *Dummköpfe*—, testarudos y mentecatos incapaces de toda acción y faltos de sentido político, pero «hasta las razas estúpidas, si son dirigidas con inteligencia, pueden llevar algo a cabo». Gengis Kan, con su «incomparable genio de organización», unió a los tártaros y Carlomagno, «uno de los nombres más grandes de la historia mundial», unió mediante la fuerza a los alemanes. Lo que la fuerza y el liderazgo habían logrado una vez, se podía obtener de nuevo. Ya en el pasado, Alemania había fracasado en la conquista de Rusia, pero aquella era la Alemania de los Hohenzöllern, monarquía bizantina, cosmopolita, tradicionalista, sostenida por los judíos. Y aunque «las monarquías son las más capacitadas para conservar las conquistas, son los poderes revolucionarios los que crean los imperios mundiales». ¿Qué sucedería si estallara una revolución, una revolución que libertara las energías frustradas y contenidas de la verdadera Alemania, nacionalista y proletaria, que una clase antinacional había dividido y esclavizado? Los rusos habían tenido ya su revolución y, en este aspecto, estaban mejor situados. Los profetas geopolíticos coincidían en que el dominio ruso era inevitable; ante esta postura derrotista, Hitler oponía una doctrina especialmente estimulante para la Alemania deprimida y desolada de 1920. Para ésta, sus planteamientos parecían un evangelio de esperanza contra el pesimismo funesto de sus contemporáneos: la soberanía de la voluntad humana. ¿No habían Nietzsche y Schopenhauer sustentado esa misma teoría? ¿No había Mussolini, «aquel hombre de Estado sin igual», demostrado que no era vana, sino real? La admiración que Hitler sentía por Mussolini, y que tanto exasperó a algunos de sus seguidores más clarividentes —una admiración que primero expresó en *Mein Kampf* y que sostuvo hasta 1944, cuando descubrió, apenado, lo que Mussolini decía acerca de él—, nació, principalmente, de este hecho: Mussolini había demostrado que una decadencia que parecía inevitable podía efectivamente ser vencida. «La marcha sobre Roma fue un momento decisivo en la historia; el solo hecho de que pudiera ser llevada a cabo nos inspiró.» Cuantos le han conocido han dado fe de la casi

increíble fuerza de voluntad de Hitler; él mismo presumía de poseer la voluntad más fuerte de la historia. Hasta el último momento, cuando ya todo poder físico había desaparecido, ejerció, gracias a este motor, una autoridad absoluta sobre el pueblo. Sin embargo, Hitler no esperaba torcer el curso de la historia solamente por medio de su fuerza de voluntad, sino también, mediante el empleo del pensamiento. Con su burda y poderosa imaginación ahondó en la historia del mundo y sacó unas conclusiones que reforzó con una filosofía brutal y sistemática para obtener el logro de sus vastos planes.

¿Cómo se lleva a cabo una revolución social?, preguntaba. ¿Cómo puede un pueblo relativamente pequeño conquistar un imperio? ¿Cómo puede un imperio, una vez establecido, sostenerse indefinidamente? A todas estas cuestiones responde la historia —si la sabemos leer con la fe con que lo hacían Spengler o Toynbee—. El éxito de toda revolución depende de la toma del poder por una elite; la formación de esa clase era la tarea del nacionalsocialismo. Los alemanes iban a ser la elite de Europa, y ellos mismos iban a ser gobernados por una clase dirigente alemana: el partido. Un pueblo germánico así movilizado, con la posesión del poder y una dirección enérgica, podía conquistar un imperio fácilmente. Veamos lo que los ingleses, otra «nación puramente germánica», han logrado con su aristocracia natural, con aquellos principescos lores seguros de sí mismos, cuyas vastas posesiones, declaró Hitler, cubrían toda Inglaterra, e impedían las maniobras militares. Unos cuantos miles de ingleses habían conquistado y gobernado a cuatrocientos millones de hindúes. Una y otra vez el pensamiento de Hitler volvía al ejemplo de la conquista de la India y al origen de aquella enloquecedora confianza en sí mismos de que hacían gala los ingleses. «Lo que la India es para Inglaterra —dijo— lo serán para nosotros los territorios del este.» Luego su mente vagaba por la historia de Inglaterra y de la India, que desconocía, pero de la que le informaba Ribbentrop, el gran especialista en cultura británica, tan parecido él mismo a un lord.

¿Podría tal conquista hacerse permanente? Naturalmente que sí. La ciencia, la fuerza y la propaganda modernas lo hacían posible. La revolución de los pueblos sometidos contra la raza dominante que confiara en su poder estaba completamente fuera de lugar, y una y otra vez describía detalladamente los métodos mediante los que podría conservarse un imperio conquistado. El poder dominante debe reconocer que los súbditos carecen de derechos: «Quien posee, tiene», tal es la suma de la moral política. Dar armas a un pueblo sometido es más criminal que concederle la libertad. «La historia nos enseña que las razas dominantes han entrado en decadencia cuando han consentido en armar a los pueblos que habían conquistado.» «En lo que respecta a la educación, enseñemos alemán a los pueblos sometidos para que no puedan pretextar que no entienden las órdenes de sus amos; que aprendan sólo la geografía necesaria para saber que Berlín es la capital del mundo, y, por otra parte, dejémosles practicar la contracepción (aunque haya que mandarles

judíos para que se la enseñen) para que disminuya la proporción de nacimientos, y neguémosles hospitales para que aumente la mortandad, con el fin de que los colonos alemanes, seguros en sus nuevas ciudades estratégicas y unidos los centros industriales por las vastas autopistas, nunca teman un levantamiento de sus esclavos.» Tal, dijo Hitler, debe ser el dominio férreo del imperialismo. Cuando sonara la hora de la victoria, lo demás sería fácil: las bolsas de resistencia, toleradas hasta entonces, serían eliminadas; Hitler solucionaría definitivamente el problema judío; las viejas aristocracias europeas, «la mafia de la clase superior» compuesta por los frívolos reaccionarios cosmopolitas —la misma gente que había corrompido la diplomacia alemana desde hacía tanto tiempo y todavía saboteaba al Duce en Italia—, serían liquidadas; las iglesias serían destruidas usando sus propias armas (Hitler siempre expresaba admiración por los métodos, aunque detestaba las doctrinas, de la iglesia romana); la cristiandad, con su fastidiosa igualdad, sería extirpada; y a la primera noticia de un motín en el Reich, «toda la chusma antisocial», «unos pocos de cientos de miles de hombres» convenientemente guardados en campos de concentración, serían ejecutados. Así quedaría asegurado el milenio alemán.

¡Un milenio bárbaro! Hitler no lo negaba, puesto que la barbarie, decía, era la base de toda cultura, el único medio de que una nueva civilización sustituya a otra antigua. Bárbaros fueron los alemanes que conquistaron el imperio romano, pero sustituyeron una sociedad vieja y podrida por la base de una nueva civilización. Del mismo modo, los nazis tendrían que ser bárbaros para reemplazar con su milenio la agonizante cultura occidental. «¡Sí! —declaró en 1933—, ¡somos bárbaros! Queremos ser bárbaros. Es un título honorable. Rejuveneceremos al mundo. El mundo actual se acerca a su fin.» Por «necesidad histórica», las fuerzas bárbaras deben destruir las civilizaciones decadentes y «arrebatar la antorcha de la vida de sus fuegos agonizantes». Los últimos mil quinientos años, dijo ocasionalmente a Mussolini —los años que median entre Atila y él, todo el lapso de la civilización cristiana— no habían sido sino una simple interrupción del desarrollo humano «que ahora tomará de nuevo su carácter original». En lo que respecta a la cultura, como declaró en *Mein Kampf* ésta debe esperar a que su base haya sido establecida por una heroica era bárbara, como la cultura de Atenas y Roma prosperó gracias a las guerras persas y púnicas.[1] ¿Cómo debe ser la nueva cultura germánica, cuya institución debe justificar esos métodos bárbaros? La respuesta está bien clara. Hitler, el artista, estaba siempre dispuesto a desarrollar sus ideas sobre la cultura. Este libro está lleno de ellas; insuficientes, materialistas, triviales, medio concebidas, fastidiosas. No deberían desperdiciarse más palabras acerca de ellas. Los cien millones de superhombres alemanes serían instalados a la fuerza en Europa, y se asegurarían en el poder por medio del monopolio de la civilización técnica y del

[1] *Mein Kampf*, p. 499.

trabajo esclavo de una población en disminución, compuesta por cretinos sin cultura, olvidados y enfermos, de tal forma que los primeros pudieran tener ratos de ocio para pasearse a lo largo de las infinitas autopistas y admirar la casa de la Fuerza por la Alegría, el cuartel general del partido, el Museo Militar y el Planetario que construiría el Führer en Linz (su nueva Hitlerópolis), para deambular por las galerías de pintura locales y escuchar, comiendo bollos de crema, grabación tras grabación de *La viuda alegre*. Así iba a ser el milenio alemán, del cual ni la imaginación podría escapar. «Después de que el nacionalsocialismo lleve algún tiempo instalado en el poder será imposible imaginar una forma de vida diferente a la nuestra.»

Pero antes de que esto sucediera, ¿se habría asegurado la victoria? Todo dependía de esta condición esencial. La lucha entre Alemania y Rusia iba a ser la batalla decisiva del mundo, como lo fue la batalla de los Campos Cataláunicos entre Roma y los hunos, y otras batallas que Hitler había supuesto erróneamente que habían tenido ese mismo carácter. Si los alemanes vencían, el milenio sería ciertamente suyo, pero si perdían, su fracaso duraría también un milenio. ¿No había en Rusia otro genio secular, *der geniale Stalin*, que había llevado a cabo también una gran revolución, que había impuesto una nueva elite a su pueblo sometido, que había liquidado también a sus enemigos por millones y predicado una nueva religión para emborrachar o esclavizar a sus pueblos, y aspiraba al dominio de Eurasia y del mundo? A pesar de su odio por el «judeobolchevismo», de su desprecio por el siervo eslavo, nunca perdió la admiración por ese otro bárbaro genial, «el mañoso caucásico», en quien veía a su único enemigo de valía, a «una personalidad tremenda», «una bestia, pero que lo era en gran escala», «medio bestia, medio gigante», y no por el credo comunista y su método, una ideología tan poderosa como la suya. Prefería a los comunistas antes que a los aristócratas; a los rojos españoles mejor que al inútil de Franco, renegado en manos de duques y de curas, a quien al final, como no sea para desdeñarlo, incluso evita mencionar.[1] Porque esta guerra, la guerra que Hitler planeaba, la guerra entre Alemania y Rusia, entre Hitler y Stalin, entre ideología e ideología, no era económica ni dinástica, sería una guerra a vida o muerte, imperio o aniquilamiento, que decidiría la suerte de siglos; una guerra no contra el pasado —que ya estaba muerto— sino entre dos titanes que se disputaban una herencia. Para el mundo muerto y para los neutrales que rehuyeran esa lucha mundial, Hitler sólo mostraba desprecio; por el otro titán a quien consideraba un igual, sentía algún respeto. Pero esto no significaba que le fuera a dar cuartel alguno. En la batalla por el imperio no se daría ni se pediría cuartel. En la hora de su triunfo imaginario, Hitler declaró que Rusia iba a ser totalmente destruida; Moscú y Leningrado serían arrasadas y sus nombres y recuerdo serían borrados para siempre de la geografía y de la historia.[2] En la hora de su último fracaso estaba

[1] Zoller, p. 162.
[2] Zoller, p. 143; cf. más adelante, pp. 3, 493-494 y 497-498.

preparado él mismo para destruir Alemania: «Si la guerra se pierde, la nación perecerá. No hay necesidad de considerar ni siquiera la base de la más primitiva existencia. Por el contrario, es mejor destruirla y destruirnos nosotros mismos. El futuro sólo pertenece a la nación oriental más fuerte».[1]

Tal era la lucha crucial, una lucha por la historia de siglos, en la que el mismo Hitler se veía como la encarnación de un cambio histórico. Él había previsto este problema por lo menos desde 1919; él había creado la forma en la que ahora se enfrentaba con el mundo en demanda de solución; por sus esfuerzos heroicos había hecho posible una solución alemana; y, naturalmente, creía qué sólo él podía llevar adelante ese «trabajo ciclópeo que significaba para un solo hombre la construcción de un imperio». Esto implicaba que debía efectuarse rápidamente, cuando Alemania mantuviera su posición aventajada, antes de que Rusia estuviera preparada, y, sobre todo, mientras él viviera. «Nadie sabe cuánto viviré. Por lo tanto —dijo en 1937—, comencemos las guerras ahora.»[2] Tomó la «decisión irrevocable» de resolver el problema del «espacio vital alemán» antes de 1945 como máximo. En 1941 lanzó sus ejércitos contra el este, y los ejércitos rusos retrocedieron ante ese terrible impacto. No debe extrañarnos que en aquel momento Hitler viera todas sus profecías cumplidas, el milenio germano a la vista, y él mismo se sintiera tan claramente ensalzado por la historia como el demiurgo de los siglos que escribiera a su respetado aliado y modelo, Benito Mussolini, como de titán a titán, entre los dolores del alumbramiento de una nueva era: «Lo que yo soy para Alemania, Duce, lo sois vos para Italia, pero lo que seremos ambos para Europa, sólo la posteridad podrá decirlo».[3] El había llegado a tiempo; «otros diez o quince años más y Rusia hubiera sido el Estado más poderoso del mundo y tendrían que haber transcurrido dos o tres siglos para que hubiera ocurrido un nuevo cambio». Pero no era así: era el milenio germano, y no el ruso, el que iba a comenzar. ¡Qué aventurero tan trivial le parecía Napoleón en comparación con él mismo! Napoleón se había sometido a la tradición erigiéndose en emperador y haciendo reyes a sus parientes. Había demostrado ser «sólo un hombre, y no un fenómeno mundial». Hitler nunca haría eso: no olvidaría que era «el político práctico y el filósofo político en una sola persona»; no como Spengler o Napoleón, sino Spengler y Napoleón a la vez, «un fenómeno mundial». Y para un fenómeno mundial «circular por las calles de Múnich en una carroza sería ridículo».

Comparados con este gran problema —la conquista del este y el establecimiento allí de un imperio alemán milenario, con una nueva religión racial que confirmara para siempre su dominio—, los demás le parecían a Hitler secundarios. Incluso la guerra con el oeste era secundaria. Largo tiempo atrás había formulado su actitud para con

[1] Declaraciones de Speer en marzo de 1945 (véase *The Last Days of Hitler*, p. 92).
[2] Juicio de los principales criminales de guerra, Proceedings of I. M. T. Nuremberg, 1946, I, 160, 172-173, y cf. más adelante p. 531.
[3] *Hitler e Mussolini, Lettere e Documenti*, Milán, 1946, p. 140.

occidente. El oeste, a pesar de su victoria en 1918 —conseguida gracias a la famosa «puñalada por la espalda»— y aunque todavía era poderoso, estaba, si se le contemplaba desde la larga perspectiva de la historia, claramente en decadencia. Se le podía dejar que pereciera. Fundamentalmente, Hitler no tenía ningún interés en él. Por Inglaterra sentía, ciertamente, alguna admiración mezclada con envidia y odio. Admiraba a los británicos «como un puro pueblo germánico» y un pueblo conquistador. Por otra parte, les envidiaba por su poder mundial advenedizo, seguro de sí mismo —¿qué derecho tenían los ingleses a enorgullecerse de su historia, que sólo contaba unos trescientos años, en comparación con los mil del Reich alemán?—. Y odiaba a Inglaterra, como muchos nacionalistas alemanes la han odiado, como la gran Cartago cuyo comercio había colonizado el mundo, intentando estrangular la honrada tierra del imperio alemán. Pero como de todos modos Inglaterra y Occidente estaban destinados a rezagarse finalmente, a Hitler le satisfacía ignorarlos si se apartaban de la batalla inmediata: la gran lucha por tierra ahora pendiente en el este. Los británicos probablemente se mantendrían al margen, puesto que ningún interés podían tener por Ucrania. Sin embargo, Hitler, con sus maneras benévolas, estaba dispuesto a «garantizar» el imperio británico como elemento de estabilidad en el desatinado mundo marítimo. Francia, es verdad, tendría que ser puesta fuera de combate ya que en los días en que Hitler escribía *Mein Kampf* era el centro del sistema de alianzas occidentales. Pero en 1940 aquellas alianzas habían desaparecido y Francia estaba aplastada. Sólo Inglaterra quedó para reponerse de sus heridas, reconocer los hechos, abandonar la lucha mundial para consumirse tranquilamente en su rincón del Atlántico o para aceptar, como el resto de Europa, el patronazgo alemán. Los «mejores» elementos de la civilización occidental —es decir, los que fueran aceptables para Hitler— serían preservados por tal patronazgo, justamente como la cultura griega fue preservada por el imperio romano... Sin embargo, no sucedió así. Inglaterra, la Inglaterra de Winston Churchill, continuó obstinadamente la lucha para inflamar al conquistado e inactivo Occidente. Para Hitler, esto era incomprensible, irresponsable, intolerable; le envolvía en una guerra naval que él no entendía y en una política mediterránea que él no podía controlar, de modo que, fatalmente, interfirió con el proyecto oriental, único objeto de su guerra. Al final, la obstinación inglesa fue su ruina. De aquí el odio violento con que Hitler perseguía el nombre de Mr. Churchill. No podía respetarle como hacía con Stalin, su enemigo frontal, que, después de todo, había comprendido el problema del siglo XX en los mismos términos que Hitler —él también era un nuevo Gengis Kan—, pero Churchill no. Este, por tanto, no era sino un aventurero sin escrúpulos, un borracho, el enterrador de Inglaterra, que «tampoco en su vida privada era un caballero». Cuando Occidente fue reforzado por la declaración de guerra de Estados Unidos, estas palabras histéricas se extendieron naturalmente hacia Norteamérica, de «el borrachín de Churchill» se pasó a «el criminal de Roosevelt».

Inglaterra, América, India, el arte, la música, la arquitectura, la astronomía, la medicina, san Pablo, los faraones, los macabeos, Juliano el Apóstata, el rey Faruk, el vegetarianismo de los vikingos, el sistema de Ptolomeo, la edad de hielo, el shintoísmo, los perros prehistóricos, la sopa espartana; no había materia sobre la que, aunque ignorante, Hitler no estuviera dispuesto a dogmatizar, y es a menudo difícil ver el fondo del pensamiento real del Führer a través de la palabrería que le rodea, la vulgaridad con que está expresado y la repelente crueldad que le anima. Sin embargo, creo que ese fondo del pensamiento existe y que puede definirse como yo lo he hecho aquí; y ¿quién puede decir que no tiene, a pesar de todas sus características vulgares, horrorosas, una terrible cohesión, una horrenda correspondencia con la realidad que él casi creó? Me sorprende que ningún historiador, que yo sepa, haya intentado descubrir la historia de los pensamientos de Hitler, el impulso que le hizo moverse con el fin de buscar y sistematizar estas ideas formidables, o los orígenes de donde las extrajo. ¿Qué libros leía? ¿Cuáles eran los numerosos volúmenes, finamente encuadernados por la hermana de Hess, que llenaban su «gran biblioteca» en Múnich?[1] No se nos ha dicho. Sus biógrafos le han desechado como a un ignorante de charla banal y no han creído que valiese la pena hacer tal pregunta. Pero si no era un simple charlatán; si, como yo he sugerido, era más bien un poderoso sistematizador de ideas, uno de aquellos «terribles simplificadores» —él mismo no hubiera rechazado tal título—[2] cuya entrada en la escena política fue proféticamente anunciada por uno de los mayores y más profundos historiadores del siglo XIX, entonces indudablemente debemos hacernos esta pregunta. La carrera milagrosa de Hitler no puede explicarse por la simple enumeración de sus hechos o por su comportamiento personal; debe atribuirse, quizá completamente, a la fortaleza mental que en cierto momento de su vida le dirigió hacia las cuestiones básicas de historia y política, revolución e ideología, estrategia y fuerza. Debido a que su punto de vista sobre estas materias era sumamente rígido, pudo reunir a su alrededor como cómplices voluntarios no sólo a ese núcleo de revolucionarios, devotos y fanáticos con los que formó su elite, sino también a los millones de alemanes corrientes que reconocían en él al profeta y ejecutor de sus ambiciones medio formuladas y ya repudiadas, quienes le siguieron con presteza, alegremente y hasta el final, en su monstruoso intento de imponer al mundo una bárbara dominación germana.

¿Cuándo meditó Hitler esos problemas? Como los historiadores no nos ayudan y como el principio de su vida se halla poco documentado (aunque existen voces vivas, nunca oídas, que tal vez nos pudieran informar), no buscaré aquí una respuesta firme a esta cuestión. Tal vez fue en aquellos primeros días en Viena, que parecían a sus observadores contemporáneos tan triviales y

[1] *Hitler Speaks*, p. 255.
[2] «Tengo el don —dijo Hitler en 1932— de reducir todos los problemas a sus fundamentos más elementales» (*Hitler Speaks*, p. 16)

perdidos. Sabemos que ya entonces era un gran cliente de las bibliotecas y se llevaba en préstamo a su casa «lectura por kilos»; no novelas, que, como nos dice, nunca leía, sino libros sobre historia y religión, sobre geografía y tecnología, arte, historia y arquitectura.[1] Él mismo destacaba que había devorado todos los libros de una biblioteca vienesa, con un total de quinientos volúmenes;[2] y ya sabemos cómo leía, mirando primero el final, luego el medio, y después, cuando ya se había familiarizado con su contenido, empezaba a leerlo afanosamente. Pero la acumulación y memorización no forman necesariamente el pensamiento, y no podemos estar seguros de que Hitler en Viena hiciera otra cosa que acumular materias, que su poderosa imaginación después arregló en un sistema erróneo y cruel. Probablemente esta etapa vino más tarde, durante la guerra, cuando, como nos dice, llevaba siempre en su bolsillo las obras de Schopenhauer, el filósofo del nihilismo y la fuerza de voluntad, y «aprendió mucho» de ellas. Sabemos por su secretario que podía citar a Schopenhauer página por página. Y Nietzsche, el otro filósofo alemán de la fuerza de voluntad, cuyas obras después regaló a Mussolini, estaba también a menudo en sus labios. La guerra fue ciertamente una experiencia importante en su vida, el único período en el que, como después afirmó, no tuvo preocupaciones materiales, y, por lo tanto, estaba libre para pensar. Es probable que sus puntos de vista sobre la conquista del este se conformaran también durante la guerra. Ciertamente estaban al menos planteados en 1920, cuando declaró a uno de sus primeros auditorios que el tratado de Brest-Litovsk, por el que Alemania se había apoderado más o menos del cincuenta por ciento de la capacidad productiva rusa, fue, comparado con el maldito tratado de Versalles, «infinitamente más humano».[3] Probablemente fue también durante la guerra cuando se interesó por Federico el Grande, el prototipo de la fuerza de voluntad heroica a quien en 1933 reconocía como su «gran modelo»,[4] y por Carlyle, el profeta del culto a los héroes. En su última fortaleza, el sitiado búnker del Führer en Berlín, Hitler se sentaba bajo el retrato de Federico el Grande y escuchaba pasajes de la biografía que escribiera Carlyle. No solamente fue Federico el Grande un héroe militar para él: las cínicas cartas de Federico sobre religión y sus *Controversias teológicas* estaban también entre sus lecturas favoritas. Desde sus días escolares, Hitler sintió por la religión un desprecio neurótico, ciertamente gratuito, que a menudo, con lastimosa complacencia, se recreaba en recordar; en sus conversaciones alababa la «sabiduría salomónica» de los escarnios de Federico y los recomendaba —habían sido ya seleccionados y publicados en 1940—[5] como lectura obligatoria para los generales y almirantes de notorio fervor religioso. Los puntos de vista de Hitler acerca de la estrategia —ya en 1932, ocho años antes

[1] Josef Greiner, *Das Ende des Hitler Mythos*, Viena, 1947, p. 83.
[2] Zoller, p. 36.
[3] *Mein Kampf*, p. 389.
[4] *Hitler Speaks*, p. 259.
[5] Por la editorial Nordland de Berlín, especializada en obras anticlericales.

de sus hazañas, parecía justificar el título hiperbólico de «señor de la guerra más grande de todos los tiempos», se contemplaba a sí mismo como «un gran estratega de la nueva especie», un futuro señor de la guerra en un sentido y grado no conocidos hasta entonces»—[1] se basaban principalmente en Clausewitz, cuyos trabajos estudiaba constantemente en su cuartel general militar. Pero los primeros estudios de Clausewitz también habían sido elaborados antes de 1923, sin duda durante la guerra. Asimismo, en torno a la misma época había leído *Los protocolos de los sabios de Sión*, la justificación intelectual de su antisemitismo, y *La génesis del siglo XIX*, de Houston Stewart Chamberlain, base confesa e inconfundible de sus doctrinas raciales.[2] Por otra parte, un libro de Rosenberg, *El mito del siglo XX*, no tuvo mayor influencia sobre Hitler, quien admitió que nunca lo había podido leer hasta el final y que no fue publicado hasta 1930, cuando la mente de Hitler ya estaba formada y asentada. El Führer era más práctico en estos asuntos ideológicos que sus propios seguidores doctrinarios. Su actitud era la del lego en religión: creía en la verdad general de la doctrina, pero no tenía paciencia con las disquisiciones teológicas de los dirigentes espirituales. Himmler y Rosenberg parecían, ambos, sacerdotes, y Hitler se mofaba de ellos.

Pero si, como parece probable, las ideas de Hitler se reavivaron durante los años de guerra, fue, sugiero, en 1924-1925, cuando finalmente cristalizaron en la forma sistemática que se deduce de sus conversaciones. En 1923 y 1924 pasó un año en la cárcel, donde dedicó su tiempo no sólo a controlar su partido, temporalmente desunido, sino también a leer y escribir. Leía sobre todo historia. El mismo, en *Mein Kampf* atribuía su interés por la historia a su maestro de escuela en Linz, el Dr. Leopold Pötsch, a quien tributaba un elogio elocuente, aparentemente no correspondido.[3] Otros han rechazado esta declaración como racionalización simple y retrospectiva de un interés que el Führer, de hecho, adquirió más tarde.[4] Aunque quizá haya sido así, parece cierto que Hitler, en la cárcel, se adentró en las lecturas de historia. Fue entonces, dijo después, «cuando pude dar una base histórica a mi filosofía»; cuando «profundicé en varias materias para las que anteriormente me había basado solamente en el instinto»; fue entonces cuando descubrió su misión, su «fe ardiente e inconmovible confianza en nuestro destino»; cuando por un estudio —como él admitía— de los métodos marxistas, concibió el plan de un golpe de Estado desde el interior, que después tan hábilmente ejecutó. La doctrina de la voluntad de Schopenhauer, la teoría de la conquista del poder de Lenin y las enseñanzas de la historia del Dr. Pötsch se mezclaron en una filosofía

---

[1] *Hitler Speaks*, pp. 17, 19.
[2] *Mein Kampf* pp. 544-545, 258 (cf. *Hitler Speaks*, pp. 235-238) y 227.
[3] Según Thomas Orr, «Das war Hitler», Revue, Múnich, n.0 41, 1952. El doctor Pötsch recibió dos hermosos ejemplares con dedicatoria de *Mein Kampf* de Hitler, acusó recibo cortesmente y los donó a la biblioteca de un monasterio.
[4] Greiner, p. 53

consistente durante aquel año de encierro —un año, como los años del ejército, libre de preocupaciones materiales—, durante el cual los wagnerianos también solazaron al prisionero y Houston Stewart Chamberlain, el yerno de Wagner, el profeta del racismo, le escribió «tan amablemente». No fue ésta la única diversión personal de que gozó en ese año crucial. Anteriormente, en 1923, había encontrado por primera vez un discípulo fiel con quien ahora compartía celda y muy probablemente largas discusiones que contribuyeron a asentar ideas: Rudolf Hess. Ahora bien, Hess no sólo se acercó a Hitler como compañero, amanuense, discípulo: era también, en cierto sentido, un maestro. Hess había estado estudiando recientemente en la Universidad de Múnich y había sido alumno, amigo y seguidor entusiasta —luego sería su ayudante— del profesor Karl Haushofer. Haushofer, como director del nuevo Instituto Geopolítico de Múnich, se había identificado con las doctrinas del poder terrestre de Eurasia procedentes de Mackinder y anticipadas como base del acuerdo germanorruso. Tras popularizarse en Alemania, fueron estas ideas las que se aplicaron pronto a un fin muy diferente: la conquista de Rusia.

El resultado del período de gestación intelectual de Hitler en la cárcel y su asociación con Hess, fueron, primero, *Mein Kampf* que Hitler dictó y Hess escribió, y segundo un libro sobre política extranjera, cuyo texto no ha visto la luz, pero que sabemos abogaba por una paz con Inglaterra, y, por tanto, por la probable guerra con Rusia, y que Hitler evidentemente mostró sólo a un hombre, Rudolf Hess.[1] Que Hess fuera un canal por el que las ideas geopolíticas de Haushofer se transmitieran a la mente de Hitler para ser transformadas en la doctrina del *Lebensraum* oriental, me parece más que probable. Esa doctrina, plenamente desarrollada, fue colocada como un «testamento político» al concluir *Mein Kampf* y siguió constituyendo el testamento político de Hitler hasta el fin. Las últimas palabras que se sabe escribió son la despedida que dirigió a las fuerzas armadas alemanas mientras se preparaba para morir en el búnker de Berlín, cuando los rusos estaban a las puertas de la ciudad, exhortándolas «a ganar territorio para el pueblo alemán en el este». En 1941 Hess voló a Escocia con un amuleto tibetano de Sven Hedin en el bolsillo y un sueño alegórico del profesor Haushofer en la mente.[2] Según declara persona autorizada,[3] fue el conocimiento de la mente de Hitler, revelada en el manuscrito secreto sobre política extranjera, lo que le impulsó a emprender aquella aventura peligrosa, idealista, lunática.

Tal era entonces el carácter positivo de la mente de Hitler. Pero también tenía un lado negativo, y ningún resumen o análisis de aquélla puede estar completo sin que nos refiramos a la vacuidad que, en ciertos aspectos, limitaba su estructura dura, clara,

---

[1] Zoller, pp. 155-156. El libro, escrito en 1925, es mencionado por Hitler más adelante, P. 247. (Tras haberse escrito este prefacio, se ha hallado el texto y se ha publicado en *Hitler's Zweite Buch*, Stuttgart, 1961.)

[2] I. R. Rees, *The Case of Rudolf Hess*, Londres, 1947, pp. 16, 18-19.

[3] Zoller, pp. 155-156.

monolítica. Pues si sabemos algunos de los libros que Hitler leyó y las materias que estudió y a partir de las que construyó su monstruosa, pero para muchos alemanes obligatoria, filosofía, igualmente conocemos —y ello es casi tan importante— algunos de los libros que no leyó, así como algunas de las materias en las que nunca empleó su mente vagabunda, rapaz y glotona. «Un hombre —dijo el obispo Berkeley— que no haya meditado mucho sobre Dios, sobre la mente humana y el *summum bonum*, puede, posiblemente, ser un gusano próspero, pero indudablemente será un lamentable patriota y hombre de Estado.» Hitler fue un patriota y hombre de Estado de esta naturaleza. Nunca meditó sobre estos asuntos, nunca pronunció una palabra que hiciera referencia al espíritu humano. Sus puntos de vista sobre el arte no tenían validez. No conocía el significado de la humanidad. Despreciaba la debilidad, así como también la compasión (por ser común a la debilidad). Era *Humanitätsduselei*, estupidez humanitaria. Y si él despreciaba la debilidad física, también en otros odiaba la fuerza moral. Lo que admiraba en Stalin era sólo la astucia, la crueldad y el éxito que había descubierto en la carrera revolucionaria de aquel rival. La negativa británica a ser derrotada le arrastraba a paroxismos de odio petulante. Sólo su propia fuerza, su propia voluntad, su propia fe, tenían para él algún mérito; las cualidades en sí no tenían valor alguno. El amor no significaba nada: era simplemente una competición en la que los alemanes nazis merecían las alemanas más convencionalmente bien proporcionadas.[1] Ciertamente hay algo repulsivo en esta concepción, no cínico ni áspero, sino sólo miserable, mecánico, inhumano. Consideraba a los niños, sencillamente, como material de conquista y colonización susceptible de ser sustituido en cualquier momento (y, por lo tanto, continuamente derrochable). Tenía, es verdad, opiniones propias sobre la naturaleza y a menudo hablaba de su «comunión» con ella, pero era una naturaleza horripilante, devoradora, cuya crueldad justificaba la suya, y no una naturaleza pagana, familiar, de bosques habitados por ninfas y arroyos con pececillos. Era la naturaleza romántica wagneriana, de los tenebrosos Alpes, en cuya embriagadora soledad pudo tramar mejor sus intervenciones igualmente violentas e implacables. En cuanto al propósito de la vida humana, esa averiguación fútil que, sin embargo, es un índice de la humanidad, consistía simplemente en que los alemanes habían de ser los amos del mundo. La mente retrocede a los primeros conquistadores y colonizadores, tan brutales, sin duda, como los alemanes: los ejércitos árabes, los cruzados francos, los conquistadores. Ellos también guerreaban, destruían, oprimían, esclavizaban, quemaban y desolaban. Pero siempre —erróneamente, sin duda— subordinaban sus acciones más violentas a un fin personal, que, cuando el polvo de la batalla y la conquista se habían calmado, imponía humildad hasta a los conquistadores, por lo que ahora, si miramos hacia atrás, olvidamos las crueldades incidentales

[1] Véase, a este respecto, Zoller, *Hitler Privat*, pp. 105, 115

y vemos sólo iglesias, mezquitas, hospitales y escuelas, construidos no sólo para conveniencia de los vencedores, sino en servicio de aquel Dios abstracto, o aquella humanidad concreta, a la que ellos mismos también se sentían sujetos. Para Hitler todo esto era completamente extraño y por este motivo creo que su última concepción de la cultura alemana es tan plenamente indignante. Para él sólo era una cuestión de más pastel para los alemanes y menos para quienes no lo fueran. Era un completo y rígido materialista, sin compasión ni tolerancia por aquellas esperanzas no tangibles, temores, imaginaciones o ilusiones que, sin embargo, pueden lanzar un débil rayo ennoblecedor sobre las acciones de la humanidad. Para Hitler todo este mundo no material era, simplemente, *Mumpitz*. Los valores morales —toda la escala de los mejores o peores—, como quiera que dependieran de un criterio inmaterial, no existían para él. «No he venido al mundo —decía— para hacer a los hombres mejores, sino para aprovecharme de sus debilidades». Como el César de Shakespeare prefería a los hombres corruptos, aquellos cuyas debilidades pudiera utilizar, antes que a «los ojerosos ascetas», aquellos «hombres delgados y hambrientos» que «pensaban demasiado» y a quienes sólo temía. ¿Para qué fin quería usar esas debilidades? Para que los alemanes, a quienes despreciaba, pudieran comer mejor que aquellos a quienes despreciaba más todavía. ¿Qué sucedería cuando hubieran comido bastante? Aquiles devolvió el cuerpo de Héctor. El cruzado cristiano descansa en su tumba esculpida. Los sacerdotes ruegan por su alma y gracias a su voluntad se fundará un hospital «para alivio de leprosos y de la debilidad de quienes están más allá del esfuerzo corporal». Quizá se perpetúa una ilusión, pero se sirve a la humanidad y se beneficia el arte. Tal mundo era para Hitler no sólo ininteligible, sino inconcebible. «Odiando todo idealismo, encontraba completamente normal que los cuerpos de sus prisioneros políticos fueran quemados y que sus cenizas sirvieran para abonar los jardines de sus guardas de las SS.» Naturalmente, tal hombre, en su lectura y charla, no sentía necesidad alguna de humanidades. «Aunque se extendía sobre casi cada campo del pensamiento humano —dice su secretario—, yo sentía que algo faltaba. Aún ahora no puedo definirlo exactamente, pero me parece que su verborrea carecía de toda nota humana, de la calidad espiritual de un hombre cultivado. En su biblioteca no tenía ninguna obra clásica, ni un solo libro sobre el que el espíritu hubiese dejado su señal.»[1] Y sin embargo este hombre insustancial, apegado a la tierra, cínico indigno, se llamaba a sí mismo artista, imaginaba que los cultivados papas del Renacimiento encontrarían en él un digno compañero y expresaba sus dogmas triviales y descarados sobre los trabajos del espíritu como si regresara de meditar sobre el Helicón.

Así era, pues —si podemos ver la descompuesta suciedad intelectual que le rodea—, la mente de Hitler, como salía de las experiencias cristalizadoras de su año en la prisión de Landsberg; así

[1] Zoller, p. 115, 49.

su cruel fuerza sistematizadora y su temible desnudez humana. Desde aquella fecha, según me parece, estaba fijado lo que en los siguientes veintiún años se transformaría en acción. La experiencia del *Kampfzeit*, el más amplio campo de actividad antes y después del *Machtergreifung* de enero de 1933, debe haber añadido detalles ilustrativos; el contacto con la clara inteligencia organizadora de Goebbels —a quien Hitler había conocido en 1922— sin duda marcó bien sus límites y tal vez suministró una base más intelectual a su pensamiento social; la simple práctica de tales soliloquios debió proporcionar también los muchos eslabones que faltaban y facilitar, así, la elaboración de sus ideas; pero, sustancialmente, en su filosofía básica y sus últimos propósitos, la mente permanecía constante. Un fenómeno terrible, ciertamente imponente con su dureza granítica, y, sin embargo, infinitamente escuálido en su miscelánea cumbre; como un gran monolito bárbaro, la expresión de la fuerza gigante y del genio salvaje rodeado por un montón de desechos corrompidos —latas viejas, gusanos muertos, cenizas, cáscaras de huevo y basura—, el detritus intelectual de siglos. Cada ojeada que echamos a aquellos años —en *Mein Kampf* en 1924, en la versión de Rauschning de las charlas de sobremesa de 1933, en discursos secretos cuyo registro se ha conservado o ahora en esta compilación de conversaciones— muestra su consistencia. La más clara de todas, por razón de su alcance y de las circunstancias triunfadoras de su registro, son estas conversaciones: la propia revelación del más formidable de entre los «simplificadores terribles» de la historia, el más sistemático, el más histórico, el más filosófico y, sin embargo, el más burdo, más cruel y menos magnánimo conquistador que el mundo haya conocido.

HUGH TREVOR-ROPER

Christ Church, Oxford, 16 de marzo de 1953

I - 5 de julio a 31 de diciembre de 1941

1. SÁBADO 5 DE JULIO DE 1941

Los pueblos arios y el pueblo ruso. – La energía es una necesidad para dominar al ruso. – Empobrecimiento del subsuelo.

Lo que nos hace falta es una visión de conjunto en cuanto a la voluntad de vivir, en cuanto a la manera de vivir de los pueblos.

Hay que establecer una diferencia entre el movimiento popular fascista y el movimiento popular ruso. El movimiento fascista ha entrado espontáneamente en las tradiciones de la antigua sociedad romana. El movimiento popular ruso tiende esencialmente a la anarquía.

Por instinto, el ruso no va a una forma de sociedad superior. Ciertos pueblos pueden vivir de tal manera que entre ellos el conjunto de las unidades familiares no forme un Estado. Si Rusia adoptó a pesar de ello una forma comparable a lo que por tal cosa entendemos en Occidente, no quiere decir, en todo caso, que esto sea lo propio biológicamente en ella.

Es verdad en cierto modo que todo producto de la cultura humana, que cualquier obra dotada de belleza, no puede nacer más que bajo el efecto de esa imposición que llamamos educación.

Los pueblos arios son pueblos particularmente activos. Un hombre como Krümel trabaja desde la mañana hasta la noche; otros no cesan de meditar. El italiano, por su parte, es laborioso como una abeja. Para el ruso, lo principal que le ha traído la civilización es el vodka. Su ideal consiste en no hacer nunca más que lo indispensable. Nuestra concepción del trabajo (¡siempre más trabajo!) el ruso la sufre como una verdadera maldición.

Es dudoso que se pudiera lograr algo en Rusia sin la ayuda del pope. El Pope es el que ha sabido consolar al ruso de la fatalidad del trabajo, prometiéndole mayor felicidad en el otro mundo.

El ruso no se resolverá a trabajar más que bajo el peso de una presión exterior, ya que es incapaz de organizarse por sí mismo. Y si es capaz, a pesar de todo, de soportar la organización, es gracias a la gota de sangre aria que tiene en sus venas. Únicamente por esa causa el pueblo ruso ha creado alguna cosa y posee un Estado organizado.

La energía es necesaria para dominar al ruso. La contrapartida es que cuanto más duro es un régimen, más convencido está de que

en él se practican la equidad y la justicia. El caballo que no se siente constantemente sujeto olvida en un abrir y cerrar de ojos los elementos de doma que se le inculcaron. Lo mismo pasa con el ruso: hay en él una fuerza instintiva que le vuelve a llevar invariablemente a su estado natural. Se cita algunas veces el caso de esos caballos que, habiéndose escapado de un rancho en América, habían vuelto a formar, algunas decenas de años más tarde, inmensos rebaños de caballos salvajes. ¡Hace falta tan poco para que un animal vuelva otra vez a sus orígenes! Para el ruso, su retorno al estado natural consiste en formas de vida elemental. La familia existe, la mujer vela sobre sus hijos, como la hembra de la liebre, con todos los sentimientos de una madre. Pero el ruso no desea nada más. Su reacción contra la presión del Estado organizado (éste representa siempre una presión puesto que limita la libertad del individuo) es brutal y salvaje como todas las reacciones femeninas. Cuando fracasa y debe doblegarse, el ruso se deshace en lamentaciones. Esta voluntad de volver al estado natural aparece en sus revoluciones. Para el ruso el nihilismo es la forma de la revolución.

Yo creo que existe aún petróleo en millares de sitios. En lo concerniente al carbón, sabemos que disminuimos las reservas naturales y creamos así vacíos en el subsuelo. Pero en cuanto al petróleo, es posible que las capas de las cuales lo extraemos sean constantemente alimentadas por depósitos invisibles.

El hombre es sin duda el microbio más peligroso que se pueda imaginar. Explota el suelo que tiene bajo los pies, sin preguntarse jamás si no dispone de esta manera de productos que serían indispensables para la vida de otras regiones. Si se examinara este problema de cerca, se vería probablemente que es el origen de las catástrofes que en forma periódica se producen en la superficie de la Tierra.

2. NOCHE DEL 5 AL 6 DE JULIO DE 1941, DE 23.30 A 1.50

Las carreteras acercarán a los pueblos. – La frontera de los Urales. – Moscú debe desaparecer. – Los tesoros del Palacio de Leningrado.

Las bellezas de Crimea, que una autopista nos hará accesibles: he ahí nuestra Riviera, para nosotros los alemanes. Creta es ardiente, árida. Chipre sería bella, pero a Crimea podemos llegar por vía terrestre. Sobre esta ruta ¡Kiev! Y Croacia también será país de turismo para nosotros. Creo que después de la guerra nacerá una gran alegría.

Mejor que el ferrocarril, que tiene algo de impersonal, las carreteras acercarán a los pueblos. ¡Qué progreso en el camino de la nueva Europa! Igual que las autopistas han hecho desaparecer las

fronteras interiores de Alemania, se abolirán las fronteras de los países europeos.

A los que me preguntan si nos bastará tener los Urales por frontera, contesto que por el momento es suficiente que la frontera retroceda hasta ese límite. Lo que importa es que el bolchevismo sea exterminado. En caso de necesidad, se volverá a avanzar por cualquier lugar en que se forme un nuevo foco. Moscú, como sede de esa doctrina, debe desaparecer de la superficie de la Tierra en cuanto las riquezas robadas que esconde estén en lugar seguro. Excluido para nosotros el colaborar con el proletariado moscovita. Sin contar con que San Petersburgo como ciudad es incomparablemente más bella que Moscú.

Es verosímil que los tesoros del Ermitage no hayan sido depositados en el Kremlin, como ocurrió durante la guerra mundial, sino probablemente en castillos en el campo, a menos que los hayan transportado a las ciudades del este de Moscú, o todavía más lejos, por vía fluvial.

3. NOCHE DEL 11 AL 12 DE JULIO DE 1941

La piedad natural del hombre. – Los rusos ateos saben morir. – No hay que educar en sentido ateo.

Creo que el que contempla el universo con los ojos bien abiertos es el hombre más naturalmente piadoso, no en el sentido religioso, sino en el sentido de experimentar una íntima armonía con las cosas.

A fines del siglo pasado, extraviado por los progresos de la ciencia y de la técnica, el liberalismo proclamó el dominio de la naturaleza por el hombre y anunció que pronto se dominaría el espacio. Pero basta una simple tormenta para que todo se derrumbe como un castillo de naipes.

En todo caso, aprendamos a conocer las leyes que rigen la vida; el conocimiento de las leyes naturales nos guiará en la vía del progreso. En cuanto al porqué de estas leyes, no lo sabremos nunca. Esto es así y nuestro entendimiento no puede concebir otros planes.

El hombre ha descubierto en la naturaleza la noción maravillosa de esta fuerza todopoderosa, cuya ley adora.

Fundamentalmente el sentimiento de ese todopoderoso está presente en todos, y a eso lo llamamos Dios (es decir, el dominio de las leyes naturales en la totalidad del universo). Los sacerdotes, que siempre han explotado con éxito este sentimiento, amenazan con castigos al hombre que se niega a aceptar el credo que ellos imponen.

Cuando se cultiva en un niño el miedo a la oscuridad, se despierta en él un sentimiento de miedo atávico. Así, este niño se

verá dominado toda su vida por el miedo, mientras que otro niño, educado inteligentemente, será indemne a él.

Se dice que todo hombre tiene necesidad de un refugio donde pueda encontrar consolación y ayuda en la desgracia. ¡Yo no lo creo! Si la humanidad sigue este camino es únicamente una cuestión de tradiciones y costumbres. Lo cual, por cierto, es una lección que podemos sacar del frente bolchevique. Los rusos no tienen Dios, cosa que no impide que sean capaces de enfrentarse a la muerte.

No queremos educar por el camino del ateísmo.

4. NOCHE DEL 11 AL 12 DE JULIO DE 1941

Nacionalsocialismo y religión no pueden existir juntos. – No perseguir a las religiones, dejar que se marchiten solas. – El bolchevismo, hijo ilegítimo del cristianismo. – Origen del caldo espartano. – Los verdugos letones. – Stalin, una de las figuras más extraordinarias de la historia mundial.

Cuando el nacionalsocialismo haya reinado durante bastante tiempo, será imposible concebir una forma de vida diferente a la nuestra.

A largo plazo nacionalsocialismo y religión no podrán seguir existiendo juntos.

A una pregunta de C. S. sobre si este antagonismo supondría una guerra, el Führer prosiguió:

No, no supone una guerra. La solución ideal sería dejar que las religiones se devorasen entre sí, sin persecuciones. Pero en tal caso no deberíamos sustituir la Iglesia por algo equivalente. ¡Sería espantoso! Ni que decir tiene que este asunto ha de ser muy meditado. Todo ha de suceder en el momento adecuado. Es una simple cuestión de honradez, a eso se reducirá en definitiva.

En Inglaterra la condición de las personas respecto de la Iglesia se rige por consideraciones de Estado. En América todo esto se reduce a mero conformismo.

La paciencia es la cualidad particular del pueblo alemán; y en este aspecto es el único pueblo capaz de emprender una revolución. Y puede hacerlo aunque sólo sea porque solamente el pueblo alemán ha hecho de la ley moral el principio que rige la acción.

La llegada del cristianismo es el golpe más fuerte jamás recibido por la humanidad. El bolchevismo es hijo ilegítimo del cristianismo. Ambos son inventos de los judíos. Fue el cristianismo quien introdujo en el mundo la mentira deliberada en materia religiosa. El bolchevismo practica una mentira de igual naturaleza al afirmar que trae la libertad a los hombres, cuando en realidad sólo se propone esclavizarlos. En el mundo antiguo, la relación entre hombres y

dioses se fundaba en un respeto instintivo. Era un mundo iluminado por la idea de la tolerancia. El cristianismo fue el primer credo del mundo que exterminaba a sus adversarios en nombre del amor. Su idea fundamental es la intolerancia.

Sin el cristianismo, no hubiéramos tenido el islam. Y el imperio romano, bajo influencia germánica, se hubiera desarrollado orientándose hacia el dominio del mundo, con lo que la humanidad no hubiera puesto fin de un solo golpe a quince siglos de civilización.

No debe decirse que el cristianismo aportó al hombre la vida del alma, pues ésta es una evolución que estaba en el orden natural de las cosas.

El resultado de la caída del imperio romano fue una oscuridad que duró siglos.

Los romanos no sentían aversión por los germanos; esto se manifiesta en el simple hecho de que entre ellos los cabellos rubios estaban de moda. Entre los godos había muchos hombres de pelo oscuro.

Los idiomas italiano, español, francés e inglés han sido creados mediante la mezcla entre el habla local y los elementos lingüísticos traídos por los pueblos emigrantes. Fueron primero jergas, hasta que se halló un poeta que forjó la lengua nacional. Hacen falta cinco o seis siglos para que nazca una lengua.

Los que conquistan un país deben adaptarse por necesidad a la lengua local. Por eso el idioma no es el monumento inamovible en el cual se inscriben las características de un pueblo. La manera de nutrirse, por ejemplo, les es más propia, ya que todo hombre permanece convencido de que en casa de su madre es donde se cocina mejor. Cuando probé la sopa de los habitantes de Schleswig-Holstein, se me ocurrió que el caldo de los espartanos no debía diferenciársele mucho. En la época de las grandes migraciones, las tribus eran el resultado de mezclas incesantes. Los hombres que llegaron allí, al sur, no eran los mismos que emprendieron la marcha. Podemos imaginar doscientos jóvenes frisones saliendo hacia el sur, como un carro de asalto a través del campo, y arrastrando con ellos a otros hombres pertenecientes a otras tribus. Los croatas son ciertamente más germanos que eslavos. Entre los estonios hay igualmente mucha sangre germánica.

Los estonios son la elite de los pueblos bálticos. Vienen después los lituanos y en último término los letones. Para las ejecuciones, que repugnaban a los rusos, Stalin utilizaba letones. Eran los mismos quienes hacían el oficio de verdugos en el viejo imperio de los zares.

Stalin es una de las figuras más extraordinarias de la historia mundial. Empezó como un pequeño funcionario y no ha dejado de serlo nunca. Stalin no debe nada a la retórica. Gobierna desde su despacho gracias a una burocracia que le obedece al dedillo.

Es chocante que la propaganda rusa, en las críticas que nos dirige, se mantenga siempre dentro de ciertos límites. Stalin, ese caucasiano astuto, parece dispuesto a abandonar la Rusia europea si cree que persistiendo en la resistencia correría el riesgo de perderlo todo. ¡Que no se diga que desde los Urales podría reconquistar

Europa! Es como si yo estuviese en Eslovaquia y partiendo de allí debiera reconquistar el Reich. Esta catástrofe será lo que causará la pérdida del imperio soviético.

5. NOCHE DEL 21 AL 22 DE JULIO DE 1941

Agradecimiento a los jesuitas. – Fanatismo protestante. – Analogías entre Alemania e Italia. – Dante y Lutero. – El Duce es uno de los césares. – La marcha sobre Roma, hito en la historia. – Encanto de las ciudades italianas. – Roma y París.

En el fondo deberíamos estar agradecidos a los jesuitas. ¡Quién sabe si sin ellos hubiéramos podido abandonar la arquitectura gótica, para adoptar la arquitectura ligera, aérea y clara de la Contrarreforma! Frente a los esfuerzos de Lutero para reconducir al misticismo a un alto clero que había adoptado costumbres profanas, los jesuitas han restituido al mundo la alegría de los sentidos.

Es cierto que Lutero no deseaba de ningún modo que la humanidad se plegara a la letra de la Escritura. Hay toda una serie de reflexiones suyas en las que toma claramente posición contra la Biblia. Reconoce que contiene muchas cosas malas.

El fanatismo es cuestión de clima, pues también el protestantismo ha quemado a sus brujas. En Italia, nada semejante. El meridional trata con mucha más ligereza las cuestiones de fe. El francés mismo adopta una actitud cómoda en las iglesias. Entre nosotros basta que uno no se arrodille para llamar la atención de los demás.

Pero Lutero tuvo el mérito de alzarse contra el papa y la organización de la Iglesia. Fue la primera de las grandes revoluciones. ¡Y gracias a su traducción de la Biblia, Lutero sustituyó nuestros dialectos por la gran lengua alemana!

Es admirable tener conciencia de las semejanzas que existen entre la evolución de Alemania y la de Italia. Los creadores de sus lenguas, Dante y Lutero, se alzaron contra los deseos ecuménicos del papado

Cada una de las dos naciones fue conducida a la unidad, contra los intereses dinásticos, por un solo hombre. Realizaron su unidad contra la voluntad del papa.

Debo decir que me complazco siempre que vuelvo a ver al Duce. Es una gran personalidad. Es excitante pensar que en la misma época que yo, él trabajó en la construcción en Alemania. Ahora bien, nuestro programa fue elaborado en 1919, y en esos años yo no sabía nada de él. Nuestra doctrina descansa sobre fundamentos propios, pero el pensamiento de cada ser es una resultante. Que no se diga, pues, que los acontecimientos de Italia no han influido sobre nosotros. La camisa parda probablemente no habría existido sin la

camisa negra. La marcha sobre Roma en 1922 fue uno de los hitos de la historia. El solo hecho de que una cosa semejante fuera intentada y realizada, nos llenó de ánimo. Algunas semanas después de la marcha sobre Roma, me recibió el ministro Schweyer. Aquello ciertamente no hubiera ocurrido sin lo otro.

Si a Mussolini le hubiese vencido en velocidad el marxismo, no sé si hubiésemos podido resistir. El nacionalsocialismo era en esta época una planta muy débil.

Si el Duce muriera, sería una desgracia muy grande para Italia. Paseando con él por los jardines de Villa Borghese, pude comparar a mis anchas su perfil con el de los bustos romanos, y comprendí que era uno de los césares. Es indudable que Mussolini es el heredero de uno de los grandes hombres de esa época.

A pesar de sus debilidades, los italianos ¡tienen tantas cualidades que les hacen como nosotros!

Italia es el país donde la inteligencia ha dado forma a la noción del Estado. El imperio romano es una gran creación política, la más grande de todas.

¡El sentido musical del pueblo italiano, su gusto por las proporciones armoniosas, la belleza de su raza! El Renacimiento fue el alba de una nueva era, en la que el hombre ario volvió a encontrarse. Hay también nuestro propio pasado sobre el suelo italiano. El que es indiferente a la historia, es un hombre sin oído, sin rostro. Claro que este hombre puede vivir, pero, ¿qué tiene su vida?

El encanto de Florencia y de Roma, de Ravena, de Siena, de Perusa... ¡Qué bellas son Toscana y Umbría!

El más insignificante palacio de Florencia o de Roma tiene más valor que el castillo de Windsor. Si los ingleses destruyeran algo en Florencia o en Roma, sería un crimen. En Moscú, tal cosa no haría gran daño y en Berlín tampoco, desgraciadamente.

He visto Roma y París, y debo decir que París, exceptuando el Arco de Triunfo, no posee nada que tenga la amplitud del. Coliseo, del Castillo de Sant'Angelo o de San Pedro. Estos monumentos, que son el producto de un esfuerzo colectivo, ya no viven a la misma escala que el individuo. Hay algo raro en las construcciones parisinas, sean esos ojos de buey de malogradas proporciones, sea ese triángulo arquitectónico que aplasta una fachada. Si comparo el Panteón de Roma con el de París, ¡qué mal construido me parece este último, y qué esculturas! Lo que he visto en París lo he olvidado. Roma, en cambio, me subyugó.

Cuando el Duce vino a Berlín, le hicimos una recepción magnífica. Pero nuestro viaje a Italia fue algo inusitado. ¡La recepción a la llegada con todo el ceremonial! ¡La visita al Quirinal!

Nápoles, si se excluye el castillo, podría estar en cualquier sitio de América del Sur. Pero allí está el patio del Palacio Real. ¡Qué nobleza de proporciones!

Mi más ferviente deseo sería poder vagabundear por Italia como un pintor desconocido.

6. NOCHE DEL 22 AL 23 DE JULIO DE 1941

El orgullo inglés. – Nacimiento de la industria alemana. – Competencia comercial con Inglaterra. – Hacia una amistad duradera entre Inglaterra y Alemania. – Pobreza de la filosofía y de las artes en Inglaterra.

El inglés es superior al alemán por su orgullo. Pero sólo el que sabe mandar tiene orgullo.

En todas partes del mundo los alemanes trabajan sin ganar el salario que merecen. Se reconocen sus cualidades, pero el mero hecho de vivir de su trabajo les acarrea el menosprecio de los que se enriquecen a su costa.

¿A qué se debe que el alemán, en la época que precedió a la guerra mundial, haya encontrado tan poca simpatía en el mundo anglosajón?

Alrededor de 1870 teníamos un excedente enorme de población; de ahí resultaba que cada año dos o trescientos mil alemanes tenían que decidirse a emigrar. El remedio a tal estado de cosas fue integrarlos en el circuito de trabajo. La única producción que pudo alinearse en la cuenta era la de los productos derivados de materias primas alemanas, el carbón, el hierro. En este campo, las necesidades del mercado estaban cubiertas hasta aquel momento por los ingleses. Inglaterra exigía la máxima calidad y pagaba precios altos para obtenerla. Quien en semejantes condiciones quiere sin embargo hacer negocios, no tiene otro recurso que ofrecer precios inferiores.

Nuestra tenacidad en el trabajo nos permitió crear artículos de serie a bajo precio, pero que no podían competir en cuanto a calidad con los productos ingleses. Éramos unos principiantes y no conocíamos los secretos de fabricación. Fue así como en una Exposición universal que se celebró en Filadelfia allá por 1880, se calificó de «camelote» a la producción alemana. El tiempo nos ha permitido, de todos modos, sobrepasar en tres sectores de la producción la calidad del trabajo inglés: en la industria química (encabezada por los productos farmacéuticos, la fabricación de colorantes y, justamente antes de la guerra mundial, la extracción del ázoe); en la producción de aparatos eléctricos; y en la de instrumentos de óptica.

Inglaterra se resintió tan vivamente de esta competencia, que reaccionó en contra de ella con todas sus fuerzas. Pero ni las tentativas de protecciones aduaneras, ni ciertos acuerdos internacionales, ni la mención *Made in Germany*, impuesta a los productos fabricados en Alemania, tuvieron la menor eficacia.

Para el inglés, su ideal de vida se halla en la sociedad de la época victoriana. Inglaterra tenía entonces a su servicio los innumerables habitantes de su imperio colonial, además de sus treinta y cinco millones de nacionales. Añadamos un millón de

burgueses, y coronándolo todo, mil señores que cosechaban sin ningún esfuerzo el fruto del trabajo de los otros. Para esta casta dirigente, la aparición de Alemania en los mercados fue una mala fortuna. Desde el momento en que nuestra ascensión económica empezaba ¡el destino de Inglaterra estaba sellado! Es completamente cierto que en el porvenir el imperio inglés no podrá subsistir sin el apoyo de Alemania.

Creo que el fin de esta guerra significará el comienzo de una amistad duradera con Inglaterra. Pero tendremos primero que dejarla K.O., porque éste es el precio para poder vivir en paz con ella, y el inglés no es capaz de respetar más que al que le ha dejado fuera de combate.

Hay que borrar 1918.

G. D. preguntó al Führer si Alemania estaba inmunizada contra los peligros de la vida demasiado fácil que amenazaban perder a Inglaterra.

Sí, y por eso me preocupo de las artes. Entre los ingleses, la cultura, lo mismo que el deporte, son privilegios de la buena sociedad. Pensad que en ningún país se representa peor a Shakespeare que en Inglaterra. Les gusta la música, pero la música no les corresponde. No tienen tampoco ningún pensador genial. ¿Qué representa allí, para la masa del pueblo, la National Gallery? Lo mismo ocurre con su Reforma. No fue, como la Reforma alemana, provocada por necesidades de la conciencia, sino únicamente por razón de Estado.

En Bayreuth se encontraban más franceses que ingleses. ¡Cítenme ustedes un teatro cualquiera de Inglaterra donde se trabaje como se trabaja en nuestro país en centenares de ellos!

Pero he conocido a muchos ingleses e inglesas que estimo. No pensemos demasiado en los que conocemos y con los que hemos tenido relaciones oficiales que nos han decepcionado: no son hombres. A pesar de todo, es el único país con el que podemos asociarnos.

7. NOCHE DEL 24 AL 25 DE JULIO DE 1941

Las cualidades del soldado alemán. – El tributo de sangre de las SS. – Deficiencias del mando alemán en 1914-1918.

Puedo decir que no dudé jamás de las cualidades del soldado alemán, como les ha ocurrido a los jefes de la Wehrmacht.

El ejército alemán es técnicamente el más perfecto del mundo, y el soldado alemán, en un momento crítico, es más seguro y sólido

que ningún otro. Me considero verdaderamente dichoso de que me haya sido concedido ver, en mi existencia, al soldado alemán recompensando por la providencia. Para una tropa de selección como nuestras SS, es una gran suerte haber sufrido pérdidas relativamente considerables. De esta manera, se han asegurado el prestigio necesario para intervenir, eventualmente, en el interior, lo cual sin duda no será necesario. Pero es bueno saber que se dispone de una tropa que se mostraría capaz, si se presentara la ocasión.

Es maravilloso advertir de qué modo están siempre en la brecha nuestros *Gauleiters*.

No podría decir hasta qué punto sufrí, durante la Gran Guerra, con las deficiencias de nuestro mando. Militarmente no estábamos bien conducidos, y políticamente lo estábamos tan mal, que sentía constantemente el deseo de intervenir. Si en aquel momento hubiera sido canciller del Reich, en tres meses hubiera terminado con las obstrucciones, afirmando nuestra potencia.

Si tuviera veinte o veinticinco años menos, estaría en primera línea. Me gusta apasionadamente ser soldado.

8. VIERNES 25 DE JULIO DE 1941, A MEDIODÍA

Rumania debe ser un país agrícola.

Rumania hará bien en renunciar, en cuanto pueda, a poseer una industria propia. Dirigirá las riquezas de su suelo, particularmente su trigo, hacia el mercado alemán. Recibirá de nosotros, como contrapartida, los productos manufacturados que necesita. Besarabia es un verdadero granero de trigo. Así desaparecería ese proletariado rumano contaminado de bolchevismo, y el país no carecería de nada. Debo reconocer que el rey Carol ha trabajado en este sentido.

9. VIERNES 25 DE JULIO DE 1941, POR LA TARDE

Rivalidad entre Inglaterra y América.

Algún día Inglaterra y América tendrán entre sí una guerra que será conducida con el odio más grande que puede imaginarse. Uno de los dos países tendrá que desaparecer.

10. SÁBADO 26 DE JULIO DE 1941, POR LA NOCHE

La monarquía está condenada.

El pueblo necesita un punto en el que puedan converger los pensamientos de cada uno, es decir, un ídolo. El pueblo que posee un soberano de la categoría de Federico el Grande puede sentirse dichoso; pero si es un monarca mediano, ¡cuánto más le vale tener una república! Notad esto: cuando la forma monárquica ha sido abolida en un país —ved la Francia y la Yugoslavia de hoy— está entonces destinada al ridículo, no puede volver a afianzarse.

Me siento tentado a creer que lo mismo pasará con la Iglesia. Ambas instituciones se desarrollan naturalmente hacia el ceremonial y la solemnidad. Pero cuando el poder que hay debajo desaparece, todo ese aparato deja de tener significado.

11. DOMINGO 27 DE JULIO DE 1941, POR LA TARDE

Juventud y vejez de los pueblos. – Impedir que se reconstruya una potencia militar en el este. – El ejemplo de la dominación inglesa en la India. – No educar a los analfabetos rusos. – Colonización de Ucrania. – Los soldados agricultores.

Es curioso advertir hasta qué punto la situación de un pueblo en el mundo es efecto de su edad. Una nación joven necesita éxitos constantes. Una nación envejecida puede permitirse continuos fracasos. Alemania e Inglaterra.

Habrá que tener cuidado de impedir que nunca jamás se reconstruya en este lado de los Urales una fuerza militar, ya que nuestros vecinos del oeste serían siempre los aliados de nuestros vecinos del este. Es así como los franceses hicieron, en un momento crítico, causa común con los turcos, y es así como los ingleses obran del mismo modo con los Soviets. Cuando hablo de este lado de los Urales, quiero decir una línea situada a doscientos o trescientos kilómetros al este de los Urales.

Es necesario que dominemos esa región del este con doscientos cincuenta mil hombres encuadrados por buenos administradores. Tomemos ejemplo de los ingleses, que con un total de doscientos cincuenta mil hombres —de ellos cincuenta mil soldados— gobiernan a cuatrocientos millones de hindúes. El espacio en Rusia debe ser dominado para siempre por los alemanes.

Nuestro mayor error sería querer educar a esas masas. Lo único que nos interesa es que esas gentes se limiten a interpretar las señales de las carreteras. Actualmente son analfabetos y así deben quedarse. Pero hay que hacer, naturalmente, que puedan vivir con decencia, cosa que también nos interesa a nosotros.

Del sur de Ucrania, particularmente de Crimea, haremos una colonia exclusivamente alemana. No me dará mucho trabajo dispersar a sus actuales pobladores. El colono alemán será el soldado-campesino, y para esto tomaré soldados de oficio, cualquiera que haya sido su afectación especial hasta aquel momento. Por este medio dispondremos, por añadidura, de una formación de suboficiales valerosos, que tanta falta nos están haciendo. El día de mañana tendremos allí un ejército permanente de millón y medio o dos millones de hombres. Con el licenciamiento de los soldados que cuenten ya doce años de servicio, tendremos cada año unos treinta o cuarenta mil hombres a nuestra disposición. El Reich pondrá en manos de los que sean hijos de cultivadores una granja completamente equipada. El suelo no nos cuesta nada, no tenemos más que construir la casa. El hijo del labriego habrá pagado esta instalación con su servicio de doce años. En el término de los dos años últimos, se preparará ya para la agricultura. Una sola condición se le impondrá, que no se case con una señorita de la ciudad, sino con una campesina, que a ser posible no haya empezado por vivir con él en la ciudad. Estos soldados cultivadores recibirán armas, de manera que en un momento de peligro estén prestos a servir al Reich. Así es como tuvo en sus manos la vieja Austria sus pueblos del este. Al mismo tiempo el soldado-campesino será para nosotros un perfecto maestro. El suboficial es el maestro ideal para el pequeño campesino. De todos modos, este suboficial valdrá más como maestro de lo que valen como oficiales nuestros maestros actuales.

Así volveremos a ver en el campo la bendición de las familias numerosas. Mientras la ley actual sobre la herencia rural despoja a los jóvenes, en el porvenir cada hijo de labrador estará seguro de poseer su trozo de tierra. Y treinta o cuarenta mil campesinos por año es una cifra enorme.

En los estados bálticos, podríamos aceptar como colonos a los holandeses, los noruegos, y hasta, a título individual, a los suecos.

12. NOCHE DEL 27 AL 28 DE JULIO DE 1911

Primacía de la Europa oriental. – Utilizar todas las fuerzas, de dondequiera que vengan. – El papel de las elites.

Está en la naturaleza del hombre el obrar en relación con sus descendientes. Hay quien no piensa más que en su casa y en su familia. Otros ven más lejos. En lo que me concierne, debo decir que cuando me encuentro con los niños, pienso en ellos como si fueran mis hijos. Todos me pertenecen.

Estoy tan poco inquieto en lo relativo a la lucha en el este, porque todo lo que allí ocurre se desenvuelve exactamente dentro del marco que me ha parecido siempre deseable. Son muchos los que

pensaban, después de la guerra mundial, que debíamos mirar hacia las riquezas mineras del oeste, hacia las materias primas coloniales, hacia el oro. Yo he considerado siempre la posesión del suelo del este como indispensable para nosotros, y no tengo hoy ninguna razón para modificar mi punto de vista.

Al principio de nuestro movimiento actué sobre todo por intuición. Durante mi encarcelamiento tuve tiempo de dar una base histórica natural a mi filosofía. Desde su punto de vista, los dirigentes de entonces hicieron un mal cálculo encerrándome. ¡Más les hubiera valido dejarme hablar y perorar sin un momento de reposo!

La teoría nacionalsocialista consiste en utilizar todas las fuerzas, vengan de donde vengan. No ignoro que en las familias que se consagran desde lejanas generaciones al servicio del Estado, hay buenos elementos, y los bolcheviques han cometido el error, en sus excesos, de exterminar la *intelligentsia*. Pero es insoportable que los miembros de una clase se crean los únicos habilitados para desempeñar ciertas funciones.

El trabajo que cada uno debe aportar no puede ser estimado con relación a su valor objetivo. Cada cual no tiene más que un deber: trabajar. El que cumple este deber pasa a ser indispensable en la comunidad, ya ejecute una cosa que sólo él sabe hacer, o bien otra que esté al alcance de todos. Si esto no fuera así, el hombre que realiza una cosa importante cuyo efecto puede hacerse sentir durante decenas de años, quizá durante siglos, tendría derecho a darse importancia ante el barrendero y despreciarlo.

El ejemplo dado por la aristocracia inglesa es completamente razonable cuando quiere que el primogénito de una familia sea el único heredero del título. Así los jóvenes vuelven al pueblo, y la familia conserva su poder económico, al mismo tiempo que se liga con el pueblo.

Cuando se dice con un acento piadoso que tal vástago de una antigua familia es un inútil, un vagabundo que ha caído, ¡muy bien! Es justo que una familia sana elimine uno de sus miembros, que llega a ser indigno de ella. El error sería precisamente que este caído se mantuviera como un privilegiado.

No hace falta decir que sólo una economía planificada puede utilizar inteligentemente todas las fuerzas de un pueblo.

Darré ha hecho dos cosas buenas: la ley de sucesión agraria y la reglamentación de los mercados.

Si obtenemos en el porvenir las materias primas que la escasez nos ha obligado a sustituir por productos sintéticos (a lo que hemos llegado gracias a nuestras investigaciones científicas y a la superioridad de nuestra técnica), esto no será una razón que nos decida a abandonar los productos sintéticos.

13. NOCHE DEL 1 AL 2 DE AGOSTO DE 1941

La burocracia. – El valor de la desobediencia inteligente. – Un continente que dirigir. – Una raza de dominadores.

A menudo insisten cerca de mí para que diga algo en elogio de la burocracia. Esto me es imposible.

Es cierto que tenemos una administración limpia, incorruptible, pero quisquillosa también. Está superorganizada y, en ciertos sectores por lo menos, sobrecargada. Su principal defecto es que nadie busca en ella un buen resultado y que está compuesta por demasiados irresponsables. Lo que más temen nuestros funcionarios es la iniciativa... ¡y después esos ademanes de *ronds de cuir* remachados en sus asientos! Exceptuando un sector de la Wehrmacht, tenemos en el ejército mucha más flexibilidad que en los sectores civiles. ¡Y esto a pesar de los sueldos, a menudo insuficientes!

Su idea fija es que la legislación debe ser la misma para todo el Reich. ¿Por qué no hacer un reglamento diferente para cada parte del Reich? Imaginan que vale más hacer un reglamento malo, pero uniforme, que uno bueno que tuviera en cuenta las circunstancias particulares. Sin embargo, lo que únicamente tiene importancia es que los dirigentes superiores posean una visión de conjunto sobre la administración y tengan todos los hilos en su mano.

La Wehrmacht concede la más alta distinción a quien obrando contra una orden, salva una situación por su discernimiento y su decisión. En la administración, el hecho de no ejecutar una orden es objeto de una sanción capital. La administración desconoce la excepción. Por esto le falta el valor indispensable que deben tener los que asumen responsabilidades

Una circunstancia favorable, en vista de los cambios de métodos que se imponen, es que vamos a tener un continente que dirigir. ¡Las diferentes posiciones del sol nos prohibirán entonces la uniformidad!

En muchos sitios, con sólo un puñado de hombres deberemos controlar inmensas regiones. Por lo tanto, la policía estará allí en constante alerta. ¡Qué suerte, en ese caso, poder contar con los hombres del partido!

Naturalmente, tendremos que pagar el precio de nuestras experiencias. Los errores son inevitables, pero ¡qué importa todo esto si dentro de diez años pueden anunciarme que Danzig, Alsacia y Lorena son alemanes! ¡Qué me importará entonces si a ello añaden que tres o cuatro errores han sido cometidos en Colmar y cinco o diez en otra parte! ¡Aceptemos la carga de esos errores y conservemos las provincias! Dentro de diez años habremos constituido una selección de hombres, con los que podremos contar cada vez que sea necesario dominar nuevas dificultades.

De ahí sacaremos un nuevo tipo de hombre, una raza de dominadores, una especie de virreyes. Queda entendido que de éstos no nos serviremos en el oeste

14. 2 DE AGOSTO DE 1941, A MEDIODÍA

La plutocracia y el proletariado de Sajonia. – Una burguesía increíblemente limitada. – El Káiser y los obreros. – Bismarck tenía razón. – Me descubro ante ciertos comunistas.

No hay nada de extraño en que el comunismo encontrara en Sajonia su más sólido baluarte y que sólo ganásemos poco a poco a nuestra causa a los obreros sajones. No es de extrañar tampoco que se cuenten hoy entre nuestros más fieles partidarios. La burguesía sajona era de una limitación increíble. Estas gentes creyeron ver en nosotros a simples comunistas. ¡El que proclama el derecho del pueblo a la equidad social, según los burgueses es un bolchevique! La manera que han tenido de explotar al obrero a domicilio es inimaginable. Fue un crimen convertir a los obreros sajones en proletarios. Allí reinaba una plutocracia comparable a la que existe aún hoy en Inglaterra. El reclutamiento en la Wehrmacht nos ha permitido constatar la baja progresiva de la calidad del material humano en dicha región. Yo no reprocho a las gentes pobres que hayan sido comunistas, pero se lo reprocho al intelectual que no hace más que explotar para otros fines la miseria del prójimo. Cuando se piensa en esa chusma de burgueses, se nos enrojece hoy todavía el rostro.

La masa ha seguido el único camino posible. El obrero no participaba de ninguna manera en la vida nacional. A la inauguración de un monumento en memoria de Bismarck, o al lanzamiento de un barco, jamás se invitó a una delegación de obreros: únicamente trajes de ceremonia y uniformes. Para mí el sombrero de copa es el signo del burgués. Me distraigo a voces en hojear números antiguos de *Woche*. Tengo una colección. ¡Pues bien, es verdaderamente instructivo sumergirse allí! La botadura de un barco: nada más que chisteras ¡incluso después de la revolución! El pueblo sólo estaba invitado a estas fiestas como figurante. El Káiser llegó a recibir *una vez* una delegación de obreros. ¡Les echó una arenga magnífica, amenazándoles sencillamente con retirarles el favor imperial! En sus reuniones locales, supongo que los delegados tuvieron el tiempo necesario para sacar las consecuencias del discurso del emperador. Cuando sobrevino la guerra, el mal estaba hecho y ya era tarde. Por otro lado, hubo demasiada cobardía para aplastar la cabeza de la socialdemocracia. Esto es lo que quería hacer Bismarck, pero con la contrapartida de una buena legislación social. Si se hubiera seguido sistemáticamente este camino, el problema se hubiera resuelto en menos de veinte años.

Thaelmann es el prototipo de esos mediocres que no pueden actuar de otra forma que como lo hicieron. No es tan inteligente como Torgler, por ejemplo. Es un hombre limitado. También he

podido por eso dar la libertad a Torgler y he tenido que encarcelar a Thaelmann, no por venganza, sino para evitar que haga daño. En cuanto el peligro de Rusia esté eliminado, le soltaré a *él* también. No me ha hecho falta encerrar a los socialdemócratas. No tenía, en efecto, el temor de que encontraran en el extranjero base y apoyo para atacarnos.

Nuestro pacto con Rusia no implicó nunca que tuviéramos que adoptar una actitud diferente en consideración al peligro interior. Tomados por sí mismos, nuestros comunistas me son mil veces más simpáticos que un Starhemberg, por ejemplo. Eran naturalezas robustas. Es una pena que no se quedaran más tiempo en Rusia. Hubieran vuelto completamente curados.

15. 2 DE AGOSTO DE 1941, DURANTE LA CENA

Juristas y carne de horca. – Los castigos corporales. – Simplificación del aparato represivo.

Lo mismo que los cazadores se preocupan con mucha anticipación de los animales que matarán cuando llegue la época de la caza, igual los juristas se preparan sus malhechores.

El vicio más grande de nuestro sistema represivo es la importancia exagerada que se concede a una primera condena. Un castigo corporal sería a veces preferible a una pena de prisión. En la cárcel y en los establecimientos penitenciarios, el delincuente encuentra demasiada buena escuela. Los profesionales que allí frecuenta le demuestran, primero, que ha hecho un trabajo estúpidamente mal hecho, y le enseñan a hacerlo mejor la próxima vez. Todo este tiempo de prisión no constituye, en el fondo, más que una enseñanza ininterrumpida en el arte de hacer el mal.

Acababa de cometerse un asesinato en Berlín. La prensa se ocupaba de ello extensamente y Schaub preguntaba al Führer cuánto tiempo pasaría antes de que juzgasen el caso.

En un caso semejante, no veo qué objeto puede tener un proceso largo y en toda forma para estudiar una cuestión de responsabilidad o irresponsabilidad Mi opinión es que, responsable o no, el autor de ese crimen debe desaparecer.

16. 2 DE AGOSTO DE 1941, AL ANOCHECER

Origen del telón de acero. – El nacionalsocialismo no es un artículo de exportación. – Ganado, caucho y hulla blanca. – Oposición París-Vichy. – Misión europea de los noruegos.

Cuando Rusia se encierra en sus fronteras, es para impedir a sus súbditos que dejen el país y hagan ciertas comparaciones. Así, Stalin se vio obligado a introducir el bolchevismo en los países bálticos, para que su ejército de ocupación se encontrara sin datos comparativos con otro sistema. Al principio Stalin no tenía semejante idea

Es importante que se dé a Alemania tal forma que el que venga a nuestro país se cure de los prejuicios que tenga contra nosotros. Yo no quiero imponer el nacionalsocialismo a nadie. Si me dicen que tal país quiere seguir siendo demócrata, pues bien, tanto mejor; a cualquier precio que cueste seguirá siendo demócrata. Los franceses, por ejemplo, deben conservar sus partidos. Cuantos más movimientos revolucionarios tengan, tanto mejor para nosotros. En este momento estamos obrando perfectamente. Muchos franceses no desean vernos abandonar París, pues por sus relaciones con nosotros son sospechosos a ojos de los franceses de Vichy. Del mismo modo, quizá a Vichy no le parezca tan mal la perspectiva de vernos instalados en París, ya que si no estuviéramos allí, tendrían que hacer frente a movimientos revolucionarios.

Cuando la economía esté definitivamente organizada, habrá que velar por el aumento de la riqueza pecuaria. Habrá también que consagrar 40.000 hectáreas al cultivo del caucho.

Por culpa del capitalismo, que no se ocupa más que de los intereses privados, la explotación de la hulla blanca está en nuestro país en sus comienzos.

Las instalaciones hidráulicas más importantes deberán dedicarse en primer término a los mayores consumidores, a la industria química, por ejemplo.

Habrá que provocar por cuantos medios sea posible todo lo que pueda asegurarnos la ganancia de un kilovatio. No olvidemos nuestros antiguos molinos. El agua corre; basta construir una presa para obtener energía. El carbón desaparecerá algún día, pero siempre habrá agua. Se puede explotar todo esto más razonablemente. Se pueden construir presas sobre presas y utilizar las más pequeñas pendientes: así se consigue un suministro regular, que además estará a resguardo de los bombardeos. El nuevo procedimiento de Fischer es una de las invenciones más geniales que se han hecho hasta ahora.

Noruega deberá ser algún día la central eléctrica de Europa del norte. De esta manera los noruegos encontrarán por fin una misión europea que realizar. No he estudiado el problema en lo concerniente a Suecia. En Finlandia no hay desgraciadamente nada que hacer.

Si todas nuestras ciudades adoptaran el procedimiento utilizado en Múnich para la producción de gas del alumbrado por recuperación, sería una ventaja enorme. En Múnich, el 12 por 100 del gas de alumbrado está producido de esa forma.

En la Welserheide el gas sale de la tierra. La ciudad de Wels se calienta por ese medio. No me extrañaría que un día se descubriera allí petróleo.

Pero el porvenir pertenece seguramente al agua, al viento, a las mareas. Como medio de calefacción, probablemente, se elegirá el hidrógeno.

17. NOCHES DEL 8 AL 9 Y DEL 9 AL 10, DE 10 DE LA MAÑANA A MEDIODÍA, DE 10 DE LA NOCHE A MEDIANOCHE Y NOCHE DEL 10 AL 11 DE AGOSTO DE 1941

El maestro alemán se ha hecho odioso. – Organización de los espacios del este. – Dejar vivir a la población rusa. – Europa, entidad racial. – Peligro de la seguridad. – Evacuaciones de alemanes y expulsiones de judíos. – Una política racial. – Los hoteleros suizos. – Las batallas de aniquilamiento. – La táctica elegida por Stalin. – Impertinencia de los ingleses. – Las armas del porvenir.

En la India está el origen del orgullo inglés. Hace cuatrocientos años los ingleses no tenían ese orgullo. Los espacios inmensos sobre los cuales han extendido su dominación les han obligado a gobernar a millones de seres. Y han regido a semejantes multitudes concediendo a algunos hombres un poder discrecional. Evidentemente les hubiera sido imposible el abastecimiento de grandes unidades europeas en lo que atañe a víveres y objetos de primera necesidad. Así, ningún problema existe para ellos en cuanto a la organización de la vida en esos nuevos continentes con sólo un puñado de hombres. Sin contar con que los anglicanos nunca han mantenido allí la menor actividad de estilo misionero. Y es de esa suerte como los indígenas tampoco han sufrido la menor merma en su integridad espiritual.

El alemán se ha hecho aborrecible en todos los sitios del mundo, porque en cualquier lugar que llega empieza a hacer el papel de maestro. Este no es un buen medio de conquista. Cada pueblo tiene sus costumbres, a las cuales está unido, y nadie desea lecciones de nosotros. El sentido del deber, según lo entendemos los alemanes, no existe entre los rusos. ¿Por qué trataríamos de inculcarles tal lección?

El colono alemán deberá vivir en granjas bellas y espaciosas. Los servicios administrativos alemanes se alojarán en edificios maravillosos, con sus gobernadores en palacios. Bajo su órbita se organizará poco a poco todo lo que es indispensable para el

sostenimiento de cierto nivel de vida. Alrededor de la ciudad y en una profundidad de treinta o cuarenta kilómetros, habrá un círculo de hermosos pueblos unidos entre sí por las mejores carreteras. Lo que exista más allá será un mundo distinto en el que hemos decidido dejar vivir a los rusos como deseen. Es preciso, sencillamente, que los dominemos. En caso de una revolución, sólo tendremos que tirar algunas bombas sobre sus ciudades, y el asunto quedará liquidado. Una vez al año pasearemos a una banda de kirguises por la capital del Reich con el fin de impresionar su imaginación con la grandeza de nuestros monumentos.

Lo que la India fue para Inglaterra, lo serán para nosotros los territorios del este. ¡Si pudiera yo hacer comprender al pueblo alemán lo que este espacio significa para nuestro porvenir! Las colonias son una posesión precaria, pero esta tierra es segura para nosotros. Europa no es una entidad geográfica, es una entidad racial. Se comprende ahora por qué los chinos se encerraron detrás de una muralla para protegerse contra las eternas agresiones de los mongoles. Se desearía a veces que una muralla inmensa protegiera los nuevos territorios del este contra las masas del Asia central; pero éste es un medio que está en contradicción con las enseñanzas de la historia. Una excesiva conciencia de seguridad provoca en efecto a la larga un relajamiento de fuerzas. ¡Creo que la mejor muralla será siempre una pared de pechos!

Si algún pueblo tiene derecho a proceder a traslados de población en masa, somos nosotros, ya que gran número de veces nos hemos visto obligados a evacuar nuestra propia población. Únicamente de Prusia oriental han tenido que emigrar ochocientos mil hombres. Hasta qué punto somos sensibles, nosotros los alemanes, lo demuestra que consideremos como un máximo de brutalidad el hecho de haber liberado a nuestro país de seiscientos mil judíos. Sin embargo, hemos admitido sin recriminaciones y como cosa inevitable la evacuación de nuestros propios compatriotas.

Nunca más debemos permitir a los germanos que emigren a América. Al contrario, atraeremos a los noruegos, a los suecos, a daneses y holandeses hacia nuestros territorios del este. Llegarán a ser miembros del Reich alemán. Nuestro deber es dirigir metódicamente una política racial. Estamos obligados a ello, aunque no fuera más que para combatir la degeneración, que empieza a amenazarnos a causa de uniones que tienen ya algo de consanguíneas.

En cuanto a los suizos, en el mejor de los casos podremos utilizarlos como hoteleros.

No tenemos por qué desecar marismas. Sólo tomaremos la mejor tierra, los mejores terrenos. Es las regiones pantanosas instalaremos un gigantesco campo de maniobras, de trescientos cincuenta por cuatrocientos kilómetros, aprovechando los ríos y los obstáculos que nos ofrece la naturaleza.

No hay ni que decir que sería bien poca cosa para nuestras divisiones aguerridas derrotar a un ejército inglés. Inglaterra está ya

en estado de inferioridad por el mero hecho de que no puede entrenar sus tropas sobre su propio territorio. Si los ingleses quisieran abrir en su país grandes espacios, les sería forzoso sacrificar demasiados castillos.

La historia mundial conoce tres batallas de aniquilamiento: Cannas, Sedán y Tannenberg. Podemos estar orgullosos de que dos de ellas hayan sido libradas por el ejército alemán. A esas batallas hay que añadir hoy las de Polonia y del oeste, y las que tenemos emprendidas en el este.

El resto son batallas de persecución. Waterloo inclusive. No nos hagamos una idea falsa de la batalla del bosque de Teotoburgo. El romanticismo de nuestros profesores de historia tiene algo que ver con eso. En aquel tiempo, en efecto, y hoy tampoco, no hay manera de librar batallas en un bosque.

En lo concerniente a la campaña de Rusia, se presentaban dos concepciones: una consistía en pensar que Stalin escogería la táctica de la retirada como en 1812; la otra, que debíamos esperar encontrarnos con una resistencia encarnizada. Yo era prácticamente el único que creía en esta última eventualidad. Me decía a mí mismo que el abandono de los centros industriales de San Petersburgo y de Jarkov equivalía a una rendición, que la retirada en tales condiciones significaba un aniquilamiento, y que por esto Rusia intentaría conservar estas posiciones a cualquier precio. Con este espíritu hemos empezado la campaña, y los acontecimientos me han dado la razón.

Aunque América se pusiera a trabajar furiosamente, pasarían cuatro años para que llegase a reemplazar el material que el ejército ruso ha perdido hasta ahora.

Si América ayuda a Inglaterra, es con la reserva mental de acelerar el momento de recoger su herencia.

Yo no estaré ya aquí para verlo, pero por el pueblo alemán me regocijo con la idea de que se verá a Inglaterra y Alemania unidas luchar contra América.

Alemania e Inglaterra sabrán lo que cada una puede esperar de su aliada, y habremos encontrado lo que nos hacía falta. ¡Son de una impertinencia sin precedentes, esos ingleses! No es obstáculo para que los admire. En este terreno tienen mucho que enseñarnos.

Si alguien ruega por el éxito de nuestros ejércitos, es el Sha de Persia. Desde el momento en que descendamos sobre su país, ya no tendrá nada que temer de Inglaterra.

La primera cosa que hay que hacer es firmar un tratado de amistad con Turquía y confiarle la custodia de los Dardanelos. Ninguna potencia tiene nada que ver allí.

En lo concerniente a la organización económica, estamos sólo en las primicias e imagino lo maravilloso que será organizar económicamente Europa, para citar únicamente un ejemplo, ¿qué beneficios obtendríamos si se lograra recuperar los vapores

producidos por la fabricación del gas del alumbrado que se pierden actualmente? Podrían utilizarse para calentar invernaderos que durante todo el invierno alimentarían a nuestras ciudades de legumbres y frutos frescos. No hay nada más bello que la horticultura.

He creído hasta hace poco que un ejército no podía subsistir sin carne. Pues bien, acabo de enterarme de que los ejércitos de la Antigüedad no recurrían a la carne más que en los tiempos de escasez, y que la alimentación de los ejércitos romanos estaba casi totalmente basada en los cereales.

Si consideramos todas las fuerzas creadoras que dormitan en el espacio europeo (Alemania, Inglaterra, países nórdicos, Italia), ¿qué son en comparación las posibilidades americanas?

Inglaterra está orgullosa de la voluntad de sus dominios de permanecer al lado del imperio. Sin duda, en semejante actitud hay algo bello, pero esta voluntad no depende más que de la medida en que el poder central es capaz de imponerla.

El hecho de que en el nuevo Reich sólo haya un ejército, una SS y una administración producirá un efecto de fuerza extraordinario.

Lo mismo que una ciudad antigua, encerrada en sus viejos muros, tiene necesariamente otra estructura que los barrios nuevos de la periferia, de la misma manera deberemos gobernar los nuevos espacios por métodos distintos de los vigentes en el actual Reich. Ni que decir tiene que la uniformidad sólo debe aplicarse a las cosas esenciales.

En lo que se refiere a Austria, la buena solución era destruir el Estado centralizado en detrimento de Viena y restablecer las provincias. Así se suprimieron de un golpe innumerables puntos de rozamiento. Cada uno de los *Gaue* está contento de ser dueño de sí mismo.

¿Las armas del porvenir? En primer lugar el ejército de tierra, después la aviación, y solamente en tercer lugar, la marina.

La aviación es el arma más joven. En pocos años ha hecho progresos formidables, pero no puede decirse que haya llegado al apogeo de sus posibilidades.

Por el contrario puede afirmarse sin error que la marina apenas ha sufrido cambios desde la guerra mundial. Hay algo trágico en el hecho de que el acorazado, ese monumento del ingenio humano, haya perdido toda su *raison d'être* por el perfeccionamiento de la aviación. Hace pensar en la maravilla de técnica y de arte que representaba, al fin de la Edad Media, el armamento de un caballero y su caballo, la armadura y la coraza.

Por lo demás, la construcción de un acorazado representa el valor de mil bombarderos. ¡Y qué cantidad de tiempo! Cuando se invente el torpedo silencioso, cien aviones significarán la muerte de un acorazado. Ahora ningún gran buque de guerra puede permanecer ya en un puerto.

18. NOCHE DEL 19 AL 20 DE AGOSTO DE 1941

Virtudes de la guerra. – De diez a quince millones de alemanes más. – Las guerras estimulan la fecundidad de los pueblos. – Autarquía de Europa.

Hay que desear al pueblo alemán, por su bien, una guerra cada quince o veinte años. Un ejército cuyo único fin es conservar la paz, sólo conduce a jugar a ser soldado. Fíjense en Suecia y en Suiza. Y un ejército ocioso puede constituir también un peligro revolucionario en el interior.

Se me reprocha el sacrificio de cien o doscientos mil hombres en la guerra; puedo contestar que gracias a mi actividad la nación alemana ha ganado hoy día más de dos millones quinientos mil seres humanos Si pido la décima parte en sacrificio, no dejaré por eso de haberle dado un 90 por 100. Espero que dentro de diez años seremos diez o quince millones más de alemanes en el mundo. Que se trate de hombres o de mujeres, poco importa: he creado condiciones favorables para el aumento.

Muchos grandes hombres fueron los sextos o séptimos hijos de sus familias. Cuando un hombre conocido muere, se sabe lo que se pierde. Pero ¿sabemos lo que se pierde por la limitación de nacimientos? El hombre que muere antes de nacer, es un enigma.

Las guerras impulsan a los pueblos a la proliferación, enseñan a no caer en el error de que cada familia se contente con un solo hijo.

No puede admitirse que la vida de los pueblos del continente dependa de Inglaterra. Ucrania y luego la cuenca del Volga serán algún día el granero de Europa. Cosecharemos mucho más que lo que actualmente producen esas tierras. No hay que olvidar que en tiempos de los zares Rusia (con sus ciento setenta millones de hombres) no sufrió nunca hambre. Aprovisionaremos igualmente de hierro a Europa. Si algún día Suecia no quiere suministrarlo, está bien: lo tomaremos en el este. La industria belga podrá cambiar sus productos —objetos baratos de consumo corriente— por los cereales de esas regiones. En lo que concierne a las pobres familias obreras de Turingia y del Harz, por ejemplo, encontrarán allí grandes posibilidades.

En las regiones que ocupamos en Ucrania, el pueblo se precipita a las iglesias. Yo no vería en eso ningún mal si, como sucede ahora, los viejos campesinos rusos continuaran oficiando en ellas. Esto cambiaría si se tratara de sacerdotes; tenemos que considerar si les dejamos volver. Según un informe que he leído, la oposición rusa cree haber encontrado en el clero un punto de apoyo para un movimiento paneslavista.

19. NOCHE DEL 14 AL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1941

Criminales en tiempo de guerra. – Los atentados en territorio ocupado. – Costumbres de los juristas. – Un camino de extrema dureza.

Tiene su explicación el triunfo del hampa en el año 1918. Durante los cuatro años de guerra quedaron muchos huecos entre los mejores de nosotros. Y mientras estábamos en el frente, se desarrollaba la criminalidad en el interior. Las penas de muerte eran un caso raro, y bastó abrir las puertas de las cárceles el día que se quiso dar jefes a la masa revolucionaria.

He dado orden a Himmler para que si un día hubiera temor de disturbios interiores, liquide a cuantos estén en los campos de concentración. En el acto la revolución quedaría huérfana de jefes.

El antiguo Reich sabía obrar con firmeza en las regiones ocupadas. Así fue como el conde Von der Goltz castigó en Bélgica los intentos de sabotaje en las vías férreas. Hizo quemar todos los pueblos comprendidos en un radio de varios kilómetros, después de fusilar a los alcaldes, encarcelar a los hombres y evacuar a las mujeres y los niños. Hubo en conjunto tres o cuatro atentados, después nada más. Es verdad que en 1918 el pueblo mantenía una actitud poco amistosa hacia las tropas alemanas que iban al frente. Me acuerdo de un alcalde que nos incitaba a seguir nuestro camino, cuando queríamos imponer una corrección a unos bribones que nos sacaban la lengua. El ejército hubiera dado fácilmente cuenta de esos incidentes, pero los juristas tomaban siempre la defensa del populacho. No puedo expresar cómo detesto esa noción artificial del derecho.

Hoy sucede igual. Durante la campaña de Polonia los juristas han intentado atacar a nuestras tropas porque habían fusilado a sesenta civiles en una región donde hubo una matanza de soldados heridos. En semejante caso un jurista abre una información contra X. Su encuesta, naturalmente, no aclara nada, ya que jamás nadie ha visto nada, y si alguien sabe quién es el culpable, se guardará muy bien de denunciar a un «miembro de la resistencia».

Los juristas no pueden comprender que en períodos excepcionales tengan curso otras leyes. Me interesaría mucho saber si condenaron a muerte al perturbado que prendió fuego al «Bremen» deliberadamente, dicen, por el gusto de producir un incendio. He dado instrucciones para el caso de que a este individuo no le condenaran a muerte. Se le fusilará inmediatamente.

El fiscal pide por lo general la pena de muerte, pero los jueces encuentran siempre, en la duda, circunstancias atenuantes. Así, cuando la ley prevea pena de muerte, cadena perpetua, trabajos forzados o cárcel, normalmente aplican la cárcel.

Cerca de dos mil personas desaparecen en Alemania todos los años sin dejar rastro, víctimas la mayor parte de maniáticos y de sádicos. Se sabe que estos criminales son generalmente reincidentes, pero los abogados que les caen en suerte tienen buen cuidado de salvarles con ligeros castigos. Sin embargo, esta baja humanidad es un fermento que mina el Estado. No hago diferencia entre ellos y los brutos que llenan nuestros campos de prisioneros rusos.

Los hombres de leyes se las arreglan, en general, para descargar la responsabilidad de su mansedumbre sobre el legislador. Esta vez les hemos abierto el camino de la extrema dureza. A pesar de todo, siguen sentenciando a penas de cárcel. Temen la responsabilidad y les falta valor.

Es inverosímil que se permita a los que no quieren respetar las leyes de un país, aprovecharse sin embargo de los beneficios de esas leyes.

20. 17 DE SEPTIEMBRE DE 1941, POR LA TARDE, Y NOCHE DEL 17 AL 18

Suerte y espíritu de decisión. – El ataque contra Rusia. – El soldado alemán es el mejor del mundo. – Oficiales jóvenes. – Táctica de Antonescu en Odesa. – Éxitos debidos a nuestros «errores». – No hay hegemonía sin la posesión del espacio ruso. – El nacimiento de un mundo de esclavos. – No hay India sin los ingleses. – Anarquía de los eslavos. – La raza germánica y la noción de Estado. – Kiev no tendrá universidad. – Importancia de los pantanos de Pripet. – Dar al pueblo alemán el sentido del imperio.

Espíritu de decisión no significa actuar a toda costa. El espíritu de decisión consiste sencillamente en no dudar cuando una convicción interior os manda obrar.

El año pasado me hizo falta una gran fuerza de espíritu para tomar la decisión de atacar al bolchevismo.

Debía prever que Stalin atacaría el año 1941. Había, pues, que ponerse en marcha cuanto antes para no dejarnos tomar la delantera, y esto no era posible antes del mes de junio.

Hasta para la guerra hay que tener la suerte al lado de uno. ¡Cuando pienso en ello, veo qué grande ha sido la nuestra!

No podía, mediante una campaña de propaganda, crear un clima favorable al cambio de situación, y se salvaron innumerables vidas por el solo hecho de que ningún artículo de periódico contuvo una sola palabra que permitiera adivinar lo que se preparaba. He querido contar incluso con el peligro de que quedaran aún en las filas de la Wehrmacht algunos elementos contaminados por el comunismo. Si los había, supongo que aquellos que han podido ver lo que pasa en Rusia estarán ya curados. Pero en el momento de nuestro ataque abordamos un mundo totalmente desconocido, y eran bastantes los

que hubieran podido hacerse la reflexión de que teníamos, a pesar de todo, un tratado de amistad con los rusos.

El soldado alemán ha vuelto a demostrar que es el mejor soldado del mundo. Lo era ya en tiempos de Federico el Grande, y lo ha sido siempre. Cuando se trata de resistir sobre el terreno, es cuando revela toda su eficacia. En cada grado, hace cada uno lo que se esperaba de él. Después de la campaña del oeste, se decía aún que el soldado de hoy no tenía la misma resistencia que la infantería de la guerra mundial. Aquí en el este, ha demostrado que la tiene.

Durante la guerra mundial no se tenía en cuenta el valor combativo individual del soldado. Se operaba en *masse*. En el período en que se practicó la guerra de movimientos en 1914, se lanzaron a la batalla unidades compactas. En la guerra de posiciones que siguió después, los puestos estaban demasiado cercanos. Otro error fue tener como comandantes de compañía a hombres de cuarenta a cincuenta años. La agilidad física lo es todo en la infantería. Hacen falta, pues, oficiales jóvenes al frente de esas unidades.

En el elemento de sorpresa está la mitad del éxito. De ahí que no se pueda repetir indefinidamente una operación sólo porque una vez dio resultado.

Antonescu utiliza en el frente de Odessa la táctica de la primera guerra mundial. Cada día avanza algunos kilómetros después de aplastar con la artillería el espacio que quiere ocupar. Dispone de una cantidad de artillería ante la cual la de su adversario es inexistente. Dadas las circunstancias que concurren, es posible obrar así.

La operación que se desarrolla actualmente, un cerco cuyo radio mide más de mil kilómetros, ha sido considerada por muchos irrealizable. He tenido que dejar sentir toda mi autoridad en la balanza para imponerla. Hago notar de paso que el origen de gran parte de nuestros éxitos se halla en los «errores» que hemos tenido la audacia de cometer.

La lucha por la hegemonía del mundo será concedida a Europa por la posesión del espacio ruso. Europa será de esta manera una fortaleza inexpugnable, al amparo de toda amenaza de bloqueo. Todo esto lleva consigo perspectivas de orden económico, de las cuales podemos pensar que harán inclinarse a favor del nuevo orden a los más liberales de los demócratas del oeste.

Por el momento lo esencial es conquistar. Después todo se reducirá a una cuestión de organización.

Cuando se contempla este mundo primitivo, se tiene la persuasión de que nada les sacará de su indolencia si no se obliga a trabajar a sus habitantes. Los eslavos constituyen una masa de esclavos natos, que necesitan un amo. En lo que nos concierne,

podemos pensar que los bolcheviques nos han hecho un gran favor. Empezaron por distribuir la tierra a los labradores, y ya se sabe el hambre terrible que resultó como consecuencia. Tuvieron, pues, que restablecer una especie de régimen feudal, en beneficio del Estado. Pero hubo desde el principio una distinción: el señor de antes sabía algo de agricultura, el comisario político lo ignoraba todo. Los rusos no habían hecho más que empezar la tarea de imponer a sus comisarios una enseñanza apropiada.

La India se sumiría en la decadencia si los ingleses fueran expulsados de ella. Nuestro cometido en el este será análogo al de los ingleses en la India.

Ni siquiera a Hungría podría ser exportado el nacionalsocialismo. En conjunto el húngaro es tan perezoso como el ruso. Es por naturaleza un hombre de la estepa. Desde este punto de vista, Horthy tiene razón al pensar que si renunciara al sistema de la gran propiedad la producción descendería rápidamente.

Igual sucede en España: si las grandes propiedades desaparecieran, reinaría en ella el hambre.

El agricultor alemán está animado por el gusto del progreso. Piensa en sus hijos. El ucraniano desconoce el sentido del deber.

Existe en Holanda un campesinado muy semejante al nuestro, y en Italia, donde cada pulgada de terreno está celosamente explotada... y también en Francia, hasta cierto punto.

El espacio ruso es nuestra India. Lo mismo que los ingleses, dominaremos este imperio con un puñado de hombres.

Sería un error pretender educar al indígena. Todo lo que podríamos darle es una semicultura. ¡Justamente lo que podría conducirle a una revolución!

Que sea ruso el inventor del anarquismo no es un hecho casual. Si otros pueblos, empezando por los vikingos, no hubieran traído al pueblo ruso rudimentos de organización, los rusos vivirían todavía como conejos. Ahora bien, no se puede transformar a los conejos en abejas o en hormigas. Estas tienen la facultad de vivir en estado de sociedad, pero los conejos no.

Abandonado a sí mismo, el eslavo no hubiera salido nunca del círculo familiar más estrecho.

La raza germánica ha creado la noción del Estado. Convirtió esta noción en realidad al obligar al individuo a formar parte de un todo. Tenemos el deber de reavivar sin descanso las fuerzas latentes en la sangre de nuestro pueblo.

Los pueblos eslavos no están destinados a vivir una vida propia. Lo saben y haríamos mal en persuadirles de lo contrario. Nosotros somos los que creamos en 1918 los países bálticos y Ucrania. Pero hoy no tenemos ningún interés en mantener los estados bálticos ni en crear una Ucrania independiente. Habrá igualmente que impedir su vuelta al cristianismo. Sería un gran error, sería darles una forma de organización.

Tampoco soy partidario de que haya una universidad en Kiev. Más vale no enseñarles a leer. No van a querernos porque les torturemos con escuelas. El solo hecho de darles una locomotora para conducir sería ya un error. ¡qué tontería por nuestra parte, proceder a una distribución de tierras! A pesar de todo esto, haremos que los indígenas vivan mejor de lo que han vivido hasta ahora. Entre ellos encontraremos el material humano necesario para cultivar la tierra.

Proveeremos de cereales a todos los que en Europa carecen de ellos. Crimea nos dará los frutos del sur, el algodón y el caucho (40.000 hectáreas de plantaciones serán suficientes para asegurar nuestra independencia).

Los pantanos de Pripet nos mantendrán abastecidos de juncos.

A los ucranianos les proporcionaremos pañoletas, cuentas de cristal y todo lo que les gusta a los pueblos coloniales.

Los alemanes, esto es esencial, deberán constituir entre sí una sociedad cerrada como una fortaleza. El último cochero nuestro debe ser superior a cualquier indígena.

Para la juventud alemana, esto será un magnífico campo de experiencias. Atraeremos a Ucrania a los daneses, a holandeses, noruegos y suecos. El ejército encontrará allí campos de maniobras, y nuestra aviación el espacio que le es necesario.

Evitemos repetir los errores cometidos antes de 1914 en las colonias. Junto a la *Kolonialgesellschaft*, que representaba los intereses del Estado, sólo el poderío del dinero tenía el derecho de manifestarse.

Es preciso que los alemanes adquieran el sentido de los grandes espacios. Hay que hacer de modo que cada uno se dé cuenta por sí solo. Les llevaremos a Crimea y a Cáucaso. No es lo mismo ver esos países en el mapa que haber estado en ellos.

El ferrocarril servirá para el transporte de mercancías, pero será la carretera lo que nos abrirá el país.

Todo el mundo sueña hoy con una conferencia mundial de la paz. Pero yo prefiero guerrear durante diez años antes que verme arrancar por este medio los frutos de la victoria. Por lo demás, no tengo ambiciones desmesuradas. En total, sólo se trata de territorios donde ya han vivido los germanos.

El pueblo alemán se levantará a la altura de este imperio.

21. 21 DE SEPTIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

Los checos y el bolchevismo. – Un error de los Hohenzollern. – Los Habsburgo, dinastía extranjera. – La generación de 1900.

Los checos serán los más afectados por la caída del bolchevismo, pues siempre han mirado con una secreta esperanza hacia la madre Rusia.

Cuando supimos la caída de Port Arthur, los pequeños checos de mi clase lloraron. Nosotros en cambio saltábamos de alegría. En aquella época fue cuando nació mi simpatía por el Japón.

El deber de los Hohenzollern hubiera sido sacrificar la monarquía de los Habsburgo a las aspiraciones rusas en los Balcanes. La dominación de una dinastía deja de estar justificada cuando sus ambiciones cesan de estar en correspondencia con los intereses permanentes de la nación. Una dinastía está condenada cuando ya no le guía más que el ansia de salvar la paz a cualquier precio y el deseo de mostrarse complaciente con ciertas casas extranjeras.

Por eso estoy agradecido a la socialdemocracia, que barrió todas esas coronas. Aun comprendiendo que fuese indispensable, yo no sé si alguno de entre *nosotros* hubiese tomado tan decididamente posición contra la casa de Hohenzollern. ¡Contra los Habsburgo, sí! A mis ojos era una dinastía extranjera.

La injusticia cometida con Bismarck por el Káiser acabó por volverse contra él. ¿Cómo podía el Káiser exigir fidelidad a sus súbditos, cuando él había tratado con tanta ingratitud al fundador del Reich? La vergüenza fue que el pueblo alemán dejara que se cometiera tal injusticia. La generación del 1900 estaba perdida económica, política y culturalmente.

Los hombres de la oposición nacional se han agotado en tener razón. Cuando durante decenas de años se estuvo predicando en el desierto, sucede que en el momento de obrar puede haberse perdido todo contacto con la realidad. Estos alemanes de la vieja escuela eran de buena especie, pero su especialidad era la literatura. Su auditorio: veinte mil lectores del mismo temple. Ninguno de ellos sabía hablar al pueblo.

De golpe me di cuenta de que no se podía ir muy lejos por ese camino. El que quiera actuar debe apoyarse sobre la fe, y la fe no se encuentra más que en el pueblo. La gran masa no tiene conciencia, va hacia adelante con la ingenuidad de la inocencia. Hemos visto de lo que es capaz un pueblo que está dirigido. Existen en él todas las posibilidades, tanto para el bien como para el mal. El deber del nacionalsocialismo es su fidelidad inquebrantable a este principio: que lo que hay de mejor en el pueblo pueda desenvolverse sin descanso.

22. NOCHE DEL 22 AL 23 DE SEPTIEMBRE DE 1941

Clases sociales y medios de transporte. – Cocina única en el ejército. – Banquetes ceremoniales y cena fría.

Es terrible pensar que hace todavía pocos años existían en nuestros grandes transatlánticos tantas diferencias en la forma de tratar a los pasajeros de distinta clase. Es inconcebible que haya quien no sienta rubor exponiendo tan ostentosamente el desnivel en las condiciones de vida. He ahí un caso en que el Frente de Trabajo encontrará en qué ocuparse.

En el este será preciso que todos los alemanes viajen en tren en primera o segunda clase, para distinguirse de los indígenas. La diferencia entre las primeras y las segundas consistirá en que en una habrá tres asientos y en la otra cuatro.

Me parece que es una cosa excelente haber instituido la cocina única en el ejército. Durante la primera guerra mundial ya la cocina de la tropa era mejor cuando los oficiales tenían que recurrir a ella.

No veo el interés que tiene un desfile ininterrumpido de platos, como era reglamentario en otros tiempos. Está uno toda la noche abrumado por la misma vecina, cuando desearía hablar con otros invitados. ¡Además es imposible comer todo lo que uno quiera del plato que le gusta! Los otros platos no interesan.

Para las recepciones del partido, la mejor fórmula es el bufete con cena fría. Se forman los grupos según sus afinidades. Puede uno cambiar de sitio para charlar, pasar un rato con unos y con otros. Esta fórmula suprime igualmente la reivindicación de los lugares de honor que requiere el reglamento clásico de la mesa.

23. 23 DE SEPTIEMBRE DE 1941, POR LA TARDE

La frontera entre Europa y Asia. – El éxito todo lo justifica. – Nuestro derecho a las tierras fértiles. – Contener la marea rusa. – Candidatos suicidas. – El nacionalsocialismo no debe imitar a la religión.

Es absurdo considerar que la frontera entre dos mundos como Europa y Asia pueda fijarla una cadena de montañas poco elevadas. La larga cordillera de los Urales no es más que eso. Lo mismo podría decretarse que la frontera esté en uno de los grandes ríos rusos. No, geográficamente Asia penetra en Europa sin solución de continuidad.

La verdadera frontera será la que separe el mundo germánico del mundo eslavo. Nuestro deber es situarla allí donde queremos que esté.

Cuando nos preguntan de dónde sacamos el derecho de extender hacia el este el espacio germánico, contestamos que para una nación, el conocimiento íntimo de lo que representa lleva consigo la existencia de tal derecho. El éxito todo lo justifica. La respuesta a tal pregunta sólo puede hacerse de un modo empírico.

Es inconcebible que un pueblo superior tenga que vivir a duras penas en un terreno escaso, mientras masas amorfas que no contribuyen para nada a la civilización ocupan extensiones sin fin de un suelo que es de los más ricos de la Tierra. Arrancamos penosamente algunos metros al mar, nos torturamos cultivando pantanos... y en Ucrania nos espera una tierra inagotablemente fecunda, con un espesor de diez metros de humus en algunos sitios.

Debemos crear para nuestro pueblo condiciones que favorezcan su multiplicación, y debemos al mismo tiempo poner diques a la marea rusa.

Si no hubiera existido esta guerra, el Reich no habría aumentado en nada su población durante los diez años próximos, pero la rusa se habría acrecentado mucho.

La Tierra sigue girando. ¡Qué más da que sea el hombre el que mata al tigre, o que sea el tigre el que mata al hombre! El más fuerte se impone: es la ley de la naturaleza. El mundo no cambia, sus leyes son eternas.

Hay quien dice que el mundo es malo y desea dejar esta vida. ¡A mí me gusta este mundo! Si ese deseo de morir es debido a un disgusto amoroso, doy al desesperado el consejo de esperar un año. Los consuelos vendrán. Pero si es por otra razón por la que un ser humano quiere morir, entonces que muera, no se lo impido. Llamo sencillamente la atención sobre el hecho de que no es posible escaparse completamente de este mundo. Los elementos que componen nuestro cuerpo pertenecen al ciclo de la naturaleza. En cuanto a nuestra alma, pudiera ser que volviera al limbo, esperando una ocasión de reencarnarse. Pero me contrariaría que todo el mundo quisiera acabar con la vida.

A fin de hacer la muerte más aceptable para las personas, la Iglesia les tiende el cebo de un mundo mejor. En cuanto a nosotros, nos limitamos a pedir al hombre que forje enteramente su vida. Para ello basta con que se ajuste a las leyes de la naturaleza. Si nos inspiramos en estos principios, a largo plazo triunfaremos sobre la religión.

Esto no implica en modo alguno que el nacionalsocialismo deba imitar una religión y establecer un culto. Su única ambición debe ser construir científicamente una doctrina que sea en su esencia un homenaje a la razón.

Nuestro deber es enseñar a los hombres a ver lo que hay de bello y de verdaderamente maravilloso en la vida, y a no volverse prematuramente amargados y huraños. Queremos gozar plenamente de la belleza, asirnos a ella y evitar en la medida de lo posible todo lo que pueda perjudicar a nuestros semejantes.

Si hoy hago un mal a los rusos, es para no darles la oportunidad de que ellos nos lo produzcan a nosotros.

Dios actúa igual. De repente arroja a la tierra a las masas humanas y deja en manos de cada uno la búsqueda de su propia salvación. Los hombres se desposeen los unos a los otros y, a fin de

cuentas, siempre es el más fuerte el que triunfa. ¿No es éste el arreglo más razonable?

Si fuera de otro modo, nada bueno habría existido nunca. Si no respetáramos las leyes naturales, imponiéndonos con el derecho del más fuerte, llegaría el día en que los animales salvajes nos devorarían de nuevo, luego los insectos se comerían a los animales salvajes, y por último, sólo subsistirían los microbios en la Tierra.

24. 25 DE SEPTIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

Fanatismo de los dirigentes rusos. – Estupidez del soldado ruso. – La perpetua amenaza de Asia. – Un muro viviente. – Las reivindicaciones justificadas.

Lo que mas sorprende en los dirigentes rusos es el fanatismo con que se apegan a un principio, quizá justo en sí mismo, aunque esté demostrado que de hecho dejó de serlo.

Esto se explica por el miedo que sienten a aparecer como responsables de un fracaso. Porque el fracaso nunca se debe a una deficiencia en el alto mando, ni a la escasez de municiones, ni a una presión alemana irresistible. Siempre se debe a un «acto de traición». La traición es la única explicación y todo jefe de unidad que no consigue el fruto previsto en las órdenes recibidas, corre el peligro de verse huérfano de su cabeza. También por eso prefieren dejarse aplastar por nosotros.

En cambio, el espíritu de ofensiva que anima al ruso cuando está atacando tampoco nos sorprende. Era igual durante la primera guerra mundial y se explica por su insondable estupidez.

Hemos perdido el recuerdo del encarnizamiento con que los rusos nos combatieron en la primera guerra mundial. De igual modo, las generaciones futuras no verán en nuestra actual campaña la grandiosa operación que es, ni supondrán los momentos críticos a que hemos tenido que hacer frente a causa de ese encarnizamiento.

Durante la primera guerra mundial conocimos un tipo de combatiente ruso más bonachón que cruel. Este tipo hoy ya no existe. El bolchevismo lo ha suprimido radicalmente.

¡Esta Asia! ¡Qué inquietante vivero de hombres! La seguridad de Europa sólo estará garantizada cuando hayamos hecho retroceder a Asia más allá de los montes Urales. Al oeste de esa línea ningún Estado ruso organizado debe subsistir. Son salvajes, y ni el bolchevismo ni el zarismo tienen la culpa; son salvajes en su estado natural. El peligro aún sería mayor si los mongoles dominaran este espacio. Bruscamente una ola se desprende de Asia y encuentra una Europa entumecida por la civilización ¡engañada por la ilusión de la seguridad colectiva!

Como no existe protección natural contra tal marea, debemos oponerle un muro de seres vivos. Un estado de guerra permanente en el este contribuirá a formar una raza sólida y nos impedirá volver a caer en la molicie de una Europa replegada sobre sí misma.

Las fronteras que hemos alcanzado apuntan a los lugares que guardan el recuerdo de la expansión germánica. Ya hemos estado en las Puertas de Hierro, en Belgrado, en el espacio ruso.

El pasado alemán, en su integridad, constituye nuestro propio patrimonio, cualquiera que sea la dinastía, cualquiera que sea el estúpido del que seamos tributarios. Es esencial reunir en el panteón de Alemania todas las glorias de su pasado... lo que Luis I hizo antes que nadie.

Por mi parte, no llegaré nunca a hacerlo, pero es preciso que mis sucesores sean capaces de sacar de un archivo todo dato histórico que justifique una reivindicación alemana.

Una vez que nuestra situación esté consolidada, en este terreno podremos remontarnos hasta las grandes invasiones.

Y es preciso que Berlín sea el verdadero centro de Europa, una capital que sea para todos la capital.

25. 25 DE SEPTIEMBRE DE 1941, POR LA TARDE

El tiempo trabaja para Alemania. – Problemas que hay que resolver. – Consecuencias felices del plan de cuatro años. – La raza blanca ha destruido su comercio mundial. – La exportación no es negocio. – Los desempleados de Inglaterra y de América. – La llamada del este.

El mito de nuestra vulnerabilidad, en caso de que la guerra se prolongara, debe ser enérgicamente descartado. No puedo admitir que se crea que el tiempo trabaja contra nosotros.

Dos problemas importantes ocupan mi mente en estos momentos:

1. Cuando me doy cuenta de que una materia prima es indispensable para la guerra no retrocedo ante ningún esfuerzo para hacernos independientes en tal dominio. Debemos poder disponer libremente del hierro, del carbón, del petróleo, de los cereales, del ganado y de la madera.

2. La vida económica debe estar organizada en relación con lo que pueda obtenerse de los territorios que controlamos.

Puedo decir que Europa es hoy una autarquía, pero hay que impedir que subsista un Estado gigantesco capaz de utilizar la civilización europea contra nosotros.

Nuestro plan cuatrienal ha sido un golpe muy duro para los ingleses porque se han dado cuenta de que habíamos cesado de ser vulnerables al bloqueo. ¡Me hubieran ofrecido un empréstito a cambio de abandonar ese plan!

Importar es cosa fácil cuando se está en situación favorable. En caso contrario, se encuentra uno atado. El extranjero explota en seguida la situación y abusa. ¿Cómo podríamos pagar el trigo que importáramos de América? ¡Con productos alimenticios, no puede ser! Y menos aún con productos industriales.

Sería una política prudente para Europa abandonar el deseo de exportar hacia el mundo entero. La raza blanca, ella misma, ha destruido su comercio mundial. La economía europea ha perdido sus salidas a otros continentes. Nuestros precios de coste nos impiden luchar con la competencia exterior.

Dondequiera que sea estamos en tal desventaja que no podemos poner pie en ningún sitio. Para contados artículos que hacen falta en el extranjero, es un combate cuerpo a cuerpo entre los proveedores. Para tener acceso a estos mercados, hay que pagar tales primas que esto representa para nuestra economía un esfuerzo desproporcionado. Sólo las nuevas invenciones permiten hacer, a veces, algunos negocios.

Para desgracia suya, los ingleses han industrializado la India. El paro forzoso aumenta en Inglaterra y el obrero inglés se empobrece.

¡Y pensar que hay millones de parados forzosos en América! Allí habría que lanzarse a una política económica revolucionaria, abandonar el patrón oro y acrecentar las necesidades del mercado interior.

Alemania es el único país que ignora el paro forzoso, y *esto* corresponde al hecho de que no somos tributarios de la exportación.

El país que estamos conquistando será para nosotros una fuente de materias primas y un mercado para nuestros productos, pero nos guardaremos muy bien de industrializarlo.

El campesino es el ser menos accesible a las ideologías. Si le ofrezco una tierra en el este, un río humano se precipitará hacia ella. Para un labrador, el paisaje más bello es el que le da las mejores cosechas. Dentro de veinte años no habrá emigración europea hacia América, sino hacia el este.

El mar Negro será para nosotros un mar cuya riqueza nunca podrán agotar nuestros pescadores. Gracias al cultivo de la soja acrecentaremos nuestro ganado. Cosecharemos en esta tierra muchas veces más que lo que de ella obtiene el campesino de Ucrania.

Ya no tendremos la preocupación de buscar en Extremo Oriente salida para nuestra producción, pues Rusia será nuestro mercado. Es preciso que nos lo aseguremos. Les proveeremos de telas de algodón, de utensilios de cocina, de todos los objetos de uso corriente. Es tal la necesidad que nosotros mismos no llegaremos a producir todo lo que necesitan.

Ahí es donde veo grandes posibilidades para la creación de un imperio de importancia mundial.

Mi plan: interesarnos en todo lo que se presente. Pero insisto en que será sobre nuestro propio suelo donde será preciso organizar las producciones de carácter vital. Nos asociaremos a los países que trabajan en comunidad con nosotros para todo lo que estas regiones

nos aporten, que tenga valor positivo. Toda entrega de máquinas, aunque sean de origen extranjero, deberá pasar por una agencia comercial alemana, a fin de que ningún medio de producción llegue a Rusia si no es absolutamente necesario.

Dos tercios de los ingenieros americanos son alemanes. Durante los siglos de nuestra existencia como mosaico de estados, gran número de nuestros compatriotas quedaron encogidos sobre sí mismos, y aunque tenían espíritu de jefes, se limitaron a vegetar. Cuando podamos ofrecer grandes empresas a tales hombres, quedaremos sorprendidos de sus inmensas cualidades.

Para los siglos futuros, disponemos de un campo de acción sin igual.

26. NOCHE DEL 25 AL 26 DE SEPTIEMBRE DE 1941

Una época sin parangón. – Saber hablar a los soldados. – El individuo no cuenta. – La conservación de la especie.

He estado subyugado por los noticiarios cinematográficos del día. Estamos viviendo una épica heroica, sin ejemplo en la historia.

Quizá fuera igual durante la primera guerra mundial, pero nadie pudo fijar estas imágenes.

Soy extremadamente dichoso por haber vivido semejantes hazañas.

Me han dicho que mi discurso ha causado tan fuerte impresión porque no hago frases retóricas. Yo nunca cometeré el error de empezar un discurso diciendo: «No existe en el mundo muerte más bella...». Pues conozco la realidad y también la mentalidad del soldado.

La revelación que supone para la jovencita su primer encuentro con el hombre es comparable a la revelación que recibe el soldado que por primera vez se enfrenta a la guerra. En unos días el adolescente se convierte en hombre.

Si yo mismo no me hubiera endurecido en esta experiencia, hubiera sido incapaz de emprender la tarea ciclópea que representa, para un hombre solo, la edificación de un imperio.

Con un sentimiento de puro idealismo marché al frente en 1914. Después vi caer a millares de hombres a mi alrededor. De este modo he aprendido que la vida es una lucha cruel y que no tiene más fin que la conservación de la especie. El individuo puede desaparecer con tal de que haya otros hombres para sustituirlo.

Imagino muy bien que algunos se echen ambas manos a la cabeza para hallar una respuesta a esta pregunta: «¿Cómo el Führer puede aniquilar una ciudad como San Peterburgo?». Es cierto que por naturaleza pertenezco a otra especie. Me gustaría no ver sufrir a nadie, no hacer mal a quienquiera que sea. Pero cuando vislumbro

que la especie está en peligro, el razonamiento más frío sustituye dentro de mí al sentimiento. Ya no soy sensible sino a los sacrificios que el porvenir exija, en desquite de los que hoy titubeo en aprobar.

27. NOCHE DEL 27 AL 28 DE SEPTIEMBRE DE 1941

Miseria. – Discriminación social. – Organización de los estudios. – El cristianismo y los españoles.

Debemos perseguir dos fines:
1. Conservar al precio que sea nuestras posiciones del este.
2. Mantener la guerra lo más lejos posible de nuestras fronteras.

Considerando lo que el bolchevismo ha hecho del hombre, se llega a la percepción de que el respeto debe ser la base de toda educación: el respeto a la providencia (o a lo desconocido, o a la naturaleza, sea cual sea el nombre que se escoja). Después, el respeto que la juventud debe a la edad madura. Ausente este respeto, el hombre cae más bajo que el animal. Cuando la inteligencia del hombre no está sujeta, se transforma en un monstruo.

El ruso no encuentra su sitio en la sociedad humana sino bajo una forma colectivista, es decir: entregado al trabajo por una presión terrible. El espíritu de la sociedad, las atenciones recíprocas son cosas que desconoce.

¿Quién sabe? Si mis padres hubieran tenido suficiente fortuna para mandarme a estudiar bellas artes, no hubiera aprendido a conocer la miseria, como la he conocido. El que vive fuera de la miseria no puede llegar a saber lo que es, a menos que atraviese el muro.

Los años de experiencia que debo a la miseria, y la miseria que sufrí en mi cuerpo, representan una bendición para la nación alemana. Sin esto, tendríamos hoy el bolchevismo.

El clima de escasez en que he vivido no me ha dejado mella. En aquel tiempo con la imaginación vivía en palacios. Y fue entonces, precisamente, cuando concebí los planes del nuevo Berlín.

Hay que poner suma atención en dos cosas:

1. Que todos los adolescentes dotados se eduquen por cuenta del Estado.

2. Que no se les cierre ninguna puerta.

Como no había podido terminar mis estudios secundarios, me estaba cerrada la carrera de oficial, aunque por mi trabajo hubiera aprendido más que lo que se supone que sabe un bachiller.

Sólo un oficial podía obtener la orden *Pour le Mérite*. Incluso era excepcional que la obtuviera un oficial de clase media.

En esta sociedad cerrada el hombre sólo existía en función de su origen. Al que le faltaba ese origen y por añadidura títulos universitarios, no le era dado pensar en ser ministro, por ejemplo, sino por medio de la socialdemocracia.

Todavía hace poco teníamos en la marina cuatro cocinas diferentes, según la categoría de los marinos. Recientemente esto ha llegado a costarnos un barco.

La opinión en virtud de la cual perjudicaría a la autoridad que tales diferencias fueran abolidas, no tiene fundamento. El hombre competente dispone siempre de la autoridad necesaria. El que no es superior por su talento, carecerá, inevitablemente, de autoridad, cualquiera que sea la función que desempeñe.

Es un escándalo acordarse de cómo se alojaba al personal doméstico, en los pisos de Berlín sobre todo. Y la tripulación de los barcos, hasta en los de lujo ¡qué indignidad!

Ya sé que todo esto no puede modificarse de golpe y en todas partes a la vez. Pero la mentalidad general, sobre este particular, es hoy muy diferente de lo que era.

En el porvenir cada obrero tendrá sus vacaciones, algunos días del año de los que dispondrá libremente. Todos podrán, una o dos veces en su vida, hacer un viaje por mar.

Es un contrasentido temer que los hombres pierdan sus costumbres de vida sencilla. Tienen que perderlas, porque esta modestia es enemiga del progreso.

En este aspecto vemos, por ejemplo, a los americanos, distintos de los españoles, que se contentarían con unas pocas aceitunas al día en vez de trabajar para tener más. La Iglesia ha sabido aprovecharse de esta concepción de la vida. Afirma que los pobres de espíritu —así como los otros pobres—irán al cielo, mientras que los ricos pagarán con eternos sufrimientos las ventajas de su existencia terrenal. A la Iglesia le lleva a decir esto el acuerdo tácito entre sacerdotes y propietarios, que dan con gusto a la Iglesia un poco de dinero para que pueda seguir animando a los pobres a someterse.

¡Pero qué singular es el tipo de cristianismo que practican! Aunque, eso sí, hemos de reconocer que entre nosotros el cristianismo está coloreado de germanismo. Es más, ¡su doctrina es «reza y trabaja»!

28. 28 DE SEPTIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

Pudor de los ingleses. – Desventajas del espíritu sistemático. – La naturaleza desea la autocracia.

El estado de nuestras relaciones con Inglaterra puede compararse al que existía entre Prusia y Austria en 1866. Los

austriacos estaban encerrados en la idea de su imperio como lo están hoy los ingleses en su Commonwealth.

Cuando las cosas van mal para su país, ningún inglés deja entrever lo más mínimo a un extranjero. No hay inglés que se ausente de su país sin saber lo que debe contestar a las preguntas que puedan hacerle sobre problemas espinosos. Es un pueblo perfectamente educado. Trabajaron durante trescientos años para asegurarse durante dos siglos la dominación del mundo. Si la han conservado tanto tiempo, es porque no han intervenido cuando hacían la colada de su ropa sucia los pueblos a los que dominaban. Por el contrario a *nosotros* lo que nos gustaría es frotar a un negro hasta que se volviera blanco... ¡como si el que no siente la necesidad de lavarse él mismo pudiera sentir el deseo de que otro le enjabonase!

Hay que tener cuidado de no llevar demasiado lejos la organización, ya que el menor accidente puede parar toda la máquina. También sería un error decretar que en Ucrania, dada la calidad del suelo, sólo hay que sembrar trigo. No; hay que dejar sitio para los pastos. La naturaleza ha formado las diversas regiones terrestres asegurando a todas una especie de autarquía, y el hombre debe respetar ese orden.

Dejaremos pues subsistir los pantanos, no sólo porque nos servirán de campo de maniobras sino para respetar las condiciones climatológicas locales y evitar que el desierto vaya poco a poco ganando terreno a las tierras fértiles. Los pantanos hacen el papel de esponjas. Sin ellos podría suceder que toda una cosecha fuera aniquilada por una ola de calor.

29. 1 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

Particularidades de Viena. – Viena y las provincias. – Viena y París.

Lo que complica las cosas en Viena es la diversidad racial. La vieja Austria albergaba a los descendientes de todas las razas, y así sucede que cada uno recibe sobre una antena diferente y emite sobre su propia longitud de onda.

Lo que falta en Austria, y lo que tenemos en Alemania, es una serie de ciudades de alto nivel cultural... que así no sufren de un complejo de inferioridad ni de megalomanía.

En la vieja Austria, Viena ejercía una supremacía tal que se comprende el odio que animaba a las provincias contra ella. No se ha expresado nunca contra Berlín un sentimiento semejante. Tesoros de toda naturaleza se han acumulado siempre en Viena, por ejemplo la colección de Ambras. Todo en Austria estaba ajustado a la medida de Viena, y se velaba celosamente para que no se atentara contra este

principio. La catedral de Linz, por ejemplo, no pudo ser erigida hasta la altura prevista solamente para que la torre de San Esteban no dejara de ser la más alta del país. Los vieneses auténticos se ponen verdes cuando se enteran de que una sola pintura ha podido llegar a Graz o a otra parte, en lugar de tomar el camino de Viena. Deseo, en todo caso, que Schirach no se haya dejado atacar por el virus vienés.

Se encuentran en Viena tales tesoros que todo alemán debe, sin embargo, darse cuenta de que participa de su riqueza.

Debo decir de paso, por otra parte, que lo que existe en Viena puede sostener la comparación con París. La perspectiva Concorde-Tuileries evidentemente es grandiosa. ¿Pero, y el detalle? Haremos cosas más bellas aún. Hay muchos monumentos en Viena que habrá que embellecer.

En el Museo habrá que quitar la tela que cubre las paredes. Esa tela oculta un magnífico *stuccolustro*.

Viena debe combatir contra las chinches y la suciedad. Es preciso limpiarla. Ese es el único deber que incumbe a la Viena del siglo XX. Que realice esto y será una de las más bellas ciudades del mundo.

30. NOCHES DEL 27 AL 28 DE SEPTIEMBRE Y DEL 9 DE OCTUBRE DE 1941

Dificultades del Duce. – Cuando las tropas desfallecen. – Antonescu, soldado nato. – Corrupción de los rumanos.

El Duce tiene dificultades porque su ejército piensa en monárquico, porque la internacional de los curas tiene su sede en Roma y porque el Estado, en contradicción con el pueblo, sólo es fascista a medias.

Alabad oficialmente a una unidad que ha conocido la derrota y no haréis más que herir su honor militar. A semejante ejército hay que demostrarle claramente que su conducta ha sido miserable. Cualquier ejército puede, en un caso dado, desfallecer. Sucede también que los combatientes están a merced de impresiones fugaces que el mando no tiene en cuenta para la apreciación de los hechos. Pero en esos casos hay que saber ser duro. Una tropa que no ha sabido batirse debe ser enviada al frente lo antes posible. No se puede triunfar de la muerte más que por la muerte: «Si retrocedes, te fusilarán. ¡Si avanzas, puedes salvar la piel!».

Solamente después de que esa unidad haya ofrecido una compensación se puede pasar la esponja sobre su conducta pasada.

Por otra parte, un mando no tiene derecho a obrar de manera desconsiderada, enviando inútilmente sus hombres a la muerte. No

es lícito tratar de obtener, por un efecto de masa, lo que no ha podido obtenerse por medios más modestos. Se correría solamente el peligro de aumentar, sin beneficio ninguno, el número de víctimas. Éstos son casos en que, antes que nada, es preciso meditar a fin de encontrar la causa del fracaso. Hay que saber echar mano de otros medios o cambiar de táctica. A fin de cuentas, uno puede igualmente preguntarse si no sería mejor abandonar una posición difícil de mantener y enfrentarse a otra operación distinta.

Hace algunas semanas, Antonescu reprochó en un comunicado a una de sus unidades que era la vergüenza de la nación. De origen germánico y no rumano, Antonescu es un soldado nato. Su desgracia: tener rumanos bajo sus órdenes. Pero no olvidemos que hace sólo un año esas gentes huían desaforadamente ante los bolcheviques. Es maravilloso que Antonescu haya podido sacar tan buen partido de tales tropas.

Sin duda llegará también, con el tiempo, a poseer administradores que no estén podridos de corrupción.

Nuestro mismo pueblo no ha sido siempre impecable como lo es hoy. Acordémonos de los sablazos que Federico Guillermo I distribuía de su propia mano a los berlineses. La limpieza moral es el resultado de una larga educación orientada sin cesar hacia la disciplina.

31. NOCHE DEL 9 AL 10 DE OCTUBRE DE 1941

Alemania y las hordas asiáticas. – Equilibrio de poder. – Una victoria pírrica.

Es un mérito que pertenece sólo a los alemanes que la marea de los hunos, los ávaros y los magiares haya sido detenida en Europa central.

Éramos un gran imperio cuando los ingleses empezaban apenas a edificar su imperio marítimo.

Si no hubiéramos cometido la tontería de despedazarnos mutuamente para establecer si teníamos que tomar a Dios en forma de pan y vino o solamente de pan, Inglaterra no hubiera tenido jamás voz ni voto en lo concerniente al equilibrio de las fuerzas continentales.

Inglaterra sólo constituye un peligro cuando tiene la posibilidad de oponer a una potencia que amenaza su supremacía, otras potencias a las que obliga a jugar su juego.

La primera guerra mundial fue para los ingleses una victoria pírrica. Para sostener su imperio, necesitan a su lado una fuerte potencia continental. Sólo Alemania puede ser tal potencia.

32. NOCHES DEL 25 AL 26 DE SEPTIEMBRE Y DEL 9 AL 10 DE OCTUBRE DE 1941

Los noticiarios filmados son valiosos documentos para el futuro.

Es importante conservar con vistas al futuro los noticiarios cinematográficos de la guerra. Serán documentos de valor incalculable. Habrá que producir constantemente nuevas copias de estas películas, e incluso sería mejor registrarlas sobre tiras de metal a fin de que no desaparezcan.

Yo conseguí hacerme con algunas de las escasas tomas de la primera guerra mundial. (Las habían reunido para destruirlas.) Pero las confiscó el Estado bávaro al tiempo que confiscaba otras propiedades del partido. Nunca pude averiguar qué había sido de ellas y hay que darlas por perdidas.

Espero que en el futuro realicen los noticiarios cinematográficos nuestros mejores especialistas. En este campo pueden obtenerse resultados extraordinarios. Se pueden limitar a los de una sola bobina de veinte minutos, pero han de ser el resultado de un trabajo inteligente. Lo peor ha sido la costumbre de limitar las películas a tiras de nueve metros, sea cual sea su tema: un terremoto, un partido de tenis, una carrera de caballos o la botadura de un barco.

33. 10 DE OCTUBRE DE 1941, A MEDIODÍA

Se combate por la posesión de los grandes espacios. – Reflujo del oeste hacia el este. – Cristianismo y selección natural.

La guerra ha vuelto a encontrar su forma primitiva. La guerra de pueblo a pueblo cede el puesto a otra guerra... la que se dirige a la posesión de grandes espacios.

En sus orígenes la guerra no era más que una lucha por la posesión de las tierras de pastos. Hoy la guerra es una lucha por la posesión de las riquezas naturales. Estas riquezas, en virtud de una ley inmanente, pertenecen al que las conquista.

Las grandes migraciones partieron del este. Con nosotros comienza el movimiento de reflujo de oeste a este.

Es algo que se halla de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por el hecho de combatir, se renuevan constantemente las elites.

La ley de selección justifica esta lucha incesante, con vistas a permitir que sobrevivan los mejores.

El cristianismo es una rebelión contra la ley natural, una protesta contra la naturaleza. Llevando al extremo su lógica, el cristianismo supondría el cultivo sistemático del fracaso humano.

34. NOCHE DEL 10 AL 11 DE OCTUBRE DE 1941

El alto mando del ejército en 1914-1918. – El Káiser, mal jefe de guerra. – Conrad von Hoetzendorf.

Haciendo abstracción de las grandes victorias, como la batalla de Tannenberg y la de los Lagos Masurianos, nuestro alto mando se reveló insuficiente.

El Káiser se atrevió a manifestarse una sola vez, porque creyó que todo iría bien. Fue con ocasión de la gran ofensiva de 1918; entonces dijeron a trompetas y clarines que la dirigía personalmente el Káiser. La verdad es que el Káiser no tenía ni noción del mando.

El hecho de que no se reconociera la necesidad que teníamos de tanques, o por lo menos de defensa contra los carros de combate, explica nuestra derrota. El bolchevismo sucumbirá igualmente por falta de armas contracarros.

Por otra parte, la ofensiva de la primavera de 1918 era prematura. Un mes más tarde el suelo hubiera estado seco y las condiciones meteorológicas hubieran sido favorables. El terreno estaba asimismo mal escogido.

¡Qué absurdo fue también abandonar el plan establecido, por la sola razón de que en el curso de las operaciones se llamó incidentalmente la atención sobre París! Esto me hace el mismo efecto que si yo, en lugar de dirigir hacia el sur las tropas de Smolensk, con vistas a las batallas de cerco y asedio previstas, las hubiera hecho ir sobre Moscú para obtener una victoria de prestigio. Entonces la peligrosa distensión de la línea de nuestro frente hubiese significado la pérdida del beneficio de la operación previamente decidida.

El más inteligente, quizá, de los jefes de la primera guerra mundial, y seguramente muy por encima de los otros, era Conrad von Hoetzendorf. Reconoció con claridad las necesidades de orden político y militar, ambas a la vez. No le faltó más que el instrumento: estaba al mando del ejército austriaco.

35. 13 DE OCTUBRE DE 1941, A MEDIODÍA

INVITADO ESPECIAL: EL MINISTRO DE ECONOMÍA DEL REICH, FUNK

Colaboración europea en el Este. – Los trece millones de desempleados americanos. – El Danubio, río del porvenir. – Riquezas naturales.- Cadena sin fin de preocupaciones. – Complejo del *émigré*.

Los países a los que invitemos a participar en nuestro sistema económico deben tener derecho a su parte de las riquezas naturales de las regiones rusas, y deben encontrar allí salida para su producción industrial. Sería suficiente hacerles entrever las perspectivas para que se adhirieran a nuestro sistema. Una vez que esa región esté organizada por nosotros, toda amenaza de paro en Europa quedará descartada.

En el plan económico, América no puede ser nunca un aliado para estos países. Sólo puede pagarse a América con oro. Un comercio que se base en un intercambio de productos es imposible con América, ya que América sufre de un excedente de materias primas y de una plétora de artículos manufacturados. Este oro que los americanos reciben a cambio del trabajo que producen, lo sepultan en sus cofres... ¡y se imaginan que el mundo va a doblegarse a esa política nacida en el cerebro de un pensador judío! El resultado son sus trece millones de parados.

Si estuviera en América, no me asustaría. Sería suficiente poner en pie una gigantesca economía autárquica. Con sus nueve millones y medio de kilómetros cuadrados de territorio, ¡en cinco años estaba resuelto el problema!

América del Sur no puede ofrecer a Estados Unidos más que productos de los cuales los norteamericanos poseen ya excedentes.

El río del porvenir es el Danubio. Lo uniremos al Dniéper y al Don por el mar Negro. El petróleo y los cereales correrán hacia nosotros.

Nunca será demasiado grande el canal que se construya desde el Danubio al Meno.

Añádase el canal del Danubio al Oder y tendremos entonces un circuito de proporciones enormes.

Europa cobrará importancia por sí misma. Europa, y no ya América, será el país de las posibilidades ilimitadas. Si los americanos son inteligentes, comprenderán el interés de esta obra y participarán en ella.

No existe ningún país que en tan gran proporción pueda ser independiente como lo será Europa. ¿Dónde hay una región capaz de suministrar hierro de la calidad del hierro ucraniano? ¿Dónde encontrar más níquel, más carbón, más manganeso, más molibdeno? En Ucrania se encuentra la fuente de manganeso donde se aprovisiona incluso América. ¡Y con esto tantas otras posibilidades! Los aceites vegetales, las plantaciones de hevea por organizar. Con 40.000 hectáreas de terreno consagradas al cultivo del caucho están cubiertas nuestras necesidades.

El que gane esta guerra no tendrá que preocuparse por hacer juegos de manos económicamente. Aquí se lucha por la posesión del suelo.

A pesar de todos sus esfuerzos, el que no posee riquezas naturales termina derrumbándose. La fecundidad de la tierra es limitada; sólo un cuarto de la superficie del globo está actualmente a disposición de la humanidad. Por esto es por lo que se lucha. Y está en el orden de la naturaleza, ya que así se hace la selección.

Cuando un hombre procrea sin haber ensanchado previamente las bases de su vida, comete una inconsciencia. Pero si estima que a causa de esto debe renunciar a tener hijos, peca por exceso quedando como deudor respecto a la vida.

Es verdad que las preocupaciones no desaparecen nunca. Cuando era un muchacho tuve preocupaciones del orden de los diez, veinte o treinta marcos. La única época en que no he conocido apuros ha sido durante mis seis años de vida de soldado. Allí no se preocupaba uno por estas cuestiones. Nos suministraban el traje, que si no era magnífico, era honorable. La cama, la comida, y a falta de domicilio, el permiso para dormir en cualquier sitio. Después volvieron las preocupaciones, las del partido: primero del orden de los diez mil marcos, más adelante de millones. Después la toma del poder, y fue cuestión de millares de millones.

Más tarde todavía, nuevas dificultades. Primero, ¿cómo absorber el paro? Una vez desaparecido el paro, ¿dónde encontrar obreros? ¡Qué se instalen máquinas! Sin cesar, nuevos problemas que resolver. Esto sigue hoy. Decimos: «Que se hagan prisioneros». Y luego pensamos: «¿Qué hacer con todos esos prisioneros?».

Todos los refugiados son iguales. Fijan su pensamiento en una crisis de su propia historia que consideran un hito en la marcha del mundo. Ignoran todo lo que desde ese momento —esencial para ellos — ha podido suceder. Sólo un genio sería capaz de elevarse sobre este modo particular de ver las cosas.

Existen también refugiados psíquicos. ¡El inglés se ha quedado en el 9 de noviembre de 1918!

36. 13 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

Oportunidades para todo en el este.

Me he preguntado estos días si no deberíamos reunir a los dirigentes responsables de la economía de los siguientes países: Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Bélgica, Suecia y Finlandia. Les daríamos una idea de las perspectivas que se presentan hoy. La mayor parte de ellos no se dan cuenta para nada del inmenso campo

que se abre ante nosotros. Son ellos, sin embargo, los que tienen un interés positivo en que se haga algo en favor de sus países. Si comprenden claramente que el excedente de su población encontrará salida en Rusia, y que su país podrá en adelante procurarse todo lo que le hace falta, no me parece imposible que se pasen a nuestro campo, desplegados sus estandartes. Sería un primer paso que a nosotros nos recordaría lo que fue la creación del Zollverein.

Hoy he expuesto mis concepciones financieras al ministro de Economía. Está entusiasmado. Prevé que dentro de diez años Alemania se habrá descargado del fardo de la guerra sin que por ello nuestro poder de compra haya disminuido en el interior.

37. 13 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA NOCHE

Las decisiones en los mandos militares inferiores. – Locura de las grandes ofensivas de 1914-1918. – Un pueblo de artistas y soldados.

He dado contraorden estos días sobre un ataque que debía procurarnos un beneficio de unos cuatro kilómetros de terreno, porque la ganancia de esta operación no me ha parecido que merecía el precio que hubiera costado.

A propósito de esto, reconozco que es más difícil tomar una decisión en el grado inferior que en el superior del mando. El ejecutante que no tiene una visión de conjunto de la situación, ¿como puede determinarse con pleno conocimiento de causa? ¿Exigirá un sacrificio de sus hombres o se lo evitará?

Lo que se hizo durante la primera guerra mundial fue simplemente una locura. La ofensiva de Verdún, por ejemplo, constituye un acto de demencia. A ambos lados se debió poner la camisa de fuerza a los jefes responsables de esa operación. Todavía estamos bajo el asombro de aquellas concepciones erróneas.

Es muy verosímil que durante la guerra de 1914-1918 se sacrificaran inútilmente unos veinte mil hombres utilizándolos de día en servicio de estafeta para misiones que hubieran podido ser realizadas con menos peligro durante la noche. ¡Cuántas veces no he tenido yo mismo que afrontar un fuerte fuego de artillería para llevar una simple tarjeta postal! También es verdad que tuve más tarde un comandante que suprimió completamente esas prácticas. En nuestra época ha cambiado el espíritu y llegará un tiempo en que tales absurdos no llegarán a producirse.

Es preciso que un jefe de guerra tenga imaginación y fantasía. No es, pues, extraordinario que nuestro pueblo sea a la vez un pueblo de soldados y de artistas. Mi fuerza reside en el hecho de que soy capaz de representarme las situaciones a las cuales tiene que hacer frente el soldado. Y esto porque yo también lo he sido. Así se

adquiere una comprensión rápida de las medidas que conviene tomar en cada circunstancia.

38. NOCHE DEL 13 AL 14 DE OCTUBRE DE 1941

Saber defenderse. – Saber esperar. – Saber meditar. – Saber reconocer lo esencial.

He tomado la costumbre de eludir toda contrariedad cuando llega la tarde; de lo contrario, no podría librarme de ella en toda la noche.

Tengo también la costumbre de dejar un descanso entre el momento de escribir mi correo y el de expedirlo. Quizá algunos se extrañen de no recibir contestación a sus cartas. Dicto mi correo; después dejo pasar doce horas sin ocuparme de él. Al día siguiente hago una primera corrección, y a veces una nueva al otro día. En esto soy muy prudente. Nadie debe ponerme en contradicción con un texto mío. Opino además que en una época en que se dispone de medios como el tren, el coche y el avión, vale mucho más reunirse que escribirse, por lo menos cuando se trata de asuntos de capital importancia.

Se excita fácilmente el espíritu cuando se escribe a las personas. Se les quiere hacer ver con qué madera se calienta uno. El interlocutor tiene necesariamente el mismo deseo. Os responde en el mismo tono o se precipita a visitaros para injuriaros. Recientemente, uno de mis colaboradores vino a pedirme consejo para contestar a una carta insultante. Le prohibí sencillamente que contestara.

Tenemos una ley ridícula, que estipula que en materia de injurias debe formularse inmediatamente una querella porque de lo contrario prescribe el derecho a presentarla. Sería mucho más justo decidir que tales quejas no pueden ser presentadas sino en un término de tres semanas. En efecto, muchas veces la cólera se esfuma y la tarea de los tribunales sería mucho más ligera.

Sólo redacto notas cuando se trata de cosas esenciales. Así lo hice, por ejemplo, en el caso del plan cuatrienal y el año pasado con vistas al ataque contra Rusia.

En este instante medito cada día durante unas diez horas sobre las cuestiones militares. Las órdenes que se derivan, se despachan en media hora o en tres cuartos de hora. Pero con anterioridad toda operación debe ser largamente meditada y estudiada. Hacen falta a veces seis meses hasta que se elabora y se precisa. Vendrá sin duda el momento en que no tendré ya que ocuparme de dirigir la guerra en el este, puesto que se tratará únicamente de realizar lo que ha sido previsto. Así podré, mientras estas operaciones se desenvuelven, consagrar mi espíritu a otros problemas.

Mi suerte es que sé cómo sosegarme. Antes de ir a la cama me ocupo de arquitectura, contemplo cuadros, me intereso por cosas completamente diferentes a las que han ocupado mi espíritu durante el día. De otro modo, no podría dormir.

¿Qué me sucedería si no tuviera alrededor de mí hombres que tienen toda mi confianza para ejecutar el trabajo del que no puedo ocuparme? Hombres duros y que actúan tan enérgicamente como obraría yo mismo. El mejor para mí es el que más me alivia, el que sabe tomar por mí noventa y cinco decisiones entre cien. Naturalmente, hay ocasiones en que tengo que tomar la decisión final personalmente.

No puedo decir que durante esta guerra haya podido fortificarse en mí el sentimiento de no ser indispensable. Lo cierto es que sin mí, las decisiones a las cuales debemos hoy nuestra existencia no hubieran sido tomadas.

39. 14 DE OCTUBRE DE 1941, A MEDIODÍA

INVITADO ESPECIAL: *REICHSFÜHRER* HIMMLER

Desventajas de un concordato con las iglesias. – Los problemas de comprometerse por una mentira. – El partido no tiene tratos con la religión. – Antagonismo entre dogma y ciencia. – Dejar que el cristianismo muera lentamente. – Necesidad metafísica del alma. – No a la religión de Estado. – Libertad religiosa.

Cabe preguntarse si no facilitaría nuestro ejercicio del poder el establecimiento de un concordato con las iglesias.

A este respecto pueden hacerse las siguientes observaciones:

Primero, la autoridad del Estado quedaría menoscabada por la intervención de un tercer poder del que no puede saberse hasta cuándo será digno de confianza. Esta objeción no se presenta en el caso de la Iglesia anglicana, pues Inglaterra sabe que puede contar con su Iglesia. ¿Y en el caso de la Iglesia católica? ¿No estaremos corriendo el riesgo de que, tras haberse puesto al servicio del Estado exclusivamente para proteger su poder, algún día dé marcha atrás? Si la política del Estado dejara algún día de convenir a Roma o al clero, los curas se volverían contra el Estado, como están haciendo ahora. Los casos que muestra la historia han de hacernos cuidadosos.

Segundo, es también cuestión de principios. Intentando considerar las cosas a largo plazo, ¿cabe concebir que pueda fundarse algo duradero sobre la falsedad? Cuando pienso en el futuro de nuestro pueblo he de mirar más allá de las ventajas inmediatas, incluso aunque esas ventajas fueran a durar trescientos,

quinientos o más años. Estoy convencido de que cualquier pacto con la Iglesia sólo puede procurar beneficios provisionales, pues antes o después el espíritu científico revelará el carácter dañino de tal compromiso. De modo que el Estado habría basado su existencia sobre cimientos que algún día fallarán.

Un hombre culto conserva el sentimiento de los misterios de la naturaleza y se inclina ante lo incognoscible. Mientras que un hombre inculto corre el peligro de caer en el ateísmo (que es una vuelta a la condición animal) en cuanto se percate de que el Estado, con un oportunismo ilimitado, en materia de religión hace uso de ideas falsas, mientras que en otros aspectos lo basa todo en la ciencia pura.

Por eso siempre he mantenido al partido apartado de las cuestiones religiosas. He evitado así que mis partidarios católicos y protestantes formen grupos enfrentados y se pongan sin querer fuera de combate unos a otros con la Biblia y el hisopo. De modo que nunca nos hemos visto implicados en las formas de culto de las iglesias. Y aunque momentáneamente esto hizo algo más difícil mi labor, por lo menos jamás he corrido el peligro de llevar agua al molino de mis adversarios. La ayuda que provisionalmente nos hubiera procurado un concordato pronto se nos hubiera convertido en una carga. En cualquier caso, en este asunto lo principal es ser listos y no buscar el enfrentamiento cuando puede evitarse.

Los hombres, aún bajo la carga de un pasado de superstición, temen las cosas que no pueden explicarse o que todavía no pueden explicarse; es decir, temen lo desconocido. Si alguien tiene necesidades de tipo metafísico, con el programa del partido no puedo satisfacerlas. Pasará tiempo hasta que la ciencia pueda dar respuesta a todas las preguntas.

De modo que no nos conviene meternos ahora en una lucha con las iglesias. Lo mejor es dejar que el cristianismo muera de muerte natural. En este caso una muerte lenta tiene algo de reconfortante. El dogma cristiano se ha desgastado ante los avances de la ciencia. La religión cada vez tendrá que hacer más concesiones. Los mitos se van desintegrando de modo gradual. Y lo único que queda es probar que en la naturaleza no hay fronteras entre lo orgánico y lo inorgánico. Ahora que la comprensión del universo se ha difundido ampliamente, ahora que la mayoría de los hombres saben que las estrellas no son fuentes de luz, sino mundos, acaso habitados como el nuestro, la doctrina cristiana será tachada de absurda.

Originariamente la religión no era sino un apoyo para las comunidades humanas. No era un fin en sí misma, sino un medio. Pero gradualmente fue transformándose en un fin con el solo objeto de conservar la función de los sacerdotes, que sólo pueden vivir en detrimento de la sociedad colectiva.

Las instrucciones de tipo higiénico que dictan la mayoría de las religiones han contribuido a cimentar las comunidades organizadas. Los preceptos que ordenan a las personas lavarse, evitar ciertas bebidas, ayunar en fechas determinadas, hacer ejercicio, levantarse con el sol, subir a lo alto del alminar... son todos ellos obligaciones

inventadas por personas inteligentes. La exhortación a combatir valerosamente se explica por sí misma. Obsérvese, de paso, que a los musulmanes se les prometía a modo de corolario un paraíso lleno de huríes y en que el vino correría formando arroyos... Un verdadero paraíso terrenal. ¡Mientras que los cristianos se dan por satisfechos si tras la muerte se les permite entonar aleluyas! Todos estos elementos contribuyeron a formar las comunidades humanas. Precisamente a estas costumbres privadas deben los pueblos sus actuales caracteres.

En este aspecto el cristianismo, desde luego, ha alcanzado la culminación del absurdo. Y por ello llegará el día en que su estructura se venga abajo. La ciencia ya ha empapado a la humanidad. En consecuencia, cuanto más se aferre a sus dogmas el cristianismo, más rápidamente decaerá.

Pero hay que seguir prestando atención a otro aspecto del problema. Las necesidades de la vida interior pueden satisfacerse por medio de una comunión íntima con la naturaleza o por medio del conocimiento del pasado. De todos modos, en el actual estado del desarrollo de la mente, sólo una minoría puede experimentar el respeto que inspira lo desconocido, satisfaciendo así las necesidades metafísicas del alma. De media los seres humanos tienen las mismas necesidades, pero para satisfacerlas sólo disponen de medios elementales. Esto es particularmente cierto en el caso de las mujeres, así como en el de los campesinos que ven con impotencia la destrucción de sus cosechas. La persona cuya vida tiende a la simplificación está sedienta de fe, a la que se aferra ciegamente con todas sus fuerzas.

Nadie tiene derecho a privar a las personas sencillas de sus seguridades infantiles hasta que hayan adquirido otras más razonables. De hecho, lo más importante es que antes de eliminar la fe más baja, se haya establecido sólidamente en ellos la fe más elevada. Esto es lo que en definitiva hemos de obtener. Pero de nada serviría sustituir una fe vieja por otra nueva que se limitara a ocupar el lugar dejado vacante por su antecesora.

A mi juicio no habría nada más insensato que restablecer el culto de Wotan. Nuestra vieja mitología dejó de ser viable cuando el cristianismo implantó la suya. Nada muere a no ser que esté moribundo. En aquella época el mundo antiguo estaba dividido entre los sistemas filosóficos y el culto de los ídolos. No es deseable que toda la humanidad caiga en la necedad, y el único modo de librarse del cristianismo es dejarlo morir poco a poco.

Un movimiento como el nuestro no ha dejarse arrastrar a digresiones metafísicas. Chocaría con el espíritu de las ciencias exactas. No es función del partido ser una falsificación de la religión.

Si pasados mil o dos mil años la ciencia llega a la necesidad de renovar sus puntos de vista, ello no significará que la ciencia sea mentirosa. La ciencia no puede mentir, pues siempre está pugnando por deducir, según el estado de los conocimientos del momento, cuál es la verdad. Cuando se equivoca, lo hace de buena fe. Es el cristianismo quien miente. Está en perpetuo conflicto consigo mismo.

Uno se pregunta si la desaparición del cristianismo conllevaría la desaparición de la creencia en Dios. No es cosa de desear. La noción de divinidad proporciona a la mayoría de los hombres la oportunidad de concretar el sentimiento que tienen de las realidades sobrenaturales. ¿Por qué habíamos de destruir el poder maravilloso que tienen de encarnar el sentimiento de lo divino que llevan en su interior?

El hombre que vive en comunión con la naturaleza necesariamente será opuesto a las iglesias. Por eso se dirigen éstas a su ruina; pues es indudable que la ciencia ganará.

En especial no quisiera que nuestro movimiento adquiriese un carácter religioso e instituyera una forma de culto. ¡Acabar en el pellejo de un Buda me resultaría abrumador y desearía no haber vivido!

Si en este momento fuéramos a eliminar las religiones por la fuerza, la gente nos asediaría unánimemente pidiendo una nueva forma de culto. ¡Imagínense a nuestros *Gauleiters* ocultando sus travesuras para actuar como si fueran santos! En cuanto a nuestro ministro para la Religión, ¡según sus correligionarios el propio Dios resultaría ser de su familia!

Así pues, yo veo el futuro como sigue: lo primero, que cada hombre tenga sus creencias privadas. La superstición no perderá sus derechos. El partido está al abrigo del riesgo de competir con las religiones. En cuanto a éstas, sencillamente se les prohibirá en el futuro que interfieran en asuntos temporales. La educación se impartirá desde la más tierna edad de modo tal que todos los niños aprenderán cuanto sea importante para el mantenimiento del Estado. En cuanto a los hombres que están a mi lado, y que al igual que yo han escapado a las estrecheces del dogma, no tengo motivos para temer que les Iglesia les eche sus anzuelos.

Para ello cuidaremos de que las iglesias no puedan difundir en el exterior enseñanzas en pugna con los intereses del Estado. Seguiremos predicando la doctrina del nacionalsocialismo y a los jóvenes ya no se les enseñará más que la verdad.

40. NOCHE DEL 14 AL 15 DE OCTUBRE DE 1941

Previsiones meteorológicas. – Reorganización de los servicios.

No se puede confiar en los servicios de la meteorología. Los servicios meteorológicos deben ser separados del ejército.

La Lufthansa tenía un servicio meteorológico de primer orden. Me quedé desconsolado cuando fue disuelto. La organización actual está lejos de igualar en valor a la antigua. Hay igualmente mejoras que podrían hacerse en la meteorología.

La predicción del tiempo no es una ciencia que se aprenda mecánicamente. Lo que hace falta son hombres dotados de un sexto sentido, que vivan en la naturaleza y con la naturaleza, conozcan o no las isotermas y las isobaras. Evidentemente estos hombres no tienen por lo regular ninguna predisposición a vestir uniforme. Uno es jorobado, el otro patituerto, el tercero paralítico. Así pues, no esperemos de ellos la actividad del burócrata. No tendrán el peligro de verse destinados desde una región que conocen a otra donde todo lo ignoran (en lo concerniente a las condiciones climatológicas). No tendrán que dar cuenta a superiores que saben necesariamente más que ellos... por el hecho de tener mejor sueldo y unos galones, y que podrían tener la tentación de dictarles verdades que se poseen sólo por gracia de un grado superior.

Lo mejor sin duda será constituir una organización civil que tome en sus manos las instalaciones existentes. Esta organización utilizaría, además, las informaciones comunicadas regularmente por teléfono desde aquellas regiones en que pudiera tomarse en consideración a esos barómetros humanos. No costaría mucho dinero. Un maestro viejo, por ejemplo, sería feliz cobrando treinta marcos por su trabajo. Se le instalaría gratuitamente el teléfono en su casa, y se sentiría adulado de que se utilizaran sus conocimientos. Al buen hombre se le dispensaría de hacer informes escritos; hasta podríamos autorizarle para expresarse en su dialecto. Puede tratarse de un hombre que nunca haya puesto los pies fuera de su pueblo, pero que comprende el vuelo de los mosquitos y de las golondrinas, que sabe interpretar los signos, que olfatea el viento, y a quien los movimientos del cielo le son familiares. Se trata de elementos imponderables y que escapan a las matemáticas. Son conocimientos que se desarrollan en el curso de una existencia íntimamente asociada a la vida de la naturaleza y que frecuentemente se transmiten de padres a hijos. No hay más que mirar a nuestro alrededor. Sabemos que en la región existen seres para los cuales el tiempo no tiene secretos.

La oficina central no tiene más que confrontar estas informaciones empíricas con las que le procuran los métodos «científicos», y sacar la síntesis.

Por este medio, supongo que acabaremos por disponer de un nuevo instrumento con el que pueda contarse, de un servicio meteorológico en el que se pueda confiar.

41. 15 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

La piel dura del nacionalsocialismo. – Stresemann. – Si los franceses... – Von Papen y el plan Young. – Remedios para la inflación. – El ejemplo de Federico el Grande. – Los economistas todo lo enredan.

Nuestra conquista del poder no se consiguió sin esfuerzo. El régimen de Weimar jugó todas sus cartas, sin dejar una, para retardar el mayor tiempo posible la caída final. ¡El nacionalsocialismo era un poco fuerte para los estómagos delicados!

Entre mis predecesores, Stresemann no fue el peor. Pero para obtener beneficios parciales, olvidó que era demasiado caro reducir un pueblo a la esclavitud.

En la época de la ocupación de Renania, un viaje al oeste era para mí una cosa penosa y complicada. Debía evitar las zonas ocupadas. Al abandonar el hotel Dreesen, en Godesberg, tuve la intención de atravesar una de aquellas zonas. Aquella misma mañana un presentimiento desagradable me hizo renunciar a mi proyecto. Dos días más tarde me enteraba por una carta de Dreesen de que, contrariamente a lo acostumbrado, el control de la frontera había sido más estricto. ¡Si aquella vez hubiera caído en manos de los franceses, no me habrían soltado nunca! Tenían pruebas de algunas de nuestras actividades, y sobre ellas hubiesen montado contra mí un aparato de gran efecto. Para el gobierno del Reich habría sido también un gran descanso. Mis viejos adversarios, disfrazando su alegría, hubiesen vertido unas lágrimas de cocodrilo, al mismo tiempo que elevarían, por pura forma, una protesta consagrada al fracaso.

Incluso hombres que simpatizaban con nosotros consideraron que el plan Young era un alivio para Alemania. Me acuerdo de que tuve que ir a Berlín para una reunión. Papen, de regreso de Lausana, explicaba que había obtenido un gran éxito reduciendo el importe de las reparaciones a un pago eventual de cinco mil ochocientos millones de marcos. Le hice la observación de que si llegábamos a reunir tal suma, habría que dedicarla al rearme alemán. Después de tomar el poder, ordené que se suspendieran todos los pagos... lo que ya hubiera debido hacerse desde 1925.

En 1933 el Reich disponía de ochenta y tres millones de marcos en divisas. El día que siguió a la toma del poder tenía una moratoria para la entrega de sesenta y cuatro millones. Alegué mi ignorancia de todo el asunto y pedí tiempo para pensar en él. Al informarme del momento en que aquella exigencia había sido formulada, me contestaron: «Hace tres meses». Decidí entonces que si habían podido esperar tres meses, bien podrían esperar tres meses más. La gente a mi alrededor demostró un miedo pueril a que esto nos hiciera perder nuestra reputación de buenos pagadores. Mi opinión era que el prestigio alemán no se vería reforzado pagando bajo amenaza de chantaje, sino más bien dejando de pagar.

La inflación hubiera podido ser vencida. El factor determinante era nuestra deuda de guerra interior, es decir el pago anual de diez mil millones para atender los intereses de una deuda de ciento setenta mil millones.

A título de comparación, recuerdo que antes de la guerra la suma total de los impuestos pagados por el pueblo alemán llegaba a

los cinco mil millones. Para pagar los intereses se puso en marcha la máquina de hacer billetes, y de ahí vino la depreciación de la moneda. Lo justo hubiera sido: 1.0, interrumpir el pago de los intereses de la deuda; 2.°, gravar con un fuerte impuesto los beneficios de guerra escandalosos. Hubiese obligado a los beneficiarios de la guerra a adquirir con dinero contante y sonante títulos que en seguida habrían sido congelados por veinte, treinta o cuarenta años. ¿No fue a causa de sus dividendos de doscientos y trescientos por ciento como nuestra deuda de guerra llegó a tal nivel?

La inflación no la provoca el aumento de la circulación fiduciaria. Nace el día en que se exige al comprador, por el mismo suministro, una suma superior a la exigida la víspera. Ahí es donde hay que intervenir. Incluso a Schacht tuve que empezar a explicarle esta verdad elemental: que la causa esencial de la estabilidad de nuestra moneda había que buscarla en los campos de concentración. La moneda permanece estable en cuanto los especuladores son encerrados bajo llave. Tuve igualmente que hacerle comprender a Schacht que los beneficios excesivos deben retirarse del ciclo económico.

No alimento la ilusión de extraerlo todo de mí mismo. Sencillamente, he leído mucho y he sabido sacar provecho de la experiencia de los acontecimientos pasados. Federico el Grande procedió a retirar poco a poco de la circulación sus táleros desvalorizados, y restableció así el valor de la moneda.

Todas estas cosas son simples y naturales. Lo fundamental es no permitir que los judíos metan en ellas su nariz. La base de la política comercial judía reside en hacer que los negocios lleguen a ser incomprensibles para un cerebro normal. Se extasía uno ante la ciencia de los grandes economistas. ¡Al que no comprende nada se le califica de ignorante! En el fondo, la única razón de la existencia de tales nociones es que lo enredan todo.

Las ideas sencillas como las mías han penetrado hoy en la carne y en la sangre de millones de seres. Sólo los profesores no han comprendido que el valor del dinero depende de las mercancías que el dinero tiene detrás.

Un día recibí a unos obreros en la gran sala de Obersalzberg, teniéndoles que dirigir una charla sobre el dinero. Aquellas buenas gentes me comprendieron muy bien y me recompensaron con una tempestad de aplausos.

Dar dinero es únicamente un problema de fabricación de papel. Toda la cuestión es saber si los trabajadores producen en la medida de la fabricación del papel. Si el trabajo no aumenta y por lo tanto la producción queda al mismo nivel, el aumento de dinero no les permitirá comprar más cosas que las que compraban antes con menos dinero.

Evidentemente esta teoría no hubiera podido suministrar materia para una disertación científica. Al economista distinguido le importa sobre todo exponer ideas envueltas en frases sibilinas.

42. 17 DE OCTUBRE DE 1941, A MEDIODÍA

La caída de Odessa. – El papel de Antonescu. – Reformas que se imponen en Rumania. – Eliminación de los judíos.

Con la caída de Odessa, la guerra prácticamente habrá terminado para Rumania. A los rumanos ya no les queda en lo sucesivo otra cosa que hacer que consolidar su situación.

En presencia del éxito de Antonescu, la oposición a su régimen carece de base. Los pueblos siempre se entregan a los jefes victoriosos.

Los reaccionarios son como nueces vacías. De un cuchicheo proferido por un tonto y transmitido a otros tontos hacen un verdadero rumor, y llegan a persuadirse, con ello, de que se trata de la voz del pueblo que retumba. En realidad no oyen más que el eco amplificado de su propia voz. Es así como, en ciertos medios, se atribuye al pueblo sentimientos que le son perfectamente ajenos.

Antonescu tiene el mérito de haber intervenido en favor de Codreanu.

Aparte del Duce, entre nuestros aliados es Antonescu el que causa mayor impresión. Es un hombre de gran clase, que no se deja desmoralizar por nada, y además un hombre incorruptible... un hombre como Rumania nunca tuvo.

Es preciso saber que no hay nada en Rumania, incluidos los oficiales, que no se pueda comprar. Ni siquiera hago alusión a la venalidad de las mujeres, siempre dispuestas a prostituirse por el ascenso de un marido o del padre. Es verdad que el sueldo de todos los servidores del Estado era ridículamente mezquino.

Antonescu tiene ahora la tarea de construir su Estado basándose en la agricultura. Para la industria, tendrá necesidad de cerebros competentes de los que su pueblo campesino (que es sobrio y honrado) no dispone.

Por el contrario, se puede reclutar entre esa clase una administración utilizable. Es preciso que no sea muy numerosa y que esté correctamente retribuida.

Quien en Rumania siga entregándose a la corrupción deberá ser fusilado. No se debe retroceder ante la pena de muerte cuando se trata de aplastar una epidemia. El funcionario actual, ante tal amenaza, preferirá ceder su puesto, que entonces puede ofrecerse a personas honradas.

Ni que decir tiene que la situación en que se encuentren entonces los funcionarios honrados será de tal índole que no se verán en la necesidad, para vivir, de entregarse a ocupaciones accesorias.

Para imponer la limpieza en la vida civil, la primera condición es tener un Estado íntegro: un ejército incorruptible y una policía y administración reducidas al mínimo.

Pero la eliminación de los judíos predomina ante todo. Sin esto, es inútil limpiar los establos de Augias.

Si Antonescu obra de esa forma, se verá al frente de un país floreciente, interiormente sano y fuerte. Dispone para ello de buenos campesinos (Hungría no los tiene semejantes) y de riquezas naturales. Además, Rumania tiene poca densidad de población.

43. 17 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL MINISTRO DEL REICH DR. TODT Y EL *GAULEITER* SAUCKEL

Anticipaciones sobre el este. – Ucrania dentro de veinte años. – El pan conquistado por la espada. – Sólo Dios reconoce el poder.

Comparándolos con las bellezas acumuladas en la Alemania central, los nuevos territorios del este nos hacen el efecto de un desierto. Flandes también es una llanura, ¡pero de qué belleza! Ese desierto ruso lo poblaremos. Los espacios desmesurados del este habrán sido escenario de las más grandes batallas de la historia. Dotaremos de un pasado a ese país.

Le quitaremos su carácter de estepa asiática, lo europeizaremos. A este fin hemos emprendido la construcción de autopistas que conducirán hasta el extremo sur de Crimea y hasta el Cáucaso. Ciudades alemanas encuadrarán estas carreteras en todo su recorrido, y alrededor de las ciudades se establecerán nuestros colonos.

Los dos o tres millones de hombres que nos hacen falta para establecer nuestra obra, los encontraremos más pronto de lo que pensamos. Vendrán de Alemania, de los países escandinavos, de los países occidentales y de América. No estaré ya aquí para verlo pero dentro de veinte años Ucrania agrupará veinte millones de habitantes además de sus naturales. Dentro de trescientos años será uno de los más bellos jardines del mundo.

A los indígenas habrá que pasarlos por la criba. Al judío, ese destructor, lo echaremos. Desde mi punto de vista la población es mejor en la Rusia Blanca que en Ucrania.

No nos instalaremos en las ciudades rusas, asistiremos, sin intervenir, a su extinción. Y sobre todo, ¡nada de remordimientos! No vamos a jugar a niñeras, no tenemos rigurosamente ninguna obligación hacia esa gente. Luchar contra los chamizos, perseguir las pulgas, dar maestros alemanes, publicar periódicos ¡son demasiado poco para nosotros! Podemos limitarnos a instalarles un puesto emisor de radio que controlaremos. Por lo demás, ¡que sepan lo justo

para comprender nuestro código de la circulación, para evitar que se echen debajo de nuestros coches! La palabra «libertad» evoca para ellos el derecho a lavarse los días de fiesta. Si llegamos con jabón blando no cosecharemos ninguna simpatía. Son modos de ver que hay que reformar completamente. No hay más que un deber: germanizar ese país por medio de la emigración de alemanes y considerar a los indígenas como pieles-rojas. Si tales gentes nos hubieran vencido, ¡bondad divina! Pero no les odiamos. Ignoramos ese sentimiento. Solamente nos guía la razón. Ellos, por el contrario, están animados por un complejo de inferioridad. Es verdadero odio lo que sienten hacia un vencedor en el cual olfatean una superioridad aplastante. ¿La *intelligentsia*? Existe en demasía entre nosotros.

Todos los que tienen la fibra de Europa pueden asociarse a nuestra obra.

En este asunto yo veo derecho mi camino; fríamente. Soy el instrumento del destino. Lo que puedan pensar de mí me deja indiferente. No sé por qué un alemán que come un pedazo de pan debe atormentarse por la idea de que el suelo que ha producido este pan ha sido conquistado por la espada. Cuando comemos el trigo del Canadá no pensamos en los indios expoliados.

El precepto según el cual es obligación de los hombres amarse los unos a los otros es teoría, ¡y los cristianos son los últimos en practicarla! ¡Un niño negro que tenga la desgracia de morir ante de haber caído en manos de un misionero va al infierno! De ser cierto, sería como para lamentar tan triste destino: ¡haber vivido sólo tres años y arder con Lucifer para toda la eternidad!

Para Ley será la obra de su vida sacar a ese país de su letargo. Campos, jardines, vergeles. Que sea un país donde se trabaje de firme, ¡pero donde la alegría pague el esfuerzo!

Hemos dado al pueblo alemán lo que le faltaba para afirmar su posición en el mundo. Me siento dichoso de que la orientación al este haya sustituido la tendencia hacia el Mediterráneo. Para nosotros el sur es Crimea. Ir más lejos es una falta de sentido. Quedémonos nórdicos.

Además, en nuestras regiones el buen tiempo dura a veces hasta noviembre. En Berlín, febrero trae las primeras promesas de la primavera. A orillas del Rin, todo florece en marzo.

En Ucrania, más que en cualquier otro país, sería una aberración instalar fábricas harineras para la molturación del trigo procedente de inmensos territorios, de un radio de cuatrocientos kilómetros a la redonda, por ejemplo. Construyamos más bien aquí y allá molinos de viento, suficientes para las necesidades de la región y no saquemos más que el trigo que exigen los grandes centros.

¡Cuánto lamento no tener diez años menos! Todt, debería usted ampliar su programa. La mano de obra no le faltará. Terminación de la red ferroviaria y de la red de carreteras. Tendremos que emprender la tarea de reformar la vía rusa, para reponerla en su ancho normal. Por la única carretera que, durante estos meses de guerra, ha prestado servicio a los ejércitos del frente central, le

levantaría un monumento a Stalin. Fuera de ésta Stalin ha preferido construir cadenas para el barro antes que carreteras.

¡Qué tarea nos espera! Tenemos cien años de euforia delante de nosotros.

44. NOCHE DEL 17 AL 8 DE OCTUBRE DE 1941

El 10 de mayo de 1940. – Lágrimas de alegría. – El plan Schlieffen. – El Gran Cuartel General de Felsennest. – París, ciudad de glorioso pasado. – El 22 de junio de 1941. – Hay que destruir Kiev, Moscú y San Petersburgo.

No llegué a pegar los ojos en toda la noche del 9 al 10 de mayo de 1940, ni durante la del 21 al 22 de junio de 1941.

En mayo de 1940 era sobre todo la preocupación del clima la que me tenía despierto. Me encolericé, cuando amaneció, al darme cuenta de que eran quince minutos más temprano de lo que me habían afirmado. ¡Ya sabía sin embargo que así tenía que ser! A las siete vino la noticia: «¡Eben Emael ha enmudecido!». Después: «Dominamos uno de los puentes sobre el río Mosa». Con un tipo como Witzig, hubiéramos podido tomar los puentes de Maastricht antes de que los volasen. Pero ¿qué importancia tenía que los puentes hubiesen saltado, puesto que teníamos el puente alto que domina Lieja (sesenta metros por encima del nivel del río)? ¡Nuestros ingenieros hubieran encontrado tiempo para repararlo si hubiera saltado! Es maravilloso que todo suceda conforme a las previsiones.

Cuando llegó la noticia de que en toda la extensión del frente el enemigo avanzaba, me hubiese puesto a llorar de alegría: ¡habían caído en la trampa! Estaba bien calculado lanzar el ataque sobre Lieja. Había que hacerles creer que seguíamos fieles al viejo plan Schlieffen.

Tenía temores en lo concerniente al avance del ejército de Von Kluge, pero todo estaba bien dispuesto. Dos días después de nuestra llegada a Abbeville, la ofensiva hacia el sur podía empezar ya. Si en aquel momento hubiera tenido tantas tropas motorizadas como ahora, en catorce días habría terminado la campaña. No faltará emoción cuando más tarde vuelva a vivirse el curso de estas operaciones. Varias veces durante la noche fui a la oficina de operaciones para inclinarme sobre los mapas en relieve.

¡Qué bello era Felsennest! Los pájaros por la mañana, la vista sobre la carretera por la que subían nuestras columnas. Sobre nuestras cabezas las escuadrillas de aviones. Allí, estaba seguro de mi plan.

Cuando el ataque aéreo sobre París, nos limitamos a actuar sobre los aeródromos, para preservar a una ciudad de glorioso

pasado. Es cierto, tomándolo en conjunto, que los franceses se conducen de un modo feo, pero están sin embargo cerca de nosotros y me hubiera hecho daño tener que atacar una ciudad como Laon, con su catedral.

El 22 de junio una puerta se abrió ante nosotros y no sabíamos lo que había detrás. Podíamos temer la guerra de gases, la guerra bacteriológica. Esta incertidumbre que pesaba sobre nosotros me estrechaba la garganta. Estábamos allí, frente a seres que nos eran completamente desconocidos. Todo lo que se parece a la civilización, los bolcheviques lo han suprimido, y no sentiré la menor emoción si arraso Kiev, Moscú o San Petersburgo.

Lo que nuestras tropas llevan a cabo es positivamente inimaginable.

Ignorando la gran noticia, ¿cuál será el sentimiento de nuestros soldados —que están actualmente de vuelta— cuando vuelvan a pisar el suelo alemán?

En relación con Rusia, hasta Polonia parecía un país civilizado. Si el tiempo debiera borrar las hazañas de nuestros soldados, los monumentos que haré alzar en Berlín continuarán, dentro de mil años igual que hoy, proclamando su gloria. El Arco de Triunfo, el Panteón del Ejército, el Panteón del Pueblo Alemán...

45. 18 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL PROFESOR SPEER Y EL PROFESOR BREKER

Churchill dirige la orquesta. – La judería tira de las cuerdas. – Rapacidad de los malos negociantes. – Reforzar la economía estatal.

La forma en que Inglaterra se ha deslizado hacia la guerra es algo singular. El hombre que llevó toda la intriga es Churchill, títere de la judería que mueve los hilos. Al lado suyo, el pretencioso Eden, bufón sediento de dinero; el ministro judío de la Guerra, Hore-Belisha, posteriormente *eminence grise* del Foreign Office. Y en fin, otros judíos y hombres de negocios. Entre estos, sucede con frecuencia que la amplitud de su fortuna está en razón inversa al tamaño de su cerebro. Antes mismo de que se iniciara, han podido garantizarles que esta guerra duraría tres años, persuadiéndoles así de que colocaban bien su dinero.

Al pueblo que goza el privilegio de poseer semejante gobierno, no se le pide su parecer.

El mundo de los negocios está compuesto en todas partes por los mismos bribones. Fríos ganadores de dinero. El mundo de los

negocios sólo invoca el idealismo cuando los obreros piden sueldos más altos.

Entre nosotros también, ya lo sé, las posibilidades de negocios para estas gentes eran mayores antes de 1933. Pero que los hombres de negocios lloren, es cosa que forma parte de la profesión. Nunca he visto a un industrial que no haya adoptado un rostro pensativo. Sin embargo, no es difícil convencerles a cada uno de cuánto ha mejorado regularmente su situación. Se les ve siempre ansiosos, como si estuvieran a punto de dar el último suspiro. A pesar de todos los impuestos, siempre queda dinero. Ni el hombre medio llega a gastar lo que gana. Se permite el cine, el teatro, el concierto mucho más a menudo que antes, y aun consigue hacer economías. No se puede privar de distracción a las gentes, tienen necesidad de ellas, por eso no puedo disminuir la actividad de los teatros y de los estudios. El mejor descanso se obtiene por el teatro y por el cine. Tenemos jornadas de trabajo que sobrepasan en mucho las ocho horas, y no podremos cambiar tal sistema inmediatamente después de la guerra.

Hay un error que no debe cometerse nunca más: olvidar, cuando termine la guerra, las ventajas de la economía autárquica. La practicamos durante la primera guerra mundial, pero con medios insuficientes por falta de potencial humano. La capacidad de trabajo que se pierde en la fabricación de bienes improductivos debe encontrar su contrapartida. En lugar de pensar en el mercado interior nos lanzamos entonces hacia los mercados exteriores: antes de la guerra fue por sed de beneficios, y después para pagar nuestras deudas. El hecho de que para darnos ánimos por ese camino nos concedieran préstamos, no tuvo otros frutos que hundirnos más aún. Habíamos resuelto ya la fabricación del caucho sintético. Una vez terminada la guerra, volvimos al caucho natural. Importábamos gasolina, ¡y sin embargo el procedimiento de Bergius ya estaba a punto!

He aquí nuestra tarea más urgente para la posguerra: edificar una economía autárquica.

Mantendré el racionamiento de carne y de grasas mientras no tenga la certidumbre de que las necesidades están ampliamente cubiertas. Esto se sabe fácilmente: cuando los cupones del racionamiento no se utilizan en su totalidad.

Lo que más temen los ingleses, con el plan cuatrienal, es una Alemania autárquica que ya no tendrán a su merced. Tal política por nuestra parte les llevaría a ellos necesariamente a una disminución de la rentabilidad de sus colonias.

Sólo tendremos que importar el café y el té. El tabaco lo obtendremos en Europa. Habrá también que producir soja: esto dará aceite y pienso a Dinamarca y a Holanda.

Todos podrán participar, bajo una forma u otra, en la nueva economía europea.

Si se tratara solamente de conquistar una colonia, yo no continuaría la guerra ni un día más.

Primero hay que dominar Europa para que una política colonial tenga sentido. Únicamente me gustaría que volviéramos a poseer nuestro Camerún... nada más.

46. 19 DE OCTUBRE DE 1941

Ante todo, las familias numerosas.

Lo esencial para el porvenir es tener muchos hijos. Todos deben estar persuadidos de que la vida de una familia sólo está asegurada a partir de cuatro hijos. Se trata de un principio que no se puede olvidar. Cuando sé que una familia ha perdido dos hijos en el frente, intervengo inmediatamente.

Si hubiéramos practicado en el pasado el sistema de las familias de dos hijos, Alemania se habría visto privada de sus más grandes genios. ¿De dónde provendrá que el ser excepcional en una familia sea frecuentemente el quinto, el séptimo, el décimo o el doceavo hijo?

47. 19 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

El arte de la construcción. – Las nuevas construcciones. – Necesidad de la estandarización y de la uniformidad. – Permitir a la masa gozar de las cosas agradables de la vida. – Catecismo y mecanografía.

El arte de la construcción es uno de los oficios más antiguos que han practicado los hombres. Así se explica que en esto más que en otras cosas se haya permanecido fiel a los métodos tradicionales. Es un terreno en el que estamos muy atrasados.

Construir una casa debería consistir únicamente en su montaje, lo que no llevaría consigo, obligatoriamente, una uniformidad de las viviendas. Se puede variar la disposición y el número de los elementos, pero deben ser estandarizados. El que quiera hacer más de lo necesario sabrá lo que cuesta. Un Creso no buscará nunca un «tres habitaciones» a bajo precio.

¿Para qué sirve tener tres modelos diferentes de lavabos? ¿Para qué sirven las diferencias entre puertas y ventanas? ¡Cambian ustedes de alojamiento y sus cortinas son inservibles!

Para mi coche encuentro por todas partes piezas de recambio, pero no para mi alojamiento.

Estas prácticas subsisten porque constituyen para los que venden una posibilidad de ganar más dinero. Es la única explicación

de esta variedad infinita. Dentro de un año o dos, es preciso que ese escándalo haya terminado.

Lo mismo para las diferencias de voltaje en el suministro de la corriente eléctrica. Moabit y Charlottenburg tienen corrientes diferentes. Reconstruyendo el Reich uniformaremos todo esto.

De igual modo, en lo referente a la construcción habrá que reformar todo el instrumental. La excavadora que se usa todavía es un monstruo prehistórico comparada con la nueva excavadora de espiral.

¡Cuántas economías podrían realizarse mediante la estandarización!

El deseo que tenemos de dar a millones de alemanes mejores condiciones de vida nos obliga a la estandarización, y por lo tanto a servirnos de elementos normalizados en todos los sitios en que la necesidad no imponga formas individualizadas.

La masa no puede disfrutar de lo agradable de la vida si tales comodidades no se uniformizan. Con un mercado de quince millones de compradores, es muy concebible que se pueda construir un aparato de radio barato y una máquina de escribir popular.

Encuentro que es un verdadero absurdo que todavía hoy una máquina de escribir cueste varios cientos de marcos. Es inimaginable el tiempo que se pierde cada día descifrando los garabatos de cada uno. ¿Por qué no dar en la escuela primaria clases de mecanografía? En lugar de la enseñanza religiosa, por ejemplo. Esto no me molestaría.

48. 19 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA NOCHE

Dos azotes del mundo moderno. – El cristianismo, sombra del bolchevismo venidero.

El motivo de que el mundo antiguo fuera tan puro, sereno y luminoso es que no conocía de dos grandes azotes: la sífilis y el cristianismo.

El cristianismo es un prototipo del bolchevismo: la movilización de las masas de esclavos por los judíos con el objeto de minar la sociedad. Entonces se entiende que los elementos sanos del imperio romano estuvieran inmunizados contra esta doctrina.

¡Y sin embargo, actualmente Roma se permite reprochar al bolchevismo que haya destruido las iglesias cristianas! Como si el cristianismo no hubiera actuado del mismo modo contra los templos paganos.

49. 21 DE OCTUBRE DE 1941, A MEDIODÍA

> Sentido profético de Juliano el Apóstata. – Origen ario de Jesús. – Deformación de las ideas de Cristo. – El camino de Damasco. – Tolerancia romana. – El materialismo y la religión judía. – La religión como método subversivo. – La movilización de los esclavos. – San Pablo y Karl Marx.

Cuando se piensa en las opiniones sobre el cristianismo sostenidas hace cien y doscientos años por nuestros mejores intelectos se avergüenza uno al darse cuenta de lo poco que hemos evolucionado. No sabía que Juliano el Apóstata hubiera juzgado el cristianismo y a los cristianos con tanta clarividencia. Deberían leer lo que dice al respecto.

Originariamente el cristianismo no era sino una encarnación del bolchevismo destructor. De todos modos el galileo a quien más tarde llamarían Cristo pretendía algo muy distinto. Hay que considerarlo un dirigente popular que aprovechó su posición entre los judíos. Galilea era una colonia en la que probablemente los romanos habían instalado a legionarios galos, y es seguro que Jesús no era judío. Por cierto que los judíos le consideraban hijo de una puta; de una puta y un soldado romano.

La falsificación decisiva de la doctrina de Jesús fue obra de san Pablo. Se entregó a esta labor con sutileza y planteándoselo como una proeza personal. Pues el objetivo del galileo era liberar a su país de la opresión judía. Se opuso al capitalismo judío, y por eso los judíos lo liquidaron.

Pablo de Tarso (antes del camino de Damasco se llamaba Saulo) era uno de los que más ferozmente habían perseguido a Jesús. Cuando supo que los seguidores de Jesús se dejaban degollar por sus ideas, se percató de que haciendo un uso inteligente de las enseñanzas del galileo se podía derribar el Estado romano que los judíos odiaban. Es en este contexto como hemos de entender su «iluminación». Fíjense en esto, los romanos se habían atrevido a confiscar lo más sagrado que poseían los judíos, ¡el oro amontonado en sus templos! Pues entonces, igual que ahora, su dios era el dinero.

En el camino de Damasco san Pablo descubrió que podía lograr la ruina de Roma pretextando el triunfo de la igualdad de todos los hombres ante un único Dios... y poniendo sus ideas privadas, que aseguraba eran de inspiración divina, más allá del alcance de las leyes. Si, por añadidura, se conseguía imponer a un hombre como representante en la tierra del único Dios, dicho hombre gozaría de un poder ilimitado.

El mundo antiguo tenía sus dioses, a los que servía. Pero los sacerdotes interpuestos entre los dioses y los hombres eran servidores del Estado, pues los dioses protegían a la ciudad. En pocas palabras, eran emanación de un Poder creado por el pueblo. Para aquella sociedad la idea de un solo dios era impensable. En este aspecto los romanos eran la mismísima tolerancia. La idea de un dios

universal podría parecerles sencillamente una forma benigna de locura; pues si tres pueblos combaten entre sí e invocan los tres al mismo dios, esto supone que, en cualquier caso, dos de ellos rezan en vano.

Nadie ha sido más tolerante que los romanos. Todos los hombres podían orar al dios de su elección, e incluso se reservaba un lugar en los templos para el dios desconocido. Además cada hombre rezaba según escogiera y tenía derecho a manifestar sus preferencias.

San Pablo supo aprovechar esta situación para dirigir su lucha contra el imperio romano. Nada ha cambiado; el método sigue funcionando. Bajo la tapadera de una presunta educación religiosa, los sacerdotes siguen incitando a los creyentes en contra del Estado.

Las ideas religiosas de los romanos son las mismas de todos los pueblos arios. Los judíos, por otra parte, veneraban y siguen venerando, entonces y ahora, solamente al becerro de oro. La religión judía está completamente desprovista de metafísica y carece de cimientos, exceptuado el materialismo más repulsivo. Esto lo prueba incluso la representación concreta que tienen del más allá, que identifican con el seno de Abraham.

Fue a partir de tiempos de san Pablo cuando los judíos se manifestaron en tanto que comunidad religiosa, pues hasta entonces sólo habían sido una comunidad racial. San Pablo fue el primer hombre que se dio cuenta de las posibles ventajas de utilizar la religión como medio de propaganda. Si los judíos lograron destruir el imperio romano, es porque san Pablo transformó un movimiento local ario de oposición a la judería en una religión supratemporal que postula la igualdad de todos los hombres entre sí y su obediencia a un solo dios. Esto es lo que causó la muerte del imperio romano.

Es sorprendente observar que, pese a los esfuerzos de san Pablo, las ideas cristianas no tuvieron éxito en Atenas. La filosofía de los griegos era tan superior a aquella basura empobrecida que tras oír las enseñanzas del apóstol los atenienses estallaron en risas. Pero en Roma san Pablo encontró un terreno abonado. Sus ideas igualitarias tenían lo necesario para ganarse a una masa compuesta por innumerables personas desarraigadas.

De todos modos el esclavo romano no era en modo alguno lo que actualmente la expresión nos anima a imaginar. En realidad se trataba de personas que eran prisioneros de guerra (en el sentido que hoy damos a la expresión), muchos de los cuales habían sido liberados y tenían la posibilidad de llegar a ser ciudadanos; fue san Pablo quien introdujo esa sugerencia de degradación en la idea moderna de los esclavos romanos.

Piensen en los numerosos germánicos a quienes Roma dio la bienvenida. El propio Arminio, el primer arquitecto de nuestra libertad, ¿no era acaso un caballero romano, y su hermano un dignatario estatal? Debido a tales contactos, renovados con el paso de los siglos, la población de Roma acabó teniendo a los pueblos germánicos en gran estima. Está claro que en Roma se prefería a las mujeres de cabello rubio, hasta el punto de que muchas mujeres

romanas se lo teñían. Así, la sangre germánica regeneraba la sociedad romana constantemente.

Por otra parte, en Roma se despreciaba a los judíos.

Mientras la sociedad romana mostraba su hostilidad a la nueva doctrina, el cristianismo en su estado más puro llevó a la población a la revuelta. Roma fue bolchevizada, y en Roma el bolchevismo produjo exactamente los mismos resultados que posteriormente en Rusia.

Sólo más tarde, bajo el influjo del espíritu germánico, perdió el cristianismo de modo gradual su carácter abiertamente bolchevique. Se volvió, hasta cierto punto, tolerable. Hoy día, cuando el cristianismo se tambalea, los judíos vuelven a experimentar la satisfacción de establecer el cristianismo en su forma bolchevique. Los judíos creían que podían repetir el experimento. Hoy, igual que entonces, su objetivo es destruir naciones dañando su integridad racial. No es casual que en Rusia los judíos hayan deportado sistemáticamente a cientos de miles de hombres, entregando las mujeres, a las cuales los hombres se veían obligados a dejar tras de sí, a varones importados de otras zonas. Practicaban la mezcla de razas en gran escala.

En los viejos tiempos, igual que ahora, destrucción del arte y la civilización. ¿Qué no destruyeron los bolcheviques de aquellos tiempos en Roma, en Grecia y en todas partes? En Rusia se han comportado contra nosotros del mismo modo.

Hay que comparar el arte y la civilización de los romanos —sus templos, sus casas— con el arte y la civilización que en la misma época representaba la abyecta chusma de las catacumbas.

En los viejos tiempos, la destrucción de las bibliotecas. ¿No es lo mismo que sucedió en Rusia? Resultado, una nivelación hacia abajo espantosa.

¿No vio el mundo, traídos directamente de la Edad Media, el mismo y antiguo sistema de mártires, torturas y haces de leña? Entonces era en nombre del cristianismo. Hoy día es en nombre del bolchevismo.

Ayer el instigador era Saulo; hoy el instigador es Mardoqueo. Saulo se ha convertido en san Pablo y Mardoqueo en Karl Marx.

Al exterminar esta peste haremos a la humanidad un servicio del que nuestros soldados no pueden hacerse idea.

50. NOCHE DEL 21 AL 22 DE OCTUBRE DE 1941

INVITADO ESPECIAL: EL *REICHSFÜHRER* SS HIMMLER

Necesidad de decoro. – Un prusiano en Roma, otro en Múnich. – Modestia de la República de Weimar. – Papel de la nueva cancillería. – Fealdad de Berlín. – El rostro del nuevo Berlín. – Monumentos que resistirán mil años. – Preeminencia del Estado y del Reich. – Cómo ser

un constructor. – Los trabajos de la paz harán palidecer el recuerdo de las batallas.

Por lo que toca a mi existencia privada, viviré siempre sencillamente, pero como Führer y jefe de Estado tengo la obligación de distinguirme claramente de los que me rodean. Si mis amigos llevan constelaciones de insignias, sólo me puedo diferenciar de ellos llevando sólo una.

Necesitamos un decorado impresionante, y debemos crearlo. Debemos dar cada vez más a nuestras fiestas un estilo que perdurará.

En Inglaterra, las formas tradicionales, que de lejos parecen barrocas, han conservado toda su juventud. Han permanecido vivas porque representan costumbres practicadas desde hace mucho tiempo y sin la menor interrupción.

Considero como una necesidad que ese ceremonial se desarrolle en mi tiempo. De lo contrario, uno de mis sucesores, si tiene gustos sencillos, podría invocar mi ejemplo.

¡Que nadie venga a hablarme de la sencillez prusiana! Hay que recordar de qué modo administró Federico el Grande la hacienda del Estado. Por lo demás, el espíritu prusiano es cuestión de carácter y de conducta. Hubo un tiempo en el que yo podía decir que había un solo prusiano en Europa y que estaba en Roma. Hoy se puede afirmar que hay allí un romano que vive entre los italianos. Había un segundo prusiano. Vivía en Múnich, y era yo.

Uno de los rasgos característicos de la República de Weimar era que el jefe del Estado, cuando recibía a los diplomáticos, debía pedir a cada ministerio que le prestara su personal. ¿Qué debía de pasar en el caso de que tal ministro, teniendo que recibir él mismo, no pudiera privarse de su propio servicio? ¿Imaginan ustedes que yo hubiera tenido que recurrir a coches de alquiler para ir a recoger a domicilio a mis invitados y acompañarles a su regreso?

La nueva Cancillería deberá disponer de forma permanente de doscientos coches elegidos entre los más hermosos. Los chóferes servirán accesoriamente como criados. Sea como chóferes o como otra cosa, esos hombres deben ser completamente seguros desde el punto de vista político... sin contar que no podrían permitirse ser mancos.

Es una suerte que dispongamos de la nueva Cancillería del Reich. Hay muchas cosas que no hubiéramos podido permitirnos en la antigua.

Siempre he amado Berlín. Si me disgusta que algunas de sus cosas no sean bellas, es precisamente porque estoy muy encariñado con esta ciudad.

Durante la primera guerra mundial, tuve por dos veces un permiso de diez días. Pasar esos permisos en Múnich, ¡ni pensarlo! La vista de tanto cura me hubiera estropeado el placer. Las dos veces fui a Berlín, y así fue como empecé a conocer los museos de la capital.

(Además, Berlín fue partícipe de nuestra ascensión, aunque de un modo distinto a Múnich. En Berlín y en el Württemberg es donde encontré apoyo financiero, y no en Múnich donde los pequeños burgueses ocupan la acera.)

Berlín posee igualmente monumentos de la época de Federico el Grande. Antes era el arenal del Imperio. Hoy Berlín es la capital del Tercer Reich.

La desgracia de Berlín reside en que es una ciudad de población muy mezclada, y éstas no son condiciones ideales para el desarrollo de la cultura. Nuestro último gran monarca, en lo que a tal punto se refiere, fue Federico Guillermo IV. Guillermo I no tenía ningún gusto, Bismarck era ciego para las cosas de arte. Guillermo II tenía gusto, pero siempre el peor.

Suprimiremos lo feo de Berlín. No habrá nada demasiado bello para enriquecer Berlín. Entrando en la Cancillería del Reich, se debe tener la impresión de que se penetra en la morada del dueño del mundo. Darán acceso a ella amplias avenidas jalonadas por el Arco de Triunfo, por el Panteón del Ejército y la Plaza del Pueblo: algo que cortará la respiración. Sólo así llegaremos a eclipsar nuestra única rival en el mundo, Roma. Habrá que construir a una escala tal, que San Pedro y su plaza parezcan en comparación juguetes.

Utilizaremos el granito como material. Los testimonios del pasado alemán, que encontraremos en las llanuras del norte, están casi intactos a la acción del tiempo. El granito asegurará la perennidad de nuestros monumentos. Dentro de diez mil años estarán todavía en pie, totalmente incólumes, a menos que el mar haya vuelto de nuevo a cubrir nuestras llanuras.

El motivo ornamental que llamamos germano-nórdico se encuentra sobre toda la superficie de la Tierra, lo mismo en América del Sur que en los países del norte. Según una leyenda griega, existe una civilización que se llama «prelunar», y debemos ver en ella el imperio de la Atlántida que se hundió en las aguas.

Si trato de juzgar mi obra, debo considerar en primer lugar que he contribuido, en un mundo que había olvidado esta noción, a hacer triunfar la idea de la primacía de la raza. He dado después a la dominación alemana una base de cultura sólida. En efecto, el poderío de que hoy disponemos sólo puede justificarse a mis ojos por el establecimiento y expansión de una gran cultura. Llegar a ella debe ser la ley de nuestra existencia.

Los medios que para este fin pondré en práctica, irán más lejos que muchos de los que fueron necesarios para conducir esta guerra. Deseo ser un constructor.

Jefe de guerra lo soy a pesar mío. Si aplico mi inteligencia a problemas militares, es porque por el momento sé que nadie obtendría mejores resultados que yo. Por lo tanto, no intervengo en la actividad de mis colaboradores cuando veo que cumplen con su cometido tan bien como lo haría yo mismo.

Tengo la reacción del campesino que empuña sus armas para defender su patrimonio. Con este espíritu hago la guerra. Es para mí un medio para otros fines.

Los actos heroicos de nuestras tropas palidecerán un día. En el momento de la guerra de Sucesión de España, ya no se pensaba en la guerra de los Treinta Años. Las batallas de Federico el Grande hicieron olvidar las del siglo XVII. Sedán pasó a ocupar el lugar de la batalla de las Naciones, de Leipzig. Hoy, la batalla de Tannenberg, e incluso las campañas de Polonia y del frente occidental se borran ante las batallas del este. Llegará un día en que también éstas serán olvidadas.

Pero los monumentos que construiremos desafiarán al tiempo. El Coliseo de Roma ha sobrevivido a todos los acontecimientos. En nuestro país, las catedrales han hecho lo mismo.

El restablecimiento de la unidad alemana fue en el siglo XIX la tarea de Prusia. La tarea actual, que consiste en construir la gran Alemania y conducirla a la dominación mundial, no puede ser llevada a término sino por un alemán del sur.

Para realizar mi obra de constructor, echo mano sobre todo de hombres del sur... instalo en Berlín a mi más grande arquitecto. Porque estos hombres pertenecen a una comarca que desde tiempo inmemorial se ha nutrido de civilización.

Mis actos están siempre unidos a un pensamiento político. Si Viena expresara el deseo de construir un monumento de doscientos metros de altura, no encontraría en mí el menor apoyo. Viena es bella, pero no veo razón para añadir nada a sus bellezas. Lo cierto, de todos modos, es que mis sucesores no distribuirán a ninguna ciudad las subvenciones necesarias para tales construcciones.

Berlín será un día la capital del mundo.

51. 24 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: TENIENTE GENERAL VON RINTELEN, PROCEDENTE DE ROMA

Las obras del hombre han de perecer. – Religión contra ciencia. – Explicación por la Iglesia de los fenómenos naturales. – Escritores franceses de los siglos clásicos. – Voltaire y Federico II. – La ciencia devuelve el golpe. – La Iglesia y las creencias religiosas. – Ciento sesenta y nueve religiones están equivocadas. – Estupidez de los iconoclastas rusos.

En toda la Tierra no hay ser, sustancia ni probablemente institución humana que no termine por envejecer. Pero entra dentro de la lógica de las cosas que toda institución humana esté convencida de su perdurabilidad, a no ser que fatiga. Tan seguro

como que algún día desaparecerá la Tierra es que las obras del hombre serán derribadas. Todas estas manifestaciones son cíclicas. La religión está en perpetuo conflicto con el espíritu de la libre investigación. La oposición de la Iglesia a la ciencia era en ocasiones tan violenta que saltaban chispas. La Iglesia, con una clara conciencia de sus intereses, hizo una retirada estratégica, de resultas de lo cual la ciencia ha perdido parte de su agresividad.

El actual sistema de enseñanza escolar permite el siguiente absurdo: a las diez de la mañana los alumnos asisten a una clase de catecismo en que se les presenta la creación del mundo de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia; y a las once asisten a una clase de ciencias naturales en que les enseñan la teoría de la evolución. Y sin embargo las dos doctrinas están en total contradicción. Siendo niño esta contradicción me hizo sufrir y me daba de cabezazos contra la pared. A menudo me quejaba a alguno de mis profesores de lo que me habían enseñado una hora antes, y recuerdo que les hacía desesperarse.

La religión cristiana intenta salir del paso explicando que hay que dar un valor simbólico a las imágenes de las Sagradas Escrituras. Cualquier hombre que hubiera afirmado lo mismo hace cuatrocientos años hubiera terminado su carrera en la hoguera con acompañamiento de hosanas. Al unirse al juego de la tolerancia, la religión ha ganado fondo en comparación con siglos anteriores.

La religión saca todo el provecho que puede sacársele al hecho de que la ciencia postula la búsqueda de la verdad, no su conocimiento seguro. Comparemos la ciencia a una escalera. A cada escalón que se sube se divisa un paisaje más amplio. Pero la ciencia no afirma conocer la esencia de las cosas. Cuando la ciencia se encuentra con que tiene que revisar una u otra nociones que había considerado definitivas, inmediatamente la religión declara satisfecha: «¡Te lo dijimos!». Decir tal cosa es olvidar que ese comportamiento está en la propia naturaleza de la ciencia. Pues si decidiera adoptar un aire dogmático, ella misma se convertiría en una iglesia.

Cuando se dice que Dios provoca los relámpagos, en cierto sentido es verdad; pero lo seguro es que Dios no dirige la tormenta, como afirma la Iglesia. La explicación que da la Iglesia de fenómenos naturales es un abuso, ya que la Iglesia tiene intereses que van más allá. La característica de los seres conscientes de su debilidad e ignorancia es la piedad sincera. El que sólo ve a Dios en un roble o en un tabernáculo, en vez de verlo en todas partes, no es sinceramente piadoso. Se mantiene apegado a las apariencias, y cuando hay truenos y el rayo golpea, tiembla sencillamente por miedo a que le alcance en castigo del pecado que acaba de cometer.

La lectura de los escritos polémicos de los siglos XVII y XVIII, o de las conversaciones entre Federico II y Voltaire, hace sentir vergüenza de nuestro bajo nivel intelectual, especialmente entre los militares.

En lo sucesivo no se considerará que haya un vacío entre el mundo orgánico y el inorgánico. Experimentos recientes permiten

preguntarse qué distingue a los cuerpos vivos de la materia inanimada. Frente a este descubrimiento la Iglesia al principio se sublevará, y luego seguirá enseñando sus «verdades». Finalmente un día el dogma caerá bajo el ariete de la ciencia. Es lógico que así sea, pues el espíritu humano no puede dedicarse impunemente a levantar el velo del misterio sin que algún día la gente saque sus conclusiones.

Los diez mandamientos son un código de vida que no admite refutación. Son preceptos que corresponden a necesidades irreprimibles del alma humana; se inspiran en el mejor espíritu religioso y en ellos se apoyan las iglesias, pues son un cimiento sólido.

Las iglesias nacen de la necesidad de proporcionar una estructura al espíritu religioso. Sólo las formas en que se expresa el instinto religioso pueden variar. Fulano de tal no es consciente de la pequeñez humana hasta que le cogen por el pescuezo, mientras que para aprender lo mismo mengano no necesita que se desencadenen los elementos. En el fondo de su corazón cada hombre es consciente de su insignificancia.

El microscopio nos ha enseñado que estamos rodeados no sólo por lo infinitamente grande, sino también por lo infinitamente pequeño: macrocosmos y microcosmos. A tan amplias consideraciones se añaden detalles particulares que la observación de la naturaleza presenta a nuestra atención: por ejemplo, que ciertas prácticas higiénicas son buenas para el hombre; por ejemplo, el ayuno. En modo alguno es casual que los antiguos egipcios no distinguieran entre medicina y religión.

Sería dañino que la ciencia moderna ignorase estos datos. Por otra parte, no ha de permitirse que las supersticiones obstaculicen el progreso humano. Sería tan intolerable que justificaría la desaparición de las religiones.

Cuando un hombre envejece sus tejidos pierden elasticidad. El hombre normal siente cierto rechazo a la vista de la muerte, hasta el punto de que normalmente se considera de mal gusto hablar de ella a las claras. Un hombre que pregunte si has hecho testamento está cometiendo una falta de tacto. Los más jóvenes son los que menos se preocupan por estos asuntos. Pero las personas mayores se agarran a la vida con furor. De ahí que sea entre ellas donde mejores clientes recluta la Iglesia. Las seduce con la perspectiva de que la muerte no interrumpe nada, de que más allá de nuestro plazo humano todo continúa en condiciones mucho más agradables. ¿Y te has negado a dejar tus pequeños ahorros a la Iglesia? Más o menos así es como funciona.

¿Hay una sola religión que pueda existir sin un dogma? No, pues en tal caso pertenecería al orden de la ciencia. La ciencia no puede explicar por qué los objetos naturales son lo que son. Y aquí es donde entra la religión, con sus consoladoras seguridades. Cuando se encarna en las iglesias, la religión siempre se sitúa en oposición a la vida. De modo que las iglesias irían al desastre, y lo saben, si no se aferrasen a una rígida verdad.

Lo que se opone a la verdad visible ha de cambiar o desaparecer, es ley de vida.

Tenemos sobre nuestros antepasados de hace mil años la ventaja de poder ver el pasado en profundidad, cosa que ellos no pudieron. Y tenemos además otra ventaja, que podemos verlo a lo ancho, capacidad que también les faltó.

En una población mundial de dos mil doscientos cincuenta millones pueden contarse en la Tierra ciento setenta religiones de cierta importancia, cada una de las cuales afirma, desde luego, ser depositaria de la verdad. ¡Y sin embargo, por lo menos ciento sesenta y nueve de ellas están equivocadas! Entre las religiones que actualmente se practican no hay ninguna que tenga más de dos mil quinientos años. Y sin embargo ha habido seres humanos de la categoría de los mandriles desde hace al menos trescientos mil años. Hay menos distancia entre el hombre mono y el hombre moderno ordinario que entre éste y un hombre como Schopenhauer. ¿Qué supone un período de dos mil años en comparación con este pasado milenario?

En sus elementos materiales el universo tiene la misma composición, trátese de la Tierra, el Sol o cualquier otro planeta. Actualmente es imposible suponer que sólo en nuestro planeta exista vida orgánica.

¿Hace felices a los hombres el conocimiento aportado por la ciencia? Es cosa que ignoro. Pero observo que el hombre *puede* ser feliz engañándose a sí mismo con falsos conocimientos. Reconozco que hay que cultivar la tolerancia.

Carece de sentido estimular en el hombre la idea de que es el rey de la creación, como intentaban hacerle creer los científicos del siglo pasado. ¡El mismo hombre que, para ir más rápido, tiene que montarse a horcajadas en un caballo, un mamífero sin cerebro!

Los rusos podían atacar a sus sacerdotes, pero no tenían derecho a atacar la idea de un poder supremo. Es un hecho que somos criaturas débiles y que existe una fuerza creadora. Pretender negarlo es insensato. En este sentido es mejor creer algo falso que no creer en nada. ¿Quién es el pequeño profesor bolchevique que afirma triunfar sobre la creación? A las personas de este tipo nos las cargaremos. Tanto si confiamos en el catecismo como en la filosofía, tenemos posibilidades en reserva, mientras que ellos, con sus concepciones puramente materialistas, no pueden sino devorarse unos a otros.

52. 25 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL *REICHSFÜHRER* SS HIMMLER Y EL SS OBERGRUPPENFÜHRER HEYDRICH

Los judíos son responsables de las dos guerras mundiales. – Cómo han sido eliminadas las civilizaciones del pasado. – Volver a escribir la historia. – Las bibliotecas de la Antigüedad. – Fiebre de destrucción del cristianismo y del bolchevismo. – Nerón no incendió Roma. – Hipocresía protestante. – La Iglesia católica medra con el pecado. – Cosas para contarlas. – El movimiento modernista. – El problema de los conventos.

Desde la tribuna del Reichstag profeticé a la judería que los judíos desaparecerían de Europa en caso de que no pudiera evitarse la guerra. Esta raza de criminales tiene sobre la conciencia los dos millones de muertos de la primera guerra mundial, y ahora ya centenas de millares. ¡Que no venga nadie a decirme que no se les puede acorralar en las regiones pantanosas de Rusia! Entonces, ¿quién se preocupa de nuestros soldados? No importa tampoco que el rumor público nos adjudique el designio de exterminar a los judíos. El terror es saludable.

La tentativa de crear un Estado judío sería un fracaso.

Se debería difundir por millones de ejemplares el libro que contiene las reflexiones del emperador Juliano. ¡Qué inteligencia más maravillosa, que discernimiento, toda la sabiduría antigua! Es extraordinario.

¡Con qué clarividencia criticaron el cristianismo y juzgaron la evolución de las iglesias los autores del siglo XVIII, y especialmente los del siglo pasado!

Sólo se retiene del pasado lo que se desea encontrar en él. Vista por los bolcheviques, la historia de los zares se confunde con un baño de sangre. Pero, ¿qué es *eso* comparado con los crímenes del bolchevismo?

Existe una historia universal, debida a Rotteck, un liberal de la década de 1840, en la cual los hechos son considerados desde el punto de vista de la época, y en la cual la Antigüedad está absolutamente abandonada. Nosotros también vamos a escribir de nuevo la historia desde el punto de vista de la raza. Partiendo de casos aislados, procederemos a una revisión total. No se trata únicamente de estudiar las fuentes, sino de encontrar a los hechos una coyuntura lógica. Con la ayuda de los métodos habituales, ciertos hechos no encontrarían explicación. Es preciso, pues, adoptar otro punto de vista. Durante todo el tiempo que en biología se creyó en la generación espontánea, fue imposible explicar la presencia de los microbios.

¡Qué certificado de pobreza mental fue para el cristianismo la destrucción de las bibliotecas del mundo antiguo! ¡Hicieron que el pensamiento grecolatino pareciera enseñanzas del demonio! «Si deseas vivir, no has de exponerte a la tentación.»

El bolchevismo actúa, como el cristianismo, a fin de que sus fieles ignoren lo que sucede en el resto del mundo. Se trata de persuadirles de que lo que poseen, en materia de organización social

y técnica, es único. Alguien me contaba que un empleado de ascensor de Moscú creía sinceramente que en ningún otro sitio existían ascensores. No he visto hombre más extrañado que aquel embajador ruso, el ingeniero, que se acercó a mí un día de recepción para darme las gracias por no haber puesto obstáculos a su visita a unas fábricas alemanas. Al principio me preguntaba, a mí mismo, si estaba loco. Era sin duda la primera vez que este hombre veía las cosas tal como son, e imagino que a propósito de esto habría redactado, para su gobierno, una nota imprudente. Fue llamado a Moscú algunos días después y supimos que había sido fusilado.

El cristianismo se propuso la destrucción sistemática de la cultura antigua. Lo que ha llegado hasta nosotros se coló por casualidad o era producto de escritores romanos liberales. Quizá ignoremos completamente los más preciosos tesoros espirituales de la humanidad. ¿Quién sabe lo que había en ellos?

El papado confiaba en estas tácticas incluso en tiempos históricos. En la época de las grandes exploraciones, ¿cómo se comportó la gente con las riquezas espirituales de América Central?

En nuestro país, los judíos hubiesen eliminado en seguida a Schopenhauer, a Nietzsche y a Kant. Si los bolcheviques nos dominaran durante doscientos años, ¿qué obras de nuestro pasado serían transmitidas a la posteridad? Nuestros grandes hombres caerían en el olvido o serían presentados a las generaciones futuras como criminales y bandidos.

No creo para nada en la autenticidad de ciertas imágenes en curso acerca de los emperadores romanos. Estoy seguro de que Nerón nunca incendió Roma. Fueron los cristiano-bolcheviques quienes lo hicieron, del mismo modo que la Comuna incendió París en 1871 y los comunistas pegaron fuego al Reichstag en 1932.

Hay una forma de hipocresía típicamente protestante que es de lo más descarada. El catolicismo es mucho mejor en este aspecto, pues ignora el rigor moral de los evangelistas. En las zonas católicas la vida es más soportable, pues el propio sacerdote sucumbe con más facilidad a las debilidades humanas, lo que permite a su rebaño no dramatizar el pecado. ¿Cómo se ganaría la Iglesia su subsistencia, si no fuera por los pecados de los creyentes? Con que uno se confiese ya se da por satisfecha. Las indulgencias pagadas proporcionan a la Iglesia el pan de cada día. En cuanto a los frutos del pecado, el alma que teme al limbo es candidata al bautismo, lo que supone un cliente más, ¡y así sigue el negocio! Es un hecho que en las partes católicas del mundo hay muchos más nacimientos ilegítimos que en las protestantes.

En Austria el protestantismo estaba libre de intolerancia. Era verdaderamente un movimiento de protesta contra el catolicismo. Además aquellos protestantes estaban enteramente dedicados a la causa alemana.

Es un escándalo que cuando un creyente abandona una fe particular, esté obligado a pagar la contribución religiosa un año más. Una sencilla declaración debería ser suficiente para librarle de

una vez por todas de cualquier débito posterior. Esto lo arreglaremos tan pronto como volvamos a estar en paz.

Por ejemplo, fíjense en Goebbels. Se casó con una protestante y al momento fue excluido de la Iglesia. Como es natural, declaró que dejaría de pagar la contribución religiosa. Pero la Iglesia no es de la misma opinión.

¡La exclusión es un castigo que no elimina la obligación de pagar la contribución!

Por mi parte, la Iglesia tenía contra mí que hubiera sido testigo de ese matrimonio. En realidad también a mí tenían que haberme excluido, de no haber calculado que esto me ganaría nuevas simpatías.

Todo matrimonio realizado de resultas de un divorcio es considerado por la Iglesia vivir en pecado. El resultado es que, por ejemplo en Austria, nadie se preocupa por los mandatos de la Iglesia. Desde este punto de vista Austria estaba más adelantada que Alemania.

El caso de divorcio más extraordinario que conozco es el de Starhemberg. La Iglesia le permitió obtener el divorcio contra el pago de doscientos cincuenta mil schillings. El motivo aducido por acuerdo entre las partes fue que el matrimonio era nulo y sin valor debido a que las partes contratantes se habían puesto de acuerdo en no cumplimentar sus deberes conyugales. Como Starhemberg no tenía dinero, la suma la pagó la Heimwehr. ¿Qué no habrá descubierto la Iglesia como fuente de ingresos en el curso de estos mil quinientos años? Es un círculo sin fin.

Son muchas las cosas que tengo que contar, pero hoy no puedo dedicarme a ello. Pero eso no supone que las olvide. Las escribo. ¡Ya llegará el momento de sacar el gran libro!

Volviendo otra vez a los judíos, me he visto en la precisión de permanecer inactivo. No tiene sentido añadir inútilmente nuevos problemas a las dificultades del momento. Cuanto más hábilmente se obra, es mejor. Cuando leo los discursos de un hombre como Galen me digo que dar alfilerazos carece de interés, y que por el momento es mejor callarse. ¿Cabría dudar de lo duradero de nuestro movimiento? Y si pienso que durará siglos entonces puedo permitirme el lujo de esperar. No habría acabado con el marxismo si no hubiera contado con la fuerza.

Los medios de persuasión de orden moral no constituyen un arma eficaz dirigidos contra los que desprecian la verdad; por ejemplo, cuando tenemos que vérnoslas con sacerdotes de una iglesia que sabe que en ella todo está basado en mentiras y que vive de ello. Les hago el efecto de un aguafiestas cuando aparezco por medio; no llego más que para perturbar sus mezquinos negocios.

En 1905 y 1906, al surgir el movimiento modernista, se produjeron tales excesos que, en reacción, algunos sacerdotes fueron más allá de los objetivos de los reformistas y se convirtieron en verdaderos revolucionarios. En un momento dado fueron expulsados, claro está. El poder de la Iglesia era tan grande que quedaron destrozados. Hombres como el abad Schachleiter sufrieron mucho.

Hoy día un sacerdote a quien se le hayan retirado las órdenes puede hacer una nueva carrera por su cuenta. Lo que daba al poder de la Iglesia tal posibilidad era el hecho de que el poder civil no quisiera interferirse en estos asuntos a ningún precio. Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Actualmente son muchísimos los sacerdotes que abandonan la Iglesia. Evidentemente hay en ella hay un núcleo duro, y nunca podré ganármelos a todos. No supondrán que puedo convertir al santo padre. No se convence a un hombre situado a la cabeza de tan gigantesca empresa para que la deje. ¡Es su sustento! Además estoy seguro de que, habiéndose criado en ella, no puede concebir cualquier otra posibilidad.

En cuanto a las monjas, me opongo al uso de la fuerza. Ellas no han tenido posibilidades de llevar cualquier otra vida. Se han quedado sin apoyos, literalmente arruinadas. En este aspecto la Iglesia católica ha adoptado la institución de las vírgenes vestales. En cuanto una muchacha se hace mujer, se enfrenta al problema de conseguir un hombre. Si no encuentra novio, o si lo pierde, es posible que se niegue a volver a tener nada que ver con la vida y prefiera retirarse a un convento. También puede suceder que los padres prometan sus hijos a la Iglesia. Cuando un ser humano ha pasado diez años en un monasterio o en un convento, sea hombre o mujer pierde la idea exacta de la realidad. En el caso de las mujeres, el sentimiento de pertenecer a una comunidad que cuida de ella juega un papel. Cuando le falta el apoyo de un hombre, del modo más natural lo busca en otro sitio.

Desgraciadamente en Alemania tenemos dos millones más de mujeres que de hombres. El objetivo de una muchacha es, y ha de ser, casarse. ¡Para ella es mejor tener un hijo que morir solterona! A la naturaleza le da igual que las personas de que se trate hayan pasado previamente por el registro civil. Lo que la naturaleza quiere de una mujer es que sea fértil. Son muchas las mujeres que al no tener hijos pierden un poco la cabeza. De una mujer sin hijos todos dicen: «¡Menuda criatura histérica!». Es mil veces preferible que tenga un hijo natural, y por tanto un motivo para su existencia, a que envejezca lentamente.

53. 26 A 27 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: EL ALMIRANTE FRICKE

Autocracia y potencia militar. – Explotación de los territorios del este. – *Volteface* de los ingleses. – Impostura de Roosevelt. – Sacar las ventajas de la hegemonía europea. – Una Europa de cuatrocientos millones de habitantes. –Liquidación del imperio británico.

La independencia nacional y la independencia en el plano político están condicionadas lo mismo por la autarquía que por la potencia militar.

Lo esencial para nosotros es no renovar el error de precipitarnos sobre los mercados exteriores. La importancia de nuestra flota de comercio puede limitarse a tres o cuatro millones de toneladas. Nos basta con recibir del continente africano el café y el té. Lo demás lo tenemos en Europa.

Alemania fue en otros tiempos uno de los grandes exportadores de lana. Cuando la lana de Australia conquistó los mercados, nuestra economía «nacional» cambió de un golpe su fusil de hombro y emprendió el camino de la importación. Me gustaría que tuviéramos hoy treinta millones de ovejas.

¡Nadie logrará echarnos del este!

Tenemos casi el monopolio de la potasa. Pronto proveeremos a toda Europa de trigo, de carbón, hierro y madera.

Para emprender la explotación de Ucrania (ese nuevo imperio indio) sólo necesito paz en el oeste. La policía de fronteras será suficiente para garantizarnos la tranquilidad necesaria mientras explotamos los territorios conquistados. No concedo la menor importancia a un final jurídico de la guerra del este.

Si los ingleses son hábiles, no dejarán de aprovechar el momento psicológico para cambiar de actitud... y se unirán a nosotros. Saliendo ahora de la guerra, los ingleses conseguirán poner fuera de combate, por treinta años por lo menos, a su máximo rival: Estados Unidos. Roosevelt se convertiría en un impostor, la deuda del país sería enorme, automáticamente las fabricaciones de guerra quedarían paralizadas, faltas de objeto, y el paro forzoso adquiriría proporciones gigantescas.

Para nosotros, se trata de conseguir las mayores ventajas de la hegemonía continental. Es ridículo pensar en una política mundial hasta que no se domine el continente. Los españoles, los holandeses, los franceses y nosotros mismos hemos hecho la experiencia. Siendo los dueños de Europa, tenemos una posición dominante en el mundo. Ciento treinta millones de hombres en el Reich, noventa en Ucrania. Contemos además los otros estados de la nueva Europa, y seremos cuatrocientos millones frente a ciento treinta millones de americanos.

Si el imperio británico se hundiera hoy, sería sin duda a causa de nuestras armas, pero no obtendríamos ningún beneficio porque no somos sus herederos. Rusia se apoderaría de la India, Japón de Asia oriental, Estados Unidos de Canadá. Ni siquiera podría impedir a los americanos instalarse sólidamente en África.

Si se hundiera Inglaterra, yo no obtendría ningún beneficio, sino la obligación de luchar contra sus sucesores. Podría llegar un día en que tuviera mi parte en la quiebra británica, pero a condición de que se retrasara.

Por hoy Inglaterra no me interesa. Me interesa lo que hay detrás de ella.

Podemos sentirnos tranquilos en lo que se refiere a nuestro porvenir. Legaré no solamente el ejército más potente, sino un partido que será el animal más voraz de la historia mundial.

54. 28 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

Sobre los pretendidos placeres de la caza.

No veo ningún mal en que se tire sobre los animales. Digo simplemente que es un triste deporte.

El elemento más simpático de la caza es el animal, y después el cazador furtivo. Él por lo menos pone su vida en peligro. El último tipejo puede declarar la guerra a un corzo. La lucha es demasiado desigual entre un fusil de repetición y un conejo (que no ha progresado desde hace tres mil años). Si Fulano de Tal venciera al conejo en una carrera, me descubriría.

Que no se llame la gente a engaño; la caza no es deporte popular. Si fuera cazador ello me perjudicaría más ante mis partidarios que una batalla perdida.

55. 29 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL MARISCAL VON KLUGE, EL MINISTRO DEL REICH DR. TODT, EL *REICHSFÜHRER* SS HIMMLER, EL *GAULEITER* FORSTER

La infantería, reina de las batallas. – Error de los tanques ultraligeros. – Una paz, sin carácter jurídico, en el este. – Fidelidad de los croatas. – Recuerdos de Landsberg. – Los obreros de Bitterfeld. – El papel del maestro. – Utilización de los soldados veteranos. – Los monumentos de París. – París en junio de 1940.

En la batalla es la infantería, en resumidas cuentas, la que con sus piernas da el tempo en las operaciones. Esta consideración debe llevarme a sostener la motorización dentro de unos límites moderados. En lugar de los seis caballos que tiraban antes de un artefacto, se ha puesto ahora un motor de infinitamente más potencia, sólo con el fin de obtener una velocidad que en la práctica no se puede usar, como está probado. Entre la movilidad y la fuerza, se escoge demasiado fácilmente la primera, en tiempo de paz.

Al concluir la primera guerra mundial, la experiencia había demostrado que sólo el tanque más pesado y de mayor blindaje tenía

valor. Esto no impidió que en cuanto vino la paz se construyeran tanques ultraligeros. En el interior del país se dispone de una red de carreteras impecable, lo que induce a pensar que la velocidad constituye un elemento decisivo. Deseo una cosa, que aquellos de nuestros jefes que tienen la experiencia del frente den a conocer su opinión sobre la materia y que se tome en cuenta lo que opinen. Para permitir, aun en tiempo de paz, que continúen los experimentos y que se conserve nuestro ejército en su más alto nivel, es indispensable que dispongamos de un gigantesco campo de maniobras en el que todas las condiciones de la guerra estén reunidas. Por eso he puesto los ojos sobre los pantanos del Pripet, región de una superficie de quinientos por trescientos kilómetros.

El ejército alemán conservará todo su valor si en el este hacemos una paz que no tenga carácter jurídico.

Si los croatas formaran parte del Reich, tendríamos en ellos fieles auxiliares del Führer alemán para actuar como policía en nuestros pantanos. No habría que comportarse con ellos como lo hace ahora Italia. Los croatas son un pueblo orgulloso. Deberían hallarse directamente vinculados al Führer por un juramento de fidelidad. De esta forma se podría contar con ellos en absoluto. Cuando tengo ante mí a Kvaternik veo al verdadero tipo del croata tal como lo he conocido siempre, inquebrantable en sus amistades, ligado para siempre a un juramento. Los croatas conceden gran importancia a no ser considerados eslavos. Según ellos descienden de los godos. Que hablen una lengua eslava es accidental.

He aquí algo que no puede suceder sino en Alemania. Mi actual ministro de Justicia es el mismo que, como ministro bávaro, me hizo encarcelar en Landsberg. El antiguo director de esa prisión es ahora jefe de los servicios penitenciarios de Baviera. En aquella época mis hombres tenían la consigna de no salir de una cárcel sin haber convertido a todo su personal al nacionalsocialismo. La mujer del director de la cárcel de Landsberg se convirtió en ferviente adicta del movimiento nacionalsocialista. Los hijos pertenecían casi todos al cuerpo franco Oberland. En cuanto al padre, ¡no tenía derecho a opinión propia! Le parecía más prudente, los días que se veía obligado a actuar contra mí, pasarse la noche en la cárcel a fin de ponerse a salvo de las riñas matrimoniales. Ningún guardián tuvo nunca una actitud ofensiva hacia nosotros. Cuando sufrí mi primera condena, por atentado a la seguridad pública, éramos cuatro y habíamos decidido transformar la prisión en fortaleza nacionalsocialista. Nos comprometimos a que si a uno de nosotros le soltaban, viniera otro inmediatamente a sustituirle. Cuando en 1923 Brückner fue encarcelado, toda la prisión era nacionalsocialista, las hijas del director incluidas.

No es fácil triunfar en la existencia, y para algunos las dificultades se acumulan. Cuando hay disparidad entre el trabajo impuesto y las cualidades de un hombre, ¿cómo puede esperarse de

él que lo cumpla celosamente? Cada vez que íbamos a Bitterfeld, no teníamos más que un deseo: emprender el regreso. ¿Cómo se puede exigir a un obrero, en semejante lugar, que se entregue a su trabajo con alegría y buen ánimo? Para aquellos hombres la vida sólo comenzaba cuando se ponían la camisa parda. Esto explica por qué encontramos entre ellos partidarios tan fanáticos. Debo advertir que cuando se descubren verdaderos talentos entre gente obligada a trabajar en semejantes condiciones, lo mejor que se puede hacer es sacarlos de allí. Nuestro deber es allanarles el terreno, sin tener en cuenta a los formulistas obsesionados por los pergaminos. Hay profesiones que requieren menos conocimientos teóricos que una mano hábil y segura. Y que estos hombres tengan ademanes poco correctos, ¿qué importancia tiene? Es un defecto que en seguida se corrige.

He realizado en el partido experiencias extraordinarias en lo que a este campo se refiere, y justamente entre los que han ocupado los más altos cargos. Antiguos obreros agrícolas han hecho allí sus pruebas; sin embargo, ¡que cambio con su vida anterior! En contraposición utilizamos, para puestos de segundo orden, funcionarios que han seguido la rutina acostumbrada y de los que no se saca nada en absoluto. Los menos adaptables son los que, por una tendencia dada, han escogido una profesión sin fantasía, en la que se repiten constantemente los mismos actos. Para un maestro, por ejemplo, es muy natural volver cada año a enseñar el alfabeto. Que un individuo de esa índole sea llamado a ejercer funciones enteramente distintas es algo que puede provocar verdaderos errores.

No hay razón alguna para que los maestros se formen en escuelas superiores. ¡Estudios universitarios, para que después se pasen la vida enseñando «la b con la a, ba» a los chiquillos de los labriegos! ¡Cuánto gasto inútil! Un hombre que posea verdaderamente una formación universitaria no puede acomodarse a funciones tan modestas. Por eso he dispuesto que en las escuelas normales la enseñanza no se lleve demasiado lejos. No obstante, los alumnos mejor dotados tendrán la posibilidad de proseguir estudios universitarios a cargo del Estado. Daré incluso otro paso. Será todo un problema volver a colocar a los licenciados del ejército. Una gran parte de ellos podrá servir para maestro de aldea. ¡Es más fácil que un antiguo soldado se convierta en maestro, que hacer de un maestro un oficial!

Esos antiguos soldados serán simultáneamente excelentes maestros de gimnasia. Pero todo esto no quiere decir que vayamos a abandonar en modo alguno la formación de los maestros de escuela.

Los que se reenganchan por segunda vez en las fuerzas armadas, aportan al ejército la solidez de estructura que le es siempre necesaria. Es el punto débil de los ejércitos italiano y rumano: no tienen gente reincorporada. Como no se puede obligar a esos hombres a que pasen toda su vida en el ejército, es preciso crear para ellos situaciones más o menos privilegiadas. Por ejemplo,

les daremos la gerencia de estaciones de servicio, de igual modo que en la vieja Austria se les repartían las tiendas de venta de tabaco.

El secreto consiste siempre en dar a cada hombre la posibilidad de avanzar en la vida, incluso fuera de su profesión habitual. En este aspecto tenemos un ejemplo notable en la antigua China, por lo menos mientras permanecieron vigentes las enseñanzas de Confucio. El más mísero aldeano podía aspirar a llegar a ser mandarín.

De ninguna manera puede admitirse que la vida entera de un hombre dependa por completo de un diploma que se puede o no recibir a los diecisiete años. Yo he sido una víctima de semejante sistema. Yo quería seguir la carrera de bellas artes. La primera pregunta que me hizo el profesor al que expuse mis proyectos, fue la siguiente: «¿En qué instituto estudió usted?». Aquel hombre no me creía cuando le contesté que yo no había ido a ningún instituto, puesto que me encontraba un indiscutible talento para la arquitectura. Mi decepción fue tanto más grande dado que mi idea primitiva era dedicarme a la pintura. Se me confirmaba que yo tenía dotes para ser un buen arquitecto, pero al mismo tiempo me decían que me estaba prohibido entrar en una escuela superior porque no tenía el bachillerato.

Tuve que resignarme, pues, a proseguir mis esfuerzos como un autodidacta, y fue entonces cuando decidí irme a establecer en Alemania. Llegué a Múnich lleno de entusiasmo. Quería estudiar durante tres años. Mi deseo era entrar a los 28 años como dibujante en el estudio de Heilmann y Littmann. Participaría en el primer concurso, ¡y entonces verían de lo que yo era capaz! Fue así como me di cuenta, cuando se publicaron los proyectos premiados para la nueva Opera de Berlín, de que mi propio proyecto era menos malo que aquéllos. Me especialicé en ese género de arquitectura. Lo que aún sé en la actualidad, sólo es un pálido reflejo de lo que sabía en aquella época.

Von Kluge hizo una pregunta: «Mi Führer: ¿cuáles fueron sus impresiones durante su visita a París el año pasado?».

Me sentí sumamente feliz con el pensamiento de que existe por lo menos una ciudad en el Reich que es superior a París en cuanto a gusto arquitectónico: me refiero a Viena. El París antiguo da una sensación de perfecta distinción. Las grandes perspectivas son imponentes. Durante años envié a mis colaboradores a París, a fin de que se habituasen a la grandeza... para el momento en que emprendiéramos sobre nuevas bases la reforma de Berlín. Berlín en este momento no existe, pero llegará un día en que será más hermoso que París. Con la excepción de la Torre Eiffel, París no posee nada de lo que otorga su carácter particular a una ciudad, como es el caso del Coliseo respecto a Roma.

Me sentí aliviado viendo que no tuvimos necesidad de destruir París. Me siento indiferente cuando preveo la destrucción de San Peterburgo o de Moscú; pero hubiera sufrido con la de París. Toda obra conclusa lleva consigo un valor de ejemplo. Permite aprender,

advertir sus errores, y por tanto hacerlo mejor la próxima vez. El Ring de Viena no existiría sin los bulevares de París. Es su copia. La cúpula de los Inválidos causa una impresión profunda. El Panteón me decepcionó terriblemente. Los bustos aún tienen defensa, pero ¡las esculturas! ¡Qué proliferación de tumores cancerosos!

La Madeleine, en cambio, tiene una sobria grandeza.

Keitel intervino: «Recuerda usted cómo se quedaron cohibidos cuando en la Ópera se les pidió que nos abriesen determinadas salas?».

Sí, es curioso. Los salones que en otro tiempo estaban reservados al emperador, han sido convertidos en bibliotecas. ¡La República combate con sus presidentes las tentaciones del espíritu de grandeza! Conocía, ya en mi juventud, los planos de la Opera. El cotejo con la realidad me hizo pensar que las Operas de Viena y de Dresde fueron edificadas con mucho mayor gusto. La Opera de París es de un estilo sobrecargado en el interior.

Hice mi visita a París muy temprano, por la mañana, entre las seis y las nueve. Quise abstenerme de excitar a la población con mi presencia. El primer vendedor de periódicos que me reconoció se quedó con la boca abierta. Aún recuerdo muy bien la imagen de aquella mujer de Lille que al verme desde su ventana, se puso a gritar: «¡El diablo!».

Para concluir, subimos al Sacré Coeur. ¡Espantoso! Pero, en conjunto París es una de las joyas de Europa.

56. 30 DE OCTUBRE DE 1941, A MEDIODÍA

Deportes sangrientos.

El sentimiento de aversión que los seres humanos experimentan ante los reptiles, murciélagos y lombrices, tal vez tenga su origen en algún recuerdo ancestral. En este caso, se remontaría a la época en que animales de ese género, pero de dimensiones monstruosas, aterraban al hombre prehistórico.

En el frente aprendí a odiar a las ratas. El herido abandonado entre líneas sabía muy bien que sería devorado por esas bestias innobles.

El Führer se dirigió al Gruppenführer Wolff que regresaba de una cacería en el país de los Sudetes, ofrecida al conde Ciano por el ministro de Asuntos Exteriores, con la participación del Reichsfüher SS y del ministro de Hacienda.

El Führer: —Qué han cazado ustedes? Águilas, leones...

Wolff: —No, vulgares conejos.

El Führer: —Entre los conejos debe reinar ahora una gran alegría. El aire es puro.

Jodl: —¿Y ustedes creen que toda esa caza entra en la categoría de los «animales salvajes»?

Wolff: —Sí.

Jodl: —¿No sería más propio llamarlos «animales domésticos»?

El Führer: —Sin duda han utilizado ustedes balas explosivas...

Wolff: —Simplemente de plomo.

El Führer: —¿Han matado o herido algún ojeador?

Wolff: —No, que yo sepa.

El Führer: —Es una lástima que no se les pueda utilizar, a ustedes los cazadores, contra los guerrilleros rusos.

Wolff: —El ministro de Asuntos Exteriores aceptaría sin duda esta invitación a tomar parte en un comando.

El Führer: —¿Cuál es el récord de caza de Ciano?

Wolff: —Cuatrocientas piezas.

El Führer: —¡Nada más que cuatrocientas! ¡Si sólo en el curso de sus servicios como piloto hubiera abatido al menos una ínfima parte de esa cifra en aviones enemigos! ¿La cacería ha concluido sin más?

Wolff: —La caza es un maravilloso tónico; se olvidan todas las preocupaciones.

El Führer: —¿Y usted cree que para tonificarse es indispensable matar liebres y faisanes? El gozo de matar une a los hombres. Felizmente, no entendemos el lenguaje de las liebres. Tal vez se expresaban así hablando de ustedes: «¡Era incapaz de correr, ese gran cerdo!». ¿Qué pensará de todo esto una vieja liebre con una experiencia de toda la vida? Entre las liebres debe producirse un gran júbilo cuando se percatan de que un ojeador ha recibido un balazo.

Jodl: —El hombre necesita una diversión. No se le puede privar de eso, y es difícil poner límites a su fantasía. Lo que importa es que consiga sus placeres sin causar daño a la comunidad.

El Führer: —Desde hace dos o tres años, respetamos los zorros. ¡Cuántos perjuicios han causado! Por una parte, se les protege en vista del interés de los cazadores, lo que provoca una pérdida de no sé cuántos cientos de miles de huevos. Por otra parte, hacemos planes cuatrienales. ¡Qué locura!

57. 30 DE OCTUBRE DE 1941, POR LA TARDE

Dura crítica de la Wilhelmstrasse. – Definición de los diplomáticos. – A propósito de un embajador americano.

El ministro de Asuntos Exteriores acababa de someter al Führer un informe transmitido por un representante de la Wilhelmstrasse en el extranjero. El informe contenía apreciaciones violentas sobre la situación en Inglaterra, pero sin que pudiera deducirse en rigor si se trataba de frases de la oposición británica, transcritas por el diplomático alemán, o de comentarios de su propia opinión. El Führer se dirigió al ministro Hewel, representante de Ribbentrop.

Mantenemos bajo el nombre de ministerio de Asuntos Exteriores un organismo que tiene, entre sus funciones, la de informarnos de lo que sucede en el extranjero... Y no sabemos nada. Nos separa de Inglaterra un foso de agua de treinta y siete kilómetros, ¡y no somos capaces de saber lo que allí ocurre! Si se consideran bien las cosas, se ve que las sumas enormes que consume ese ministerio se gastan en pura pérdida. El único organismo al que se conceden divisas —los otros sólo reciben papel— debería al menos procurarnos algunas informaciones. El diplomático es por definición un ser tan distinguido, que no se mezcla con los seres normales. Usted es la única excepción, puesto que frecuenta nuestro trato. Me pregunto con quién andaría usted si...

Son los hábitos de la *carrière*. Los diplomáticos se mueven en un círculo cerrado. Ocurre así que sólo saben lo que se dice en el mundo que frecuentan.

Cuando se cita ante mí una opinión «generalmente extendida», yo no sé en rigor lo que eso significa. Es preciso disociar y analizar los rumores que corren. Hay que conocer además la opinión de varias fuentes para apreciar el valor relativo de esos elementos de información. Pocas personas son capaces de predecir la marcha de los acontecimientos; pero lo que sí es posible y debe exigirse, es informar sobre la opinión de tal medio social, de aquel otro y del de más allá. Entre ustedes el valor se mide por la altura de los tacones. Si uno de nuestros diplomáticos tuviera que alojarse en un hotel de tercera categoría o se viese obligado a coger un taxi, ¡qué deshonor! Y sin embargo, a veces tiene interés conocer todos los ambientes. Los jóvenes hablan con mayor libertad que los mandarines.

Hewel replicó: «Pero mi Führer: ¡era en otro tiempo cuando sucedían esas cosas!».

Usted defiende su negocio con una devoción admirable.

¿Para qué mantenemos un personal tan numeroso en las legaciones? Lo que hacen nuestros diplomáticos, yo lo sé muy bien. Recortan artículos de periódico y los pegan. Cuando entré en la Cancillería del Reich, recibía cada semana un dosier lleno de recortes de periódico atrasados. Los había hasta de quince días atrás. Por el doctor Dietrich sabía yo ya el 2 de julio lo que el ministerio de Asuntos Exteriores no me comunicaba hasta el 15.

Una legación en forma debería incluir ante todo media docena de jóvenes agregados con la misión de ocuparse de las mujeres influyentes. Es el único medio de tener una buena información. Pero

si esos jóvenes son unos sentimentales a la búsqueda del alma gemela, entonces vale más que se queden en sus casas. Tuvimos una vez un tipo, un tal Lüdecke, que era un agente para los puntos críticos: Irán, Irak. Hablaba francés, inglés, español e italiano tan bien como el alemán. Ese hubiera sido ahora nuestro hombre. Nada se le escapaba.

Cuando pienso en nuestros representantes en el extranjero: ¡qué catástrofe! Nuestro embajador cerca del rey de Bélgica era un pobre timorato.

¡Y pensar que en ese ministerio no ha habido nadie capaz de ponerle el lazo a la hija (muy fácil de abordar) del viejo Dodd, antiguo embajador americano! Era un deber que se imponía. En un tiempo breve, aquella mujer debía ser subyugada. Lo fue, pero desgraciadamente por otros. Claro está que no hay que extrañarse: ¿como iban a desempeñar ese papel los viejos seniles de la Wilhelmstrasse? No hay otro método mejor que ése. En el pasado, cuando queríamos obtener algo de un industrial, empezábamos por sus hijos. El viejo Dodd era un cretino, y hubiésemos conseguido el control sobre él a través de su hija. Pero, repito: ¿qué puede esperarse de esa gente?

Keitel preguntó: «Era al menos una muchacha bonita?». Von Puttkamer contestó: «¡Repugnante!». Hitler continuó:

¡Pero es preciso superar eso, mi querido amigo! Es algo que forma parte del deber. De lo contrario, me pregunto por qué habíamos de pagar encima a nuestros diplomáticos. Ya no sería el cumplimiento del deber, sino una voluptuosidad. ¡Incluso podría concluir en boda!

58. 1 DE NOVIEMBRE DE 1941, POR LA TARDE

El interés del Estado y el interés privado. – Incompatibilidades para lo» funcionarios del Estado.

Es urgente que en materia económica alcancemos una situación determinada por los dos principios siguientes:

1. El interés del Estado es antes que el interés privado.

2. En caso de divergencia entre el interés del Estado y el interés particular, un organismo independiente resolverá el conflicto teniendo en cuenta el interés del pueblo alemán.

El Estado no puede ser independiente y tener una autoridad indiscutible, si previamente no excluimos de la gestión de los asuntos públicos a todas las personas que posean intereses en empresas privadas. El simple hecho de tener acciones de una sociedad es para mí suficiente para esa exclusión. Todo funcionario debe ser puesto

ante la alternativa de renunciar a sus acciones o abandonar el servicio del Estado. Los servidores del Estado no deben mezclarse de ningún modo en especulaciones financieras. Si tienen dinero, que compren bienes inmuebles o que lo coloquen en valores del Estado. Así su fortuna estará vinculada el porvenir del propio Estado. Por lo demás, la seguridad de tales valores permite que a la larga esas inversiones sean más lucrativas que las de empresas privadas, que tienen necesariamente altas y bajas.

Estas normas son válidas para los miembros del Reichstag, para el funcionariado del Estado, para los oficiales de carrera y para los dirigentes del partido. Es absolutamente preciso que todos estos hombres no tengan vínculos con intereses ajenos a los del Estado. Sabemos muy bien hasta dónde se llega cuando no se procede con rigor en este terreno. Inglaterra no se hubiera deslizado hacia la guerra si Baldwin y Chamberlain no hubiesen tenido intereses en la industria de armamento. De igual modo, fue así como las casas principescas empezaron su decadencia.

59. NOCHE DEL 1 AL 2 DE NOVIEMBRE DE 1941

La ciega maquinaria de la burocracia. – Espíritu dubitativo de los juristas. – La administración del partido. – Elogio de las cualidades individuales. – La selección racial y las SS. – Reforma de la magistratura.

Nuestra burocracia comete a menudo graves errores. Un día se me presentó el alcalde de Leipzig, Goerdeler, ofreciéndome su dimisión. ¿La causa? Había querido instalar alumbrado eléctrico en una calle, y Berlín se había opuesto: debía seguir con el alumbrado por gas. Mandé que se hiciera una encuesta, y descubrí que esa extraña decisión la había tomado un picapleitos: ¡un jurista del ministerio del Interior!

Recientemente un colaborador del ministerio de Propaganda ha discutido al arquitecto de la Opera de Múnich el derecho de ostentar el título de arquitecto, bajo el pretexto de que no pertenece a cierto cuerpo profesional. He tenido que poner fin a *semejante* escándalo.

No me sorprende que el país sienta odio respecto a Berlín. Los ministerios deben dirigir desde lo alto, pero no mezclarse en los detalles de ejecución. La burocracia ha llegado a ser una máquina ciega. No saldremos de este estado de cosas si no procedemos a una descentralización en masa. La vastedad misma del territorio del Reich nos obliga a ello. Es increíble que un reglamento del antiguo Reich o de una región sea válido automáticamente para Kirkenaes, por ejemplo, o para Crimea. No puede dirigirse desde Berlín este imperio gigantesco con los mismos métodos que han tenido vigencia hasta ahora.

La condición fundamental de esta reforma es que se prescindirá del sistema de ascensos por antigüedad para cubrir los cargos. Tal sistema significa simplemente que un funcionario, en cuanto entra en el escalafón, sabe que puede ascender regularmente a grados superiores, sean cuales sean sus capacidades. Significa también una barrera para hombres especialmente calificados, que no pueden saltar unos escalones como sería deseable.

En lo que concierne a los sueldos, soy también partidario de adoptar nuevos métodos. Las gratificaciones aparte del salario base deben hallarse en relación inversa al número de colaboradores utilizados por un jefe de servicio. La gratificación será tanto más elevada cuanto menor sea el número de colaboradores de un funcionario jefe. Así escapará a la tentación de hallar éxitos a través de la multiplicación de sus subordinados.

Cuando llegue el momento de reconstruir Berlín instalaré los ministerios en locales relativamente reducidos y limitaré su presupuesto en lo que concierne a sus gastos interiores. Cuando pienso en la organización del partido, que ha sido siempre ejemplar desde todos los puntos de vista, o en la organización de los ferrocarriles del Estado, que está maravillosamente dirigida (lo que irrita a Frick), veo mucho mejor las deficiencias de nuestros ministerios. La diferencia fundamental entre unos y otros reside en que los primeros disponen de un personal subalterno calificado. Los puestos se conceden en consideración al talento, no en función de títulos que a menudo son simples papeles sin ningún valor detrás.

En esta guerra, en la base de todo éxito se halla el valor individual del soldado. Esto prueba la justicia del sistema que consiste en no tener en cuenta para los ascensos más que las aptitudes reales. Lo que revela la aptitud de mando es el don de utilizar a cada uno según sus posibilidades personales, suscitando en todos la voluntad de consagrarse al esfuerzo común. Es exactamente lo contrario de lo que practica la administración respecto a los ciudadanos, tanto en lo que concierne a la legislación como a la aplicación de las leyes. De modo similar a lo que se hacía en otra época en nuestro viejo Estado policial, la administración sigue viendo hoy todavía en el ciudadano a un súbdito políticamente menor con el que hay que tener las riendas cortas.

En especial en el campo de la justicia, importa que podamos apoyarnos en una magistratura lo más homogénea posible. Que los magistrados presenten desde el punto de vista racial una cierta uniformidad, y obtendremos de la magistratura una aplicación inteligente de las concepciones del Estado. Tornemos como ejemplo los atentados cometidos a favor de las alarmas aéreas. El juez nórdico de tendencia nacionalsocialista verá en seguida lo que hay de grave en ese género de delitos y la amenaza que implican para la sociedad. Un juez originario de nuestras regiones más orientales, tendrá tendencia a ver los hechos en sí mismos: un monedero o unos cuantos marcos robados. Este estado de cosas no se remediará multiplicando las leyes. Es imposible codificarlo todo por una parte, y tener por otra la garantía escrita de que en todos los casos la ley se

aplicará de una forma sensata. Si desde el punto de vista de la raza llegamos a forjar una elite de magistrados, podremos entonces limitarnos a dar unas cuantas directrices sin tener que recurrir a la codificación rígida. Cada juez tendrá entonces la posibilidad de sentenciar según su buen sentido.

Puede decirse que los ingleses carecen de una constitución. Lo que ellos poseen en vez de constitución es una ley no escrita viva y establecida por un largo uso. El hecho de ser solidario de esta ley no escrita da a cada inglés ese orgulloso comportamiento, en el plano nacional, que no existe en grado similar en ningún otro pueblo. Es preciso que también nosotros alcancemos ese resultado, y que todo juez se parezca a otro juez, incluso en la apariencia física.

Pese al escepticismo de algunos, yo no dudo ni por un instante de que de aquí a cien años toda la elite alemana habrá salido de las SS; pues las SS son los únicos que practican la selección racial. Una vez establecidas las condiciones de la pureza de raza, pierde toda importancia que un hombre sea originario de una región o de otra, que proceda de Noruega o de Austria.

En lugar de los tribunales de leguleyos y jurados, estableceremos el juez único. Le pagaremos bien, y será para los jóvenes que se dediquen a esa carrera un maestro ejemplar. Lo que un juez necesita es, simplemente, carácter.

Un azote del cual podremos librar ya desde ahora a los tribunales son las querellas por injurias. Se dispondrá que no pueden presentarse hasta después de un plazo de cuatro a seis semanas. Entretanto las partes se reconciliarán, Y ese género de asuntos desaparecerá de los juzgados.

Con el tiempo, haremos todas estas cosas y muchas más.

60. 2 DE NOVIEMBRE DE 1941, A MEDIANOCHE

INVITADO ESPECIAL: EL *REICHSHFÜHRER* SS HIMMLER

Contrabandistas al servicio del Estado. – El reclutamiento de las tropas de choque. – Lo primero de todo, la justicia social. – Contra los privilegios de casta. – El pueblo, reserva de la elite. – Sacar a los jefes de donde se encuentren.

En la vieja Austria había dos profesiones para las que se escogía de buen grado a ex convictos: los aduaneros y los guardas forestales. En lo que concierne a los contrabandistas, se les daba a elegir en el momento de la condena entre cumplir la pena impuesta o convertirse en aduaneros. Y de los cazadores furtivos se hacía guardas forestales. El contrabandista y el cazador furtivo llevan la profesión en la sangre, y es una prueba de sabiduría proponer a las naturalezas aventureras un camino de derivación. Uno se hará

periodista, otro emigrará. El que se quede en el país corre el riego de entrar en conflicto con la ley.

En Austria la policía criminal estaba por encima de toda sospecha. Ignoro la razón, y es difícil de comprender, pues el país estaba muy contaminado por la mentalidad balcánica. Alguien impuso un día ese sello a la policía austriaca, y ya no se borró nunca.

En 1923 mis tropas de choque incluían elementos extraordinarios: hombres que se unieron a nosotros con la idea de formar parte de un movimiento que progresaba rápidamente. En tiempo de paz tales elementos no son útiles, pero en los períodos turbios es muy distinto. Aquellos mozos me rindieron en esa época servicios inapreciables. Cincuenta burgueses no valían tanto como uno solo de ellos. ¡Con qué confianza ciega me seguían! En el fondo, eran niños grandes. ¿Su pretendida brutalidad? Simplemente, estaban algo próximos al estado de naturaleza.

Durante la guerra habían combatido a la bayoneta y sabían tirar bombas de mano. Eran seres sencillos, de una pieza. No podían admitir que la patria se encontrase en manos de la escoria que afloró cuando la derrota. Desde el principio me di cuenta de que sólo se podía crear un partido con elementos de ese género. ¡Qué desprecio me inspiró desde entonces la burguesía! Cuando un burgués nos daba un donativo de cien o doscientos marcos, se imaginaba que nos había dado un Potosí. En cambio, aquellos valientes consentían en enormes sacrificios. Todo el día en su trabajo; por la noche en misión para el partido, y siempre con el corazón alegre. En aquel tiempo la política se hacía en la calle. Yo busqué a los descamisados. Un burgués de cuello duro me lo habría echado todo a rodar. Claro está, también teníamos fanáticos entre la gente bien vestida. Pero los comunistas y nosotros éramos los únicos en poseer en nuestras filas a mujeres que no retrocedían ante nada. Sólo con gente brava como ésa es posible conquistar un Estado.

Siempre he tenido el convencimiento de que el problema fundamental y primero consiste en la solución de la cuestión social. Pretender eludir este problema es colocarse en la posición de los que en el siglo XVIII pretendían que era posible pasarse sin abolir la servidumbre. Hombres como Scharnhorst y Gneisenau tuvieron que luchar para introducir la conscripción en Prusia. Fue una lucha de la misma índole de la que nosotros tuvimos que sostener en un plano político. Mientras existieran las clases sociales era imposible liberar las fuerzas de la nación.

Yo nunca cesé de decir a mis partidarios que nuestro éxito era una certidumbre matemática, pues a diferencia de los socialdemócratas, nosotros no rechazábamos a nadie de la comunidad nacional.

Nuestra lucha presente en el plano internacional es una continuación de la que sostuvimos en el plano nacional. Que cada uno en su actividad se aplique a hacerlo lo mejor posible y con

conciencia, que siempre demos ocasión a manifestarse a nuestros elementos mejores, así es como un pueblo se supera y sobrepasa a los demás. Nada puede ocurrirnos si nos mantenemos fieles a estos principios, pero hay que saber avanzar paso a paso, reconocer el terreno, quitar uno tras otro los obstáculos que se encuentran.

Si descuidáramos el llamamiento a las masas, la elite se inclinaría en exceso del lado de los intelectuales. La fuerza bruta nos faltaría. La fuerza bruta la tienen el campesino y el obrero, ya que la inseguridad de su vida cotidiana les mantiene muy cerca de la naturaleza. Si además les dais cerebro, haréis de ellos incomparables hombres de acción.

Sobre todo, no debemos permitir que nuestra elite se convierta en una sociedad cerrada.

El hijo de un funcionario, a la quinta o sexta generación, se convierte fatalmente en un jurista. Como mínimo no tiene más responsabilidad. ¿Qué papel puede jugar un país dirigido por esa clase de gentes que lo pesan y analizan todo? No es posible forjar historia con gentes así. Me hacen falta seres rudos, valientes, dispuestos a ir hasta el fin de sus ideas, pase lo que pase. La tenacidad es simplemente cuestión de carácter. Cuando a esta cualidad se añade la superioridad intelectual, el fruto es maravilloso.

Los burgueses con quienes nos hemos codeado en la época de nuestra lucha no eran más que estetas. Ahora bien, me hacían falta partisanos capaces de darse en cuerpo y alma, tan aptos para dispersar una reunión de comunistas como para dirigir una provincia.

En el plano militar es igual. El jefe que me interesa es el que paga con su persona. Una estrategia no es nada sin la fuerza bruta. ¡Prefiero la fuerza bruta sin estrategia!

La inteligencia se ha refugiado en la técnica y huye de las situaciones descansadas en las que se puede engordar y embrutecerse. Puesto que la economía privada se adapta a esa evolución —los jefes de empresa de hoy son casi todos antiguos obreros—, se podría llegar a una situación paradójica: una administración compuesta de cretinos y unas empresas privadas que hubieran logrado el trust de los cerebros. Así, para mantener su representación, los funcionarios, a falta de inteligencia, no dispondrían más que del poder que obtienen de sus funciones.

Una unidad militar tiene necesidad de un jefe, y los soldados no dudan jamás en reconocer las cualidades que hacen un jefe. El que no es capaz de mandar no siente generalmente el deseo de hacerlo. Cuando es un idiota el que manda, sus subordinados no tardan mucho en hacerle la vida imposible.

Si Alemania no ha conocido el equivalente de la Revolución Francesa, es porque existieron Federico el Grande y José II.

La Iglesia católica recluta a su clerecía indistintamente entre todas las clases de la sociedad. Un simple pastor puede llegar a ser cardenal. La Iglesia se mantiene combativa gracias a ello.

En mi patria chica, el obispo que había hace cien años era hijo de un campesino. En 1845 decidió construir una catedral. La ciudad contaba con veintidós mil habitantes. La catedral estaba prevista para contener veintitrés mil. Costó veintiocho millones de coronas oro. Cincuenta años más tarde, los protestantes edificaban en la capital del Reich su mayor iglesia. No gastaron más que diez millones.

61. 2 DE NOVIEMBRE DE 1941, POR LA TARDE, Y NOCHE DEL 2 AL 3 DE NOVIEMBRE

El alemán, lengua de Europa. – Supresión de la escritura gótica. – Fronteras orientales de Europa. – Permanencia de la raza germánica. – Desforestación en Italia y fertilidad del norte. – Las regiones nórdicas en tiempos de los romanos.

Dentro de cien años nuestro idioma será la lengua de Europa. Los países del este, del norte y del oeste aprenderán el alemán para comunicarse con nosotros. Pero esto será sólo a condición de que la letra llamada gótica ceda definitivamente el puesto a la escritura que antes llamábamos latina y ahora normal. Nos damos cuenta de hasta qué punto nos asistía la razón al tomar esta decisión el pasado otoño. Para el que quería aprender el ruso (y nosotros no cometeremos el error de aprenderlo) era ya una complicación terrible adaptarse a un alfabeto diferente del nuestro. Creo que abandonando la letra gótica no sacrificamos un tesoro de nuestro patrimonio. Las runas nórdicas se parecían más bien a los caracteres griegos. ¿Por qué esos adornos barrocos habían de ser propios del genio alemán?

La Europa antigua se limitaba a la parte sur de la península griega. Después Europa se confundió con los límites del imperio romano. Si Rusia sucumbe en esta guerra, Europa se extenderá al este hasta los confines de la colonización germánica.

En los territorios del este, sustituiré los nombres geográficos eslavos por nombres alemanes. Crimea se llamará quizá Gothenland.

A veces se encuentra entre los árabes a hombres de cabellos rubios y con ojos azules. Son los descendientes de los vándalos que ocuparon África del norte. El mismo fenómeno se da en Castilla y en Croacia. La sangre no se pierde.

Nos hacen falta títulos que hagan remontar nuestros derechos hasta dos mil años atrás.

A aquellos de entre nosotros que hablan de las «tierras desoladas del este», les recordaré que a ojos de los antiguos romanos toda la Europa del norte ofrecía un espectáculo de desolación. Sin embargo, Alemania se ha convertido en una tierra alegre. De igual modo, Ucrania será hermosa cuando nos hayamos puesto a trabajarla.

Debemos a la desforestación de Italia la fertilidad actual de nuestro suelo. De lo contrario, los vientos calientes no llegarían hasta nosotros. Hace dos mil años Italia tenía todavía bosques, y uno puede imaginarse el aspecto que presentaban entonces nuestras tierras sin cultivar.

El imperio romano y el de los incas, como todos los grandes imperios, fueron primero redes de carreteras. Hoy la carretera desplaza al ferrocarril. La carretera conquista.

Es sorprendente la rapidez con que se desplazaban las legiones romanas.

Los caminos se abrían rectos ante ellas, a través de montes y colinas. Las tropas encontraban seguramente en las etapas campos perfectamente preparados. El campo de Saalburg da una idea de ello.

He visto la exposición de la Roma de Augusto. Es una cosa interesantísima. El imperio romano nunca tuvo igual. ¡Haber conseguido el completo dominio del mundo! ¡Y ningún otro imperio extendió como Roma su civilización!

El mundo ha perdido todo su interés a partir del día en que nos hemos puesto a volar. Hasta entonces subsistían manchas blancas en los mapas. El misterio se ha desvanecido. Mañana el Polo Norte será como una encrucijada, y ya se ha volado sobre el Tíbet.

62. 5 DE NOVIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: EL *REICHSFÜHRER* SS HIMMLER, EL STANDARTENFÜHRER SS BLASCHKE Y EL DR. RICHTER

Características del criminal. – Peligro del criminal habitual en tiempos de guerra. – Un sistema penitenciario defectuoso. – Jóvenes delincuentes y criminales endurecidos. – Sobre el procedimiento de recurso.

Nuestra organización represiva no obtiene otro resultado que conservar los criminales.

En los períodos normales no es algo que signifique un grave riesgo. Pero cuando por efecto de una guerra o de un hambre, el edificio social está en peligro, puede conducir a catástrofes inimaginables. La gran masa del pueblo es un elemento más bien pasivo. De un lado, los idealistas representan la fuerza positiva. Los criminales, del otro, el elemento negativo.

Si tolerara, cuando los mejores de los nuestros caen en el frente, que los criminales estén a salvo, destruiría el equilibrio de fuerzas en detrimento del elemento sano de la nación. Sería el triunfo de los bandidos.

Que un país esté atravesando adversidades y corra el riesgo de que un puñado de criminales, puestos al abrigo, impida a los combatientes recoger el fruto de su sacrificio, es la experiencia que ya vivimos en 1918.

El único remedio a esta situación es aplicar sin titubeos la pena de muerte a los criminales.

En Viena, antes de la guerra, más de ocho mil hombres acampaban a orillas de los canales. Son ratas que salen a rastras de sus alcantarillas en cuanto retumba una revolución. Viena posee todavía bandidos como no los hay en ningún otro sitio. El peligro está en dar a esa hez la ocasión de agruparse.

No hay magistrado, sacerdote ni policía que sea capaz de transformar a un criminal inveterado en un ciudadano útil. Puede suceder, excepcionalmente, que pueda redimirse a un criminal.

El criminal, claro está, entra de buena gana en el juego de las gentes que trabajan por la salvación de los delincuentes, ya que ve en ello una posibilidad de salvar su cabeza. Después hace de todo eso la diversión de sus compinches.

Todo nuestro sistema penitenciario está mal construido. Los jóvenes delincuentes que pertenecen a familias honorables no deberían verse expuestos a vivir en comunidad con seres corrompidos. Ya es una mejora que estén agrupados los jóvenes en las prisiones. En todo caso yo soy partidario de restablecer los castigos corporales para sustituir en algunas circunstancias las penas de prisión. De este modo los delincuentes jóvenes no correrían el peligro de pervertirse con el contacto de criminales endurecidos. Una buena corrección no deja huellas en un chico de diecisiete años, y a veces sería suficiente. He tenido toda mi vida la suerte de hacer variadas experiencias y de estudiar prácticamente todos los problemas. Así pude en la cárcel de Landsberg comprobar la verdad de estas ideas.

Un joven de la Baja Baviera, que hubiera preferido dejarse cortar la mano antes que robar, y que había mantenido relaciones sexuales con una chica, le dio el consejo de ir a ver un abortista. Le condenaron a ocho meses. Naturalmente que era necesario un castigo. Pero si se le hubiera administrado una buena paliza, soltándole luego, la lección estaba dada. Era un buen chico. Nos decía que para su familia era una vergüenza inexpiable tener un hijo en la cárcel. Le consolábamos con frecuencia. Más tarde nos escribió agradeciéndonos lo que habíamos hecho por él, para decirnos que no lo olvidaría nunca y para jurarnos que no cometería más una mala acción. Terminaba diciendo que no tenía más que un deseo: entrar en el partido. Firmaba: Heil Hitler. La carta fue interceptada por la censura de la prisión y fue objeto de una minuciosa investigación.

Pero había también auténticos degenerados. Cada uno de ellos valía por lo menos la mitad de un abogado. Allí estaban los invernantes, los huéspedes anuales que los guardianes veían volver con cierto placer, de igual modo que ellos manifestaban satisfacción al encontrar de nuevo su celda. Recuerdo también algunas cartas de presos dirigidas a gentes a las que les convenía apiadar: «Ahora he

comprendido adónde conduce no seguir los preceptos de la religión». Y se refería a una maravillosa plática del señor capellán. Mis hombres asistieron una vez al sermón: ¡aquel hombre de Dios hablaba con trémula voz a los presos del cumplimiento de los deberes conyugales!

En el instante de indultar a ciertos condenados se tiene en cuenta un poco de todo, pero estas manifestaciones de contricción sincera no son el elemento menos importante. Gracias a semejante comedia, muchos clientes disminuyen la expiación de su condena.

Encuentro completamente erróneo el procedimiento que se sigue en nuestro país para los recursos. Se juzga en segunda instancia sobre la conclusión de los primeros jueces, práctica que presenta muchos inconvenientes. He estado mezclado en unas docenas de procesos, y una sola vez sucedió que el juicio de primera instancia fuera objeto de rectificación. Se forma automáticamente una prevención en la mente del juez de segunda instancia. Opino que éste no debería conocer más que el texto de la querella y rehacer desde el principio todas las investigaciones necesarias. Debería ser, sobre todo, un hombre superior. El juez está hecho para descubrir la verdad. Como no es más que un hombre, no puede llegar a ella sino ayudándose de su intuición, y muchas veces, sólo gracias a ésta.

63. 5 DE NOVIEMBRE DE 1941, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL CORONEL SS BLASCHKE (STANDARTENFÜHRER) Y EL DR. RICHTER

Los soldados de César eran vegetarianos. – Longevidad y régimen alimenticio. – Alimentos vivos y dieta esterilizada. – El cáncer, una enfermedad del hombre degenerado. – Las regiones desheredadas y sus habitantes. – Una casta de honor: los cazadores de fieras. – Los ilotas de Esparta. – Progresión de la raza germánica. – El proletariado empobrecido en Europa. – Recrudecimiento del antisemitismo en Inglaterra. – Una doctrina racial disfrazada de religión. – Particularidades de la mentalidad judía.

Existe un documento interesante de la época de César, según el cual los ejércitos de entonces tenían una dieta vegetariana. Según el mismo original, era únicamente en las épocas de penuria cuando los soldados recurrían a la carne. Se sabe que los filósofos antiguos consideraban ya como un signo de decadencia el paso del caldo negro al pan. Los vikingos no hubiesen podido emprender sus legendarias expediciones si hubieran sido tributarios de una alimentación carnívora, ya que no tenían medio de conservar la carne. La existencia de la escuadra como unidad militar más restringida se explica por el hecho de que cada grupo de hombres

disponía de un molinillo de cereales. Lo que proporcionaba las vitaminas era la cebolla.

Es verosímil que en otro tiempo la longevidad humana fuera mayor que en nuestra época. Se sitúa el punto de transición en el momento en que el hombre sustituyó los alimentos crudos con que se alimentaba por los que consume esterilizados. La hipótesis de que el hombre debería vivir más años parece confirmada por la disparidad que existe entre su corta existencia de adulto, por una parte, y su período de crecimiento por otra. Un perro tiene de media una vida de ocho a diez veces más larga que el tiempo que le hace falta para su crecimiento. Según esta cuenta, el hombre debería vivir normalmente de ciento cuarenta a ciento ochenta años. Lo que está comprobado es que en países como Bulgaria, donde se alimentan de yogur, de polenta y de otros alimentos de este género, los hombres llegan a más viejos que en nuestras regiones. Desde otros puntos de vista, sin embargo, el campesino no vive higiénicamente. ¿Han visto ustedes que alguno abra la ventana?

Todo lo que vive sobre la tierra se nutre de alimentos vivos. Que el hombre los someta a un proceso fisicoquímico explica las llamadas «enfermedades de la civilización». Si la media de la vida humana está actualmente en progresión es porque otra vez se vuelve a la alimentación naturista. Es una revolución. Que un cuerpo graso, extraído del carbón, tenga el mismo valor que el aceite de oliva, yo no lo creo. Es seguramente preferible dedicar las sustancias grasas sintéticas a la fabricación del jabón, por ejemplo.

No está excluido que una de las causas del cáncer pueda residir en que los alimentos cocidos son nocivos. Damos a nuestro cuerpo una alimentación degradada. El cáncer tiene, por ahora, un origen desconocido, pero es posible que las causas que lo estimulan encuentren un terreno de elección en los organismos incorrectamente alimentados. Respiramos todos los microbios que provocan el catarro o la tuberculosis, pero ni todos estamos acatarrados ni todos tuberculosos.

La naturaleza, al crear un ser le da cuanto le hace falta para vivir. Si no puede vivir, es porque se ve atacado desde el exterior, o porque su resistencia interior se ha debilitado. El hombre es más vulnerable a esta segunda eventualidad.

Un sapo es una rana degenerada. ¡Quién sabe lo que comerá! Seguramente cosas que no le convienen.

Los hombres carecen de lógica de un modo inverosímil. Los más desprovistos de lógica son los profesores. Dentro de dos mil años, cuando se inclinen sobre los orígenes de los habitantes de Ucrania, pretenderán que provenimos de los pantanos. Serán incapaces de ver que al principio en ellos no había nadie y que fuimos nosotros quienes instalamos allí a los autóctonos, para apropiarnos de las tierras feraces que antes ocupaban.

En Baviera, la raza es hermosa en las comarcas fértiles. Por el contrario, se encuentran tipos raquíticos en ciertos valles aislados. De todas formas, allí los hombres son mejores que las mujeres, pero

se contentan con las que tienen. ¡A falta de pan buenas son tortas! El paso de los hunos no arregló nada. Von Kahr debía de descender de esas gentes. Era un auténtico huno.

El campesino no tiene dotes para el romanticismo. Se limita a la realidad de la tierra. Se conduce como el habitante de la ciudad que no se interesa por la arquitectura de los almacenes en que compra.

Nuestros antepasados eran todos labradores. Entre ellos no había cazadores, pues los cazadores no son más que campesinos degenerados. Al que se dedicaba a la caza se le tenía por un inútil, a menos que atacara a los osos o a los lobos. En África, entre los masais, los cazadores de leones pertenecen a una casta privilegiada y son tratados con los honores correspondientes.

En las épocas en que la población era muy numerosa, se emigraba. No marchaban necesariamente tribus enteras. En Esparta seis mil griegos dominaron a trescientos cuarenta y cinco mil ilotas. Llegaron como conquistadores y se apropiaron de todo.

Cambié mis ideas sobre la forma de interpretar nuestra mitología el día en que di un paseo por los bosques donde la tradición quiere que actuaron los dioses. En esos bosques sólo se encuentran cretinos, mientras que alrededor, en la llanura del Rin, se hallan los más bellos ejemplares de la humanidad. Comprendí entonces que los conquistadores germánicos habían empujado a los indígenas hacia la maleza montañosa para suplantarlos en las tierras fértiles.

¿Qué representan dos mil años en la vida de los pueblos? Egipto, el mundo griego y Roma fueron sucesivamente potencias dominantes.

Hoy seguimos esta tradición. La raza germánica gana día a día. Su número se ha acrecentado considerablemente desde hace dos mil años, y es indudable que la raza se embellece. No hay más que ver a los niños.

No debemos sufrir el espejismo de los países meridionales. Ese es el espacio de los italianos. Su clima es debilitante para nosotros. Lo mismo que el hombre del sur no soporta nuestro clima.

Hace cincuenta años, en Crimea casi la mitad del suelo estaba todavía en manos alemanas. La base de la población era el elemento germánico de origen gótico, después tártaros, armenios, judíos y por último los rusos. Debemos arraigarnos en esa tierra.

Los cuerpos más enfermos de la nueva Europa, desde el punto de vista social, son: primero Hungría, después Italia. En Inglaterra la masa no se da cuenta del estado servil en que vive. Es una clase que debe ser dominada porque es racialmente inferior. Inglaterra no podría vivir si desapareciera su clase dirigente. Todo iría mal para el pueblo. No podría ni comer. ¿Dónde se iría a buscar un campesinado? ¿Entre la clase obrera?

¡Los ingleses se han metido en la guerra más estúpida que podían hacer! Si esto se pone feo, estallará en su país el

antisemitismo que ahora dormita. Y estallará con una violencia inimaginable.

El fin de la guerra verá el derrumbamiento de los judíos. El judío es la encarnación del egoísmo. Y el suyo va tan lejos que no son capaces de exponer su vida para defender sus más vitales intereses

Al judío le falta todo interés por las cosas espirituales. Si en nuestro país fingió dedicarse a las artes y las letras, fue únicamente por esnobismo o por amor a la especulación. No tiene sentido ni sensibilidad para el arte. De lo contrario, en las regiones en donde viven en grupo, los judíos habrían alcanzado un nivel cultural muy alto. Núremberg, durante cuatrocientos años, o sea hasta 1838, no contó ni un judío en su población. Consecuencia: una situación de primer plano en la vida cultural alemana. Poned a los judíos juntos: al cabo de trescientos años se habrán devorado entre sí. Donde nosotros tenemos un filósofo, ellos tienen un charlatán talmudista. Lo que entre nosotros es una tentativa de ir al fondo de las cosas y de explicar lo inexplicable, se vuelve entre ellos pretexto para un juego de manos verbal. Su único talento consiste en triturar las ideas para esconder su pensamiento. El judío se ha dado cuenta de que el ario lleva su estupidez hasta el punto de admitirlo todo en materia de religión, en cuanto reconoce la idea de Dios. La creencia en el más allá toma entre los arios un estilo a veces infantil, hasta en los casos en que esta creencia representa un esfuerzo en el sentido de profundizar en las cosas. Quien no cree en el más allá no comprende nada de la religión. El truco de la judería fue insinuarse fraudulentamente entre las religiones con una confesión como el judaísmo, que en realidad no es religión. El judío vistió sencillamente de religión su doctrina racial. Todo lo que emprende está basado en la mentira. Al judío le corresponde el mérito de haber pervertido el mundo grecorromano. Hasta entonces la palabra servía para expresar el pensamiento; el judío hizo de ella el arte de esconderlo. La mentira es su fuerza, su arma en la lucha. Es inferior en todos los combates, menos en el combate desleal. Se dice que el judío está dotado. Su único don es hacer juegos malabares con el bien del prójimo y engañar a todo el mundo. Encuentro por casualidad un cuadro del que pienso que es un Tiziano. Participo mi opinión al propietario, le ofrezco un precio. En igual caso el judío afirma de buenas a primeras que el cuadro no tiene ningún valor, lo compra por un trozo de pan y lo revende con un beneficio de un cinco mil por ciento. Persuadir a las gentes de que una cosa que tiene valor, no lo tiene, y viceversa, no significa inteligencia. ¡No son capaces de resolver ni la menor crisis económica!

El judío tiene el don de sembrar la confusión en las cosas más sencillas, de enredarlo todo. Así, llega un momento en que nadie comprende nada de nada. Para decir la cosa más insignificante le ahoga a uno en un mar de palabras. Tratamos de analizar lo que ha dicho, y se apercibe uno de que es aire. El judío se sirve de la palabra para hacer necios a sus vecinos. Por eso se hace de ellos profesores.

La ley de la vida es: «¡Ayúdate, que el cielo te ayudará!». Es tan sencillo que todo el mundo está persuadido de ello y nadie pagaría por aprenderlo. Pero el judío ha conseguido hacerse pagar por su charla banal. Si dejáis de seguirle un momento, su andamiaje se viene abajo. Lo he dicho siempre, los judíos son los seres más diabólicos que existen, y al mismo tiempo los más estúpidos. No tienen un músico, ni un pensador. Nada de arte, menos que nada. Son mentirosos, falsificadores, estafadores. No deben su éxito más que a la tontería de sus víctimas.

Si el judío no estuviera afinado por el ario, su miseria le impediría abrir los ojos. Nosotros podemos vivir sin los judíos. Ellos no sabrían vivir sin nosotros. Cuando los europeos se percaten de esto, conocerán al mismo tiempo la solidaridad que los une. Esta solidaridad la impide el judío, que vive del hecho de que tal solidaridad no existe.

64. NOCHE DEL 10 AL 11 DE NOVIEMBRE DE 1941

Mediocridad de los funcionarios de los territorios orientales. – Sobre la forma de atribuir las condecoraciones. – La Orden del Partido.

La administración es el refugio de los talentos mediocres, ya que el Estado no aplica el criterio de superioridad en el reclutamiento y utilización de su personal.

El partido debe guardarse de imitar al Estado. Incluso debe seguir el camino contrario En el partido nada de estatutos de funcionarios. Nadie debe tener automáticamente derecho a un ascenso. Nadie debe poder decir: «Ahora me toca a mí». ¡Precedencia al talento, no conozco otra regla! Ateniéndose a estos principios, el partido tendrá siempre la supremacía sobre el Estado, ya que poseerá en su cima a los hombres más activos y más decididos.

Entre nuestras condecoraciones, hay tres que tienen verdaderamente valor: la *Mutterkreuz* (Cruz de la Madre), la *Dienstauszeichnung* (Condecoración por Servicios), y la *Verwundetenabzeichen* (Insignia de Herido). A la cabeza, la *Mutterkreuz* de oro, es la más bella de todas. Sin consideración de situación social, se concede a la mujer de un labrador o a la de un ministro. En las otras condecoraciones, aunque por lo general se conceden con conocimiento de causa, hay casos en que es por favoritismo. Durante la primera guerra mundial no llevé mi Cruz de Hierro de primera clase porque vi de qué manera estaba distribuida. Teníamos en mi regimiento un judío llamado Guttmann que era el peor de los cobardes. Tenía la Cruz de Hierro de primera clase. Era indignante. No me decidí a llevar mi condecoración hasta después de

mi vuelta del frente, cuando vi cómo trataban los rojos a los soldados, y como provocación.

En el ejército se presentaba la siguiente cuestión: «¿Se puede conceder a un subalterno una condecoración que su jefe jerárquico no posee?». Lo hacemos ahora mucho más fácilmente que durante la primera guerra mundial, pero es difícil conducirse con equidad en tal materia. Se puede ser un soldado valiente y no tener ningún don para el mando. Se puede recompensar el valor con una Cruz de Caballero, sin que esto lleve consigo una promoción a un grado superior. Además, hacen falta circunstancias favorables para que se manifieste el valor de un hombre. El mando es asunto de predisposición y de competencia. Un buen jefe no necesita hojas de roble: lo que es decisivo para él es ascender. Un piloto de caza recibe espadas y brillantes. El comandante de la flota aérea no los tiene ni puede ganarlos. La Cruz de Caballero debe llevar consigo una pensión (para el caso de que su titular no pudiera ganarse el pan). Es deber de la nación velar igualmente para que la mujer y los hijos de un soldado que se ha distinguido no caigan en la miseria. Este problema se resolvería concediendo la Cruz de Caballero a título póstumo.

Para escapar a esta depreciación, yo crearía una Orden del Partido que sólo se otorgaría en casos completamente excepcionales. Así todas las demás condecoraciones quedarían eclipsadas. El Estado podrá conceder todo lo que quiera: nuestra condecoración será la más bella del mundo, no solamente por la forma, sino por el prestigio a que irá unida. La organización de la Orden del Partido se compondrá de un consejo y de un tribunal totalmente independiente uno de otro y puestos los dos bajo la autoridad inmediata del Führer. De esta manera tal distinción no será nunca concedida a hombres no dignos de ella.

Hay casos en que no se sabe ya cómo recompensar a un jefe que ha prestado servicios eminentes. Las hazañas de doscientos titulares de la *Ritterkreuz* (Cruz de Caballero) no son nada comparadas con los servicios prestados por un hombre como Todt.

En el partido debe establecerse la tradición de no conceder las distinciones sino con una extrema parquedad. La mejor manera de llegar a ello es unir a la atribución el derecho a una pensión.

La insignia de oro del partido debe ser superior a toda otra concedida por el Estado. Las distinciones del partido no podrán ser otorgadas a un extranjero. Cuando veo alguien que lleva la *Blutorden* (Orden de la Sangre), sé que se trata de un hombre que ha pagado con su persona (heridas o años de prisión).

65. 11 DE NOVIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

Antonescu y el rey Miguel. – La era de los príncipes ha concluido. – Las reivindicaciones de las casas principescas de Turingia. – Las guerras de antaño.

Según el derecho natural, el primer personaje de la nación debería ser el mejor. Si tomo el ejemplo de Rumania, el mejor es Antonescu. ¿Qué puede esperarse de un Estado donde un hombre como él no es más que el segundo, mientras se encuentra en el primer puesto un joven de dieciocho años? Ni un hombre excepcionalmente dotado podría desempeñar tal jerarquía antes de los treinta años. Y, ¿quién sería capaz a los treinta años de dirigir un ejército? Aunque tuviera cuarenta le quedaría mucho que aprender. Me sorprendería que el rey de Rumania consagrara ni siquiera dos horas al día al estudio. Cuando debería trabajar por lo menos diez horas con un programa muy severo.

La monarquía es una forma de gobierno superada. Sólo tiene *raison d'être* allí donde el monarca encarna la constitución, un símbolo, y donde el poder efectivo lo ejerce un primer ministro o un jefe responsable.

El último apoyo de un monarca insuficiente es el ejército. Con la monarquía existe siempre el peligro de que el ejército pueda comprometer los intereses del país.

Se puede extraer de la historia esta enseñanza: la era de los reyes se ha terminado. La historia de la Edad Media en resumidas cuentas es la historia de unas familias. Hace doscientos años que asistimos a la descomposición de semejante sistema. Las casas principescas no sostienen otra cosa que sus reivindicaciones. Trafican con ellas y de ellas viven.

Entre nosotros lo peor que sucedió en ese aspecto fue en Mecklemburgo y en Turingia. El estado de Turingia estaba constituido por la reunión de siete principados. Las siete familias no cesaban de reclamar al pobre estado de Turingia, mediante procesos, indemnizaciones. Cuando tomamos el poder en Turingia nos encontramos con un déficit enorme. Aconsejé en seguida a los príncipes que renunciaran a sus reivindicaciones. Estaban acostumbrados a colgarse de los faldones del «anciano caballero», que como un niño se encontraba sin defensa contra ellos. En aquel tiempo mi tarea no fue fácil. Fue después, en 1934, cuando tuve las manos libres y pude servirme de las armas que me facilitaba la Constitución. Me vi obligado a amenazarles con la promulgación de una ley, para hacerles soltar la presa. En esta clase de asuntos Gürtner era muy correcto. Me decía que desde el punto de vista moral, juzgaba impúdicas sus pretensiones pero que estaba atado por la ley de 1918.

Después me puse a estudiar el origen de esas familias, y me apercibí de que ni siquiera eran alemanas. ¡No había más que ver sus árboles genealógicos!

Sería un estudio curioso, si algún día tuviéramos tiempo de sobra, ver cómo subsistían esas familias principescas a pesar de sus luchas intestinas. Las guerras tenían siempre excusas de orden

elevado. En realidad se trataba de trozos de tierra, cuya posesión se disputaban duramente. ¡Cuánto ha tenido que sufrir Europa durante ochocientos años, y sobre todo Alemania, a consecuencia de esas tradiciones!

66. 11 DE NOVIEMBRE DE 1941, POR LA TARDE

La amistad de la Iglesia cuesta demasiado. – La Iglesia es enemiga del Estado. – Monumentos de la civilización cristiana. – La hipocresía de Roosevelt. – Decadencia de la religión.

He sostenido siempre el punto de vista de que el partido debe permanecer aparte de la religión. Nunca organizamos ceremonias religiosas para nuestros partidarios. Preferí correr el riego de ser expulsado de la Iglesia o excomulgado. La amistad de la Iglesia sale demasiado cara. En caso de éxito dirían, me parece estar oyéndolo, que es gracias a ella. ¡Prefiero que la Iglesia no tenga nada que ver, de modo que no me venga a pasar factura!

Rusia era el Estado más fanático. Nada sucedía en ella sin la participación de los sacerdotes ortodoxos. Lo que no impidió que los rusos fueran derrotados. Se diría que las plegarias de ciento cuarenta millones de rusos eran menos convincentes ante Dios que las de un número menor de japoneses. Lo mismo sucedió en la primera guerra mundial. Las oraciones de los rusos tuvieron menos peso que las nuestras. Incluso en la retaguardia, los popes resultaron incapaces de garantizar el mantenimiento del orden establecido. Permitieron el triunfo del bolchevismo.

Incluso puede decirse que los círculos reaccionarios y clericales contribuyeron a este triunfo al eliminar a Rasputín, pues al hacerlo eliminaron una fuerza que podía estimular los elementos saludables del alma eslava.

Pero para los voluntarios nacionalistas de 1919-1920, el clero habría sido en Alemania víctima del bolchevismo tanto como lo fue en Rusia.

Cuando las cosas van mal, las sotanas son un peligro para el Estado. El clero recluta a los enemigos del orden establecido con un furtivo placer, así que comparte las responsabilidades de los desórdenes que surjan. ¡Piensen en los problemas que los papas causaban constantemente a los emperadores germánicos!

Yo hubiera recurrido con gusto a los curas si pudieran ayudarnos a interceptar aviones ingleses o rusos. Pero de momento nos resultan más útiles los hombres que sirven en nuestros cañones antiaéreos que los individuos que manejan el hisopo.

En los países latinos hemos estado con frecuencia a punto de ver el triunfo del bolchevismo, lo que para una sociedad siempre a punto de derrumbarse hubiera supuesto un golpe mortal.

En la antigua Roma, cuando el cristianismo movilizó a la *plebs*, la *intelligentsia* había perdido el contacto con las antiguas formas de culto. Del mismo modo el hombre actual, formado en las disciplinas de la ciencia, ya no se toma muy en serio las enseñanzas de la religión. Lo que se opone a las leyes de la naturaleza no puede proceder de Dios. Además los rayos no respetan a las iglesias. Un sistema metafísico concebido por el cristianismo y basado en nociones pasadas de moda no corresponde al nivel de los conocimientos modernos. El Italia y en España todo esto terminará mal. Se degollarán unos a otros.

No quiero que a nosotros nos suceda nada parecido.

Podemos alegrarnos de que el Partenón, el Panteón romano y los demás templos aún sigan en pie. Apenas importa que las formas de culto que en ellos se practicaban ya no signifiquen nada para nosotros. Es verdaderamente lamentable que quede tan poco de esos templos. El resultado es que no corremos el peligro de venerar a Zeus.

En nuestro país, los únicos testigos de la grandeza alemana en la Edad

Media son las catedrales. Sería suficiente permitir un movimiento de persecución religiosa para que desaparecieran todos los monumentos que se edificaron desde el siglo V hasta el siglo XVII. ¡Qué vacío, y de qué modo se empobrecería con ello el mundo!

No sé nada del más allá, y tengo la honradez de reconocerlo. Otros saben más que yo, y soy incapaz de demostrarles que se equivocan. No pretendo que pueda imponer mi filosofía a una campesina. Aunque la religión no tenga por objeto la búsqueda de la verdad, es una especie de filosofía que puede satisfacer a los espíritus sencillos y que no hace daño a nadie. Todo conduce al sentimiento que el hombre posee de su impotencia. Esta filosofía en sí no tiene nada de pernicioso. Lo esencial, en efecto, es que el hombre sepa que la salvación consiste en que cada uno se esfuerce en comprender la providencia y en aceptar las leyes de la naturaleza.

Como todos los trastornos violentos son una calamidad, yo preferiría que la adaptación se hiciera sin choques. Lo que más tiempo puede dejarse sin alteraciones son los conventos femeninos. El sentimiento de la vida interior proporciona a las personas un gran enriquecimiento. Así pues, lo que hemos de hacer es extraer de las religiones el veneno que contienen. En este aspecto, en los últimos siglos se han hecho grandes progresos. Hay que hacer entender a la Iglesia que su reino no es de este mundo. ¡Qué ejemplo dio Federico el Grande al reaccionar contra la solicitud de la Iglesia de que se le permitiera interferir en asuntos de Estado! Las notas que escribía al margen de las peticiones que le dirigían los pastores tienen el valor de juicios salomónicos. Son definitivas. Nuestros generales deberían adoptar la costumbre de leerlas a diario. Es humillante ver cuán lentamente progresa la humanidad.

La casa de Habsburgo produjo en José II a un pálido imitador de Federico el Grande. Una dinastía, con sólo dar un espíritu como Federico el Grande, se encuentra justificada ante la historia.

Hemos hecho la experiencia en la primera guerra mundial: el único beligerante verdaderamente religioso era Alemania. Esto no impidió que perdiéramos la guerra. ¡Qué hipocresía la de ese francmasón de Roosevelt cuando habla del cristianismo! Todas las iglesias deberían levantarse contra él... puesto que obra según principios diametralmente opuestos a los de la religión que invoca.

Las religiones han pasado la menopausia y actualmente están en decadencia. Y aún pueden mantenerse así durante algunos siglos. Lo que no hagan las revoluciones lo hará la evolución. Es lástima vivir en una época en la que es difícil hacerse una idea de la forma que adoptará el mundo en el futuro.

Pero hay algo que puedo predecir a los comedores de carne: ¡que el mundo del futuro será vegetariano!

67. 12 DE NOVIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

El paraíso de los obreros bolcheviques. – Asaltos periódicos asiáticos. – Preparativos para la dominación alemana. – Aguardiente para los indígenas.

Para nuestro partido es un gran alivio saber que el mito del paraíso obrero en el este está destruido. El destino de todos los estados civilizados fue sufrir el asalto de Asia en el momento en que se debilitaba su fuerza vital.

Primero fueron los griegos frente a los persas, después las expediciones de los cartagineses contra Roma, los hunos en la batalla de los Campos Cataláunicos, las guerras contra el islam, comenzando con la batalla de Poitiers, en fin la avalancha de los mongoles de la que Europa se salvó por milagro... Hasta el punto de que uno se pregunta qué dificultad de orden interior les detuvo. Y ahora padecemos el peor de todos los asaltos, el de Asia movilizada por el bolchevismo.

Un pueblo puede revelarse apto para la lucha, aun no siendo apto para la civilización. Desde el punto de vista del valor combativo, los ejércitos de Gengis Kan no eran inferiores a los de Stalin (a condición de privar al bolchevismo de lo que debe a la civilización material de Occidente).

Europa termina en el este donde deja de irradiar el espíritu germánico.

La dominación bolchevique en Rusia europea sólo ha sido, en suma, una preparación (que ha durado veinte años) para la dominación alemana. La Prusia de Federico el Grande se parecía a los territorios del este que estamos conquistando.

Federico II no dejó penetrar a los judíos en Prusia occidental. Su política judía fue ejemplar. Daremos a los indígenas todo aquello que necesiten: mucha comida y aguardiente. Si no trabajan, irán a un campo y se les privará de alcohol.

Desde la naranja hasta el algodón, todo lo podemos cultivar aquí.

Este país es tanto más difícil de conquistar cuanto que en él las carreteras no existen. ¡Qué suerte que no hayan llegado *ellos*, con sus vehículos, por *nuestras* carreteras!

68. 12 DE NOVIEMBRE DE 1941, POR LA NOCHE

INVITADOS ESPECIALES: EL SS-STAF. BLASCHKE Y EL DR. RICHTER

Ser fieles a la autocracia. – La reabsorción del paro. – Dificultades con el ministro de Economía. – El oro no es necesario. – Manipulaciones financieras de los suizos. – Capacidad de producción agrícola en Ucrania. – La mano de obra suministrada por Himmler. – ¡Guerra a los economistas!

Cometimos un error capital inmediatamente después de la última guerra, entrando en el ámbito de la economía mundial en vez de atenernos a la autarquía. Si entonces hubiéramos utilizado, en un cuadro autárquico, los dieciséis millones de hombres que había en nuestro país dedicados a actividades improductivas, no hubiésemos conocido el paro. El éxito de mi plan cuatrienal se explica precisamente porque puse a todo el mundo a trabajar en una economía en circuito cerrado. No fue por medio del rearme como resolví el problema del paro, ya que en este dominio no pude hacer prácticamente nada durante los primeros años.

Vögler me había sometido un proyecto para la producción de gasolina sintética, pero fue imposible que lo admitieran en el Ministerio de Economía.

Se me objetaba que, puesto que el mercado exterior ofrecía la gasolina a nueve pfennigs, era ridículo producirla en el interior a un precio doble. Contesté que nuestros parados nos costaban millares de millones, y que esta suma la economizaríamos haciendo trabajar a los obreros en paro; entonces me opusieron malas razones. Descubrieron, en efecto, que los procedimientos de fabricación no estaban enteramente a punto. ¡Como si nuestros industriales con lo prudentes que son hubieran podido lanzarse a una fabricación sin conocer sus secretos! Después me hice a mí mismo los más vivos reproches por no haberles forzado la mano a toda aquella gente. Si me separé de Feder fue, desde luego, porque no quería enrolarse en la ejecución de este proyecto.

Después le tocó la vez a Keppler. A éste le tenía engañado el charlatán de Düsseldorf. Perdimos así nueve meses. Todos los sabios habían previsto que de allí saldría algo. Era la época en que todos los timadores tenían cosas que ofrecerme. A los alquimistas les dije que no sentía ningún interés por el oro, ni natural ni sintético.

Por fin, empezamos a construir fábricas. ¡Qué dichoso habría sido en 1933 si de una manera o de otra hubiera podido colocar a los obreros! Día y noche me rompía la cabeza para saber cómo tendría que hacerse para poner en marcha otra vez la pesada máquina de la economía. A todo el que abría una nueva empresa le dejaba libre de impuestos. ¡Cuando marchan los negocios, entra el dinero en las cajas del Estado!

Nuestros adversarios no han comprendido aún nuestro sistema. Podemos estar seguros de eso: sufrirán crisis tremendas cuando concluya la guerra.

Mientras tanto construiremos un Estado sólido y al abrigo de crisis, detrás del cual no habrá ni un gramo de oro. Al que venda a precios por encima de la tasa, ¡se le envía a un campo de concentración! He ahí la muralla de la economía. No hay otro modo. El egoísta no se preocupa del interés general. Se llena los bolsillos y escapa al extranjero con sus divisas. No se puede establecer la solidez de una moneda sobre el buen sentido de los ciudadanos.

Los holandeses viven de sus colonias. Los suizos no tienen otros recursos que sus manipulaciones fraudulentas. Están completamente locos transfiriendo todo su dinero a América. ¡No volverán a verlo!

Las conversaciones que acabamos de sostener con los daneses han conseguido un efecto considerable. Se ha creado una sociedad en Dinamarca para participar en la explotación de los territorios del este. Así ponemos las bases de Europa.

Recibí un día la visita de un gran industrial belga que no veía salida a los problemas que se le planteaban. Si fuera medianamente razonable cerraría la mina, decía. Estaba perplejo entre el dilema de continuar la empresa creada por su padre, y el temor de los reproches que tendría que hacerse a sí mismo si continuaba. Bélgica, Holanda, Noruega no tendrán más parados.

Inglaterra empieza a darse cuenta de la situación. Si aumentamos solamente en un cincuenta por ciento la producción de Ucrania, daremos pan a veinticinco o treinta millones de hombres más. Es poco aumentar en un cincuenta por ciento la producción de Ucrania, ya que sería aún inferior en un treinta por ciento a la producción media del suelo alemán. El mismo punto de vista es también válido para los países bálticos y la Rusia Blanca, que tienen una producción superior a sus necesidades. Sería ridículo no poner orden en este continente.

Nuestra economía debe organizarse cuidadosamente. Pero habrá que actuar con prudencia y no ir demasiado lejos por el camino de la motorización. La solución del problema de la carne y de la grasa es al mismo tiempo la del cuero y de los abonos.

Por una parte, tenemos en Europa pueblos altamente civilizados, que se ven en la obligación de hacer incluso de picapedreros. Y por

otra parte, disponemos de esas masas estúpidas del este. Son ellas las que deben hacer los trabajos duros. De todos modos, la población indígena del este se encontrará mejor alimentada que hasta ahora, y además recibirá los utensilios domésticos que necesita.

Los depósitos aluviales de las costas del mar del Norte constituye el mejor abono. La dificultad reside en que el transporte cuesta caro, y después ¿qué hombres irán a sacar el limo? ¡Tenemos ciento cincuenta mil forzados que fabrican zapatillas de orillo! Himmler será un día nuestro gran capataz.

Con nuestra nueva organización económica, el centro político de Europa se desplaza. Inglaterra no será más que una vasta Holanda. El continente renace a la vida.

Lo esencial, para los diez años próximos, es suprimir todas las cátedras de economía política en las universidades.

69. 16 DE NOVIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: EL *REICHSFÜHRER* SS HIMMLER, EL SS-STAF. BLASCHKE Y EL DR. RICHTER

Perjuicios de la centralización administrativa. – Exceso de funcionarios. – El ideal del burócrata. – Escrúpulos jurídicos.

Entre nosotros, el concepto del Estado unitario lleva consigo la consecuencia de que en él todo debe ser dirigido desde el centro. La lógica extrema de tal punto de vista es que el más modesto de los funcionarios acaba por tener más importancia que el alcalde de Essen. Los ingleses hacen exactamente lo contrario en la India. Ciento cuarenta y cinco mil hombres gobiernan allí a ciento cincuenta millones. A nosotros nos harían falta millones de funcionarios.

Los franceses no tienen ninguna autonomía administrativa. Son para nosotros el peor ejemplo, ¡aunque se trate del Estado ideal para nuestros juristas y abogados!

Hay que reorganizar nuestra administración de modo que los hombres eficaces hagan su labor allí donde se encuentran, sin moverlos. Es el único medio de allanar las dificultades con las que tropieza el Estado de los juristas. En esta organización, será condición primera echar a los juristas de los ministerios. Ya les encontraremos empleos subalternos.

Es igualmente algo sin sentido querer decidir desde Berlín todos los gastos de una provincia. Lo que está bien es poder controlar los gastos autorizados por el poder central. Cuando un funcionario de segunda clase debe pasar a primera, que esto se decida sobre el terreno ¡y no en Berlín por el ministerio del Interior, previo acuerdo con el ministro de Hacienda! Lo mismo que si el teatro de Weimar

quiere renovar su guardarropa, que no tenga que dirigirse a Berlín. Eso es un problema local.

Actuar de otro modo significa sumir en el olvido el sentido de las responsabilidades y contribuir al desarrollo de un espíritu de satrapía. Nuestros funcionarios están amaestrados para no tomar ninguna iniciativa: dan cuenta de todo y se hacen cubrir en todo por un superior jerárquico. Para Berlín, ¡he ahí el ideal del funcionario!

Hay que hacer reformas radicales. Podrían suprimirse fácilmente las dos terceras partes.

Consideremos al jurista como un consejero, y no le reconozcamos el poder de mandar. ¿Cómo es posible que un hombre que ha pasado su vida absorto entre expedientes pueda comprender algo de los problemas vivos? No sabe nada de ellos.

No dejo perder la ocasión de enjuiciar a los juristas. Aliento la esperanza de que se desalienten así los muchachos que tengan intención de escoger esa carrera. Hay que poner a un nivel tan bajo esa profesión, que sólo los que no sientan más ideal que los papelotes puedan tener de hoy en adelante el deseo de consagrarse a ella.

¿Qué valen los escrúpulos jurídicos cuando algo se impone en interés de la nación? Si el pueblo alemán vive todavía, no es gracias a los juristas, sino a pesar de ellos.

No soy el primero que ve en los abogados unos dañinos microbios. Federico el Grande no pensaba de otra forma.

70. 16 DE NOVIEMBRE DE 1941, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL *REICHSLEITER* ROSENBERG Y EL *REICHFÜHRER* DE LAS SS HIMMLER

Rechazar a los parias. – Antiguo derecho consuetudinario. – Abuso del formulismo. – Purificar la profesión de abogado. – El defensor público. – Sobre la traición. – Ejercicio del derecho de gracia. – Serrano Súñer.

Siempre es para mí motivo de pesadumbre ver el espíritu con que los magistrados emiten sus juicios. Los autores de actos contra las costumbres son habitualmente reincidentes, y coronan por lo general su carrera con un crimen crapuloso. ¿Por qué no eliminamos enseguida a esos individuos? Cuando miro de frente la cuestión de la responsabilidad, no considero como circunstancia atenuante el hecho de que un ser sea anormal, ¡es una circunstancia agravante! ¿Qué mal ven ustedes en que un ser anormal sea castigado tanto como un ser normal? La sociedad debe ser preservada de tales elementos. Los animales que viven en estado de sociedad tienen sus fuera de la ley. Los arrojan del grupo.

El juez popular de antes, que aplicaba un derecho consuetudinario, se ha transformado poco a poco en juez de

profesión. En el origen, la realeza se identificaba con el derecho. Teóricamente aún es así, pues el primer magistrado es el jefe del Estado.

La ley debe tener en cuenta por una parte las circunstancias de la época, y por otra los casos especiales.

Nuestros antepasados eran particularmente tolerantes con los robos de alimentos. Cuando el delincuente podía probar que no le animaba más que el hambre y que sólo había robado lo necesario para aplacarla, no era castigado. Hacían una distinción entre actos que perjudicaban o no a la vida de la comunidad. Según el derecho actual, puede suceder que el que mata una liebre sea castigado más severamente que el que mata a un niño.

Pongo mi firma debajo de cada nueva ley, pero hace todavía poco tiempo no tenía derecho a rehusar, con una simple declaración escrita, una herencia que se me ofreciera. Hacía falta que un notario se tomara la molestia de intervenir para que yo pudiese declarar válidamente cuál era mi voluntad. Mi firma sola no tenía valor. En esto he hecho una transacción. Desde ahora, es Lammers el que atestigua, en vez del notario, cuál es mi voluntad.

Esto me recuerda un hecho inverosímil que se produjo al principio de la guerra. Acababa de hacer un testamento ológrafo (que remití a Lammers), cuando me fue sometido el caso siguiente: un comerciante de Hamburgo deja heredera suya a una mujer. Cuando muere, su hermana impugna la validez del testamento. Es derrotada en primera instancia. En recurso, la sala decide que a pesar de que no puede dudarse de la voluntad del testador, el testamento debe ser anulado por vicio de forma: el testamento está perfectamente redactado de su puño y letra, pero el nombre del lugar está impreso en el papel cuando debía estar manuscrito. Le dije a Gartner: «¡Haré detener a todo el Tribunal!». Según los términos de esa sentencia, mi propio testamento no era válido...

Si una cosa así nos ocurre a uno de nosotros, tenemos la posibilidad de defendernos. Pero ¿y el hombre de la calle? Se encuentra ante un muro y debe de pensar que aquí no hay justicia.

Tal concepción del derecho no ha podido nacer más que de cerebros atrofiados.

En mis propios procesos, he vivido incidentes capaces de poner los pelos de punta.

La profesión de abogado es esencialmente deshonesta, ya que el abogado tiene derecho a mentir ante el tribunal.

Hasta qué punto es innoble esa profesión lo demuestra el hecho de que han tenido que cambiarla de nombre. No hay más que dos profesiones que han cambiado de nombre: los maestros y los abogados. Los primeros quieren que desde ahora se les conozca con el nombre de Volksbildner (educadores del pueblo), y los segundos con el de Rechtswahrer (guardianes de la ley). ¡Que los abogados sigan siendo abogados, pero que se purifique la profesión! ¡Que se coloquen al servicio del interés general! Lo mismo que hay un acusador público, que haya un defensor público, y que éste se halle ligado por el juramento de obrar según el interés de la verdad.

Necesitamos una magistratura renovada: pocos jueces, pero que tengan grandes responsabilidades y una conciencia muy alta de ellas.

Hoy el justo medio no existe. Tan pronto hay juicios exageradamente severos (cuando *ellos* se sienten apoyados por la opinión pública), como una mansedumbre fuera de lugar. Cuando me hablan de un traidor, no me interesa saber de qué modo traicionó, ni si su traición le salió bien, ni cuánto llegó a cobrar. Para mí no hay más que una pregunta: «¿Ha actuado en favor o en contra de Alemania?».

En lo concerniente a ciertos delitos con la circunstancia agravante de la perversidad, puedo decir lo mismo. Prender a un delincuente, encerrarlo, soltarlo, vigilarlo, volver a prenderlo, ¿a qué viene todo esto? Verdaderamente, los juristas miman a los maleantes con tanto amor como los cazadores cuidan la caza en la época de veda. ¡Cuando pienso cómo se juzgan los atentados cometidos durante las alarmas aéreas! Siempre hay uno de esos juristas para hacer juegos de manos con los hechos hasta que encuentra una circunstancia atenuante. Un crápula será siempre un crápula. Reservo la misericordia para mis buenos compatriotas. Tengo el deber de protegerlos contra el hampa. Este mundo imaginario de las nociones jurídicas es para nosotros un mundo prohibido.

Un tribunal me solicita gracia para un hombre que, habiendo embarazado a una muchacha, luego la ahogó en el Wannsee. El motivo: ¡lo hizo bajo el temor al hijo ilegítimo! Me he dado cuenta en esta ocasión de que todos aquellos que habían cometido análogo crimen habían sido objeto de indulto. Centenares de casos. ¿No es, sin embargo, el crimen más inmundo? Le he dicho a Gürtner: «No indultaré a ningún criminal de ese género. Es inútil hablarme de ello».

Un día, Meissner me propuso el perdón de una muchacha culpable de traición. ¿Por qué perdonarla? Porque había estudiado filosofía. Le contesté a Meissner: «¿Está usted loco?». Cuando un joven da un mal paso y puedo pensar sencillamente que es un imbécil, ¡de acuerdo! ¡Pero en un caso semejante! Con tal justicia, nuestro Reich se hallaría en plena decadencia si yo no hubiera decidido que la sociedad está hoy en estado de legítima defensa y no hubiéramos introducido en la aplicación de las leyes las correcciones necesarias.

El oficial y el juez deben ser los defensores de nuestra concepción del mundo. Pero la condición de este poder discrecional concedido al juez es que la magistratura sea racialmente tan homogénea que el más pequeño signo sea suficiente para que seamos comprendidos.

El cuñado de Franco ha pasado a ser ministro de Asuntos Exteriores. No es habitual que una familia tenga el monopolio del talento. El nepotismo nunca ha sido una buena fórmula, pues permite que una obra cimentada con la sangre del pueblo sea sistemáticamente destruida.

71. 19 DE NOVIEMBRE DE 1941

Tontería de los partidos burgueses. – Lucha por el poder y lucha en el plano mundial. – Piedad inadecuada de los burgueses. – La providencia y la selección de los mejores. – Nada de tibios en el partido.

Sobre todo, no había que dejar que el partido se viera invadido por los burgueses. He tenido gran interés, y aplicando los métodos más apropiados, en recibir sólo en él a los alemanes verdaderamente fanáticos, dispuestos a sacrificar sus intereses particulares al interés general.

Los partidos burgueses llevaban su tontería hasta el punto de pretender que es siempre el más inteligente quien debe ceder. Yo, por el contrario, nunca he tenido más que un solo objetivo: imponerme a todo precio, contra viento y marea.

Las nociones básicas que nos han servido en la lucha por el poder han probado que son justas. Son estas mismas las que aplicamos hoy en la lucha que sostenemos en el plano mundial. Triunfaremos igualmente en esta empresa: porque luchamos fanáticamente por nuestra victoria y porque creemos en ella.

Que algunos burgueses lloriqueen hoy con el pretexto de que los judíos tienen que abandonar Alemania, esto nos describe lo que son... ¿Acaso lloraban cuando cada año cientos de miles de alemanes, faltos de pan que no podían encontrar en nuestro suelo, tenían que emigrar? Y eran hombres que no tenían ningún pariente en el mundo, que estaban abandonados a sí mismos e iban a lo desconocido. Nada similar ocurre con los judíos, que tienen por todos sitios tíos, sobrinos, primos. La compasión de los burgueses se halla en este caso particularmente fuera de lugar.

Y además ¿somos nosotros los que hemos creado la naturaleza y establecido sus leyes? Las cosas son como son y nada podemos hacer. La providencia ha dotado a los seres vivientes de una fecundidad sin límites, pero no ha puesto a su alcance, sin que esto necesite un esfuerzo por su parte, el alimento que necesitan. Está muy bien así, ya que es la lucha por la existencia la que produce la selección de los mejores.

El partido debe permanecer tan recio como lo fue en el tiempo de la conquista del poder. Es preciso que en todo momento tenga el Führer la seguridad de que puede contar con el apoyo invariable de los miembros del partido y que puede contar con ellos tanto más cuando algunos compatriotas, bajo el peso de las circunstancias, podrían mostrarse vacilantes. El partido no puede arrastrar pesos muertos, no le interesan los tibios. Si los hay entre nosotros, ¡que los arrojen!

A los que tienen en su mano los destinos del país, les puede quizá ser indiferente que todos los burgueses no les sigan, pero es

preciso que tengan esta seguridad: que el partido constituye un apoyo, sólido como el granito, para el poder.

72. 20 DE NOVIEMBRE DE 1941

El sentido del deber de Alemania.

Si la imagen mental que los cristianos se hacen de Dios fuera correcta, el dios de las hormigas sería una hormiga, y los demás animales otro tanto. Incluso para los bolcheviques, la noción de propiedad colectiva tiene límites. El pantalón, la camisa, el pañuelo —para el que los posee— son considerados como propiedad privada.

Nosotros los alemanes disponemos de este maravilloso manantial de fuerza que es el sentimiento del deber, y que los otros pueblos no poseen. La convicción de que obedeciendo la voz del deber se trabaja para la conservación de la especie ayuda a tomar las decisiones más graves.

¿Qué hubiera sucedido si Italia en vez de volverse fascista se hubiera hecho comunista? Debemos estar agradecidos al Duce porque alejó este peligro de Europa. Es un servicio que él prestó y que no habrá que olvidar nunca. Mussolini es un hombre a la altura de los siglos. Su puesto está reservado en la historia.

¿Qué es lo que no debe Italia a Mussolini? ¡Cuántas realizaciones en todos los ramos de la administración! Hasta a Rodas, una isla adormecida en el *far niente*, ha sacado de su inexistencia. Comparad esa isla fértil con las islas griegas, y comprenderéis lo que Mussolini ha hecho por su país.

73. 30 DE NOVIEMBRE DE 1941, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL *REICHSFÜHRER* SS HIMMLER Y EL GENERAL DIETL

Manifestación nacionalsocialista en Coburgo. – Desórdenes victoriosos. – Dispersión de los rojos. – El diablo pierde su espada. – Un descendiente de Bismarck. – Capitulación de los sindicatos. – Una era nueva. – El impresor del partido. – El *Völkischer Beobachter*. – Papel de Dietl. – El nacionalsocialismo, inconcebible en Francia.

Coburgo. Era la primera vez que nos invitaban. Acepté inmediatamente. No había que dejar pasar aquella ocasión. Tomé ochocientos hombres. Debían unírsenos otros de Sajonia y de Turingia.

En Núremberg, primer choque. Nuestro tren lleno de banderas no fue del gusto de algunos judíos que había en un tren parado junto al nuestro. Schreck saltó en medio del montón y se puso a dar golpes.

En la estación de Coburgo, el comité nos esperaba. Dietrich vino cojeando hasta mí para anunciarme que había llegado a un acuerdo con los sindicatos, en el cual nos comprometíamos a no desfilar en formación, precedidos de música y banderas. Le hice observar que no podía comprometerse en mi nombre y que no tomaba nota de ello. Hice avanzar las banderas y la música y se formó el cortejo. Cuando aparecí fui acogido por el grito unánime de mil voces: «¡Cochinos, bandidos!». ¡Una verdadera masa! Aquello iba a arder.

En seguida me puse delante. No nos condujeron al campo de tiro, sino a la Hofbräuhaus. Alrededor nuestro, una multitud innumerable gritaba y aullaba, amenazándonos. Cuando entramos me dijo Dietrich que era imposible, por el momento, pensar en dirigirnos a nuestros acantonamientos. En el mismo instante la policía cercaba la puerta de la cervecería. «¡Dios mío!», mascullé. Un agente vino a comunicarme la prohibición de salir, porque la policía se declaraba incapaz de asegurar nuestra protección. Le contesté que su protección era inútil para mí, que éramos capaces de protegernos nosotros mismos y que le daba la orden de abrir la puerta. Así lo hizo precisando que le obligaba a inclinarse ante la fuerza.

Me dije: «¡Si veo uno solo de entre los nuestros que afloja, le arranco el brazal!». Una vez fuera, les apaleamos de tal modo que al cabo de diez minutos la calle estaba limpia. Todas las armas fueron buenas: las trompetas de nuestros músicos salieron de la pelea torcidas y abolladas. Los rojos dispersados huían en todas direcciones.

Dormimos sobre paja. Durante la noche me entero de que un grupo de mis afiliados acaba de sufrir un ataque. Envío unos hombres en su socorro y poco después me traen tres rojos que ya no tienen figura humana. En ese momento un policía me hace esta confidencia: «¡No puede usted imaginarse cuánto sufrimos bajo la dominación de estos perros! Si hubiésemos sabido que se comportarían ustedes así...». Le contesté que era el trato que reservábamos a la chusma.

Al día siguiente no se hablaba más que de los «asesinos bávaros» que habían irrumpido en la ciudad. Habían distribuido octavillas por las calles invitando a la población a contramanifestarse. A la hora fijada, estábamos allí. Vimos aparecer ciento cincuenta rojos que al divisarnos emprendieron la huida. Entonces nos dirigimos en desfile a la ciudadela y volvimos a bajar. A mis hombres les di orden de descalabrar al primero que rechistara. A la vuelta nos aclamaban desde todas las ventanas. La burguesía había recobrado su valor. Por la noche en la Hofbräuhaus, los ciudadanos se regocijaban con el pensamiento de que el diablo había perdido su espada.

Jürgen von Ramin estaba presente. Le dije: «Esto es típico de vuestro mundo burgués. Cobardes en el momento del peligro, después gloriosos». «Nos batimos con las armas de la inteligencia», me contestó. «¡Buenas se las traen ustedes con las armas de la inteligencia!», soltó Dietrich, riendo a carcajadas. «Perdón —replicó Ramin—, ¡olvida usted que soy un descendiente de Bismarck!» A lo cual le hice observar que no se podría nunca echar la culpa a Bismarck de tener tal descendiente

Para la vuelta a Múnich, el sindicato de ferroviarios nos hizo saber que se negaba a transportarnos. «Bien —dije a los delegados —, empiezo por retenerles a *ustedes* como rehenes y haré recoger a todos los suyos que caigan en nuestra mano. Tengo conductores de locomotoras entre mis gentes, ellos nos llevarán, y les embarco a ustedes con nosotros. ¡Si pasa cualquier cosa, nos acompañarán ustedes a la otra vida!» Dicho esto, hice que los retuvieran y media hora más tarde el «proletariado» decidía dejarnos salir.

En aquel tiempo era indispensable no andar con miramientos. Era el principio de una nueva era.

En Múnich se abrió contra nosotros un proceso con el pretexto de que en Coburgo habíamos herido gravemente a numerosos manifestantes. Pretendían incluso que habíamos usado ametralladoras. En realidad alguien había tomado un atril por una ametralladora. El asunto se arregló. Después los rojos que habíamos apaleado fueron nuestros mejores partidarios.

Cuando la Falange encarcela a sus adversarios está cometiendo el mayor de los errores. Mi partido ¿no estaba compuesto en aquella época, en una proporción del noventa por ciento, por elementos de izquierda? Necesitaba hombres capaces de batirse. No tenía nada que hacer con esos doctrinarios miedosos que os susurran al oído planes de subversión. Prefería a los que saben ensuciarse las manos.

Teniendo en cuenta nuestros principios, es para quedarse estupefacto de los resultados obtenidos al cabo de cuatro años. Tenía Múnich y no disponía más que de un periódico. La prensa adversa representaba una tirada diez veces superior. Nuestro impresor Adolf Müller, hombre de gran corazón, los había impreso todos. Contaba con numerosos comunistas entre su personal, y tenía la costumbre de decirles que si alguna de las actividades de la casa no les gustaba, les ofrecía pagarles la semanada con opiniones ortodoxas, más bien que con dinero. Este Müller era un *self-made man*. Hubo una época en que venía constantemente a reclamarnos dinero. Nos hallábamos persuadidos de que nos estaba explotando. Por eso Amann sostenía cada semana contra él un combate a cuchillo para hacerle bajar sus tarifas.

La peor jugada que le hice fue la adopción del gran formato para el *Völkischer Beobachter*. Müller se tenía por listo: creía atarnos siendo el único que poseía una máquina correspondiente a nuestro formato. En realidad era él el que se ligaba a nuestro periódico, y bien contento estaba de seguir imprimiéndonos, ya que ningún otro periódico imitó nuestro tamaño. Müller había llegado a convertirse

en esclavo de su máquina. Además fuimos el único periódico que no conoció disminución en su tirada. Fue una suerte que no tuviéramos imprenta propia, porque los compañeros del partido se hubieran dejado tirar de la oreja para pagar su factura. «¿Y qué hacéis de la solidaridad?», nos hubiesen dicho.

A su manera, Adolf Müller era un buen tipo. Siempre veló con solicitud por el porvenir de su personal, y siempre defendió los intereses de sus obreros, aun antes de que existiera el Frente de Trabajo. Salido del pueblo, sabía practicar el «vivir y dejar vivir».

En esta época se colocaron las primeras piedras de nuestro Reich actual. ¡Cuando pienso en las persecuciones que hemos sufrido! Periódicos suspendidos, reuniones prohibidas o interrumpidas. Vista desde lejos, era bella la época de nuestra lucha. Mi entrada en la Cancillería puso fin a esa vida de exaltación. Hasta entonces, nueve hombres de cada diez con los que estaba en contacto pertenecían al pueblo. Después, nueve de cada diez pertenecen al mundo distinguido. Fue un cambio brusco en mi existencia. Hoy encuentro este contacto con el pueblo en las asambleas populares.

Dirigiéndose a Dietl, el Führer continuó:

De todo esto le soy a usted deudor, ya que con sus hombres, al principio del movimiento, me facilitó la acción. Propiamente hablando, ha contribuido usted al nacimiento del Tercer Reich

Comprendo que los burgueses se asustaran con la perspectiva de verse dirigidos por gentes como nosotros. Comparados a nosotros, los socialdemócratas contaban entre sus filas hombres aparentemente muy cualificados —desde el punto de vista burgués—. Los burgueses no podían más que asustarse, asistiendo al advenimiento de este nuevo mundo. Pero yo sabía que sólo podía sernos verdaderamente útil el hombre de las barricadas.

Volviéndose a Hewel, el Führer continuó:

1923. En esa época ya tenían ustedes magníficos uniformes. ¡Pero en 1920 y en 1922! El uniforme es indispensable. Mezclando gentes bien vestidas con otras que van miserablemente, no puede hacerse un ejército coherente. Cuesta trabajo representarse hoy tal cosa. Porque tengo plena conciencia de todo esto es por lo que sé que nuestro movimiento es inimitable. Lo que ha pasado en nuestro país es una cosa única, inconcebible en Francia, por ejemplo. Y los franceses no tendrán nunca un jefe como el Duce.

74. NOCHE DEL 1 AL 2 DE DICIEMBRE DE 1941

Mujeres alemanas casadas con judíos. – Judíos «decentes». – Los judíos y el cuarto mandamiento. – El deber de la sociedad hacia los judíos. – Particularidades del mestizo judío-ario. – Microcosmos y macrocosmos. – Las leyes de la naturaleza. – La conservación de la raza. – Primacía de lo bello.

Walter Hewel preguntó si era justo reprochar a una mujer que no tomara después de 1933 la decisión de divorciarse de un marido judío. Se preguntó si, por lo demás, el deseo de divorciarse en tales condiciones no revelaría en ella más bien un conformismo humano poco estimable. G. D. intervino diciendo que el hecho de que una alemana hubiera podido casarse con un judío era ya prueba de ausencia de instinto racial, por lo que podía decirse que había cesado de formar parte de la comunidad El Führer interrumpió:

No digan ustedes eso. Hace diez años, nuestra clase intelectual no tenía la menor idea de lo que es un judío.

Nuestras leyes racistas, como es evidente, imponen grandes rigores respecto al individuo. Pero para juzgar su valor no está permitido guiarse por estos casos concretos. Hay que tener en cuenta que obrando así evito para el porvenir innumerables conflictos.

Estoy persuadido de que hay entre nosotros judíos que se comportan correctamente, en el sentido de que se abstuvieron siempre de atentar contra la idea alemana. Es difícil apreciar su número, pero lo que sé es que ninguno de ellos ha entrado en lucha con sus congéneres para defender contra ellos la idea alemana. Me acuerdo de una judía que escribió contra Eisner en el *Bayrischer Kurier*. No era, sin embargo, por interés hacia Alemania por lo que era adversaria de Eisner, sino por razones de oportunidad. Llamaba la atención sobre el hecho de que si se perseveraba por el camino de Eisner, podrían atraerse represalias contra los judíos. La misma música para el cuarto mandamiento. ¡En cuanto el judío impone un concepto de ética, es en vista de un provecho!

Es probable que muchos judíos no sean conscientes del poder de destrucción que representan. Sin embargo, el que destruye la vida se expone a la muerte. Se halla en esto el secreto de lo que les sucede a los judíos. ¿Quién tiene la culpa cuando el gato devora al ratón? ¿El ratón que nunca hizo mal al gato?

Este papel destructor del judío, ¿tiene una razón en cierto modo providencial? Quizá la naturaleza ha querido que el judío sea el fermento que provoca la descomposición de los pueblos, procurando así a esos mismos pueblos la ocasión de una reacción saludable; en tal caso personas como san Pablo o Trotsky son, desde nuestro punto de vista, las más valiosas. Por el hecho de su presencia, provocan la reacción de defensa del organismo atacado. Dietrich Eckart me dijo un día que sólo había conocido a un buen judío: Otto Weininger. Weininger recurrió al suicidio cuando se apercibió de que el judío vive de la descomposición de los pueblos.

Es notorio que el mestizo de judío, a la segunda o tercera generación, tiene tendencia a unirse de nuevo con judíos puros. Después de la séptima generación, parece que la pureza de la sangre aria se restablece. La naturaleza elimina a la larga los elementos nocivos.

Es posible que se encuentre horrible esta ley de la naturaleza que exige que todos los seres vivientes se devoren entre sí. La mosca es engullida por una libélula, a ella misma se la traga un pájaro, que a su vez es víctima de uno más grande. Y éste, envejeciendo, se convierte en presa de microbios que acaban con él. Los microbios encuentran también el fin que para ellos esta previsto.

Si dispusiéramos de microscopios más potentes, descubriríamos mundos nuevos. Por lo demás, en lo absoluto nada es grande ni pequeño. Las cosas son grandes o pequeñas relacionadas con la medida que se ha escogido. Lo que es cierto en todo caso, es que en esto nada puede cambiarse. Incluso quien se quita la vida vuelve fatalmente a la naturaleza: cuerpo, alma y espíritu.

El sapo ignora su estado anterior de renacuajo, y nuestra propia memoria, en lo que nos concierne, no nos sirve de más. Por eso tengo el sentimiento de que es útil conocer las leyes de la naturaleza: porque esto permite obedecerlas. No obrar así sería sublevarse contra el cielo.

Si puedo admitir un mandamiento divino, es éste: «Hay que conservar la especie».

La vida individual no debe ser estimada a un precio demasiado elevado. Si el individuo tuviera importancia a ojos de la naturaleza, la naturaleza se encargaría de preservarlo. Entre los millones de huevos que pone una mosca, pocos llegan a buen término, y sin embargo la raza de las moscas está floreciente. Lo importante para nosotros, los hombres, no es tanto la suma de conocimientos adquiridos como sostener las condiciones que permiten a la ciencia renovarse constantemente.

Nadie se halla obligado a considerar la vida desde un punto de vista que la convierta en indigna de ser vivida. El hombre está dotado para sentir lo bello. Y ¡cuántas riquezas inagotables encierra el mundo para el que sabe gozar de sus sentidos! Además, la naturaleza ha dotado al hombre del deseo de hacer partícipe al prójimo de las alegrías que siente. Lo bello reivindica siempre su derecho a la supremacía. De lo contrario, ¿cómo explicarse que en las épocas de infortunio tantos seres estén dispuestos a sacrificar sus vidas simplemente para asegurar la perennidad de su raza?

Para nosotros, estar atados a una religión que se vuelve contra todos los goces de los sentidos es catastrófico. En este aspecto la hipocresía de los protestantes es peor que la de los católicos. El protestantismo tiene la calidez de un iceberg. La Iglesia católica, que pese a sus miles de años de experiencia no ha perdido el contacto con sus orígenes judíos, evidentemente es más hábil. Permite las orgías de Carnaval primero porque es incapaz de impedirlas, y segundo porque el Miércoles de Ceniza recupera a los pecadores. Al

mostrarles los sufrimientos del infierno consigue estimularles a ser adecuadamente generosos. ¡Tras los periodos de arrepentimiento hay momentos para expansionarse!

75. 13 DE DICIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: RIBBENTROP, ROSENBERG, GOEBBELS, TERBOVEN Y EL *REICHSLEITER* BOUHLER

El momento de resolver la cuestión religiosa. – Condena de la falsedad organizada. – Las SS y la religión. – San Pablo y el pre-bolchevismo. – El paraíso según los cristianos y según los musulmanes. – Los tabúes de los negros y la eucaristía. – Los japoneses y la religión. – Mussolini se equivoca.

La guerra terminará algún día. Y será entonces cuando considere que resolver el problema religioso es la labor definitiva de mi vida. Sólo entonces quedará garantizada de una vez por toda la vida de los naturales de Alemania.

Yo no intervengo en lo referente a las creencias. Por eso no puedo permitir que los eclesiásticos intervengan en asuntos temporales. Hay que aplastar la mentira organizada. El Estado debe ser amo absoluto.

Cuando era más joven pensaba que estos asuntos había que atacarlos con dinamita. Posteriormente me he dado cuenta de que puede actuarse con cierta sutileza. La rama podrida se cae sola. La situación oficial ha de ser como sigue: en la silla de san Pedro, un oficiante senil; ante él, unas cuantas viejas siniestras tan chochas y pobres de espíritu como se quiera. Los jóvenes y sanos, de nuestro lado. Nada tengo que oponer contra una Iglesia que se identifica con el Estado, como es el caso de Inglaterra. Pero incluso así es imposible mantener a la humanidad perpetuamente esclavizada a base de mentiras. Al fin y al cabo hasta los siglos VI y VIII el cristianismo no fue impuesto a nuestros pueblos por príncipes que tenían con los curas una alianza de intereses. Anteriormente nuestros pueblos vivían sin esa religión perfectamente. Tengo seis divisiones de SS formadas por hombres absolutamente indiferentes en materia de religión. Y esto no les impide ir a la muerte con el alma serena.

Jesucristo era ario, y san Pablo se sirvió de su doctrina para movilizar el inframundo del delito y organizar un protobolchevismo. Es una intrusión en el mundo que señala el final de un largo reinado: el del claro genio grecolatino.

¿Qué Dios es ese al que sólo le agrada ver a los hombres humillados ante el? Intentad planteaos el sentido del siguiente embuste, que es bastante simple. Dios crea las ocasiones de pecado.

A continuación, y con ayuda del demonio, logra que el hombre peque. ¡Y entonces se sirve de una virgen para traer al mundo un hijo que con su muerte redimirá a la humanidad!

Puedo imaginar a personas entusiasmadas por el paraíso de Mahoma, ¡pero el insípido paraíso de los cristianos...! En vida uno está acostumbrado a oír la música de Richard Wagner. Y tras la muerte no habrá más que aleluyas, palmeras que ondean, niños en la edad del biberón y viejos encanecidos. Los hombres de las islas homenajean a las fuerzas de la naturaleza. Mientras que el cristianismo es un invento de mentes enfermas; no cabe imaginar algo más carente de sentido ni un modo más indecente de convertir la noción de divinidad en una burla. Un negro con sus tabúes es abrumadoramente superior al ser humano que cree seriamente en la transustanciación.

Empecé a perder cualquier respeto a la humanidad cuando me percaté de que hay personas de nuestro bando, ministros o generales, dispuestas a creer que sin las bendiciones de la Iglesia no podemos triunfar. Semejante idea sólo es excusable en niños pequeños a los que no se ha enseñado otra cosa.

Los alemanes se destrozaron mutuamente durante treinta años sólo para discernir si tenían que comulgar bajo las dos especies o no. No hay nada más bajo que este tipo de nociones religiosas. En este aspecto podemos envidiar a los japoneses. Tienen una religión muy sencilla y que les pone en contacto con la naturaleza. Incluso han logrado adoptar el cristianismo y convertirlo en una religión menos ofensiva para el intelecto.

Ahora bien, ¿por qué cosa he de sustituir la representación cristiana del más allá? La humanidad concibe de modo natural el sentimiento de la eternidad, sentimiento que se halla en el fondo de todos los seres humanos. Del mismo modo que el cuerpo vuelve a la naturaleza, el alma y la mente migran. De modo que la vida renace eternamente de la vida. En cuanto al porqué de todo esto, no hace falta que me devane los sesos. El alma es insondable.

Si hay un Dios, a la vez que da vida al hombre le da inteligencia. Si rijo mi vida de acuerdo con el sentido en que me ha sido confiada, podré equivocarme, pero actúo de buena fe. La imagen concreta del más allá que me impone la religión no soporta el examen. Piensen en quienes desde lo alto miran lo que sucede abajo en la tierra: ¡qué tormento para ellos, ver a los seres humanos repitiendo infatigablemente los mismos gestos, e inevitablemente los mismos errores!

A mi juicio H. S. Chamberlain se equivocaba al considerar el cristianismo como una realidad a nivel espiritual.

El hombre todo lo juzga en relación consigo mismo. Lo que es mayor que él es grande, y lo que es menor es pequeño. Sólo una cosa es segura: que uno forma parte del espectáculo. Cada uno encuentra su propio papel. La alegría existe para todos. Mi sueño es una situación en que todos los hombres sepan que viven y mueren por la conservación de la especie. Es nuestro deber estimular la idea de

que el hombre que se distingue al servicio de la especie ha de ser merecedor de los más altos honores.

¡Qué inspiración afortunada, haber mantenido al clero fuera del partido! La cuestión se planteó en Potsdam el 21 de marzo de 1933: ¿con o sin la Iglesia? Yo conquisté el Estado pese a la maldición que sobre nosotros pronunciaron ambos credos. Aquel día nos dirigimos directamente a las tumbas de los reyes, mientras los demás acudían a las funciones religiosas. Si por aquel entonces hubiera pactado con las iglesias, actualmente compartiría la suerte del Duce. Aun siendo un librepensador por naturaleza, el Duce decidió escoger el camino de las concesiones. Yo en su lugar hubiera tomado el camino de la revolución. Hubiera entrado en el Vaticano y los hubiera echado a todos... reservándome el derecho de excusarme luego: «Discúlpenme, ha sido un error». ¡Pero el resultado sería que habrían sido expulsados!

Dicho esto, no hay motivos para que deseemos que los italianos y los españoles se liberen por sí mismos de la droga del cristianismo. Seamos el único pueblo inmune a la enfermedad.

76. 14 DE DICIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: ROSENBERG, BOUHLER Y HIMMLER

Incompatibilidad del nacionalsocialismo y la cristiandad. – Los papas del Renacimiento. – Una fuente envenenada.

Con la intención más noble, Kerrl intentó obtener una síntesis de nacionalsocialismo y cristianismo. No creo que tal cosa sea posible, y el obstáculo lo plantea el propio cristianismo.

Me parece que yo podría haber llegado a un acuerdo con los papas del Renacimiento. Evidentemente, a nivel práctico su cristianismo era peligroso; y a nivel de propaganda seguía siendo una mentira. De todos modos, un papa que protege a los grandes artistas y difunde la belleza a su alrededor, aunque sea un criminal me resulta más simpático que el pastor protestante que bebe de la fuente envenenada.

El cristianismo puro, el de las catacumbas, se preocupa por llevar al campo de los hechos la doctrina cristiana; lo que conduce, sencillamente, a la aniquilación de la humanidad. No es más que bolchevismo puro bajo oropeles de metafísica.

77. 17 DE DICIEMBRE DE 1941, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL DR. GOEBBELS Y HIMMLER

Pangermanistas y socialcristianos en Austria. – Schönerer y Lueger. – Un gran alcalde. – El antisemitismo en Viena. – La oposición a los Habsburgo. – Richard Wagner y el alcalde de Leipzig. – Otros alcaldes.

Hubo un hombre en Viena, antes de la primera guerra mundial, que se mostró siempre partidario de un acuerdo con la Rumania antisemita: veía en ello el mejor medio de impedir que Hungría cobrara demasiada importancia. Era Lueger.

Lueger opinaba también que era posible mantener el Estado austriaco, con la condición de que Viena recobrase toda su supremacía. Schönerer, al contrario, partía de la idea de que el Estado austriaco debía desaparecer. Su actitud hacia la casa de los Habsburgo era de una brutalidad radical. De entonces procede la primera tentativa de oponer la comunidad racial germánica a la monarquía. Sobre esta cuestión, Lueger y Schönerer no opinaban del mismo modo.

Lueger, que había pertenecido al movimiento pangermanista, ingresó en el partido cristiano-social, puesto que pensaba que el antisemitismo constituía el único modo de salvar al Estado. Ahora bien, el antisemitismo en Viena no podía tener otra base que la religiosa. Desde el punto de vista de la raza, alrededor de un cincuenta por ciento de la población de Viena no era alemana. El número de los judíos, sobre una población de un millón ochocientos mil habitantes, llegaba a trescientos mil. Pero los checos de Viena eran antisemitas. Lueger había conseguido que de las ciento cuarenta y ocho plazas del consejo municipal de Viena, ciento treinta y seis fueran ocupadas por antisemitas.

Cuando llegué a Viena, yo era un adversario fanático de Lueger. Como pangermanista y como partidario de Schönerer, yo era en efecto enemigo de los cristiano-sociales. No pude, sin embargo, durante mi estancia en Viena, dejar de sentir un gran respeto por la persona de Lueger. Le oí hablar por primera vez en el ayuntamiento. Tuve que sostener aquel día una gran lucha conmigo mismo, porque había decidido odiar a Lueger. Y no podía evitar admirarle. Era un orador extraordinario. Sin duda la política alemana habría tomado otra dirección si Lueger no hubiera muerto antes de la primera guerra mundial, a consecuencia de un envenenamiento de la sangre. Se quedó ciego en los últimos años de su vida. Los cristiano-sociales llegaron al poder en Viena y se sostuvieron hasta el hundimiento en 1918.

Lueger tenía costumbres regias. Cuando daba una fiesta en la alcaldía, era fastuosa. Nunca le vi por las calles de Viena sin que todos se pararan para saludarle. Su popularidad era inmensa. En el momento de sus funerales, doscientos mil vieneses le acompañaron al cementerio. El cortejo desfiló durante una hora entera.

Lueger fue el alcalde más grande que ha existido en nuestro país. Si nuestros municipios han llegado a adquirir cierta autonomía, es gracias a él. Lo que en otras ciudades pertenecía a empresas privadas, él hizo que fueran servicios públicos. Así es como pudo ampliar y embellecer Viena sin imponer nuevos impuestos. Los banqueros judíos decidieron un día cortarle los créditos. Fundó la Caja de Ahorros municipal y los judíos enseguida se asustaron y le abrumaron con sus ofertas.

Schönerer y Lueger se mantuvieron como adversarios hasta el fin, pero fueron dos grandes alemanes. Acostumbraban a tratar a la casa de Habsburgo de igual a igual. Schönerer era el más lógico de los dos, puesto que había decidido hacer saltar al Estado austríaco. Lueger creía que era posible conservar ese Estado en la comunidad alemana.

Una ciudad como Hamburgo está gobernada de una manera soberbia.

En Leipzig se llegó a lo más bajo en la época en que el *Kreisleiter* Dönicke fue alcalde. Era un excelente *Kreisleiter*, pero nulo como alcalde.

Poseo varias partituras originales de Richard Wagner, lo que Dönicke no podía ignorar. Esto me valió que un día, durante una ceremonia con acompañamiento de discursos en dialecto sajón, recibiera de las manos inocentes de Dönicke una partitura impresa de Wagner que él sencillamente había confundido con un manuscrito; Dönicke estaba lleno de beatitud y de satisfacción. He aquí, más o menos, cómo empezó su discurso en presencia de toda la universidad: «En Leipzig ha nacido el bien conocido compositor Richard Wagner, autor, entre otras, de la ópera *Tannhäuser*...». Los profesores, cohibidos, se miraron entre sí. Yo mismo buscaba una trampa por donde desaparecer; la impresión era lamentable. Al marcharme le dije a Mutschmann: «¡Espero que en un plazo de ocho días sabré el nombre de su nuevo alcalde!».

Nuestro mejor administrador municipal es sin duda alguna Fiehler, pero...

Liebel es una personalidad. No sabe aún que he encontrado para él el *Goblet* de Jamnitzer. Cree que está todavía en el museo de Leningrado. Los judíos lo habían vendido, lo he vuelto a comprar en Holanda junto con los objetos de la colección Mannheimer. *La fiesta del rosario* de Alberto Durero sigue en Praga. Tampoco Liebel pierde ocasión de recordarme que posee el marco de este cuadro. «¡Muy bien, le dije, entonces vamos a hacer una copia!»

Cada vez que sucede algo en Praga, recibo de Núremberg alusiones, más o menos veladas, a que quizá fuera conveniente poner en sitio seguro tal o cual obra. Apenas había caído Cracovia, y ya Liebel se las había arreglado, sin que nadie se apercibiera, para desmontar las esculturas de Veit Stoss y hacerlas repatriar a Núremberg. Liebel considera a los habitantes de Fuerth unos parásitos. Ha encontrado numerosas razones para demostrar que engañaron a la ciudad de Núremberg. Si sólo dependiera de él, la

ciudad de Fuerth sería exterminada. ¡Si no pudiese realizarlo, se contentaría con anexionarla!

Un excelente alcalde fue Siebert, en Rothenburg y en Lindau. Siebert es una personalidad de primer plano. Hace digno contrapeso a Wagner, que está más dotado para la propaganda. Siebert, además, no es insensible a las artes. A él se debe, sobre todo, la restauración del castillo de Núremberg. Liebel le dejó hacer sin decir nada; y después, una vez que los trabajos concluyeron, le sugirió que el castillo debería ser ofrecido al Führer (pero Liebel sabía que yo no aceptaría semejante regalo). Siebert vino, pues, solemnemente a ofrecerme el castillo. Al día siguiente, fue Liebel el que vino a decirme cuán dichoso era sabiendo que había aceptado. Le dije: «Usted se equivoca yo no acepto ese don». Liebel me pregunta entonces, inmediatamente, si puede solicitar de mí el favor de dejarle el castillo para hacer donación de él a la vieja y noble ciudad de Núremberg. Siebert volvió, pero para llorar en mi chaleco. Se quejaba con bastante razón de los procedimientos no demasiado regulares de Liebel. A fin de cuentas, era él quien dio todo el dinero... Si no me equivoco, es Núremberg la dueña del castillo...

El alcalde de Regensburg también es excelente. Es nuestro principal constructor de viviendas obreras.

Me decepciona siempre apercibirme de que ciertas ciudades que tienen un gran pasado no están gobernadas por administradores de categoría. La autoridad pertenece al Reich, pero la administración debe ser descentralizada. De lo contrario, sería el reino de los funcionarios del Estado, y se ignorarían sistemáticamente los talentos que en cada lugar florecen.

78. NOCHE DEL 17 AL 18 DE DICIEMBRE DE 1941

INVITADO ESPECIAL: EL DR. GOEBBELS

¿Un nuevo calendario?– Tradiciones militares. – Las banderas y estandartes del Reich.

Ésta es una cuestión que se me presentó en el momento de la toma del poder. ¿Debíamos conservar la cronología cristiana o inaugurar una nueva era? Me dije que el año 1933 no hacía más que añadirse a una tradición milenaria. La noción del Reich estaba en aquel momento, como si dijéramos, olvidada, pero ha vuelto a imponerse entre nosotros y en el mundo. Cuando se habla de Alemania, sea donde sea, ya no se dice más que «el Reich».

Es preciso que el ejército del Reich asimile poco a poco las tradiciones más notorias de Prusia, Baviera y Austria

Es una pena que no hayamos establecido de una manera uniforme las águilas y los estandartes de nuestras diversas armas. ¡Qué bella es la bandera de guerra del Reich! Pero sólo le sirve a la

marina. Raeder sabía que cuando un barco enarbola sus colores, enarbola los de la nación. Fritsch, por el contrario, quería dar al ejército una personalidad independiente, y por eso las banderas de nuestros regimientos son en cierto modo las banderas de una asociación. Hacen resaltar lo que cada arma representa, cuando habría que poner el acento sobre lo que recuerda la pertenencia al Reich. En la lucha contra los sarracenos, los cruzados luchaban todos bajo el emblema de la cristiandad. También los romanos tenían todos el mismo estandarte.

79. 18 DE DICIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

Si los ingleses hubieran comprendido. – Lamentaciones holandesas. – Los japoneses y la raza blanca. – Kiaochow.

Lo que pasa en Extremo Oriente, yo no lo he querido. Desde hace años he venido diciendo a todos los ingleses que perderían Extremo Oriente si se comprometían en una guerra en Europa. No contestaban, pero tomaban aires de superioridad ¡Qué bien saben tomar aires arrogantes!

Me he emocionado oyendo a Mussert: «Usted me comprende seguramente en este momento. Tres siglos de esfuerzo que se desvanecen».

Himmler intervino: «Hay que tener en cuenta la contrapartida, que el pueblo holandés conservará así su integridad, mientras que antes corría el peligro de corromperse con sangre malaya». Hitler continuó:

Los japoneses van ocupando todas las islas, una después de otra. Se apoderarán igualmente de Australia. La raza blanca desaparecerá de esas regiones.

Esta evolución comenzó en el momento en que las potencias europeas, en 1914, autorizaron a Japón a apoderarse de Kiaochow.

80. NOCHE DEL 23 AL 24 DE DICIEMBRE DE 1941

El museo de Linz. – Depreciación de la gran pintura por los críticos judíos. – Incompetencia de los dirigentes burgueses. – La Venus de Bordone.

Opino que en la actualidad el museo de Linz puede sostener la comparación con cualquier museo de Nueva York.

En la década de 1890 a 1900 podían constituirse todavía grandes colecciones. Después llegó a ser prácticamente imposible echar mano a las grandes obras. Los judíos montaban la guardia y lo monopolizaban todo. Si yo hubiera tenido dinero mucho antes, habría logrado retener en Alemania numerosas obras que emigraron. Fue una suerte que yo llegara. De lo contrario, hoy nos quedarían sólo los huesos, pues los judíos hacían su negocio con las piezas de valor.

Para conseguir ese fin, se sirvieron sobre todo de la literatura. Hay que atribuir la responsabilidad, en primer término, a la estupidez y cobardía de nuestra burguesía; a continuación, al estado social (del que la burguesía es igualmente responsable) que quiere que sólo un parte ínfima de la población llegue a interesarse por el arte. El judío podía decirse: «Estos alemanes son capaces de tragarse cualquier esperpento, con tal de que se les persuada de que es un esperpento hermoso». El pueblo nunca se mezcló en esas cosas Era sólo cuestión de unas pretendidas elites autoconvencidas de su propia competencia, cuando en realidad no eran capaces de distinguir lo hermoso lo feo. Esta situación me fue de gran utilidad en la época en que, disponiendo todavía de poco dinero, empecé a comprar. En lo que respecta a Inglaterra, me fue igualmente útil el hecho de que ciertas obras, a causa del tema no fueran muy idóneas con las costumbres conformistas de su sociedad. Fue así como vino a mi poder la admirable Venus de Bordone que en otro tiempo perteneció al duque de Kent. Siempre tuve que maravillarme obteniendo en Inglaterra obras de primer orden a cambio de unos cuantos horrores ensalzados por la crítica judía. Por parte de los judíos esto constituye una táctica de verdaderos falsificadores, pues ellos saben muy bien la ausencia de valor de las obras que tanto ensalzan.

Se han servido de semejante inversión de valores para comprar subrepticiamente y a buen precio las obras maestras que su literatura había depreciado.

81. NOCHE DEL 28 AL 29 DE DICIEMBRE DE 1941

Una alimentación privada de sus cualidades biológicas. – El observatorio de Linz. – Todo depende de los hombres. – El caso de Julius Streicher. – Streicher ha idealizado al judío. – Fidelidad a los primeros compañeros. – Los jamones de Dietrich Eckart. – Cartas de amor de Severing. – Ayuda a los adversarios correctos.

En mi juventud, los médicos decían que la alimentación a base de carne es indispensable para .la formación de los huesos. Era falso. Contrariamente a los pueblos que comen polenta, tenemos malos dientes.

Opino que esto se halla en relación con una alimentación más o menos rica en levaduras. Ahora bien, nuestra alimentación, en sus nueve décimas partes, está constituida por alimentos a los que se ha desposeído de sus cualidades biológicas.

Cuando me dicen que la mitad de los perros mueren de cáncer, sin duda esto tiene una explicación. La naturaleza predispuso al perro a alimentarse de carne cruda, desgarrando la carne de otros animales. Hoy el perro se nutre casi exclusivamente de sopas y potajes.

Si propongo a un niño que escoja entre una pera y un trozo de carne se precipita sobre la pera. Habla su atavismo.

Los campesinos pasan catorce horas al día al aire libre. Sin embargo, a los cuarenta y cinco años son ya viejos, y la mortalidad es enorme entre ellos.

Esto proviene de un error en su alimentación. No comen más que alimentos cocidos.

Es falso pensar que el hombre debe dejarse guiar por su glotonería. La naturaleza elimina espontáneamente a todo cuanto no está dotado para vivir. Sólo el hombre, entre los seres vivos, trata de contrariar las leyes de la naturaleza.

La gran tragedia para el hombre es que comprende el mecanismo de las cosas, pero las cosas mismas siguen siendo para él un enigma. Somos capaces de disociar los elementos de una molécula. Pero cuando se trata de explicar el porqué de una cosa, nos faltan las palabras. Es esto lo que lleva al hombre a concebir la existencia de una fuerza superior. Cuando haga construir en Linz un observatorio, haré grabar estas palabras en su frontispicio: «Los cielos proclaman la gloria de lo eterno». Es maravilloso que en momentos así el hombre haya creado la idea de Dios. El poder supremo que formó los mundos, seguramente ha dado a cada ser vivo el sentido de su función. En la naturaleza todo sucede como debe suceder.

Sin duda alguna el hombre se habría vuelto loco si bruscamente se hubiera enterado hace cien mil años de todo lo que sabemos hoy.

El ser humano no se desarrolla sólo en función de las obligaciones que la vida le impone, sino también en función de los hábitos que forman el ambiente de su época. Así la juventud actual considera naturales unas nociones que conmovieron a la generación anterior.

He dejado de seguir totalmente las organizaciones del partido. Cuando me encuentro en presencia de alguna de sus realizaciones exclamo: «¡Por Dios!, ¡cómo se desarrolla todo esto!».

Por eso no es justo que se diga, por ejemplo: «Es únicamente gracias a usted, mi Führer, que el *Gauleiter* Fulano ha podido hacer tal cosa». No, eso depende solamente de los hombres que están en el trabajo. Me doy cuenta de ello en este momento en las cuestiones militares. Todo depende de los hombres. Sin ellos, yo no podría hacer nada.

Ciertos países pequeños disponen hoy de un número mayor de hombres capaces que el imperio británico.

Cuántas veces he oído decir, en el partido, que tal puesto debería ser renovado. Desgraciadamente sólo podía contestar: «¿Pero con quién sustituirían ustedes al titular?».

Estoy siempre dispuesto a reemplazar a un hombre insuficiente por otro más cualificado. En efecto, a pesar de los lazos de la fidelidad, lo que es decisivo a fin de cuentas es la calidad de quien asume las responsabilidades.

Sobre una cosa no hay duda, y es que Streicher no ha sido nunca sustituido. Con todas sus debilidades, es un hombre que tiene temperamento. Si hemos de decir la verdad, debemos reconocer que sin Julius Streicher, Núremberg no hubiera sido atraída al nacionalsocialismo. Se puso a mi disposición en una época en que tantos otros titubeaban en hacerlo, y conquistó completa mente la ciudad de nuestros congresos. Esto es un mérito inolvidable.

Más de una vez, Dietrich Eckart me dijo que Streicher era un maestro de escuela y que además estaba loco desde varios puntos de vista. Añadía, sin embargo, que no se puede lograr el triunfo del nacionalsocialismo sin tragarse a un Streicher. A pesar de todo, Eckart le quería mucho.

Se le reprocha a Streicher su *Stürmer*. Contrariamente a lo que se pretende, *ha idealizado* al judío. El judío es mucho más innoble, feroz y diabólico de como Streicher lo ha pintado.

No es un crimen hablar públicamente de los asuntos del Estado, ya que el Estado necesita la aprobación del pueblo. Claro está que hay casos en que es inoportuno hablar de ciertas cosas. El que se hace culpable de ello no comete en general sino una falta contra la disciplina.

Frick me dijo una vez que Streicher estaba completamente desacreditado en Núremberg. Fui allí para tratar de formarme una opinión por mí mismo. Streicher penetra en la sala, ¡se produce un huracán de entusiasmo!

Asistí una vez a una reunión de mujeres. Sucedió en Núremberg, y me habían dicho que Elsbeth Zander estaba en seria oposición con Streicher. Me pidieron que interviniera. La reunión se celebraba en el Velódromo de Hércules. Un entusiasmo indescriptible acogió a Streicher. Los más antiguos adheridos del partido tomaron la palabra en favor de Streicher y contra Elsbeth Zander. Ya no tenía más que retirarme.

No hay que decir que la organización del *Gau* era bastante imperfecta. Si tomo como modelo un funcionario de la administración, la comparación no es evidentemente favorable a Streicher. Pero debo acordarme de que en 1919 no fue un funcionario el que conquistó Núremberg para mí.

En resumidas cuentas, fueron los mismos *Gauleiters* los que me pidieron que fuera indulgente con Streicher. En este caso no podía haber una medida común para las faltas cometidas y los méritos reconocidos, que eran notorios.

Como siempre ¡hay que buscar el sesgo femenino!

¿Quién puede escapar a la crítica? Yo mismo, si desapareciera hoy, no ignoro que llegará un momento, dentro de cien años quizá, en que se me atacará violentamente. La historia no hará una excepción en mi favor. Pero, ¿qué importancia tiene esto? Bastan otros cien años más para que las sombras se borren. No me preocupo de ello, yo marcho adelante.

Este asunto Streicher es una tragedia. En el origen del conflicto, está el odio que se profesan dos mujeres.

Hay, en todo caso, una observación que debo hacer: Streicher es irreemplazable. No se trata de que vuelva, pero yo le hago justicia. Si algún día escribo mis memorias, deberé reconocer que este hombre luchó como un búfalo por nuestra causa. La conquista de Franconia es obra suya.

Me duele la conciencia cuando tengo el sentimiento de no haber sido completamente justo con alguien. Cuando voy a Núremberg, es siempre con una sensación de amargura. No puedo evadirme de pensar que, en comparación con tantos méritos, las razones que motivaron la revocación de Streicher son de poco valor.

Todo lo que han dicho por ahí acerca de su enfermedad es falso. Streicher sólo tiene una enfermedad, ninfolepsia.

Bajo una forma u otra, habrá que encontrar una solución. No me es posible imaginar que celebremos en Núremberg un congreso en el que no esté presente el hombre que dio Núremberg al partido.

Puedo poner a un mediocre en el puesto de Streicher. Administrará perfectamente la región, siempre que las circunstancias sean normales. Sobreviene una catástrofe, ¡y el mediocre se hunde!

El mejor consejo que puedo dar a mis sucesores es que sean leales en semejantes casos.

La señora Streicher está fuera de este asunto. La señora Liebel es una mujer ambiciosa.

Ninguno de nosotros es, sin duda, completamente «normal». Si lo fuésemos nos pasaríamos todo el día en el café de la esquina. Los católicos, los burgueses, todos me han juzgado por loco porque a sus ojos sólo es un hombre normal el que se bebe cada tarde sus tres cervezas: « ¿Para qué toda esta agitación? Es buena prueba de que está loco». ¡Cuántos de entre nosotros fueron considerados por sus familias como ovejas negras!

Si examino las faltas de que se acusa a Streicher, puedo decirme que ningún gran hombre resistiría semejante criba. Se criticó a Richard Wagner porque llevaba pijamas de seda: «Prodigalidad, lujo insensato, desconocimiento del valor del dinero. ¡Ese hombre está loco!». En lo que a mí respecta, bastaba con que se me pudiera reprochar que confiaba el dinero a cualquiera y sin tener la seguridad de si ese dinero había sido bien colocado. El que quiere matar a su perro dice que está rabioso. No me importa que se me juzgue a mí de esta manera. Pero me avergonzaría si adoptara tales criterios para juzgar a los demás.

Todas las sanciones están justificadas cuando se trata de una verdadera falta: traición al movimiento, por ejemplo. Pero ¿y cuándo un hombre se ha equivocado de buena fe?

No hay derecho a fotografiar a un hombre sorprendido en la intimidad. Es muy fácil ridiculizar a cualquiera. Que cada uno se pregunte a sí mismo qué haría si tuviese la mala suerte de ser fotografiado, sin saberlo, en una situación delicada. Estos son procedimientos repugnantes, y he prohibido que semejantes fotos se utilicen.

No es equitativo exigir de un hombre más de lo que puede dar. Streicher no tiene dotes de gran administrador. ¿Acaso yo hubiera podido confiar la dirección de un gran periódico a Dietrich Eckart? Desde el punto de vista financiero, habría reinado allí un desorden de miedo. Un día hubiese salido el periódico, y al siguiente, no. Si tenía un cerdo, Eckart lo prometía a derecha e izquierda y distribuía, por lo menos, ochenta jamones. Estos hombres son así, pero es imposible emprender cualquier cosa sin ellos.

Yo tampoco tengo las condiciones de un gran administrador, pero he sabido rodearme de los hombres que hacía falta.

Dietrich Eckart no hubiera podido, por ejemplo, dirigir el Instituto Nacional de Artes y Letras. Esto no impide que sus méritos sean insuperables. Es como si me exigieran que me dedicara a la agricultura. Soy completamente incapaz.

Tuve un día en mis manos un paquete de cartas de Severing. Si se llegan a publicar, hubiera sido su aniquilamiento. Eran confidencias de vendedor de mercería. Le dije a Goebbels: «No tenemos derecho a servirnos de esto». La lectura de aquellas cartas me hizo más bien simpático a Severing, y es seguramente una de las razones por las que después no lo he perseguido.

Tengo igualmente, en los archivos del Estado, las fotos de Mathilde von Kemnitz. Prohíbo que se publiquen.

No pienso que un hombre deba morirse de hambre porque ha sido adversario mío. Si fuera un adversario innoble, entonces ¡que le lleven al campo de concentración! Pero si no se trata de un prevaricador, que le dejen en paz. Y además me preocupo de que tenga algo de qué vivir. Así es como he ayudado a Noske y a muchos otros. A mi regreso de Italia incluso aumenté sus pensiones diciéndome: «¡Alabado sea Dios, gracias a estas gentes nos vemos libres de esa chusma aristócrata que continúa oprimiendo a los italianos!». Salvo error por mi parte, creo que su pensión es ahora de ochocientos marcos al mes.

Lo que no llego a admitir, sin embargo, es que hagan declaraciones en favor mío; Severing, por ejemplo, se me ha ofrecido varias veces. Parecería que los había comprado. Sé que uno de ellos ha dicho, pensando en nosotros: «En el camino del socialismo, los resultados van más allá de lo que habíamos soñado».

Thaelmann mismo recibe un buen trato en el campo de concentración. Dispone allí de una casita para él.

A Torgier se le ha dejado en libertad. Trabaja en paz en una obra sobre el socialismo en el siglo XIX. Estoy persuadido de que incendió el Reichstag, pero no puedo probarlo. Personalmente no tengo nada que reprocharle. Sin contar que ahora es completamente inofensivo. ¡Es una lástima que no encontrara a ese hombre diez años antes! Es por naturaleza un hombre inteligente.

Por eso es insensato por parte de España perseguir a los falangistas genuinos.

Gracias a Dios, siempre he evitado perseguir a mis enemigos.

82. 29 DE DICIEMBRE DE 1941

INVITADOS ESPECIALES: EL DR. TODT Y EL DIRECTOR GENERAL PLEIGER

La industrialización del Reich. – El carbón y el hierro. – Mano de obra suministrada por los prisioneros rusos. – Mirar hacia el porvenir.

La industrialización del Reich se inició con la explotación del carbón en el Ruhr. Vino luego la expansión de la industria del acero, y como consecuencia, la industria pesada, origen a su vez de la industria química y de todas las demás.

El problema principal es hoy un problema de mano de obra. A renglón seguido, el de las materias primas básicas: carbón y hierro. Con hombres, carbón y hierro se puede resolver el problema del transporte. Alcanzado este punto, se encuentran reunidas las condiciones para el funcionamiento de una economía gigantesca.

¿Cómo aumentaremos la producción de carbón y de mineral? Si utilizamos la mano de obra rusa, esto nos permitirá recurrir a nuestras gentes para otras tareas. Más vale tomarse el trabajo de formar a los rusos que hacer venir italianos del sur que al cabo de seis semanas nos dicen ¡adiós! Un ruso no es tan estúpido que no pueda trabajar en una mina. De todos modos, nos orientamos completamente hacia la estandarización. Hay que añadir que cada vez se trabajarán menos los metales. Las prensas sustituirán de hoy en adelante a los torneros.

Con la ayuda de un material humano tan colosal —estimo en dos millones y medio la mano de obra rusa utilizable— llegaremos a producir las máquinas herramientas que nos son necesarias.

Podemos renunciar a crear nuevas fábricas si introducimos progresivamente el sistema de los dos equipos. El hecho de que el turno de noche no rinda tanto como el de día es un inconveniente que podemos soportar. La contrapartida es que economizamos los materiales necesarios para la construcción de nuevas fábricas. Hay que mirar hacia el porvenir.

83. 30 DE DICIEMBRE DE 1941, A MEDIODÍA

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

Los barcos averiados. – Ejemplo de los ingleses. – Sabotaje.

Los ingleses vuelven a poner rápidamente en servicio los barcos que han sufrido algún deterioro durante las operaciones. Es decir, que saben limitarse a las reparaciones indispensables, mientras que nosotros nos obstinamos en remachar todos los detalles: así perdemos un tiempo precioso.

En muchos aspectos nos conservamos fieles a la vieja costumbre de esperar siempre y en todo el rendimiento óptimo. Yo pregunto qué importancia puede tener que un barco, que estamos necesitando urgentemente, lleve un acero que desafía a los siglos. Sea en la guerra o en la paz, lo que importa a fin de cuentas es que una cosa preste el servicio que se espera de ella, y en el momento en que hace falta.

Sucede a menudo que por temor de la responsabilidad se aferra uno a las viejas reglas. Y todos pueden dar gracias al cielo: ¡existe un reglamento que suprime la oportunidad de tomar iniciativas! Esto es una especie de resistencia pasiva provocada por la pereza de la inteligencia. Opino que hay casos en que la fidelidad a la letra de un reglamento es una especie de sabotaje.

84. NOCHE DEL 31 DE DICIEMBRE DE 1941 AL I DE ENERO DE 1942

Los países de raza blanca y el Extremo Oriente. – No existe cuestión social en Japón. – Holanda y Japón. – La inminente caída de Singapur.

Habría sido posible conservar el Extremo Oriente si los grandes países de raza blanca se hubieran coaligado con ese fin. Presentadas así las cosas, nunca Japón hubiese podido hacer prevalecer sus pretensiones.

Los japoneses no tienen necesidad de una revolución nacionalsocialista. Si renuncian a pequeñas cosas superfluas que reciben de Occidente, evitarán que la cuestión social nazca entre ellos. Que una fábrica japonesa pertenezca al Estado o a un individuo es sólo cuestión de fórmula. En el Japón no existe la gran propiedad rural; no hay más que pequeños propietarios. La clase media constituye allí la base de la población.

El conflicto social sólo llegaría a imponerse en el Japón si el país adquiriera una riqueza enorme. Oshima cree que tenemos suerte de

que el clima de los países rusos, que estamos conquistando, sea áspero. Hace la comparación de que, por el contrario, los archipiélagos sobre los cuales sus compatriotas ponen el pie tienen un clima que invita a la molicie.

Si los holandeses se hubieran unido con el Japón por un acuerdo comercial, habrían realizado un buen cálculo. Bajo la presión inglesa, han hecho exactamente lo contrario. Es posible que los holandeses se decidan a pactar cuando haya caído Singapur.

Gracias a los alemanes que los japoneses utilizarán en el archipiélago, dispondremos en aquellas regiones de excelentes salidas para nuestros productos.

II - 1 de enero a 5 de febrero de 1942

85. 1 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: HIMMLER, EL MINISTRO DORPMÜLLER Y EL SUBSECRETARIO DE ESTADO KLEINMANN

No desperdiciar la mano de obra alemana.

Soy partidario de que los grandes trabajos (construcción de túneles, etc.) los hagan durante la guerra los prisioneros. El primer mono que llegue puede encargarse de ello. De modo que sería desperdiciar la mano de obra alemana imponer a nuestros hombres tales faenas.

86. 1 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

Autorización del juego en Baden-Baden.

No me preocupo del precio de las cosas más que cuando se trata del comprador modesto. En lo concerniente a los ricos ¡se deberían inventar ocasiones para hacerles gastar dinero!

Un día el *Gauleiter* del país de Baden vino a confiarme sus temores sobre Baden-Baden; me dijo que estaba perdiendo la fuente de sus ingresos. Los judíos, que eran allí lo esencial de la clientela, habían desaparecido desde 1933.

No era cosa de conceder una subvención a Baden-Baden. La temporada no tenía viabilidad salvo con la condición de que se la dotara de un casino. No dudé ni un momento, autoricé el juego.

87. NOCHE DEL 1 AL 2 DE ENERO DE 1942

Imposibilidad de evitar a Dios. – La ceremonia del matrimonio. – El funcionario no piensa. – Montserrat ...

A propósito de una carta de la señora Von Oeynhausen, Chr. Schr. examinó la oportunidad de sustituir la enseñanza religiosa en las escuelas por un curso de filosofía general, sólo con el fin de que los niños no perdiesen el sentido del respeto ante las cosas que sobrepasan su comprensión. Alguien propuso que no se le diera a esta nueva enseñanza la calificación de «filosofía». Se trataría más bien de una explicación del nacionalsocialismo. El Führer dio su opinión.

Es imposible eludir el problema de Dios. Cuando disponga de más tiempo, puntualizaré las fórmulas que deberán ser utilizadas en las grandes circunstancias. Tienen que ser algo perfecto de pensamiento y de forma.

Mi opinión es que debemos organizar la ceremonia del casamiento de modo que las parejas no se presenten una a una ante el funcionario del registro civil. Si cada pareja reúne un séquito de diez parientes o amigos, con cincuenta parejas tendremos quinientos participantes ¡todos los elementos de una ceremonia majestuosa!

El funcionario del registro civil actual se encuentra frente a una tarea imposible. ¿Cómo quieren ustedes que ese hombre haga diez veces por día un discurso inspirado? ¡Qué razonamientos más insípidos tienen algunas voces! La expresión «funcionario del registro civil» es ya por sí misma poco poética. Cuando la oigo me hace pensar en mi padre. A veces le decía: «Papá, piensa que...». En seguida me cortaba la frase: «Hijo, yo no tengo necesidad de pensar, yo soy funcionario».

Hitler estaba hojeando un libro ilustrado que trata de España:

¡Montserrat! Esta palabra evoca la leyenda. Tiene su origen en el conflicto que hizo enfrentarse a los moros y a los elementos romano-germánicos. Un bello país. Se puede situar en él el Santo Grial.

88. NOCHE DEL 2 AL 3 DE ENERO DE 1942

Recuerdos de Obersalzberg. – El profesor Hoffmann. —Las pinturas de Rottmann. – Animales.

Cuando voy a Obersalzberg, la belleza del paisaje no es lo único que me atrae. Me siento allí lejos de las pequeñeces y con la imaginación más despierta. Cuando fuera de allí estudio un problema lo veo menos claramente, estoy sumergido en los pormenores. Por la noche, en el Berghof, paso frecuentemente horas y horas con los ojos

abiertos, contemplando desde mi cama las montañas iluminadas por la luna. En esos momentos se produce la claridad en mi espíritu.

En el tiempo de mi primera campaña electoral, el problema era saber cómo se obtendrían los escaños. Sólo los partidos de cierta importancia podían aspirar a ellos. No tenía para la campaña ninguna fórmula original. Subí a Obersalzberg. A las cuatro de la mañana ya estaba despierto, y me di cuenta inmediatamente de lo que debía hacer. En el mismo día compuse una serie entera de carteles. ¡Decidí hundir al adversario bajo el peso de sus propios argumentos! ¡Y qué armas nos suministraba!

Todas mis grandes decisiones las he tomado en Obersalzberg. Allí concebí la ofensiva de mayo de 1940 y el ataque contra Rusia.

Cuando Hoffmann se ausenta por algunos días, le echo de menos.

Chr. Schr. exclamó: «Mi Führer, si el profesor Hoffman lo supiera, estaría encantado».

Pues lo sabe muy bien. Hace poco quiso ofrecerme un Menzel. Era verdaderamente amable por su parte. Pero rehusé. No podía privarle de este cuadro. Y además, ¿qué hubiera hecho con él? En Linz no hay sitio adecuado. Para la casa de Hoffmann, en cambio, es un tesoro. En lo que Hoffmann podría hacerme un gran favor, sería, por ejemplo, si me encontrara un Rottmann para mi museo.

Existen en la Pinacoteca paisajes de Rottmann griegos y romanos, con coloridos extraordinarios En Linz no tenemos más que un cuadro suyo. Lo mismo da, ¡no puedo tenerlo todo! Si alguien quiere estudiar a Rottmann que vaya a Múnich.

¿Por qué será que el silbido de la lechuza es tan desagradable para el hombre? Debe haber una razón.

Imagino lo que debe de ser el rumor de la selva virgen. Los animales gritan cuando tienen hambre, cuando sufren, cuando el amor les estimula. El lenguaje de los pájaros está seguramente mucho más desarrollado de lo que creemos. Decimos que los gatos son juguetones. Quizá piensen ellos lo mismo de nosotros. Nos aguantan todo lo que pueden y cuando están hartos de nuestras niñerías, nos largan un zarpazo.

89. 3 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

Gran Bretaña debió evitar la guerra. – Los diplomáticos japoneses Nomura y Kurusu. – Saber engañar.

Si hay un país con verdaderas razones para evitar la guerra, es Gran Bretaña. Para ella el único medio de conservar su imperio era poseer una fuerte aviación y una poderosa marina. No necesitaba nada más.

Oshima me ha dicho que, para engañar a los americanos, les habían enviado a Nomura y a Kurusu, pues era público que ambos habían sido siempre partidarios de una alianza con Estados Unidos.

Hay que tener experiencia. Cuando se quiere fingir y simular la debilidad, ¡qué error más grande es recurrir a un hombre valiente pidiéndole que se muestre débil! Más vale escoger decididamente un débil.

90. NOCHE DEL 3 AL 4 DE ENERO DE 1942

Reclutamiento de las SS. – Méritos de Himmler. – Origen de las SS y de la SA. – Sepp Dietrich. – Ciento siete representantes en el Reichstag. – Los maestros de escuela. – Goering y el honor alemán. – Elogio del optimismo. – A las mujeres les gustan los machos. – Cuarenta grados bajo cero. – Los tanques de Rommel. – La dieta de Worms. – Origen del saludo alemán. – Origen de la expresión «Führer».

Las SS no deben extender exageradamente su reclutamiento. Lo que importa es mantenerlas a un nivel muy elevado. Este cuerpo debe causar el efecto de un imán sobre los hombres selectos. Es preciso que se sepa que un grupo como las SS debe pagar más caro que cualquier otro el impuesto de sangre, a fin de alejar de él a los jóvenes que no piensan más que en darse importancia. Un cuerpo animado por una voluntad firme, de una prestancia insuperable: ¡la encarnación de la conciencia de superioridad!

En cuanto retorne la paz, las SS tendrán que volver a su independencia, una independencia total. Siempre hubo rivalidades entre las tropas de línea y las de guarnición. Por eso es bueno que las SS, en relación con las otras, constituya un mundo aparte. En tiempo de paz, es una policía selecta, capaz de aplastar a cualquier adversario. Las SS tenían que hacer la guerra, sin lo cual su prestigio se hubiera visto disminuido. Me siento orgulloso cuando un jefe del ejército puede decirme que «su fuerza consiste esencialmente en una división de blindados y la división SS Reich».

Himmler posee un mérito extraordinario. Creo que nadie ha tenido como él la obligación de imponer a sus hombres condiciones tan constantemente difíciles. En 1934 el «anciano caballero» aún estaba ahí. También posteriormente surgieron mil dificultades.

Convencido de que siempre hay circunstancias en que son necesarias las tropas de selección, creé en 1922-1923 las «unidades de choque Adolf Hitler». Las formaban hombres preparados para la revolución y que sabían que un día u otro llegarían los golpes duros.

Cuando salí de Landsberg, todo se había disuelto y dispersado en bandos, a veces rivales. Entonces me dije que me hacía falta una guardia, incluso muy reducida, pero compuesta de hombres que se sintieran obligados sin restricción a luchar hasta contra sus propios hermanos. Veinte hombres solamente para toda una ciudad (con la condición de que se pueda contar absolutamente con ellos) más bien que una masa dudosa.

Fueron Maurice, Schreck y Heyden los que formaron en Múnich el primer grupo de valientes y fueron así origen de las SS, pero fue con Himmler cuando las SS llegaron a ser esta tropa extraordinaria, consagrada a una idea, fiel hasta la muerte. Veo en Himmler a nuestro Ignacio de Loyola. Con inteligencia y obstinación, contra viento y marea, él supo forjar este instrumento. Los jefes de las SA no han conseguido dar alma a sus tropas. En el periodo actual, tenemos la confirmación de que cada división de las SS es consciente de su responsabilidad. Las SS saben que deben representar un papel ejemplar, ser y no simplemente parecer, pues todas las miradas están fijas en ellas.

El papel de Sepp Dietrich es singular. Siempre le di ocasión de intervenir en puntos neurálgicos. Es un hombre astuto, enérgico y brutal a la vez. Con las apariencias de la antigua soldadesca, Dietrich es un hombre serio, concienzudo, escrupuloso. ¡Y qué solicitud para con sus soldados! Es un fuera de serie, del estilo de los Frundsberg, de los Ziethen y Seydlitz. Es un Wrangel bávaro, irreemplazable. Para el pueblo alemán, Sepp Dietrich es una institución nacional. A todo esto se añade, para mí, el que es uno de los más antiguos compañeros de lucha.

Una de las situaciones trágicas que hemos conocido fue en Berlín en 1930. ¡Cómo supo imponerse Sepp Dietrich! Era poco antes de las elecciones, de las que todo estaba pendiente. Esperaba yo en Múnich el resultado del escrutinio. Por la tarde me fui al teatro. Los primeros resultados empezaban a llegar. Adolf Müller entra muy excitado y exclama: «Creo que es un triunfo. Vamos a tener sesenta y seis escaños». Le contesté que si el pueblo alemán era correcto, nos daría muchos más. Interiormente me decía: pudieran ser cien. De repente, llega la certeza de cien puestos seguros. Müller ofrece una ronda. ¡Llegamos hasta ciento siete! ¿Cómo expresar lo que sentí en aquel instante? Pasábamos de doce escaños a ciento siete.

No puedo soportar a los maestros de escuela. Como siempre, las excepciones confirman la regla y esto explica por qué la juventud se apega tanto a los que forman la excepción.

La situación era lamentable en las universidades después de la guerra mundial. Los jóvenes oficiales que venían de hacer la guerra constituían un auditorio poco cómodo.

Tuve un día ocasión de oír un discurso de Goering, en el cual tomaba partido resueltamente por el honor alemán. Ya me habían llamado la atención sobre él. Me gustó. Hice de él el jefe de mis SA.

Es el único jefe que las ha conducido bien. En poco tiempo puso en pie una división de once mil hombres.

El joven Lutze se ha ido al frente como voluntario. ¡Esperemos que no le pase nada! Es un chico verdaderamente ejemplar, perfecto en todo. Cuando haya cumplido una temporada de frente le tomaré conmigo. Tiene mucho estilo. Inge y él eran de los que venían a Obersalzberg. Debían de tener trece y catorce años. Inge había hecho sin duda algo que no estaba muy bien. Se vuelve hacia nosotros y hace este comentario: «¡Juventud de hoy!».

Asistí un día al entierro de unos camaradas nacionalsocialistas que habían sido asesinados. Me conmovió la actitud, llena de dignidad, de sus familias. Algún tiempo después, en Núremberg, enterraban al soldado austriaco Schumacher, que igualmente había sido asesinado. Sólo se oían gritos y lamentaciones: ¡un espectáculo atroz!

¡Piedad para los pesimistas! Se estropean a sí mismos la existencia. La vida, en resumidas cuentas, no es soportable sino a condición de ser optimista. El pesimista complica inútilmente las cosas.

En mi pelotón reinaba un espíritu de franca alegría. Sin las estafetas, no hubiésemos tenido comunicación con el mundo exterior. No disponíamos de radio. Dios de bondad, ¡qué habría sucedido si hubiéramos sido un grupo de pesimistas!

Lo peor de todo es un jefe pesimista. Tiene el poder de paralizarlo todo. Llevado a tal grado ya no se es pesimista, se es desmoralizador.

¿Cómo hubiera podido triunfar sin esta dosis de optimismo, que nunca me ha abandonado, y sin esta fe que mueve montañas?

El sentido del humor y la tendencia a la risa son cualidades indispensables para el soldado. La víspera de nuestra salida para la batalla del Somme, pasamos toda la noche entre risas y bromas.

Por naturaleza la juventud es optimista. Es una predisposición que hay que estimular. Es preciso tener fe en la vida. Es siempre útil poder establecer relación entre los acontecimientos. En presencia de una situación difícil me acuerdo siempre de cuál era la nuestra en 1933. No es suficiente la predisposición al optimismo, hace falta también una especie de juventud. Es una suerte que me lanzara a la política a los treinta años, que haya sido canciller del Reich a los cuarenta y tres, y que ahora sólo tenga cincuenta y dos.

Se nace optimista como se nace pesimista. Con los años el optimismo se debilita. La cuerda se afloja. Cuando fracasé en 1923, no tuve otra idea que volver a cabalgar. Hoy no sería capaz del esfuerzo que supone, por ejemplo, hacer un discurso todas las noches. La conciencia de no ser ya capaz de algo es desmoralizadora. Creo ciegamente en mi pueblo. Si perdiera esta fe, no me quedaría más que morir.

Un pobre hombre como Wiedemann, ¿qué posee ahora más que antes? Toda crisis tiene su fin. La única cuestión es saber si sobreviviremos a esta crisis. ¡No existe un invierno entero con el termómetro fijo en cuarenta grados bajo cero! Lo importante es no ceder en ninguna ocasión. Es maravilloso ver a un hombre vencer una situación desesperada. Ahora bien, hay pocos seres capaces de dominar la suerte adversa.

Durante toda mi vida, fue ése mi pan cotidiano. Primero la miseria que conocí en mi juventud. Después las dificultades a veces prodigiosas del partido. Enseguida el gobierno del país. Pero afortunadamente, nada es eterno, y éste es un pensamiento reconfortante. Incluso cuando el invierno reina con todo su rigor, sabemos que luego vendrá la primavera Y si los hombres se transforman hoy en bloques de hielo, esto no impide que el sol de abril luzca y vuelva a dar vida a los espacios desolados.

En el sur el deshielo empieza en mayo. En Crimea hace calor en el mes de febrero. A fines de abril, como al contacto de una varita mágica, se funde la nieve y todo aparece verde. Este paso de una estación a otra se cumple podría decirse que sin transición. Es un poderoso empuje de savia. No hay nada comparable con lo que sucede en nuestras regiones.

El hombre pierde en un instante el recuerdo de las cosas que le han hecho sufrir. De lo contrario, viviría continuamente en la angustia. Al cabo de nueve meses, olvida la mujer los terribles dolores del parto. Una herida se olvida enseguida. Lo que es verdaderamente extraño es que en el momento de ser herido, no se tenga más que la impresión de un choque, sin dolor inmediato. Cree uno que es algo sin importancia. No empieza el dolor hasta el momento en que te transportan. A propósito de esto, se han visto escenas increíbles, sobre todo en 1914, época en que todavía la rigidez ceremonial no había perdido sus derechos. ¡Por poco que pudieran sostenerse en pie, los heridos adoptaban la actitud idónea para pedir a sus capitanes el permiso de hacerse evacuar!

En el fondo, todo esto es excelente para nuestra raza. Es excelente también para la mujer alemana, pues las mujeres adoran a los machos. Los hombres de los países nórdicos están tan afeminados que sus más bellas mujeres hacen el equipaje en cuanto pueden juntarse a un hombre de los nuestros. Eso pasó con Goering y su Karin. No hay por qué rebelarse contra tales cosas. Es un hecho que a las mujeres les gustan los verdaderos hombres. Es su instinto que se manifiesta.

En la época prehistórica, la mujer buscaba la protección del héroe. Cuando dos hombres luchaban por la posesión de una mujer, ella esperaba, para dejar hablar a su corazón, a saber cuál obtendría la victoria. Las muchachas se vuelven locas por los cazadores furtivos.

En este momento, preferiría conducir al combate en el este una sección de cazadores furtivos, antes que un grupo de esos juristas que les condenan.

Me ha chocado el juicio de los japoneses, que estiman que el inglés es mejor soldado que el americano. Si vencemos a los ingleses, eso no les impedirá seguir creyendo en su superioridad. Es únicamente un asunto de educación.

Al principio de la primera guerra mundial, los ingleses no estaban acostumbrados al fuego de artillería. Después de cuatro horas de hostigarles estaban rendidos, mientras que nosotros resistíamos semanas. Los ingleses son especialmente sensibles a las amenazas de envolvimiento por los flancos.

En conjunto, el soldado inglés no ha mejorado desde la primera guerra mundial. Puede decirse que, de hecho, este aserto vale para todos nuestros adversarios, incluyendo los rusos. Incluso cabría afirmar que el ruso combatía mejor durante la primera guerra mundial.

Tuve ya la intención de atacar en el oeste en otoño de 1939. Pero la estación estaba demasiado avanzada.

La batalla de África es una batalla de material. A Rommel le han faltado tanques; los otros todavía tenían unos cuantos. Eso lo explica todo. Y si a Rommel le faltan tanques, es porque no podemos transportarlos.

La expresión *Blitzkrieg* es de invención italiana. Lo hemos sabido por los periódicos italianos. También acabo de enterarme de que debo todos mis éxitos a un atento estudio de las teorías militares italianas.

Antes, cuando llegaba en coche a una ciudad en donde me esperaban, permanecía de pie y descubierto, a veces durante horas, incluso bajo la lluvia. Lamento de verdad que la edad y la salud ya no me lo permitan. Según como se consideren las cosas, yo soportaba más que los otros, incluyendo a los que estaban esperándome al aire libre, bajo cualquier tiempo.

El saludo militar no es un gesto afortunado. He impuesto el saludo alemán por la razón siguiente. Di orden, al principio, de que en el ejército no se me saludara con el saludo alemán. Pero muchos lo olvidaban. Fritsch sacó sus consecuencias e impuso catorce días de arresto a los que no me hacían el saludo militar. A mi vez saqué mis consecuencias e introduje el saludo alemán también en el ejército.

En los desfiles, cuando los oficiales de caballería hacen el saludo militar, ¡qué aspecto tan mediocre presentan! El brazo levantado del saludo alemán tiene otro estilo. Lo establecí como saludo del partido bastante después de que lo adoptara el Duce. Leí la descripción de la

asamblea de la dieta de Worms, en la que Lutero fue acogido con el saludo alemán. Era para demostrarle que no se le afrontaba con armas, sino con intenciones de paz.

En la época de Federico el Grande se saludaba todavía con el sombrero, con gestos pomposos. En la Edad Media, los siervos tenían que quitarse el gorro con humildad, mientras los nobles hacían el saludo alemán. Fue en la *Ratskeller*, en Bremen, hacia el año 1921, cuando vi hacer por primera vez este saludo. Hay que ver en él una reminiscencia de una costumbre antigua, que en su origen significaba: «¡Puede usted ver que no llevo un arma en la mano!».

Introduje el saludo en el partido después de nuestro primer congreso en Weimar. Las SS enseguida le dieron un aire marcial. Desde entonces nuestros adversarios nos gratificaron con el epíteto de «perros fascistas».

La evocación de aquella época me recuerda el sacrificio de Scheubner Richter. ¡Qué dignidad la de su mujer!

Para mí es una pena que Dietrich Eckart no llegara a ser testigo del triunfo del partido. Para todos los que estaban ya con nosotros en 1923, ¡qué revancha y qué triunfo! Nuestros viejos nacionalsocialistas eran tipos formidables. No había nada que ganar, y todo lo podían perder en aquel momento uniéndose a nosotros.

Dentro de diez años la expresión «el Führer» habrá adquirido un carácter impersonal. Bastará que dé a este título una consagración oficial para que se borre el de Canciller del Reich. Incluso en el ejército se dice ahora «el Führer». Este título lo llevarán más tarde personas que no tendrán todas las virtudes de un jefe, pero contribuirá a asentar su autoridad. Se puede hacer de cualquiera un presidente, pero no es posible dar el título de Führer a un patán. También está bien que todo alemán pueda decir «Mi Führer»; los otros no pueden decir más que «Führer». Es extraordinaria la rapidez con que esta fórmula ha tomado derecho de ciudadanía. Nadie se dirige a mí en tercera persona. Todo el mundo puede escribirme: «Mi Führer, yo le saludo». He concluido con la tercera persona y he dado el golpe de gracia a los últimos vestigios de la servidumbre, esas reminiscencias de la época feudal. No sé cómo nació la expresión, yo no intervine en ello para nada. Fue algo que se implantó de pronto en el pueblo y poco a poco tomó una forma usual. ¡Qué bien inspirado estuve rehusando el título de presidente del Reich! ¿Imaginan ustedes esa frase? ¡el presidente Adolf Hitler!

No hay título más bello que el de Führer, ya que nació espontáneamente del pueblo. En cuanto a la expresión «Mi Führer», pienso que surgió en los labios de las mujeres. Cuando quería causar efecto sobre el «anciano caballero» me dirigía a él llamándole «Herr Generalfeldmarschall». Únicamente en las ceremonias oficiales le llamaba «Herr Präsident». Hindenburg fue, sin embargo, el que dio prestigio al título de presidente. Son matices que pueden parecer bagatelas, pero tienen su importancia. Es lo que da consistencia al cuadro.

El destino de una palabra puede ser extraordinario. Durante dos mil años la expresión «César» encarnó la autoridad suprema. Los japoneses tienen su término particular para simbolizar la más alta autoridad: dicen «Tenno», o de otro modo, «Hijo del Cielo». Los japoneses se encuentran todavía allí donde estábamos nosotros hace mil seiscientos años, antes de que la Iglesia se metiera de por medio.

No habrá que admitir nunca que la autoridad del Estado y la del partido se disocien. La dirección del pueblo y la del Estado deben reunirse en una misma persona.

91. 4 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: SEPP DIETRICH Y EL CORONEL ZEITZLER

Los tres errores del mando italiano. – Cosas de la publicidad. – Demagogia de los cerveceros. – Los primeros altavoces. – Viajes en avión y meteorología.

El mando italiano ha cometido tres grandes errores de estrategia. Las catástrofes subsiguientes han sido causa de que el ejército italiano perdiera la confianza que le animaba. Hay que explicarse así su mediocridad actual.

El primer error consistió en lanzar los mejores regimientos de infantería contra las posiciones francesas sólidamente fortificadas y de las que el mando italiano lo ignoraba absolutamente todo: lanzarlos en la nieve, a tres mil metros de altura, precisamente en un momento en que la aviación no podía intervenir. No tiene nada de particular, pues, que esos regimientos sufrieran un duro castigo. Nosotros tampoco hubiéramos obtenido ningún fruto en semejantes condiciones. Si me hubieran hecho caso, habrían atacado a los franceses por el otro lado, por el valle del Rin.

El segundo error fue en África. Los italianos carecían por completo de protección contra los blindados británicos, que tiraban sobre ellos como sobre conejos. Muchos oficiales cayeron al lado de sus cañones. De ahí proviene su terror hacia los blindados.

El tercer error fue su funesta acometida en Albania. Para este ataque recurrieron a unidades de Italia meridional, ¡exactamente lo que hacía falta para un combate de invierno en país montañoso, sin equipo apropiado, en un terreno impracticable y sin ninguna clase de organización!

A propósito de todo esto, Keitel, habrá que vigilar para que ese regimiento de *bersaglieri* que esperamos marche inmediatamente a su campo de operaciones. No soportarían un viaje prolongado en esta estación y en tales condiciones. ¡Evitemos que se desmoralicen antes de llegar al frente!

Hitler se volvió hacia Sepp Dietrich:

Hoffmann hace a menudo alusión a su deseo de que visite su granja modelo. Ya lo estoy viendo. Me fotografiaría pasando el umbral de un establo. ¡Qué publicidad para la venta de su leche! Aparecerá en el anuncio de todas las mantequerías.

¡Si aceptase que me fotografiaran con un puro entre los dientes, supongo que Reemtsma me ofrecería enseguida medio millón de marcos!

¿Y por qué no hacer también propaganda para un peletero? Una pelliza sobre la espalda, un manguito en la mano, en la espera para tirar a los conejos.

Un día me hice un daño incalculable escribiendo una carta abierta a un cervecero. Le reprochaba la demagogia comercial de los fabricantes de cerveza, que se presentan como bienhechores del pobre pueblo, luchando para asegurarle su vaso de cerveza diario. No tardé mucho en ver aparecer a Amann completamente alterado, anunciándome que las cervecerías anulaban su contrato de publicidad con el periódico. Esto representaba una pérdida inmediata de siete mil marcos y de veintisiete mil para poco después. Me prometí a mí mismo no volver a escribir un artículo mientras me hallase dominado por la cólera.

Al principio de nuestro movimiento, no había altavoces. Los primeros que se colocaron, eran peores que si no los hubiera. Una vez, en el Palacio de Deportes de Berlín, fue tal la resonancia que me vi obligado a cortar el contacto y a hablar, durante casi una hora, esforzando la voz. Me paré en el momento en que sentí que iba a caerme de agotamiento. Kube, que tenía la voz más potente de todos nosotros, una voz de rinoceronte, él sólo resistió veinte minutos.

Otra vez, en Essen, fue catastrófico. Toda la población había acudido para oírnos. Nadie comprendió una palabra. Sólo pudieron admirarme por mi resistencia. Tengo testigos. Su mujer, Brandt, me confesó que era completamente incomprensible.

Poco a poco se comprendió la necesidad de repartir los altavoces por la sala. Hacen falta unos cien, y no uno solo detrás del podium, como sucedía en el Palacio de Deportes. Cada palabra se oía dos veces: primero de mi boca, después en el eco del altavoz.

También me acuerdo del Día de Alemania de 1923, en Núremberg. Era la primera vez que hablaba en una sala que podía contener diez mil personas.

No tenía ninguna experiencia de orador. Al cabo de veinte minutos, estaba afónico.

Hitler se dirigió de nuevo a Sepp Dietrich:

Cargado de responsabilidades, como estoy en este momento, no me expongo a riesgos inútiles en mis viajes en avión. Pero usted sabe

que en la época heroica, no vacilé ante nada. Una sola vez tuve que renunciar a un vuelo, y fue a pesar mío. Era al final de una campaña electoral. Pronuncié un discurso en Flensburg y quería volver a Berlín, tocando en Kiel.

El capitán Baur intervino: «Sí, mi Führer, yo fui quien insistió para hacerle renunciar a ese vuelo. Primero, se trataba de un vuelo de noche, y en nuestro camino había previstas grandes tormentas. Además, no tenía ninguna confianza en los servicios meteorológicos. ¡De lo que estaba seguro es de que hubieran estado encantados de saber que nos habíamos roto la cabeza!».

92. 4 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: SEPP DIETRICH Y EL CORONEL ZEITZLER

El desierto, terreno ideal para los blindados. – Abastecer a Rommel. – Necesidad constante de nuevas armas.

Siempre se creyó que la utilización de los tanques exigía la existencia de carreteras. Ahora nos percatamos de que el desierto constituye su terreno ideal. A Rommel le habría bastado con disponer de doscientos tanques más. Si conseguimos, neutralizando Malta, pasárselos a África, podrá volver a tomar la iniciativa de las operaciones. No hay que exagerar, no hemos perdido gran cosa. No se trata, sino muy al contrario, de abandonar la partida. Opino que los ingleses, en vista de su victoria, van a retirar de África parte de sus fuerzas. Esto es verosímil, ya que nadie posee en esta guerra reservas de aviación para poder permitirse inmovilizarlas en los sectores en que no son indispensables. En su caso, todas las fuerzas están en línea constantemente, y en realidad somos nosotros los que tenemos aún algunas reservas. Para nosotros el problema es abrirnos paso entre Sicilia y Tripolitania. Ellos tienen que dar toda la vuelta por África. Conocen nuestra fuerza en el Mediterráneo, y no se abreven a tomar el clásico camino de las Indias. En cuanto dejen desguarnecido el sector, enviaré a Rommel lo que necesita.

El proyectil de carga hueca significa la muerte de los blindados. Los tanques concluirán su carrera antes de que la guerra termine. No hemos utilizado el proyectil hueco hasta ahora, pero ya no hay razón para esperar, pues Italia nos ha propuesto un arma análoga. Ahora bien, los secretos de los italianos están mal guardados, y lo que tiene Italia, no tarda nada en tenerlo también el resto del mundo. Si lo tienen los otros, no hay más remedio que poner también nuestros tanques bajo cubierto. Con ayuda de esa arma cualquiera puede hacer saltar un tanque. Cuando los rusos se movilicen en primavera, sus blindados quedarán fuera de combate.

Hace dos años encargué un nuevo cañón antitanque pesado. Entre tanto, los nuevos blindados enemigos entraron en acción. La necesidad enseña al hombre, no sólo a rezar, sino a inventar sin descanso, y sobre todo a aceptar las invenciones que le proponen. Toda invención nueva deprecia a tal punto el antiguo material, que es una lucha que se renueva sin reposo para imponer algo nuevo.

93. NOCHE DEL 4 AL 5 DE ENERO DE 1942

INVITADO ESPECIAL: SEPP DIETRICH

Los judíos y la nueva Europa. – Los judíos y Japón. – Roosevelt y Churchill, dos impostores. – Valor de los soldados españoles.

Los judíos no creían que fuera posible hacer la nueva Europa.

Nunca han podido establecerse en Japón. Este país, replegado sobre sí mismo, les ha inspirado siempre desconfianza, y en él han visto a un poderoso rival; por esta razón se han esforzado en mantener a Inglaterra y América alejadas de Japón.

Así como siempre ha habido dos Alemanias, hay también dos Japones: uno capitalista y por tanto anglófilo; el otro, el Japón del Sol Naciente, el país de los samuráis. La marina japonesa es la expresión de este último. Entre los marinos es donde hemos encontrado a los hombres más próximos a nosotros.

Oshima, por ejemplo, ¡qué cabeza tan magnífica tiene! Por el contrario, algunos hombres de la corte del Mikado me han dado una impresión de decadencia.

Durante un período de unos dos mil seiscientos años, Japón no ha sufrido una guerra en su territorio. Una cosa hay que reconocerle a Ribbentrop, y es que comprendió todo el alcance de nuestro pacto con Japón y supo sacar sus consecuencias con gran lucidez. Nuestra marina estaba animada del mismo estado de espíritu, pero el ejército hubiera preferido una alianza con China.

Estoy muy contento por haber dicho recientemente todo lo que pensaba de Roosevelt. No hay duda ninguna, es un cerebro enfermo. El ruido que ha metido con su conferencia de prensa es algo completamente hebraico. No hay nada más tonto que los americanos. ¡Qué humillación para ellos! Su desilusión es tanto más grande cuanto mayor es la altura de que caen. Por lo demás, los dos anglosajones valen tanto el uno como el otro. ¡No veo qué tendrían que reprocharse! Ese Churchill y ese Roosevelt, ¡qué par de impostores! Uno puede esperar siempre de ellos salidas completamente extravagantes.

En lo íntimo de sus corazones, los sudamericanos odian a los yanquis.

No creo que los americanos ataquen las Azores. Han dejado pasar el momento.

Quieran o no, los holandeses están desde ahora unidos a nuestra suerte.

Zeitzler me ha dicho hoy que el regimiento italiano de tanques ha hecho un buen contraataque.

Considerados como tropa, los españoles son una banda de andrajosos. Para ellos el fusil es un instrumento que no debe limpiarse bajo ningún pretexto. Entre los españoles, los centinelas no existen más que en teoría. No ocupan sus puestos, pero si los ocupan es durmiendo. Cuando llegan los rusos, son los indígenas los que tienen que despertarlos. Pero los españoles no han cedido nunca una pulgada de terreno. No tengo idea de seres más impávidos. Apenas se protegen. Desafían a la muerte. Lo que sé es que los nuestros están siempre contentos de tener a los españoles como vecinos de sector.

Si se leen los escritos de Goeben sobre los españoles, se advierte que no han cambiado desde hace cien años. Extraordinariamente valientes, duros para las privaciones, pero ferozmente indisciplinados. En ellos, lo lamentable es la diferencia de trato entre los oficiales y la tropa. Los oficiales españoles viven de maravilla, mientras que la tropa ha de contentarse con la más exigua de las miserias.

Los húngaros son buenos auxiliares para nosotros. Con buenos oficiales, nos son muy útiles.

En cuanto a Rumania, no tiene más que un hombre: ¡Antonescu!

94. 5 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: EL DR. TODT, SEPP DIETRICH, EL GENERAL GAUSE Y EL CORONEL ZEITZLER

Los ingleses pierden Extremo Oriente. – La India o Trípoli. – Fanfarronadas británicas. – El soldado americano.

La situación de los ingleses en el plano militar, está comprometida en dos sectores de importancia vital.

Una de sus grandes bases es el Irán, Irak y Siria. Allí es donde se abastece su flota. La otra es el archipiélago malayo, donde pierden todos sus puntos de abastecimiento de petróleo. Pueden trompetear sus intenciones en lo referente a Europa pero saben muy bien que es de la posesión de la India de lo que depende su imperio.

Si yo estuviera en su lugar, me diría: «Es imposible recuperar la India cuando se haya perdido». Mi principal preocupación sería llevar allí todo cuanto poseyera, aunque sólo fuese una división Me hace el efecto de que están rascando el fondo de los cajones para ver si pueden salvar sus posiciones de Extremo Oriente. Los proyectos son una cosa pero los hechos mandan. Sería concebible que los ingleses trajeran unidades indias a Europa, pero esas mezclas disminuyen la eficacia de un ejército. Perderían así de un lado lo que no ganarían por otro. Si siguen las cosas al mismo ritmo, dentro de cuatro semanas estarán los japoneses en Singapur. Este golpe será durísimo. Es un espacio tan vasto que ya no se trata de mantenerlo con una división.

La situación sería completamente diferente si los ingleses tuvieran algunos miles de toneladas de carburante de reserva.

Hace algún tiempo, en el momento en que pasábamos material de Sicilia a Tripolitania, los ingleses esquivaron el combate de un modo incomprensible. Sin embargo, es para ellos cuestión de vida o muerte impedirnos abastecer a nuestras tropas de África. Que nuestro convoy de hoy consiga pasar y la cosa empezará a oler mal para los británicos. Si estuviera en la alternativa de perder Trípoli o la India, no titubearía en abandonar Trípoli para concentrar mis esfuerzos sobre la India.

El general Gause declaró: «Fue un gran alivio para nosotros cuando nos enteramos de la entrada en guerra de Japón».

Sí, un alivio, un inmenso alivio. Pero también un punto crítico en la historia. Esto significa la pérdida de un continente, y hay que sentirlo ya que es la raza blanca la que lo pierde.

En 1940 los ingleses nos habían anunciado que las fortalezas volantes «pulverizarían Alemania». A los japoneses les dijeron que en nueve horas Tokio quedaría arrasado. Basándonos en estas fanfarronadas, estábamos en el derecho de suponer que multiplicarían sus esfuerzos para el dominio aéreo durante 1941. Con el fin de enfrentarnos a esa eventualidad, hice reforzar nuestras baterías antiaéreas, y sobre todo ordené que se constituyeran enormes reservas de municiones. El hecho es que hemos utilizado en 1941 sólo la cuarta parte de las municiones del año precedente.

Pienso que si conseguimos hacerle llegar a Rommel, en cantidad suficiente, carburantes, tanques y cañones anticarro los ingleses tendrán que ponerse a la defensiva y se nos presentará otra vez la probabilidad de expulsarlos. Rommel debe recibir en estos días doscientos tanques.

Nunca creeré que un soldado americano sea capaz de combatir como un héroe.

95. NOCHE DEL 5 AL 6 DE ENERO DE 1942

INVITADO ESPECIAL: SEPP DIETRICH

Stalin, continuador de los zares. – Los alemanes salvaron Europa en 1933. – Razones de nuestro ataque a Rusia. – El *matériel* de los rusos. – Inferioridad de Asia.

Stalin aparece como el caudillo de la revolución bolchevique. En realidad se identifica con la Rusia de los zares y no ha hecho otra cosa que volver a poner en pie la tradición del paneslavismo. El bolchevismo sólo es para él un medio, un disfraz para engañar a los pueblos germanos y a los latinos. Si no hubiésemos conquistado el poder en 1933, la ola de los hunos se hubiera abatido sobre Europa, pues entonces Alemania era incapaz de detenerla. Nadie lo sospechaba, pero estábamos al borde de la catástrofe.

He aquí un testimonio de hasta qué punto nadie lo suponía. Unos días antes de nuestra entrada en Rusia, le dije a Goering que acometíamos la prueba más dura de nuestra existencia. Goering al oírlo se cayó de las nubes, pues creía que la campaña de Rusia sería una pura formalidad.

Lo que me confirmó en mi decisión de atacar a Rusia sin más tardanza fue la información traída por una misión alemana, que volvía de Moscú, de que una fábrica rusa producía por sí sola más blindados que todas nuestras fábricas juntas. Sentí que era el último límite. Sin embargo, si alguien me hubiera dicho que los rusos disponían de diez mil tanques, hubiese contestado: «¡Está usted completamente loco!».

Los rusos no inventan nada. Todo lo que tienen procede de otros. Todo les llega del extranjero: los ingenieros, las máquinas-herramienta. Denles ustedes la mira más perfecta. Son capaces de copiarla, pero no de inventarla. La técnica del trabajo está entre ellos simplificada hasta el extremo. Su mano de obra rudimentaria les obliga a descomponer el trabajo en una sucesión de gestos fáciles de ejecutar y que, naturalmente, no exigen ningún esfuerzo de reflexión.

Consumen una cantidad inverosímil de tractores, porque son incapaces de hacer la más mínima reparación.

Incluso los checos, que son los más competentes de los eslavos, carecen de dotes para la invención, aunque son trabajadores y aplicados. En los orígenes de Skoda hay austriacos y alemanes.

Si se les destruyen a los rusos sus fábricas, no son capaces de reconstruirlas y ponerlas en marcha. Llegan justamente a hacer andar una fábrica que anda sola. Aunque siempre compraron las exclusivas de los aviones más modernos, sus «Ratas» son lentos. Sus modelos más recientes están lejos de llegar al nivel de nuestro 107.

Los japoneses son capaces de mejorar una cosa que existe, tomando de cualquier parte lo que se hace mejor.

En el momento del pacto, los rusos manifestaron deseos de poseer los planos de cada uno de nuestros barcos. No tuvimos más

remedio que mostrarles invenciones, algunas de las cuales representaban para nosotros veinte años de experimentos.

Estos pueblos fueron siempre inferiores a nosotros en nivel cultural. Comparen ustedes la civilización de los griegos, con lo que eran entonces el Japón y la China: es como si se compara la música de Beethoven con el maullido de un gato. En el campo de la química, por ejemplo, está establecido que todo les viene de nosotros. Pero los japoneses, por lo menos, son discretos. Guardan para sí los secretos que se les confían. Nuestras dos marinas han trabajado siempre con un buen espíritu de colaboración. Debemos a los japoneses informaciones de mucho precio.

Lo más penoso para mí era soportar la delegación comercial rusa.

Los rusos conocieron probablemente el secreto de los cohetes por una traición cometida antes de que tomáramos el poder. En efecto, se han quedado en lo de aquel tiempo y no han obtenido beneficios posteriores. Adoptaron, a pesar de todo, un raíl conductor que sin duda es copia de los franceses.

Entre nosotros, en el ejército, nadie sabía que los poseíamos.

Los rusos dan mucha importancia al hecho de que el cohete salga sin ruido. Los nuestros, más pesados, hacían un ruido ensordecedor e infernal que nadie podía resistir. Esto es un efecto de orden psíquico que se une al efecto material. No se extrae ningún beneficio con ocultar al adversario la salida del tiro, ya que de todas maneras no tiene medio de prevenirse contra él.

Ignoraba que el proyectil perforante tuviera un efecto tan destructor. Keitel ha sido siempre partidario de esta técnica.

El obús largo de nuestro cañón de campaña, que no pesa más que dieciséis kilos, produce sobre el adversario el efecto de una granada pesada.

En la técnica armamentística, seremos siempre superiores a los demás. Pero debemos conservar la lección de los acontecimientos y tener cuidado de que después de la guerra no se permita a los demás penetrar en nuestros secretos. Ninguna novedad podrá salir sin una autorización especial concedida por un despacho creado para este propósito, incluso en lo que concierne a los países con los cuales estemos unidos por acuerdos.

96. 6 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

La francmasonería, empresa de corrupción. – Daladier, Chamberlain y los belicistas. – El oro, riqueza ficticia. – La catástrofe de 1940. – La cabeza de turco.

Me he dado cuenta de una cosa. Lo peor en la francmasonería no es tanto su aspecto filosófico como el hecho de que constituya una gran empresa de corrupción. Un grupo de hombres son responsables de la guerra.

El adversario predestinado para Churchill era Lloyd George. Desgraciadamente tiene veinte años más. El momento crítico fue cuando Chamberlain y Daladier volvieron de Múnich. Los dos debieron de ver claramente que la primera cosa que tenían que hacer era disolver sus parlamentos. Si Daladier hubiese convocado entonces elecciones, los belicistas habrían sufrido una derrota. El pueblo entero habría aprobado la política de paz. Pero aquello sólo fue un descanso, y los agitadores no tardaron en levantar la cabeza de nuevo.

Inglaterra y Francia están perdiendo lo que para nosotros no es más que una riqueza ficticia, es decir, el oro y sus haberes en el extranjero. Su verdadera riqueza, la que nadie puede quitarles, es su potencial humano (con la condición de que lo utilicen para explotar los recursos naturales del país).

Esta guerra será el origen de uno de los grandes reajustes del mundo. Tendrá consecuencias que no hemos deseado, por ejemplo la disolución del imperio británico. ¿Sus responsables? Los judíos. El porvenir de Inglaterra les es totalmente indiferente. Un Hore-Belisha, que se crió en un geto, no puede tener las reacciones de un inglés.

La experiencia nos enseña que después de cada catástrofe se encuentra una cabeza de turco. En Inglaterra lo será, probablemente, el judío. Pero que se arreglen entre ellos. ¡Nuestra misión no es poner orden en la cuestión judía en casa de los demás!

97. 6 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: EL GENERAL DIETL

Orden y limpieza. – Pedantería de los servicios administrativos.

En tiempo de paz, la necesidad de gobernar con espíritu de economía es algo que se impone. Pero eso exige una condición: que reine el orden. La misma condición para que reine la limpieza.

En toda organización, el arte consiste en encontrar una fórmula en la cual el necesario rigor de las normas se halla moderado por la generosidad que imponen los hechos. No se podrá eliminar completamente de los servicios administrativos el espíritu de pedantería que paraliza toda iniciativa. En los casos importantes, hay que arreglarse de modo que intervenga una tercera autoridad, provista del poder necesario de decisión.

Es verdaderamente emocionante lo que ocurre en este momento, cuando se recoge la lana para el frente ruso. Los civiles se

privan de sus bienes más preciosos, pero es preciso que puedan tener la convicción de que no existe el menor fraude y de que cada objeto llegará a su verdadero destino. Así, pues, ¡ay del que se atraviese en el camino y trate de interceptar, por ejemplo, una piel magnífica, que llevará quizá el más modesto de nuestros soldados!

98. NOCHE DEL 6 AL 7 DE ENERO DE 1942

Relevo de la guardia en Roma. – Las dificultades del Duce. – El fracaso de Brauchitsch.

Relevo de la guardia en Roma, esto no indica nada bueno. Los cambios demasiado frecuentes de personalidades, a mi parecer son un error. El dirigente que sabe que no tendrá tiempo de llevar a buen fin la obra que quisiera emprender se ciñe generalmente a la rutina. No puedo concebir que se creen tales situaciones. De esta manera no se consigue más que agravar los propios problemas.

Las nuevas cargas que pesan sobre mí sólo puedo soportarlas porque poco a poco me he ido descargando de ciertas responsabilidades sobre colaboradores a los que di ocasión de manifestarse y que han sabido merecer mi confianza. Es posible que el Duce no encuentre a su alrededor las colaboraciones que necesita. Yo he tenido esta suerte.

Si Brauchitsch hubiera seguido en su puesto solamente unas semanas, esto habría terminado en una catástrofe. No es un soldado, es un incapaz. Algún día se sabrá lo que han sido para mí estas cuatro semanas.

99. 7 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

Churchill a sueldo de los americanos. – Paz separada con Gran Bretaña. – Consecuencias de la pérdida de Singapur. – Frontera entre Oriente y Occidente. – Oposición a Churchill. – Preponderancia de los japoneses en el Pacífico. – Los males del americanismo.

No he encontrado ningún inglés que no me hablase de Churchill con reprobación. Ninguno que no haya dicho que tiene el cerebro enfermo.

Suponiendo que de entrada nosotros hubiéramos perdido la guerra, no por ello dejaría de existir una hegemonía en el continente. Sería la hegemonía del bolchevismo. ¡Y los ingleses hubieran combatido por eso!

El hecho de que América exija de Inglaterra que renuncie a Extremo Oriente no tendrá ninguna repercusión en la actitud de Churchill hacia América: es un hombre dominado por el dinero.

Hay una cosa que parece inverosímil, pero que para mí no está excluida, y es que Inglaterra salga de la guerra. En efecto, si se establece hoy el balance individual de cada nación, Inglaterra ocupa aún el primer puesto. Por lo tanto una sola nación no tiene nada que ganar en la guerra y quizá lo perderá todo en ella. Es Inglaterra.

Cuando los ingleses abandonen Singapur, no veo cómo podrán enfrentarse con Japón con probabilidades de éxito. Japón, gracias a sus bases, domina el mar lo mismo que el aire. La única esperanza posible para los ingleses es que los rusos les ayuden desde Vladivostok. Si los ingleses supieran que pueden salir del paso con el menor daño, creo que no vacilarían ni un instante. No siendo la India más que una potencia terrestre, pierde todo su interés estratégico en el instante en que caiga Singapur.

Los hombres como Eden ya no luchan, en ese momento, por su bolsillo, sino por la esperanza de salvar la piel. Sin contar que todos los responsables están todavía allí, menos Hore-Belisha. Si las cosas van mal, tendrán que rendir cuentas a sus compatriotas.

Los ingleses fueron generosos mientras se trataba de distribuir la propiedad de los demás. Hoy ya no luchan para obtener nuevos beneficios, sino para tratar de salvar el imperio. Hasta ahora han podido tomar las cosas con filosofía, diciendo que Europa no les concernía directamente, que los países vencidos no eran ellos. Pero después de la caída de Singapur, todo cambiará. ¿Dónde se encontrará, en efecto, la frontera entre Oriente y Occidente? ¿Inglaterra será capaz de conservar la India? Esto dependerá del sostenimiento de las comunicaciones marítimas, porque los enlaces terrestres no existen.

Churchill es la hez del periodismo. La oposición a Churchill está afirmándose en Inglaterra. Su larga ausencia le ha desentrenado. Si una nación debe salir de la guerra antes de que concluya, pienso que podría ser Inglaterra. No lo afirmo, pero me parece posible.

Inglaterra y América están ahora decididas a producir caucho sintético. No se trata únicamente de construir fábricas; ¡hace falta el carbón! En los seis meses próximos el problema presentará para ellos el aspecto más difícil. Todos los estados tienen en este momento dificultades similares y viven al día. Pero es cierto que, para Inglaterra, sus dificultades actuales tienen una importancia incalculable. Dadas las circunstancias, ¿qué actitud habría que adoptar? Creo que no podemos tomar ninguna iniciativa.

Nuestra salvaguardia para el porvenir es que los japoneses no renunciarán nunca a la preponderancia que están adquiriendo en el Pacífico. La cuestión importante para Inglaterra será saber si conservará o no la India. Podría negociarse una paz separada, que dejara la India a los ingleses.

En este caso, ¿cuál sería la situación de Estados Unidos? Su territorio quedaría indemne. Pero Inglaterra algún día se verá

obligada a aproximarse al continente. Y será un ejército germanobritánico el que echará de Islandia a los americanos. No apostaría gran cosa por el porvenir de los americanos. A mi modo de ver, es un país podrido. También hay que cargarles en cuenta el problema de las razas y de las desigualdades sociales. Esto es lo que perdió a Roma, y era sin embargo una construcción sólida y que representaba algo. Los romanos llevaban la ventaja de estar animados por grandes ideales. Nada similar ocurre en Inglaterra hoy en día. En cuanto a los americanos, no los tienen. Un inglés me es mil veces más simpático que un americano.

Es ocioso decir que no tenemos afinidades con los japoneses. Nos son completamente extraños por su manera de vivir, por su cultura. Pero es un odio y una repulsión profunda lo que siento contra el americanismo. Me encuentro mucho más próximo a cualquier país europeo. Todo en la manera de comportarse esa sociedad americana demuestra que se trata de un mundo medio hebraico, medio negrificado. ¿Cómo es posible que tal Estado se sostenga, cuando el ochenta por ciento de las ganancias pasan al fisco, en un país construido sobre el dólar? Desde este punto de vista, considero al Estado británico muy superior.

100. NOCHE DEL 8 AL 9 DE ENERO DE 1942

Recuerdos de la infancia. – Enseñanza religiosa. – El sacerdote Schwarz. –«¡Siéntese, Hitler!» – Preparación para la confesión. – Historia de Petronella.

En Austria la enseñanza religiosa estaba a cargo de sacerdotes. Yo era siempre el preguntón. Como me hallaba empapado en la materia, era inatacable. Tenía siempre las mejoras notas. Por el contrario, la conducta dejaba que desear.

Yo sentía un gusto particular por los temas más delicados de la Biblia y me gustaba con cierta malicia hacer preguntas desconcertantes. El padre Schwarz, nuestro profesor, se las arreglaba para contestarme de una forma evasiva. Yo insistía hasta que él perdía la paciencia. Un día —he olvidado de qué tema se trataba— me preguntó si rezaba mis oraciones por la mañana, a mediodía y a la noche. «No señor, no rezo mis oraciones. Además no veo cómo podrían interesarle a Dios las oraciones de un escolar de secundaria.» «¡Pues entonces siéntese!»

Cuando el padre Schwarz entraba en clase, la atmósfera se transformaba. Con él entraba el desorden. Cada uno se dedicaba a las ocupaciones más insólitas. Yo le excitaba enarbolando lápices con los colores de la Gran Alemania: «¡Haga usted desaparecer inmediatamente esos colores abominables!». La clase unánimemente respondía con un largo grito de desaprobación. Entonces yo me levantaba para explicarle que era el símbolo de nuestro ideal

nacional. «No deben ustedes tener otro ideal que el de nuestra querida patria y el de nuestra bien amada casa de Habsburgo. Quien no ama a la familia imperial no ama a la Iglesia, y quien no ama a la Iglesia no ama a Dios. ¡Siéntese, Hitler!»

El padre Schwarz poseía un monumental pañuelo azul que extraía del forro de su sotana. Se le oía crujir cuando lo desplegaba. Un día se lo dejó caer en clase. Durante el recreo, cuando conversaba con los otros profesores, me acerqué alzando su pañuelo, sin ocultar mi repugnancia: «Aquí está su pañuelo, señor profesor». Se apoderó de él lanzándome una mirada fulminante. En aquel momento los alumnos, que se habían reunido a mi alrededor, estallaron en una carcajada ruidosa y artificialmente prolongada.

En la Steinstrasse tenía el padre Schwarz una pariente que se apellidaba como él y que tenía una tienda pequeña. Allí íbamos en grupo a pedir los artículos más absurdos: pantalones de mujer, corsés, etc. Naturalmente, tales artículos no se vendían en su tienda. Entonces nos marchábamos indignados y gritando.

Frente a la escuela, en la Herrengasse, había un convento. De Viena nos llegó un recluta excelente, un verdadero diablillo. Solía lanzar besos a las monjas cuando se asomaban a la ventana. Un día una de ellas le devolvió una sonrisa. Al instante se levantó una vieja gazmoña y corrió bruscamente la cortina. Incluso oímos un grito. A la media hora nuestro director nos echó una regañina y manifestó su sorpresa por nuestra falta de respeto.

De no haber sido por algunos profesores que intercedieron entonces, el asunto hubiera terminado mal para mí.

Antes de Pascua teníamos clases de preparación para la confesión. Aquello era una tomadura de pelo. Como teníamos que dar ejemplos de los pecados que confesar, los escogimos de modo que fastidiaran al padre Schwarz. Un chico confesó que había tenido malos pensamientos respecto de su profesor, otro dijo que le había humillado de manera intencionada, y así sucesivamente. El sacerdote nos dijo que al no profundizar más en nosotros mismos y al limitarnos a aquellas confesiones superficiales habíamos cometido un grave pecado. De modo que nos pusimos de acuerdo para confesar una serie de pecados espantosos. Durante el recreo escribí en la pizarra una confesión terrorífica, que encabecé con las palabras «Copiar». Mientras estaba en ello oí un silbido. Era la señal del chico a quien habíamos puesto de vigilancia. Di la vuelta a la pizarra y corrí a mi banco. Llegaron las vacaciones y todos, yo incluido, olvidamos aquello.

Al principio del curso siguiente un chico estaba respondiendo a preguntas; cuando hubo llenado la parte vacía de la pizarra que tenía ante sí y llegó al final de la pizarra, le dio la vuelta. Y entonces se vieron las palabras escritas por mí: «He cometido pecado carnal fuera del matrimonio...». El profesor se fijó en la letra, le pareció reconocer que era la mía y me preguntó si lo había escrito yo. Entonces le expliqué que se trataba de un ejemplo de introspección más profunda y que el padre Schwarz nos había dicho que en ese

sentido habíamos de ser muy exactos. «Hitler, guárdese sus ejemplos para usted. De lo contrario *seré yo* quien haga un ejemplo con alguien...»

Yo me proponía con frecuencia moderar mi actitud, pero no podía conseguirlo, no lograba soportar todas esas hipocresías. Aún veo a ese Schwarz con sus grandes narices. Al mirarle me salí de mis casillas. ¡Y le repliqué lo mejor que pude! Un día mi madre fue a la escuela y el profesor aprovechó la ocasión para lanzarse a por ella y explicarle que yo era un caso perdido. «Usted, infeliz muchacho...», me apostrofó. «Pero señor, yo no soy infeliz.» «En la otra vida te darás cuenta de que *lo eres*.» «He oído decir de un científico que duda de que *exista* otra vida.» «¿Qué quiere decir usted (en alemán Du)?» «He de hacerle notar, señor, que me ha tuteado.» «Tú no irás al cielo.» «¿Ni siquiera si compro una indulgencia?»

Me gustaba mucho ir a la catedral. Sin que me diera cuenta, era por el placer de admirar la arquitectura. Alguien debió de advertir al padre Schwarz de mis visitas y pensó que iba allí por alguna razón de conciencia. Realmente, yo sentía un gran respeto por la majestad del lugar. Un día, saliendo, me di de narices con el padre Schwarz. «¡Y yo que te creía un alma perdida, hijo mío! Veo que no es así.» Aquello sucedía en un momento en que su opinión no me era indiferente, pues estábamos en vísperas de exámenes. Tuve buen cuidado de no disuadirle. Pero no sabía qué pensar de mí y esto le contrariaba. Yo había leído muchas obras de librepensadores, y él lo sabía. Cuando me enfrentaba con él, lleno de conocimientos científicos mal digeridos, le volvía loco.

En Linz había una asociación de «cónyuges separados de cuerpo», pues no existía en Austria ni el divorcio civil. Dicha asociación organizaba manifestaciones para protestar. Las manifestaciones públicas estaban prohibidas pero las reuniones privadas se hallaban autorizadas, con la condición de que sólo asistieran los miembros de la asociación. Fui a una de estas reuniones, firmé en la puerta una hoja de adhesión, y una santa cólera se apoderó de mí al oír al orador. Describía a hombres cuya conducta era modelo de ignominia, y cuyas esposas, según los términos de la ley, no podían separarse nunca de ellos. Me persuadí en seguida de que mi deber era hacer conocer al público la verdad y compuse una obra de teatro sobre este tema. Siendo mi letra tan ilegible, dictaba la obra a mi hermana, mientras me paseaba por mi cuarto. La obra estaba dividida en varias escenas. En ella manifestaba yo una imaginación exaltada y ardiente. Tenía entonces quince años.

Mi hermana me dijo: «¿Sabes, Adolf? Tu obra no se puede representar». Me fue imposible persuadirla de que estaba equivocada. Persistió de tal forma en su terquedad que un día se declaró en huelga, y allí quedó mi obra maestra. Las reflexiones que hice me fueron, sin embargo, muy útiles para mis conversaciones con el sacerdote. A la primera ocasión y todavía vibrando de indignación, la emprendí con el asunto. «No me explico, Hitler, cómo hace usted

para encontrar semejantes temas.» «Porque me interesan.» «Esto *no debe* interesarle. Su bienaventurado padre ha muerto.» «Pero mi padre no tiene nada que ver con este asunto. *Yo* soy quien se ha hecho miembro de la Asociación de cónyuges separados de cuerpo.» «¿*Qué* es lo que dice? ¡Siéntese usted!»

Tuve a Schwarz durante tres años. Antes de él (ahora recuerdo su nombre), nuestro gran enemigo era el padre Silizko.

Uno de nuestros profesores, llamado Koenig, había sido inspector del control de calderas de vapor. Una explosión le produjo un día un choque psíquico que se traducía por un defecto de pronunciación. Así es que no podía pronunciar la «h». Cuando en la primera lección pasó lista en clase, aunque yo estaba sentado enfrente de él, hice como si no oyera y no contesté. Insistió varias veces, pero sin resultado. Cuando se enteró de quién era yo, me preguntó por qué no contestaba: «No me llamo Itler, señor profesor, sino Hitler».

Siempre me he preguntado por qué nuestros profesores descuidaban tanto el aseo de sus personas.

En Steyr teníamos como profesor a un judío. Un día le encerramos en su laboratorio. Con él todo marchaba como una escuela de judíos, en plena anarquía. Este profesor no tenía ninguna autoridad. Parece que al principio le temían porque gritaba como un endemoniado. Para desgracia suya, le sorprendieron un día riéndose, inmediatamente después de una de sus broncas. Los alumnos comprendieron que su cólera era pura comedia y en lo sucesivo se acabó su autoridad.

Descubrí en casa de mi patrona un pañuelo inmenso y se lo pedí prestado. Le di unas vueltas alrededor del cuello y con esa traza me fui a la escuela. Al preguntarme el profesor lo que tenía, le contesté con un gruñido imperceptible, haciéndole comprender que me era imposible hablar. Espantado por un posible contagio, y creyendo que estaba verdaderamente mal, exclamó enseguida: «¡Váyase, váyase, vuelva usted a su casa, cuídese!».

Siempre tuve la costumbre de leer durante las clases, y claro está, libros que no tenían la menor relación con lo que en ellas se trataba. Leía un día un libro sobre las enfermedades infecciosas, cuando el profesor se abalanzó sobre mí, me arrancó el libro de las manos y lo lanzó lejos. «Debería usted tornar ejemplo de mí si quiere usted leer, y leer obras profundas.»

Steyr era una ciudad antipática, lo contrario de Linz. Linz estaba animada por el espíritu nacional. Steyr, negra y roja: los curas y el marxismo. Yo vivía con un compañero, en Grünmarkt, número nueve, en un cuarto pequeño que daba al patio. Su nombre de pila era Gustavo; he olvidado su apellido. El cuarto era más bien agradable, pero la vista sobre el patio siniestra. Desde la ventana me ejercitaba, a veces, en tirar a las ratas. La patrona nos quería mucho. Siempre nos defendía contra su marido que, por decirlo así, no pintaba nada en casa. Ella le atacaba como una víbora.

Me acuerdo de una de las disputas que tenían frecuentemente. Algunos días antes había pedido a mi patrona, cortésmente, que me sirviera el café por la mañana un poco menos caliente, para tener tiempo de bebérmelo antes de marcharme. La mañana de la discusión le hice observar que era ya la media y que yo no tenía servido mi café. Contestó que no era tan tarde. Entonces intervino el marido: «Petronella, dijo, son menos veinticinco». Ante esta observación emitida por alguien que no tenía derecho a hablar, la mujer explotó. Llegó la noche y Petronella aún no se había calmado. Al contrario, la crisis llegó a los límites del paroxismo. El marido quiso salir y, como de costumbre, nos pidió a uno de nosotros que le acompañáramos, porque tenía miedo de las ratas y había que alumbrarle. Cuando se marchó, Petronella echó los cerrojos. Gustav y yo nos dijimos: «Esta va a ser buena». No pasó mucho rato y el marido vino a darse de narices con la puerta cerrada. Pidió a su mujer con gran finura que le abriera. Ella no le respondió más que con canturreos. El lo pidió enérgicamente, y con el mismo éxito. De las amenazas pasó a la humilde súplica, acabó por dirigirse a mí (yo sólo pude aducir la prohibición que su encantadora esposa me había hecho de obedecerle). El resultado fue que pasó la noche fuera, no pudiendo entrar hasta por la mañana, a la hora del lechero, todo él lamentable y domado. ¡Qué desprecio sentimos Gustav y yo por aquel hombre! Petronella tenía treinta y tres años. El era barbudo y sin edad. Pertenecía a la pequeña nobleza y trabajaba en el ayuntamiento.

Austria contaba en esa época con gran número de familias nobles que vivían estrechamente. A veces pienso si todavía vivirá Petronella. La queríamos mucho. Nos cuidaba con mimo, no dejaba perder la ocasión de llenarnos los bolsillos de golosinas. En Austria se llamaba por lo general a estas buenas mujeres, que albergan a los estudiantes, con el nombre latino de *crux*.

Después de los exámenes organizamos una gran fiesta. Fue la única Vez en mi vida que llegué a estar borracho. Había conseguido mi certificado, y debía salir de Steyr al día siguiente para volver a casa de mi madre. A escondidas fuimos mis compañeros y yo a alegrarnos con vino al campo. He olvidado por completo lo que pasó durante aquella noche. Únicamente me acuerdo de que me despertó una lechera, por la mañana y al alba, en la carretera de Steyr a Karsten. Estaba en un estado lamentable cuando llegué a casa de mi *crux*. Tomé un baño, bebí una taza de café. Petronella me pregunta entonces si había conseguido mi certificado. Quiero enseñarle la hoja, busco en los bolsillos, les doy la vuelta. Ni señal de mi certificado. ¿Qué he podido hacer con él y qué le voy a enseñar a mi madre? Empiezo ya a inventar una explicación: al desplegarlo en el tren, delante de la ventanilla abierta, una ráfaga de viento se lo llevó. Petronella no es de la misma opinión, y me sugiere que es mejor ir a pedir a la escuela un duplicado del documento. Y como me he bebido todo mi dinero, lleva su bondad hasta el punto de prestarme cinco guldens.

El director empezó por imponerme una espera bastante larga. Mi certificado había sido devuelto a la escuela, pero roto en cuatro pedazos y en un estado poco honroso. Sin duda, en la inconsciencia de la embriaguez lo había tomado como papel higiénico. Me quedé estupefacto. No puedo contar lo que me dijo el director; al cabo de tanto tiempo siento aún humillación. Me juré a mí mismo solemnemente que jamás volvería a emborracharme, y lo he cumplido.

Tenía quince o dieciséis años, la edad en que todos los muchachos hacen versos. Frecuentaba de buena gana los museos de figuras de cera, y entraba preferentemente por la puerta encima de la cual había el letrero: *Solamente para adultos*. Es la edad en que se quiere saberlo todo, no ignorar nada. Me acuerdo de haber entrado en un cine cerca de la estación del sur en Linz. ¡Qué horror de película!

A propósito de cines, asistí una vez a una representación a beneficio de cierta obra de caridad. Lo curioso era la elección de las películas, más que dudosas desde el punto de vista moral. El Estado austriaco era tolerante en este terreno. En la representación me di de narices con mi maestro Sixtel. Me dijo riendo: «¿También usted se sacrifica por la Cruz Roja?». Su observación me pareció de mal gusto.

G D. preguntó si alguno de los profesores de Hitler había llegado a ser testigo de su encumbramiento.

Sí, algunos. No era un alumno modelo, pero ninguno de ellos me olvidó. ¡Qué prueba en mi favor!

101. NOCHE DEL 9 AL 10 DE ENERO DE 1942

Salud y enfermedad. – Campañas electorales y viajes aéreos. – El piloto del Führer. – El este y los medios de locomoción.

Desde los dieciséis años no he tenido ninguna enfermedad. La última vez que guardé cama fue en 1918, en un hospital militar. No estando nunca enfermo, me parece que cuando la enfermedad me ataque me afectará más violentamente. ¡Tengo la impresión de que no duraría mucho!

Hace todavía diez años pude subir en un avión a 6.000 metros de altura sin la ayuda de los inhaladores de oxígeno. Los dos Dietrich se desvanecieron. Si hubiera tenido que moverme, sin duda la cosa habría cambiado. Y fue una suerte que sucediera así, porque no había suficientes máscaras para todos.

Otra vez volábamos sólo a 4.000 metros, pero Baur tuvo que descender a toda velocidad para evitar una tormenta que estaba por debajo de nosotros. Aquello me proporcionó terribles jaquecas, que me duraron todo un día. De modo que siento una gran admiración por los pilotos de los Stukas.

Recientemente, Goering manifestó ante mí su descontento porque Baur había volado en un Heinkel. Goering exige que Baur utilice siempre el mismo tipo de avión. Si volara siempre con Heinkel sería distinto. Por su parte Baur está contento teniendo un nuevo Condor.

Subsiste siempre un elemento de peligro en el vuelo. Se depende únicamente de un hombre. Basta que éste falle en algo para que todo se acabe. Además, hay que contar con las condiciones atmosféricas. Y si se encuentra uno sorprendido por el hielo, no hay más que lanzarse al aterrizar como se pueda, lo que no es siempre fácil.

En otra época yo volaba con cualquier tiempo. Hoy tengo la preocupación de que me pase algo. Cuando la situación se normalice, no afinaré tanto.

Hice dos aterrizajes con niebla. Se baja y no se sabe contra qué vas a chocar. Una vez era en Múnich. Percibimos con toda claridad las luces rojas. Baur, que tiene una rapidez de decisión extraordinaria, se lanzó hacia abajo sin preocuparse de la dirección del viento. Íbamos sobre un viejo Rohrbach. Me parecía que bajábamos a una velocidad loca. Bruscamente apareció el suelo. Baur volvió a levantar el aparato in extremis. Ya rodábamos. Pero aún había el peligro de que encontráramos un obstáculo. Baur consiguió dar la vuelta a algunos metros de los hangares.

Otra vez intentamos bajar en condiciones análogas en Bremen.

La Lufthansa, en aquella época, estaba infestada de judíos. Me dejaban volar cuando había prohibición de vuelo en el territorio del Reich. ¡Deseaban, evidentemente, que terminara mi carrera en un accidente de aviación! Bajábamos como ciegos, cuando surgió el suelo. Baur tuvo el tiempo justo para enderezarse y evitar un rebaño de ovejas.

Otra vez tuvimos que atravesar sucesivamente tres tormentas; era por el lado de Brunswick. ¡Cuántas veces hemos hecho aterrizajes forzosos en los campos! Como el 29 de julio de 1932 en Ulm.

En otra ocasión le dije a Baur: «¡Hay que ir, nos esperan en Múnich!». No estábamos equipados para volar de noche. Baur hizo poner unas luces como pudo. Al llegar sobre Múnich viramos en redondo sobre el estadio. Era en la época de las elecciones de Von Papen, cuando conseguimos nuestros doscientos noventa y siete escaños en el Reichstag. Ese mismo día había tenido mítines en Constance, Friedrichshaven y Kempten. En la reunión de Múnich casi no podía hablar. Sentía vértigo. Al entrar en casa creí que iba a desvanecerme. Nada se obtuvo sin trabajo en aquella época. Recuerdo que hablé una vez en Stralsund a las tres de la madrugada.

Estos viajes rápidos e incesantes se debían a la exigencia de hablar, ya en grandísimas salas, ya al aire libre, y sin que

pudiéramos elegir fecha. Por ejemplo, el día de mi aniversario en 1932. La víspera, tuve seis reuniones en Königsberg, terminándose la última a las dos y media de la mañana. Acostado a las cinco, estaba ya a las ocho y media en el campo de aviación. Una muchacha maravillosa me ofreció un ramo y consideré que esto era un buen presagio. Reuniones en Schneidemühl, en Kassel, después en Gotinga, donde cuarenta o cincuenta mil personas nos esperaban bajo una lluvia torrencial.

El día siguiente, a las tres de la mañana, salíamos en coche para Wiesbaden, Tréveris y Coblenza. La organización de los actos era muy difícil, pues debíamos tener en cuenta principalmente la capacidad de las salas. A menudo tenía que servirme de una pequeña avioneta Junker que había pertenecido a Sepp Dietrich. Era un aparato inestable en el que se sentía uno como sacudido cuando hacía mal tiempo. Baur aterrizó un día en un hipódromo. Hizo también algo mejor. Consiguió levantar el vuelo en noche cerrada. No teníamos ninguna protección meteorológica.

Mi primer vuelo Múnich-Berlín fue tan desfavorable que tardé unos años en volver a subir en avión.

Mi debilidad es el automóvil. Le debo algunas de las más bellas horas de mi vida. El Rin visto desde el avión no es gran cosa. En coche es mucho mejor. Pero lo ideal es en barco.

En lo que se refiere al este, el único medio de locomoción es el avión. Allí no hay nada que perderse. Cuando hayamos construido nuestras grandes autopistas, jalonadas cada cien kilómetros por una pequeña ciudad que recordará a Alemania, todo irá mucho mejor. Esas autopistas tendrán que ser diferentes de las nuestras, pues si no los viajeros, sometidos al aburrimiento del viaje, sufrirían ataques de agorafobia. El trayecto Colonia-Bonn es ya difícil de soportar. Cuando voy de Berlín a Múnich, encuentro siempre cosas bellas que solicitan mi atención. ¡Pero mil kilómetros por una planicie es algo que da miedo! Habrá que poblar ese desierto. Las autopistas del este tendrán que ser construidas sobre las colinas para que permanezcan despejadas durante el invierno. El viento debe poder barrerlas sin cesar.

102. 9 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

Aceite de ballena y grasas vegetales.

Hoy la humanidad depende del aceite de ballena para su alimentación en cuerpos grasos. Creo que el número de ballenas en todos los mares tiende más bien a disminuir que a aumentar. El este nos proveerá de las grasas vegetales que reemplazarán al aceite de ballena.

103. 10 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

Súbita riqueza de Japón. – Explotación capitalista de la India. – La quema de viudas. – La India o el control de Europa.

Japón está haciéndose independiente en todo. Se asegura el caucho, el petróleo, el zinc, el volframio y otra cantidad de productos. Japón será uno de los países más ricos de la Tierra. ¡Qué cambio! Sólo hace unas semanas estaba considerado como uno de los países más pobres. Hay pocos ejemplos en la historia de un cambio tan rápido de situación, tan absoluto.

La riqueza de Gran Bretaña no es tanto el resultado de una perfecta organización comercial como de la explotación capitalista de trescientos cincuenta millones de esclavos hindúes. Se alaba el espíritu práctico de los ingleses porque respetan las costumbres de los países que han sometido. En realidad, esta actitud no tiene otra explicación que la voluntad de no elevar el nivel de vida de los indígenas. Si conquistáramos la India, los indios no estarían más contentos, y no tardarían mucho en echar de menos los viejos tiempos de la dominación inglesa. El colmo de ese comportamiento cínico de los ingleses es que les da el prestigio del liberalismo y de la tolerancia.

La prohibición del *suttee* de las viudas y la supresión de los calabozos del hambre han sido medidas dictadas a los ingleses por el deseo de no disminuir la mano de obra, y a lo mejor también para economizar leña. Han presentado tan hábilmente ante el mundo esas medidas, que por doquier obtuvieron raudales de admiración. Así es la fuerza de los ingleses: dejan vivir a los indígenas, explotándolos hasta el máximo.

No hay un inglés que en este momento no piense constantemente en la India. Si se les presentase a los ingleses este dilema: quedarse con la India abandonando Europa a Alemania, o perder la India conservando el control de Europa, estoy seguro de que el noventa y nueve por ciento de los ingleses escogerían la India. Para ellos la India ha llegado incluso a ser un símbolo, pues sobre la India se edificó su imperio. De cuatrocientos cincuenta millones de súbditos con que cuenta el rey de Inglaterra, trescientos cincuenta millones son indios.

Respecto a América, nuestra mejor conducta es hacerle frente hasta el fin.

104. 13 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: EL DR. PORSCHE Y JACOB WERLIN

El motor de enfriamiento por aire.

El motor de enfriamiento por agua debe desaparecer completamente.

En lugar de obtener la gasolina del carbón por un procedimiento complicado, es preferible obligar a ciertas clases de usufructuarios a utilizar vehículos provistos de gasógenos.

105. NOCHE DEL 12 AL 13 DE ENERO DE 1942

Confirmación de las órdenes. – Problemas de abastecimiento del frente oriental. – Dar el mejor uso a las cosas. – Llegada repentina del invierno en Rusia. – Una concepción política atrasada. – El equilibrio europeo. – Halifax, el mentiroso. – Duff Cooper y Hore-Belisha. – El bumerán indio. – La solución Mosley.

En la Wehrmacht hasta ahora no había obligación de confirmar la ejecución de una orden más que en los grados inferiores. Acabo de cambiar ese estado de cosas. Si falta esa obligación se corre el riesgo de considerar una orden como ejecutada por el solo hecho de que fue cursada. Hace falta una confirmación para estar seguro de ello.

El abastecimiento del frente suscita problemas enormes. Esta vez hemos dado prueba de grandiosos dones de improvisación. En el orden de los hechos imprevistos, ha habido esta catástrofe de la temperatura que, en dos días, ha bajado de 2 °C bajo cero a 38 °C bajo cero. Lo ha paralizado todo porque nadie lo esperaba. Los indígenas mismos están sorprendidos, y confirman que el invierno ha surgido de una forma completamente fuera de costumbre.

En las actuales condiciones de la guerra, puede uno preguntarse si los oficiales más competentes deben estar en el frente o en la retaguardia. Yo opino que deben estar en el frente. Durante la primera guerra mundial tuvimos en conjunto cuarenta mil vehículos motorizados. Una sola de nuestras unidades puede hoy contar los mismos. ¿Cuál era la situación hace ocho años? Teníamos siete divisiones de infantería y tres de caballería. Hoy no tenemos más que divisiones blindadas o motorizadas. Por eso me hacen falta oficiales y más oficiales.

En la primavera de 1938 entramos en Austria. En el trayecto de Linz a Viena vi más de ochenta tanques inmovilizados al borde de la carretera ¡y sin embargo qué carretera más fácil! A nuestros

soldados les faltaba experiencia. Un año después penetrábamos en Checoslovaquia con un tiempo malísimo y no se produjo nada igual.

Nos hace falta en el interior una organización idónea. Nos vemos obligados a encargar a un oficial cualquiera la responsabilidad de un depósito de material. Ahora bien, puede tratarse de un teniente de reserva que es dentista o maestro en la vida civil. Esas buenas gentes, naturalmente, no tienen ninguna idea de la conservación del material y han de empezar por aprender. No olvidemos que el ejército alemán ha crecido de una manera enorme. Nuestras dificultades actuales son, en forma agravada, similares a las que conocimos en 1938 en el momento de nuestra marcha sobre Viena. El invierno que viene no volverá a suceder nada de todo esto. No veremos un coche inmovilizado, ni una locomotora congelada.

Cuando esas regiones estén unidas a nuestra red, construiremos locomotoras adaptadas a las condiciones locales. A propósito de esto, no hago reproches a nadie. No es que sea obra de brujos la construcción de tal material, pero hasta ahora no había razón para que fabricásemos máquinas previstas para otro clima que el nuestro.

Incluso este año, el invierno no nos habría causado dificultades de no habernos sorprendido tan de repente. Sin embargo, es una suerte que haya venido de un modo súbito, pues de lo contrario hubiéramos avanzado aún doscientos o trescientos kilómetros. En este caso, la adaptación de la vía férrea a nuestro ancho habría sido imposible. Con temperaturas semejantes, nos vemos obligados a recurrir a la tracción animal.

En el frente de Leningrado, con una temperatura de cuarenta y dos grados bajo cero, ni un fusil, ni una ametralladora, ni un cañón funcionaban normalmente. Pero acabamos de recibir el aceite que, por desgracia, nos faltaba desde hace dos meses.

Necesitamos dos cosas: un casco forrado de piel y una careta de celuloide. Goering me ha dicho que él conocía, por haberlos utilizado en la caza, los sacos calentadores que se encuentran a los soldados rusos.

¿Cuánto tiempo hace que reclamo un motor de enfriamiento por aire? ¡Pero habla uno a las paredes! La tontería humana es el muro más denso. Los militares se oponían, lo mismo que se opusieron al principio a los Volkswagen. ¡Qué cara nos cuesta en este momento la gasolina especial para la puesta en marcha de los motores! Es ocioso decir la diferencia que habría si tuviéramos, bajo la cubierta de cada motor, un recalentador actuando por catálisis. Ya he dado la orden: está prohibido de hoy en adelante construir otros motores que los de enfriamiento por aire. Casi todo lo que nos falta ahora, lo teníamos ya durante la guerra mundial. Es extraño ver qué pronto olvida el hombre. Hay que volver a inventarlo todo sin cesar.

Churchill es un hombre que posee una concepción política atrasada: la del equilibrio europeo. Esa fórmula no pertenece ya a la esfera de las realidades. Y sin embargo, por esa superstición Churchill excitó a Inglaterra a la guerra. Cuando caiga Singapur, caerá Churchill, estoy convencido. La política que Churchill

representa no tiene, en realidad, interés excepto para los judíos. Pero ese pueblo ha sido elegido por Jehová por su estupidez. La última cosa que su propio interés podía aconsejar a los judíos era el desencadenamiento de la guerra. Con ello habrán salido ganando que se les eche de Europa, ya que cuanto más dure la primera guerra, peor será la reacción de los pueblos contra ellos.

En los orígenes de todos estos sucesos, sólo hay unos pocos imbéciles. Es preciso ver las cosas como son. ¿Quién *es* ese judío marroquí que Gran Bretaña hizo su ministro de la Guerra? Los generales han conseguido quebrar su carrera, como acaba de hacer Wavell con Duff Cooper. Considero a Halifax como un hipócrita de la peor especie, como un mentiroso. En conjunto se ve que la simpatía entre ingleses y americanos no está en alza. Por parte de los ingleses, es más bien la antipatía la que sube. Sin la intervención de Japón en la guerra, se hubieran equilibrado las cuentas entre ellos, pero ahora es claramente Inglaterra la que paga los platos rotos. ¿Bastarán las buenas palabras de Roosevelt para compensar la pérdida de la India?

No creo que los japoneses emprendan la conquista de la India. Se limitarán a bloquearla. Y si las comunicaciones con la India quedan interceptadas, ¿qué beneficio obtendrán los ingleses con seguir siendo allí los dueños? Además, su situación es muy especial. Son trescientos cincuenta mil para gobernar a trescientos cincuenta millones de hombres. Si de pronto los trescientos cincuenta millones dicen que ya no obedecen, ¿qué puede hacerse? Opino que si en nuestro país, durante la República de Weimar, la huelga general se hubiera realizado con todo rigor, ¿qué habría podido remediar contra ello un ejército de cien mil hombres?

Las insurrecciones sangrientas no son en la India cosa de hoy, pero la dificulta para los hindúes reside en conciliar los divergentes intereses de una población tan diversa. ¿Cómo reunir en un frente común a los príncipes con los brahmanes, a los hindúes con los musulmanes, a todas esas castas jerarquizadas y cerradas? Si un periódico británico de la India escribe hoy contra Churchill, es porque de lo contrario perdería todo su público. La prensa no da una idea exacta de la realidad. En la India la sublevación se halla en estado endémico. Gandhi ha querido triunfar por medios pacíficos, pero sean cuales sean los medios elegidos, los hindúes son unánimes en su deseo de sacudirse el yugo británico. Algunos querrían recurrir a la ayuda del bolchevismo, otros a la nuestra. Hay quienes preferirían no deber nada al extranjero. Para todos, el fin es el mismo, la libertad, y ninguno se preocupa del estado de anarquía en que quedaría el país después de la marcha de los ingleses.

Cuando se trata a un pueblo como los ingleses no han cesado de tratar a los hindúes, no hay que hacer la tontería de enviar a la juventud del país a las universidades donde aprende cosas que valdría más que no supiera.

Singapur no es Creta. Trato de imaginarme lo que haríamos nosotros, si tal golpe nos alcanzara. Pero no existe ningún elemento de comparación, ya que no poseemos un imperio mundial.

¿Cómo reaccionarán? Claro que tienen en reserva hombres como Mosley. ¡Cuando pienso que Mosley y más de nueve mil de sus adeptos, de los cuales algunos pertenecen a las mejores familias, están encarcelados por no haber querido esta guerra!

¡Sorpréndase, Bormann: me voy a volver muy religioso!

Bormann. «Usted siempre ha sido muy religioso».

Quiero decir que voy a volverme una figura religiosa. Seré pronto el gran jefe de los tártaros. Ya árabes y marroquíes mezclan mi nombre a sus plegarias. Entre los tártaros seré Kan. La única cosa de la que seré incapaz será compartir el metchui con los jefes. A mí, vegetariano, que me tengan alejado de la carne. Si no esperan demasiado, me contentaré con sus harenes.

106. 13 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL MARISCAL LEEB Y TERBOVEN

Checos proalemanes y partidarios de Benes. – Los checos en el imperio austrohúngaro. – Hacha y la inyección del doctor Morell.

Conozco a los checos. Están muy indecisos en este momento. Una parte de ellos querría tratar con Alemania. Los otros son partidarios de Benes. Una política de debilidad en Checoslovaquia sería para nosotros una catástrofe Si el Estado austriaco hubiera procedido con ellos más enérgicamente, se habría evitado la dislocación.

Mi primera intervención fue hace ya dos años y medio. Tuvimos que fusilar a nueve agitadores y enviar a dos mil quinientos a campos de concentración. Se restableció el orden inmediatamente.

El comportamiento de los checos con la vieja Austria ha dado todo su sentido a la expresión «resistencia pasiva». Los más impertinentes son siempre aquellos a los que se trató con más miramiento. Las atenciones son a sus ojos una señal de debilidad o de estupidez. Prefiero pasar por brutal que por estúpido.

Estoy persuadido de que los checos acabarán por considerar a Hacha como uno de los grandes hombres políticos de su historia.

En 1939 les envié un ultimátum, según los términos del cual tenían hasta las seis de la mañana para aceptar mis proposiciones: de lo contrario, los aviones alemanes irían sobre Praga. Hubiese perdido irremediablemente la faz de tener que ejecutar mi amenaza, ya que a la hora que hubiera dicho era tan densa la niebla en nuestros aeródromos que ningún avión hubiera podido elevarse. A las tres estaban concluidas las conversaciones con Hacha. Informó a su gobierno, y tres cuartos de hora más tarde nos avisaban que la

orden había sido cumplida. Las tropas alemanas entraron, pues, en Checoslovaquia sin disparar un tiro. Los checos tenían un ejército bien adiestrado. La orden transmitida por Hacha fue redactada por mis colaboradores. La visita de Hacha me preocupó mucho, pues era un anciano muy frágil. ¡Imagínense ustedes los gritos de la prensa extranjera, si le llega a pasar algo! Por la mañana le animaba un espíritu de resistencia que contrastaba con su conducta habitual. Se oponía sobre todo a que su ministro de Asuntos Exteriores añadiera su firma a nuestro acuerdo. «Cuidado —pensé—, tengo a un jurista delante.» ¿Existía quizá una ley en Checoslovaquia que no daba fuerza legal a un acuerdo de esta clase, si no lo avalaba el ministro en cuestión?

Al día siguiente en Praga, me preguntó por qué medio habíamos hecho de él un hombre distinto. Se extrañaba él mismo de haberse manifestado tan terco. Era, probablemente, el efecto de la inyección que le puso Morell para darle fuerza. ¡Su energía recuperada se manifestaba contra nosotros!

Recibo actualmente de Hacha los más efusivos testimonios de simpatía. No los publico para no dar la sensación de que necesitamos del apoyo de un vencido.

107. NOCHE DEL 13 AL 14 DE ENERO DE 1942

El compositor Bruckner. – Brahms en el pináculo. – Wagner y Goering. – Grandes arquitectos. – El deber de estimular los talentos.

Después de una audición de la Séptima sinfonía de Bruckner.

Es una obra que está compuesta sobre aires populares de la Alta Austria. No están tomados textualmente, pero constantemente me recuerda los bailes del Tirol de mi juventud. Es maravilloso lo que Bruckner ha sabido extraer de ese folclore. A propósito, es a un sacerdote a quien le corresponde el mérito de haber protegido a este gran maestro. El obispo de Linz permanecía durante horas enteras sentado en su catedral, oyendo a Bruckner tocar el órgano. Era el mejor organista de su tiempo.

Es posible imaginar lo que sería la llegada a Viena de este pequeño aldeano, en medio de una sociedad corrompida. Un juicio de Bruckner sobre Brahms, aparecido recientemente en un periódico, ha acrecentado la simpatía que ya tenía por el. «La música de Brahms es muy bella, pero yo prefiero la mía.» Es la conciencia de sí mismo, llena a su vez de humildad y de orgullo, tal como la siente con toda sencillez un campesino cuando le anima una verdadera convicción. El crítico Hanslick hizo de la vida de Bruckner en Viena un verdadero infierno. Cuando llegó el momento en que ya no era posible ignorar su obra, le cubrieron de condecoraciones y le

abrumaron de honores. ¿Qué representaba esto para él? ¿No hubiera valido más no desconocerlo durante tanto tiempo?

La judería elevó a Brahms al pináculo. Agasajado en los salones, era un pianista de gestos teatrales. Abusaba de los efectos con las manos, la barba y la cabellera. Frente a él, Bruckner era un hombre borroso y lleno de timidez.

Wagner también tenía el sentido del gesto, pero le era innato. Wagner era un hombre del Renacimiento; un poco como Goering lo es a su modo, y tonto sería criticárselo.

No hay nada tan cruel como vivir en un medio desprovisto de comprensión para una obra ya realizada o en gestación. ¡Cuando pienso en un Schiller o en un Mozart! ¡Mozart, a quien arrojaron, no se sabe dónde, a una fosa común!... ¡Qué ignominia!

Si yo no hubiese estado allí para impedirlo, creo que Troost habría corrido la misma suerte. Este hombre ha hecho una revolución en la arquitectura. Quizá sólo en unos años hubiese desaparecido sin que nadie tuviese la menor idea de su genio. Cuando le conocí estaba deprimido, asqueado de la vida. Sucede a menudo que los arquitectos son hipersensibles. Pensemos en Hansen, que fue el mejor dotado de los arquitectos vieneses. ¿Y Hasenauer? La crítica le atacó tan salvajemente, que se suicidó antes de concluir su obra; y sin embargo la Opera de Viena oscurece a la de París. ¡Tener conciencia de que se sabe hacer ciertas cosas como nadie es capaz de hacerlas, y no poder demostrarlo!

Creo que los países deberían realizar gustosamente sacrificios por sus grandes hombres. La única fortuna verdadera de una nación consiste en sus grandes hombres.

Un gran hombre vale mucho más que mil millones en las arcas del Estado. Un hombre que tiene el privilegio de estar al frente de un país no podría hacer mejor uso de su poder que ponerlo al servicio del talento. ¡Ojalá el partido considere siempre que su principal deber es descubrir y alentar los talentos! Los grandes hombres son los que expresan el alma de una nación.

He tenido mucha suerte, pero el pueblo alemán no ha sido menos afortunado. Las siete divisiones de infantería y las tres de caballería de 1933 no hubieran podido detener el empuje del este.

108. 15 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

Churchill vuelve de Estados Unidos. – No existen los milagros. – Exceso de natalidad y vacunación.

A su regreso a Inglaterra, Churchill no tendrá que hablar mucho para convencer a la Cámara de los Comunes. Pero las gentes que tienen su fortuna en la India no se dejarán engañar. Un periódico

inglés se permite ya escribir: «Enviadlo todo a la India, sin preocuparos de Rusia ni de África del norte». La clase propietaria no tiene hoy más que un pensamiento: ¿cómo salvaremos el imperio? No es imposible que se realice un milagro y que Inglaterra se retire de la guerra. Hace un año hubiera podido hacer la paz conservando todo su prestigio. En esta guerra, en el caso de que triunfaran, únicamente América sacaría ventajas. En caso de derrota, Inglaterra será la única perdedora.

Hoy he leído que la India cuenta actualmente con trescientos ochenta y ocho millones de habitantes, lo que supone un aumento de cincuenta y cinco millones en el curso de los diez últimos años. Es alarmante. Asistimos al mismo fenómeno en Rusia Las mujeres tienen allí un hijo por año. La razón principal de este aumento es la disminución de la mortalidad, debida a los progresos de la higiene. ¿En qué piensan nuestros médicos? ¿No es suficiente vacunar a los blancos? Peor para los blancos si no quieren vacunarse. ¡Qué revienten! No podemos, sin embargo, a causa de su espíritu limitado, esterilizar a todos los indígenas.

Bormann intervino para decir que de las cincuenta familias de Obersalzberg veinticuatro habían tenido hijos en 1941.

¡Esto nos aproxima a la natalidad rusa! He dicho siempre que el único problema para nosotros es el del alojamiento. Los niños vendrán solos. Una gran comodidad para los padres son los bloques de casas con jardines interiores comunes, donde los niños pueden jugar libremente y estar vigilados al mismo tiempo. Ya no es posible dejarlos en plena calle. Cuando están todos reunidos, se hace más fácilmente de ellos seres sociales. En Regensburg he visto una colonia que hormigueaba de niños. Entre nosotros también la natalidad aumenta.

109. NOCHE DEL 15 AL 16 DE ENERO DE 1942

> Sin influencias no tenías nada que hacer en la vieja Austria. – La corrupción en el pasado. – Una mujer de talento. – Hay que proteger las artes.

En la antigua Austria no se podía hacer nada sin protección. Esto explica en parte el hecho de que nueve millones de alemanes dirigieran en realidad, y en virtud de una ley no escrita, a cincuenta millones de no alemanes. Esa dirección alemana se ocupaba cuidadosamente de que las plazas fuesen siempre cubiertas por alemanes. Era el único medio de mantenerse en esta situación privilegiada. Los bálticos de origen alemán se conducían de igual modo con la población eslava.

No se obtenía absolutamente nada en Austria sin recomendaciones. Cuando llegué a Viena, llevaba una para Roller, pero no la utilicé. Con aquella recomendación, me hubiera contratado inmediatamente. Sin duda fue preferible que no sucediera así. No me ha hecho daño tener que comer suela de zapato.

Había antes diez mil veces más corrupción que hoy. La diferencia es que no se hablaba de ello. Cuando condenamos a un prevaricador, no ha de ser un pretexto para dar grandes voces. Entre nosotros no hay mal endémico, no hay más que casos especiales.

Estoy convencido de la necesidad de que el Führer no tenga protegidos y no admita a su alrededor sistemas de protección. Yo nunca he recurrido a ellos. Mi función exige que sea completamente sordo en ese terreno. De lo contrario ¿hasta dónde llegaríamos?

Pongo por ejemplo que tuviese espontáneamente intención de hacer alguna cosa por alguien. Me bastaría que alguno de mis íntimos insistiera en ello para que me viera obligado a renunciar a mi proyecto, porque podrían creer que no actuaba libremente, y no quiero dar la sensación de que pueden influenciarme.

En la Wehrmacht hacen falta cinco días para que una orden mía se traduzca en hechos. En el partido todo se hace rápida y simplemente. En el partido reside nuestra fuerza de acción.

Si los italianos hubieran conseguido asegurarse, en otro tiempo, el Erzberg sus necesidades de mineral de hierro estarían cubiertas para doscientos años Razones de estrategia les empujaron en esta dirección. Creo que el mineral de hierro se acabará en el mundo. Pero ya poseemos metales ligeros que son más duros que el acero.

El carbón se agotará también. Lo sustituiremos por otras fuerzas naturales: el aire y el agua.

Dos profesiones peligrosas: la de minero y la de marino.

Se dice que las mujeres no tienen talento creador. Pero hay una mujer extraordinaria, y me irrita que los hombres no le hagan justicia. Angelica Kauffmann fue una gran pintora. Los más ilustres de sus contemporáneos la admiraron.

Para el museo de Linz sólo puedo concebir una divisa: «Al pueblo alemán, lo que le pertenece».

La Pinacoteca de Múnich es una de las realizaciones más grandiosas que existen. Ahora bien, es obra de un hombre. Lo que Múnich debe a Luis I es inapreciable. ¡Y lo que le debe todo el pueblo alemán! El palacio de los Ufficci de Florencia, no honra sólo a Florencia, sino a toda Italia.

Tengo que hacer algo por Königsberg. Con el dinero que me ha dado Funk, construiré un museo, en el que reuniremos todo lo que encontremos en Rusia. También construiré una ópera grandiosa y una biblioteca.

Quiero reunir los museos de Núremberg. Será un conjunto maravilloso.

Y haré construir en esa ciudad un nuevo museo germánico. Tengo siempre miedo de que los locales actuales se incendien.

En el curso del siglo pasado, el pueblo alemán recibió el regalo de los museos de Berlín, Múnich, Dresde, Viena y Kassel. No hay nada más bello que ofrecer a la nación monumentos dedicados a la cultura.

Voy a ocuparme igualmente de la nueva Trondheim.

A la larga las guerras se olvidan. Sólo quedan las obras del genio humano.

110. NOCHE DEL 16 AL 17 DE ENERO DE 1942

Una región salvaje. – Descubrimiento de Obersalzberg. – Aventuras de Dietrich Eckart. – Hitler de incógnito. – Reuniones en Passau y Berchtesgaden. – Anécdotas locales. – Construcción del Berghof. – Primera Navidad en Obersalzberg. – Viaje a Buxtehude. – Incendio providencial. – El mentor Dietrich Eckart. – Querellas pintorescas. – Los primeros fieles.

El Hochlenzer fue construido en 1672. Es una región donde hay huellas de viviendas muy antiguas. Se explica porque por allí pasaba la vieja ruta de la sal que desde Hallein conducía a Augsburgo, atravesando Salzburgo y Berchtesgaden. Hallthurm era un jalón de esa ruta.

No creo que nuestros antepasados consideraran esa región acogedora. Cada año, por los alrededores de Navidad, los niños se cubren con máscaras horribles, reminiscencia de una época en la cual se creía que se alejaba de ese modo a los malos espíritus. Los malos espíritus frecuentan las regiones salvajes y desoladas. Imaginad aquel estrecho camino por el que los comerciantes veíanse obligados a viajar constantemente con el temor de ser atacados por los animales salvajes o por los bandidos. Necesitaban un día entero para hacer un trayecto que realizamos ahora en veinte minutos.

En donde yo tengo mi casa, no había nada antes de 1917. Sólo era campo. Creo que fue aquel año cuando los Winter, de Buxtehude, construyeron la casita sobre cuyo emplazamiento yo construí la mía.

La visita a Obersalzberg que me dejó un recuerdo más vivo fue la que hice en el momento en que se construía mi casa. Era la primera después de muchos meses y yo estaba con la excitación del descubrimiento. La obra básica acababa de terminarse. Temía un poco que no cuadrara en el paisaje, por sus grandes dimensiones. Me sentí muy contento al advertir que, al contrario, se adaptaba muy

bien a él. Ya me había impuesto límites por este motivo; por mi gusto hubiera sido más grande todavía.

La casa que perteneció a los Cornelius, Sonnenköpfl, era célebre. Los Bechstein deseaban que la adquiriera yo. Pero yo daba bastante importancia a la vista sobre Salzburgo, quizá por nostalgia de mi patria chica. Sin contar que en Sonnenköpfi hace demasiado calor en verano. El Berghof tiene verdaderamente una situación ideal. ¡Cómo me gustaría estar allí! Será un buen momento cuando podamos llegarnos. ¡Pero qué lejos está, qué terriblemente lejos!

En realidad fue gracias a Dietrich Eckart como conocí Obersalzberg. Había orden de detención contra él, y queríamos ocultarle. Se refugió primero en Múnich, en casa de los Lauböck. Pero no pudo resistir la tentación de telefonear por doquier. Al segundo día estaba ya pidiendo a su lado a su novia Anna. «Soy incapaz de ocultarme», me decía. Decidimos llevarlo a su casa. Como medida de precaución, patrullaban en torno a la casa nuestras gentes. Aquí y allá se dibujaba a veces la silueta de un policía, pero eran demasiado cobardes para comprometerse con nosotros. Christian Weber vino a verme para hablarme de los Büchner de Obersalzberg, que yo no conocía aún. Weber había vivido en pensión en su casa, y pensaba que sería un sitio indicadísimo para ocultar a Dietrich Eckart. Los Weber dirigían la pensión Moritz.

Röhm me telefoneó un día pidiéndome que fuera a reunirme inmediatamente con él, en la oficina de la administración militar. Había allí un servicio de investigaciones, que funcionaba paralelamente al de la policía civil Röhm me anunció que tratarían de detener a Eckart durante la noche, y me aconsejó que me lo llevara. Ya había notado yo que la casa empezaba a estar rodeada de policía. Un poco más tarde, el mismo día, supe por Röhm que todas las carreteras alrededor de Múnich estaban interceptadas. «Llévalo al Jardín inglés —me dijo—, allí encontrarás un coche de la Reichswehr que pongo a su disposición.» Le hice notar que seguramente Eckart no querría marcharse solo. «Tanto mejor —me dijo Röhm—. Será mejor que el coche esté lleno.» Fui a casa de Drexler y le pregunté si le gustaría irse con Eckart unas semanas. Esta proposición le entusiasmó. Eckart comenzó por gruñir, pero por la tarde se dejó llevar. Esto era en el invierno de 1922-1923. Subieron, pues, a Obersalzberg, donde había todavía mucha nieve. No conozco pormenores del viaje.

Al día siguiente, la policía se presentaba en mi casa. Naturalmente, no sabía nada. Esto me recuerda que tratábamos duramente a los tipos de la policía. Cuando nos telefoneábamos y teníamos la sospecha de la presencia de una escucha en la línea, exclamábamos: «¡Dios mío, otra vez uno de esos chimpancés que se interesa por nosotros!».

Christian Weber nos daba regularmente noticias suyas. Lo único que yo sabía es que estaban en una pensión en los alrededores de Berchtesgaden.

Un día de abril, acompañado de mi hermana, fui a Berchtesgaden. Dije a mi hermana que tenía que entrevistarme con

alguien en la montaña y le pedí que me esperara. Me fui a pie con Weber. La subida era casi recta y no se acababa nunca: una vereda en la nieve. Le pregunté a Weber si me tomaba por una cabra montés, amenazándole con dar media vuelta y volver de día. Ante nosotros surgió una casa, la pensión Moritz. Weber me dijo: «No hay botas en la puerta, podemos entrar». Por prudencia no nos habíamos anunciado. Lo sacamos de la cama y Eckart vino a nuestro encuentro en camisón. Enseñaba sus pantorrillas, con todo el vello erizado como pinchos de alambre. Estaba muy emocionado.

Pregunto a Eckart a qué hora debía levantarme a la mañana siguiente, para admirar el paisaje. Me dice que a las siete y media es maravilloso. En efecto, ¡qué admirable panorama sobre el valle! Un paisaje de una belleza indescriptible.

Eckart ya estaba levantado. Me presentó a los Büchner: «He aquí mi joven amigo el señor Wolf». Nadie podía soñar en unir ese nombre con el energúmeno Adolf Hitler. Eckart era conocido, en la pensión, con el nombre de Dr. Hoffmann. A mediodía me llevó a la fonda Türken, prometiéndome un verdadero *goulash*. Se dirigían a él llamándole «doctor», pero vi en seguida que todo el mundo conocía su verdadera identidad. Cuando le hice la observación, me contestó que en Obersalzberg no había traidores. En una reunión en Freilassing, tomó la palabra bajo el nombre de Hoffmann, pero durante su discurso, llevado por la pasión, llegó incluso a decir: «,Qué me están ustedes contando? Estoy algo mejor enterado que ustedes. ¡Yo soy Dietrich Eckart!».

No me quedé mucho tiempo y volví a Múnich. Pero cada vez que disponía de algunos días, volvía allá arriba. Hacíamos a menudo excursiones. Una vez nos sorprendió una tempestad terrible en el refugio Purtscheller: creíamos que el viento se llevaba la cabaña. Eckart decía furioso: «¡Qué estupidez haberme encerrado en semejante choza!». Otra vez Büchner llevó a Eckart en su motocicleta. Todavía los veo, subiendo a toda velocidad el camino estrecho y sinuoso que conduce a Obersalzberg. ¡Qué locura!

Llegó un día en que fue imposible retenerle más tiempo en la pensión. Se contaba por todas partes que iba a llegar un regimiento de policías para prenderlo. Una tarde le mudamos a la casita del Göll. Según tenía por costumbre cuando se mudaba, se llevó consigo su cama y su molinillo de café.

Enseguida tomé afecto a Obersalzberg. Estaba enamorado del paisaje. Sólo los Büchner conocían mi identidad y habían guardado el secreto. Los demás veían en mí al señor Wolf. Esto me permitía divertirme oyendo en la mesa lo que decían de Hitler.

Había decidido ir a Passau, con motivo de una reunión. Resulta que había en nuestra pensión un cliente, acompañado de una mujer muy bonita. Charlábamos juntos. Me dice de repente: «He venido de Holstein hasta Berchtesgaden. No quiero perder la ocasión de ver a ese Hitler. Voy, pues, a ir a Passau». Pensé que la cosa iba mal para mí y que iba a perder mi incógnito. Le dije que yo también iba y le propuse llevarle en mi coche. En Passau me esperaba un automóvil.

Me adelanté y previne a mis amigos de que era el señor Wolf, suplicándoles no cometieran ninguna indiscreción con el sujeto que les confiaba. Le invité a subir con ellos al coche, anunciándole que me reuniría con él en la sala. Tenía efectivamente que quitarme el mono que ocultaba mi uniforme.

Reconocí enseguida a mi hombre, con su cara afeada por una enorme cicatriz, perdido en el barullo de la sala. Cuando me vio subir al estrado y comenzar a hablar, fijó en mí sus ojos como si viera una aparición. La reunión terminó con un tumulto terrible, a consecuencia del cual Schreck fue detenido. Volví a llevar a mi acompañante a Obersalzberg. Estaba atónito. Le supliqué que guardara el secreto, diciéndole que si era reconocido, esto me obligaría a cambiar de refugio, lo que me contrariaba muchísimo. Me dio su palabra.

En el viaje de regreso, Goering iba al volante. Conducía como un loco.

En una curva, antes de llegar a Tittmoning, nos encontramos bruscamente en un montón de estiércol. Maurice volvió a tomar el volante y nos llevó sin ninguna dificultad a Berchtesgaden.

A la mañana siguiente noté, por la forma como me miraba su mujer, que el tipo aquel le había hablado. Respecto a los otros, fue completamente discreto.

Hacía mucho tiempo que estaba prevista una reunión en Berchtesgaden. Llegó un momento en que ya no se pudo evitar. «Día alemán en Berchtesgaden. Discurso del camarada Hitler.» Gran expectación en Obersalzberg. Toda la pensión, unas cuarenta o cincuenta personas, bajaron al valle para ver al fenómeno. La hora de la comida se adelantó para que pudieran llegar a tiempo.

Bajé en motocicleta. En el albergue de la Corona fui recibido con una formidable ovación. Toda mi pensión estaba reunida delante de la puerta, pero las buenas gentes no se sorprendieron por los aplausos, persuadidos de que se vociferaba así a cada uno que llegaba.

Cuando subí al estrado me miraban como si me hubiera vuelto loco. En el momento en que se dieron cuenta de la realidad, vi que perdían el sentido de las cosas.

Cuando Wolf volvió a la pensión, el ambiente estaba ya envenenado. Los que delante de mí habían dicho pestes de Adolf Hitler se sentían terriblemente violentos. ¡Qué pena!

La época más bella fue cuando no se conocían mis rasgos y podía viajar tranquilamente por todo el Reich. ¡Qué placer para mí ser confundido con cualquiera!

Una de mis primeras escapadas, al salir de la cárcel en 1925, consistió en una visita a Berchtesgaden. Dije a los Büchner que tenía que trabajar y que me hacía falta una calma absoluta. Me instalé entonces en toda la casa.

Después los Büchner se marcharon. Siempre me preocuparé por lo que les ocurra. Juzgo a las gentes por su conducta en la época de nuestra lucha. Los Büchner fueron admirables con nosotros cuando éramos débiles. Büchner era un hombre bueno y su mujer una

persona llena de energía. En 1926 o 1927 les sustituyó Dressel, un sajón. ¡Qué cambio! Dressel era un hombre perezoso, la casa estaba mal llevada, su cocina no era comestible. Para colmo, tenía un cuñado borracho. El café lo regentaba una muchacha encantadora, que trabaja ahora con Amann, a la que Dressel maltrataba. Era la hija del fabricante de porcelana Hutschenreuther, cuyos negocios iban mal. ¡Qué alivio para ella cuando Amann la sacó de allí! Dressel descontaba incluso a su personal el diez por ciento de servicio al que tenía derecho. Todo aquello era tan repugnante, que decidimos no permanecer allí más tiempo.

Viví entonces en el Marineheim. Los Bechstein estaban allí y me pidieron que les hiciera compañía. Pero el ambiente era insoportable. Los Bechstein, que eran gentes de mundo, lo reconocían. Una sociedad desprovista en absoluto de naturalidad, gentes hinchadas de pretensiones, ¡la quintaesencia de lo que más nos horroriza! Después de un incidente con los equipajes de un tal Modersohn, me marché. No podía permanecer más tiempo en una casa habitada por semejantes fantoches.

A continuación escogí la Deutsches Haus, en Berchtesgaden. Allí viví cerca de dos años, con interrupciones. Estaba como pez en el agua. Cada día subía a Obersalzberg, lo que me suponía dos horas y media de marcha, entre ida y vuelta. Allí escribí el segundo tomo de mi libro. Me gustaba mucho ir al Dreimäderlhaus, donde siempre había chicas bonitas. Era una bendición para mí. Había una, sobre todo, que era una verdadera belleza.

En 1928 supe que se alquilaba la casa Wachenfeld. Pensé que era una solución excelente y me decidí a ir a verla No había nadie. El viejo Rasp, con quien tropecé, me dijo que las dos señoras acababan de irse. Winter, que hizo construir la casa, había sido un gran industrial de Buxtehude. Le había dado el nombre de soltera de su mujer: Wachenfeld.

Las dos señoras volvieron. «Perdonen, señoras: ¿son ustedes las propietarias de esta casa? He sabido que la querían alquilar.» «Es usted el señor Hitler? Somos miembros del partido.» «Esto viene a las mil maravillas.» «Entre, venga a tomar una taza de café.»

Entonces visité la casa y quedé seducido, sobre todo por el cuarto grande. Nos pusimos de acuerdo enseguida. Las propietarias estaban encantadas de alquilar toda la casa por un año al precio de cien marcos por mes. Consideraban que les hacía un gran favor no dejando la casa vacía. Tuvieron a bien añadir que en caso de venta, lo que no era probable, me darían la preferencia.

Anuncié inmediatamente la noticia, por teléfono, a mi hermana en Viena, pidiéndole que hiciera el favor de venir a desempeñar el papel de ama de casa. Nos instalamos enseguida. La primera Navidad allí arriba fue maravillosa. Como mi hermana se quedaba a menudo sola, con una criadita joven, le proporcioné dos perros de guarda. Nunca le pasó nada.

Una vez fui a Buxtehude. Como había invertido mucho dinero en la casa, deseaba que se fijase ante notario un precio eventual de venta. Lo más deseable para mí era comprarla enseguida, pero la

señora Winter no podía decidirse a venderla porque se la había dejado su difunto marido. Llegamos desde Hamburgo, en coche. Al preguntar dónde estaba la fábrica Winter, supe que precisamente se había quemado la noche anterior. Me dije que llegaba en buen momento.

Me presenté en casa de la señora Winter. Primero me recibió su hija. La madre apareció demostrando gran alegría: «¡Qué coincidencia! ¡Llega usted, y la fábrica se ha quemado esta noche! ¡Dos suertes!». En efecto, durante la inflación dos judíos habían comprado la fábrica por nada, aprovechando la debilidad de una viuda. Añadió: «Es un día tan bueno para mí, que estoy conforme con venderle la casa».

Me condujo ante una fotografía: «¿Ve usted a este bandido?—me dijo—; pues hace ya tres semanas que es soldado, y no he tenido ni una carta de él». Traté de explicarle que a lo mejor el muchacho estaba de maniobras y no podía escribir. Se quedó encantada de que le proporcionara un pretexto para sentirse injusta con él. Me sentí subyugado por aquella vieja adorable de ochenta años. Era más alta, más delgada y más viva, pero me recordaba ala señora Hoffmann.

Dimos un paseo y me enteré de que sólo tenía derecho a ocupar la vivienda de la fábrica. Por fortuna, aunque el rayo había caído en la fábrica, la casa habitación estaba intacta.

Así llegué a ser propietario en Obersalzberg.

¡Hay muchos lazos entre Obersalzberg y yo! ¡Tantas cosas nacieron y fueron realizadas allí! He pasado allá arriba las horas más bellas de mi vida. Mi pensamiento permanece fiel a mi primera casa. Fue donde todos mis grandes proyectos maduraron. Entonces tenía ratos libres y ¡cuántos amigos encantadores! Ahora, es el embrutecimiento y la esclavitud. Ya no me queda más que estas pocas horas que paso con ustedes cada noche.

Para la baronesa yo era una persona interesante. Eckart me presentó: «He aquí un joven amigo mío que será un día un hombre muy importante». Como ella quiso saber lo que hacía, le dije que era escritor.

¡Cuánto me gustaba ir a casa de Dietrich Eckart, en su piso de la Franz-Joseph-Strasse! ¡Qué ambiente más maravilloso! Recuerdo con qué dedicación veló a su pequeña Anna. Cuando él murió, ella me dijo con todas las lágrimas de la amargura que jamás encontraría un hombre tan desinteresado como él.

Todos hemos dado un paso adelante por el camino de la existencia, y ya no podemos representarnos exactamente lo que Dietrich Eckart fue para nosotros. Su espíritu era como la estrella polar. Lo que otros escribían carecía de relieve. Cuando amonestaba a alguno, ¡lo hacía con tal agudeza! En esa época, yo era intelectualmente un bebé. Pero me tranquilizaba saber que ni siquiera en él había surgido aquello de la nada, y que toda su obra era el fruto de un esfuerzo paciente e inteligente. Hay cosas que escribí hace diez años que no puedo leer ya.

Nuestro grupo en la pensión se componía de Dietrich Eckart, con su amiga Anna, de Gansser, la baronesa Abegg, Esser, Heinrich Hoffmann y Drexler. Me acuerdo de que una vez subí a Berchtesgaden, en una cesta, un busto adquirido por la baronesa y que todos atribuían a Donatello. Sentí tanto más mi sudor, cuanto que era una mala copia en arcilla lo que saqué del cesto.

En la Deutsches Haus pasábamos con frecuencia agradables veladas, a reces en el café, otras veces en el cuarto de uno de nosotros. Gansser llenaba a casa con los estallidos de su voz y con su acento bávaro. Por todas partes olfateaba huellas de complots.

Miezel era una chica maravillosa. En aquella época conocí muchas mujeres. Varias de ellas me tenían afecto. En este caso, ¿para qué casarme? ¿Para dejar detrás de mí una mujer? A la menor imprudencia, corría el peligro de volver a la cárcel por seis años. Para mí era imposible el matrimonio. Tuve que renunciar a las ocasiones que se presentaron.

El doctor Gansser merece el reconocimiento eterno del partido. Le debo toda una serie de relaciones muy importantes. Gracias a él trabé conocimiento con Richard Frank, el Frank del trigo, y así pude mantener en 1923 el *Beobachter*. Lo mismo en cuanto a Bechstein. Durante meses corrí con su coche cargado de dinamita. Me decía, para tranquilizarme: «No me es posible utilizar otro chófer, ya que éste es tan completamente tonto que puedo decir cualquier cosa delante de él. Si se lanza contra otro coche, ¡peor para nosotros, saltaremos todos!».

Cuando se trataba de salir de viaje, Eckart era el hombre más puntual del mundo, y Gansser el más impuntual. Eckart llegaba a la estación hora y media antes de la salida del tren. Gansser no llegaba nunca. Eckart me decía: «Sabes algo de Gansser? Me temo que llegue otra vez con retraso. ¡Tú, no te vayas muy lejos, no quiero quedarme solo!». El tren estaba ya en marcha cuando veíamos llegar a Gansser, desbordado por las maletas; tenía que atravesar todo el tren después de conseguir coger al vuelo el último coche. Eckart le apostrofaba: «¡Tú has nacido fuera de cuenta! ¡Eso lo explica todo!».

Eckart había nacido protestante. Frente a Gansser defendía el catolicismo. «Sin Lutero, que dio nuevo vigor al catolicismo, se hubiera terminado mucho antes con el cristianismo.» Gansser, como hijo de pastor, tomaba la defensa de Lutero. Eckart dio un día esta conclusión a su eterna disputa: «Tengo que decírtelo ahora. Tú no eres más que un subproducto de la sexualidad protestante, es decir, de una sexualidad con los goznes atascados».

En Múnich yo tenía un gran número de adictos. Eran hombres que podían perderlo todo y no ganar nada, tomando nuestra posición. Me daban pruebas de una adhesión verdaderamente emocionante. Cuando encuentro por casualidad a alguno de ellos, me siento extraordinariamente conmovido. Pobres vendedores de mercado, corrían hacia mi casa «para traer un par de huevos al señor Hitler». Los Pöschl, los Fuess, los Gahr, pero también pobres

gentes, que encuentro hoy ya muy viejos. ¡Me gustan tanto los seres modestos! Los otros, los diez mil de la elite, todo cuanto hacen es por cálculo. Algunos veían en mí una atracción para sus salones; otros buscaban ventajas. Nuestros vendedores de periódicos sufrían con frecuencia boicots y palizas. Uno de nuestros más fieles partidarios, desde 1920, era el viejo Jegg. De esta época datan mis recuerdos más hermosos. Aquella unión con el pueblo que sentía entonces no me ha abandonado. Gracias a los lazos que me unen con él, soy capaz de compartir sus penas y sus alegrías. Me coloco espontáneamente en su lugar. Durante años he vivido de manzanas tirolesas. Hess también. Era de locura las economías que teníamos que hacer. Cada marco que ganábamos era para el partido. Un fiel adepto fue asimismo el pequeño Neuner, el criado de Ludendorff. Había también aristócratas: Stransky, Scheubner-Richter, Von del Pfordten. He conseguido la unión de los contrarios. Mis camaradas del principio ya procedían de todas partes de Alemania. Nada ha cambiado en la base del partido. Me apoyo siempre sobre las mismas fuerzas.

Será siempre una gran época aquella en que un hombre totalmente desconocido puede emprender la conquista de una nación, y puede efectivamente llegar a dirigirla, después de quince años de lucha. He tenido la suerte de contar entre mis partidarios a grandes personalidades.

111. NOCHE DEL 17 AL 8 DE ENERO DE 1942

El golpe imprevisto de la campaña de Rusia. – Aviones alemanes y aviones americanos. – Ataque sin interrupción en Malta. – Graves errores de los italianos.

«¡Primero la nieve, después el hielo!» Eso es todo lo que se podía leer en los libros que hablan de Rusia. Hilger mismo no me había dicho nada más. Tenemos, pues, la prueba de que no hay que fiarse de todas esas observaciones. Evidentemente es fácil calcular las temperaturas medias, fundándose en los resultados de varios años, pero sería indispensable añadir que cualquier año las diferencias de temperatura pueden ser, y con mucho, más grandes que lo máximo previsible.

El mazazo, para nosotros, fue esta situación completamente imprevista y el hecho de que nuestros soldados no estaban equipados para las temperaturas que tuvieron que afrontar. Por otra parte, la táctica de nuestro mando no pudo adaptarse a las nuevas condiciones. Hoy soportamos las brechas de los rusos sin movernos y permanecemos en nuestras posiciones. Detrás de nuestras líneas, o serán destruidos, o se debilitarán poco a poco por falta de suministros. Hay que tener los nervios sólidos para servirse de una

táctica semejante. Puedo decir abiertamente que el señor que me precedió no tenía los nervios que hacen falta. Los generales deben ser duros, sin piedad, animosos como perros de presa: hombres ásperos, como tengo en el partido. Esos son los soldados que se imponen en tal situación.

De no ser por el hielo, habríamos continuado nuestra carrera hacia adelante: seiscientos kilómetros más lejos, en algunos sitios. Estuvimos a dos dedos de ello. La providencia intervino y nos evitó una catástrofe.

El aceite que necesitábamos en tal momento lo poseíamos ya. ¡Pero tuvo que surgir el idiota que nos suministró el aceite «para todas las temperaturas»! Odio los servicios especializados. Estimo nulo e inútil todo lo que procede de un teórico.

Las formas estéticas, el acabado mecánico... guardemos esas preocupaciones para el tiempo de la paz. Lo que ahora necesito son locomotoras capaces de funcionar durante cinco o seis años. Todos los pormenores que hacen que una máquina pueda tener actualidad dentro de diez años me son completamente indiferentes.

Recientemente, uno de nuestros nuevos Messerschmitt cayó en campo enemigo. Se quedaron estupefactos. Un periódico americano escribe que era corriente la opinión de que los alemanes poseían material mediocre, pero había que rendirse a la evidencia de que, hasta dentro de tres años por lo menos, Estados Unidos no podría producir un avión de calidad semejante. «Oponerles los aparatos que actualmente están en servicio sería para nuestros pilotos ir al suicidio», añade ese periódico.

Hay que hacer constar, a propósito de esto, que un avión alemán requiere, por lo menos, seis veces más trabajo que un avión americano. Los cazas italianos son también superiores a los Hurricanes.

En Malta, nuestra táctica consiste en atacar sin reposo, de manera que los ingleses se vean obligados a disparar sin interrupción.

Los italianos acaban de atacar otra vez el puerto de Alejandría con torpedos. Según la opinión de los ingleses, estos ataques están dirigidos por hombres muy valientes.

Lo que acabamos de pasar en Rusia a causa del tiempo, es decir, este trastorno que nos ha dejado un instante fuera de combate, los italianos lo sufrieron antes que nosotros como consecuencia de graves errores en la utilización de sus fuerzas. Nosotros nos hemos enderezado en seguida, pero ellos ¿conseguirán ellos recuperarse?

112. 18 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

Persuadir al prójimo. – Hindenburg, el «anciano caballero». – Primeros contactos con el mariscal. – «¡Alemania, despierta!» – Los miles de millones de Von Papen. – El chantaje del tratado de Versalles. – Si los franceses hubieran ocupado Maguncia.

Toda mi vida puede resumirse en el esfuerzo, que ha sido sin cesar el mío, de persuadir al prójimo.

Tuve en 1932 una conversación en el Kaiserhof con Meissner. Me dijo que si él era demócrata, lo era de una forma distinta a como nosotros lo imaginamos, y que, desde luego, no estábamos tan alejados los unos de los otros. Me prometió, en todo caso, hacer lo que pudiera por nosotros, en torno al mariscal Hindenburg. «No será fácil —añadió—, ya que la manera habitual de pensar y de sentir del "anciano caballero" es opuesta a todo lo que ustedes representan.»

Debo reconocer que Meissner fue el primero que me hizo comprender la posición exacta de Hindenburg. ¿Sobre quién podía apoyarse el mariscal? Desde luego, no sobre los nacional-alemanes que eran unos incapaces. Él no estaba dispuesto a violar la Constitución. Entonces ¿qué podía hacer? Le exigía un gran esfuerzo colaborar con algunos socialdemócratas y representantes del centro. Existía también su aversión por Hugenberg (que un día le calificó de «traidor» porque conservó a Meissner en sus funciones).

Hindenburg me invitó: «Señor Hitler, quiero oírle a usted mismo exponer sus ideas». Es casi imposible, teniendo que saltar semejante foso, comunicarle al prójimo la concepción que uno se ha hecho del mundo. Empecé a establecer contacto con el mariscal, recurriendo a comparaciones de orden militar. El contacto se estableció rápidamente con el soldado, pero la dificultad comenzó en el instante en que hubo que extender hacia la política la comprensión que se bosquejaba. Cuando terminé mi exposición, sentí que había emocionado a Hindenburg y que cedía. Sacó en seguida un pretexto para reprocharme un incidente producido en Prusia Oriental: «Pero sus juventudes no tienen derecho a actuar como actúan. No hace mucho tiempo que en Tannenberg me gritaron a mí: "¡Despiértate, despiértate, despiértate!". Sin embargo, ¡yo no me duermo!».

Gentes caritativas habían hecho creer al «anciano caballero» que ese grito se dirigía a él mismo, cuando en realidad nuestros partidarios lo que gritaban era: «¡Alemania, despierta!».

Poco después de esa entrevista, Hindenburg me hizo saber que me consultaría cada vez que hubiera de tomar una decisión. Ya era mucho. Pero la influencia de mis enemigos, que pululaban a su alrededor, seguía siendo tan fuerte que hasta 1933 yo no podía verlo si no era en presencia de Von Papen. Un día que Papen estaba ausente, fui yo sólo a ver al mariscal. «¿Por qué —me preguntó— Von Papen viene siempre al lado de usted? Sin embargo, es a *usted* a quien yo quiero hablar.» Von Papen, a su regreso, no dejó de lamentar el viaje que acababa de hacer.

El «anciano caballero» consideraba a Papen como una especie de lebrel, pero creo que le quería. Papen sabía llevarlo admirablemente. Por lo demás, debemos estar agradecidos a Papen,

ya que fue él quien abrió la primera brecha en la santa Constitución. Claro está que tampoco se podía esperar de él mucho más.

Si Antonescu no consigue hallar eco en el pueblo, está perdido. El jefe que no tiene soldados detrás de sí no puede sostenerse mucho tiempo. Si Ataturk aseguró su régimen fue gracias al Partido del Pueblo. En Italia es lo mismo. Si Antonescu desapareciera hoy, habría una lucha terrible en el ejército entre los pretendientes a su sucesión. No se daría este caso si existiese un organismo que fuera capaz de imponer el sucesor. Yo, en su lugar, habría hecho de la Legión el fundamento del poder, después de fusilar a Horia Sima.

Sin base política sólida, no se puede determinar una cuestión de sucesión ni mantener la administración normal del Estado. Desde este punto de vista, los rumanos se hallan en estado de inferioridad respecto a los húngaros. El Estado húngaro tiene las ventajas de un Parlamento (cosa que nosotros no podríamos soportar), pero el poder ejecutivo es prácticamente independiente.

La desgracia de Papen fue que no se apoyaba sobre nada. Nosotros no éramos bastante fuertes para sostenerle. Además no lo hubiéramos hecho, ya que Papen no era nuestro hombre.

La suma total de los déficit del Reich y de los estados alemanes se elevaba a la cifra anual de cinco mil quinientos millones. Además, había que negar cinco mil millones a nuestros enemigos. «Resultados maravillosos», me dijo Von Papen a su vuelta de Ginebra en relación con los ciento cincuenta mil millones que figuraban en el papel. A todo esto el 30 de enero había ochenta y tres millones en la caja del Reich. He aquí mi diálogo con Papen: «¿Con qué quiere usted pagar?» «Pero tenemos que pagar. Si no nos embargarán.» «¿Cómo nos embargarían? No disponen de ninguna fianza.»

Cuando reclamé tres mil millones para el rearme, se me opuso de nuevo aquella obligación que teníamos con el extranjero. Yo contesté: «¿Quieren ustedes dar este dinero al extranjero? ¡Utilicémoslo preferentemente en el interior!».

Hice conocer claramente mi punto de vista al embajador de Gran Bretaña, en el momento de la presentación de sus cartas credenciales. Su respuesta fue: «¿Quiere usted decir que la nueva Alemania no reconoce las deudas de sus gobiernos precedentes?». Yo repliqué: «¡Los acuerdos libremente consentidos, sí! Pero el chantaje, ¡no! Todo lo que está puesto bajo la rúbrica tratado de Versalles lo considero obtenido por la fuerza». «Formidable —me respondió—. Voy a comunicarlo inmediatamente a mi gobierno.»

Desde aquel día, ni Inglaterra ni Francia se creyeron autorizadas a reclamarnos la menor cantidad.

En lo que se refiere a los ingleses, me sentía tranquilo. Pero temía que los franceses lo tomaran como pretexto para ocupar Maguncia, por ejemplo.

113. NOCHE DEL 18 AL 19 DE ENERO DE 1942

El programa del partido. – Los administrados no reflexionan. – El invierno ruso. – Retórica y sentido común. – Acerca del hombre de Neanderthal. Nuestros antepasados los griegos.

A veces me preguntan por qué no modifico el programa del partido. A lo que contesto: «¿Por qué había de cambiarlo?».

Es un programa que pertenece a la historia. Era ya el nuestro el día de la fundación del partido, el 24 de febrero de 1919. Si algo debe cambiar le toca a la vida tomar la iniciativa. Yo no debo identificarme con una revista médica o con una publicación militar que tienen la obligación de presentar las cuestiones al día.

¡Qué suerte es para los gobernantes que los administrados no reflexionen!

Reflexiona el que manda, después el que ejecuta. Si esto no fuera así, la sociedad estaría en un estado imposible.

La dificultad de la situación no consiste tanto en el invierno en sí, como en el hecho de tener hombres y no saber cómo transportarlos; en disponer de municiones abundantes y no saber cómo llevarlas al frente; poseer todas las armas necesarias y no saber cómo ponerlas en manos de los combatientes.

En cuanto a los ferrocarriles, los tengo en cartera. Si otra vez no lo hacen mejor, ¡sabrán quién soy yo!

Será mejor que sea yo quien hable el día 30 en vez de Goebbels. Cuando se trata de levantar la moral yo sé guardar el justo medio entre la razón y la retórica. En su último llamamiento Goebbels exhortó a los soldados del frente a que permanecieran recios y tranquilos. Yo no lo hubiese hecho así. En semejante situación, el soldado no está tranquilo, está decidido. Hay que haber pasado por ello para comprender estas cosas.

Por casualidad se desentierra un cráneo, y todo el mundo exclama: «Mirad cómo eran nuestros antepasados». ¿Quién sabe si el pretendido hombre de Neanderthal no era más que un mono? Lo que puedo decir, en todo caso, es que no eran nuestros antecesores los que vivían allí, en los tiempos prehistóricos. La tierra en que habitamos debía ser tan pobre, que nuestros antepasados, si pasaron por ella, continuaron seguramente su camino. Cuando se nos interroga sobre nuestros antepasados, tenemos que designar siempre a los griegos.

114. 19 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

Estupidez del duelo. – Algunos duelos. – Peleas de pueblo. – El honor no es privilegio de una casta.

Siempre me dio mucho trabajo impedir que mis hombres se batan en duelo. Por último me he visto obligado a prohibirlo. Hemos perdido de esa forma estúpida algunos de los mejores de entre nosotros. ¡Traten de imaginar las razones de esos duelos!

Estábamos un día en el Reichsadler. Hess estaba allí con su mujer y su cuñada. Llega un estudiante medio borracho, que se permite hacer sobre ella reflexiones fuera de lugar. Hess le pide que se marche y le dice lo que piensa de él. Al día siguiente se presentan en casa de Hess dos gigantones a pedirle explicaciones. Prohibí a Hess que se dejara llevar por un asunto tan ridículo y le dije que me mandara a mí los dos testigos. A éstos les manifesté: «Buscan ustedes querella a un hombre que se ha batido durante cuatro años contra el enemigo. ¿No les da vergüenza?».

Nuestro amigo Holzschuher estaba metido en un asunto que debía concluir en un duelo. El pretexto era grotesco. Les dije a los interesados: «Conozco antros comunistas en los que el simple hecho de presentarse allí constituye para los nuestros un peligro de muerte. Nuestros camaradas que estén cansados de la vida, que vayan a darse una vuelta por allí».

No he conocido ni un solo caso de duelo que fuera digno de tomarse en serio.

Una pérdida irreparable fue la de Strunk, nuestro único periodista de clase internacional. Su mujer fue insultada. A *él* lo mataron en duelo. ¿Dónde está la lógica?

En 1923 Dietrich Eckart recibió de pronto dieciséis o diecisiete provocaciones a duelo de parte de adolescentes nerviosos. Intervine y puse orden. Delante de mí nadie resollaba.

Evidentemente hay casos en que dos seres tienen un conflicto entre sí que ningún tribunal sabría resolver. Supongamos que se disputan una mujer. Es necesaria una solución. ¡Uno de los dos debe desaparecer!

Pero en tiempo de guerra, no es posible admitir estas cosas. El país no puede tolerar muertos gratuitos.

En cuanto a las peleas de los aldeanos, siento por ellas una extremada indulgencia. Un muchacho herido en su honor no puede presentarse en el pueblo si no ha luchado por su novia. No hay nada de trágico en esta clase de asuntos.

Suele ocurrir que un tribunal declara asesino al que no es más que un Simple homicida. Basta para esto que el culpable profiriera una vez, por bravuconería, amenazas de muerte. Enseguida se quiere ver en su acto la ejecución de un plan bien premeditado. ¿Dónde iríamos a parar si todos los que, en el pueblo, profieren amenazas de ese género fueran considerados como asesinos? En semejantes casos, y cuando veo que se trata de buenos chicos, cierro los ojos. La

condena se conmuta primero en simple prisión. Al cabo de algún tiempo, en libertad condicional.

¿Quién de entre nosotros tendría derecho a hacerse justicia a sí mismo aunque sea en materia de honor? Yo no creo que el honor sea un privilegio de casta. Si el Frente del Trabajo exigiera para sus miembros el derecho al duelo, pronto no quedarían en Alemania más que abortos sin honor.

En principio me inclinaré a permitir los duelos entre sacerdotes y entre abogados.

Para las gentes honradas, hay medios más nobles y más eficaces de servir a su país. Ya va siendo hora de imponer en esto una escala de valores que corresponda a la realidad. En relación con las circunstancias importantes de la vida, esos incidentes no son más que fruslerías.

¡Cuántas familias deben su luto a estas prácticas ridículas!

Además, el duelo no prueba nada. Lo que es importante en el duelo no es quién tiene razón, sino apuntar mejor que el adversario.

115. 20 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADO ESPECIAL: EL *REICHSFÜHRER* SS HIMMLER

El obrero y la comunidad alemana. – Los hombres dignos de mandar. – Edad de los oficiales.

En el antiguo ejército imperial los mejores y los peores se codeaban. Tanto en la marina como en el ejército, se ha hecho de todo para excluir al obrero de la comunidad alemana, y en esto reside el origen de la socialdemocracia. Esta mentalidad ha sido causa de grandes desastres.

La institución del suboficial con funciones de oficial fue un grave error. En cada regimiento hay oficiales particularmente dotados, aptos, por lo tanto, para un rápido ascenso. Numerosos suboficiales hubiesen merecido las mismas posibilidades de ascenso, pero les estaba cerrado el camino: el paso de suboficial a la casta de los oficiales era completamente imposible. En cambio, el último maestro de escuela podía convertirse automáticamente en oficial. ¿Y qué es un maestro de escuela?

No está permitido generalizar, ni en un sentido ni en otro, y hasta que un hombre lo ha demostrado no se sabe si es digno de mandar. Si lo es, hay que darle entonces las prerrogativas que corresponden a sus funciones. El que manda una compañía debe tener necesariamente el grado de capitán. Esto se le debe, aunque no sea más que para investirle de la autoridad que necesita. No son raros los casos en que los suboficiales tuvieron que mandar una compañía más de dos años y los tenientes un batallón. Es un deber hacia los soldados dar a quienes les mandan el rango que

corresponde a sus funciones, en el caso, naturalmente, de que lo merezcan. No hay que permitir que por razones de puro formulismo se le niegue a un comandante, que se ha puesto a la cabeza de un regimiento, el grado de coronel al que tiene derecho. En tiempo de paz, naturalmente, todo vuelve a su orden.

Desconfío de los oficiales con espíritu demasiado teórico. Me gustaría saber lo que resulta de las teorías en el momento de la acción.

En el combate moderno, el comandante de compañía de más de cuarenta años de edad, resulta un absurdo. A la cabeza de una compañía hace falta un hombre de unos veintiséis años, al frente de un regimiento un hombre de treinta y cinco, al frente de una división uno de cuarenta. He dado estos días un vistazo a la lista de generales. Todos esos hombres son exageradamente viejos. En adelante no tomaré en cuenta para nada el cuadro de ascensos, cuando se trate de dar un puesto.

116. 22 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: EL *REICHSFÜHRER* SS HIMMLER Y EL *GAULEITER* RAINER

El problema de las nacionalidades. – Checos, húngaros, rumanos y polacos. – Complejo de los checos. – Las SS, vivero de jefes.

No debe excluirse que al cabo de una dominación de doscientos años lleguemos a resolver el problema de las nacionalidades. En el momento en que estalló la guerra de los Treinta Años, ese problema estaba resuelto.

Hacia el año 1840, un checo se avergonzaba de su idioma. Su orgullo era hablar alemán. El colmo de su orgullo era que se le tomara por vienés. La institución del sufragio universal en Austria debía conducir necesariamente al hundimiento de la supremacía alemana. Por principio, los socialdemócratas hicieron causa común con los checos. La alta aristocracia actuó de una forma similar. El pueblo alemán es demasiado inteligente para tales personajes. Siempre tuvieron preferencia por los pueblos atrasados de la periferia.

Los checos son más valiosos que los húngaros, los rumanos y los polacos. Se había constituido entre ellos una pequeña burguesía trabajadora y aplicada, completamente consciente de sus límites. Hoy se inclinarán de nuevo ante nosotros, con un sentimiento de rabia y de admiración al mismo tiempo: «Nosotros, gente de Bohemia, no estamos predestinados a gobernar», decían en otro tiempo.

Con el hábito de la dominación se aprende a gobernar. Los checos hubieran perdido probablemente su complejo de inferioridad,

adquiriendo poco a Poco conciencia de su superioridad sobre los pueblos que, como ellos, pertenecían a la periferia de la casa imperial de los Habsburgo. La situación anterior a marzo de 1939 ya no puede concebirse. ¿Cómo fue posible todo aquello?

Después de tantos siglos de replegarnos, es importante que volvamos a recuperar la conciencia de nosotros mismos. Ya hemos probado que somos capaces de dominar pueblos. Austria es el mejor ejemplo. Si los Habsburgo no se hubieran unido, como lo hicieron, con los elementos exteriores de su imperio, los nueve millones de alemanes habrían continuado, sin gran trabajo, dominando a los otros cincuenta millones.

Se dice que los hindúes se baten por los ingleses. Es verdad, pero lo mismo sucedía en nuestro país. En Austria todo el mundo se batía por los alemanes.

El don de mando es congénito a las gentes de la Baja Sajonia. ¿No fue de allí de donde salió la casta dirigente de Gran Bretaña?

Gracias a su método de reclutamiento, las SS constituirán un plantel de jefes. Dentro de cien años se dirigirá todo este imperio sin tener que romperse la cabeza para saber dónde se encontrarán los hombres apropiados. Lo esencial es salir de las mezquindades del espíritu de campanario. Por eso estoy contento de que nos hallemos en Noruega y en mil sitios más lejos.

Los suizos no son más que un retoño del árbol germánico.

¡Los germanos que hemos perdido! Los bereberes de África del norte, los curdos de Asia Menor. Uno de ellos era Kemal Ataturk, un hombre de ojos azules, que desde el punto de vista de la raza no tenía nada en común con sus compatriotas.

117. 22 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: EL ALMIRANTE FRICKE

Los bávaros y la marina. – El consumo de pescado. – Carnívoros y vegetarianos. – Atavismo vegetariano. – Alcohol y tabaco.

En el Reich, Baviera contaba proporcionalmente con el mayor número de marinos. Hasta la menor librería de Múnich exponía libros sobre la marina de guerra. El gran editor de obras sobre la flota estaba en Múnich: me refiero a J. F. Lehmann.

Alemania consume anualmente una media de doce kilos de pescado por habitante. En el Japón, de cincuenta a sesenta kilos. ¡Todavía tenemos margen! Generalizar el consumo del pescado es sobre todo una cuestión de organización, ya que se trata de un artículo difícil de conservar. Antes de la primera guerra mundial, era

incomparablemente más fácil encontrar pescado en Múnich que en Viena, por ejemplo. Parece que desde entonces las condiciones han mejorado mucho en Austria.

Es muy difícil persuadir a un caníbal de que no tiene que comer carne humana. Según sus concepciones, esto es una ley de la naturaleza.

Hitler volvió hacia el almirante Fricke:

Sobre todo, no vaya usted a creer que voy a prohibir, por decreto, que la marina consuma carne. Suponiendo que la prohibición de la carne hubiera sido un artículo de fe del nacionalsocialismo, ciertamente nuestro movimiento no habría conseguido el triunfo. En seguida nos hubieran preguntado: «¿Para qué se creó entonces la pierna de ternera?». Actualmente la base de nuestra alimentación son las patatas, y sin embargo, sólo el 1 por 100 de las tierras se consagran, en nuestro país, a su cultivo. Si fuera el 3 por 100, tendríamos más patatas de lo que hace falta. Los pastos cubren el 37 por 100 de nuestro suelo. Ahora bien, no es el hombre el que los consume; el que come la hierba es el ganado. Entre los animales, los carnívoros son capaces de esfuerzos muy inferiores a los herbívoros. Un león no es capaz de correr durante un cuarto de hora; el elefante puede correr ocho horas. Los monos, nuestros parientes de la época prehistórica, son estrictamente vegetarianos. Los luchadores japoneses se cuentan entre los hombres más fuertes del mundo y se nutren exclusivamente de vegetales. Igual sucede con el cargador turco, que es capaz de transportar él solo un piano. En la época en que comía carne yo sudaba mucho. Bebía cuatro vasos de cerveza y seis botellas de agua en el transcurso de una reunión, ¡y conseguía perder nueve libras! Desde que me hice vegetariano, un sorbo de agua de cuando en cuando me es suficiente. Cuando se da a escoger a un niño entre un trozo de carne, una manzana o un pastel, nunca escoge la carne. En esto hay un atavismo. Lo mismo que el niño no empezaría a beber o a fumar si no fuera por imitación. El consumo de carne disminuye en el instante en que el mercado presenta más variedad de verduras y a medida que cada uno puede ofrecerse el lujo de los productos tempranos.

Supongo que el hombre se ha vuelto carnívoro porque en la época glacial le obligaron a ello las circunstancias. Le incitaron también a hacer cocer los alimentos, costumbre que tiene hoy, como se sabe, consecuencias perniciosas. Los campesinos no comen ningún alimento que no esté cocido y recocido, y por lo tanto huérfano de todas sus virtudes. Los pueblos meridionales no conocen la alimentación a base de carne, ni la cocción. He vivido maravillosamente en Italia. No conozco país que más exalte. La cocina de Roma, ¡qué delicia!

No hace mucho tiempo bebí por primera vez en mi vida un vino verdaderamente bueno, de un aroma extraordinario. Los bebedores

que me rodeaban dijeron que era demasiado dulce. Conozco gente que tiene aspecto normal y que bruscamente se precipitan sobre bebidas que me hacen el efecto de vitriolo. Imagino que si a Hoffmann le muerde una serpiente, ésta caería en el momento rígida y ebria perdida.

Cuando entro en un local donde se fuma, me siento acatarrado al cabo de una hora. ¡Los microbios se precipitan sobre mí! Encuentran un clima favorable en el humo y el calor.

118. NOCHE DEL 22 AL 23 DE ENERO DE 1942

Historia del perro Foxl.

¡Cuántas veces en Fromelles, durante la primera guerra mundial, pasé el tiempo observando a mi perro Foxl! Cuando volvía de paseo, con una perra enorme que le hacía compañía, le encontrábamos cosido a mordiscos. Apenas le habíamos vendado y por poco que nos distrajéramos, se sacudía aquel fardo inoportuno.

Una mosca se pone a zumbar. Foxl está tendido cerca de mí con el hocico entre las patas. La mosca se le acerca. El se estremece y la mira como hipnotizado. Su hocico se arruga, toma una expresión de viejo. De repente se arrebata, ladra y se agita. Observaba en él, como si se tratara de un hombre, la progresión de la cólera que le invadía. Era un buen animal.

Cuando comía, estaba sentado cerca de mí y seguía con los ojos mis movimientos. Si al quinto o sexto bocado no le había dado nada, se incorporaba y me miraba como diciendo: «Y yo, ¿no estoy aquí?». Es enorme lo que he querido a aquel bicho. Nadie podía tocarme sin que Foxl se pusiera furioso. No seguía a nadie más que a mí. Cuando llegó la guerra de gases, no pude continuar llevándolo a las primeras líneas. Eran mis compañeros los que le daban de comer. Cuando volvía después de dos días de ausencia, ya no quería separarse de mí. En la trinchera todo el mundo le quería. Durante las marchas, corría alrededor de nosotros, observándolo todo: no se le escapaba nada. Lo compartía todo con él. Por la noche se acostaba a mi lado.

¡Y pensar que me lo robaron! Hice el proyecto, si salía vivo de la guerra, de proporcionarle una compañera. No habría podido separarme de él. En mi vida he podido vender un perro. Foxl era un verdadero perro de circo. Conocía todos los trucos.

Me acuerdo: fue antes de llegar a Colmar. El ferroviario que quería conseguir a Foxl pasó dos veces por el vagón y me ofreció doscientos marcos. «¡Aunque me diera cien mil, no lo tendría usted!» Al bajar en Harpsheim, me apercibo súbitamente de que el perro ha desaparecido. La columna se pone en marcha. ¡Me era imposible

quedarme detrás! Estaba desesperado. El sinvergüenza que me robó mi perro no sabe lo que me hizo.

Fue en enero de 1915 cuando le puse la mano encima a Foxl. Estaba persiguiendo una rata que había saltado a nuestra trinchera. Se defendió tratando de morderme, pero no le solté. Le llevé conmigo a la retaguardia. Constantemente trataba de escaparse. Con una paciencia ejemplar (no comprendía una palabra de alemán), le acostumbré poco a poco. Al principio no le daba más que bizcochos y chocolate (estaba acostumbrado a los ingleses, que tenían mejor alimentación que nosotros). Después me puse a educarle. Estaba siempre pegado a mí. En aquel momento mis compañeros no querían oír hablar de él. Yo no sólo tenía simpatía por ese animal, sino que me interesaba estudiar sus reacciones. Terminé por enseñarle de todo: saltar obstáculos, subir por una escalera de mano, bajar de ella. Lo esencial es que un perro duerma siempre al lado de su amo. Cuando debía marchar a las primeras líneas y el combate era fuerte, le ataba en la trinchera. Mis compañeros me decían que no se interesaba por nadie durante mi ausencia. Hasta de lejos me reconocía. ¡Qué entusiasmo desplegaba en mi honor! Su alegría más grande era cazar ratas. Le llamamos Foxl. Hizo toda la batalla del Somme y la de Arras. No era nada impresionable. Cuando estuve herido fue Karl Lanzhammer quien le cuidó. A mi vuelta se me echó encima con frenesí.

Cuando un perro dirige su mirada hacia adelante de un modo vago y con ojos lánguidos, se sabe que las imágenes del pasado desfilan por su memoria.

119. 23 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: LAMMERS, HIMMLER Y EL CORONEL ZEITZLER

Elogio de los checos. – Política interior de los Habsburgo. – Cuando los papas acosaban a los judíos. – Los judíos «decentes».

El hombre que dio forma al antiguo Reich no tenía la menor noción de cómo es el pueblo. Se criaron en un ambiente de estupidez. No entendían nada de Austria. No comprendían un hecho: que Austria no fuera un Estado en el sentido que damos al término, sino una macedonia de pueblos. *Sancta simplicitas*. Propiamente hablando no había un ejército austriaco, sino un ejército formado por unidades checas, croatas, serbias, etcétera.

Los checos son todos nacionalistas de nacimiento y de modo natural todo lo refieren a su propio punto de vista. No hay que confundirse con ellos: cuanto más se reprimen a sí mismos, más peligrosos son. Los alemanes del antiguo Reich se dejaban engañar por la aparente servicialidad de los checos y por su obsequiosidad. El

propio Neurath se dejó engañar enteramente por la nobleza checa. Seis meses más con ese régimen y la producción hubiera descendido un 25 por 100. El checo es el más peligroso de todos los eslavos porque es trabajador. Tiene sentido de la disciplina y es ordenado; es más un mongol que un eslavo. Sabe ocultar sus planes bajo una capa exterior de lealtad. Ahora trabajarán, pues saben que no tenemos piedad y que somos brutales. No les desprecio ni experimento resentimiento hacia ellos. Es el destino quien ha querido que seamos adversarios. Por decirlo brevemente, los checos son un cuerpo extraño en medio de la comunidad germana. No hay sitio para ellos y nosotros. Uno de los dos ha de irse.

En cuanto a los polacos, tenemos suerte de que sean holgazanes, estúpidos y vanos. Debido a la educación que tuvieron los checos, el Estado checo era un modelo de honradez. Entre ellos prácticamente no existía la corrupción. Normalmente a los funcionarios checos les inspira cierto sentido del honor. De ahí que un hombre como Hacha sea más peligroso que un periodista sinvergüenza. Es un hombre honrado que no sacó ni un céntimo del ejercicio de sus funciones. Los hombres susceptibles de corrupción son menos peligrosos. El Segundo Reich nunca entendió estas cosas. Su comportamiento con los polacos fue un paso atrás lamentable. Sólo logró consolidar su patriotismo. Nuestros compatriotas de las zonas fronterizas, que hubieran sabido cómo plantear las cosas a los pueblos vecinos, se vieron contenidos por los amables alemanes del interior, quienes suponían, por su parte, que la amabilidad es el modo de ganarse esos corazones extranjeros para Alemania. En tiempos de María Teresa todo iba bien y puede decirse que en los cuarenta el problema del patriotismo polaco no existía. Con la subida de la burguesía al poder se volvió a perder el territorio conquistado.

Un día el zar Fernando de Bulgaria me dijo: «¿Sabe quién es el hombre más peligroso? Benes. Titulescu es venal, pero creo que Benes no lo es». Fernando era muy listo.

Es obligación del partido arreglar de una vez por todas en los próximos quinientos años estas cuestiones. Con ellas se rompieron las narices los Habsburgo. Creyeron que podían arreglarlo todo a base de amabilidad. Al actuar como lo hicieron, los checos no tenían la impresión de ser traidores. En cualquier caso, que los antiguos bávaros dejaran aquellos territorios y que los checos se instalaran en ellos es una de las circunstancias incomprensibles de la historia. Desde el punto de vista geopolítico semejante situación es insostenible. El resultado ha sido que tenemos a los polacos al alcance de la mano, y que entre ellos y los checos sólo está la estrecha franja de Silesia.

El traslado de cincuenta mil alemanes de Volinia es una decisión difícil de tomar debido a los sufrimientos que conlleva. Lo mismo puede decirse de la evacuación del Tirol del Sur. Si se me ocurre trasladar a los judíos, nuestra burguesía se queda de lo más descontenta: «¿Qué pasará con ellos?». Díganme si esta misma burguesía se preocupó por lo que les pasaba a nuestros propios compatriotas que se vieron obligados a emigrar.

Se ha de actuar radicalmente. Cuando uno se saca una muela, lo hace de un solo tirón y el dolor se pasa enseguida. Los judíos deben largarse de Europa. De otro modo no habrá comprensión posible entre los europeos. Son los judíos quienes todo lo impiden. Cuando pienso en ello me doy cuenta de que soy extraordinariamente humano. En Roma, en tiempos del gobierno de los papas se maltrataba a los judíos. Hasta 1830 se paseaba una vez al año por las calles de Roma a ocho judíos montados en asnos. Mientras que yo me limito a decirles que deben irse. Si durante el viaje rompen sus cañerías, yo no puedo hacer nada. Pero si se niegan a irse voluntariamente no veo más solución que el exterminio. ¿Por qué había de considerar a un judío de otro modo que si fuera un prisionero de guerra ruso? En los campos de prisioneros de guerra están muriendo muchos. Yo no tengo la culpa. Tampoco he querido la guerra ni los campos de prisioneros de guerra. ¿Por qué han provocado esta guerra los judíos?

Pasarán por lo menos trescientos o cuatrocientos años antes de que los judíos vuelvan a pisar Europa. Al principio volverán como viajantes de comercio, y luego irán envalentonándose gradualmente para instalarse aquí... y explotarnos mejor. En la siguiente fase se convierten en filántropos y dotan fundaciones. Cuando es un judío quien lo hace, el asunto se convierte en noticia... pues ya se sabe que son unos perros asquerosos. Normalmente es el más pícaro de ellos quien hace algo así. Luego oirán cómo esos pobres arios bobalicones dicen: «¡Ves, *sí que hay* judíos buenos!».

Supongamos que un día el nacionalsocialismo experimenta un cambio y sólo lo practica una casta de personas privilegiadas que explotan a la gente y hacen dinero. En tal caso es de esperar que surja un nuevo reformador y limpie los establos.

120. 24 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

Materias primas, productos sucedáneos y el plan cuatrienal. – Dos posibilidades para los ingleses. – Salida de Churchill y Roosevelt.

Incluso en tiempos de paz, hay que organizarse teniendo en cuenta únicamente las materias primas de que se puede disponer en tiempo de guerra.

Cuando concebimos el plan cuatrienal, en 1936, las circunstancias nos obligaron a recurrir a los productos sucedáneos.

No puede uno darse idea de lo que significa, aunque sólo sea en instrumentos de óptica, equipar un ejército de varios millones de hombres.

Los ingleses se darán cuenta un día de que no tienen nada que ganar en Europa. ¡Dieciséis mil millones de deudas de la primera guerra mundial, a los que han venido a añadirse casi doscientos mil millones! Los conservado, res tienen que percatarse de que para obtener un éxito rápido en Noruega por ejemplo, sería preciso que en cambio se desinteresaran de la India. ¡Pero no están locos hasta el punto de prever semejante solución! Pues si quieren salvar Nueva Zelanda y Australia, no pueden abandonar la India.

Hay dos posibilidades para los ingleses: o se desinteresan de Europa y conservan Oriente, o sucede lo contrario. No pueden jugar en ambos tableros. Cuando se trata (desde el punto de vista capitalista) del país más rico de la Tierra, se comprende la importancia de tal dilema. Bastaría que se dieran cuenta de él para que todo cambiara. Sabemos que la burguesía se vuelve heroica cuando ve amenazada su bolsa.

Un cambio de gobierno en Inglaterra iría unido a la decisión de abandonar Europa. No conservarán a Churchill más que durante el tiempo en que subsista en ellos la voluntad de seguir esta lucha. Si fueran verdaderamente astutos, concluirían la guerra y le darían un golpe mortal a Roosevelt. Podrían usar esta excusa: «No tenemos ya los medios de continuar la guerra, y ustedes no pueden ayudarnos. Esto nos exige que cambiemos nuestra actitud respecto a Europa». Entonces sería el hundimiento de la economía americana, y también el fracaso personal de Roosevelt. Al mismo tiempo, América dejaría de constituir un peligro para Inglaterra.

121. 24 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

Reorganización de los servicios administrativos. – Impuestos. – Reducir la importancia de la burocracia. – El ministerio de Propaganda. – Diálogo con Von Papen. – Impuestos pagados en especie.

Goering quería que yo firmara un decreto confiriendo poderes a Stuckart y a Reinhardt para emprender, con fines de simplificación, una reorganización de nuestros servicios administrativos. Me he negado. ¿Para qué encargarles a esos hombres tal misión, cuando precisamente Hacienda e Interior, que son sus dominios, tienen la administración más pletórica?

Hay dos formas de renovar la administración: reducción del presupuesto o reducción del personal.

El sistema fiscal es inútilmente complejo. ¡Desde la época en que se pagaba el diezmo, no han cesado de añadirle impuestos suplementarios!

El método más sencillo consiste en reducirse a los cuatro impuestos siguientes:

1. Impuesto sobre los artículos de lujo.

2. Derechos del timbre. (Cada uno adquiere los timbres que necesita. Esto no requiere aparato administrativo costoso. Es un impuesto que no pesa. La antigua Austria lo tenía así. Ningún comerciante podía vender nada sin timbre. Se compraban en Correos, que se limitaba a contabilizar las sumas recibidas en caja.)

3. Impuesto sobre las fortunas.

4. Impuesto sobre los beneficios comerciales.

En lo que concierne a los impuestos directos, lo más sencillo sería tomar como base el total pagado el año anterior. Se le dice al contribuyente: «Usted paga la misma cantidad que el año pasado. Si sus ganancias son menores este año, lo advierte usted. Si son superiores, pagará usted de entrada un suplemento proporcional. Si no declara el incremento de sus ganancias, se le castigará con rigor».

Si expongo este sistema ante el ministro de Hacienda, o ante Reinhardt, la respuesta, después de un instante de reflexión, será: «Mi Führer, tiene usted razón». ¡Pero antes de seis meses lo habrán olvidado todo!

Gracias a este método podríamos reducir la burocracia a un tercio de su número actual. Lo malo es que un impuesto fácil de cobrar no les interesa a estos señores de la administración. ¿De qué les serviría entonces haber ido a la universidad? ¿Dónde pondríamos a los juristas? Ya no habría trabajo para ellos, pues todo podría hacerse mediante un sistema muy sencillo. El rompecabezas chino de la declaración de impuestos sería suprimido.

Lammers me ha dicho: «Mi Führer, yo utilizo desde el principio el método más sencillo y da resultado. Los otros servicios llevan una inútil sobrecarga».

Si ahora confío a un jurista la misión de simplificar el engranaje de la administración, su primer acto será crear un organismo del cual se nombrará director, imaginándose que esto le valdrá más tarde una cartera de ministro. He hecho la misma experiencia en el partido. Se decidió crear un grupo de Juventudes Hitlerianas en Salzburgo. Enseguida les hace falta un edificio de quinientas habitaciones. Ahora bien, yo he dirigido un partido de ochocientos mil miembros y alojaba toda mi administración en unas buhardillas. (Schwarz escucha impasible la demanda y corta diciendo: «Empezaremos con doce habitaciones».)

Soy partidario de instalar los ministerios en edificios majestuosos y monumentales, pero con la condición de que todo esté previsto, de modo que no haya que ampliar nada ni siquiera en altura. De esta forma un ministerio aprende a servirse de los órganos de ejecución. Se limita a la dirección y evita administrar directamente.

La República de Venecia, que reinaba sobre el mar Adriático, estaba instalada en el palacio de los Dux, que todavía alberga hoy la administración de toda la ciudad.

Creé el Ministerio de Propaganda con la idea de que estuviera al servicio de todos. De ese modo, yo mismo puedo prescindir de un servicio de propaganda. Me basta la posibilidad de descolgar el teléfono y preguntar: «Doctor, ¿qué debo hacer para tal cosa?». Y sin embargo, no existe hoy, por decirlo así, un ministerio que no posea su propio servicio de prensa. Sería suficiente que recurrieran al Ministerio de Propaganda. Puesto que soy yo quien da consignas al servicio de prensa del Reich, ¿por qué he de pagar además una sección de prensa personal?

En la época en que hubo Vicecancillería, este servicio disponía de un presupuesto de seiscientos mil marcos. Un día le pregunté a Lammers: «¿Qué hacen allí?». «Es una cueva de cerdos», me contestó. Lammers había hecho una encuesta descubriendo que todos los que yo había echado de la Cancillería encontraron un puesto en la Vicecancillería.

Cuando Papen me propuso la Vicecancillería, le dije: «Un vicecanciller no entra en acción más que cuando el canciller está enfermo. Si yo soy el vicecanciller, usted nunca estará enfermo; por lo tanto renuncio a la Vicecancillería».

Personalmente, Papen era un hombre inofensivo, pero por una especie de fatalidad se rodeaba de gentes que tenían la conciencia sucia.

Jodl intervino: «En la Wehrmacht, la burocracia ha llegado a ser algo espantoso. El Ministerio de la Guerra ha hecho cuestión de honor imitar a los otros ministerios, tanto en lo concerniente al estilo como en la práctica. La personalidad individual ha desaparecido detrás de las entidades administrativas, y encuentro que esto es indigno de un soldado. Ya nadie se expresa en primera persona. Cada uno habla en nombre de una entidad. Es el triunfo del impersonalismo».

Himmler intervino a su vez: «En mi servicio he conseguido que cada uno de mis subordinados firme a título personal; así se sabe siempre con quién hay que entendérselas, y nadie puede evadirse detrás de las abstracciones. Lo que es escandaloso es el tono de nuestra administración en sus relaciones con el público. Toda convocatoria, toda fórmula de impuesto, constituye una ofensa al ciudadano. He hecho suprimir todas nuestras fórmulas de citación y he ordenado que sean sustituidas. Ahora la primera citación está establecida en los términos siguientes: «En nombre del jefe de la Policía, le ruego que tenga a bien... Si tuviera usted alguna objeción, le agradecería que me informase por escrito...». Si el interesado no contesta, recibe una segunda carta: «No respondió usted a mi convocatoria. Llamo su atención sobre el hecho de que debe usted...». El Führer volvió a hablar:

Ésta es la causa de que nunca haya accedido a dirigir públicamente elogios al cuerpo de funcionarios. Hay que cambiarlo todo por completo.

Lo más grande que ha hecho usted, Himmler, es transformar al incendiario en bombero. Así el bombero vive bajo la amenaza de ser ahorcado en el caso de que el fuego prendiera.

A veces me pregunto si el impuesto que paga en dinero el campesino no podría ser sustituido por un impuesto en especie. En Rusia tendrá que hacerse así. Habrá allí cuarteles en los que podrán recogerse los tributos. Al aldeano le es más fácil pagar en especie que sacar dinero contante y sonante.

La vida era antes muy dura para los campesinos. Para ellos una buena cosecha significaba más trabajo, pero no más dinero. Una mala cosecha era sencillamente una catástrofe. ¡En todo caso, el comerciante era quien se embolsaba las ganancias!

122. NOCHE DEL 24 AL 25 DE ENERO DE 1942

Origen de *Tristán e Isolda*. – Cosima Wagner. – Wahnfried. – El estilo Makart. – Bayreuth. – Sobre el congreso de Núremberg.

Tristán será siempre la obra maestra de Wagner, y debemos *Tristán* al amor que Matilde Wesendonk le inspiró. Era una mujer amante y dulce, pero estaba lejos de tener la calidad de Cosima. Nadie ha poseído como Wagner la dicha de ser íntegramente comprendido por una mujer. Son cosas que la vida no debe a un hombre, pero que es magnífico cuando acontecen. Ni Mozart, ni Beethoven, y tampoco Schiller, ni Goethe, participaron de dicha semejante. Además de todos sus dones, Cosima era la encarnación de la feminidad, y su encanto se dejaba sentir sobre quienquiera que pasase por Wahnfried. Después de la muerte de Wagner, el ambiente de Wahnfried continuó siendo el mismo que cuando él vivía. Cosima no se consoló nunca, ni dejó de llevar luto. Quería que sus propias cenizas fueran esparcidas sobre la tumba de su marido, pero esta satisfacción le fue negada. Sus cenizas fueron, sin embargo, recogidas en una urna, y esta urna se colocó sobre la tumba. Así la muerte no separó a estos dos seres, que por voluntad del destino vivieron uno junto al otro.

¡En la misma época que Wagner, vivía un Meyerbeer!

La ópera debe a Wagner el ser lo que es hoy. Los grandes cantantes se hicieron célebres interpretando a Wagner. Además, con él empiezan los grandes directores de orquesta. Wagner era típicamente un príncipe. ¡Su casa de Wahnfried, por ejemplo! Se ha dicho que el interior, de estilo Makart, era demasiado abigarrado. Pero ¿acaso debe confundirse una casa con una galería de obras de arte? ¿No es, sobre todo, un hogar, el marco de una vida íntima y de sus expresiones? Si yo poseo una galería de antepasados, ¿voy a Ponerla en el desván, con el pretexto de que los cuadros que la

componen no son obras de arte? Las casas de aquella época —y esta observación se aplica igualmente al estudio de Makart— estaban invadidas de recuerdos personales. En lo que me concierne, lamento de verdad que no hayan conservado, como estuvo en vida del artista, el taller de Makart. El respeto a las cosas venerables que nos lega el pasado será útil algún día a los jóvenes de hoy. Nadie puede imaginarse lo que fue la fama de Makart. Sus contemporáneos le elevaron a la cúspide.

Al principio de este siglo había gentes a las que se llamaba wagnerianos. Los otros no tenían denominación. ¡Qué placer me ha proporcionado cada obra de Wagner! Y recuerdo mi emoción la primera vez que entré en Wahnfried. Decir que estaba lleno de emoción es poco. En los momentos más duros para mí, no dejaron de reconfortarme, incluso Siegfried Wagner. (Houston Stewart Chamberlain me escribió muy amablemente cuando estuve en la cárcel.) Yo les trataba con gran familiaridad. Los quiero a todos, y quiero también a Wahnfried. Ha sido para mí un motivo de especial satisfacción haber sostenido Bayreuth en el momento de su crisis. La guerra me ha proporcionado la ocasión de realizar un ferviente deseo de Wagner: que hombres escogidos entre el pueblo, obreros y soldados, pudieran asistir gratuitamente a las representaciones del Festival. Los diez días de la temporada de Bayreuth fueron siempre una de las épocas que bendigo en mi existencia. ¡Y me recreo ya con la idea de que un día podré reemprender la peregrinación!

La tradición de los Juegos Olímpicos se mantiene a través de casi mil años. Me parece que esto es algo que procede de un misterio análogo al que se halla en los orígenes de Bayreuth. El ser humano siente la necesidad de salir de sí mismo, de comulgar con una idea que le trasciende. El congreso del partido responde a la misma necesidad, y por esa causa durante centenares de años vendrán anualmente hombres del mundo entero a fortalecerse en la maravillosa atmósfera de Núremberg. Vendrán y verán reunidos los testimonios que nosotros dejaremos de nuestra grandeza y los recuerdos del viejo Núremberg.

El día siguiente al fin del Festival de Bayreuth, y el martes que marca el término del congreso de Núremberg, me siento invadido de una gran tristeza, como cuando se despoja al árbol de Navidad de sus adornos.

El congreso es para mí un esfuerzo terrible, el momento más duro del año. Prolongaremos su duración hasta diez días, para no verme obligado a hablar continuamente. El esfuerzo sobrehumano que esto exige de mí ha hecho preciso que sea leída la proclamación de apertura. Ya no tengo fuerza para hablar tanto tiempo como antes. También me retiraré cuando me aperciba de que ya no puedo dar a estas fiestas el rango que les corresponde. El esfuerzo más penoso es en el momento del desfile, permanecer inmóvil durante horas y horas. Varias veces tuve vértigos. ¿Puede imaginarse la

tortura que supone permanecer de pie, inmóvil, con las rodillas juntas y saludando con el brazo extendido? La última vez me vi en la precisión de hacer un poco de trampa. Tengo, además, que esforzarme en mirar a cada hombre a los ojos, ya que el soldado que desfila ante mí busca mi mirada. En lo sucesivo tendrán que protegerme contra el sol.

El papa es generalmente un señor viejo y frágil. Por eso le llevan en baldaquino. Se agitaban palmas alrededor de los faraones para abanicarles.

Después de la guerra, quizá sea conveniente que desfilen las columnas en filas de dieciséis y no de doce. El desfile duraría cuatro horas en lugar de cinco, y siempre será tiempo que ganamos.

123. NOCHE DEL 24 AL 25 DE ENERO DE 1942

Los chóferes del Führer. – La conducción de automóviles. – Algunos ordenanzas.

Mi vida está en manos de unos pocos seres: mi chófer, mis ordenanzas, quizá también mi cocinero. Kempka me ha pedido que le permita enrolarse, para la primavera, en una unidad de blindados. Yo me pregunto qué será más útil a la nación: que Kempka inmovilice unos cuantos tanques enemigos (lo que otros también pueden hacer en su lugar) o que se quede conmigo como chófer que tiene toda mi confianza. Hace nueve años que está a mi servicio y sólo merece alabanzas. Su antecesor, Schreck, fue el compañero de los años de lucha. Cuando las cosas se ponían mal para nosotros, se despertaba en él el soldado del frente. En aquellas circunstancias tal vez Kempka se hubiera desmayado. Pero conduce con una prudencia extraordinaria... excepto cuando tiene un disgusto amoroso, del *que* me apercibo inmediatamente.

Yo no puedo, sin embargo, consagrar mi tiempo en este momento a formar un nuevo chófer. Si estuviera seguro de que Kempka vuelve sano y salvo, casi cedería. ¡Cuántos chóferes tuve que perdían su habilidad solamente Porque estaba yo sentado junto a ellos! Kempka es la calma misma. Y además tengo ya costumbre de charlar con él. Eickenberg conduce bien, pero tendría que educarle. Conduce mecánicamente bien, pero le falta la cabeza. He hecho más de dos millones y medio de kilómetros en coche y sin el menor accidente. Cuando viajaba con chóferes en cuya formación yo no había intervenido, fue pura casualidad que no ocurriera nada. Siempre pedí a Maurice, Schreck o Kempka que la velocidad les permitiera en cualquier circunstancia pararse a tiempo. Si uno de mis chóferes aplasta a un niño y se excusa diciendo que tocó el claxon, yo le contestaría: «Un niño no tiene juicio, es usted quien debe reflexionar». Encuentro muy desagradable que un coche

salpique de barro a las personas que están en fila a lo largo de la acera, particularmente cuando se trata de aldeanos que visten su traje de los domingos. Si mi coche adelanta a un ciclista, sólo permito al chófer que conserve su velocidad si el viento disipa inmediatamente el polvo que levantamos. Cuando los neumáticos de atrás chirrían, es que el chófer ha tomado mal la curva. Es una regla el acelerar únicamente en la curva, nunca antes. De igual modo que nuestros chóferes conducen bien en general (aunque no sea siempre de la manera que me conviene), nuestros dirigentes conducen miserablemente. Claro está que no he inventado la teoría de la conducción, pero sé tener en cuenta la experiencia de los demás. Adolf Müller me llevó una vez en su coche. Gracias a él aprendí mucho más en unas horas que durante los años precedentes.

En otro tiempo leía con regularidad las publicaciones dedicadas al automovilismo, pero ya no tengo tiempo. Sin embargo, continúo interesándome por cada progreso que en tal dominio se hace. Hablo de ello con Kempka. *Él* conoce todos los coches del mundo. Da gusto ver lo bien que está nuestro parque de automóviles, desde que Kempka se encarga de él.

También Junge me ha pedido permiso para ir al frente. Si yo tuviera la impresión de que no quiere vivir conmigo, le autorizaría a marcharse en su propio interés. Sería mejor para su porvenir. Entre mis ordenanzas, Junge es con mucho el más dotado. No me había apercibido de ello antes de Felsennest. Allí, durante las alarmas aéreas, tuve a menudo ocasión de hablar con él. No puede uno imaginarse lo cultivado que es ese muchacho.

Linge es un bravo chico, pero menos inteligente, y además muy distraído. En cuanto a Bussmann, es de una clase radicalmente inferior. Krause tenía una tendencia enfermiza a contar vulgaridades. No estaba en su sitio. Mentía sin ninguna razón. Soy un patrón muy tolerante y admito fácilmente que en algunos casos estén distraídos. Entonces me limito a señalar la falta y les ruego que se distraigan menos la próxima vez. Pero no puedo soportar la mentira.

124. NOCHE DEL 25 AL 26 DE ENERO DE 1942

Reflexiones sobre el matrimonio. – Algunas mujeres bonitas.

Fue una suerte no haberme casado. El matrimonio habría sido para mí una catástrofe.

Hay un punto sobre el cual se produce fatalmente el desacuerdo entre los cónyuges: es cuando el hombre no puede disponer en favor de su mujer de todo el tiempo que ella se cree con derecho a exigirle. Cuando hablan de otras parejas, se oye decir a las mujeres: «A ésta no la comprendo. Yo no me comportaría así». Pero cuando se trata

de sí misma, toda mujer demuestra el mismo grado de sinrazón. Hay que comprender esta exigencia. Una mujer que quiere a su marido, sólo vive en función de él, y por tanto espera que su cónyuge viva igualmente en función de *ella*. Hasta después de la maternidad no descubre la mujer que existen en su vida otras realidades.

El hombre, por el contrario, es esclavo de sus pensamientos. Está dominado por la idea de sus deberes. Tiene necesariamente que pasar por instantes en que lo echaría todo por la borda, la mujer y los hijos. Cuando pienso en ello me doy cuenta de que si en el año 1932 hubiera estado casado, apenas habría podido pasar algunos días en mi hogar. E incluso en esos pocos días, no hubiese hecho mi voluntad. La mujer no se queja sólo de la ausencia del marido. No le consiente que se halle preocupado, que su espíritu esté lejano. Para la mujer, el dolor de la separación va unido a cierto deleite: después de la separación, la alegría de volver a encontrarse. Cuando un marido vuelve a su casa es, en cierto modo, como unos nuevos esponsales. Después de meses de ausencia, dispone de unas semanas de completa libertad. Nunca se me habría ofrecido semejante oportunidad, y mi mujer, con razón, se hubiera enfadado. Yo no hubiese tenido del matrimonio más que el rostro sombrío de una esposa desatendida, o de lo contrario hubiera faltado a mis deberes políticos.

Por eso es mejor no casarse.

El aspecto malo del matrimonio es que crea derechos. Entonces es mejor tener una amiga. El peso se aligera, y todo se sitúa en el plan de una mutua donación.

El Führer se dio cuenta de que dos invitados ponen caras largas, J. W. y Chr. Schr. Se volvió hacia Schr. y precisó:

¡Esto, naturalmente, no concierne más que a los hombres superiores!

Aliviada, Schr. exclamó: «Eso es precisamente lo que yo pensaba, mi Führer».

No creo que W. H. se case nunca. Se ha hecho de la mujer una imagen ideal, tomando la silueta de una, la cabellera de otra, de una tercera la inteligencia, de otra los ojos... y con esa imagen en el espíritu se dirige a cada mujer; pero nada similar existe en la naturaleza. Hay que declararse satisfecho cuando en una *mujer* se encuentra un detalle perfecto. No hay nada tan exaltante como formar a una mujer joven. Una muchacha de dieciocho a veinte años es maleable como la cera. Debe serle posible a un hombre, cualquiera que sea su elegido, marcarla con su huella. Por lo demás, la mujer no pide otra cosa.

Dora es una muchacha simpática, pero no creo que Kempka y ella sean felices. Para una chica como Dora, me parece que Kempka se interesa en exceso por la mecánica. Es demasiado inteligente para él.

¡Qué mujeres tan hermosas hay por el mundo!

Estábamos en la Ratskeller de Bremen. Entra una mujer. Se hubiera dicho verdaderamente que se abría el Olimpo. Radiante, resplandeciente. Los comensales dejaron sus cubiertos y todos los ojos se fijaron en ella.

Otra vez, en Brunswick, una muchacha se precipitó hacia mi coche para ofrecerme un ramo de flores. Era rubia, esbelta, maravillosa. Todos a mi alrededor se quedaron maravillados, pero ninguno de esos idiotas pensó en pedirle su dirección, para poder enviarle unas líneas de agradecimiento. Me lo he reprochado amargamente.

También otra vez asistía a una fiesta en el Bayerischer Hof Había allí mujeres espléndidas, elegantes y cubiertas de joyas. Surge una mujer, tan bella que eclipsa a todas las demás. No lleva ni una alhaja. Es la señora de Hanfstaengl. La volví a ver otra vez con Mary Stuck en casa de Erna Hanfstaengl. Tres mujeres juntas, a cual más bonita. ¡Qué cuadro!

En mi juventud, en Viena, conocí muchas mujeres bonitas.

125. NOCHE DEL 25 AL 26 DE ENERO DE 1942

Más sobre perros. – Origen de las razas humanas. – La belleza entre los antiguos griegos. – Significación de la mitología. – Consideraciones sobre la prehistoria. – Las teorías cósmicas de Hörbiger. – La política y el genio humano.

Soy un amigo de los animales y me gustan especialmente los perros. Pero no tengo ninguna afinidad con los boxer, por ejemplo. Si tomase de nuevo un perro, sólo podría ser un perro de pastor, y preferentemente una perra. Me parecería una traición encariñarme con un perro de otra raza. ¡Qué extraordinarios, vivos, fieles, audaces, valientes y bellos son estos animales!

El perro de ciego es una de las cosas más emocionantes. Está más unido a su amo que a cualquier otro perro. Si se deja distraer un momento por una perra, es por un tiempo breve y enseguida le pesa la conciencia. Las perras, ya es más difícil. En la época del celo no se puede con ellas.

Durante el invierno de 1921-1922 me regalaron un perro de pastor. Estaba tan triste con el recuerdo de su antiguo amo, que no podía acostumbrarse a mí. Decidí separarme de él. Su nuevo dueño se había alejado unos pasos solamente, cuando le abandonó y vino a refugiarse a mi lado, poniéndome las patas sobre los hombros. Entonces me quedé con él.

Cuando Graf me regaló a Muck, se acostumbró más deprisa. Subía la escalera con reticencia. Cuando vio a Blonde, se precipitó hacia ella palpitante. Al día siguiente fue indescriptible. Un perro se acostumbra más fácilmente a un nuevo amo cuando hay ya un perro

en la casa. Basta que conozca por el olfato que su amo ha tenido recientemente un perro para que sienta confianza. El perro es el más antiguo de los animales domésticos. Hace más de treinta mil años que es el compañero del hombre. Pero el hombre, con su orgullo, no es capaz de apercibirse de que incluso entre perros de la misma raza existen diferencias extraordinarias. Hay perros estúpidos. Otros son tan inteligentes que producen angustia.

En tiempos tuve una obra sobre las razas humanas y su origen. Solía meditar mucho sobre estos problemas, y debo decir que si se examinan de cerca las viejas tradiciones, los cuentos y las leyendas, se llega a conclusiones inesperadas.

Es chocante percatarse de la débil amplitud de visión que tenemos sobre el pasado. El modelo más antiguo de escritura que poseemos se remonta todo lo más a tres o cuatro mil años. Ninguna leyenda hubiera llegado hasta nosotros si quienes las han creado o transmitido hubiesen sido hombres distintos a nosotros. ¿De dónde extraemos el derecho a creer que el hombre no ha sido siempre lo que es ahora? El estudio de la naturaleza nos enseña que, tanto en el reino animal como en el vegetal, se han producido variaciones. Se han producido en el interior de las especies, pero ninguna de esas variaciones tiene una importancia comparable a la distancia que separa al hombre del mono, suponiendo que tal mutación haya existido.

Si consideramos a los antiguos griegos (que eran germanos), encontramos entre ellos una belleza muy superior a la de hoy, comprendiendo en esto tanto el dominio del pensamiento como el de las formas. Para darse cuenta basta comparar la cabeza de Zeus o la de Palas Atenea con la de un cruzado o de un santo. Si nos remontamos más lejos hacia el pasado, encontraremos entre los egipcios hombres de la clase de los griegos. Desde el nacimiento de Cristo, sólo se han sucedido en la Tierra cuarenta generaciones, y nuestro saber alcanza justo a unos miles de años antes de la era cristiana.

La leyenda no puede salir de la nada, no puede ser una construcción puramente gratuita. Nadie nos impide suponer (y creo que sería interesante hacerlo) que la mitología constituye un reflejo de cosas que han existido y de las que la humanidad ha conservado un vago recuerdo. En todas las tradiciones humanas habladas o escritas se encuentra la mención de una terrible catástrofe cósmica. Lo que la Biblia dice sobre esto no es propiedad de los judíos; ellos lo tomaron de los babilonios o de los asirios. En la leyenda nórdica, se trata de una lucha entre gigantes y dioses.

A mi manera de ver, este hecho sólo se explica por la hipótesis de una catástrofe que destruyó una humanidad que poseía una gran civilización. Los vestigios de nuestra prehistoria quizá no sean más que reproducciones de objetos pertenecientes a un pasado más lejano, y sin duda por ellos se volvió a encontrar el camino de la civilización. ¿Qué prueba tenemos de que el hacha de piedra, que volvemos a encontrar en nuestras regiones, fuera realmente una

invención de los que se servían de ella? Me parece más verosímil pensar que ese objeto era la reproducción en piedra de un hacha que existió anteriormente en otra materia. ¿Qué puede demostrarnos, además, que al lado de los objetos de piedra no existían otros de metal? La longevidad del bronce es limitada, esto explicaría que en ciertas capas terrestres sólo se encuentren ya objetos de piedra. Además no está probado en modo alguno que la civilización que precedió a la catástrofe de que hablamos habitara precisamente en nuestras regiones. La tierra está sumergida en sus tres cuartas partes, y sólo un octavo de la superficie terrestre es prácticamente accesible.

¿Quién puede saber lo que se descubriría si pudiera explorarse el suelo que hoy recubren las aguas?

Me siento muy dispuesto a admitir las teorías cósmicas de Hörbiger. En efecto, no está excluido que diez mil años antes de nuestra era se produjese una interferencia de la Tierra y la Luna, que asignase a la Luna su órbita actual. Es posible también que la Tierra haya atraído hacia sí la atmósfera que pertenecía a la Luna, lo que habría transformado de arriba a abajo las condiciones de vida en nuestro planeta. Se puede imaginar que antes de este accidente, el hombre podía vivir en cualquier altura (por el simple hecho de que no sufría la presión atmosférica). También es posible admitir que habiéndose abierto la tierra, el agua se precipitara en la brecha formada, que hubiera explosiones y después siguiese la lluvia en forma de diluvio, de suerte que las parejas humanas no pudieron escapar más que refugiándose en las regiones más altas. Me parece que estos problemas podrán resolverse el día que el hombre establezca intuitivamente la relación que existe entre estos hechos, indicando así a la ciencia el camino que debe seguir. Si no, no levantaremos nunca el velo que se interpone entre nuestro mundo actual y el de quienes nos precedieron.

Considerándolas en sus inicios se descubre en nuestras religiones un carácter más humano que el que posteriormente han adquirido. Supongo que las religiones tienen su origen en esas imágenes descoloridas de otro mundo cuya lejana imagen ha retenido la memoria humana. La mente humana ha amasado esas imágenes junto con nociones elaboradas por la inteligencia, y así es como las iglesias han creado el marco ideológico que aún hoy asegura su poder.

El período de tiempo entre mediados del siglo III y mediados del siglo XVII es, sin duda ninguna, el peor que ha conocido la humanidad: sólo hubo sed de sangre, ignominia y mentira.

No comparto la opinión de que lo que una vez existió debe necesariamente seguir existiendo. La providencia ha dotado al hombre de inteligencia precisamente para que pueda obrar con discernimiento. El mío me dice que se debe acabar con el reino de la mentira. Me dice también que el instante no es oportuno. Para evitar hacerme cómplice de las mentiras he mantenido a los curas fuera del

partido. No temo la lucha; la habrá, si hay que llegar a ella. Y me decidiré en cuanto me lo parezca posible.

Me dediqué a la política contrariando mis aficiones. Por lo demás, sólo veo en ella un medio que conduce a un fin. Hay gentes que creen que me sería duro quedarme sin la actividad que tengo ahora. Se engañan enormemente, ya que el día más hermoso de mi vida será aquel en que deje detrás de mí la política, con sus disgustos y su esclavitud. Cuando concluya la guerra, tendré la sensación de haber cumplido con mi deber y me retiraré. Querría entonces consagrar cinco o diez años a dar lucidez a mi pensamiento y objetivarlo en forma de obra escrita. Las guerras pasan. Sólo subsisten los testimonios del genio de los hombres.

Esto explica mi amor al arte. La música, la arquitectura, ¿no es en esas disciplinas donde se inscribe el camino de la humanidad ascendente? Cuando oigo a Wagner, me parece que escucho los ritmos de un mundo anterior. Supongo que la ciencia encontrará un día, en las ondas puestas en movimiento por el *Rheingold*, comunicaciones secretas, unidas con el orden del universo. La observación del mundo percibida por los sentidos precede a los conocimientos de la ciencia o la filosofía. El valor está en la proporción en que se aproximan el conocimiento sensible y la verdad.

La noción de que el cosmos es infinito, en todos sentidos, debe ser expresada de una manera asequible. Es infinito en el orden de lo infinitamente grande como en el orden de lo infinitamente pequeño. Hubiera sido un error, al principio de la era positivista, representarse el espacio como restringido a los límites percibidos por los instrumentos. Hoy debemos razonar igual, a pesar de los progresos realizados en los instrumentos de medición, y esto es verdad en la escala microscópica lo mismo que en la macroscópica. Visto en el microscopio, un microbio toma proporciones gigantescas. Esto es también un camino sin fin.

Si hubiera existido alguien capaz de realizar la obra a que yo me he consagrado, no habría emprendido nunca el camino de la política. Me atraían más las artes o la filosofía. La preocupación que siento por la existencia del pueblo alemán me obligó a esta actividad. Sólo a partir del momento en que las condiciones de vida están aseguradas, puede florecer la cultura.

126. 26 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

La política y las mujeres. – Métodos americanos de producción. – Hacia un nuevo crac económico.

Me dan horror las mujeres que se meten en política. Y si además se inmiscuyen en las cosas militares, entonces resultan completamente insoportables. En ninguna sección local del partido ha tenido nunca una mujer el derecho a ocupar el menor puesto. Por eso han dicho con frecuencia que éramos un partido de misóginos, que no veíamos en la mujer más que una máquina de hacer niños, o bien un objeto de lujo No es así ni mucho menos. Siempre le he concedido importancia a la mujer en lo que respecta a la formación de la juventud y a los centros de asistencia. Fue en 1924 cuando surgieron entre nosotros las mujeres atraídas por la política: la señora Von Treuenfels y Mathilde von Kemnitz. Querían formar parte del Reichstag, para elevar, decían ellas, el nivel moral de la institución. Les contesté que el noventa por ciento de las cuestiones que se discutían en el Parlamento eran asuntos de hombres sobre los que no podían opinar de manera digna de tenerse en cuenta. Se sublevaron contra mi punto de vista, pero les cerré la boca diciéndoles: «No van ustedes a pretender que conocen a los hombres como yo conozco a las mujeres». Un hombre vociferando no es un espectáculo sugestivo, pero si lo hace una mujer entonces resulta espantoso. Cuanto más fuerza los pulmones, más estridente se hace su voz. Ahí la tienen ustedes dispuesta a deshacerse el moño, con todas las uñas de punta. En fin, que galantería exige que se evite a las mujeres la ocasión de presentarse en situaciones que no las favorecen. Todo cuanto sea lucha, pertenece al hombre. Hay otros muchos campos de acción donde se impone el concurso de la mujer. Para organizar una casa, por ejemplo. Pocos hombres tienen el talento de la señora Troost en lo referente a la decoración del interior de un hogar. Hubo cuatro mujeres a las que concedí un papel preponderante: la señora Troost, la señora Wagner, la señora Scholtz-Klink y Leni Riefenstahl.

Los americanos son admirables en lo que se refiere a la producción en serie y cuando se trata de un modelo único repetido invariablemente en un gran número de ejemplares. Para nosotros es una suerte, puesto que sus blindados se revelan inutilizables. Sería de desear que construyesen todavía sesenta mil este año. Yo no creo en el milagro, y estoy persuadido de que cuando lleguen con sus veintiocho y sus sesenta toneladas, el más pequeño de nuestros tanques los anulará.

Entre ellos hay hombres que olfatean un crac económico mucho mayor que el de 1929. Cuando no se dispone de ningún producto que pueda sustituir materias primas como el cobre, por ejemplo, pronto se queda uno sin aliento.

127. 27 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

La sangre de los demás. – Los ingleses y el sistema capitalista. – La historia si no fuese por el advenimiento del cristianismo. – Constantino el Grande y Juliano el Apóstata. – Chamberlain de vuelta de Múnich. – Sir Samuel Hoare. – Posición privilegiada de Mosley. – Prejuicios de clase en Alemania y en Inglaterra. – La selección de los mejores. – Sobre la fe del pueblo alemán.

Los soldados que Inglaterra utilizó en sus guerras eran en su mayoría de sangre alemana. La primera gran hemorragia de sangre propiamente inglesa fue la primera guerra mundial. ¡Y se comprende que les llegara al alma!

Para no sufrir el golpe de rechazo de esta guerra en el plan económico, los ingleses hubieran debido abandonar su sistema capitalista, o bien sacudirse el fardo de una deuda que ascendía ya a ciento cuarenta mil millones. Hicieron una tímida tentativa en este sentido, según la manera clásica: reduciendo al mínimo los gastos de rearme, para poder pagar así el interés de la deuda. Su situación después de las guerras napoleónicas no dejó de tener analogía con lo que sucedió después de 1918. Conocieron un largo período de agotamiento, y sólo volvieron a ser ellos mismos en la época de la reina Victoria.

Un pueblo no puede pretender el dominio del mundo si no está dispuesto a pagar con su propia sangre. El imperio romano recurrió a los mercenarios cuando su sangre estaba agotada. En efecto, solamente a partir de la tercera guerra púnica Roma tuvo legiones de mercenarios.

En cuanto a la llegada del cristianismo, ¿quién sabe cómo se hubiera desarrollado la historia de Europa? Roma hubiera conquistado toda Europa y el avance de los hunos se hubiera estrellado contra las legiones. Fue el cristianismo quien trajo la decadencia de Roma, no los germanos ni los hunos.

Lo que el bolchevismo está logrando hoy a nivel materialista y técnico, el cristianismo lo logró a nivel metafísico. Cuando la corona ve que el trono se tambalea, necesita el apoyo de las masas.

Sería mejor hablar de Constantino el Traidor y de Juliano el Leal que de Constantino el Grande y Juliano el Apóstata. Lo que escribieron los cristianos contra el emperador Juliano es aproximadamente del mismo calibre que lo que han escrito los judíos contra nosotros. Los escritos del emperador Juliano, por otra parte, son producto de la más elevada sabiduría. Si la humanidad se tomara la molestia de estudiar y entender la historia, las consecuencias resultantes tendrían implicaciones incalculables. Algún día se celebrarán ceremonias de acción de gracias al fascismo y al nacionalsocialismo por haber evitado a Europa una repetición del triunfo del inframundo.

Inglaterra se encuentra amenazada especialmente por un peligro. Los conservadores sufrirán una prueba terrible en el caso de

que las masas proletarias tomen el poder. Si al volver de Múnich, Chamberlain hubiera convocado elecciones bajo el lema de elegir entre la paz y la guerra, habría obtenido una mayoría aplastante en favor de la paz. Cuando tomé posesión de Memel, Chamberlain me hizo saber, por tercera persona, que comprendía muy bien que debía hacerse tal arreglo, pero que no podía aprobarlo públicamente. En aquella época Chamberlain se veía atacado ferozmente por el clan Churchill. Si hubiese tenido la presencia de espíritu para convocar elecciones, estaba salvado. En casos semejantes siempre he dispuesto las cosas de forma que un plebiscito ratificara mis actos. Esto produce un efecto excelente, en el interior y en el exterior.

Sólo gracias a esta crisis ha podido entrar en lid el partido laborista. Los judíos habían puesto mal el negocio. Si, como es de desear, Samuel Hoare tomara hoy el poder, le bastaría con dejar en libertad a los fascistas. Los ingleses tienen sin resolver ciertos problemas sociales que ya están maduros. En este momento son problemas que aún pueden resolverse desde el poder de un modo razonable. Tiemblo por ellos si no lo hacen ahora. Pues si es el pueblo el que toma la iniciativa, quedará el camino abierto a la demencia y a la destrucción. Hombres como Mosley no habrían tenido dificultad en resolver el problema, encontrando un compromiso entre el conservadurismo y el socialismo, abriendo el camino a las masas, pero sin privar a las elites de sus derechos.

Los prejuicios de clase no pueden mantenerse en un estado social como el nuestro, en donde el proletariado crea hombres de tal superioridad. Toda organización razonable debe estimular a las personas de valor. He querido que las organizaciones escolares del partido permitan al niño más pobre la pretensión de elevarse a las más altas funciones, si tiene talento para ello. El partido debe, por otra parte, velar para que la sociedad no se divida en compartimentos, de manera que cada uno pueda afirmarse rápidamente. De lo contrario, se desarrolla el descontento. Y ahí está el judío dispuesto a explotarlo. Es preciso que se establezca un equilibrio, en el que sean aniquilados los conservadores reaccionarios tanto como los anarquistas judíos y bolcheviques.

El pueblo inglés está compuesto de razas muy diferentes entre sí y que no se han fundido, como ocurre en otros países. Allí subyace el peligro de que una guerra de clases se transforme en una guerra de razas. Los ingleses podrían escapar a ese riesgo dejando de juzgar a sus conciudadanos por su aspecto exterior y teniendo sólo en cuenta sus cualidades reales. Se puede ser un rico heredero y no tener ningún talento. Si los ingleses procedieran como nosotros en el partido, estimularían el ascenso de los más merecedores. Conviene que las profesiones estén organizadas, pero con la condición de que cada uno encuentre sitio en ellas. Es una locura hacer construir carreteras a un hombre que serviría, todo lo más, para barrerlas; como sería escandaloso hacerlas barrer a un hombre que tiene la talla de un ingeniero.

El nacionalsocialismo ha introducido en las costumbres esta noción de que se debe escoger una profesión porque se está predispuesto a ella por determinadas aptitudes, y no porque le han predestinado a uno desde su nacimiento. Así el nacionalsocialismo ejerce una acción apaciguadora. Reconcilia a los hombres en lugar de enfrentar a unos contra otros. Es ridículo que un hijo pueda verse obligado a seguir la profesión de su padre. Las aptitudes y la vocación es lo único que debe tomarse en cuenta. ¿Por qué no ha de tener un niño dotes que sus padres no tenían? Entre nosotros, ¿no ha salido todo de la clase campesina? No hay que reprimir al individuo. Por el contrario, hay que ahorrarle todo cuanto pueda entorpecer su carrera. Si se favorece sistemáticamente la selección de los mejores, llegará un instante en que los talentos serán de nuevo, y en cierto modo, el privilegio de una elite. Tuve esa impresión, especialmente fuerte, en la botadura del «Tirpitz». Los obreros reunidos en aquel acto daban una impresión de nobleza extraordinaria.

La evolución se cumple generalmente en un solo sentido, es decir, en el sentido del desenvolvimiento de la intelectualidad. Se tiene tendencia a olvidar lo que representa para la vida de una nación el potencial de energía que es el pueblo. Para el mantenimiento del orden social, importa que se conceda sitio, no solamente al espíritu, sino también a la fuerza. De lo contrario, llega un día en que la fuerza divorciada del espíritu se rebela contra él y lo aplasta. El duelo espíritu contra fuerza se decidirá siempre en favor de la fuerza. La clase social compuesta únicamente de intelectuales siente la conciencia sucia. Cuando se produce una revolución, esta clase tiene miedo de sostenerse, se sienta sobre sus sacos de monedas y se muestra cobarde.

Tengo la conciencia pura. Que me digan que en cualquier parte existe un muchacho de talento. Yo mismo le patrocinaré. Nada podría agradarme más que oír el día que me presenten a un muchacho: «He aquí un ser de raro talento. Quizá sea un día el Führer de la nación».

En la misma medida en que soy partidario de que haya un máximo de equidad en el orden social establecido, siento el derecho de juzgar con un rigor despiadado al que pretenda socavar este orden. El orden que edifico debe ser de una solidez a toda prueba, y por esta razón anegaremos en sangre toda tentativa de derribarlo. Pero en esta sociedad nacionalsocialista, nada se escatimará para que ocupen su puesto la competencia y el talento. Queremos verdaderamente que todos puedan probar fortuna. Los que sean aptos para mandar, que manden; los otros que sean agentes de ejecución. Hay que apreciar sin ideas preconcebidas las aptitudes y los defectos de cada uno, a fin de que todos puedan ocupar el puesto que conviene para el mayor bien de la comunidad.

El día que los ingleses pongan en libertad a sus nueve mil fascistas, éstos les darán una paliza a los plutócratas, y el problema quedará resuelto. Me parece que cuando hay nueve mil hombres en

un país capaces de afrontar la cárcel por fidelidad a una idea, esta idea permanece. Y mientras quede un hombre para llevar la bandera, no hay nada perdido. La fe mueve montañas.

En esto veo las cosas con toda frialdad. Si el pueblo alemán perdiera la fe, si no estuviera dispuesto a entregarse en cuerpo y alma para sobrevivir ¡entonces al pueblo alemán no le quedaría más que desaparecer!

128. 27 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

Economía capitalista y abundancia. – Sabotaje de la gasolina sintética en 1933. – Deterding detrás de Schacht. – Los ingleses han roto la solidaridad de la raza blanca. – Lloyd George, justificado por la historia. – Los judíos deben desaparecer de Europa.

América debería vivir en la abundancia, pero la racionalización es allí la causa de una miseria indecible. La contrapartida de esta miseria es la opulencia insolente de la casta privilegiada. Evidentemente, el judío piensa como capitalista y no como economista.

Creo que Estados Unidos le ha hecho a Brasil la promesa de comprarle, después de la guerra, su producción de café. Los brasileños de un modo o de otro han caído en la trampa. Los estados como Brasil deben comprender que tal política empujará cada día más a Europa a la autarquía.

Vogler me hizo en 1933 la proposición de suministrarnos dos millones de toneladas de gasolina sintética en el espacio de tres años, con la condición de que nos comprometiéramos a comprar, durante diez años, toda su producción a un precio estipulado de antemano. Su oferta representaba íntegramente la totalidad de nuestras necesidades para el año 1934. El Ministerio de Economía torpedeó el proyecto. Estaba previsto que la I. G. Farben financiaría la construcción de las fábricas. El plan aseguraba además trabajo para centenares de miles de obreros.

Como consecuencia de aquel torpedeamiento, eché del Ministerio de Economía a algunos altos funcionarios y puse a Keppler. Entonces le echaron entre las piernas, para trabar el camino, al bribón de Düsseldorf. Y de ese modo se perdieron nueve meses más. Detrás de Schacht se encontraba Deterding. ¡Me gustaría saber quién *no* estaba corrompido en aquel antro!

Estas circunstancias me obligaron a poner en marcha el plan cuatrienal, a cuya cabeza puse a Goering.

Con el buna fue la misma resistencia. Hiciera lo que hiciese, las cosas no avanzaban. El Ministerio de Economía empezó a cambiar cuando lo puse en manos de Funtk.

Solamente desde el invierno de 1936 tuve plena autoridad sobre los ferrocarriles del Estado. Hasta entonces las cláusulas del tratado de Versalles estaban vigentes. Abrogué las cláusulas por una ley que hice votar en el Reichstag, de forma que ningún jurista pudiera oponerme la ilegalidad de las medidas que yo tomaba.

Los ferrocarriles del Estado, el banco del Estado y el canal Káiser Guillermo pasaron así a estar de nuevo bajo nuestra soberanía. ¡Cuántas inquietudes sufrí hasta el momento en que pude tomar efectivamente el control de los asuntos alemanes en toda su integridad!

Para el hombre blanco de las colonias, es una obligación imperiosa mantener al indígena a distancia.

Los japoneses no tienen problemas de transportes que resolver. Allí donde se instalan, pueden vivir de los recursos locales. Sólo les faltan municiones. Por el contrario, los americanos necesitan una gigantesca flota de transporte.

Lo que está sucediendo no era, sin embargo, inevitable. Los ingleses tenían derecho a conducirse sin nobleza, pero al menos cabía esperar de ellos que tuvieran habilidad. Una política de amistad con nosotros habría implicado, por ejemplo, que nos cedieran la Guinea. Por culpa de su tontería, es un mundo entero lo que ahora pierden ¡y han conseguido que nos aliemos con los japoneses!

¿Qué habría sucedido el 13 de marzo de 1936 si yo no hubiera estado al frente del Reich? Cualquiera hubiese perdido los nervios. No tenía más remedio que mentir, y fue lo que nos salvó, mi obstinación inquebrantable y mi aplomo inverosímil. Amenacé diciendo que si no se producía una distensión en veinticuatro horas, enviaría a Renania seis divisiones suplementarias. ¡Y no disponía más que de cuatro regimientos! A la mañana siguiente los periódicos ingleses opinaban que la situación internacional era menos tirante.

Debo reconocer que Ribbentrop no es un compañero especialmente agradable, pero es un hombre sólido y terco. Neurath demostró las mismas cualidades en aquella ocasión. Un paso atrás y era nuestro hundimiento.

Nuestros negociadores en 1919 se encontraban en una situación análoga. Les era posible obtener condiciones de paz mucho más favorables. Pero ¿era ése el interés del pueblo alemán? Es una cuestión completamente diferente. A fin de cuentas, ¿qué importancia podía tener la obtención de un ejército de dos o trescientos mil hombres, en lugar de uno de cien mil? Lo que le importa a una nación es ser libre. Y fue de la desesperación de la nación alemana de donde nació el nacionalsocialismo.

Se trata en esto de un problema fundamental, y solamente después del choque cabe hoy afirmar que vino alguna dicha de la desgracia. Pero es ocioso decir que el deber de un negociador reside

en obtener del adversario las mejores condiciones posibles. Había entre los socialdemócratas partidarios de una política enérgica, y aceptaban todos los riesgos. Fueron dos católicos, Wirth y Erzberger, quienes cedieron.

De haber contado nosotros con un ejército de dos a trescientos mil hombres, el ejército francés no habría degenerado en la forma en que lo hizo. Esta circunstancia nos fue muy útil. Al caer los franceses en la indolencia, nosotros nos levantamos antes que ellos.

Un hombre al que sin duda justificará la historia es Lloyd George. En un memorándum redactado en aquella época, Lloyd George declaró que si la paz debía hacerse en las condiciones previstas, sería origen de una nueva guerra. «Los alemanes han luchado tan enérgicamente —escribía— que esta orgullosa nación no se apaciguará nunca con una paz semejante.» Si Lloyd George hubiera dispuesto de la fuerza necesaria, habría sido sin duda el artífice de un acuerdo germano-británico. La marina británica fue el principal partidario de tal acuerdo. Fueron los muñecos políticos movidos por la judería mundial quienes se cruzaron para impedirlo. Los marinos creían que la flota alemana representaba el complemento necesario a la flota británica para asegurar una labor de policía de los mares. En un conflicto que no interesara a Europa, la marina alemana habría tenido por misión mantener la seguridad de las aguas europeas, de modo que quedase libre la totalidad de la flota británica. Faltó muy poco para que los acontecimientos tomaran esa dirección.

El judío debe desaparecer de Europa. ¡Que se vayan a Rusia! Cuando se trata de judíos, ignoro todo sentimiento de piedad. Serán siempre el fermento que incita a los pueblos a luchar unos contra otros. Siembran la cizaña por doquier, lo mismo entre los individuos que entre los pueblos.

Tendrán que retirarse igualmente de Suiza y de Suecia. Allí donde su número es más reducido es donde son más peligrosos. Pongan ustedes cinco mil judíos en Suecia: ¡en poco tiempo ocuparán todos los puestos! Evidentemente, también entonces son más visibles.

Es completamente lógico que nos ocupemos de esta cuestión en un plano general europeo. En efecto, no basta con echar a los judíos de Alemania. No podemos admitir que conserven posiciones de repliegue en nuestras propias puertas. Queremos hallarnos al abrigo de toda infiltración.

129. 28 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: EL MARISCAL MILCH Y LOS AVIADORES JESCHONNEK Y GALLAND

Cuando se piensa que Federico el Grande se enfrentaba a fuerzas doce veces superiores a las suyas, uno se dice: «¡Qué gran compañero hubiera sido!».

Esta vez somos nosotros los que tenemos la supremacía. Me siento verdaderamente confuso.

130. NOCHE DEL 28 AL 29 DE ENERO DE 1942

El control de la natalidad y la victoria del cristianismo. – Las familias de dos o tres hijos en Francia. – Proliferación de la sangre alemana. – El derecho, fruto de la conquista.

Saben ustedes qué causó la pérdida del mundo antiguo?

La clase dominante se había enriquecido y aburguesado. Desde entonces, se vio animada del deseo de asegurar a sus herederos una vida sin preocupaciones. Es un estado de espíritu que lleva consigo este corolario: cuantos más herederos hay, menos recibe cada uno. De ahí viene la limitación de nacimientos. El poderío de cada familia dependía, en cierta manera, del número de esclavos de que podía disponer. Así creció una plebe estimulada a multiplicarse, frente a un patriarcado que, por el contrario, disminuía. El día que el cristianismo borró la frontera que separaba hasta entonces a las dos clases, el patriarcado romano se encontró sumergido en la masa.

Con sus familias de dos niños, Francia está condenada a estancarse, y su situación se agravará cada día más. Los productos de la industria francesa no están faltos de calidad. Pero el peligro, para Francia, es que el espíritu de rutina triunfe sobre los impulsos que generan el progreso.

El biberón será lo que nos salvará.

Aunque esta guerra nos cueste doscientos cincuenta mil muertos y cien mil inválidos, son pérdidas que están ya compensadas por el acrecentamiento de nacimientos en Alemania desde nuestra toma del poder. Nos serán pagadas mil veces por nuestra colonización en el este. Allí la población de sangre alemana proliferará abundantemente.

Consideraría un crimen haber sacrificado la vida de los soldados alemanes para la conquista de riquezas naturales explotables al estilo capitalista.

Según las leyes de la naturaleza, el suelo pertenece al que lo conquista. El hecho de tener hijos que quieran vivir, el hecho de que nuestro pueblo desborde dentro del estrecho espacio que nos imponen nuestras fronteras, todo esto justifica nuestras pretensiones al espacio del este.

El desbordamiento de nuestra natalidad será nuestra suerte. El exceso de población obliga a un pueblo a que se desenvuelva. No hay peligro de que permanezcamos clavados en nuestro nivel actual. La necesidad nos obliga a estar siempre a la cabeza del progreso.

Toda vida se paga a precio de sangre.

Al que no le guste este concepto de la vida, le aconsejo que renuncie a ella, pues su actitud es prueba de que no es apto para la lucha. Al margen de esta lucha de todos los instantes, hay además el placer de vivir. ¿Por que, pues, entristecerse por lo que es y no podría ser de otro modo?

Las fuerzas creadoras habitan en casa del optimista. Pero la fe es la base de todo.

131. 30 DE ENERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: EL DR. LEY, HEYDRICH, EL DR. WEBER Y BENNO VON ARENT

Un agente francés. – Nuevas fechorías de los juristas. – Recuerdos de la cárcel. – Hacha.

Mi adversario más peligroso, como orador, era Ballerstedt. ¡Qué hazaña resistirle! Su padre era de Hesse, su madre lorenesa. Era un dialéctico diabólico. Para hacer creer a sus oyentes que estaba de acuerdo con ellos, comenzaba por un elogio de los prusianos. Fui condenado varias veces por acusarle de traición, y sin embargo, era un hombre que estaba vendido a los franceses. Por fin me impusieron tres meses de cárcel por dispersar una de sus reuniones. En los considerandos del juicio, se ponía en evidencia el punto de vista de que el hecho de considerar la política de Ballerstedt como una traición al Reich no correspondía a una realidad objetiva. El tribunal decidió que se trataba simplemente de una política considerada por mí como una traición.

La experiencia que he tenido durante toda mi vida de la estupidez de los juristas ha hecho que a mis ojos esas gentes queden definitivamente clasificadas. ¡Eran hombres de ese tipo los que mandaban quemar a las brujas!

Al principio yo creía que era una manía de Dietrich Eckart atacar constantemente a los abogados. Tenía la costumbre de decir que el hecho de querer ser jurista era el efecto o la causa de una deficiencia mental. Fue Eckart el que preguntó al abogado Zetzschwitz, a quien acababan de conceder una dignidad: «Es para recompensarle por haber perdido todos sus pleitos?».

Mi primer encarcelamiento prolongado fue en Stadelheim. Al hacerme entrar en mi celda, el guardián me dijo amablemente que

por allí habían pasado hombres célebres: Ludwig Thoma, por ejemplo, pero también Kurt Eisner.

Kriebel protestaba sin cesar, en Landsberg. Los primeros días fue a causa de la calefacción. Pasaba el tiempo buscando querellas con los guardianes. Un día tuvo la idea de pedir el reglamento de la prisión, que databa de 1860. Lo leyó atentamente y descubrió que los presos tenían, también, derecho a una cómoda. Otro día leyó que los capellanes tienen el deber de visitar a los presos y se quejó de no haber visto todavía ni la sombra de una sotana. El Mufti (así llamábamos al director de la prisión) vino desesperado a consultarme: «Es tal vez el coronel Kriebel un herido de guerra?». «¿Qué quiere usted decir con eso?» «Está loco furioso.» «Creo que contrajo la malaria.» «Entonces ¿hay que tratarle con cuidado?» «Me parece que eso sería lo indicado.»

Debemos presentar a Hacha como uno de los más grandes hombres que han existido, con la condición de que deje a los checos un testamento que los aniquile para siempre. No hay que titubear en hacer de él, por lo menos, el equivalente del rey Wenceslao, de modo que hasta el fin de los siglos todos los cobardes puedan aducir su ejemplo. ¿Su sucesor? Cualquiera, con tal de que sea un payaso. ¡Nos arreglaremos siempre mejor con los traidores que con los hombres de carácter!

Terminaremos con los checos si les aplicamos una política tenaz que no sufra la influencia de los miramientos personales. Después de la batalla de la Montaña Blanca en 1620, y hasta 1867, el Estado austriaco practicó esa política con los checos. De este modo llegaron a avergonzarse de hablar su propia lengua. Una gran parte de los checos son de origen germánico, y no es imposible volver a germanizarlos.

132. 31 DE ENERO DE 1942, POR LA TARDE

Antiguas colonias alemanas. – La plutocracia británica. – Momento psicológico para concluir la guerra. – Posibilidades de colaboración con Francia. – La era del fascismo italiano. – Creación de las SA. – Dos mundos cerrados. – Los fósiles de la corte italiana. – Venecia, Nápoles, Roma, Florencia. – El tercer poder.

Las colonias alemanas sufrieron la falta de mano de obra especializada. Esto explica que no pudieran invertirse en ellas grandes capitales. Eran, sin embargo, territorios con tres o cuatro millones de indígenas.

En la India los ingleses han invertido enormes capitales en vías férreas y otros medios de transporte, fábricas e instalaciones portuarias. ¡Imaginad lo que representa, como volumen de negocio,

si cada uno de los trescientos ochenta millones de indios compra, aunque no sea más que cada año, un retazo de algodón!

Los tejidos de algodón se fabricaban al principio en Inglaterra. Solamente poco a poco se construyeron fábricas en la misma India. La concepción capitalista de los negocios llevó a esa solución. Imaginaron que la economía de los gastos de transporte y el recurso de una mano de obra menos costosa aumentaría el margen de los beneficios. Para un capitalista sería un crimen perder una brizna de ganancia. ¿Los resultados? Hoy la metrópoli cuenta con un ejército de dos millones y medio de obreros en paro forzoso.

En Gran Bretaña hay más de doscientos contribuyentes que confiesan una renta anual de más de un millón de libras. En nuestro país, sólo el Káiser, Henckel von Donnersmarck y Tour-und-Taxis tenían rentas de tres a cuatro millones de marcos. Al que poseía una fortuna de un millón de marcos se le consideraba un nabab.

Sin la primera guerra mundial, se habrían prolongado para los ingleses las delicias de la era victoriana.

¿Qué representa Libia para Gran Bretaña?¡Un desierto más! Toda guerra encuentra su término en el momento en que uno de los beligerantes estima que debe detener sus gastos. En esta guerra serán los ingleses los que tirarán la toalla. Unos éxitos estratégicos no pueden cambiar en nada la precaria situación del imperio. Inglaterra no tendrá vida si no se une al continente. Es preciso que pueda defender sus intereses imperiales dentro del marco de una organización continental. Solamente con esta condición conservará su imperio.

No hay nada más difícil que bajar de un pedestal. Fue así como Austria se agarró hasta 1866 a la ficción de su supremacía; después necesitó aún setenta años más para sacar la lección de las cosas.

El prestigio militar británico se ha visto restablecido con la conquista de Bengazi. Era el momento psicológico para detener esta guerra, pero Churchill tenía el pensamiento fijo en Rusia, y no ha visto que si Rusia triunfara sobre Alemania, del mismo golpe Europa quedaría sometida a la hegemonía de una gran potencia.

Demasiados judíos tenían interés en que los acontecimientos tomaran esta forma. El judío es tan tonto que él mismo sierra la rama en que está encaramado. En 1919 una judía escribía en el Bayrischer Kurier: «Lo que Eisner hace en este momento, recaerá luego sobre nosotros». Fue un raro caso de previsión.

Francia sigue siéndonos hostil. Hay en ella, aparte de la sangre nórdica, otra que será siempre extranjera para nosotros. Al lado de París, más espontáneo en sus reacciones, existe el sur clerical y masónico. Imitando a Talleyrand en 1815, tratan de aprovecharse de nuestros instantes de debilidad, para sacar el mejor partido de la situación. Pero conmigo no conseguirán sus fines. Está excluido que pactemos con los franceses antes de haber asegurado definitivamente nuestro poderío. Nuestra política en este momento debe consistir en lugar hábilmente con unos y con otros. Tiene que

haber dos Francias. De este modo, los franceses que se hayan comprometido con nosotros serán los primeros interesados en que permanezcamos el mayor tiempo posible en París. Pero nuestra mejor protección contra Francia será mantener, durante siglos, una estrecha amistad con Italia. Contrariamente a Francia, Italia está animada de concepciones políticas que se aproximan a las nuestras.

Pienso en la delegación italiana que recibí ayer. Veo en ella hombres que tienen cualidades de jefes, completamente a mi gusto. ¡Qué tipos de hombre! ¡Qué aire más decidido! He ahí hombres que podrían representar un papel de primer plano.

Los fascistas pagaron con su sangre mucho más que nosotros. La historia de la conquista del poder en Italia es una epopeya heroica. No puedo pensar en ella sin enardecerme. Comprendo su emoción cuando recuerdan la época de la marcha sobre Roma.

¿Por qué, de súbito, hombres así han de quedarse huérfanos de valor para ser soldados? Es sencillamente que no tienen mandos. El pueblo italiano es idealista, pero los oficiales del ejército son reaccionarios.

Durante los últimos cien años, es extraordinario: hemos tenido claramente el mismo destino. Primero las guerras por la unidad, después el fracaso de cada uno en sus reivindicaciones. Todavía recientemente, las dos revoluciones hermanas, que nada sabían la una de la otra.

Fue en 1921 cuando oí hablar por primera vez del fascismo. Las SA nacieron en 1920 y sin que tuviese la menor idea de lo que sucedía en Italia. Adquirieron un desarrollo tan grande que yo mismo me quedé sorprendido. Veía bastante clara la orientación que debía darse al partido, pero no tenía ninguna idea en lo concerniente a las organizaciones militarizadas. Creé primero un servicio de orden, y únicamente después de las sangrientas luchas de 1920 di a esas tropas el nombre de Sturm Abteilung (SA) para recompensarlas por su comportamiento. Les enseñé la técnica de concentrar sus esfuerzos sobre objetivos limitados y, en las reuniones, enfrentarse con los adversarios mesa por mesa. Todo se limitaba a esto. Cuando el brazal no fue bastante, les puse una gorra. Fue después de Coburgo. Esta gorra de esquiador no costaba cara. Todo aquello se hizo de una manera muy empírica. No hubo ninguna premeditación.

Las SS comenzaron con grupos de seis a ocho hombres. Se reunía a los verdaderamente resistentes. Todo fue desenvolviéndose espontáneamente y las cosas llegaron a tomar un aspecto comparable a las de Italia. El mismo Duce me ha dicho que cuando emprendió su lucha contra el bolchevismo, no sabía exactamente dónde iría a parar.

Lo que corona estos destinos paralelos, es que hoy luchemos unidos contra las mismas potencias y contra los mismos personajes.

En la misma época trabajábamos el Duce y yo en la construcción. Esto explica que, humanamente, haya también un lazo entre nosotros. Siento una amistad profunda por este hombre extraordinario.

Desde el punto de vista de la cultura, estamos unidos a los italianos más que con ningún otro pueblo. El arte de Italia septentrional nos es común: nada más que germanos puros.

El tipo italiano repugnante sólo se encuentra en el sur, y tampoco en todas partes. También nosotros tenemos ese tipo en nuestro país: Viena-Ottakring, Múnich-Giesing, Berlín-Pankow. Si comparo los dos tipos, el de los italianos degenerados y el nuestro, me es muy difícil decir cuál de los dos es más antipático.

Hay una diferencia, como entre el día y la noche, entre los verdaderos fascistas y los que no lo son. Las gentes de mundo que obligatoriamente frecuentamos, o sea la sociedad cosmopolita, es casi la misma en su país que en el nuestro. Pero el hombre del pueblo está lleno de carácter, y físicamente, tiene ya otro aspecto. Comparemos este hombre con los fascistas de exhibición, que pueblan la embajada, ¡y ya está! Sucede lo mismo que con nuestros diplomáticos de la Wilhelmstrasse... ¡perdóneme, Hewel!

Toda esa gente es insoportable, falsa, hipócrita y mentirosa. No he visto nada peor que aquellos cortesanos en Nápoles. En cuanto al guardia de corps con que me obsequiaron, ¡qué mal bicho! ¡Carne de horca! Los fascistas y los otros son dos mundos cerrados entre sí. Los fascistas llaman a los cortesanos los «cangrejos», aludiendo a su levita roja.

Me saludó en la estación el duque de Pistoia, un verdadero degenerado. Junto a él otro duque no menos degenerado. Había un almirante con el aspecto de un sapo asqueroso. Afortunadamente había también un grupo de fascistas. Todos, incluso Ciano, hablaban con el mayor desprecio de aquella ridícula mascarada.

En mis paseos con el Duce, me aterraban la habilidad y la audacia de los motociclistas que nos escoltaban. ¡Qué raza tan bella!

Cuando salía con la corte, tenía que ir subido en una carroza de carnaval, con mala suspensión y que se arrastraba lamentablemente. Lo menos malo eran los *carabinieri* que nos escoltaban. «Cabe esperar —me dijo el Duce—, que dentro de cincuenta años la corte descubra el motor de explosión.»

El cuerpo de oficiales pertenece a ese mundo fósil. Los oficiales superiores no tienen ningún contacto con el pueblo. Zeitzler me ha contado que en el frente le dieron una comida de cinco o seis platos, invitado por oficiales italianos. Mientras tanto, los soldados comían una sopa de agua. Encuentro escandaloso que puedan pasar cosas semejantes en plena guerra. El único fruto es aumentar el odio del soldado hacia el oficial, o hacer que se vuelva indiferente para todo. Los nuestros dicen que el soldado italiano está lleno de buena voluntad, dispuesto a soportarlo todo, y que se sacaría de él lo que se quisiera si estuviera bien dirigido.

Quizá el Duce se anticipó en un año a la fecha madura para su revolución. Sin duda debió permitir que operasen primero los rojos, que habrían exterminado a la aristocracia. El Duce se hubiese convertido entonces en jefe del Estado. Sólo así hubiera quedado resuelto todo y desaparecido el tumor.

Cuando yo estaba con Mussolini, el pueblo gritaba: «¡Duce!, ¡Duce!». Cuando estaba con el rey, gritaban: «¡Führer!, ¡Führer!». En Florencia estaba solo, con el Duce, y leí en los ojos del pueblo el respeto y el amor ardiente que sienten por él. La gente del pueblo le miraba como si quisiera comérselo.

Roma me subyugó. En Nápoles me interesó sobre todo el puerto. Entre la corte sentí únicamente una atmósfera de hostilidad. Pero en Florencia todo fue distinto, y sólo porque la corte, ese cuerpo extraño, no estaba allí. Me queda un penoso recuerdo de la visita que hicimos a las unidades de la flota, en la bahía de Nápoles. El reyecito no sabía qué actitud tomar, nadie le hacía caso. En la mesa estuve rodeado solamente de cortesanos. Habría preferido hablar con los mariscales.

En Roma, en el desfile, la primera fila la ocupaban viejas resecas y recompuestas, excesivamente escotadas además, con un crucifijo colgando entre sus senos marchitos. Los generales estaban en segunda fila. ¿Por qué exponían a esa humanidad decrépita?

Sin embargo, en el Palacio Venecia abundaban las muchachas bonitas. Pero encontraron el medio de excusarse conmigo, del *faux pas* que ellos creían que habían dado. ¡Me dijeron que las maniquíes de una casa de Roma se habían introducido entre las asistentes!

Es mala cosa que el Duce se haya hecho, en cierto modo, prisionero de esa sociedad, traicionando así un poco a los suyos. Si yo estuviera en su lugar, invitaría a mis recepciones algunas hermosas muchachas de Campania, ¡que abundan! No me interesaría en hacerle la competencia al rey en su terreno; antes de empezar estaría vencido.

Estos equívocos existen porque la situación no es clara.

Muchas veces el pobre Duce me da pena. ¡Cuántas culebras debe de tener que tragarse! Me parece que yo no lo aguantaría.

Existe también un tercer poder: el Vaticano. ¡No lo olvidemos! No me parece, pues, extraño que nuestras cartas confidenciales anden esparcidas por el mundo unos cuantos días después de recibirlas.

No olvidaré nunca el agradecimiento que debemos a Noske, Ebert y Scheidemann en cuanto nos libraron de esas gentes. Sus intenciones no eran puras, y por eso fueron castigados, ¡pero todo lo demás fue en provecho nuestro!

133. 1 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

Los hombres de la revolución de 1918. – Actitud que debe guardarse con los antiguos adversarios. – La policía bávara. – El tráfico de armas.

Entre los hombres que se hicieron famosos con los acontecimientos de 1918, establezco diferencias. Algunos se encontraron sin querer envueltos por la revolución. Entre ellos estaban, para empezar, Noske, después Ebert, Scheidemann, Severing, y en Baviera, Auer.

En la lucha que nos enfrentó con esos hombres, no tuve piedad. Solamente después de nuestra victoria he podido decirles: «Comprendo los móviles que les impulsaron a ustedes».

Los que tuvieron un comportamiento verdaderamente innoble fueron los hombres del centro católico, por ejemplo Spiecker. Los métodos tortuosos y la mentira. Brüning estaba completamente desprovisto de carácter y Treviranus era un canalla.

Me siento lleno de indulgencia por el obrero arrojado a un mundo hostil y que, naturalmente, es sensible a las seducciones del marxismo. Pero no para esos cochinos teóricos como Hilferding y Kautsky. Braun no era el peor.

Tampoco tardó mucho en calmarse. Luppe no fue un mal alcalde en Núremberg. En cuanto a Scharnagel, era un panadero de los pies a la cabeza.

En Baviera, los Stützel, Schweyer, Koch y otros no se vendían, pero esto no les quitaba el ser fundamentalmente innobles. Lerchenfeld y Lortz no eran más que unos pobres desgraciados, Matt era más tonto que malo. Varios, entre ellos, son descendientes de los mongoles y de los hunos. Algunos se han mejorado ya en la generación siguiente.

He sido particularmente correcto con mis adversarios. He hecho del ministro que me condenó, mi ministro de Justicia. Entre mis carceleros hay varios que han llegado a ser jefes en las SA. El director de mi prisión ha ascendido. El único que no ha mejorado de situación ha sido Schweyer. Por el contrario, le he suprimido las acumulaciones, ya que, además de su pensión de ministro, cobraba dieciocho mil marcos a título de administrador de la Electricidad de Baviera.

A la socialdemocracia de aquel tiempo le faltó sólo un jefe. Su peor error fue perseverar en un camino que los hechos ya habían condenado.

He sido implacable para todos los que se inclinaron hacia el separatismo, aunque fuera sólo como advertencia y para meterles en la cabeza que en esta cuestión no admitimos bromas. Pero, de un modo general, puedo decir que he sido muy moderado.

Mis conversaciones con Nortz, el jefe de la policía, eran muy sabrosas. En 1923, dos días antes del 27 de enero, me exigió que se efectuara en un salón una reunión que yo quería celebrar al aire libre. Invocó la razón de Estado por una parte, y por otra que no tenía a su disposición suficientes fuerzas de policía para hacerse responsable de nuestra seguridad. Contesté que éramos capaces de asegurar el orden por nuestros propios medios. Además yo reclamaba el derecho a dar doce reuniones, no una. Añadí que si se oponía a nuestra decisión, la sangre que se vertiera caería sobre él. Continuó el regateo y, para terminar, Nortz me propuso partir la

diferencia: seis reuniones en vez de doce, celebradas a la vez en el circo y en la plaza contigua (puesto que yo había declarado que el circo no era bastante grande para cobijar a mis adeptos). Total: que Nortz me permitió mis doce reuniones, pero bajo la siguiente forma: celebraríamos simultáneamente seis veces dos reuniones. Para él, eran sólo seis, ¡para nosotros doce!

Tuve otro conflicto con él a propósito de un individuo que la policía mantenía entre nosotros. Era un hombre que estaba, desde luego, mal elegido, porque a cien metros se le notaba lo que era. Un día recibí la visita de un policía, que se me presentó como un antiguo compañero del frente. Me aseguró que los remordimientos no le dejaban vivir, ya que él tenía que tomar al dictado los informes del agente. Le pedí que continuara recogiendo las reflexiones del chivato, pero con la condición de enviarme cada vez una copia. En realidad, al citado compañero del frente sólo le animaba un espíritu de venganza, según me enteré después. ¡Era víctima del chivato, que se entendía con su mujer!

Cuando solicité el circo para nuestra manifestación del Primero de mayo, Nortz me lo negó, con el pretexto de que sus fuerzas no eran suficientes para asegurar el orden y que mis gentes no hacían más que provocar a sus adversarios. Salté sobre la palabra «provocar». «¡Mis gentes! —exclamé—. ¡Pero si es *usted* el que nos envía provocadores vestidos de paisano! Son sus chivatos los que empujan a mis corderos a cometer actos ilegales.» Nortz estimó que me estaba pasando de la raya; viendo que yo insistía y le ofrecía pruebas, llamó a su colaborador Bernreuther. Seguramente Bernreuther estaba más enterado, porque trató de calmarme. Sólo cuando les amenacé con publicar en mi periódico copias de los informes que poseía, fue cuando se arregló el asunto. Una hora después teníamos permiso para celebrar nuestra reunión.

Primero se trató de entendernos con los partidos burgueses para dar un *coup*. Aquello debía repercutir, en la medida posible, por toda Alemania, sobre todo en Turingia. Entonces me abandonaron los burgueses, y me acuerdo de ello como una de sus jugarretas más miserables. Pero Nortz no pudo impedir nuestra marcha sobre Oberwiesenfeld.

A las tres de la mañana, después de tomar posesión de nuestras armas, ocupábamos Oberwiesenfeld, según el plan establecido. Nuestros aliados burgueses se quedaron en la cama. La calma reinaba en toda Alemania, mientras nosotros esperábamos que nos confirmaran de todas partes las sublevaciones anunciadas. A las seis unos grupos de rojos se reunieron frente a nosotros. Envié algunos hombres para provocarlos pero no reaccionaron. Las diez, las once, el Reich no salía de su adormecimiento ¡y allí estábamos nosotros, esperando, armados hasta los dientes!

Hubo que decidirse a volver. Durante este camino de vuelta, nos encontramos con unos cuantos rojos inofensivos, elementos dispersos de alguna banda de música. Les atacamos un poco, con la esperanza de hacer brotar la lucha, pero fue en vano.

Todo había terminado cuando una batería enganchada a caballos que trotaban, y que yo no había mandado venir, llegó de Tolz. ¡Fue a caer, como una flor, en medio de las fuerzas de policía! Juré que nunca más emprendería algo en colaboración con burgueses.

Tres días más tarde me citó el fiscal general, un tipo asqueroso, para responder a la acusación de atentado a la seguridad pública. «Yo no he alterado el orden», le dije. «Pero lo intentó.» «¿Quién lo ha dicho?» «La ley dice que el hecho de dar armas a bandas...» «¿Quién habla de bandas? Mis hombres están completamente disciplinados. En cuanto a las armas, estaban en depósito en los arsenales del Estado.» «Entonces ¿poseen ustedes armas?» «Naturalmente, ¿no está usted enterado de que los otros también las tienen?»

La acusación no se cursó. En esta circunstancia, Stenglein y Ehardt estuvieron muy bien.

He aquí cómo me había procurado las armas. Cierto consejero Schäffer tenía un depósito de armas en Dachau, y me ofreció vendérmelas. Hasta entonces yo tenía por principio dejar las armas en manos de los guardias, diciéndome que las conservarían en buen estado durante todo el tiempo en que no se tratara de utilizarlas y que, en caso de necesidad, estarían encantados de dárnoslas, para que ocupáramos sus puestos en primera línea.

Creí oportuno, sin embargo, no rechazar la proposición de Schaffer. Fui a Dachau, en compañía de Goering. Tuvimos la sensación de que caíamos en una cueva de bandidos. Lo primero que hicieron fue pedirnos el santo y seña. Nos llevaron ante una mujer. Me acuerdo de ella, porque era la primera vez que veía una mujer peinada como un chico. Estaba rodeada de individuos de rostros patibularios. Era la mujer de Schäffer. Concluimos el trato, no sin que yo les previniera que no verían ni el color de mi dinero antes de que estuviese en posesión de las armas. Así encontramos, en el campo de aviación de Schleissheim, millares de fusiles, platos para el rancho, sacos militares, todo un montón de cosas más o menos utilizables. Pero, una vez puesto en condiciones, había allí para equipar un regimiento.

Fui a ver a Lossow y le remití todo el material, pidiéndole que lo tomara bajo su cargo, y haciéndole ver, además, que sólo me serviría de él contra los comunistas. Convinimos solemnemente que el material quedaría en manos de la Reichswehr en tanto no se presentara aquella eventualidad. En el lote había, incluso, diecisiete cañones de todos los calibres.

Me hice con un segundo lote en condiciones particularmente cómicas. Alguien me llamó misteriosamente al teléfono para rogarme que «tomara posesión, decía, de las cajas». No perdí el tiempo para que me dijeran con detalle de lo que se trataba. Desde el momento en que había unas cajas que recoger, pensé que por lo menos valía la pena ir a verlas. Pregunté, sin embargo, su nombre a mi interlocutor: «Voll —me dijo—, el cuñado del propietario del almacén».

Fui a ese depósito de la Landsbergerstrasse, y encontré efectivamente cuarenta y ocho cajas depositadas allí a mí nombre. Voll me dice que se trata de armas, y que no hay manera de guardarlas más tiempo (ya que cuenta con muchos comunistas entre sus obreros). Me suplica que saque de allí las cajas rápidamente. Fui primero a ver a Röhm para ver si podía poner unos camiones a mi disposición. Me respondió qué no podía ser por el momento. Me dirigí entonces a Zeller. Acepta, rechaza el dinero, pero pone como condición que nos repartamos el botín. Conformes. Cuando estábamos cargando, llegó el comandante Stefani. Pretendía que esas armas eran suyas. «Están puestas a mi nombre —le replico—, y nadie me impedirá tomar posesión de ellas.»

Tres días después Zeller me informó de que dichas armas provenían de su depósito de la Franz-Joseph-Strasse, de donde se las habían robado. «¿De qué se queja usted?—le dije—. ¿No ha recuperado la mitad?»

En aquel tiempo había armas por todos sitios: en los conventos, en las granjas, en las agrupaciones de guardias de orden público. Ése fue el mérito de aquellos ciudadanos: recogieron las armas de que se deshacían los soldados que volvían del frente desmoralizados, o que otros robaban de los almacenes.

134. 2 DE FEBRERO DE 1942, A MEDIODÍA

Churchill y Robespierre. – La fortaleza de Singapur. – Elogio de François-Poncet. – Insuficiencia de los diplomáticos. – Hacia una reorganización de la diplomacia alemana.

Churchill está como un animal acorralado. Debe de ver lazos por todas partes. Incluso cuando el Parlamento le otorga más poderes, las razones que tiene de desconfiar subsisten. Está en la situación de Robespierre la víspera de su caída. Sólo había elogios dirigidos al virtuoso ciudadano, cuando de repente le echaron abajo. Churchill ya no cuenta con adeptos.

Singapur había llegado a ser un símbolo para el mundo entero. Antes de 1914 no era más que un puerto comercial. Fue entre las dos guerras cuando Singapur se desarrolló adquiriendo la importancia estratégica que hoy se le concede. Cuando se construye una fortaleza como Singapur, hay que convertirla en una posición inexpugnable, o de lo contrario es dinero perdido. Los ingleses han vivido con la idea de una invencibilidad, de la cual los nombres mágicos de Shanghai, Hong-Kong y Singapur evocaban para ellos la imagen. De repente viene el desencanto y se dan cuenta de que esta magnífica fachada no era más que un pufo. Comprendo que es un golpe terrible para los ingleses.

He tenido que escuchar que un hombre de Estado inglés había dejado un testamento, en el cual recordaba a sus compatriotas esta verdad sagrada: ¡que el único peligro para Inglaterra era Alemania!

François-Poncet no ha querido la guerra. Los informes que datan del final de su misión en Berlín no tienen valor a mis ojos. Las pequeñas suciedades que esparció en lo que a mí se refiere no tenían más objeto que demostrar a sus compatriotas que no le habíamos contaminado. Si en sus informes hubiera dicho lo que realmente pensaba, le habrían destituido en seguida. En todos ellos insistía en lo necesario que era seguir con atención la evolución de la situación en Alemania.

Poncet es el más espiritual de los diplomáticos que he conocido, incluyendo los alemanes, naturalmente. No podía atreverme a hablar de literatura alemana con él, porque me hubiera quedado muy por debajo. Cuando se despidió de mí en Gralsburg, estaba muy emocionado. Me dijo que había hecho todo lo que humanamente puede hacerse, pero que en París se le consideraba como ganado a nuestra causa. «Los franceses son un pueblo muy inteligente —añadió—. No hay un francés que no crea que en mi puesto lo hubiera hecho mejor que yo.»

François-Poncet habla un alemán absolutamente perfecto. Una vez en Núremberg, empezó así su alocución: «Ahora que me ha sido conferida la dignidad de orador del partido nacionalsocialista...». Le he perdonado todas las reflexiones que ha hecho sobre mí. Si le vuelvo a encontrar, me limitaré a decirle: «Es peligroso dar por escrito una opinión sobre personas que no se conoce muy bien. Es mejor decirlo de *viva voce*».

Nuestras dificultades relacionadas con Marruecos fueron allanadas por él en dos días. Henderson y Poncet tenían seguramente, cada uno por su parte, vínculos con la gran industria. Henderson estaba interesado en que llegara la guerra. Poncet era propietario de unas fábricas en Lorena. Pero, díganme si conocen otro diplomático como él, que se entere de todo, que esté en relación con todo el mundo, que todo lo sepa. No se le escapa nada. ¡Qué manera de endulzar lo que decía! Tenía un atractivo suplementario: su mujer.

¡Cuánta naturalidad! No tenía la menor afectación. ¡Es verdaderamente una mujer excepcional!

Un día se produjo un incidente dramático. Un hombre de Estado extranjero, de paso en Berlín, fue a visitar a François-Poncet. Era la hora de salida de las escuelas. Los chicos irrumpieron en el salón gritando «Heil Hitler». Contándomelo, Poncet invocó mi testimonio: «Esto fue violentísimo para mí. ¡Póngase usted en mi lugar!».

Algún tiempo después de esto, habiendo ido a París François-Poncet, volvió sin sus hijos. Le pregunté si a los niños no les gustaba Berlín. «La juventud se deja influenciar —me contestó—. Imagine usted que mis hijos no saben quién es el presidente de la República. Esto me espanta. Pasábamos, el otro día, cerca de un monumento en

París y se ponen a gritar: "¡Papá, papá, mira, Bismarck!". Me he decidido a dejarlos en un buen liceo de Francia.»

A mi modo de ver, el primer responsable es Churchill, después Belisha, Vansittart y una larga lista de otros. Los franceses se han dejado arrastrar. De manera general se consideraba que Alemania iba a hundirse inmediatamente. El embajador polaco Lipski tuvo la osadía de escribir en un informe que sabía de fuente cierta que Alemania no podía resistir más de ocho días. Esta clase de gentes tiene en gran parte la responsabilidad de lo que ocurre. Lipski frecuentaba sobre todo el salón de los Dirksen. Si un Lipski ha podido creer cosa semejante, él, que asistía a todas las manifestaciones del partido, ¿qué habrían podido escribir los otros diplomáticos? No concedo ningún valor a lo que cuentan esas gentes.

Cada vez que cambia de puesto un diplomático, empieza por hacer sus visitas protocolarias en el lugar de su nueva residencia. Cambia con cada uno frases convencionales. Ha cumplido lo esencial de su misión. Después se mueve en un mundo cerrado, sin ventanas abiertas al exterior, e ignora lo que pasa en el país, salvo lo que saca de la charla de un peluquero, de una manicura o de un chófer. Pero también éstos, a fuerza de vivir en el círculo estrecho de su clientela, han perdido contacto con el pueblo. Además son bastante listos para contar, si lo juzgan conveniente, habladurías interesadas.

Los diplomáticos cuanto menos saben, más hablan. No tienen nada que hacer y a ninguno se le ocurre aprovechar el tiempo libre aprendiendo alguna cosa.

François-Poncet es el único que conozco que corría sin cesar a derecha e izquierda, interesándose por todo hasta tal punto que a veces me producía molestias.

Aparte de los grandes mandarines, se encuentra uno casi siempre con agentes del género necesitado y parásito. Son tímidos, timoratos... siempre palpándose las costillas para saber si deben o no transmitir ciertas informa clones. A la menor equivocación, a la menor extravagancia, podrían perder su puesto y ser destinados a una vía muerta. En muchos casos me figuro que podrían ser sustituidos ventajosamente por representantes más modestos que se limitarían a recibir y expedir despachos.

Nuestros propios diplomáticos, ¿qué utilidad tuvieron para nosotros? ¿De qué nos enteraron, antes de la primera guerra mundial?¡De nada! ¿Y durante la primera guerra mundial? ¡De nada! ¿Y después de la primera guerra mundial? ¡De nada! Imagino que para los demás debe de ocurrir algo muy parecido.

La diplomacia debería reformarse de arriba abajo. Tomo por caso Extremo Oriente. ¿Qué informaciones útiles hemos sacado de nuestros servicios? Un hombre como Colin Ross, por ejemplo, me ha dado sobre este asunto informes de muchísimo más valor. Y, sin embargo, allí teníamos a Kriebel, uno de los nuestros. Era él quien me escribía que los japoneses no tenían talla suficiente para someter a los chinos. Le hice venir y trató de justificarse, delante de mí, afirmando: «¡Pero eso es lo que todo el mundo decía en Shanghai!».

Cosa que se explica evidentemente por las gentes que frecuentaba: ¡todos del mismo lado, según la costumbre de los diplomáticos! Colin Ross veía a los unos y a los otros. Su opinión era que los japoneses ganarían esta guerra, pero que a la larga serían absorbidos por los chinos.

Sólo hablo aquí de los diplomáticos de estilo clásico. Entre ellos no hago más que dos excepciones: François-Poncet y Böttischer, los únicos que están por encima del montón. Los hombres del tipo Abetz serán siempre considerados aficionados por los hombres de carrera.

El embajador holandés era un hombre atento. Trabajaba bien y proporcionó a su gobierno datos de mucho valor.

El belga, ¡un mero homúnculo!

En cuanto al suizo, hacía su rutina todos los días y enviaba diariamente un informe. ¿Para decir qué? ¡Que Dios me libre de tales burócratas!

Me rompo la cabeza preguntándome cómo haremos para reformar la diplomacia. Por una parte, sería deseable que los hombres permanecieran largo tiempo en un país para que llegasen a utilizar la experiencia adquirida: el conocimiento del idioma, las costumbres de los habitantes. Por otra parte, habría que impedir que se vieran absorbidos por dicho país. ¿Cómo arreglarlo?

Probablemente son los ingleses los que poseen el mejor sistema. Al lado de su representación oficial tienen un gran número de espías. Me sería muy útil, por ejemplo, en este momento estar informado de la importancia que tiene la oposición en Inglaterra, saber quién la forma. Ahora bien, lo poco que sé de esto ¡lo he aprendido leyendo los periódicos!

¿No es el colmo que no pueda enterarme por mis diplomáticos de lo que se prepara en Washington en este momento?

135. 2 FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

Importancia del carbón y del hierro. – Superioridad de la técnica americana. – Producción y paro. – Economizar la mano de obra. – Contra el estancamiento.

Debemos llegar a una producción superior de carbón y de hierro: lo demás seguirá automáticamente. ¿Por qué hay países industrializados y otros que no lo son? Hay para ello razones permanentes. Francia, por ejemplo, ha sufrido siempre falta de carbón y esto explica que nunca haya llegado a ser una gran potencia industrial. El ejemplo contrario es el de Gran Bretaña. Igual que nosotros. Todo lo tenemos basado en el carbón y en el hierro.

En ningún ramo de la industria hemos conseguido aún nuestro límite. Únicamente cuando hayamos resuelto el problema de las

materias primas podremos hacer que nuestras fábricas funcionen con pleno rendimiento mediante equipos que se releven sin cesar.

Otro factor que conviene tener en cuenta es la simplificación y la mejora de los métodos de fabricación, con vistas a economizar la materia prima. Simplemente con que se disminuya en dos tercios los desechos de la fabricación, esto lleva consigo una economía de transporte que dista mucho de ser despreciable. Así las mejoras llevadas a la fabricación contribuyen a resolver el problema vital del transporte.

El gran éxito de los americanos consiste esencialmente en que producen en cantidad tanto como nosotros, con dos tercios menos de mano de obra. Siempre nos ha hipnotizado el eslogan: «El trabajo del obrero alemán». Se ha querido hacernos creer con eso, que llegábamos a un resultado inigualable. Esto no es más que un pufo, del que nosotros mismos somos víctimas. Una gigantesca prensa moderna trabaja con una precisión que sobrepasa necesariamente al trabajo manual.

Los automóviles americanos, por ejemplo, están fabricados con la intervención mínima de mano de obra. La primera fabricación alemana de ese género será la de los Volkswagen. En este particular estamos muy atrasados respecto a los americanos. Construyen, además, mucho más ligero de peso que nosotros. El coche nuestro que pese mil ochocientos kilos sólo pesaría mil fabricado por los americanos. La lectura de los libros de Ford me ha hecho ver estas cuestiones. Hacia 1920 el Ford costaba alrededor de doscientos cuarenta y cinco dólares, mientras qué el más barato de los nuestros, el Opel pequeño, valía cuatro mil seiscientos marcos. Lo hacen todo mecánicamente, de manera que puede trabajar en sus fábricas hasta el último cretino.

Sus obreros no necesitan formación especializada y son, por lo tanto, intercambiables.

Es preciso que fomentemos y desarrollemos la fabricación de las máquinas-herramienta.

Durante mucho tiempo reinó el prejuicio de que tales prácticas debían conducir sin remedio a un acrecentamiento del paro. Este caso se da, efectivamente, si no se aumenta el nivel de vida de la población. Al principio todos los hombres cultivaban la tierra. Cada uno producía lo que necesitaba y nada más. A medida que los métodos fueron mejorando, pudieron abandonar el trabajo de la tierra hombres que se consagraron a otras actividades. Así nació el artesano. Hoy sólo el 27 por 100 de la población alemana se dedica al cultivo de la tierra. La evolución fue semejante en el artesanado. La mejora de los medios de fabricación permitió economizar mano de obra.

Un día tuvo un imbécil la idea de que se había llegado a un límite infranqueable. Y, sin embargo, el progreso consiste en procurar en la medida posible que la vida sea cada vez más grata para el género humano. No puede residir en el estancamiento. Mi idea es que nunca se economizará suficientemente la mano de obra.

Si algún día pudiera construirse una autopista con la mitad de la mano de obra, ¡pues bien: yo la haría el doble de ancha!

Toda esta confusión es fruto de la labor de los profesores de economía política. El catedrático de Múnich enseña una doctrina universal totalmente diferente de la enseñada por el profesor de Leipzig. Sin embargo, una sola tesis puede corresponder a la realidad, y tal vez no sea necesariamente la que enseña ninguno de los dos.

Seguramente es posible economizar aún el 30 por 100 de nuestra mano de obra. La necesidad nos hará ingeniosos.

136. 3 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

La francmasonería alemana. – Un error de Ludendorff. – Una maniobra masónica. – Ritos democráticos. – Bismarck vencido por un zapatero.

Había en Alemania muchos francmasones, que no sabían en absoluto en qué consistía la francmasonería. En nuestras logias, lo principal era comer, beber y divertirse. Era una organización hábilmente arreglada. Se intrigaba a la gente, se la divertía con futilidades, para escabullirle el fondo de las cosas.

He conocido ciudades pequeñas que estaban enteramente bajo el imperio de la masonería, mucho más que las grandes capitales; por ejemplo, Bayreuth y Gotha.

Zentz nos invitó una vez a Ludendorff, a Pöhner y a mí, a asistir a una sesión blanca de la Logia de San Juan. Rehusé. Zentz me reprochó que juzgase sin saber. Le dije: «Economice usted su saliva. Para mí, la francmasonería es un veneno». Ludendorff y Pöhner sí fueron. Ludendorff tuvo incluso la torpeza de firmar en el registro, debajo de una frase tontamente comprometedora. Algunos días más tarde yo estaba en casa de Pöhner. Pöhner se reía todo lo que podía. Me dijo que le habían hecho la misma jugada que a Ludendorff, y que había escrito en el libro: «Creí hasta hoy que la francmasonería constituía un peligro para el Estado. Ahora creo, además, que debe prohibirse como delito de imbecilidad». Pöhner se había quedado aterrado del ridículo de esos ritos que transforman a hombres serios en la vida corriente, en monosabios. La inoportuna declaración de Ludendorff quisieron utilizarla los francmasones con fines publicitarios, pero no hay ni que decir que con la de Pöhner fueron mucho más discretos.

Richard Frank es uno de los más grandes idealistas que he conocido. Como necesitábamos locales, se esforzó en agenciarnos dinero. Con este motivo me presentó en Múnich a cierto Dr. Kuhlo. Por iniciativa de Frank, este Kuhlo había constituido una sociedad para comprar el hotel Eden, situado cerca de la estación.

Evidentemente, estaba excluida la posibilidad de hacer tal compra con dinero del partido. Estábamos en 1923, y los vendedores exigían el pago en francos suizos. Cuando todo estuvo a punto, se reunió la sociedad bajo la presidencia de Kuhlo. Este se levantó, anunció que el hotel iba a ponerse a la disposición del partido a cambio de una modesta renta. Sugirió de paso que el partido quizá podría suprimir de su programa el artículo concerniente a la francmasonería. Me levanté y me despedí de aquellos simpáticos filántropos. Sin darme cuenta, ¡había caído en un nido de francmasones!

Cuántas veces, después, he oído reflexiones de este estilo: «¿Por qué encarnizarse con los francmasones?¿Por qué no dejar en paz a los judíos?» Es a fuerza de perpetuos chantajes como han conseguido adquirir ese poder subterráneo que opera en todos los sectores, y cada vez con medios apropiados.

Después de la prohibición de las logias, he oído decir a menudo que entre los masones antiguos había muchos que sentían un sentimiento de alivio, al pensar que les habíamos librado de tal cadena.

No solamente existió siempre incompatibilidad entre pertenecer a una logia y ser miembro del partido, sino que el hecho de haber sido francmasón impide el acceso al partido. Naturalmente que hay hombres tan tontos que se sabe muy bien que es únicamente por tontería por lo que entraron allí. Los casos rarísimos en que puede hacerse una excepción dependen únicamente de mi criterio. No absuelvo en este caso más que al hombre cuya vida entera lleva el testimonio de sentimientos indiscutiblemente nacionales.

Teníamos la obligación de reunir cada año una asamblea general del partido, para elegir el comité directivo. El resultado del voto, inscrito en acta, debía figurar en el registro de sociedades. Sin esta formalidad el partido hubiera perdido su personalidad jurídica y los derechos que de ella se derivan.

Esta reunión anual tenía algo de mascarada. Presentaba mi dimisión. Dos verificadores de cuentas llegaban a controlar en el espacio de dos horas una contabilidad que alcanzaba hasta seiscientos cincuenta millones de movimiento de fondos. El presidente de la asamblea, nombrado *ad hoc*, conducía los debates y procedía a la elección del nuevo comité. Se votaba levantando la mano. «¿Quién está por, y quién está en contra?», preguntaba. Eran preguntas absurdas que levantaban tempestades de risas. Acto seguido me dirigía al escribano del tribunal, para hacer inscribir nuestros documentos. Los partidos antidemocráticos, al igual que los democráticos, se veían sometidos a estos ritos grotescos.

Los otros partidos no tenían, prácticamente, miembros cotizantes. Nosotros, con nuestros dos millones y medio de adeptos, reuníamos cada mes dos millones y medio de marcos. Un gran número de miembros pagaba más de la cotización impuesta (ésta era, al principio, cincuenta pfennigs por mes, después se subió a un marco). La señorita Schleifer, empleada de Correos, pagaba, por ejemplo, diez marcos al mes. El partido disponía de esta manera de

sumas considerables. Schwarz era muy generoso cuando se trataba de grandes cosas, pero extremadamente económico en las pequeñas. Realizaba la combinación perfecta de la tacañería y de la generosidad.

Hacía falta un mínimo de sesenta mil votos en una circunscripción para tener derecho a un puesto. Nuestra base estaba en Baviera. Disponíamos allí de seis puestos al principio, lo cual nos aseguró igual número de diputados en el Reichstag.

Había durante la República partidos extravagantes. El más inverosímil de todos era el de Häusser. Yo estaba de paso en Stuttgart. Era en 1922 o 1923. La señora Waldschmidt me propuso ir a ver ese fenómeno aislado. Creo que Häusser era alsaciano. Si mi memoria me es fiel, es así más o menos como se dirigía a sus auditores: «¡Vosotros, chusma inmunda!...». Y seguía así, en el mismo tono e injuriando. En la circunscripción de Múnich obtuvo más votos que Stresemann. En cuanto a nosotros, con todos los trabajos posibles pudimos hacer elegir a Epp.

¡Qué insensatos se oponían a nosotros, algunas veces! No nos quejemos demasiado, pues no hay que olvidar que un día Bismarck fue derrotado por un zapatero.

137. NOCHE DEL 3 AL 4 DE FEBRERO DE 1942

Recuerdos de Bayreuth. – Pasión por el automóvil. – Salida de Landsberg. – Reconstitución del partido. – El mundo recobrará su sentido de la alegría.

He tenido la suerte de que nunca me haya sucedido nada en mis viajes.

Ustedes ya conocen la historia del sabueso de los Baskerville. Una noche siniestra de tormenta, me dirigía a Bayreuth, atravesando el Fichtelgebirge. Acababa de decirle a Maurice: «¡Cuidado con la curva!». Apenas había hablado, cuando un enorme perro negro se precipitó sobre el coche. Bajo el impulso del choque fue despedido a lo lejos. Le oímos todavía bastante rato aullar en la noche.

Vivía yo en Bayreuth en casa de los Bechstein, a dos pasos de Wahnfried. La mañana del día de mi llegada, Cosima Wagner me hizo una visita, que le devolví el mismo día. Estaba presente Siegfried. Bayreuth poseía para mí todo su encanto. Tenía yo entonces treinta y seis años, y la vida era hermosa. Todos los beneficios de la popularidad, sin sus inconvenientes. Cada uno se ingeniaba para serme agradable y nadie me pedía nada. Me paseaba durante el día con pantalón de montar, de piel. Por la noche me ponía el esmoquin

o el frac, para ir al teatro. Después prolongábamos la velada, en compañía de los artistas, bien en el restaurante del teatro, bien yendo a Berneck. Mi Mercedes con compresor hacía la felicidad de todos. Realizábamos muchas excursiones, yendo unas veces a Luisenburg, otras a Bamberg, muy a menudo al Hermitage.

Hay muchas fotos mías, tomadas en aquella época, que tiene la señora Bechstein. Me decía con frecuencia: «Usted merece tener el coche mejor que exista. Me gustaría que tuviera usted un Maybach».

La primera cosa que hice al salir de la cárcel de Landsberg, el 20 de diciembre de 1924, fue comprar mi Mercedes de compresor. Aunque no he conducido nunca yo mismo, he tenido siempre pasión por los coches. Me gustaba particularmente ese Mercedes. Desde la ventana de mi celda en la fortaleza, seguía con los ojos los coches que pasaban por la carretera de Kaufbeunen, y me preguntaba si volvería el tiempo en que otra vez pudiera ir en coche. Descubrí el mío leyendo un folleto. En seguida comprendí que tenía que ser aquél y no otro. ¡Veintiséis mil marcos, era una fortuna! Puedo decir que todo cuanto tiene hoy de bello el Mercedes-Benz me debe la paternidad. En el curso de varios años he hecho croquis con el fin de mejorar la línea.

Adolf Müller me enseñó a conducir, pero yo sabía que al menor accidente, mi libertad condicional quedaría revocada; y sabía también que el gobierno no esperaba otra cosa. En noviembre de 1923 era ya propietario de un Benz maravilloso. El día 9 estaba en casa de Müller bajo candado. Cuando vinieron los policías a apoderarse de él, tuvieron que hacer saltar la cadena. Pero no se atrevieron a utilizarlo en Múnich, porque toda la población se habría sublevado gritando: «¡Ladrones de coches!». Lo enviaron a Núremberg, donde tuvo enseguida un accidente. Lo volví a comprar después y ahora figura entre nuestras reliquias.

Me hizo un efecto extraño cuando el jefe de la prisión vino a decirme, con toda clase de rodeos y palpitando de emoción: «¡Está usted libre!» No podía creer que fuera verdad; ¡estaba condenado a seis años!

Debo mi libertad al jurado Hermann, un hombre huraño y cejudo que durante todo el proceso me contempló con aire feroz. Yo le había tomado por un miembro del partido popular bávaro, diciéndome que sin duda el gobierno había designado jurados que le convinieran.

Por Hermann he conocido los pormenores de mi proceso. Los jurados opinaban que se me debía declarar sin culpa. Basándose en mi defensa, tenían la convicción de que Kahr, Lossow y Seisser deberían ser acusados igualmente. Se les hizo la objeción de que una declaración de no culpable corría el riesgo de provocar el envío del asunto al tribunal de Leipzig. Entonces el jurado estimó prudente hacerme condenar; y con mayor razón cuanto se les había prometido un indulto parcial al cabo de seis meses. Esto era una pequeña canallada por parte del tribunal, ya que no había ninguna razón para que una apelación del fiscal hubiera podido hacer pasar el asunto al Supremo. Lo que es cierto, en efecto, es que Kahr, Lossow y Seisser

no habrían sido tratados con mucho miramiento en Leipzig. Como no se cumplía la promesa de libertad condicional, Hermann escribió al gobierno para informarle de que los tres jurados apelarían a la opinión pública si no me ponían en libertad inmediatamente.

Cuando me marché de Landsberg, lloró todo el mundo (el Mufti y los demás de la cárcel) ¡pero yo no! Todos estaban ya ganados a nuestra causa. El Mufti vino a anunciarme que Ludendorff por una parte y el Bloque Popular por otra, deseaban enviarme un coche. Como tenía miedo a las manifestaciones, le tranquilicé diciéndole: «No quiero manifestaciones, lo que me importa es mi libertad». Añadí que no utilizaría los coches ofrecidos, pero que me gustaría que mi impresor Adolf Müller viniera a buscarme. «¿Me permite usted —me preguntó—, que se lo comunique al gobierno? Estos señores se tranquilizarán con ello.»

Vino, pues, Müller, acompañado de Hoffmann. ¡Qué alegría fue para mí volver a subir a un coche! Pregunté a Müller si no podía acelerar. «¡No —me contestó—, porque quisiera vivir todavía unos veinticinco años!» En Pasing encontramos los primeros agentes motociclistas. Hallé reunidos en mi puerta, en la Thierschstrasse de Múnich, a los Fuess, los Gahr y otros fieles. Mi piso estaba adornado con flores y coronas de laurel (conservo una de ellas). Mi perro, con su alegría exuberante, por poco me hizo caerme por la escalera.

Mi primera visita fue para Pöhner. Casi me hubiera abrazado, ¡él, que tenía por delante lo que yo dejaba detrás! Tuvo una conversación con Cramer Cletl, rogándole que informara a Held de que yo mantenía mi exigencia de que todos mis hombres fueran igualmente puestos en libertad. Held me dio cita, y debo reconocer que su actitud fue en extremo correcta. Así más tarde me abstuve de causarle dificultades, lo que no hice con Schweyer. Held me preguntó si volviendo a poner en actividad el partido proyectaba asociarme con Ludendorff. Le contesté que no tenía tal intención. Entonces Held me dijo que, dada la actitud que Ludendorff había adoptado contra la Iglesia, estaba obligado a oponerse a él. Le aseguré que el programa del partido no comprendía la lucha contra la Iglesia, y que los asuntos de Ludendorff no me concernían para nada. Held se comprometió a ponerse en contacto con el ministro de Justicia y a comunicarme las decisiones que se tomaran con mis hombres.

Llegó a casa de Pöhner la noticia de que Gartner, el ministro de Justicia, no quería dejarse persuadir de que mi demanda era justificada. Hice una visita a Held, y me aconsejó que fuera a ver a Gartner. ¡Allí fui a caer sobre un jurista! Me opuso argumentos de jurista: mis hombres no habían estado en la cárcel tanto tiempo como yo; de ninguna manera podía ponerlos en libertad antes de las fiestas; ni siquiera tenía los expedientes. No me costó trabajo contestarle que los expedientes no eran necesarios, pues yo conocía todos los nombres. Mientras los iba enumerando reaccionó violentamente al nombre de Hess: «Este de ninguna manera. ¡Expuso a los ministros a los malos tratos de la muchedumbre!».

«¿Qué podemos hacer *nosotros* en eso? ¿Es culpa nuestra que sean ustedes impopulares? ¡Al fin y al cabo no les pasó nada!»

Mi punto de vista era el siguiente: no era posible que mis hombres permanecieran en la cárcel cuando yo, el responsable de todo, estaba en libertad. Held confesaba que no comprendía la actitud de Gartner, quien por el hecho de pertenecer al partido nacional alemán hubiera debido sentirse más próximo a mí que el mismo Held. En último término fue Pöhner quien, con una brutalidad extremada, hizo conocer a Gartner su manera de pensar. Entrando en casa una tarde, encontré un mensaje firmado por mis trece compañeros. Acababan de ser puestos en libertad. Al día siguiente por la mañana, vino Schaub a recoger mi correo. Había perdido su colocación. Desde aquel momento no se ha separado de mí.

Yo había pedido prestados trescientos marcos para pagar los taxis que debían recoger a la salida de Landsberg a los nuevos libertos, pero estaban ya en Múnich cuando yo supe que habían salido.

No sabía lo que hacer de mi primera velada de libertad. Tenía la impresión de que a cada momento iba a sentir una mano sobre mi hombro, y permanecía obsesionado por la idea de tener que solicitar permiso para todo lo que deseara emprender.

Durante las primeras semanas permanecí completamente inactivo, pero el tiempo me parecía largo. Volví a tomar contacto con las realidades y empecé por reconciliar a los hermanos enemigos. El 27 de enero de 1925, volví a fundar el partido.

Mis trece meses de prisión me habían parecido largos, con mayor razón porque creía que estaría allí durante seis años. Me sentía poseído por un frenesí de libertad. Pero sin mi época de cárcel, *Mein Kampf* no hubiera sido escrito. Aquello me dio la posibilidad de profundizar en conocimientos de los que hasta entonces sólo tenía una noción instintiva. También en la cárcel adquirí esta fe impávida, este optimismo, esta confianza en nuestro destino que en adelante nada podría quebrantar.

De aquel tiempo data también mi convicción (lo que muchos de mis partidarios no han comprendido) de que ya no podíamos conquistar el poder por la fuerza. El Estado encontró tiempo para consolidarse y tenía armas. Mi debilidad en 1923 consistió en depender de demasiadas gentes que no eran de los nuestros. Advertí a Hess que nos harían falta dos años para asentar sólidamente el partido, y que después la toma del poder sería, únicamente, cuestión de unos cinco o diez años. Organicé mi trabajo en relación con esas previsiones.

Hay en Alemania ciudades exentas de alegría. Me dicen que sucede lo mismo en ciertas regiones calvinistas de Suiza. En Tréveris, en Friburgo, unas mujeres me apostrofaron de modo tan soez que no puedo repetir sus frases aquí. En ocasiones semejantes es cuando me he dado cuenta de la bajeza humana. Evidentemente, no hay que olvidar que esas comarcas están aún bajo el peso de varios siglos de opresión religiosa.

Cerca de Würzburg hay pueblos en los que, literalmente, fueron quemadas todas las mujeres. Se sabe de jueces del tribunal de la Inquisición que tenían a gloria haber hecho quemar veinte o treinta mil brujas. La larga experiencia de tales horrores tiene que dejar huellas indelebles en un pueblo.

En Madrid, el olor nauseabundo de la hoguera de los herejes se mezcló durante más de dos siglos con el aire que se respiraba. Si en España vuelve a estallar una revolución habrá que ver en ella la reacción natural a una interminable serie de atrocidades. No se puede llegar a concebir cuánta crueldad, ignominia y mendacidad ha supuesto la intromisión del cristianismo en nuestro mundo.

Que los crímenes del cristianismo hayan sido menos graves en Italia se debe a que el pueblo de Roma, habiéndoles visto actuar, siempre ha conocido exactamente la valía de los papas ante los cuales se postraba la cristiandad. Durante siglos no hubo papa que no muriera por el puñal, el veneno o la sífilis.

Puedo imaginar perfectamente el nacimiento de esta locura colectiva.

Hubo un judío que se encontró con que si uno presentaba ideas abstrusas a no judíos, cuanto más abstrusas fueran las ideas, más se devanaban los sesos los no judíos intentando comprenderlas. El hecho de fijar su atención en lo que no existe debe de hacerles ciegos a lo que existe. Un cálculo excelente por parte del judío. De modo que el judío se palmea los muslos a la espera de ver el éxito de su diabólica estratagema. Sabe perfectamente que si sus víctimas se hicieran conscientes de repente de estas cosas, todos los judíos serían exterminados. Pero esta vez los judíos desaparecerán de Europa.

El mundo respirará con libertad y recobrará su alegría cuando deje de llevar este peso sobre las espaldas.

138. 4 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

Carlomagno. – La atracción del sur. – La lucha en el fango. – Enrique el León. – La dicha de vivir. – Mejora de las condiciones de vida. – Por el Reich todo sacrificio es poco.

Por el mérito de haber sabido federar a los alemanes pendencieros y belicosos, Carlomagno es uno de los grandes hombres de la historia mundial.

Hoy sabemos por qué nuestros antepasados no fueron sensibles al atractivo del este, sino al del sur. Fue porque todas las regiones situadas al este del Elba eran semejantes a lo que es Rusia para nosotros Los romanos tenían horror al paso de los Alpes. Los germanos, por el contrario, querían pasarlos, pero en el otro sentido.

Hay que reconocer que en aquella época Grecia era un jardín maravilloso, donde alternaban los bosques de encinas y los árboles frutales. Fue más tarde cuando se introdujo en Grecia el cultivo del olivo.

Si ahora es más suave el clima en Alta Baviera, es porque Italia se ha despoblado de árboles. Los vientos calientes del sur, que ya no encuentran freno en la vegetación, pasan por encima de los Alpes y suben hacia el norte.

El germano necesitaba un clima de sol para poder desarrollar sus facultades. Fue en Grecia y Roma donde el espíritu germánico encontró el terreno favorable para su desenvolvimiento. Le hicieron falta varios siglos para crear en el clima nórdico las condiciones de vida del hombre civilizado. La ciencia le ayudó.

Para cualquier romano, que le enviasen a Germania era como un castigo; algo así como lo que antes suponía entre nosotros ser enviado a Posen. Imaginen ustedes esas regiones lluviosas y grisáceas, convertidas hasta el alcance de la vista en fangales. Los monumentos megalíticos no eran probablemente lugares de culto, sino más bien de refugio para los hombres que huían de la progresión del fango.

El país era frío, húmedo y triste. En una época en que los otros países disponían ya de carreteras empedradas, no teníamos el menor testimonio de civilización que poder enseñar. Sólo los germanos ribereños de los mares eran una débil excepción a la regla. Los que se establecieron en el Holstein no cambiaron durante dos mil años, mientras que sus hermanos que emigraron a Grecia se alzaron al nivel de la civilización.

Lo que persiste a través de los siglos en las costumbres de un pueblo es lo que se relaciona con su alimentación. Estoy persuadido de que la sopa del Holstein tiene su origen en el caldo de los espartanos. En lo concerniente a los descubrimientos arqueológicos hechos en nuestras regiones, soy muy escéptico. Su presencia podría significar que han sido objetos de cambio que los germanos de la costa obtenían por su ámbar. En todo el norte el grado de civilización no debía de sobrepasar al de los maoríes... Sin embargo, el perfil griego y el de los césares es el mismo que el de nuestros hombres del norte, y sostendría la apuesta de encontrar, entre nuestros campesinos, dos mil cabezas de este tipo.

Si Enrique el León no se hubiera rebelado contra el poder imperial, seguramente no habría tenido la idea de extenderse hacia el este. En caso de triunfo, el mundo eslavo habría recibido una dirección germánica, pero las cosas no hubiesen ido más lejos. Todos estos esfuerzos emprendidos hacia el este se tradujeron en pérdidas de sangre germana en beneficio de los eslavos.

Prefiero ir a pie a Flandes, que al este en coche cama. Siempre me gustó salir de Múnich hacia el mes de marzo, para ir al encuentro de la primavera en Renania. A la vuelta se deja la dulzura del vivir, al pasar los montes de Suabia. Hay aún un valle sonriente hacia Ulm, después ya es uno presa del clima áspero de la alta planicie bávara.

Compadezco a los que están condenados a sufrir permanentemente esta dureza.

Sin embargo, hemos hecho habitables esas regiones inclementes. También transformaremos los espacios del este en un país en que los seres humanos puedan vivir. No hay que olvidar que allí se encuentra hierro, carbón, cereales y madera. Construiremos allí granjas acogedoras y bellas autopistas. Los nuestros que crezcan en esa tierra terminarán por amar su patria y sus paisajes, como ocurrió con los alemanes del Volga. Himmler, usted comprende que si quiero establecer una verdadera civilización al norte y al este, tengo que echar mano de hombres del sur. Si tomara, por ejemplo, arquitectos oficiales del gobierno prusiano para embellecer Berlín, ¡más valdría renunciar al proyecto!...

En nuestra ambición de jugar un papel en el plano mundial, debemos referirnos constantemente a la historia del imperio. Todo lo demás es demasiado nuevo, incierto e imperfecto. Pero la historia imperial es la más grande epopeya vivida, después del imperio romano. ¡Cuánta audacia y grandeza! Por un sí o un no, aquellos gigantes atravesaban los Alpes. Desde Palermo gobernaron el mundo.

Es una desgracia que ninguno de nuestros escritores se haya inspirado en la historia imperial alemana. ¡Nuestro Schiller no encontró nada mejor que glorificar a un ballestero suizo!

Los ingleses tienen a Shakespeare, pero la historia de su país no ha dado a Shakespeare, en calidad de héroes, más que imbéciles o dementes.

Se abren inmensas perspectivas ante el cine alemán. Encontrará en la historia del imperio —cinco siglos de dominación mundial— argumentos a su medida.

Cuando hablo con los jefes de los otros pueblos germánicos, me encuentro a causa de mi origen en una situación especialmente favorable para discutir con ellos. Puedo, en efecto, recordarles que mi patria fue durante cinco siglos un poderoso imperio, con una capital como Viena, y que sin embargo no he titubeado en sacrificar mi patria a la idea del Reich.

Siempre estuve persuadido de la necesidad de acoger sólo en nuestro partido a los elementos verdaderamente sólidos, sin tener en cuenta la cantidad y excluyendo a los tibios. Del mismo modo, en lo que se refiere al nuevo Reich, intentaremos recuperar los elementos germánicos sanos allí donde se encuentren. Y este Reich será de tal solidez que nada se podrá contra él.

139.5 DE FEBRERO DE 1942, A MEDIODÍA

Registro en la Casa Parda. – El *putsch* de Múnich. – Los ministros encerrados.

La policía hizo un día un registro en la Casa Parda. Había en mi cofre documentos de gran importancia. Una de las llaves la tenía yo y estaba en Berlín. La otra la tenía Hess. La policía le exigió que abriera el cofre. Se excusó de no poder hacerlo, cubriéndose con que yo estaba ausente y que era yo el que tenía la llave. Los policías decidieron entonces sellar el cofre y esperar mi regreso. Hess me anunció por teléfono la noticia del registro. Dos días después me decía que podía volver. En efecto, se percató de que era posible desatornillar las empuñaduras sobre las que habían puesto los sellos. Muy hábil, hizo él mismo la operación, abrió el cofre con su llave y lo cerró de nuevo (después de volver a poner los sellos), vacío ya de los documentos comprometedores.

En cuanto regresé, se presentó la policía para abrir el cofre. Protesté enérgicamente para ponerles en situación de que me amenazaran con recurrir a la fuerza. Entonces me decidí a abrirlo. Funcionó la cerradura, se abrió la puerta: ¡el cofre no contenía nada! Sus caras descompuestas eran una delicia.

En otra ocasión asistí a un asalto de la Casa Parda por la policía. La muchedumbre reunida en la calle injuriaba a los policías que subiendo por las paredes se introducían en la casa. En las ventanas de la Nunciatura, del otro lado de la calle, donde nunca se veía a nadie, había rostros sonrientes de eclesiásticos obesos. El registro, que fue infructuoso, duró hasta medianoche.

¡Qué lucha tuvimos que sostener para que nos reconocieran el derecho a izar nuestra bandera en la Casa Parda! Los policías se oponían, pero no estaban de acuerdo entre sí e incluso nos hicieron asistir a sus debates. Por una vez dependía nuestra suerte de la inconmensurable tontería de los juristas. Nuestra habilidad triunfó sobre sus argumentos. Esto demuestra que en ningún caso puede uno confiarse a los abogados. ¡Es seguro que no defenderán mejor nuestro régimen de lo que han defendido al precedente!

Poco a poco las cosas se tornaron en nuestro favor. De vez en cuando un policía nos deslizaba al oído que se sentía de corazón con nosotros. Cada vez teníamos entre ellos más partidarios, que no titubeaban en comprometerse por el partido y que nos lo contaban todo.

Un individuo especialmente repugnante en 1923 fue Hermann. Era uno de los jefes de la policía criminal. Creyendo en nuestro triunfo, se puso a nuestra disposición en cuanto procedimos a la detención de los miembros del gobierno, ofreciéndonos su ayuda para poner la mano encima a los que habían escapado. Cuando el asunto se puso mal para nosotros, sabiendo que sería uno de los principales testigos de la acusación, tuvimos mucha curiosidad por ver cómo se portaría. Estábamos dispuestos, según lo que dijera, a

cerrarle el pico, diciéndole: «Hermann, ¿no es usted el que nos entregó a Wutzelhofer?». Pero se quedó mudo como una carpa.

Fue Weber quien nos abrió, sin que su propietario lo supiera, la Villa Lehmann, en la que encerramos a los miembros del gobierno. Les amenazamos con que, en el caso de que uno sólo intentara fugarse, los fusilaríamos a todos. Fue tal su pánico que permanecieron encerrados durante dos días, cuando la revolución ya estaba terminada desde hacía tiempo. Al entrar Lehmann en su casa se quedó muy sorprendido al descubrir aquella brillante asamblea.

Algunos días más tarde, tuvo también Lehmann la misma sorpresa al recibir la visita de la hija de uno de los ministros. Venía a reclamar una señal que su padre había dejado olvidada entre las páginas de un libro que había cogido de la biblioteca. ¡Se trataba, como señal, de un fajo de billetes de banco extranjeros, que el padre escondió en un libro del poeta Storm!

140. 5 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

Excursiones con la baronesa Abegg. – El falso Donatello. – Un Murillo sospechoso.

No me gustaría vivir constantemente a orillas del Königssee. Es muy deprimente. Ninguno de nuestros lagos me recuerda en tal grado los fiordos noruegos. Por contraste, causa una impresión maravillosa cuando se llega a él después de bordear el Chiemsee, cuyos matices tenues son muy dulces a la vista.

He hecho innumerables excursiones por la montaña, llevado por la baronesa Abegg. Sin ella probablemente no habría puesto el pie en la cumbre del Jenner. Era infatigable y trepaba como una cabra. Esto le convenía a Eckart, al que no le gustaba andar y que podía quedarse así tranquilo en la pensión. Dietrich Eckart decía que era la mujer más inteligente que había conocido. Yo me habría sentido dispuesto a dejarme impresionar por tal inteligencia, si no la hubiera acompañado la mayor maldad que pueda imaginarse. Aquella mujer era un verdadero escorpión. Era rubia como el lino, tenía los ojos azules y los dientes exageradamente largos, al estilo inglés. Confieso que era inteligentísima. Una mujer del estilo de la señora de Bruckmann. Había viajado mucho por todo el mundo. No se le conocían más que dos estados extremos. Uno limitando con el aniquilamiento total. Se dejaba caer en su galería, como una pila gastada, con todos a su alrededor ocupados en servirla. El otro, un estado de vitalidad inverosímil: se agitaba, salía como un torbellino, subía, bajaba...

A mí lo que más gracia me hacía de ella era el famoso busto de Donatello.

Lo valoraba en ciento cincuenta mil marcos oro. En caso de venta, la mitad de la suma debía ir a la caja del partido, lo que nos hubiera permitido resolver todas las dificultades de la inflación. Desgraciadamente nadie creía en la autenticidad de ese Donatello. Cuando lo vi por primera vez, mi instinto me dijo en seguida que se trataba de una falsificación. Ella pretendía que el estuquista a quien lo había comprado ignoraba su valor. En todo caso no podía ser más que una mala copia.

El marido de la baronesa se suicidó tirándose al Königssee. ¡Cómo le comprendo! En su lugar yo hubiera hecho lo mismo. De los dos caballeros andantes que se le conocieron, uno se murió, el otro se ha vuelto loco.

Esta aventura me recuerda la del Murillo de Simon Eckart. Había en la tela un error de dibujo que no hubiera podido escapársele a Murillo. Y suponiendo que se le hubiese escapado, tenía a su alrededor gentes para advertírselo. Estos grandes pintores trabajaban muchas veces en colaboración. Uno pintaba la madona, el otro las flores, etc. Tuve la intención de escribir una obra de teatro sobre ese Murillo.

El que estaba furioso era el banquero Simon Eckart. ¡Qué diferencia entre los dos Eckart! Había un mundo entre ellos. Dietrich era un escritor lleno de idealismo; Simon, un hombre sumergido en la materia.

III - 6 de febrero a 7 de septiembre de 1942

141. 6 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

Los ingleses deben concluir la paz. – El sentido común y los franceses. – Consecuencias de la entrada en guerra de Japón. – Turquía y los estrechos.

Si se presentara en el último momento, en Inglaterra, un hombre con lucidez de espíritu trataría inmediatamente de obtener la paz, con el fin de salvar lo que aún puede salvarse.

El imperio no produce lo suficiente para sostener a la vez la primera flota del mundo y un potente ejército de tierra. Los ingleses están en una situación comparable a la de una empresa industrial que para hacer trabajar a una parte de su fábrica tuviera que cerrar la otra. Lo mismo les ocurre a los americanos, en lo concerniente a su economía interior.

Convengo en que todo país puede conocer momentos de locura colectiva, pero la razón, en el fondo de cada ser, conserva sus derechos imprescriptibles.

Daladier, Pétain y el francés medio estaban por la paz. Fue un grupo pequeño el que consiguió, por sorpresa, precipitar al país en la guerra. Y lo mismo sucedió en Inglaterra. Unos eran pacifistas por principio, otros por motivos religiosos, otros por razones de orden económico.

¿Por qué, pues, la razón no recobraría hoy sus derechos? En Francia el retorno se produjo con la rapidez del relámpago. La primera declaración de Pétain fue de una claridad resplandeciente. A los ingleses no les falta más que el espíritu de decisión. Alguien debería levantarse en el Parlamento y decirle a Churchill: «¡Para que podamos por fin comunicar una buena noticia al imperio, haga usted el favor de desaparecer!». Ningún parlamentario tiene el valor de decírselo, porque cada uno piensa que si el asunto termina mal, su nombre queda unido al recuerdo de una catástrofe. Sin embargo, ningún parlamentario cree ya en la victoria y todos cuentan con la derrota. Todas las sesiones secretas del Parlamento nos son favorables, ya que van minando el crédito de Churchill. Pero no caerá hasta que su sucesor no haya previsto el arreglo con nosotros. Es lo que pasó con los franceses. Su cambio de actitud sólo fue posible con la base de nuestras proposiciones de armisticio.

Empezaron diciendo no, después se dieron cuenta de que nuestras proposiciones no eran tan terribles.

Un día, durante una sesión secreta, Churchill será acusado de traicionar los intereses del imperio. Cada golpe que damos en el este nos acerca a este instante, pero debemos impedir que Churchill intente y logre un cambio de situación. Con la caída de Singapur, cae el balón en Extremo Oriente. La esperanza de que el invierno ruso nos aniquile va esfumándose. Churchill busca los debates públicos porque carga sobre el patriotismo inglés y porque cree que nadie se atreverá a atacarle de frente, si cuenta con la opinión. Pero se les escapan ya a sus adversarios frases poco amables. En la banca se siente la influencia de los acontecimientos de Extremo Oriente. Muchos bancos necesitan ayuda, en este momento, para evitar la quiebra.

En todo caso hay una cosa clara: la importancia de la fortuna nacional es poca cosa para un país, si se la compara con el volumen de los negocios realizados durante un año. Supongamos que una nación puede importar sin límites, durante cinco años consecutivos y sin exportar en la misma proporción; sería suficiente para que esa nación quedara completamente arruinada. Yendo más lejos, supongamos que durante seis meses un pueblo no produce absolutamente nada; a la expiración de ese plazo su fortuna se habrá volatilizado.

No creo en el idealismo, no creo que un pueblo acepte pagar eternamente las tonterías de sus gobernantes. Desde el instante en que cada uno esté persuadido, en Inglaterra, de que la guerra sólo puede traer un déficit, seguro que no se encontrará nadie dispuesto a continuarla.

He examinado este problema en todas sus fases, le he dado todas las vueltas. Si consideramos los resultados que hemos obtenido, encuentro que estamos en una situación excepcionalmente favorable. Por primera vez tenemos a nuestro lado una potencia militar de primer orden, Japón. No deberemos nunca renunciar a la alianza japonesa, ya que Japón es una potencia sobre la cual puede uno apoyarse.

Puedo muy bien suponer que Japón no pondría obstáculos a una paz, con la condición de que le fuera entregado el Extremo Oriente. No son capaces de digerir la India y dudo de que tengan interés en ocupar Australia y Nueva Zelanda. Si sostenemos los lazos que nos unen, Japón sentirá una gran impresión de seguridad, y no tendrá miedo a nada. También para nosotros esta alianza constituye igualmente un factor de tranquilidad, particularmente en el caso de que no pudiéramos contar con una amistad duradera con Francia. Hay un punto completamente común entre Japón y Alemania, y es que a los dos nos hacen falta cincuenta o cien años para digerir: nosotros Rusia, ellos

Extremo Oriente.

Los ingleses no habrán ganado en este asunto más que una lección amarga y un ojo morado. Si en el porvenir fabrican menos whisky, no será perjudicial para nadie, empezando por ellos mismos. No olvidemos, en efecto, que todo lo que les sucede se lo deben a un solo hombre, a Churchill.

Los ingleses se conducen como si fueran estúpidos. La realidad acabará por llamarlos al orden y abrirles los ojos.

La entrada de Japón en la guerra es un acontecimiento que contribuirá a modificar nuestra situación estratégica. Ya sea por España, ya sea por Turquía, tendremos acceso al Oriente Próximo. Basta que declaremos a Turquía que renovaremos el acuerdo de Montreux y que la pongamos en estado de fortificar los estrechos. Esto nos dispensará de sostener una flota importante en el mar Negro, que es un estanque de ranas. Bastarán algunos barcos pequeños, si tenemos en los Dardanelos un guardián sólido al cual suministraremos los cañones. No hacen falta más de los necesarios para armar un solo acorazado. Esta es la solución más ventajosa para nosotros.

Me parece que la actitud de los turcos con los ingleses ha cambiado; están menos entusiastas.

142. 7 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL DR. TODT Y EL MINISTRO SPEER

Los hijos menores y la natalidad. – Origen alemán de la tecnología americana.

Un pueblo aumenta rápidamente su población cuando todos los hijos menores de una familia tienen posibilidad de establecerse. El agricultor necesita de una mano de obra numerosa, y evidentemente le interesa poder utilizar a sus hijos hasta la edad en que pasan a ser adultos. Si éstos tienen a su vez la posibilidad de establecerse, no quedan a cargo de su padre; pero el asunto cambia cuando el padre está obligado a mantenerlos de lo que producen sus tierras, y para toda la vida. Entonces, necesariamente, decrece la natalidad.

Casi todos los que en Estados Unidos se hallan al frente del desarrollo de la técnica son de origen alemán (de Suabia y Württenberg).

¡Qué suerte es que todo cobre de nuevo forma en el este! Por fin el pueblo alemán va a recobrar su libertad de movimiento.

143. 8 DE FEBRERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: SPEER Y HIMMLER

Otra vez la justicia. – Penalidades en tiempo de guerra. – La solución al problema religioso

Nuestra justicia no es aún bastante flexible. No se da cuenta del peligro que nos amenaza actualmente debido al recrudecimiento de la criminalidad.

Me he enterado otra vez de que gran número de robos con fractura, cometidos por reincidentes, se castigan con trabajos forzados temporales. Si toleramos que puedan producirse atentados a favor de las alarmas aéreas, llegaremos en menos de un año a un estado de inseguridad completamente peligroso para la población. Inglaterra está ya en esta situación, y los ingleses empiezan a pedir que se recurra a los métodos alemanes (que personalmente encuentro insuficientemente draconianos para nuestro tiempo). En ciertas regiones de Inglaterra se estima en un 40 por 100 la proporción de mercancías robadas.

Durante la primera guerra mundial, un desertor era castigado a cárcel en una fortaleza y a la degradación. Pero el soldado valiente ¿qué debía soportar?

El ciudadano que traficaba en la retaguardia salía siempre bien. Cuando no se le reservaba una vida magnífica en la cárcel, es porque salía absuelto. Las víctimas de los robos no tenían otro recurso que recuperar, con el sudor de su frente, lo que se les había robado, mientras que el ladrón podía ocuparse de hacer fructificar el producto de sus rapiñas. En todo regimiento había también algunos indeseables, cuyas fechorías se castigaban con tres o cuatro años de prisión, todo lo más. Esto es lo que amargaba a nuestros soldados.

Es un escándalo que en un momento en que la vida de las gentes honradas es tan frágil, se mantenga a expensas de la comunidad a las ovejas sarnosas.

Al cabo de diez años de trabajos forzados, está un hombre perdido para la comunidad. ¿Quién querrá, cuando termine su condena, darle trabajo? Estos seres, o se les pone en un campo de concentración para toda su vida, o se les aplica la pena de muerte. En tiempos de guerra es la última pena la conveniente, aunque sólo sea como medida ejemplar. Por análoga razón hay que tratar del mismo modo a los criminales de la retaguardia.

En lugar de obrar de esta manera radical, la justicia se inclina con amor sobre los casos, se entretiene en pesar el pro y el contra, en encontrar circunstancias atenuantes, todo ello según fórmulas de tiempo de paz. Hay que acabar con tales métodos.

El jurista no considera las repercusiones prácticas de la aplicación de la ley. Se obstina en considerar cada caso en particular.

El criminal conoce perfectamente los procedimientos de la justicia y los tiene en cuenta cuando va a cometer el delito. Sabe, por ejemplo, que por un robo cometido en un tren, el castigo máximo es de algunos años de trabajos forzados. Debe decirse que, en el peor de los casos, se desquitará con unos años de una vida bien organizada, al abrigo de toda necesidad y bajo la protección del ministro de Justicia. Tiene aún otras ventajas. No va a la guerra, y en caso de derrota tiene la probabilidad de llegar a los más altos puestos. Por fin, en caso de que se consiga la victoria, puede contar con una amnistía.

Los jueces deberían recurrir a las leyes de excepción de que disponen. Pero no todos lo comprenden.

El mal que roe nuestros órganos vitales son nuestros sacerdotes de ambos credos. En estos momentos no puedo darles la respuesta que me están pidiendo, pero nada les costará esperar. Todo está escrito en mi gran libro. Llegará el momento de que arregle cuentas con ellos, e iré directamente al meollo.

No sé a quién hay que considerar más peligroso; si al religioso que hace la comedia del patriotismo o al hombre que se opone abiertamente al Estado. Sigue siendo un hecho que lo que me ha llevado a mi decisión son sus maniobras. Que sigan así, muy bien, ya oirán hablar de mí. No dejaré que me estorben escrúpulos jurídicos. Sólo la necesidad tiene fuerza legal. De aquí a menos de diez años las cosas tendrán un aspecto muy distinto, puedo prometérselo.

No podremos seguir esquivando mucho más tiempo el problema religioso. Aunque haya quien piense que construir la vida de la sociedad humana sobre un cimiento de mentiras es verdaderamente esencial, en mi opinión esa sociedad no merece preservarse. Mientras que si se cree que la verdad es el cimiento indispensable, entonces la conciencia le dice a uno que intervenga en nombre de la verdad y extermine la mentira.

Los periodos que hayan sufrido tales afrentas sin protestar serán condenados por el pueblo de las futuras generaciones. Del mismo modo que se han suprimido las hogueras para los herejes, así habrán de ser eliminados a su vez todos esos subproductos de la ignorancia y la mala fe.

144. 8 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: HIMMLER Y SPEER

Sobre las formas de gobierno en Europa y en Estados Unidos.

Estados Unidos de América nació como república. Esto es lo que le distingue de las naciones europeas. En Europa la forma republicana ha surgido como sustitución de la forma monárquica.

En Gran Bretaña el jefe del Estado no es más que un símbolo. El que gobierna de hecho es el primer ministro.

Sólo Alemania tiene, en Europa, una forma de Estado que se acerca a la de Estados Unidos. En el país americano la Cámara de Representantes no juega un papel permanente. En cuanto a la Corte Suprema, no puede rechazar las decisiones del presidente salvo cuando son anticonstitucionales o invaden el terreno reservado a las prerrogativas del Congreso. El presidente de Estados Unidos dispone de un poder mucho más amplio del que tenía el Káiser, ya que e/ dependía del Parlamento. Si en Alemania hubiera permanecido normal la situación, la monarquía se hubiese acercado cada vez más a la forma inglesa.

En Inglaterra, el rey es únicamente el guardián de la Constitución, y sólo operando directamente sobre los hombres (con la condición de que sea inteligente) puede ejercer una influencia sobre la política. La Cámara de los Lores, prácticamente sin influencia, es una cámara de prebendas. Es la vía muerta para los hombres políticos cuyo talento se vuelve peligroso.

Entre nosotros un hombre que contase con la mayoría del Reichstag podía gobernar contra el presidente. Para evitar las crisis que podían surgir de tal dualidad, reuní en una misma función el cargo de canciller, responsable ante el Parlamento, y el de jefe del Estado. Pero creo que el Führer no debe ser nombrado a título vitalicio. Al cabo de cierto tiempo, el jefe del Estado debe ceder el puesto.

145. 9 DE FEBRERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADO ESPECIAL: SPEER

El carnaval de las máscaras antigases. – La economía de los cultos. – Obersalzberg.

Viendo la puesta en escena que han preparado los ingleses con sus máscaras antigás, me he persuadido de que se trata de una explotación mercantil en la que participan los dirigentes. Con tal de cobrar unos cientos de miles de libras, se pueden adoptar aires carnavalescos, paseándose con una máscara colgada al hombro, y tanto mejor cuanto que el estuche puede contener una buena provisión de cigarros.

Hay que ver claro en todo esto para comprender el alcance de la exclamación de la mujer de Roosevelt hablando de nosotros: «¡Es un mundo en el cual es inconcebible que pudiéramos vivir!».

Lo mismo que antes el trono y el altar, los judíos y los aprovechadores de la política constituyen hoy una asociación tácita para la explotación en común de la vaca de leche democrática.

Si en vez de dar a la Iglesia quinientos millones se los donamos a algunos arzobispos y les damos total libertad para repartir como quieran las sumas puestas a su disposición, seguro que el número de sus colaboradores se reduciría al mínimo. Intentarán conservar la mayor parte del dinero para sí mismos y reventarán en el esfuerzo de sernos útiles. De este modo, con la décima parte de nuestro presupuesto para religión tendríamos una Iglesia devota al Estado y de lealtad inconmovible. Hemos tenido que hacerlo de esta manera pasada de moda. Las sectas pequeñas, que sólo reciben unos centenares de miles de marcos, nos son devotas en cuerpo y alma. Eliminemos el control del dinero dado a las iglesias de acuerdo con un principio estrictamente cristiano: «No dejes que tu mano izquierda sepa lo que hace la derecha». Esta manía de los controles debería considerarse una ofensa contra esos hombres justos. ¡Dejemos que se llenen los bolsillos y que nos dejen un poco de tranquilidad!

Los días de lluvia en Berchtesgaden, ¡qué bendición! Nada de ejercicios violentos, nada de excursiones, nada de baños de sol: ¡un poco de paz! No hay nada más bello en el mundo que un paisaje de montaña. Hubo un tiempo en que hubiera llorado de tristeza cuando tenía que abandonar Berchtesgaden.

En la medida de lo posible hay que evitar que se estropeen los paisajes con redes de líneas de alta tensión, con teleféricos y demás aparatos. Si debemos soportar algo, que sea la carretera; pero, ¿hay algo más feo que un funicular?

El Día de Año Nuevo me veía obligado a bajar a Berchtesgaden para telefonear, porque en Obersalzberg el teléfono no funcionaba. Tenía costumbre de ofrecer cada año sacos de pólvora a los tiradores del pueblo. ¡Lo que disfrutaban haciéndolo saltar todo con sus arcabuces del siglo XVI! Hasta las líneas telefónicas sufrían el golpe.

146. 9 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

Fair play británico. – Los bombardeos eficaces. – La guerra tecnológica. – Revelaciones sobre el desembarco de Narvik.

Estos ingleses entienden de todo, excepto de practicar el *fair play*. Encajan mal sus derrotas.

Si en este momento yo dispusiera de un avión de bombardeo capaz de volar a más de setecientos cincuenta por hora, tendría por doquier la supremacía. Sería un aparato que podría prescindir de ir armado, ya que sería más rápido que los más rápidos cazas. En nuestros planes de fabricación deberíamos atacar primero el

problema de los aviones de bombardeo, en lugar de dar preferencia a los aparatos de caza, que son copiados inmediatamente. Habría que dar tal salto adelante que lográramos poner una gran distancia entre nosotros y nuestros adversarios. Un avión de bombardeo que volara a catorce mil metros de altura daría la misma seguridad; la dificultad está en hacer blanco desde tan alto.

Diez mil bombas lanzadas al azar sobre una ciudad no tienen la eficacia de una sola lanzada certeramente sobre una central eléctrica o sobre las estaciones de suministro de aguas. El día que los miembros de la *gentry* se vean privados de su hidroterapia, perderán sin duda un poco de su altanería.

Hay que estudiar lógicamente el problema del bombardeo. ¿Cuáles son los objetivos a los que hay que apuntar con preferencia? Una bomba de quinientos kilos sobre una central eléctrica produce indiscutiblemente el efecto esperado. Esto es decisivo. Con doscientos aviones de bombardeo que cumplan estas condiciones, y si pueden volar durante seis meses, aniquilo al adversario, ya que está excluido que durante tal lapso de tiempo le sea a él posible recuperar su retraso.

Lo que he sabido por Oshima, referente a la guerra submarina japonesa, me llena a la vez de satisfacción y de cólera. Efectivamente, el submarino de bolsillo, con sólo dos hombres a bordo, nos ha sido propuesto varias veces. ¡Con qué aire de superioridad lo rechazaron nuestros especialistas!

En la guerra tecnológica, el que llega en el instante preciso con el arma que se impone es quien lleva la ventaja.

Si llegamos a poner en línea, este año, nuestro nuevo tanque, a razón de doce por división, habremos dejado atrás de un modo aplastante todos los blindados enemigos. Basta darle a Rommel veinticuatro de ellos para que se asegure la ventaja. Si llegan los americanos con sus carros, les tirará como a conejos.

Lo importante es la superioridad técnica. Lo sé, estoy enfermo de técnica. Hay que llegar con novedades que sorprendan al adversario, con el fin de tener siempre la iniciativa.

Si los tres transportes que queríamos hacer llegar a Narvik hubiesen alcanzado buen puerto, nuestros barcos de guerra no habrían sido hundidos y la historia hubiese tomado otro giro.

Suponiendo que yo hubiera conocido la situación exactamente, por falta de audacia habría hecho venir a mis hombres. Elogios y agradecimiento al cretino que llevó su negligencia hasta el punto de no informarnos de que nuestros transportes no podían pasar. Que nuestra empresa se realizara, a pesar de todo, fue un verdadero desafío al destino, pues razonablemente no teníamos la menor posibilidad de conseguirlo.

Es igualmente un caso único en la historia que nos lanzáramos al asalto de un puerto, creyéndolo fortificado, con la esperanza de poder hacernos fuertes en él, cuando la información, que resultó

falsa, la teníamos por el antiguo ministro de la Guerra de su propio país.

Un detalle sabroso. Churchill envió inmediatamente a su sobrino a Noruega —¡un mequetrefe!— para anunciar la llegada de los libertadores británicos. Nuestra suerte fue que los ingleses sorprendieran algunos de nuestros barcos, especialmente el que transportaba los antiaéreos. Contrariamente a lo que yo tenía ordenado, los hombres de esta unidad llevaban su uniforme. Los ingleses retrocedieron para pedir instrucciones, y fue a esa circunstancia fortuita a lo que se debió que pudiéramos desembarcar los primeros.

La mejor prueba de que esos cochinos querían intentar algo ahora es que están rabiosos. En efecto, hemos hecho fracasar sus intenciones publicando nuestra información en la prensa noruega y danesa.

¡Qué *post mortem* deben de estar haciendo para saber cómo nos hemos informado!

En cuanto a sus veleidades sicilianas, han sido aplastadas en embrión con la llegada de Kesselring.

147. 10 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

Coches y sus chóferes.

Debo a Adolf Müller el saber en qué consiste el arte de conducir un coche. Müller me había molestado mucho diciéndome que mi coche era una cacerola, que mis conductores conducían mal, y que si perseveraba por este camino, no podía durar mucho tiempo. «Cuando un coche pierde una de sus ruedas (lo que acababa de sucederme) es que está maduro para chatarra y su conductor también.» Así decía Müller.

Como se trataba de ir a Würzburg para comprar allí una rotativa, Müller me propuso que le acompañara. Llegó a la cita vestido de una manera extraña, y sus pantalones bombachos no representaban más que un detalle en el conjunto. Cuando me dijo que él mismo conduciría su coche, mi primera reacción fue decirle que no le acompañaba. «Suba usted —me pidió—, y va usted a aprender lo que es conducir un coche.» Debo reconocer honradamente que ese viaje fue para mí una revelación. Al contrario que la mayor parte de la gente, estoy siempre dispuesto a recibir lecciones.

Para empezar, el coche era un Benz dieciséis caballos que se hallaba en un estado impecable. Enseguida vi por comparación todos los defectos del mío. Y añado que Müller conducía maravillosamente bien.

Fue pues, Müller quien me abrió los ojos sobre una infinidad de pequeños detalles que escapan a la mayor parte de los conductores. Todo peatón que se instala detrás de un volante pierde instantáneamente el sentido de los miramientos a que cree tener derecho en cuanto peatón. Ahora bien, Müller no cesaba de pensar en las gentes que van por la carretera. Conducía muy prudentemente en las aglomeraciones. Creía que el que atropella a un niño debe ir inmediatamente a la cárcel. No andaba por el borde de la carretera, como hacen muchos, pensando en el niño que puede surgir de repente; más bien iba hacia el centro de la calzada. Cuando quería adelantar a un coche, se aseguraba primero de que el conductor del coche de delante se había dado cuenta de su intención. Dibujaba bien sus curvas, sin hacer resbalar sus ruedas de detrás, sin sacudidas, todo suave y flexiblemente. Me di cuenta de que conducir era una cosa distinta de lo que había supuesto hasta entonces, y me sentí un poco avergonzado haciendo las comparaciones que se imponían a mi espíritu.

Tomé dos decisiones en el curso de este viaje. Compraría un Benz y enseñaría a conducir a mis chóferes.

Fui a la casa Benz y conocí a Werlin. Le dije que quería comprar un dieciséis caballos. «Por fin se ha decidido usted —me dijo—. Le aconsejo que para empezar compre un diez caballos, de manera que se haga a la mano. No hace más que ochenta por hora, pero vale más llegar al final haciendo ochenta que romperse la cabeza con ciento diez.» ¡Eran otras tantas puñaladas dirigidas a mi amor propio!

Los conocimientos teóricos y prácticos son una cosa, y la presencia de espíritu en el instante del peligro es otra. Schreck poseía las dos en el mismo grado. Era fuerte como un búfalo y de una impavidez única. Se servía de su coche como de un carro de asalto para lanzarse sobre los comunistas.

Pronto hará ya diez años que Kempka es mi chófer y sólo tengo elogios para él. Además dirige el parque del que es responsable. Cuando en septiembre le pregunto si tiene su provisión de aceite para el invierno y sus cadenas para la nieve, ya sé que todo está preparado. Si tengo necesidad de saber la hora, sé que puedo fiarme del reloj del cuadro. Todos los instrumentos funcionan a la perfección. No he tenido nunca un conductor más concienzudo.

En situaciones críticas no tendría la sangre fría de Schreck. Se absorbe completamente en la conducción. Cuando tenía a Schreck a mi lado, era el antiguo compañero de guerra el que iba al volante.

Un día debía ir urgentemente a Hannover para tomar el tren de la noche hasta Múnich. Habían puesto un coche a mi disposición y era un sajón el que conducía. Como no se veía nada, le sugerí que encendiera los faros. «Están encendidos —me dijo—, pero la batería está descargada.» Al cabo de un rato una rueda se deshinchó. Veo a mi sajón agitarse alrededor del coche, le pregunto si no tiene rueda de recambio: «Sí que tengo una, pero está deshinchada hace ya algunos días». De repente me acuerdo de que Lutze debe de venir detrás de nosotros. En efecto, llega al volante de nuestro Opel, el

primer diez caballos, el más miserable que haya salido de la casa Opel. Continúo mi viaje con Lutze, y le pregunto si hay probabilidad de llegar a tiempo a mi tren. Es optimista como todos los chóferes. La desgracia para Lutze es que sólo tiene un ojo y aprecia mal las distancias. No tardó en equivocarse en una bifurcación y nos encontramos de repente dentro de una zanja. Finalmente salimos haciendo marcha atrás. ¡Ya había terminado por resignarme!

Lutze atravesó Hannover a una velocidad insensata. Faltan cinco minutos, faltan dos. Llegamos a la estación. Tuve el tiempo justo de saltar al tren.

¡He tenido en mi vida conductores muy divertidos!

Goering tenía por principio rodar a la izquierda de la carretera. En los momentos de peligro apretaba el acelerador. Su confianza no fallaba nunca, pero era más bien de orden místico.

Killinger era también un as del volante.

Vi una vez a Bastian bajar tranquilamente del coche, descalabrar a unos estúpidos que le habían provocado, volver a tomar el volante y echar a andar, con la mayor calma.

Iba como pasajero en un coche que me traía un día de Maguncia. Schreck venía detrás de nosotros con un coche provisto de una sirena. Nos metemos en un grupo de ciclistas. Son rojos. Se ponen a injuriarnos. Pero oyen la sirena de Schreck, abandonan sus bicicletas y se desperdigan por los campos. Schreck pasa tranquilamente aplastando las bicicletas. Los rojos se quedan estupefactos, preguntándose si es posible que un coche de la policía obre de esa manera. Cuando se dan cuenta de su equivocación, vuelven con más gana a injuriarnos: «¡Asesinos, bandidos hitlerianos!» Me han reconocido y recibo lo que me corresponde.

Tuvimos a menudo incidentes penosos de ese género. En aquel tiempo encontrarse frente a frente con una banda de enemigos no era una broma.

Cuando se lleva tantos años conducido por los mismos hombres, ya no se les mira como chóferes, sino como camaradas del partido.

148. 17 DE FEBRERO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

Fascistas y aristócratas. – El espía Roatta. – El Duce debe sacrificar la monarquía. – Los judíos destruyen el orden natural. – Enfermedad de las elites intelectuales europeas. – Si el profesor alemán reinara sobre el mundo

Los verdaderos fascistas son amigos de Alemania, pero los medios de la corte y el grupito aristócrata detestan todo lo que es alemán.

En Florencia el Duce me dijo: «Mis soldados son buena gente, pero no puedo tener confianza en mis oficiales». La última vez que he visto a Mussolini, su acento era aún más trágico.

He hecho la experiencia con Pfeffer: cuando los hombres adquieren el hábito de un determinado comportamiento y hacen los gestos que le corresponden, todo eso termina por constituir en ellos una segunda naturaleza. Las palabras pierden su sentido, las nociones mejor establecidas crean nuevos incidentes. En ellos el orgullo se transforma en vanidad, el idealismo se confunde con el egoísmo.

Se concibe difícilmente que un verdadero oficial pueda ser un espía. Ahora bien, ese Roatta lo es. Saboteó el plan de ataque de las tropas italianas, en el valle del Rin, en junio de 1940.

Hasta que el Duce no logre eliminar esa mafia aristocrática, no podrá poner a una verdadera elite en los primeros puestos. Esa sociedad es tan inmunda como la chusma. Se compone de cretinos que no lo son, sin embargo, hasta el punto de no saber en qué reside la superioridad del prójimo. Su acción, aun siendo de orden negativo, no es menos eficaz, ya que son ellos los que impiden a los mejores llegar a los primeros puestos. Esta conjuración paraliza los esfuerzos del Duce.

Las cosas no mejorarán en Italia hasta que el Duce haya sacrificado la monarquía y tome efectivamente la dirección de un Estado autoritario. Esta forma de gobierno puede perpetuarse durante siglos. La república de Venecia duró novecientos sesenta años, y dominó el Mediterráneo oriental durante todo aquel periodo gracias a la autoridad conferida al Dux. Bajo la forma monárquica, esto no hubiera sido posible. Venecia no podía aspirar a más, pero lo que codiciaba y estaba al alcance de su ambición, lo tuvo. El ejemplo de las ciudades hanseáticas prueba igualmente la calidad de este sistema. Sólo les faltó el poder imperial.

No es posible que seis mil familias espartanas pudieran dominar, eternamente, a trescientos cuarenta mil ilotas y reinar además en Asia Menor y en Sicilia. El haberlo conseguido durante siglos, prueba la grandeza de esa raza. El acontecimiento sensacional del mundo antiguo fue la movilización del inframundo contra el orden establecido. Esta empresa del cristianismo tiene tan poco que ver con la religión como el socialismo marxista con la solución del problema social. Para una mente romana, las nociones representadas por la cristiandad judía eran absolutamente impensables. Al mundo antiguo le gustaba la claridad y en él se estimulaba la investigación científica. Para los romanos, los dioses eran imágenes familiares. Es algo difícil saber si tenían una idea exacta del más allá. Para ellos la vida eterna estaba personificada en seres vivos y consistía en una renovación perpetua. Estas concepciones eran muy próximas a las

que estaban en vigor entre los japoneses y los chinos en los tiempos en que la esvástica hizo su aparición entre ellos.

¡Fue preciso que apareciese en escena el judío e introdujera la insensata concepción de una vida que continúa en un supuesto más allá! Lo que permite considerar la vida como algo indigno de atención aquí abajo... dado que florecerá más tarde, cuando ya no exista. Con la religión como tapadera, el judío ha introducido la intolerancia en una esfera en que anteriormente prevalecía la tolerancia. Entre los romanos, el culto de la inteligencia soberana estaba asociado a la moderación de una humanidad que conocía sus límites, hasta el punto de consagrar altares al dios desconocido.

Los judíos que introdujeron fraudulentamente el cristianismo en el mundo antiguo —a fin de arruinarlo— volvieron a abrir la misma brecha en tiempos modernos, esta vez tomando como pretexto la cuestión social. Es el mismo juego de manos de antes. Así como Saulo se convirtió en san Pablo, Mardoqueo se convirtió en Karl Marx.

La paz sólo puede salir de un orden natural. La condición de este orden es que exista una jerarquía entre las naciones. Las más capaces deben tomar la dirección. Así las naciones subordinadas sacan el mayor beneficio de la protección de las más capaces.

Es siempre el judío quien destruye este orden. Suscita constantemente la rebelión del débil contra el fuerte, de la bestia contra la inteligencia, de la cantidad contra la calidad. Al cristianismo le costó catorce siglos alcanzar el punto más alto de ferocidad y estupidez. También nosotros nos equivocaríamos si por exceso de confianza proclamáramos definitiva nuestra victoria sobre el bolchevismo. Cuanto más lejos pongamos al judío del estado de hacer mal, tanto más nos hallaremos al abrigo de este peligro. El judío desempeña en el mal el papel de un elemento catalizador. Un pueblo libre de judíos vuelve espontáneamente al orden natural.

En 1925 escribí en *Mein Kampf* (e igualmente en un texto no publicado) que los judíos de todo el mundo veían en Japón un adversario fuera de su alcance. El instinto racial está tan desarrollado entre los japoneses que el judío tiene la conciencia de no poder llegar nunca a su interior. Se ve obligado a operar desde el exterior. El interés de Inglaterra y de Estados Unidos sería entenderse con Japón, pero el judío impedirá siempre el conseguirlo. En vano lo he advertido.

Hay una pregunta que se impone: ¿obra el judío conscientemente y por cálculo, o bien le lleva a ello su instinto? No puedo contestar a esta cuestión

La elite intelectual europea (ya se trate de profesores de facultad, de altos funcionarios, etc.) no ha comprendido nunca nada de este problema. Se ha nutrido de ideas falsas y de ellas vive. Difunde una ciencia que causa los más grandes daños. Los hombres sin virilidad tienen una filosofía de hombres mezquinos. No se

sienten atraídos por la fuerza y la salud, y hacen de la debilidad y del dolor valores supremos.

Ya que la función crea el órgano, confiad el mundo durante algunos siglos a un profesor alemán, y pronto tendréis una humanidad de cretinos, compuesta de hombres de cabeza gorda que descansa sobre un cuerpo débil.

149. 17 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

> La gran propiedad en Hungría. – La casa natal de los grandes hombres. – Libros para la juventud. – Bailes folclóricos. – El pantalón corto de piel.

Los magnates de Hungría se distinguían sobre todo por la práctica de la hospitalidad. En sus posesiones del campo, recibían hasta setenta invitados a la vez. Los vinos eran allí mejores que en Austria, pero los castillos menos hermosos. La mayor parte del tiempo estos señores llevaban una vida alegre en París o en las ciudades de recreo de la Costa Azul. Uno de ellos, Esterhazy, tuvo por lo menos el mérito de que Haydn no acabara como Mozart, en la fosa común; ¡y esto sucedía en Viena, patria de la música!

Mi opinión es que cuando se trate de cosas muy bellas, las grandes propiedades señoriales deben ser preservadas. Pero es preciso que esas propiedades hayan conservado su amplitud, pues únicamente el Estado sería capaz de sostener un castillo privado de sus propias tierras. El ideal es no sólo que continúe siendo propiedad privada sino de la familia que tradicionalmente lo habita; de lo contrario, pierden su carácter. Hoy esas creaciones del pasado que conservan su carácter viviente constituyen hogares de cultura. Pero cuando un castillo lo ocupa un conserje con funciones de guía, un pequeño funcionario del Estado con acento bávaro o sajón, que suelta estúpidamente su invariable retahíla, entonces las cosas ya no tienen alma, el alma se ha ido.

Wahnfried, como en vida de Wagner, es una casa habitada. Wahnfried tiene todo su esplendor y continúa atrayendo como un imán. La casa de Goethe da la impresión de una cosa muerta. Y se comprende que en el cuarto en que murió, Goethe reclamara luz ¡más luz! La casa de Schiller aún impresiona por la evocación de la indigencia en que vivía el poeta.

Hago estas reflexiones pensando qué será de mi casa de Obersalzberg. Ya veo al guía de Berchtesgaden haciendo visitar las habitaciones de mi casa: «Aquí tomaba el desayuno, aquí en este ángulo acostumbraba a sentarse...».

También imagino un sajón haciendo sus avariciosas recomendaciones: «No toquen los objetos, no estropeen el suelo, manténganse en el espacio acotado...». En resumidas cuentas, que si

no se tuviera familia a quien dejar la casa, lo mejor sería formar con ella y todo lo que contiene una bella pira funeraria.

Acabo de leer un buen artículo sobre Karl May que me ha producido gran alegría. Me gustaría que se reeditara su obra. Le debo mis primeras nociones de geografía y la apertura de los ojos sobre el mundo. Lo leía a la luz de la vela, o al claro de luna, ayudado por una enorme lupa. Había comenzado por leer *El último mohicano*. Pero Fritz Seidel me dijo en seguida: «Fenimore Cooper no es nada, hay que leer a Karl May». El primer libro suyo que leí fue *La cabalgata en el desierto*. Quedé subyugado. Y no tardé en devorar todos los demás libros del mismo autor. Esto se tradujo inmediatamente en un descenso de mis notas escolares.

Exceptuando la Biblia, *Don Quijote* y *Robinson Crusoe* son los dos libros más leídos en el mundo. Puede decirse que están traducidos a todas las lenguas. El libro de Cervantes es la más genial parodia posible de un mundo que está extinguiéndose. En el fondo, las costumbres de los españoles no han cambiado nada. El libro de Daniel Defoe recoge en un hombre la historia de toda la humanidad. Ha sido una obra muy imitada, pero ninguna de las robinsonadas podría compararse con el modelo. Una Navidad me regalaron una edición muy hermosa con ilustraciones. El libro de Cervantes fue ilustrado por Gustavo Doré de un modo verdaderamente genial. La tercera de esas obras universales es *La cabaña del tío Tom*. Yo citaría después *Los viajes de Gulliver*. En el fondo, en cada una se halla una gran idea. Desgraciadamente no tenemos nada semejante en nuestra literatura. En Alemania, fuera de Karl May, se han impuesto Julio Verne y Félix Dohn. Todo esto es de un nivel bastante elevado.

Cuando yo era muchacho, hubo un libro que tuvo un éxito extraordinario. Se titulaba *Vieja Heidelberg*. Tales obras pueden contribuir enormemente a la propaganda de una ciudad o de una región. Bremen y Spessart también han hecho la experiencia.

Es una catástrofe cuando un poeta de la ciudad se mete a cantar las bellezas de la montaña. Las gentes que lo son de verdad no se ofrecen como espectáculo. Cantan entre ellos. Lo que los otros cantan no pertenece realmente a nuestro folclore. Hubo un tiempo en que le reproché a Hagenbeck que pusiera en ridículo nuestras costumbres. El baile que llamamos *Schuhplattler* es de lo más viril. No tiene nada que ver con la danza que con ese nombre ejecutan los montañeses de pacotilla. Es una verdadera pena que no hayamos llegado a popularizarla por medio del teatro. Los americanos han hecho del claqué un baile digno de la escena. Es un baile que no le debe nada a África, sino a Escocia. Nosotros sólo hemos sido capaces de ridiculizar el *Schuhplattler*, cosa que debemos a los imbéciles.

Se comprende muy bien que los alemanes del norte no puedan asimilar nuestro folclore. ¿Han visto ustedes algo más ridículo que un berlinés con pantalón corto de piel? Un escocés puede ser recibido en Londres, en la mejor sociedad, vestido con su traje nacional, pero en Berlín el que se pusiera un traje del Tirol daría la

idea de que se dirige al Carnaval. Abandoné con tristeza el pantalón de piel. Era muy complicado, para mí, cambiarme de traje varias veces al día, como un maniquí, para adaptarme a la psicología de mis visitantes. No habría sido posible que vestido así me hubiesen tomado en serio los alemanes que viven al norte de Coburgo. Durante toda mi juventud, incluso en invierno, no fui vestido de otra manera.

Primero adopté las botas, después descendí hasta el pantalón burgués. En efecto, desde el momento en que se renuncia a la manera de vestir más confortable, ¿por qué se ha de adoptar, en cambio, la más incómoda? Pero se siente tristeza cuando desaparecen las costumbres poco a poco.

He sugerido a Himmler que vista a dos o tres unidades de la guardia con el pantalón de piel. Evidentemente tendrían que ser unos buenos mozos y no necesariamente todos del sur. Me imagino muy bien un soldado con acento hamburgués enseñando unas rodillas bronceadas.

Aparte de todo esto, el pantalón de piel tiene la ventaja de que no se teme mancharlo. Por el contrario, las manchas lo embellecen, como los años a un

Stradivarius. Hoy en Alemania toda la juventud lleva el pantalón de piel.

Hay dos cosas que encuentro encantadoras para los muchachos, el pantalón corto y el de esquí. ¡Y pensar que había idiotas que querían hacerles llevar botas!

Nunca se fomentará bastante la práctica del esquí. Lo digo a causa de Rusia.

150. 18 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: EL GENERAL ROMMEL

Retrato de Churchill.

Churchill es el tipo perfecto del periodista corrompido. No hay prostituta peor en la política.

Él mismo ha escrito que no es posible imaginar todo lo que puede hacerse en una guerra con la ayuda de la mentira.

Es un ser completamente amoral, repugnante. Estoy convencido de que ya tiene su línea de repliegue preparada al otro lado del Atlántico. No es evidentemente a Canadá a donde irá a refugiarse. Irá al país de sus amigos los yanquis.

En cuanto pase este satánico invierno, pondremos orden en todo esto.

151. 19 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL MINISTRO SPEER Y EL MARISCAL MILCH

Presentimiento sobre el invierno ruso.

Bormann, ya sabe usted que siempre odié la nieve; siempre la he aborrecido. Ahora ya sé por qué. Era un presentimiento.

152. NOCHE DEL 19 AL 20 DE FEBRERO DE 1942

Métodos de colonización. – La perversidad de la educación. – Recuerdos de la ayuda prestada a los españoles. – El teatro de Alemania. – El enriquecimiento de los museos.

No hacemos más que desembarcar en una colonia y ya estamos instalando guarderías de niños, hospitales para los indígenas. Todo esto me enfurece. Las mujeres blancas se degradan al servicio de los negros. ¡Para colmo se meten allí los curas con su manía de fabricar ángeles! ¡Estos cuidados abusivos, en lugar de hacernos querer, nos hacen odiosos ante los indígenas! Desde su punto de vista, todas esas manifestaciones constituyen el colmo de la indiscreción. No comprenden las razones de nuestro comportamiento y nos consideran como unos pedantes insoportables que manejan con alegría el bastón del policía.

Los rusos no llegan a viejos. No viven mucho más allá de cincuenta o sesenta años. ¡Qué idea tan ridícula, pretender vacunarlos! En este terreno hay que apartar resueltamente a nuestros abogados y a nuestros higienistas. Nada de vacunas para los rusos, y nada de jabón para su limpieza. Pero que se les dé licor y tabaco tanto como quieran. Por lo demás, hay sabios muy serios que se oponen a la vacunación.

La suciedad sólo se ve en los negros cuando los misioneros les obligan a ponerse ropas para inculcarles el pudor. En estado de naturaleza los negros son muy limpios. Para un misionero el olor de la suciedad es agradable. Desde este punto de vista ellos mismos son los cerdos más sucios de todos. Tienen horror al agua.

Y cuando esos sacerdotes repulsivos interrogan a un niño de siete años en el confesonario, son ellos mismos quienes le incitan a pecar al abrirle los ojos al pecado. Y lo mismo pasa cuando se dedican a los nativos.

En 1911, en la fortaleza clerical de Breslau, un bávaro fue condenado a quince días de prisión por pasear por la ciudad con pantalón corto de piel. En aquel tiempo esta manera de vestir era causa de escándalo. Hoy día, todo el mundo frecuenta los baños mixtos, sin que ello suscite en nadie una *arrière-pensée*.

En Roma hay sacerdotes que pasan el tiempo midiendo lo largo de las mangas y de las faldas de las chicas y preocupándose de si las mujeres llevan o no algo en la cabeza. Si el Dios de bondad hubiera dado importancia a semejantes músicas, ¡habría creado al hombre ya vestido! La idea de la desnudez sólo atormenta a los sacerdotes, pues la educación que han recibido les hace perversos.

Yo no hubiera intervenido en la revolución de España de no haber sido por el peligro rojo que amenazaba a Europa. El clero se hubiera tenido que exterminar. Si esa gente recuperase el poder en Alemania, Europa se sumiría de nuevo en la oscuridad de la Edad Media.

No hay bastantes salas de espectáculos en Alemania. Es verdad que se construyeron muchas en la época del 1870, pero ya no están en relación con la importancia de la población actual.

Hace cien años, Múnich disponía de tres mil quinientas localidades para una población de cincuenta mil habitantes. El *Residenztheater*, el Teatro Nacional, y el *Volkstheater* de la puerta del Isar existían ya. Hoy, para una población de casi novecientos mil habitantes, Múnich no tiene localidades más que para cinco mil espectadores. Por lo tanto, mis planes para Linz no están fuera de lugar.

Berlín posee tres óperas, pero debería tener cuatro o cinco, para sus cuatro millones de habitantes. Dresde, con sus seiscientos mil habitantes, sostiene una hermosa Opera.

Se representa maravillosamente la comedia en Berlín. Primero el *Deutsches Theater*. El primer espectáculo a que asistí después de la guerra mundial, fue *Peer Gynt*, en compañía de Dietrich Eckart, en el *Staatliche Schauspielhaus*. En Berlín daban siempre la representación según la traducción de Eckart. Por el contrario, en Múnich era una traducción judía.

No puedo opinar sobre el valor del teatro en Múnich porque, sobre esto, tengo un prejuicio. No voy nunca sin un sentimiento de temor. Es posible que sea injusto. En efecto, me dicen por todas partes que debería ir una vez al *Staatliches Schauspielhaus* que, según parece, ha mejorado considerablemente bajo la dirección de Golling. Quizá me decida cuando vuelva la paz. Acabo de leer que los *Kammerspiele* acaban de obtener un brillante éxito con Otelo.

¡Qué sala de conciertos debería poseer Berlín, si se piensa que Leipzig, con sus seiscientos mil habitantes, posee la *Gewandhaus*! Se da uno cuenta de que una ciudad pequeña puede tener una intensa vida cultural, si alguien se ocupa de ello inteligentemente. Sólo los espectáculos completamente excepcionales quedan reservados a la capital.

Podría vivir muy bien en una ciudad como Weimar o Bayreuth. La gran ciudad es muy ingrata. Sus habitantes son como niños. Se lanzan con frenesí a todo lo que es nuevo, y con la misma facilidad se despegan de las cosas. El que verdaderamente quiere hacer una carrera de cantante encuentra seguramente más satisfacción en provincias.

Es una pena que no tengamos en Dresde un *Gauleiter* amigo de las artes. Después de Kraus y Furtwängler, Busch hubiera llegado a ser el mejor jefe de orquesta alemán, pero Mutschmann quería imponerle en su orquesta a antiguos compañeros del partido, ¡para que fuera una orquesta animada de un buen espíritu nacionalsocialista!

No quiero olvidarme de construir un museo de maestros alemanes en Trondheim.

Museos como los de Dresde, Múnich, Viena o Berlín deberían disponer por lo menos de dos millones cada año para nuevas adquisiciones. Wilhelm Bode se las arreglaba a su manera. Tenía un talento extraordinario para actuar sobre la gente rica. Obtenía enormes subvenciones, y en correspondencia lograba del Káiser que los ennobleciera. Esta es otra cuestión en la que pienso poner orden. Es indispensable que un director de museo tenga la posibilidad, sin complicaciones administrativas, de comprar rápidamente una obra de valor, antes de que ésta corra el riesgo de ir a parar a manos de los mercaderes.

153. NOCHE DEL 20 AL 21 DE FEBRERO DE 1942

El espíritu en peligro. – El observatorio de Linz. – Lucha contra la mentira, las supersticiones y la intolerancia. – La ciencia no es dogmática. – Los trabajos de Hörbiger. – Allanar el camino a los hombres de talento.

¡El birrete!

¡La mera vista de uno de esos abortos ensotanados me pone frenético!

Al hombre se le ha dado el cerebro para pensar. Pero si tiene el infortunio de utilizarlo, se encontrará con un enjambre de sabandijas negras en los talones. Se condena a la mente a un auto de fe.

El observatorio que haré construir en Linz, sobre el Pöstlingberg, lo tengo delante de los ojos. Una fachada de una pureza completamente clásica. Haré destruir el templo pagano, y el observatorio ocupará su lugar. Así, en el porvenir, cada domingo millares de personas harán allí su peregrinación. El frontispicio llevará esta divisa: «Los cielos proclaman la gloria de lo eterno». Esta será nuestra manera de dar un espíritu religioso a los hombres, de enseñarles la humildad, pero sin curas.

El hombre se apodera aquí y allá de unas cuantas briznas de verdad, pero no podría dominar a la naturaleza. Debe saber, al contrario, que depende de la creación. Y esta actitud lleva más lejos que las supersticiones mantenidas por la Iglesia. El cristianismo es la peor de las regresiones que ha podido sufrir la humanidad, y es el judío quien, gracias a esta invención diabólica, la ha hecho retroceder quince siglos. Lo único aún peor sería la victoria del judío a través del bolchevismo. Si el bolchevismo triunfase, la humanidad perdería el don de la risa y la alegría. Se convertiría en una masa informe, condenada a la grisura y a la desesperación.

Los sacerdotes de la Antigüedad estaban cercanos a la naturaleza y buscaban modestamente el sentido de las cosas. En vez de esto, el cristianismo promulga sus dogmas inconsecuentes y los impone a la fuerza. Semejante religión lleva en su interior la intolerancia y la persecución. Es lo más sangriento que cabe concebir.

La construcción de mi observatorio costará alrededor de doce millones. Sólo el gran planetario vale dos millones. El de Ptolomeo cuesta menos caro.

Para Ptolomeo la Tierra estaba en el centro del mundo. Aquello cambió con Copérnico. Hoy día sabemos que nuestro sistema solar no es más que un sistema entre otros muchos. ¡Qué podemos hacer mejor que permitir al mayor número posible de nuestros semejantes que aprendan tales maravillas!

En todo caso debemos estar agradecidos a la providencia, que nos hace vivir hoy mejor que hace tres siglos. En cada esquina había entonces una hoguera ardiendo. ¡Qué gran deuda tenemos con los hombres que albergaron el valor de levantarse los primeros contra la mentira y la intolerancia! Lo admirable es que entre ellos encontremos padres jesuitas.

En su lucha contra la Iglesia, los rusos son puramente negativos. Nosotros debemos practicar el culto de los héroes que han permitido que la humanidad saliera de la senda del error. Kepler vivió en Linz, y ésa es la razón por la que he escogido Linz para instalar nuestro observatorio. Su madre, acusada de brujería, fue torturada varias veces por la Inquisición.

Para abrir los ojos de la gente sencilla no hay mejor método de instrucción que la imagen. Pon un pequeño telescopio en un pueblo y destruirás un mundo de supersticiones. Hay que destruir el argumento del sacerdote de que la ciencia es mudable mientras que la fe no cambia, pues presentada de esta forma es una afirmación falsa.

Desde luego, para la Iglesia la pobreza de espíritu es una valiosa protección. La iniciación del pueblo ha de llevarse a cabo lentamente. La instrucción puede simplificar la realidad, pero no tiene derecho a falsificarla deliberadamente. Lo que se enseña en el nivel más bajo no ha de ser invalidado por lo que se dice en un nivel superior. En cualquier caso, la ciencia no debe adoptar un aire dogmático y siempre ha de evitar escapar cuando se enfrenta a dificultades. Las contradicciones son sólo aparentes. Cuando se dan

no es por culpa de la ciencia, sino debido a que los hombres aún no han llevado su búsqueda suficientemente lejos.

Era un gran progreso, en tiempo de Ptolomeo, decir que la Tierra era una esfera y que las estrellas gravitaban alrededor de ella. Desde entonces no se ha dejado de progresar en este camino. Copérnico el primero. Pero Copérnico, a su vez, se quedó atrás, y siempre será así. En nuestros días, Hörbiger ha dado un nuevo paso adelante.

Las universidades me hacen pensar en la dirección del servicio técnico de la Wehrmacht. Nuestros técnicos dejan de lado muchas invenciones y, cuando por casualidad vuelven a encontrar una de las que despreciaron algunos años antes, se guardan muy bien de hablar de ello.

La ciencia actual pretende que la Luna es una proyección en el espacio de una parcela de la Tierra, y que la Tierra es una emanación del Sol. La verdadera cuestión reside en saber si la Tierra procede del Sol o si tiene tendencia a aproximarse a él. A mi modo de ver, no hay duda de que los planetas satélites sufren la atracción de los planetas, como a su vez éstos sufren la de un punto fijo, el Sol. Como el vacío no existe, es posible que la velocidad de rotación y de traslación de los planetas disminuya. Así no puede excluirse, por ejemplo, que Marte sea un día satélite de la Tierra.

Hörbiger considera un punto con todo detalle en este conjunto. Afirma que el elemento que llamamos agua es en realidad hielo fundido (en vez de que el hielo sea agua helada): es el hielo lo que se encuentra en el universo, no el agua. Esta teoría constituye una revolución, y todo el mundo se ha levantado contra Hörbiger.

A la ciencia le cuesta mucho trabajo imponer sus puntos de vista, porque está constantemente en lucha con el espíritu de rutina. En realidad los hombres no *quieren* saber. Hace algunos años que la situación de la ciencia ha mejorado.

Es una suerte encontrar al frente de un Estado hombres dispuestos a favorecer a los investigadores audaces, ya que raramente encuentran apoyo y sostén en la ciencia oficial.

No hay mayor privilegio, en mi opinión, que ejercer de mecenas de las artes y de las ciencias. Los hombres hubieran debido considerar un honor inmenso poder estimular la carrera de un Richard Wagner. En fin, ya es bastante dichoso que no quemen a tales seres. Se expresa a veces la lamentación de que nuestra época no produzca genios de la misma amplitud que antes. Eso es un error. Estos genios existen: bastaría darles ánimos. Por mi parte, cuando sé que un sabio desea consagrarse a investigaciones nuevas, lo ayudo. No dejo de pensar que el bien más valioso de un país son sus grandes hombres. Cuando pienso en Bismarck, me apercibo de que sólo los que han vivido el año 1918 pueden tener conciencia de lo que valía. En tales ejemplos se ve lo que significa allanar el camino a los hombres de talento.

Sólo en el reino de la música no puedo encontrar satisfacción. A la música le está pasando lo mismo que a la belleza en un mundo dominado por los curas: la religión cristiana es enemiga de la

belleza. El judío ha hecho la misma trampa con la música. Ha creado una nueva inversión de los valores y ha sustituido por ruidos la hermosura de la música. Desde luego, al entrar en el Partenón a contemplar la imagen de Zeus, el ateniense debía de tener una impresión distinta de la del cristiano, que ha de resignarse a contemplar la cara gesticulante de un hombre crucificado.

Yo desde los catorce años me sentí liberado de las supersticiones que enseñaban los sacerdotes. Aparte de unos cuantos benditos, puedo afirmar que ninguno de mis camaradas siguió creyendo en el milagro de la eucaristía.

La única diferencia entre aquellos tiempos y ahora es que entonces estaba convencido de que había que volar con dinamita el espectáculo entero.

154. 21 DE FEBRERO DE 1942

Una pareja de ricos judíos.

Recuerdo a la mujer del cónsul Scharrer. Tenía las manos cargadas de sortijas tan gruesas, que le impedían mover los dedos. Era el tipo de la judía caricaturizada. El era un gran aficionado a las carreras. Su mujer y los caballos eran sus únicas preocupaciones.

Werlin me enseñó un día su coche. Tenía el radiador, no niquelado, sino dorado. Contenía además una cantidad de objetos de uso corriente, empezando por un lavabo; todo era de oro. Todavía estoy viendo al cónsul Scharrer cuando llegaba, con chistera, las mejillas más infladas que las de Christian Weber, para el concierto dominical de la plaza.

En la finca que tenía en Bernried, había pavos reales blancos. Aunque recibía en su casa a los príncipes de Prusia, en el fondo de su corazón Scharrer era autonomista bávaro. Un loro humorista cometió un día el imperdonable error de gritar en medio de una brillante recepción: «¡Cochinos prusianos!».

Desgraciadamente para él, Scharrer tuvo una pasión extramatrimonial. Su mujer se enfadó y le echó de casa. Murió en la miseria.

Ella era hija de un cervecero, del gran cervecero Busch, que hizo su fortuna en Estados Unidos. Debía de ser un buen bávaro, que por casualidad se casó con una judía. En lo que se refiere a la señora Scharrer, tenía el aspecto de una bola. Nadie pudo nunca saber exactamente si era más ancha que larga. Cuando estaba sentada en su coche, como sus brazos tomaban forzosamente la forma de su cuerpo, dejaba suspendida una mano a cada lado. Judías de esa especie abundan en Túnez. Se las encierra en una jaula hasta que adquieren el peso que se desea. Terminó por comprarse un amante

joven. Es una situación desagradable para un marido depender hasta tal punto de una mujer tan rica cono Creso.

155. 22 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: UN STURMBANNFÜHRER SS DANÉS DE LA DIVISIÓN VIKING

Elogio del Dr. Porsche. – Defensa de la península europea. – La masa rusa contra los individuos. – Las nacionalidades deben fundirse. – Europa se salvó en 1933.

El doctor Porsche es el más importante de los genios técnicos que hoy posee Alemania; nadie se daría cuenta de ello, al verlo tan modesto. Tiene el valor de dejar madurar sus ideas, aunque los capitalistas le persigan exigiéndole un rendimiento rápido. Las experiencias hechas durante la guerra en lo referente a la resistencia del material permitirán mejorar cada vez más nuestro Volkswagen. De hoy en adelante, la movilización no supondrá para nosotros más que un problema de transporte. Quedará el del carburante, pero éste también lo resolveremos.

No hace aún mucho tiempo, cuando todavía había unos palmos de tierra que repartirse en Extremo Oriente, todo el mundo se precipitaba hacia allí. Ahora disponemos de los espacios de Rusia. Es menos sonriente y más rudo, pero es mejor para nosotros que sea así. Tomaremos las mejores tierras y nos aseguraremos el control de los puntos vitales. Sabremos dominar a la población. No se trata de llegar allí con guantes de baño y con profesores de baile.

Asia no ha conseguido, al cabo de los siglos, arrojarnos de nuestra península y todo lo que poseen de civilizado lo han adquirido de nosotros. Ahora se verá de qué lado se encuentra la verdadera fuerza.

El ruso, como combatiente individual, siempre ha sido inferior a nosotros. El ruso no existe más que cuando funciona *en masse*; eso explica su brutalidad. Siempre me he rebelado contra la idea de que Europa está al término de su misión, y que ésta es la hora de Rusia o de Estados Unidos.

Gran Bretaña obtuvo su civilización del continente, y fue esto lo que le permitió colonizar vastos espacios en el mundo. Sin Europa, no puede concebirse América. ¿Por qué no hemos de tener nosotros la fuerza necesaria para llegar a ser uno de los centros de atracción del mundo? Ciento veinte millones de germanos, cuando hayan consolidado sus posiciones, suponen una fuerza contra la que nadie podrá nada. Los países que constituyen el mundo germánico sólo pueden conseguir beneficios. Lo veo por mi propio caso. Mi patria es

una de las más bellas comarcas del Reich, ¿de qué es capaz, entregada a ella sola? ¿Qué podría emprender yo, siendo austriaco? Los talentos no pueden desarrollarse en países como Austria, Sajonia, Dinamarca o Suiza. Les falta la base. Por eso es una felicidad que se abran de nuevo posibilidades de espacio ante los pueblos germánicos.

Comprendo que le sea duro a un joven holandés, o a un joven noruego, verse obligado a formar parte, bajo el mando del Reich, del ejército común, junto con contingentes germánicos. Pero lo que se exige de ellos no es más duro de lo que se exigía de las tribus germánicas en la época de las grandes migraciones. La amargura de cada uno fue entonces tan grande que el jefe de los germanos fue asesinado por los miembros de su propia familia. Lo que se pidió a los países que formaron el Segundo Reich es análogo a lo que ahora pedimos, y a lo que recientemente hemos exigido a los austriacos.

Si Alemania no hubiera tenido la suerte de que tomara yo el poder en 1933, hoy Europa ya no existiría. En efecto, en cuanto estuve en el poder, no tuve más que una idea: el rearme. Así fue posible que el verano pasado adoptase la decisión de atacar Rusia.

No podemos subsistir frente a los innumerables pueblos del este, si no es con la condición de que todos los germanos estén unidos. Deben constituir el centro de la federación europea. El día en que organicemos a Europa sólidamente, podremos volvernos hacia África. Y ¿quién sabe? Tal vez algún día tengamos otras ambiciones.

Hay tres maneras de resolver la cuestión social: la clase privilegiada domina al pueblo; el proletariado sublevado extermina a la clase pudiente; o bien una tercera fórmula: dar a cada uno la ocasión de desenvolverse según su talento. Cuando un hombre es capaz, importa poco que sea hijo de una portera. Por lo demás, no impido a los descendientes de nuestros héroes militares que se manifiesten a su vez.

No me sentiría con derecho a exigir a cada uno el sacrificio supremo, si yo mismo no hubiera hecho toda la guerra de 1914 a 1918 en primera línea.

Volviéndose hacia el invitado danés, el Führer precisó:

Para ustedes, las cosas son más fáciles de lo que fueron para nosotros. Nuestro pasado les sirve. Nuestros comienzos fueron miserables. Y si yo hubiera desaparecido antes del éxito, todo habría caído inmediatamente en el olvido.

156. 22 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: HIMMLER Y UN STURMBANNFÜHRER DANÉS DE LA DIVISIÓN VIKING

La organización del partido. – La prensa nacionalsocialista. – La desviación del virus judío.

Es enorme lo que el partido le debe a Schwarz. Gracias al orden con que administró nuestras finanzas, pudimos desarrollarnos tan rápidamente y aplastar a los otros partidos. Para mí es maravilloso. Puede decirse que yo no me ocupo de esas cuestiones, y casi únicamente Schwarz me hace una relación al año. Para un jefe es un inmenso alivio no tener que preocuparse de los asunto de la administración. Me doy cuenta de que he sido un privilegiado por encontrar a lo largo de mi existencia hombres que tenían el sentido de las responsabilidades y el talento necesario para cumplir con independencia la obra que se les confiaba.

Amann es uno de los más antiguos entre mis compañeros. Ha sido para mí de un valor infinito, ya que no tenía noción ninguna de lo que podía ser una contabilidad por partida doble.

Mi primer tesorero fue un ex cazador furtivo que había perdido un brazo ejerciendo sus habilidades. Se llamaba Meier. El brazo que le quedaba le era muy útil para agitar la campanilla en nuestras reuniones. Vivía en una cabaña, a la que se llegaba por peldaños como en los gallineros.

En aquella época el partido contaba con unos treinta miembros y Jegg era ya de los nuestros. Meier era la encarnación del proletario, en el buen sentido de la palabra. El hecho de ser manco le valía, además, ciertos miramientos. En cuanto a su cargo de tesorero, la inflación acabó por quitarle toda importancia. Le sucedió Singer. Era un buen hombre, un modesto funcionario bávaro, exactamente lo que en aquel momento nos hacía falta. Mis partidarios tenían todos un empleo modesto; Singer, por ejemplo, era portero en el Museo Nacional bávaro. Era emocionante ver cómo cuidaba a su madre.

Mientras estuve en Landsberg y permaneció disuelto el partido, apareció Schwarz. Había empezado ocupándose de la tesorería del Bloque Popular. Un día vino Esser a visitarme, diciéndome que había descubierto una *rara avis*, aconsejándome que lo utilizara en el nuevo partido. Hice venir a ese hombre: era Schwarz. Me dijo que ya estaba harto de trabajar con los cuervos y que se sentiría encantado trabajando para mí. No tardé en apreciar sus cualidades. Era un hombre que, como sucede por lo regular, se veía ahogado por los mediocres para los que trabajaba.

Schwarz organizó de manera ejemplar lo que poco a poco llegó a ser la gigantesca administración del partido. Sería perfectamente capaz de administrar Berlín y tendría un éxito maravilloso como alcalde de una gran ciudad. Tenía (¡qué suerte!) el defecto de no ser jurista, y nadie poseía como él el espíritu práctico. Este hombre sabía admirablemente economizar en las cosas pequeñas, de manera que nunca faltaba lo necesario para las grandes. Schwarz me hizo posible la administración del partido, sin tener que contar con imprevistos.

De esta manera, los ingresos inesperados constituían una especie de premio de lotería. Schwarz centralizó la administración del partido. Todas las cotizaciones van directamente a la central, que distribuye a las secciones locales y regionales el porcentaje que les corresponde. Cuando necesito un informe de cualquiera de nuestros miembros, no tengo más que descolgar el teléfono y lo obtengo en dos minutos, incluso si ignoro el nombre de tal miembro y sólo conozco su número de filiación. No sé que exista otra organización, en ningún otro sitio, tan perfecta y tan simple al mismo tiempo. Esta centralización llevada hasta el extremo se acomoda, sin embargo, con una gran descentralización en otro plano. De este modo los *Gauleiters* son completamente independientes en sus sectores.

En lo que se refiere a Amann, puedo decir positivamente que es un genio. Es el mejor editor de periódicos del mundo. A pesar de su gran discreción, que explica que esto no se sepa, afirmo que Rothermere y Beaverbrook no son más que enanos comparados con él. Hoy día la Zentral Verlag posee el 70 u 80 por 100 de la prensa alemana. Amann ha realizado todo esto sin la menor ostentación. ¿Quién sabe, por ejemplo, que la Münchener Neveste pertenece a nuestra organización de prensa? Amann tiene como principio respetar la personalidad de los periódicos. Es también muy hábil cuando se trata de ceder a otros negocios que no rentan. Sabe incluso regalarlos. Así es como le dio un periódico a Sauckel. Este periódico había pertenecido a Dinter, y Amann lo cogió de nuevo por razones de orden político. Poco tiempo después tuve ocasión de preguntar a Sauckel cuánto le había producido el regalo de Amann. «Hasta hoy me ha costado veinte mil marcos», me contestó. Amann tenía la convicción de que los beneficios de la organización central los constituían las adiciones de los beneficios realizados en cada negocio particular. De donde se puede deducir que un negocio deficitario no presentaba nunca, desde ningún punto de vista, el menor interés para Amann. Esto me recuerda que Dietrich publicaba en Coburgo un periódico titulado *Flamme*, todavía más violento que el *Stürmer* de Streicher. Y sin embargo no he conocido hombre más dulce que Dietrich.

No hay que olvidar los servicios prestados por el *Stürmer*. Sin él, el juramento falso del judío Hirsch, en Núremberg, no se habría sabido nunca. ¡Y cuántos escándalos más ha denunciado!

Un nazi vio un día, en la estación de Núremberg, que un judío tiraba con impaciencia una carta en el cesto de los papeles. Tomó la carta y después de haberla leído la llevo al *Stürmer*. Se trataba de una carta de chantaje en la que se amenazaba al destinatario, el judío Hirsch, con descubrir un pasteleo si no seguía soltando dinero. Las revelaciones del *Stürmer* provocaron una investigación. De este modo se supo que una muchacha del campo, colocada en casa del ciudadano Hirsch, había depositado una denuncia contra él por violación. Hirsch hizo jurar a la muchacha, ante el tribunal, que nunca había tenido relaciones sexuales con otros hombres; después

presentó numerosos testigos que juraron haber tenido relación sexual con ella. Los jueces alemanes no comprendieron que los judíos carecen de escrúpulos cuando se trata de salvar a uno de los suyos. Condenaron, pues, a la muchacha a un año y medio de cárcel. La carta que tiró Hirsch con tan poca habilidad estaba escrita por uno de los testigos falsos, presentados por él, el cual consideraba que sin ningún inconveniente se podía añadir el chantaje al perjurio.

Hoy todo el mundo ha abierto los ojos, pero hubo un tiempo en que a las gentes les costaba trabajo creer que tales maniobras fueran posibles. Las pobres chicas que trabajaban en los almacenes estaban entregadas sin defensa a sus patronos. En hechos de esta clase Streicher ha prestado enormes servicios. Ahora que se conoce a los judíos tal y como son, ya nadie piensa que Streicher los ha calumniado.

El descubrimiento del virus judío es una de las grandes revoluciones que se han realizado en el mundo. La lucha que sostenemos es de la misma naturaleza que la que sostuvieron, el siglo pasado, Pasteur y Koch. ¡Cuántas enfermedades encuentran su origen en el virus judío!

Si hubiera estado abierto a los judíos, Japón también se habría contaminado.

Sólo recuperaremos la salud eliminando al judío. Todo tiene su causa; nada ocurre por casualidad.

157. NOCHE DEL 22 AL 23 DE FEBRERO DE 1942

Los principales periódicos del partido. – *Tristán* y otras obras en Viena.

La organización de nuestra prensa es verdaderamente un éxito. Nuestro control sobre la prensa es tal, que las divergencias de opinión entre los miembros del gobierno ya no dan ocasión a comentarios públicos. Ese no es el cometido de los periódicos. Hemos eliminado esta concepción, en virtud de la cual la libertad política consistiría en el derecho de que cada uno pueda decir todo lo que se le ocurra. Amann lleva el control de más de la mitad de la prensa alemana.

Me basta llamar a Lorenz y hacerle conocer mi punto de vista; sé que al día siguiente todos los periódicos reproducen mis ideas. Nuestro pequeño doctor Dietrich es un hombre extremadamente hábil. No escribe bien, pero sus discursos son a veces de primer orden. Me siento orgulloso de pensar que con tales colaboradores me es posible, como sucedió el 22 de junio último, dar una vuelta de ciento ochenta grados sin que quede uno en mala postura. Esto es algo no hacedero en otro país distinto del nuestro.

Nuestra prensa ilustrada ha hecho grandes progresos. Pero para competir en el extranjero con los semanarios anglosajones, la *Leipziger Illustrierte* debería ser mucho más cautivadora. La *Berliner*, la *Münchener* y la *Wiener* son revistas ilustradas muy bien hechas; la *JB* es aún mejor. La *Kölner* se puso de moda hace algunos años, por sus publicaciones de documentos. Por el contrario, se podría pasar sin la *Deutsche Illustrierte*. Un gran éxito es *Das Reich*.

Cuando vuelva la paz, nos hará falta compensar a *Das Reich* con un semanario dominical para la gente del campo. Será fácil de leer, contendrá una novela (para que las chicas tengan también su parte) y estará abundantemente ilustrado.

Los periódicos ingleses son excepcionales, tanto por su texto como por su documentación fotográfica. Les llega a ríos la información desde todas las partes del mundo. También nosotros, con nuestras conquistas, podremos progresar en este campo.

El esplendor y lo que se llama el encanto de Viena se explica por su largo pasado. Viena ha sido durante cinco siglos la capital de un imperio.

Yo era tan pobre en la época en que vivía en Viena, que debía limitarme a ver sólo los espectáculos excepcionales. Oí treinta o cuarenta veces *Tristán* y siempre con el mejor elenco. También he oído obras de Verdi y otras, pero no, desde luego, las menudencias.

158. 24 DE FEBRERO DE 1942, A MEDIODÍA

Cómo deben servir a su país los grandes artistas.

Me he enterado de que el hijo del viejo Roller acaba de caer en el frente. ¡Si yo hubiese sabido que se alistó! Pero nadie me lo dijo.

Hay cientos de miles de hombres que sólo pueden servir óptimamente a su patria exponiendo por ella su vida; pero un gran artista debe servir a su país de otra forma. ¿Es admisible que el más cretino de los rusos pueda matar a hombres semejantes?¡Tenemos tantos afectados a servicios especiales! Pero ¿qué mal habría en añadir al lote los quinientos o seiscientos hombres de talento que importa conservar?

Roller es insustituible. No teníamos más que Sievert, Arent y Praetorius; Austria nos había dado el joven Roller. ¿Por qué Schirach no me lo advirtió? He visto su Friedenstag. ¡Qué cosa más bella!

El joven Roller era un hombre valiente. Antes del Anschluss, tuvo que escapar de Austria. Estoy persuadido de que se alistó voluntario.

Yo le hubiera puesto en cualquier sitio si él, por razones personales, no hubiera insistido en quedarse en Viena.

159. NOCHE DEL 24 AL 25 DE FEBRERO DE 1942

Un oficial ejemplar. – Un grupo de mozos alegres.

La muerte del subsecretario de Estado Hofmann me ha apenado profundamente.

En 1919 yo arengué a su batallón en Passau. ¡Qué hombres más maravillosos teníamos allí! Ardientes patriotas. Desde el primer momento confió Hofmann en mí, y sin embargo entonces yo era muy poca cosa. Hofmann estaba ya persuadido de que sería yo quien salvaría a Alemania.

En el momento del *putsch* de Kapp, Hofmann telegrafió: «Me pongo a las órdenes de Kapp. ¿Qué hace el regimiento?». En Baviera eran numerosos los oficiales así. Seeckt los eliminó a todos; sólo quedaron los que no se movían.

Conozco tres personas que cuando están juntas, no cesan de reír. Son Hofmann, Amann y Goebbels. Cuando se les une Epp, es ya el delirio. Epp, en efecto, no es especialmente vivo. Cuando los otros están riéndose ya del tercer chiste, Epp empieza a comprender el primero, y entonces se pone a reír de un modo que no acaba nunca.

Amann, ¡qué muchacho más alegre! En el frente ya desencadenaba la alegría entre nosotros. En mi unidad, hasta en los peores momentos había alguno que daba con la palabra para hacer reír.

Me gusta mucho Hoffmann. Es un hombre que me desarruga el entrecejo en cualquier circunstancia. Es un humorista en frío, que nunca falla su víctima.

160. 26 DE FEBRERO DE 1942, A MEDIODÍA

Consolidación de la posición alemana. – El proletariado británico y la amenaza revolucionaria. – Los tres objetivos de una revolución. – El paraíso en la tierra. – Los últimos saltos mortales del cristianismo.

Desde hace algunas semanas, tengo la sensación de que nuestra posición se ha reforzado considerablemente. Los pequeños países empiezan a ver en nosotros la garantía del orden. Se nos acercarán cada vez más en cuanto se aperciban de que Inglaterra se ata con el bolchevismo.

Cuando en Inglaterra se dé cuenta la masa del poder que posee, es verosímil que desencadene una revolución sangrienta. Sólo puede sostenerse a la masa en virtud del hábito, o de lo contrario, hace

falta la fuerza. Nada impide pensar que retengan en la isla, para hacer frente a circunstancias imprevistas, regimientos que serían muy útiles en otra parte. Si el partido conservador pierde el apoyo del ejército, ya no le queda más que aliarse con los nueve mil partidarios de Mosley. Les haría falta un Cromwell para salvarse, un lord canciller que lo tomara todo en su mano. Sin esta solución, la revolución lo barrerá todo.

Uno de los méritos del nacionalsocialismo será haber sabido detener su revolución en el momento oportuno. Está muy bien querer elevar al pueblo, pero hay que ser realista e ir más lejos que las frases. No pueden contarse las revoluciones que han fracasado, o que degeneraron por falta de control. No he olvidado las dificultades que tuve que remontar en 1933 y en 1934. La revolución abre una esclusa, y a veces es imposible frenar a las masas que uno ha desencadenado.

Una revolución lleva consigo tres objetivos principales. Se trata primero de derribar los muros que separan las clases sociales para permitir que cualquier hombre pueda elevarse. Se trata después de establecer un nivel de vida tal, que el más pobre tenga asegurada una existencia decente. Y por fin, hay que hacer de manera que los beneficios de la civilización lleguen a constituir un bien común.

Los que se llaman por ahí demócratas nos reprochan como una deslealtad nuestra política social que, según ellos, pone en peligro los privilegios de las clases pudientes. Ven en eso un atentado a la libertad, ya que la libertad, a su modo de ver, es el derecho a continuar ejerciendo el poder los mismos que lo detentan. Comprendo muy bien su reacción, pero nosotros no teníamos dónde escoger. El nacionalsocialismo es un fenómeno puramente alemán, y nunca hemos tenido la intención de transformar el mundo. Nos bastaba que nos dejasen mano libre en Rusia y que nos dieran algunas colonias. ¡Y los ingleses disfrutarían aún hoy su vida pequeña y tranquila! Es evidente que a la larga no les habría sido posible evitar ciertas reformas sociales. No se puede, efectivamente, llenar el foso que existe entre los ricos y los pobres sólo con los consuelos de la religión. Reconozco, por mi parte, que si se me ofreciera escoger entre la miseria de este mundo (con la contrapartida de la dicha suprema en el más allá) y el paraíso en la tierra, yo no escogería seguramente cantar aleluyas hasta el fin de los siglos.

¿En virtud de qué ley, divina o no, poseen sólo los ricos el derecho a gobernar? El mundo vive en este momento una de las revoluciones más importantes de la historia humana. Somos testigos de los últimos saltos mortales del cristianismo. Empezaron con la revolución luterana. La naturaleza revolucionaria de dicha rebelión radica en el hecho de que hasta entonces en ambos niveles, el espiritual y el temporal, sólo había una autoridad, la del papa, pues era él quien delegaba el poder temporal. El dogma no puede soportar los ataques incesantemente renovados del espíritu de libre

examen. No se puede enseñar a las diez de la mañana verdades que se destruyen en la clase de la once.

Lo que hoy día está destruyendo al cristianismo es lo mismo que destruyó al mundo antiguo. La mitología panteísta dejó de ser adecuada a las condiciones sociales de la época. Tan pronto como se introdujo la idea de que todos los hombres eran iguales ante Dios, aquel mundo tenía que derrumbarse.

Lo que es trágico para el mundo actualmente en gestación es que él, a su vez, está expuesto a estancarse en un dogma. Si Federico el Grande hubiera vivido cincuenta años más, asistiendo como simple espectador a la evolución del mundo, la cólera le hubiera incitado a manejar su bastón sin descanso. Los hombres tienen, afortunadamente, la suerte de que les sea arrebatada la vida en el momento justo en que se verían obligados a asistir a la destrucción de los valores que ellos mismos usaron como fundamento.

161. 26 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: HIMMLER Y EL STURMBANNFÜHRER KUMM

Inquietudes por Antonescu. – El antipático rey Miguel. – Una clase dirigente podrida. – Erzberger, traficante en terrenos. – Carreteras. – Las minorías alemanas de los Balcanes. – Importancia del Danubio.

Si le pasara algo a Antonescu, yo temblaría por la suerte de Rumania. ¿Quién le sucedería? El rey Miguel. ¡Figúrense ustedes que ni ayuda a su propia madre a bajar del coche! Por lo visto se figura que tal acto disminuye en algo su dignidad real. Me di cuenta de su cólera cuando se apercibió de que yo puse a su madre a mi derecha, puesto reservado al rey. Ya sé que son cosas que no están conformes con el protocolo, pero no pueden continuar esas costumbres estúpidas.

Los campesinos rumanos no son más que una miserable ganadería. En cuanto a la clase dirigente, está podrida hasta la médula. En la película *Stadt Anatol*, esos medios balcánicos trastornados por el oro negro están admirablemente conseguidos. Son gentes a las que una casualidad puso bajo sus pies un manantial de petróleo, y que de pronto se enriquecieron de un modo fabuloso. ¡Eso es contrario a todo orden natural!

Una ciudad como Bucarest sólo vive de la especulación.

Hace algún tiempo obtuve que Erzberger fuera convicto de agio, un agio enorme sobre terrenos. De resultas de una indiscreción, se enteró de que había un proyecto de parcelamiento entre Pankow y Berlín. Asociado a un *monsignore*, compró terrenos por cien mil

marcos, que fueron revendidos en tres millones setecientos mil marcos. Por esta razón introdujimos en el programa del partido una cláusula concerniente a la especulación en terrenos. Admito que en circunstancias como ésta los propietarios legítimos realicen un pequeño beneficio; pero hay que quitar alientos a las empresas de usureros.

Para la construcción de autopistas, promulgué una ley según la cual las indemnizaciones a los expropiados las fija el Estado.

Todas las rutas estratégicas han sido construidas por tiranos, tanto entre los romanos como entre los prusianos y los franceses. Van rectas a través del campo. Las demás carreteras siguen un camino sinuoso y hacen perder el tiempo a todo el mundo.

Al pueblo le gusta ser gobernado. Por eso es sensible a la pérdida de ciertos jefes. Se vio en el momento de la muerte de Todt. El duelo fue general. Al pueblo le gusta que sean los mejores los que manden.

Soy partidario de que construyamos carreteras por todas partes, pero no es indispensable proceder por doquier de la misma forma. El paisaje flamenco no requiere carreteras semejantes a las nuestras. Esas regiones deben conservar cada una su propio carácter. No destruyamos lo pintoresco del mundo.

Los húngaros están mejor gobernados que los rumanos. ¡Qué pena que no podamos poner a los croatas en el lugar de los rumanos! Los húngaros son nacionalistas apasionados. Asimilan a los alemanes a una velocidad extraordinaria, y saben colocar a los mejores en los puestos de mando. No llegaremos a preservar las minorías alemanas de Hungría más que tomando el control del Estado, o tendremos que retirar nuestras minorías.

Quitando las de Transilvania, las minorías alemanas de Hungría tienen tendencia a degenerar. Me di cuenta de ello en Núremberg, al ver desfilar sus delegaciones. En efecto, desde hace siglos el Estado húngaro atrae a los mejores elementos. En nuestros planes de colonización del este, haremos un sitio para estas minorías. No es un beneficio para el país repatriar minorías, pero si las instalo sobre territorios que no me cuestan nada, ya es diferente. Le hace falta mucha autoridad a un gobierno para conseguir éxito en tal operación. En todo caso, creo que si queremos vivir sincera y amistosamente con Hungría, tendremos que retirar nuestras minorías de su país.

Evidentemente, si queremos que el Danubio vuelva a ser un río alemán, debemos seguir otra política. Entonces deberíamos más bien establecer a todas nuestras minorías balcánicas en las orillas del río. Pero habría que dar, por ejemplo, a los alemanes del Banato una tierra tan fértil como la del propio Banato.

Es seguro que los húngaros y los rumanos no se reconciliarán nunca, ni siquiera viendo en Alemania un enemigo común.

Si establezco en los territorios del este al millón y medio de alemanes de nuestras minorías, construiré una autopista de mil quinientos kilómetros, jalonada cada cincuenta o cien kilómetros por aglomeraciones alemanas, algunas de las cuales serán ciudades importantes.

Esto es una solución tentadora, ¡pero el Danubio siempre es el Danubio! Debemos poner el pie con fuerza en las Puertas de Hierro. Es desgraciadamente una región ingrata y que no atraerá a nuestros colonos. Será posible, sin embargo, poblar esa región explotando las minas de cobre. Será un modo excelente de obtener el cobre que necesitamos, sobre todo si no estamos en buenas relaciones con los yugoslavos.

El Danubio es también un vínculo con Turquía.

Únicamente se puede construir un imperio mundial cuando se tiene todo seguro detrás de sí.

162. NOCHE DEL 26 AL 27 DE FEBRERO DE 1942

Alivio en Rusia. – El sino de Napoleón. – El cuartel general de la Wolfsschanze. – Golpe de gracia al ideal *petit bourgeois*.

El domingo será primero de marzo.

¡Muchachos, no pueden ustedes figurarse lo que esto supone para mí; hasta qué punto los tres meses que acaban de pasar han consumido mis fuerzas y han puesto a prueba la resistencia de mis nervios!

Hoy puedo decirlo ya: durante las dos primeras semanas de diciembre, perdimos mil tanques y nos quedaron dos mil locomotoras fuera de uso. A causa del fracaso general del material, he hecho el papel de mentiroso; ¡y sin embargo yo no mentía! Les decía a los del frente que salían los trenes, pero las locomotoras se helaban. Les anunciaba que llegaban los tanques, ¡pero en qué estado llegaban!

Lo que ahora envío al sur, sé que llegará a su destino. Ya no tememos las incidencias climatológicas.

Una vez pasados enero y febrero, nuestros adversarios deben abandonar la esperanza de que suframos el mismo sino que Napoleón. No han perdido nada con esperar. ¡Pronto arreglaremos cuentas! ¡Uf, qué alivio!

Durante estos acontecimientos, me he dado cuenta de que cuando todo el mundo pierde el dominio de sus nervios, sólo yo conservo mi sangre fría.

Igual pasaba durante la lucha por el poder; pero en aquella época tenía la suerte de contar sólo treinta años, mientras que entonces mis adversarios tenían veinte o treinta años más.

Aquí, en la Wolfsschanze, me siento prisionero en estos búnkers y mi espíritu no puede elevarse. En mi juventud soñé siempre con

vastos espacios, y la vida me ha permitido realizar este sueño. Sin duda por eso sufro aún más en este encarcelamiento. ¡Ah, si estuviéramos por lo menos en Berlín!

El espacio da alas a mi imaginación. Con frecuencia voy por la noche a la sala de mapas, y me paseo allí a lo largo y a lo ancho. Así vienen a mí las ideas.

Mi mejor cuartel general era sin duda Felsennest. En la Wolfschlucht, el lugar era poco seguro y sufría constantemente de los ojos por efecto de las emanaciones cáusticas que se desprendían de la madera incombustibilizada que se usó para construir los barracones. El tercero de nuestros cuarteles generales era sencillísimo, pero muy agradable. Desgraciadamente reinaba tal humedad, que hubiéramos terminado por enfermar todos. El cuarto, que debía ser nuestro verdadero cuartel general, no lo he visto más que en fotografía. Han hecho allí justamente lo que yo no quería, un castillo, y es la primera razón por la que no quise instalarme en él.

Cuando vuelva la paz, empezaré por pasar tres meses sin hacer nada. Nuestros soldados mismos deben tener vacaciones. Abandonaré de inmediato el mando de la Wehrmacht. Haré venir inmediatamente a Speer. Todas nuestras administraciones de guerra quedarán reducidas a la más simple expresión. Incluso el plan cuatrienal será reducido a una actividad más modesta. Sin contar con que lo pondré a cargo del ministerio de Economía. Lo importante es organizar bien el trabajo y poner *the right man in the right place* [en inglés en el original].

Seré feliz sólo con que el ideal *petit bourgeois* de una nación comprimida entre el Elba y el Weser reciba el golpe de gracia. Una nueva juventud está aquí, ávida de conocer el mundo, dispuesta a hacer el relevo.

163. 27 DE FEBRERO DE 1942, A MEDIODÍA

Leyes hechas por el hombre y leyes naturales. – Dios y las religiones. – La fuerza y la tortura imponen creencias. – La verdadera religión. – La verdad debe triunfar. – Hacia una nueva concepción del mundo.

Creo que la providencia otorga la victoria al que sabe servirse del cerebro que le dio la naturaleza Las nociones de derecho inventadas por los juristas tienen poca relación con las leyes naturales. La sabiduría de las naciones contiene a veces verdades tan viejas como el mundo y que traducen perfectamente la voluntad de la naturaleza. Por ejemplo: «¡Ayúdate y el cielo te ayudará!». Es obvio que el hombre forja por sí mismo su destino.

Un día yo le explicaba a Eltz que lo que hemos convenido en llamar la creación verosímilmente es una cosa inmutable, y que sólo la concepción que de ella se ha fabricado el hombre está sujeta a

variaciones. ¿Por qué Dios no da a todos la posibilidad de comprender la verdad? Cualquier hombre de cultura media sabe que en estos momentos la religión católica sólo interesa a la décima parte de la población del globo. También le sorprende que la providencia, que ha querido todo esto, pueda permitir que compitan por la fe del creyente tantas religiones, todas verdaderas para quienes las practican. Además sabe, gracias a la visión en profundidad que la historia le permite, que la religión cristiana sólo interesa a los que viven en un minúsculo periodo de la vida de la humanidad. Dios hizo al hombre. Pero gracias al pecado original somos hombres a imagen de nuestro mundo y nos ganamos el pan con el sudor de la frente.

Durante quinientos mil años Dios contempló impasible el espectáculo de que es autor. Hasta que un día decidió enviar a la tierra a su único hijo. ¡Ya recordarán los detalles de esa complicada historia!

Al parecer, a quienes no creen la fe ha de imponérseles a la fuerza. Si Dios está verdaderamente interesado en iluminar a los hombres, uno se pregunta por qué recurre a la tortura con tal objeto.

Y ya que estamos en este tema, añadiré que incluso entre los que afirman ser buenos católicos, en realidad son muy pocos los que se creen esa filfa. Sólo van regularmente a la iglesia las viejas que lo han perdido casi todo porque para ellas la vida ya ha pasado. Todas esas personas no valen para nada y no hay que perder el tiempo preocupándose por tales cerebros.

En el sindicato formado por la Iglesia, muchos de sus miembros tienen intereses tangibles que defender y no miran más allá. Por una serie de muecas, cierta gente los identifica con la verdadera religión. Después de esto permítanme que exprese mi sorpresa ante el hecho de que esos cínicos explotadores de Dios sean los verdaderos proveedores de ateísmo.

¿Por qué han de combatir los hombres para que triunfe su punto de vista, si con la oración sería bastante? En la contienda española el clero tendría que haber dicho: «Nos defendemos con el poder de la oración». Pero les pareció más seguro pagar a un montón de infieles para que la santísima Iglesia pudiera salvar el pellejo.

Si soy un pobre diablo y muero sin haber tenido tiempo de arrepentirme, voy bueno. Pero si previamente dispongo de diez marcos para beneficiar a la Iglesia, mis asuntos aparecen a una luz más favorable. ¿Es eso lo que Dios hubiera querido?

Que muchachas campesinas y trabajadores sencillos hayan de bailar al son de esa música es cosa que tiene su explicación. Pero que hombres inteligentes se hagan cómplices de semejantes supersticiones y que debido a tales supersticiones y en nombre del amor se haya exterminado en el curso de la historia a cientos de miles de seres humanos, eso es algo que no puedo admitir.

Jamás creeré que lo que está basado en mentiras pueda durar para siempre. Yo creo en la verdad. Y estoy seguro de que a la larga la verdad saldrá victoriosa.

Es probable que en lo que se refiere a la religión estemos entrando en una era de tolerancia. A todo el mundo se le permitirá buscar su propia salvación del modo que mejor le cuadre. El mundo antiguo conoció este ambiente de tolerancia. Nadie hacía proselitismo.

Si entro en una iglesia no es con la idea de derribar ídolos. Es para buscar, y quizá encontrar, bellezas en las que estoy interesado.

Me resultaría desagradable pasar a la posteridad como un hombre que hizo concesiones en este campo. Me doy cuenta de que el hombre, en su imperfección, puede cometer innumerables errores; pero dedicarme deliberadamente al error es algo que no puedo hacer. Nunca llegaré a estar en tratos personalmente con la mentira cristiana. Al actuar como lo hago estoy muy alejado del deseo de escandalizar. Pero me rebelo cuando veo menospreciada de tal manera la mismísima idea de la providencia.

Para mí es una gran satisfacción sentirme completamente ajeno a ese mundo. Pero si tras mi muerte me hallara, junto a personas como yo, en una especie de olimpo, sentiría que me hallo en el lugar adecuado. Estaría en compañía de los espíritus más ilustrados de todos los tiempos.

Yo adopté una actitud definida el 21 de marzo de 1933, cuando me negué a intervenir en las ceremonias religiosas organizadas en Potsdam por las dos iglesias para la inauguración del nuevo Reichstag.

En el partido nunca me he preocupado por averiguar a qué iglesia pertenecían o dejaban de pertenecer los hombres que estaban a mi alrededor. Pero si fuera a morirme hoy, me extrañaría saber que hay un solo «piloto de los cielos» en un radio de diez kilómetros a mi alrededor. La sola idea de que uno de esos individuos pueda aportarme la menor ayuda me haría desesperar de la providencia.

En lo que a mí se refiere, actúo según mis convicciones. No impido a nadie que rece en silencio, pero me rebelo contra cualquier blasfemia. De modo que no dejen que nadie malgaste conmigo oraciones que yo no haya pedido.

Si mi presencia en la tierra es providencial, se lo debo a una voluntad superior. Pero no debo nada a la Iglesia que trafica con la salvación de las almas, cosa que me parece demasiado cruel. Admito que no se puede imponer por la fuerza la propia voluntad, pero me horrorizan las personas que disfrutan imponiendo sufrimientos a los cuerpos ajenos y la tiranía a las almas ajenas.

Nuestra época verá sin duda el fin de la enfermedad del cristianismo. Durará otros cien años, quizá doscientos. Lo que lamentaré será no haber podido ver de lejos, como cualquier profeta, la tierra prometida. Estamos entrando en una concepción del mundo que será una era soleada, una era de tolerancia. Hay que poner al hombre en condiciones de desarrollar libremente los talentos que Dios le ha dado.

Lo importante es, por encima de todo, que evitemos que la mentira que está desapareciendo sea sustituida por una mentira más grande. El mundo del judeo-bolchevismo ha de derrumbarse.

164. 27 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

> Un gobernador para Bélgica. – Los holandeses y la solidaridad germánica. – Aversión a los monarcas. – Un segundo gobierno francés. – Eslóganes para los ingleses.

En Holanda, en Dinamarca y en Noruega existen movimientos cuyos jefes han preferido la ambición de ser un día presidentes del Consejo, gracias a nosotros, a ser sin nosotros nada más que comandantes retirados (o cosa análoga).

Me hace falta un hombre para Bélgica. Lo difícil es encontrarlo. No se trata de enviar allí a un alemán del norte, brutal y riguroso. Me hace falta un hombre extraordinariamente hábil, flexible como una anguila, amable... y a la vez tenaz y duro. Tengo en Holanda con Seyss-Inquart un hombre con esas cualidades. Debo rendirme a la evidencia de que voy a tener que recurrir de nuevo a uno de mis compatriotas austriacos. Cuando trato de averiguar cuál de mis *Gauleiters* tendrá la envergadura necesaria, siempre pienso en Jury. Es hábil, inteligente, conciliador, pero intratable en cuanto se tocan las cosas esenciales. Mi *Gauleiter* de Estiria también sería perfecto, pero es aún muy joven. ¿Enviar a Rusia hombres como Jury y Seyss? ¡Valdría más llevar toros! Pero no hay que confundir flexibilidad y debilidad; ni lo uno ni lo otro cuadrarían allí. Schirach ha hecho muy bien su tarea y puede ponerse en fila para cualquier función importante.

Seyss ha conseguido alentar en Holanda un movimiento que cuenta cada vez con más adeptos y que pelea contra Guillermina sin necesidad de nuestro estímulo. La idea de la solidaridad germánica se impone progresivamente en el espíritu de los holandeses.

En lo referente a los monarcas, los más molestos son los que han envejecido en el cargo. Llegan a ser en cierto modo intangibles. Apenas se les roza, todo el mundo se echa a aullar. Francisco José, por ejemplo, era mucho menos inteligente que su sucesor, pero una revolución contra él no era posible. ¡Qué cantidad de culebras habrá tragado en su vida! Con el tiempo llegó a tomar el aspecto de un Buda. Durante medio siglo soportó los acontecimientos sin reaccionar.

Si el rey danés se pone, como el viejo sueco, a no hacer nada y a reponer fuerzas jugando al tenis, llegará a la edad de Matusalén. Gustavo V me decía que tenía una excelente constitución, ya que cuando su ausencia fuera del país se prolongaba más de cuatro semanas, debía ser sustituido. Es a fuerza de no hacer nada como llegan a viejos estos fantoches. En Dinamarca tenemos ya el sucesor; será Clausen.

Cuando hayamos llegado a esto, dispondremos de tres hombres que habrán pecado tanto, que se verán obligados a mantener la solidaridad con nosotros pase lo que pase. Podemos contar con Clausen, y con Mussert también.

¡En Bélgica hay ese maldito rey! ¡Si por lo menos se hubiera ido como los otros! Yo hubiera permitido a su bonita compañera ir a reunirse con él.

En París tendremos probablemente un segundo gobierno francés. Para mi gusto, Abetz se inclina en exceso a la colaboración. No puedo, desgraciadamente, hacerle conocer con exactitud mis intenciones, ya que tiene una mujer. Conozco, en efecto, el caso de un hombre que habla en sueños, y tengo derecho a pensar que Abetz puede hacer lo mismo. Pero organiza inteligentemente la oposición entre París y Vichy, y en eso su mujer le es útil. Así toman las cosas un aspecto más inocente.

Si llegamos a constituir en París un segundo gobierno francés, la oposición a Vichy no deseará sino que nos quedemos, por miedo a que se descubra cuántos de entre ellos están pagados por nosotros.

Mi opinión es que cuanto más tiempo estemos en París, será mejor. Por lo demás, no tendré el menor trabajo para encontrar ocupantes para París, y no hay ningún peligro de que un día una unidad de la Wehrmacht se subleve diciendo: «¡No queremos seguir en Francia!».

Le he dicho a Himmler que si yo fuera un emperador del Sacro Imperio, él habría caído ya en desgracia. Comprendo muy bien a los emperadores que no se sintieron tentados por la conquista del este. Aquellos espacios no tenían carreteras y ningún medio de calefacción en el invierno. El invierno dura allí todo el año. Es fácil decir: «La sangre y la tierra». Era precisamente al oeste donde se encontraban las tierras fértiles. Sin el particularismo de los príncipes alemanes, hubiésemos logrado germanizar toda la Italia del norte. Racialmente el oeste es en gran parte germánico. Hay que revisar la teoría de Himmler seriamente. Le hacemos demasiado honor a Enrique el León, pues él contribuyó a que fracasase la política de Barbarroja y de Enrique VI. Si todo el mundo hubiera apoyado la política de los emperadores, ¿adónde habríamos llegado?

Suponiendo que la expansión al oeste hubiese proseguido lógicamente, tendríamos un gran imperio germánico que se extendería desde Dinamarca hasta el Loira, e Inglaterra no habría adquirido la importancia que hoy tiene.

Ha llegado el momento en que la propaganda puede jugar un papel importante en nuestro favor. No hay necesidad de atacar a cada inglés, para incitarle a este o aquel gesto. Se trata de una propaganda que se apoya en cosas indiscutibles y que por lo tanto crea eslóganes capaces de caer en un terreno bien preparado para recibirlos. Por ejemplo: «El imperio británico se convierte cada vez más en una colonia de los judíos americanos».

Tras la función religiosa, el órgano de la abadía de Westminster tocó *La internacional*. ¿Qué puede significar esto, sino la caída del cristianismo?

Basta comparar las declaraciones que se han hecho últimamente en Londres con las que hace un año partían de Lisboa, para darse cuenta del cambio de la situación. Es un punto crítico en la historia.

165. NOCHE DEL 27 AL 28 DE FEBRERO DE 1942

Organización financiera de la prensa del partido.

La gran idea de Amann fue asegurar la existencia financiera del periódico gracias a los beneficios realizados por las ediciones del partido. Estos beneficios se acumularon tan deprisa, que el periódico dejó rápidamente de correr riesgo alguno.

Amann realizó el *tour de force* de sostener la editorial durante mi encarcelamiento en Landsberg. Por una vez los bizantinismos de los juristas nos fueron útiles. La editorial era una sociedad de responsabilidad limitada, y la ley exigía el acuerdo unánime de los socios para disolverla. Por suerte uno de los asociados, Von Sebottendorf, estaba en el extranjero (creo que en Turquía) y, como es natural ¡Amann nunca llegó a dar con él!

En aquel momento yo disponía de una parte del capital (Gutberlet me había regalado una participación de cinco mil marcos, y yo compré otras). La empresa existía desde hacía treinta o cuarenta años, bajo el nombre de Franz Eher Verlag. Mantuve para el periódico el nombre de *Völkischer Beobachter*. Dietrich Eckart estaba furioso. «¿Qué significa *Beobachter*? ¡Yo comprendería algo así como "El rompedor de cadenas"!»

Muy inteligentemente, por razones de camuflaje, Amann creó al lado el Hoheneichen Verlag, cuyo nombre cubría ciertas publicaciones. Y dejó que de la impresión se ocupara Adolf Müller, para no tener que perseguir, por falta de pago de facturas, a algunos camaradas del partido.

166. 28 DE FEBRERO DE 1942, POR LA TARDE

Crisis de vivienda. – Nuevas construcciones.

Para poner término a la crisis de alojamientos, construiremos en cuanto se acabe la guerra un millón de viviendas al año, y esto durante cinco años consecutivos.

El tiempo necesario para construir una casa no debe exceder de tres meses. En este campo las conquistas de la técnica deben utilizarse íntegramente. El ama de casa debe verse descargada de todos los trabajos menudos que hacen perder tiempo. No solamente hace falta que los jardines de infancia estén próximos a las casas, sino que es preciso que la madre no tenga la obligación de llevar por sí misma a los chicos. Debe limitarse a tocar un timbre para que en seguida aparezca la vigilante. Nada de basuras que bajar, nada de combustible que subir. Hay que conseguir incluso que el timbre del despertador ponga en movimiento el aparato eléctrico que hace hervir el agua del desayuno.

Hay que poner en práctica todos los pequeños inventos para que disminuya el peso de la vida.

Tengo un hombre, Robert Ley, a quien bastará que confíe esta misión. Una señal, y lo pone todo en marcha.

Cada vivienda deberá llevar consigo el derecho a un garaje, ¡y nada de que ese garaje cueste cuarenta o cincuenta marcos al mes! Debe costar diez veces menos. Si esto no se ha hecho ya, lo debemos una vez más a esos malditos juristas. He tenido que oír que esos maniáticos de la administración no han encontrado nada mejor que confeccionar un dosier en el que todas las posibilidades de accidentes, imaginables e inimaginables, están previstas. Y en él se han basado para establecer sus normativas. Imponen así tales exigencias que el precio de la construcción se hace inaccesible. En muchos casos, se fundan sobre particularidades técnicas abandonadas desde hace ya veinte años. Por ejemplo, existe un reglamento que limita en un tanto por ciento la inclinación de las rampas. Si se aplica tal reglamento, lleva consigo gastos enormes: pérdida de tiempo, pérdida de espacio, cantidad de material necesario.

Además hay que uniformar los elementos para la construcción de interiores. ¡Que no pregunten por dónde se empezará!

Si se consigue evitar a los cinco millones de familias que vivirán en las nuevas viviendas los gastos inútiles ocasionados en general por una nueva instalación, será ya un progreso. A todo le hace falta un principio. ¡Que se empiece en seguida!

167. NOCHE DEL 28 DE FEBRERO AL I DE MARZO DE 1942

El festival de Bayreuth en 1925. – Bayreuth y el nacionalsocialismo. – Papel de Cosima Wagner. – Siegfried Wagner.

En 1925 los Bechstein me invitaron a su casa de Bayreuth. Vivían en una villa de la Litsz Strasse (creo que la calle se llamaba así), a dos pasos de Wahnfried. Yo había vacilado entre ir y no ir, ya

que temía aumentar las dificultades de Siegfried Wagner, que andaba un poco en manos de los judíos.

Llegué a Bayreuth hacia las once de la noche. Lotte Bechstein estaba aún levantada, pero sus padres ya se habían acostado. A la mañana siguiente, Cosima Wagner vino a traerme algunas flores. ¡Qué animación había en Bayreuth, para el festival! Hay gran número de fotografías de esta época en las que yo figuro, tomadas por Lotte Bechstein.

Me pasaba el día en pantalón corto de piel. Por la noche me ponía el esmoquin o el frac, para ir al teatro. Hicimos excursiones en coche a la Fichtelgebirge y a los montes de Franconia. Desde todos los puntos de vista, fueron unos días maravillosos. Cuando iba al cabaret de la Chouette, simpatizaba inmediatamente con los artistas. Yo era entonces célebre hasta el punto de temer por mi tranquilidad.

Dietrich Eckart, que había sido crítico en Bayreuth, siempre me había elogiado la atmósfera extraordinaria que allí reinaba. Me contó que una mañana irrumpieron en la Chouette y que habían ido a la pradera detrás del teatro en compañía de los artistas, para representar *El encanto del Viernes Santo*.

La primera ejecución de *Parsifal* a la que asistí en Bayreuth la cantaba aún Cleving. ¡Qué estatura y qué magnífica voz! Yo había asistido ya a representaciones de *Parsifal* en Múnich. Ese mismo año estuve en la representación del *Anillo* y de los *Maestros cantores*. Que el judío Schorr cantase la parte de Wotan me hizo el efecto de una profanación. ¿Por qué no hicieron venir a Rode de Múnich? Pero actuaba también Braun, un artista de cualidades excepcionales.

Durante años tuve que renunciar al Festival, y lo consideré como una desgracia. Cosima Wagner también se quejaba. Me reclamó varias veces por carta y por teléfono. Pero nunca he pasado por Bayreuth sin ir a verla.

El mérito de Cosima Wagner es haber hecho la conjunción de Bayreuth y del nacionalsocialismo. Siegfried estaba unido a mí por la amistad, pero era neutro en política. No podía obrar de otra manera, de lo contrario los judíos le hubieran hundido. Ahora se ha roto el encanto. Siegfried ha recuperado su independencia y vuelven a oírse obras de él. ¡Esos cochinos judíos habían logrado derribarlo! Había oído en mi juventud el *Bärenhäuter*. Dicen que *Schmied von Marienburg* es su mejor obra. ¡Todavía tengo muchas cosas que ver y oír!

En Berlín asistí a la representación de una obra de juventud de Richard Wagner, *La novicia de Palermo*, que contiene temas que aún recuerdan a Mozart. Solamente de vez en cuando aparecían algunos temas, primicias de un nuevo estilo.

168. 1 DE MARZO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

Un personaje pintoresco: el impresor del partido.

Gracias a Dietrich Eckart conocí a Müller. El primer encuentro no fue favorable, y me extrañaba que Eckart me hubiera puesto en relación con semejante individuo. «Te concedo que es negro como un diablo, me contestó Eckart, y más astuto que un aldeano, pero es el mejor impresor que he conocido en mi vida, y también el hombre más generoso.»

Esto era mucho antes de que yo tuviese el *Völkischer Beobachter*. Müller estaba hundido en su sillón con el aplomo de un plutócrata. Su primera frase fue: «Evitemos, para empezar, toda mala interpretación. Debe ser establecido claramente que cuando no se paga, no se imprime».

Cuando se iba a visitarle, Müller no dejaba de gemir. Sin embargo, cada día estaba más gordo. Imprimía cada vez más, compraba constantemente nuevas máquinas, pero su *leitmotiv* era: «No puedo salir adelante con esta tarifa; estoy arruinándome». «Viéndole tan grueso, nadie lo diría.» «¡Es que tengo tantas preocupaciones, que bebo un poco para ahogarlas y esto le hincha a uno!» Su imprenta está instalada de la manera más moderna. Es un verdadero genio en su oficio. No se hallaría otro más pillo, pero era un patrón que tenía un gran sentido social. Pagaba bien a sus obreros, y cuando los llevaba de excursión no reparaba en gastos. Para una empresa de esta importancia, tal cosa representaba menos que nada. Y el *Völkischer Beobachter* estaba allí para pagar.

Nunca he hecho un viaje con Müller sin que él tuviera que ir a ver a alguna mujer de la que tenía un hijo. Cuando nacía uno de sus bastardos, le abría una cuenta en la caja de ahorros con una suma inicial de cinco mil marcos. Le conozco ahora cuatro hijos ilegítimos. ¡No me explico cómo este hombre tan mal hecho puede tener unos chicos tan guapos! Hay que decir que Müller adora a los niños.

Cada semana pasa dos días con Ida en el Tegernsee, aunque ya están divorciados. ¡Se casó con ella sólo para que sus hijos tuvieran un apellido conveniente! Pasa también dos días con su mujer legítima en Múnich, y por fin dos días en su negocio. El tiempo que le sobra lo dedica a cazar.

Este Müller es verdaderamente una personalidad.

169. 1 DE MARZO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: HIMMLER

Los celos entre las mujeres. – Desproporción entre el número de hombres y de mujeres. – La poligamia y la guerra de los Treinta Años.

– Los hipócritas de las elites. – El casamiento burgués. – Los prejuicios sociales, en trance de desaparecer.

Para una mujer, su vestido más bonito pierde todo encanto si ve que otra lleva uno igual. He visto a una mujer salir repentinamente de la ópera, ante una rival que acababa de entrar en un palco y que llevaba el mismo traje que ella. «¡Qué descaro! —exclamó—, ¡yo me marcho!»

En el placer que siente una mujer en embellecerse, se mezcla siempre un elemento turbio, algo de pérfido: suscitar la envidia de otra mujer, exhibiendo una cosa que la otra no posee. Las mujeres tienen el talento, desconocido en los hombres, de saber dar un beso a una amiga hundiéndole al mismo tiempo en el corazón un estilete bien afilado. Querer cambiar a las mujeres, en este punto, sería candoroso. Acomodémonos a sus pequeñas debilidades. Y si verdaderamente les basta a las mujeres, para ser dichosas, satisfacciones de ese género, ¡sobre todo que no se priven de ellas! Por mi parte, prefiero verlas ocupadas así antes que entregadas a la metafísica. No hay peor calamidad que verlas en lucha con las ideas. En este aspecto, el punto catastrófico lo alcanzan las mujeres que se dedican a la pintura, las cuales no dan ninguna importancia a la belleza cuando se trata de sí mismas.

Otras mujeres que eran extremadamente cuidadosas de su persona dejan de serlo cuando han encontrado marido. Estaban obsesionadas por la línea, pesándose en balanzas de precisión: ¡el menor gramo cuenta! Se casan ustedes con ellas, y engordan por kilos.

Sin duda las mujeres podrían echarnos en cara nuestra propia coquetería, nuestra pobre coquetería de hombres, cuando nos burlamos de sus artificios. Es verdad que nos afeitamos, que nos peinamos, que también nosotros pretendemos corregir los defectos de la naturaleza.

Cuando yo era niño, sólo los actores y los curas llevaban el rostro afeitado. En Leonding, el único civil sin barba era considerado como un excéntrico. La barba da carácter a ciertos rostros, pero se descubre mejor la personalidad en un hombre afeitado. La evolución que se ha hecho en el sentido de la sobriedad parece además conforme con las leyes de la naturaleza. A través de las edades, ¿no ha ido el hombre desembarazándose de su pelambrera?

En los países en que las mujeres son más numerosas que los hombres, la mujer recurre a todos los medios para vencer a sus rivales. Es una forma del espíritu de conservación, una ley de la especie. La mujer más dulce se transforma en un animal feroz, cuando otra mujer trata de quitarle su hombre. Cuanto más grande es la feminidad en una mujer, más desarrollado está su instinto. ¿Acaso hay que ver este salvajismo innato como un defecto?¿No será más bien una cualidad?

Hay un estado social en que la mujer sólo está considerada en cuanto esclava (como aún ocurre en ciertas tribus). Si volviéramos a tal situación sería un retroceso marcadísimo para la humanidad.

Pero ése no es el único estado social posible. El matriarcado constituyó ciertamente, en los tiempos prehistóricos, una forma de organización social bastante extendida. En el fondo, un pueblo no se extingue jamás por falta de hombres. Acordémonos de que después de la guerra de los Treinta Años, fue tolerada la poligamia y que gracias a los hijos ilegítimos volvió a encontrar su fuerza la nación. Tales disposiciones no pueden dar origen a una norma legal, pero mientras tengamos en Alemania dos millones y medio de mujeres destinadas al celibato, nos está prohibido despreciar al hijo nacido fuera del matrimonio.

Los prejuicios sociales van borrándose. Cada día la naturaleza vuelve por sus derechos. Estamos en el buen camino. Siento mucha más estima por la mujer que tiene un hijo ilegítimo que por una solterona. Me han hablado muchas veces de mujeres no casadas que tenían hijos y que los educaban de un modo enternecedor. Esto es frecuente, sobre todo entre las sirvientas. Las mujeres que no tienen hijos terminan por volverse neuróticas. Es extraño advertir que en casi todos los países el número de mujeres es mayor que el de hombres. Entonces ¿qué mal puede haber en que cada mujer cumpla su destino? Me gusta ver a mi alrededor esa prueba de salud. Lo contrario me haría misántropo. Y llegaría realmente a serlo, si sólo tuviera ante mis ojos el espectáculo de las diez mil mujeres que se llaman de la elite. Afortunadamente para mí, he conservado siempre el contacto con el pueblo. En el pueblo la salud moral es reglamentaria. Esto va tan lejos, que nunca en el campo se le ha echado en cara a un sacerdote que tenga algo que ver con su sirvienta. Es casi una garantía: las mujeres y las muchachas del pueblo no tienen necesidad de ponerse en guardia. En cualquier caso, las mujeres del pueblo están llenas de sabiduría. Admiten que un cura joven no puede purgar el esperma por el cerebro.

Los hipócritas se encuentran en la elite de los diez mil. Allí está el rigorismo capaz de reprochar al vecino sus aventuras olvidándose de que el que juzga está casado con una divorciada. Cada uno debe extraer de su propia conciencia las razones para mostrarse indulgente hacia los otros. El matrimonio, tal como se practica en el medio burgués, es generalmente algo que va contra naturaleza. Pero admito que el hallazgo de dos seres que se completan, que están hechos el uno para el otro, limita ya con el milagro.

Pienso con frecuencia en las mujeres que pueblan los conventos... por no haber encontrado al hombre con quien hubieran deseado compartir su vida. En realidad la mayoría de ellas, exceptuadas las que fueron prometidas a Dios por sus padres, son mujeres a quienes la vida ha defraudado. Los seres humanos están hechos para sufrir pasivamente. Son raros los seres capaces de luchar a brazo partido con la existencia.

170. 3 DE MARZO DE 1942, A MEDIODÍA

> El camino de la independencia. – Los *Tories* ingleses tienen razón. – El maestro alemán en los territorios del este. – Ideas sobre la formación escolar de los niños.

Si algún día tolerásemos que un país conquistado por nosotros tenga ejército propio, nuestros derechos sobre tal país habrían concluido, ya que la autonomía es el camino de la independencia.

Es inimaginable que pueda conservarse por medios democráticos lo que se ha conquistado por la fuerza. En esto opino como los *Tories* ingleses. Someter a un país independiente con la intención de devolverle su libertad no cabe en la cabeza. La sangre derramada confiere un derecho de propiedad.

Si los ingleses le dan la libertad a la India, antes de veinte años la India habrá vuelto a perderla. Hay ingleses que se reprochan a sí mismos haber gobernado mal ese país. ¿Por qué razón? Porque los hindúes carecen de entusiasmo hacia Inglaterra. Yo digo que los ingleses han gobernado muy bien aquel país, pero que su error está en esperar entusiasmo de parte de sus administrados.

Es verdad que los ingleses han explotado a los hindúes; pero también es verdad que la India se ha beneficiado de la dominación inglesa. Sin los ingleses, la India no tendría una población de trescientos ochenta millones de habitantes.

Sobre todo ¡que no se deje suelto al maestro de escuela alemán en las regiones del este! Sería el medio seguro de perder al mismo tiempo a los alumnos y a los padres de los alumnos. La solución ideal consistirá en enseñar a esos pueblos una mímica elemental. Se les pediría menos que a los sordomudos. Ningún impreso para ellos. La radio bastaría para darles las informaciones indispensables. Música, toda la que quieran. Mi opinión es que no se les debe confiar ningún trabajo que suponga el menor esfuerzo mental.

¡Díganme ustedes! ¿Cómo ha correspondido Rusia a lo que le aportó la cultura europea? Los rusos la utilizaron para inventar el anarquismo. Cuanto más en paz se les deja vegetar, más felices son. Cualquier otra actitud sólo daría como resultado crearnos enemigos feroces.

La lógica de nuestros pedagogos llevaría consigo la edificación de una universidad en Kiev. ¡Será su primer hallazgo!

Creo además de un modo general que es útil enseñar a los hombres sólo lo indispensable. Se les recarga, sin interés para ellos mismos ni para nadie. Vale más suscitar en los hombres el espíritu de la belleza. Esto era lo que entre los griegos se tenía por esencial. Hoy se obstinan en cebar a los niños con nociones disparatadas.

La formación escolar debe constituir una base sobre la cual sea posible edificar más tarde, si acaso una enseñanza especializada. De todos modos, la enseñanza tiene que adaptarse a la realidad actual.

Lo que hoy cuenta, más que las menudencias, es la historia del Reich. Es hacer perder el tiempo a los niños, abarrotarles el espíritu sin provecho y entretenerse en que sepan detalladamente todo lo que se refiere a su pueblo, a la región y al país. No olvidemos que los acontecimientos que estamos viviendo serán un día recitados de memoria en todas las escuelas del Reich. El cerebro de un niño campesino no puede retenerlo todo.

Además ¿qué es eso de enseñar a un niño, en una escuela elemental, un idioma extranjero al mismo tiempo que el alemán? El ochenta por ciento de esos niños no irán nunca más lejos de su aldea. ¿Para qué les servirán, pues, los rudimentos de un idioma extranjero? Que se les dé más bien conocimientos generales. Así, en lugar de enseñarles durante cuatro años el francés a razón de tres horas por semana, ¿Por qué no esperamos al último año? E incluso durante ese último año, que se les dé sólo una hora de francés por semana. Es ya suficiente para orientar a los que vayan a continuar sus estudios.

¿Creen ustedes que hay necesidad de enseñar geometría, física y química a un muchacho que ha decidido consagrarse a la música? Si no está dotado para estas disciplinas ¿que le quedará de ellas más tarde? Encuentro perfectamente ridículo ese modo de hacer tragar a la juventud tantas nociones parciales que no es capaz de asimilar.

En mi tiempo se exigía de un alumno no solamente que tuviera la nota media impuesta, sino que en ciertas materias sus notas no fueran inferiores a un mínimo. Si el alumno se siente especialmente dotado para una especialidad, ¿por qué complicamos sus estudios obligándole a asimilar nociones inasimilables para él?¿No valdría más empujarle en su propia dirección?

La enseñanza de la historia se limitaba hace cuarenta años a una nomenclatura de fechas, muy árida. Faltaban totalmente los juicios de conjunto. ¿Qué podía salir de eso, cuando además el maestro no tiene el don necesario para animar las cosas muertas? Aquella enseñanza era una verdadera tortura.

Tuve un profesor de francés cuya única preocupación era sorprendernos en falta. Era minucioso y perseguidor.

Cuando pienso en todos los que fueron mis profesores, me doy cuenta de que la mitad de ellos estaban trastornados. Raros eran los que hubieran podido considerarse buenos maestros. Es trágico pensar que tales seres pueden torcer la carrera de un muchacho.

Hay niños que están dotados de tal vitalidad, que no pueden permanecer quietos; no pueden, ni quieren, fijar la atención. Me parece inútil forzarles a ello. Comprendo, naturalmente, que tal actitud moleste al profesor. Pero, ¿es justo privar a un niño de las posibilidades que le ofrece la vida, por la sola razón de que es turbulento? Me acuerdo de que, en general, me hacía falta diez veces menos de tiempo que a mis compañeros para hacer mis deberes. Mi piedra de toque era la historia. Me daban pena algunos de mis compañeros que no tenían nunca tiempo para jugar. Algunos empiezan en la escuela su carrera de empollones. Pasan brillantemente la prueba de los exámenes. A su modo de ver, todo se

lo han ganado. Pero también, ¡qué sorpresa se llevan, cuando ven triunfar a uno de sus compañeros, más dotado, pero que ellos habían calificado de perezoso!

171. 7 DE MARZO DE 1942, A MEDIODÍA

Particularidades de la lengua alemana. – Abuso de las consonantes. – Palabras prestadas. – Un derecho reconocido únicamente a los escritores geniales.

Si se compara el idioma alemán con el inglés, y luego con el italiano, se presentan al espíritu inmediatamente algunas consideraciones.

El idioma inglés carece de la posibilidad de expresar pensamientos que van más allá del orden de las cosas concretas. Esta posibilidad la tiene el idioma alemán, y por eso Alemania es el país de los pensadores.

El italiano es la lengua de un pueblo de músicos. Me convencí de esto el día que en Obersalzberg oí a un ciego de guerra italiano. ¡Qué olas de elocuencia, qué apoteosis! Traducido su discurso, no quedaba absolutamente nada: puro aire.

Nosotros los alemanes no tenemos costumbre de hablar por hablar. No nos emborrachamos con los sonidos. Cuando abrimos la boca es para decir algo. Pero nuestra lengua es pobre en vocales y debemos reaccionar contra esta tendencia.

Hoy día en Alemania faltan poetas, y nuestra literatura trata de compensar esta deficiencia con florituras de estilo. Hay que tener cuidado de no dar demasiada importancia a la palabra. La forma es sólo un medio. Lo esencial es siempre la inspiración.

Si les dejáramos manga ancha a los reformadores de nuestra lengua, el alemán acabaría por perder toda musicalidad. Desgraciadamente estamos ya limitados a las vocales *a*, *e* e *i*. Tenemos además demasiadas consonantes silbantes. Cuando digo *Kurzschriftler* en lugar de *Stenograf*, me hace el efecto de que hablo polaco. En este caso, el término mismo es una tontería. ¿Por qué no adoptar el nombre de bautismo que le dio el autor?

Los lingüistas que recomiendan esas germanizaciones son enemigos mortales de la lengua alemana. Si les seguimos por este camino, pronto seremos incapaces de expresar nuestros pensamientos con precisión, y nuestra lengua será cada vez más pobre en vocales. Acabará por parecerse (no me atrevo apenas a decirlo), al japonés: sería una cosa entre el cacareo y el graznido. ¿Cómo imaginar que pueda cantarse en una lengua semejante?

Alegrémonos por disponer de un vocabulario bastante rico para matizar hasta el infinito nuestro pensamiento. Y aceptemos con agradecimiento las palabras extranjeras que han entrado en nuestra lengua, aunque no sea más que por su sonoridad.

¿Qué sucedería si expulsáramos de la lengua alemana todas las palabras de origen extranjero que ha asimilado? Primero, no sabríamos exactamente dónde conviene pararse en este camino. Después, sacrificaríamos estúpidamente una rica aportación que debemos a nuestros predecesores.

La lógica mandaría que al mismo tiempo que se renuncia a un término, se renunciase a la cosa que tal palabra significa. No sería honrado conservar la cosa y repudiar la palabra. Suprimiríamos, por ejemplo, la palabra teatro; ¡pero trataríamos de hacer creer que somos nosotros los que hemos inventado el teatro, y vuelto a bautizarlo! ¡Dejémonos de niñerías!

Sólo los escritores geniales tienen derecho a modificar la lengua.

En la generación que dejamos atrás, sólo veo a Schopenhauer, que hubiera podido permitírselo. Mientras una lengua evoluciona, es que vive, sigue adecuándose a la expresión de los pensamientos y de las ideas nuevas.

Me gustaría que cuando tomamos una palabra de una lengua extranjera, la ortografía alemana correspondiera a su pronunciación, de modo que todo el mundo pueda pronunciar ese término de la misma forma. El ejemplo de los ingleses, en lo que a esto se refiere, no es recomendable. Desde el momento en que una lengua dispone de una letra para cada sonido diferente, no se puede admitir que la pronunciación exacta dependa del conocimiento de la lengua en la cual la palabra tiene su origen. Una palabra debe escribirse como se pronuncia.

172. NOCHE DEL 10 AL 11 DE MARZO DE 1942

Los celos femeninos, reacción de defensa. – Algunas anécdotas sobre las mujeres.

La envidia es en la mujer una reacción de defensa. Tiene seguramente un origen ancestral, y debe remontarse a la época en que la mujer no podía en absoluto prescindir de la protección del hombre. En principio es una reacción de mujer grávida, causa por la que necesita aún más protección. Se siente entonces frágil, miedosa, por sí misma y por el niño que lleva. Y este niño, ¡cuántos años necesitará para adquirir su independencia! Sin la protección del hombre, la mujer se ve expuesta a todos los peligros. También es natural que se sienta especialmente unida al héroe, al hombre que le asegura el máximo de protección. Ante esta seguridad, se comprende que defienda reciamente su bien; de ahí el origen de los celos.

El hombre está animado por un sentimiento análogo con respecto a la mujer que quiere, pero el reino de los celos femeninos es infinitamente más vasto. Una madre tiene celos de su nuera, una hermana de su cuñada.

Fui un día testigo de una escena que le hizo Eva Chamberlain a su cuñado Siegfried Wagner. Era positivamente increíble, tanto más cuanto que ambos estaban casados. La mujer de Siegfried, Winifried, muy joven, estaba como tolerada por sus cuñadas. Sin embargo, el día en que se produjo la catástrofe, su presencia se juzgó particularmente oportuna. Era una mujer irreprochable. Siegfried le debe cuatro chicos hermosos, que no ven más que por su padre, y al que se parecen de un modo contundente: ¡todos son Wagner!

Incluso en la señora Bruckmann sorprendí un día una reacción inesperada. Había invitado, al mismo tiempo que a mí, a una mujer muy bonita de la sociedad de Múnich. En el momento en que nos despedíamos, la señora Bruckmann sorprendió en ella una mirada de interés que sin duda juzgó intempestiva. Consecuencia: que nunca más nos invitó juntos. Como ya he dicho, esta mujer era muy hermosa; quizá tenía algún interés por mí, pero nada más.

Conocí a una mujer cuya voz se enronquecía de emoción cuando, delante de ella, dirigía yo la palabra a otra.

El universo del hombre es vasto, comparado con el de la mujer. El hombre se concentra en sus ideas, en sus ocupaciones. Sólo incidentalmente dedica todo su pensamiento a una mujer. Por el contrario, el universo de la mujer es el hombre. Se puede decir que no ve más que a él, por eso es capaz de amar tan profundamente.

La inteligencia no es en la mujer una cosa esencial. Por ejemplo, mi madre habría hecho muy triste figura en la sociedad de nuestras mujeres cultivadas. Mi madre vivió rigurosamente para su marido y para sus hijos. Era su único mundo. Pero le dio un hijo a Alemania.

Los casamientos que tienen por origen una excitación de los sentidos son generalmente poco sólidos. Semejantes lazos se desatan fácilmente. Las separaciones son especialmente dolorosas cuando ha existido una verdadera camaradería entre los esposos.

Juzgo inadmisible que una mujer pueda ser llamada a declarar en un juicio sobre cuestiones de orden íntimo. He hecho suprimir esto. Tengo horror de los fisgones y del espionaje.

Recuerdo ahora un rasgo de Federico el Grande. Se quejaba un día ante su jefe de policía de que era el menos informado de los monarcas de Europa respecto a lo que pasaba en el interior de su reino. «Nada hay más fácil de remediar, señor: que pongan a mi disposición los mismos medios que utilizan mis colegas, y lo haré seguramente tan bien como ellos.» «A ese precio —contestó el rey—, renuncio.» Yo mismo no me he servido nunca de tales medios, y nunca daré audiencia a un delator. Hay en ello algo de repugnante. De mujeres espías, ¡ni hablemos! Esas mujeres no solamente se prostituyen, sino que representan ante el hombre que están dispuestas a entregar la comedia más inmunda.

En mi juventud, yo era un solitario y prescindía muy bien de la sociedad. He cambiado mucho, ya que ahora no puedo soportar la soledad. Lo que prefiero es cenar en compañía de una mujer bonita. Y antes que encontrarme solo en casa, iría a comer a la Osteria.

Nunca leo una novela. Ese género de lectura me desagrada.

La *Augsburger Abendzeitung* es el periódico más viejo de Europa. Ha hecho bien Amann dejándolo subsistir. Pero es lamentable que los *Fliegende Blätter* hayan desaparecido y que *Jugend* haya degenerado.

Cuando no se puede hacer vivir simultáneamente dos empresas, opino que debe suprimirse la más reciente y conservar la antigua.

173. NOCHE DEL 11 AL 12 DE MARZO DE 1942

Sobre los perjuicios del tabaco. – Treinta kreuzers al día. – Berlín, capital del mundo.

En Bayreuth conocí a un hombre de negocios, cierto Möckel, que me invitó a ir a verle a Núremberg. Encima de su puerta había un rótulo: «Los fumadores no entran aquí». En cuanto a mí, no he puesto letrero en mi puerta, pero los fumadores no entran en mi casa.

Hace algún tiempo le preguntaba a Goering si creía que le favorecía retratarse con la pipa en la boca. ¿Qué pensaría usted del escultor que le inmortalizara con un cigarro entre los dientes?

Es completamente falso decir que el soldado no soportaría la vida del frente si se le privara de tabaco. Es un error que hay que cargar en el pasivo del alto mando, la distribución desde el principio de la guerra de una ración cotidiana de cigarrillos al soldado. Naturalmente, no se trata de hacer marcha atrás en este momento. Pero en cuanto vuelva la paz, lo suprimiré. Podemos hacer mejor empleo de nuestras divisas que destinándolas a la importación de veneno.

Empezaré la reeducación por los jóvenes. Les diré: «No sigáis el ejemplo de los viejos».

¡He conocido tal miseria en Viena! Pasé allí meses y meses sin hacer una comida caliente. Vivía de leche y de pan duro. Pero gastaba treinta kreuzers al día en cigarrillos. Me fumaba de veinticinco a cuarenta por día. Ahora bien, en aquella época un kreuzer representaba, para mí, más que diez mil marcos hoy. Un día hice la reflexión de que con cinco kreuzers podía comprar mantequilla para poner sobre mi pan. Tiré mis cigarrillos al Danubio y desde entonces no he vuelto a fumar.

Estoy persuadido de que si hubiera continuado fumando, no hubiera resistido la vida de preocupaciones que llevo desde hace tanto tiempo. Es quizá a este detalle insignificante a lo que el pueblo alemán debe su salvación.

¡Tantos hombres, a mi alrededor, han muerto por el abuso del tabaco! Primero, mi padre. Después Dietrich Eckart, Troost. ¡Pronto le tocará a usted, Hoffmann!

Berlín, como capital del mundo, producirá una impresión que evocará al antiguo Egipto; no podrá compararse más que con Babilonia o Roma.

En comparación con esta capital, ¿qué representarán Londres o París?

174. 24 DE MARZO DE 1942, DURANTE LA CENA

Informaciones a disposición del enemigo. – Mejor utilización de los hombres en la Wehrmacht. – Protección de la propiedad privada. – Límites de la propiedad individual. – Los derechos del Estado. – Moralidad de las loterías y de los juegos de azar. – Monopolio de la energía industrial. – Los intereses capitalistas.

A pesar de su inclinación a criticar todo lo que nosotros hacemos, las democracias no desperdician la menor ocasión para imitarnos cuando tomamos medidas que tienen por objetivo simplificar nuestra organización. Es por ello por lo que, de ahora en adelante, convendrá no hablar en la prensa de nuestras innovaciones en este terreno ya que, obrando como hasta el presente, ponemos tales informaciones a disposición de las naciones enemigas y les permitimos sacar provecho de nuestras propias experiencias. También en este orden de realidades el silencio es hoy de rigor.

En lo que atañe a la utilización de los hombres, el general Jodl había comprobado que existía un notable mejoramiento en la Wehrmacht si se la comparaba con el ejército de la primera guerra mundial, en la que se transformaba a un pescador en cazador alpino y a un carnicero en oficinista, bajo pretexto de formar al soldado. En aquel momento, por el contrario, se procuraba utilizar a cada uno en función de sus aptitudes, para el mayor provecho de la comunidad. Hitler intervino:

No hay que ver las cosas desde el estrecho punto de vista de la Wehrmacht, sino desde el de la nación en su totalidad. Tomo el caso de un oficial de la reserva. Imagino que ocupa en la vida civil una importante función, incluso tomando como base la marcha de la guerra. Este hombre siente la tentación de abandonar su trabajo para ponerse a disposición del ejército, bien sea por patriotismo, bien por temor a ser considerado como un emboscado. La Wehrmacht le acogerá y le meterá en una oficina, aumentando de este modo el número de los que componen una administración ya saturada de personal. Por lo que se refiere a este hombre, estará

perdido para una actividad en la que nos hubiera resultado mucho más útil. ¿No sería mucho más simple darle un uniforme y movilizarle en el mismo sitio que ocupaba?

Tiendo absolutamente a proteger la propiedad privada.

Es natural, e incluso conveniente, que el individuo se sienta animado por el deseo de consagrar una parte de las rentas de su trabajo a la constitución o a la ampliación de unos bienes de familia. Supongamos que tales bienes consisten en una fábrica. Admito, de modo general, que esa fábrica será mejor dirigida por uno de los miembros de la familia que por un funcionario del Estado, a condición, desde luego, de que la familia se haya conservado sana. En tal sentido es preciso, pues, alentar la iniciativa privada.

Soy totalmente contrario, en cambio, a la propiedad bajo la forma de una participación anónima en las sociedades por acciones. El accionista de tal especie no realiza otro esfuerzo que el de colocar su dinero y resulta ser el principal beneficiario del esfuerzo ajeno: del ardor que muestran en el trabajo los obreros, de las ideas de un ingeniero capacitado, de la habilidad de un administrador avispado. Le basta a este capitalista confiar su dinero a varias empresas solventes para hallarse cubierto. Los dividendos que percibe son tan elevados que pueden compensarle de la pérdida que una de tales empresas pudiera hacerle sufrir eventualmente. Por ello mi criterio ha estado siempre en oposición a estas inversiones puramente especulativas y que no requieren esfuerzo alguno por parte de los que viven de ellas.

Tales beneficios pertenecen de derecho a la nación, que es la única que puede sacar de ellos un provecho legítimo. De este modo, por lo menos, los que se hallan en el origen de dicho provecho (los ingenieros, los obreros) pueden ser indirectamente sus beneficiarios. A mi modo de ver, las sociedades anónimas deben estar íntegramente bajo el control estatal. Nada les impide, para reemplazar a las acciones de dividendo variable, la emisión de bonos garantizados por el Estado, produciendo un interés fijo, a los que podrían recurrir los particulares que deseasen invertir sus ahorros. No veo otro modo mejor para suprimir esta forma inmoral de renta, basada únicamente en la especulación y de la que Inglaterra proporciona en la actualidad el más perfecto ejemplo.

Este comportamiento con respecto a la propiedad anónima implica por nuestra parte, a título de contrapartida, la obligación de mantener, suceda lo que suceda, el valor de la moneda e impedir cualquier alza en el precio de los productos de primera necesidad.

Quien, en el cuadro de una organización tal, consintiera en pagar mil marcos por una alfombra persa que no valiese más que ochocientos, demostraría ser un imbécil, pero no existe medio alguno de impedírselo. De igual modo, no es posible evitar que un jugador pierda su dinero en el juego, ni que se quite la vida después de haberlo perdido. A este respecto, ¿no sería equitativo que el Estado —el principal beneficiario del juego— tomase a su cargo los gastos de las exequias de esta clase de suicidas? No olvidemos que más de

la mitad del producto del juego, tanto si se trata de loterías como de los juegos de azar practicados en los casinos, entra en las cajas del Estado. Dejando aparte el lucro material que obtiene el Estado, creo poder decir que, desde un punto de vista puramente filosófico, las loterías tienen su lado bueno. Las realidades tangibles no bastan para asegurar la felicidad de los humanos. No resulta malo fomentar entre ellos el gusto por las ilusiones, y la mayoría vive de esperanzas en gran parte irrealizables. Me parece, por tanto, que la mejor lotería sería la que no diera inmediatamente la lista de los premios, sino la que retrasara su publicación durante un año a ser posible. Ello representaría para el jugador un plazo durante el cual podría fomentar sus ilusiones y forjar sus sueños de dicha. El Estado austriaco se dio cuenta de ello, por lo que utilizó muy inteligentemente tal sistema. Ello explica, sin duda, que en dicho país, incluso en los periodos más difíciles, haya habido siempre tan elevado porcentaje de gente feliz.

El origen de la lotería se remonta probablemente a principios del siglo XVIII, cuando un astuto ministro se preguntó por qué el beneficio del juego no podía ingresar en las cajas del Estado en vez de ir a engrosar las bolsas privadas. Cuando el Estado utiliza adecuadamente el dinero que gana de tal suerte —por ejemplo haciendo construir hospitales—, el asunto asume matices ideales. El juego desarrolla, en primer lugar, las esperanzas del jugador. Cuando la suerte ha hablado, y si el jugador es asimilable desde entonces a un apostador desventurado, le queda aún un consuelo, que es haber contribuido a una buena obra.

He estudiado con el *Gauleiter* Wagner el problema del juego en lo que concierne a Wiesbaden. Lo que otorga a la lotería su carácter eminentemente simpático no aparece, desgraciadamente, en la ruleta ni en los demás juegos de azar practicados en los casinos. Pero si hubiéramos retirado la autorización para el juego al casino de Wiesbaden, ello hubiera perjudicado grandemente a dicha estación termal sin provecho alguno para los jugadores inveterados a quienes, evidentemente, tal medida no hubiera corregido en absoluto. Simplemente, hubieran ido a jugar a otra parte, al otro lado de la frontera y, por tanto, en provecho de los franceses. En tal orden de ideas he tenido gran interés en conocer lo que podía proporcionarnos, en divisas, el juego en Wiesbaden y me he dicho que, incluso cien mil marcos en divisas (lo que no es mucho cuando se poseen) constituye una bonita suma cuando uno se halla absolutamente desprovisto de ellas. De todo ello he sacado, pues, la conclusión de que los jugadores pueden ser útiles al Estado perdiendo su dinero, sobre todo si se trata de jugadores extranjeros y lo que pierden son divisas.

La experiencia ha demostrado que hicimos un buen cálculo permitiendo que se continuara jugando en algunos casinos. Además, las divisas que hemos conseguido de este modo nos han permitido conservar formando parte de la comunidad alemana estaciones termales como Wiesbaden. Y dese por sentado que la institución del juego, que produce pingües beneficios debido al hecho de que

constituye un monopolio y que no requiere contrapartida alguna en trabajo, debe enriquecer al Estado y no a los intereses particulares.

Bormann hizo notar que tal principio debería ser valedero igualmente en lo que atañía a la producción de la energía industrial. Hitler continuó:

Es evidente que el monopolio de la energía debe revertir al Estado. Ello no excluye, no obstante, la participación del capital privado. El Estado emitirá valores para el público, que se hallará de tal modo interesado en la explotación de dicho monopolio, o mejor aún, en la buena marcha de los negocios del Estado. En efecto, cuando los negocios del Estado no marchan bien, los tenedores de bonos pueden trazar una cruz sobre sus rentas, puesto que los negocios en que se interesa el Estado no sabrían verse disociados. La ventaja de nuestra fórmula estribaría en permitir a cada individuo sentirse estrechamente solidario con los negocios del Estado. Pero, desgraciadamente, en la actualidad la mayor parte de la gente no es todavía lo suficientemente clarividente para concebir tal solidaridad.

Lo que es cierto para la energía industrial lo es igualmente para todas las materias primas esenciales, tanto para el petróleo, el carbón y el acero como para la hulla blanca. Por lo tanto, los intereses capitalistas debieran excluirse de tal género de negocios, no obstante lo cual debe quedar bien entendido que nosotros no pretendemos impedir que un particular utilice la fuerza del riachuelo que proporciona energía a su pequeña empresa.

He aquí un hecho típico que establece la deshonestidad de los procedimientos comerciales a que han recurrido las sociedades anónimas. Se trata del caso del antiguo ministro bávaro Schweyer, el cual no debió más que a su notable imbecilidad el hecho de haber sido escogido como ministro. Recibía de la Electricidad de Baviera, de la que fue presidente, una pensión anual de treinta y ocho mil marcos. A pesar de todos los obstáculos jurídicos, conseguí que se le suprimiera tal pensión, ya que él no rendía, ni con mucho, la correspondiente contrapartida en trabajo. La ley actual no concede al canciller del Reich más que una pensión de treinta y cuatro mil marcos, comparación que permite comprobar hasta qué punto resultan escandalosos privilegios como el citado.

El problema de los monopolios en manos de los intereses capitalistas me preocupaba ya desde mi juventud. Me había sentido impresionado por el ejemplo de una sociedad de navegación del Danubio que recibía una subvención anual de cuatro millones, de los que un cuarto era repartido entre sus doce administradores. Los grandes partidos se hallaban representados en la empresa por lo menos en dos de sus miembros en tal augusto colegio, y cada uno de ellos se metía en el bolsillo alrededor de ochenta mil coronas al año. Puede darse por descontado que tales individuos obraban de suerte que sus camaradas votasen puntualmente la renovación de la subvención. Pero los socialistas iban adquiriendo mayor importancia, y se daba el caso de que ninguno de ellos formaba parte del consejo

de la empresa. A ello se debió que estallase el escándalo. La sociedad fue atacada en el Parlamento y en la prensa. Viéndose amenazada con la pérdida de la subvención, la empresa respondió suprimiendo el servicio de pasajeros. Y como quiera que los politicastros del consejo de administración habían tenido gran precaución en que no se trazase línea ferroviaria alguna a lo largo del Danubio, las poblaciones ribereñas fueron las principales víctimas de tales medidas arbitrarias. Rápidamente se encontró una solución al conflicto, y ya podéis imaginaros cuál. Sencillamente el número de miembros del consejo de administración fue aumentado hasta catorce, y los dos nuevos puestos fueron ofrecidos a dos socialistas que se apresuraron a aceptarlos.

La principal causa de la fragilidad de Inglaterra estriba en que todo su sistema económico se halla basado en prácticas análogas a la expuesta.

Cuando hube asumido el poder, informado como me hallaba ya de tal asunto, adopté la decisión de prohibir que los administradores de sociedades particulares formasen parte del Reichstag. Los hombres que tienen intereses en una sociedad no pueden ser objetivos en lo que atañe a gran número de cuestiones. Por ello impedí igualmente que los dirigentes del partido participaran en asuntos de espíritu capitalista. Dicha medida se hace extensiva, además, a todos los servidores del Estado. No puedo admitir que un funcionario que pertenezca al ejército o a la administración civil invierta sus ahorros en la industria, a menos que se trate de sociedades supervisadas por el Estado.

175. 27 DE MARZO DE 1942, A MEDIODÍA

Influencia de Stafford Cripps. – Conservadores ingleses y burgueses alemanes. – El partido laborista necesita un Cromwell. – Desafección de la India. – Influencias de los judíos sobre el arte alemán. – La pintura en Alemania. – Las mujeres en la política. – La esposa Chang Kai-shek. – Lola Montes.

Una cosa resulta incontestable. Inglaterra ha encontrado en la persona de Stafford Cripps, el cual forma una excelente pareja con Churchill, a un estadista poseedor de una influencia nada despreciable. En cualquier caso, es un detalle que los sindicatos ingleses hayan podido establecer recientemente un programa que prevé la nacionalización de la tierra, de la propiedad edificada, de la industria y de los transportes. Todo ello no puede dejar de tener repercusión sobre la situación interna del país. Sin embargo, resulta difícil concebir que tales reformas puedan ser realizadas de la noche a la mañana y que los ingleses razonables juzguen la cosa posible. No olvidemos que los rusos han necesitado más de diez años para llevar a buen término la experiencia. Sin duda alguna existe en

Inglaterra un estado de crisis y es preciso tenerlo en cuenta. La economía es deficiente, la organización de la administración civil resulta deplorable, existen restricciones alimenticias que ha de sufrir el burgués inglés y después están las derrotas militares. A la larga, todo ello termina por influir sobre la moral de una nación.

Guardémonos, sin embargo, de exagerarnos a nosotros mismos la importancia de tales síntomas. Si bien el rey no tiene influencia efectiva alguna sobre la orientación de la política inglesa, ello no obsta para que constituya un factor político importante, en la medida en que el ejército conserve su fuerza y su integridad. No debemos olvidar que el ejército británico es de espíritu monárquico y que, por así decirlo, se halla reclutado enteramente entre la aristocracia y el mundo conservador. Tales gentes no manifiestan en el momento actual deseo alguno de hacer al pueblo las menores concesiones. Basta con hojear una revista inglesa para persuadirse de ello. No se ven más que fotografías de hombres pertenecientes a la aristocracia, y los dos tercios de ellos aparecen vestidos de uniforme.

Difícil resultaría comparar a los conservadores ingleses con la vieja burguesía alemana que se agrupaba, antes de 1933, en los partidos nacionales. Aquéllos se identifican con el imperio, representan unas tradiciones y una forma de sociedad sólidamente establecidas, y no se les ve capitular delante del pueblo, como lo hizo la aristocracia francesa en 1789. Muy al contrario, gracias a una organización gigantesca, se esfuerzan en propagar sus concepciones entre el pueblo, intentando inculcarle el fanatismo patriótico que anima a sus aviadores y a sus marinos.

Para afirmarse en detrimento de los conservadores, sería preciso un Cromwell a la cabeza de los laboristas, ya que aquéllos no se dejarán convencer sin lucha. A pesar de que Cripps (que goza de la confianza de Stalin) haya conseguido trasplantar a Inglaterra las ideas socialistas, no le creo con la talla necesaria para desempeñar este papel. A mi modo de ver, una Inglaterra roja (y por tanto derrotada) sería mucho menos simpática que la Inglaterra de los conservadores. Efectivamente, una Inglaterra socialista, y por tanto con tintes soviéticos, constituiría en el ámbito europeo un peligro permanente, puesto que se sumiría en una miseria tal que el territorio de las islas resultaría demasiado estrecho para que pudieran subsistir en él treinta millones de habitantes. Espero que Cripps se hundirá con el fracaso de su misión en la India, la más difícil de las misiones que pueden encargársele a un inglés en las actuales circunstancias. En el caso contrario se hará más y más difícil evitar la guerra civil sobre el solar británico. Pero la movilización de las masas, en la que trabaja la propaganda laborista, y que constituiría la consecuencia de la puesta en práctica del nuevo programa de los sindicatos, debe ser considerada como una amenaza muy seria. Entre Churchill y Cripps tengo la elección hecha. Prefiero el hombre sin carácter, ebrio durante ocho de las veinticuatro horas del día, al puritano. Un hombre que se desgasta demasiado bebiendo y fumando sin moderación es evidentemente menos de temer que el bolchevique de salón, cuya vida es equiparable a la de un asceta. De

Churchill puede esperarse eventualmente que, en un instante de lucidez, se percate de que el imperio camina irremisiblemente hacia el desastre, si la guerra dura dos o tres años más. Cripps, como demagogo y embustero, continuaría persiguiendo sus quimeras aun en el momento en que el imperio se resquebrajase por todas partes. Por añadidura, ese teórico sin humanidad no mantiene contacto con el pueblo que se agrupa en el partido laborista y jamás llegará a comprender los problemas que preocupan a las gentes del pueblo.

Para juzgarle exactamente y apreciar los peligros que representa, es preciso no olvidar que los *Tories* han sido siempre los mantenedores del imperio y que su acceso al gobierno significaría el fin del imperio. Con sus hipócritas programas sociales, no dejaría de cavar un abismo entre la metrópoli y los dominios, particularmente con los canadienses católicos, Australia y África del Sur. Por lo mismo, es preciso formular ardientes votos por el fracaso de su misión en la India. Por otra parte resulta dudoso que él pueda encontrar adhesiones entre el pueblo hindú. Debido al hecho de la presencia de los japoneses en sus fronteras y a la caída de Singapur, el mundo hindú se ha visto tan agitado que Nehru, el hombre del compromiso, se ha visto eclipsado por Bhose. Si hoy Cripps, recurriendo a la coacción o a la mendacidad, intenta obtener que los hindúes ofrezcan resistencia a los japoneses, dudo que Nehru, a pesar del deseo que tendría de ello, sea capaz de ayudarle eficazmente. La suerte de éste será semejante a la de nuestros socialistas en 1918, que fueron arrollados por las masas. Pienso en Ebert presentándose en la reunión del parque Treptow con la intención de oponerse a la huelga de las municiones. Comenzó por otorgar algunas concesiones a la turba, con la esperanza de hacerse oír, pero no tardó en verse dominado por el entusiasmo de aquella multitud, de modo que se vio obligado a predicar él mismo la huelga que había pretendido hacer fracasar. En un asunto de este género, cualquier negociador y cualquier orador corren idéntico peligro. Yo lo experimenté por mí mismo en Weimar, en 1926, y me percaté de con qué género de precauciones y con qué arte es preciso proceder cuando se tiene intención de decirle al público lo contrario de lo que él aguarda de vosotros.

Por lo que se refiere a la masa hindú hay, en cualquier caso, un hecho cierto y es que no quiere saber nada de los ingleses.

Durante los últimos años me he sumergido muy frecuentemente en la lectura de las colecciones de la revista *Die Kunst*.

Resulta sorprendente comprobar que en 1910 nuestro nivel artístico era aún extraordinariamente elevado. A partir de entonces, desgraciadamente, nuestra decadencia no ha hecho más que ir en aumento. En el campo de la pintura, por ejemplo, me basta con evocar las lamentables mamarrachadas que intentaron imponerse, en nombre del arte, al pueblo alemán. Tal fue el caso particularmente durante la República de Weimar y ello puso netamente de relieve la desastrosa influencia de los judíos en las cosas del arte. Lo que constituye el colmo en este asunto es la

increíble impudicia con que se ha comportado el judío. Con la ayuda de una pretendida crítica de arte y disputando entre ellos en las subastas, los judíos han terminado por sugerir al pueblo —que da entero crédito a todo lo que aparece en letras de molde— una concepción del arte de acuerdo con la cual basura pictórica se convierte en la expresión del arte realizado. Los propios diez mil de la elite, a despecho de sus pretensiones intelectuales, se han dejado engatusar y se han tragado todas las patrañas. El caso es que, y de ello tenemos ahora la prueba más fehaciente gracias a la requisa de los bienes judíos, con el dinero que han estafado vendiendo chapucerías, han sabido comprar, a bajo precio, las obras de valor que tan hábilmente habían depreciado. Cada vez que me viene a las manos el inventario de una requisa practicada en casa de un judío importante, veo que se hallan enumerados en él verdaderos tesoros artísticos. Es una bendición de la providencia que el nacionalsocialismo, asumiendo el poder en 1933, haya podido poner fin a tal impostura

Cuando visito una exposición jamás dejo de hacer retirar implacablemente todas las obras lamentables. Hay que reconocer que el que visite hoy la Casa del Arte Alemán no encontrará allí obra alguna que no tenga verdaderamente importancia. Todo lo que no tiene un valor indiscutible ha sido retirado. No he vacilado un instante, incluso cuando se trataba de obras de pintores galardonados por la Academia de Prusia, en excluir tales obras de la Casa del Arte Alemán cuando su valor artístico era poco. Es muy desagradable que tal Academia no se halle a la altura de su labor y que sus miembros hayan practicado entre ellos el juego de «tú me rascas la espalda y yo te la rasco a ti». La última víctima fue nuestro ministro de Asuntos Religiosos, que sabía tanto de arte como un hipopótamo. Se dejó atrapar en burdas celadas y concedió recompensas oficiales a auténticas basuras. Se consiguió atontarlo mediante los mismos procedimientos que habían permitido ya a los judíos abusar de todo el pueblo alemán. A propósito de tales chapucerías, se afirma que no resulta fácil comprenderlas y que, para penetrar su profundidad y su significación, es preciso saberse absorber por entero en la imagen representada, y otras idioteces de la misma calaña. En los años 1905-1906, cuando entré en la Academia de Viena, la gente se servía ya de tales frases profundas para lanzar, bajo pretexto de nuevas orientaciones artísticas, incalificables esperpentos.

De modo general, las academias de arte no enseñan nada que merezca la pena. Efectivamente, los profesores que ejercen en ellas su actividad son, o bien fracasados, o bien artistas de talento pero que no pueden consagrar más de dos horas al día a la enseñanza, cuando no ancianos fatigados y que no tienen nada que dar.

Los verdaderos artistas no se desarrollan más que al contacto con los otros artistas. Tal como sucedió con los grandes maestros de antaño, es imprescindible, en primer lugar, que trabajen juntos en un taller. Recordemos que Rembrandt, Rubens y otros grandes pintores buscaban ayuda para poder cumplir con los encargos que se les

hacían. Entre tales ayudantes, tan sólo llegaban al rango de aprendices aquellos que daban pruebas de poseer facultades suficientes desde el punto de vista de la técnica y de la habilidad, y de los que podía pensarse que, más tarde, serían a su vez capaces de producir obras de valor. Constituye una ridiculez el pretender, como suele hacerse en las academias, que el artista genial lo tiene ya todo entre las manos, de entrada. Este, como los demás, debe comenzar por aprender, y únicamente trabajando sin descanso será capaz de llegar a imponerse. Si no conoce a la perfección el arte de mezclar los colores, si no sabe pintar un fondo, si la anatomía tiene secretos para él, no existe duda alguna de que no irá muy lejos. Me imagino el número de bocetos que le fue preciso trazar a un artista tan dotado como Menzel antes de empezar a pintar el *Concierto de flauta en Sans-Souci*.

Sería de desear que los artistas de la actualidad, al igual que los de antaño, tuviesen la formación de los talleres de los maestros y pudiesen impregnarse de las grandes tradiciones pictóricas. Si ante los cuadros de Rembrandt y de Rubens, por ejemplo, resulta muy a menudo difícil determinar lo que el maestro pintó por sí mismo y lo que constituye el trabajo de sus alumnos, ello es debido al hecho de que, poco a poco, los discípulos fueron convirtiéndose a su vez en maestros. ¡Qué catástrofe el día en que el Estado quiso asumir la tarea de formar pintores! Me parece que, en lo que a nosotros se refiere, nos bastaría con dos academias: Düsseldorf y Múnich. Eventualmente tres, añadiendo Viena a las antedichas. Evidentemente, no se trata por el momento de suprimir alguna de nuestras academias. Pero ello no me impide lamentar que se haya perdido la tradición de los talleres. Si después de la guerra puedo realizar mi gran programa de construcción —y tengo la intención de dedicar a tal obra muchos millones— tan sólo verdaderos artistas serán llamados a colaborar en él. Los demás aguardarán sentados, aunque se hallen provistos de las mejores recomendaciones

Numerosos ejemplos tomados de la historia prueban que la mujer —por inteligente que sea— no es capaz de separar la razón del sentimiento en los asuntos de orden político. Y en tal ámbito, lo que hay que temer es el odio de que son capaces las mujeres. He sido informado de que, después de la ocupación de la provincia de Shanghai, los japoneses ofrecieron al gobierno de Chang Kai-shek retirar sus tropas del territorio chino, bajo las condiciones previas de *a)* poder mantener una guarnición en la concesión internacional de Shanghai y *b)* obtener resultados ventajosos cuando se tratara de la conclusión de un tratado de comercio. Parece ser que todos los generales aprobaron tal proposición y alentaron a Chang Kai-shek a aceptarla. Cuando, impulsada por su odio inconmensurable hacia Japón, hubo hablado la esposa de Chang Kai-shek, la mayor parte de los generales se retractaron de sus anteriores manifestaciones; siendo así como fue rechazada la generosa oferta de Japón.

También podría hablarse de la influencia de Lola Montes sobre Luis I de

Baviera. Este era un hombre de un natural razonable y comprensivo. Pero dicha mujer le apartó por completo de su camino.

176. 29 DE MARZO DE 1942, DURANTE LA CENA

Honestidad del comercio en la Edad Media. – Medio milenio de lealtad. – Marrullerías jurídicas. – Reformas en la magistratura. – Tres excepciones entre los juristas.

El Führer hizo alusión a la consideración de que gozaban en la Edad Media los comerciantes y los artesanos. En el descrédito que les envolvía en aquel momento veía la obra de los judíos.

La Liga Hanseática no debe ser considerada únicamente como un instrumento de poderío político. Ha encarnado también, en el plano de las relaciones entre los individuos, una concepción de derecho. En tal aspecto, no se encargaba del transporte de una mercadería más que en el caso de que le hubiera sido proporcionada una garantía indiscutible en lo que concierne a su peso y calidad. Provista del sello de la Hansa, gozaba por doquier de una alta reputación, tanto en el interior del país como en el extranjero. Se cita un caso en que ciertos fabricantes de tejidos habían encargado a la agencia hanseática de Lübeck la expedición de un fardo de telas a Bergen. Posteriormente se comprobó que la mercancía no respondía a las prescripciones de la Hansa de modo que, a título de sanción, la ciudad culpable fue excluida por un periodo de diez años del tráfico de la Liga. Lo que importa hacer destacar es que la decisión no fue tomada debido a una reclamación del destinatario, sino simplemente a consecuencia de una inspección efectuada a la salida del género. Se puso de manifiesto que la mercancía no correspondía a las especificaciones del pedido, ya que aparecían entre el tejido algunos hilos de lino defectuosos.

No es uno de los menores méritos de la Hansa el haber fijado la noción del comercio leal, tal como en la actualidad constituye todavía código de honor en algunas casas de Bremen y Hamburgo. Gracias a severas sanciones e incluso a castigos bárbaros, es como poco a poco fue establecida tal concepción de la lealtad en los negocios. Cuando la Hansa negaba su sello a un comerciante, ello representaba para éste, dado el prestigio de la Liga y la amplitud de sus relaciones, los preliminares de la ruina.

El ejemplo de la Hansa inspiró toda la actividad comercial e industrial de la Edad Media. Fue así como el precio del pan pudo ser mantenido durante cuatrocientos años y el de la cebada, y por consiguiente el de la cerveza, durante más de quinientos años, y ello a despecho de todos los cambios de moneda. La noción de la lealtad no fue instaurada solamente en las relaciones comerciales. Fue también la base del artesanado. Las corporaciones tuvieron siempre

especial cuidado en que tal tradición fuese mantenida. Un panadero, por ejemplo, que utilizaba harina de mala calidad en la confección de panecillos, fue sumergido repetidamente en una balsa de agua, de modo que se libró por un pelo de ahogarse.

Desde el instante en que se permitió a los judíos sacar las narices fuera del gueto, el sentimiento del honor y de la lealtad en el comercio comenzó a resquebrajarse. En efecto, el judaísmo, esa forma de depravación mental que es preciso suprimir a toda costa, ha hecho depender la fijación de los precios de la ley de la oferta y la demanda, es decir, de elementos que nada tienen que ver con la calidad intrínseca de una mercancía. Creando el sistema del *caveat emptor*, el judío ha establecido una base jurídica para sus marrullerías. Y es así como, en el curso de los dos últimos siglos, dejando aparte raras excepciones, se ha hecho descender nuestro comercio a un nivel tal que resulta absolutamente necesario ponerle remedio. Una primera condición se impone: eliminar a los judíos.

Hubo un tiempo en que padecí de fístulas, y tal afección me pareció de mayor gravedad de la que tenía en realidad. Habiendo pensado en la posibilidad de un cáncer, me instalé un día ante mi mesa de trabajo para redactar, en papel oficial, un testamento ológrafo. Como sabéis, tal trabajo exige de mi parte un particular esfuerzo, ya que desde hace años tengo la costumbre de escribir directamente a máquina o de dictar lo que tengo que decir. Mi testamento no había tenido aún tiempo de envejecer cuando tuve conocimiento de una sentencia de la audiencia declarando nulo el testamento de una anciana por la única razón de que la mención del lugar en que había sido redactado se hallaba impresa en el papel en lugar de estar escrita de su puño y letra. Me llevé las manos a la cabeza y me pregunté qué había que pensar del derecho si el testamento del canciller del Reich en persona no satisfacía las prescripciones legales. Llegué a la conclusión de que tales añagazas no son más que estupideces poco propias para hacer respetar la justicia. En consecuencia hice venir a Gürtner, el ministro de Justicia, y le pedí que hiciera corregir aquella tontería. Pues bien, se necesito nada menos que un decreto para obtener tal resultado.

Otra estupidez me impresionaba igualmente. Sucede muy a menudo que se me hacen legados. Por principio rechazo tales herencias, admitiendo todo lo más que la NSV [la organización de obras sociales del partido] pueda beneficiarse de ellas. Pues bien, para que una declaración tal pueda ser valedera es preciso que mi firma sea reconocida por un notario. Así pues, según los señores juristas, la firma del canciller alemán, acompañada del sello del Reich, merece menos crédito que la de un notario. Un ser simplemente razonable no sabría concebir una cosa semejante. No se trata más que de un pequeño ejemplo, pero yo afirmo que a un espíritu normal le resulta imposible comprender el sentido que se encierra en las construcciones andamiadas por los juristas, y no puedo explicarme tal deformación de espíritu más que por la influencia de los judíos. A fin de cuentas, considero toda nuestra jurisprudencia actual como una sistematización del método que

consiste en hacer cargar a otro con las propias obligaciones. De modo que haré siempre todo lo que pueda para convertir en totalmente despreciables los estudios de derecho, siempre que deban adaptarse a tales nociones. Entiendo, en efecto, que los estudios universitarios deben crear hombres aptos para la vida y capaces de garantizar al Estado la conservación del derecho natural. En cambio, los estudios de que hablamos no hacen más que cultivar entre quienes los cursan el gusto por la irresponsabilidad.

Obraré de modo que la administración de justicia sea desembarazada de todos los jueces que no constituyan una verdadera elite. Que no queden más que diez de cada cien si ello es preciso. La comedia de los tribunales con jurado tendrá que terminar. Quiero de una vez para siempre impedir que un juez pueda salvar su responsabilidad pretendiendo que ha sido puesto en condiciones de inferioridad por los jurados, o invocando otras excusas del mismo tipo. Deseo únicamente jueces que posean la personalidad requerida, aunque sea preciso retribuirles con largueza. Como jueces, necesito hombres que se hallen profundamente convencidos de que el derecho no debe garantizar al particular contra el Estado y que su deber consiste en velar, en primer lugar, por que Alemania no perezca.

Gürtner no ha conseguido formar tal tipo de jueces. Él mismo ha tenido mucho trabajo para desenmarañarse de sus supersticiones de jurista. Amenazado por algunos y despreciado por otros, no ha sido sino muy lentamente como ha conseguido adoptar posiciones más razonables, espoleado por la necesidad de poner a la justicia en armonía con los imperativos de la acción.

Si se ha pensado que escogí a Gürtner como ministro de Justicia porque en cierta ocasión, en la que él era juez, me trató con una comprensión particular, ello no correspondería totalmente a la realidad. Fui yo quien se vio obligado a realizar un esfuerzo de objetividad, un gran esfuerzo, para nombrar ministro de Justicia al hombre que me hizo encarcelar. Pero cuando tuve que escoger entre los hombres de que disponía, no los encontré mejores. Freissler no era más que un bolchevique. En cuanto al otro (Schlegelberger), su rostro no podía engañar. Bastaba con haberle visto una sola vez.

Poseo una gran cantidad de experiencias con los juristas. En 1920, cuando organicé mis primeras grandes asambleas en Múnich, cierto consejero llamado Wagner se puso a mi disposición como orador. Era una época en la que yo me hallaba a la búsqueda de gentes de cuello duro, con la esperanza de que me ayudaran a conquistar a la clase intelectual. ¡Qué ganga, pues, la oferta de aquel hombre y qué ayuda para ganar a los juristas! Lo cierto es que antes de darle la palabra en una gran asamblea tuve la prudencia de probarle ante una veintena de adictos reunidos en la cervecería Sternecker. Se sintieron grandemente sorprendidos cuando oyeron al hombre, con las manos temblorosas, preconizar la reconstrucción de un Estado en el que «el clan hubiera sido fundado sobre la familia, la raza sobre el clan, y la madre común sobre la raza». A partir de entonces me mostré siempre desconfiado en mis relaciones

con los juristas. En tal orden de ideas, no conozco más que tres excepciones: Von der Pfordten, Pöhner y Frick. El primero de ellos, al contrario de Gürtner, era un hombre de tendencia revolucionaria. En cuanto a Pöhner, recuerdo aún su declaración cuando nuestro proceso por alta traición: «Antes que nada, soy alemán, y después, funcionario. Como funcionario, jamás he sido un sinvergüenza. ¡Tenedlo por dicho! Si creéis que mi actividad contra los usurpadores constituye un caso de alta traición, entonces dejadme decir que como alemán hace seis años que considero como un deber la lucha contra los usurpadores y por tanto cometer —si seguís manteniendo tal expresión— el crimen de alta traición». También Frick se comportó magníficamente en aquel tiempo. En su calidad de adjunto del jefe de policía pudo proporcionarnos toda clase de informes, lo que permitió que el partido extendiera rápidamente sus actividades. Jamás dejó perder una oportunidad de ayudarnos o de protegernos. Puedo incluso añadir que sin él yo jamás hubiera salido de la cárcel. Pero ahora...

Desgraciadamente existe una categoría de nacionalsocialistas que, en cierto momento, realizaron grandes cosas por el partido, pero que jamás fueron capaces de desprenderse de sus prejuicios. Cuando nuestra acción superó el límite de lo que ellos habían podido comprender, y que correspondía a sus propias representaciones, sintieron miedo, fueron incapaces de darse cuenta de la lógica de los hechos y de comprender que ciertos actos traían consigo, inevitablemente, determinadas consecuencias.

Dietrich Eckart ha juzgado siempre al mundo de los juristas con la mayor clarividencia, máxime teniendo en cuenta que él mismo estudió derecho durante algún tiempo. Según su propia declaración, se decidió a interrumpir tales estudios «con el fin de no convertirse en un perfecto imbécil». A él hay que atribuir, desde luego, el mérito de haber puesto en la picota las doctrinas jurídicas actuales en una forma perfectamente accesible al pueblo alemán. Yo creía que bastaba decir tales cosas de un modo atenuado. El tiempo se ha encargado de hacerme comprender mi error.

De modo que hoy puedo declarar sin ambages que es preciso considerar a todo jurista como un ser de naturaleza deficiente, o que se ha deformado con la costumbre. Cuando paso revista a todos los que he conocido en mi vida, particularmente en lo que se refiere a los abogados y los notarios, no puedo por menos que reconocer, en contraposición, hasta qué punto eran moralmente sanos, honestos y estaban enraizados en las buenas tradiciones los hombres con los que Dietrich Eckart y yo comenzamos nuestra lucha en Baviera.

177. 31 DE MARZO DE 1942, DURANTE LA CENA

El atentado de Ankara contra Von Papen. – Confianza en los turcos. – Desconfianza en los búlgaros. – Política alemana en el este. – Carlomagno, el «matador de sajones» y Hitler, el «matador de austriacos». – La obra de Carlomagno. – De canciller a Führer. – El primer cónsul no hubiera debido hacerse consagrar emperador. – Federico el Grande, superior a Napoleón. – El mejor ha de estar a la cabeza del Estado. – Ejemplos del Vaticano y de la República de Venecia. – La futura Constitución alemana. – La necesaria separación de poderes.

La conversación tenía por tema el atentado realizado contra Von Papen, embajador en Ankara.

Este atentado es revelador en lo que concierne a la mentalidad de los dirigentes rusos. En otro país, en el supuesto de que un tal atentado hubiese sido considerado necesario por razones de orden político, se hubiera procurado salvar al hombre encargado de ejecutarlo. Los rusos, arteros como sólo ellos saben serlo, se las compusieron de modo que el asesino perdiera la vida. La puesta en escena estaba bien estudiada. El desgraciado disponía de un artefacto que le permitía, un vez perpetrado el atentado, producir una niebla artificial gracias a la cual podía intentar escapar. Pero lo que no se le había dicho es que en el momento en que accionase el dispositivo haría estallar la carga explosiva destinada a pulverizarle. Lo único que se encontró de él fue un zapato y su revólver. Ultrajados por la felonía de sus amos, los cómplices del asesino decidieron revelar todo lo que sabían de la conjuración.

Prefiero como aliados a los turcos antes que a los búlgaros. Es por ello por lo que me hallo dispuesto a concluir un tratado comercial con Turquía, en virtud del cual nosotros les proporcionaremos armas y municiones. Por supuesto, estoy de acuerdo en garantizar la inviolabilidad de los estrechos y la totalidad de su territorio, por poco que ellos deseen nuestra alianza.

Nuestra ventaja sería en tal caso la siguiente: gracias a las armas que nosotros les entregáramos, ellos se hallarían en disposición de defender los estrechos, defensa en la cual nosotros mismos estaríamos interesados en nuestra calidad de habitantes de las orillas del mar Negro. De tal modo, el régimen autoritario que existe en Turquía se vería consolidado y me figuro que tal consecuencia en el ámbito de la política interior no resultaría indiferente a los patriotas turcos que desean sostener al sucesor de Kemal Ataturk.

En Bulgaria, por el contrario, todo es incierto. Me he sentido impresionado al enterarme de que, después de la conclusión del pacto tripartito, el presidente del Consejo búlgaro ha sido apenas aclamado por la población de Sofía, a pesar de la extraordinaria importancia que tiene este pacto para la nación. Y me he sentido no menos afectado al saber que por entonces la población de Sofía acogía con gran entusiasmo a un equipo ruso de fútbol. De hecho,

tanto en el plano político como en el sentimental, el país búlgaro se halla fuertemente influenciado por el paneslavismo. Se siente atraído por Rusia, aunque sea soviética. Reconozco que el rey de Bulgaria es un hombre muy inteligente, incluso astuto, pero no parece que sea capaz de garantizar la estabilidad de su régimen. Él mismo ha confesado que no podía cambiar ningún ministro ni relevar a un general de su mando, sin poner en peligro su corona. Según dice, debe obrar con extremada prudencia, comenzando por conceder licencias por enfermedad y conservando a continuación la fidelidad de estos hombres mediante la concesión de numerosos favores. En conclusión, en lo que se refiere a Bulgaria y a Turquía, no existe duda alguna de que las condiciones no han cambiado mucho después de la primera guerra mundial. Desde nuestro punto de vista, Bulgaria no puede ser considerada segura más que en el caso de que seamos aliados de Turquía. En el orden político y sentimental, nada se opone a una alianza entre Turquía y el Reich. Del hecho de su fidelidad al islamismo se desprende la consecuencia de que Turquía tenga una política religiosa totalmente limpia. No sucede otro tanto con Bulgaria, cuya práctica de la religión ortodoxa griega añade nuevas razones a su atracción por Rusia.

Una reflexión de Bormann sobre Enrique I llevó al Führer a hablar de la política alemana en el este.

En lo que concierne al este, nuestra política actual no tiene precedentes en la historia. Si bien es cierto que en varias ocasiones han tenido ya lugar algunos combates de cierta envergadura en las fronteras orientales del Reich, es preciso convenir que se trataba entonces de hordas que venían a traer la guerra a nuestras fronteras. Y el Reich se hallaba ante la alternativa de aceptar la lucha o desaparecer. Estos conflictos de antaño no pueden ser considerados como la expresión de una política alemana en el este. Los historiadores que atribuyeron a Enrique I la idea de una tal política alemana cometieron un error. Lo que a él le impulsó por tal camino fue el hecho de que era únicamente en el este donde podía forjarse un reino.

En el curso de la época imperial, no resulta posible discernir que el Reich se hallara interesado en el este, ni que haya practicado una política continuada, que tuviera como objetivo, por ejemplo, la colonización de las tierras orientales. La política racial del imperio se hallaba bien definida: no se dirigía más que hacia el sur. El este, con su población totalmente distinta en cuanto a la raza, apenas marcada por una aportación germánica en las capas superiores, le resultaba extraño. El sur, por el contrario, y la Lombardía en particular, presentaba todas las particularidades necesarias para formar parte del Sacro Imperio Romano Germánico. Por ello fue siempre una de las preocupaciones esenciales de la política imperial. Hasta qué punto las ideas políticas de dicha época estaban influidas por la noción de la raza se halla probado por el hecho de que en el siglo XIV continuaba existiendo en Florencia un partido imperial alemán.

Quién sabe si la Lombardía no se hallaría aún en la actualidad en nuestras manos si los príncipes vasallos, como Enrique el León, no hubiesen violado su juramento de fidelidad, contrarrestando la política del Reich y obligando al emperador a interrumpir bruscamente sus campañas en el sur para extinguir el incendio que había prendido en su propia casa. La política del Reich no puede alcanzar el éxito más que en el caso de estar determinada por la unidad de acción.

En este aspecto, los de Suabia merecen especialmente nuestro respeto, puesto que tuvieron siempre el sentido de la idea imperial y en ninguna ocasión dejaron de testimoniar su fidelidad al Reich. Ciertamente erramos al glorificar, a causa de su no conformismo, a príncipes del tipo de Enrique el León. Hay entre ellos hombres que, visiblemente, hicieron una política contra el Reich. Por ello he atraído la atención de Rosenberg sobre el hecho de que era preciso no relegar a los grandes emperadores alemanes a segundo plano en provecho de perjuros, así como que no resultaba conveniente designar a un héroe como Carlomagno bajo el sobrenombre de «matador de sajones». La historia debe ser interpretada en función de las necesidades de la época. Podría darse el caso de que, dentro de mil años —en el supuesto de que, por una razón o por otra, el Reich se hubiera visto obligado de nuevo a hacer una política dirigida hacia el sur— se encontrase un motivo para pretender que «la política de Hitler en el este tenía ciertamente buena intención, aunque constituía al mismo tiempo una locura, puesto que es hacia el sur adonde debiera haberse dirigido». Puede muy bien ser que algún estúpido llegue incluso a llamarme «el matador de austriacos» bajo el pretexto de que, con ocasión del retorno de Austria a Alemania, yo mandara al paredón a todos los que habían intentado hacer fracasar la empresa.

Sin la coacción jamás se hubiera reunido a las diferentes familias alemanas, con esos hombres de cabeza dura y espíritu de campanario, ni en la época de Carlomagno ni en la actualidad.

Si el pueblo alemán es hijo del pensamiento antiguo y del cristianismo, lo es menos por el hecho de una libre elección que por el hecho de la coacción ejercida sobre él por tales fuerzas triunfantes. Por otra parte, en la época imperial, es bajo el dominio de la coacción como el pueblo alemán operó su fusión bajo las especies de un cristianismo representado por una Iglesia universal, a la imagen de la antigua Roma, que tendía, también ella, a la universalidad. Cierto es que Carlomagno no se hallaba animado únicamente por un deseo de poderío político sino que, fiel a la idea antigua, buscó una expansión de la cultura. Desde luego el ejemplo de la Antigüedad prueba que la civilización no puede florecer más que en los estados sólidamente organizados. ¿Qué sucedería en una fábrica entregada a la anarquía, en que los obreros no acudiesen al trabajo más que cuando se les antojase?

Sin organización, sin coacción, y por consiguiente sin renunciamientos por parte de los individuos, nada puede funcionar bien. La vida estrictamente establecida de antemano ofrece el

espectáculo de un perpetuo renunciamiento de los individuos a una parte de su libertad. Cuanto más elevada es la situación que ocupa un hombre, más fácil debe parecerle tal renunciación. Siendo su campo visual más amplio, debe poder admitir mucho mejor la necesidad de obligarse. En un Estado sano ello es lo que distingue a los hombres de excepción, que permanecen mezclados con la masa. El hombre que asciende debe crecer junto con su trabajo y, por lo que se refiere a su entendimiento, debe extenderse a medida de sus funciones. Si un barrendero no puede o no quiere sacrificar su tabaco y su cerveza, yo pienso: «Muy bien, amigo mío, ya que no sientes la necesidad superior de un renunciamiento, es precisamente por ello por lo que eres un barrendero y no una de las personalidades dirigentes del Estado». Por otra parte, está muy bien que sea así, puesto que la colectividad tiene igualmente necesidad de barrenderos.

Guiado por tales reglas, muy simples y naturales, al reunir a todos los alemanes en una comunidad sólidamente cimentada, Carlomagno creó un imperio que siguió mereciendo tal nombre durante mucho tiempo después de su muerte. Y es que, verdaderamente, estaba formado por la mejor sustancia del antiguo imperio romano, de suerte que, durante varios siglos, los pueblos de Europa le consideraron como el sucesor del imperio universal de los césares. El hecho de que este imperio germánico fuera llamado «Sacro Imperio Romano» no tiene nada que ver con la Iglesia y carece de significado religioso.

Contrariamente a lo que acontece con la noción «Reich», la noción «canciller del Reich» ha perdido desdichadamente su significación en el curso de los siglos. Una sola vez hubo un gigante que le proporcionó todo su esplendor; después se sucedieron enanos como Wirth, Brüning, etc. Actualmente, vista la forma autoritaria que nosotros hemos conferido al Estado, ello no tiene importancia. Puede incluso afirmarse que tal título no conviene para designar al jefe del Estado. Históricamente, en efecto, se halla ligado a la representación según la cual, por encima del canciller hay todavía alguien que representa al Estado como jefe supremo, y poco importa que se le llame emperador, presidente o cualquier otro nombre.

En la forma de Estado nacionalsocialista, es la apelación «Führer» la que más conviene. Implica desde luego la idea de que el jefe del Estado ha sido escogido por el pueblo alemán. A pesar de que se produzcan a veces superposiciones y anomalías, por ejemplo cuando se lee al pie de una fotografía: «Al lado del Führer, el *Oberführer* Fulano», ello no tiene importancia alguna, por lo menos mientras yo continúe vivo. Pero cuando yo no exista será preciso cambiar el concepto y dar a la palabra «Führer» un sentido uniforme.

En cualquier caso resultaría inoportuno cambiar el título del jefe del Estado, ya que se halla ligado a la forma misma de éste. Además de la manifestación de su espíritu de familia en los asuntos políticos, constituyó el mayor error de Napoleón, y al mismo tiempo una prueba de mal gusto por su parte, haber renunciado al título de

«primer cónsul» para hacerse llamar «emperador». Fue, en efecto, bajo el título de «primer cónsul» como la Revolución —aquella que conmovió al mundo— le llevó al poder por encima del *Directoire* (aquel comité de taberna), a él, el general republicano. Renunciando a dicho título y haciéndose llamar emperador, renegó de los jacobinos, sus antiguos compañeros de lucha, y perdió su ayuda. A la par se apartó, en el interior y en el extranjero, de los innumerables partidarios que veían en él la personificación de la renovación moral que debía aportar la Revolución Francesa. Para comprender el efecto producido por dicha iniciativa, basta con imaginar la impresión que causaría en los muniqueses, y en el resto del mundo, el hecho de que yo me hiciese transportar por las calles de Múnich en una carroza dorada.

Cometiendo tal falta, él, desde luego, no ganó nada, ya que las antiguas monarquías no dejaron de manifestarle el desprecio que sentían por un advenedizo. La única cosa que obtuvo de ellas fue la «habsburguesa» que se le cedió, cuya llegada hirió irremediablemente el orgullo nacional de los franceses. Efectivamente, a ojos de los franceses la bella Josefina, repudiada en favor de la «habsburguesa», constituía el modelo de la francesa ferozmente republicana. Se la estimaba también por haber ascendido, al lado de él, los peldaños que conducían al puesto mas elevado del Estado. La estupefacción causada en Europa por tal título de emperador se halla bien caracterizada por el arranque de Beethoven, que rompió una sinfonía que acababa de dedicarle. Luego pisoteó los pedazos, mientras gritaba: «No es el hombre extraordinario que yo creía; no es más que un hombre».

Lo que hay de trágico en el caso de Napoleón es que él no se percató, al adoptar el título de emperador, al formar una corte, al instituir un ceremonial, que haciendo causa común con los degenerados no hacía más que meter simios en una caja. Personalmente yo consideraría como un caso de pura demencia que alguien viniera a ofrecerme, por ejemplo, el título de duque. Sería como si se me pidiese que reconociese vínculos de parentesco con todos los desmedrados que llevan tal título.

Por otra parte, protegiendo a su familia como lo hizo, manifestó una increíble debilidad en el ámbito simplemente humano. Cuando un hombre ocupa una situación semejante, debe abstraerse de su relación con la familia. El, por el contrario, situó a sus hermanos y hermanas en lugares de mando, y los mantuvo en ellos incluso después de que hubieron dado pruebas de su incapacidad. Lo único que se imponía era echar a la calle a toda aquella parentela visiblemente torpe. En lugar de ello, se dedicó a mandarles todos los meses cartas llenas de reprimendas y advertencias, invitándoles a hacer tal cosa y no tal otra, creyendo poner remedio a su ineptitud prometiendo el envío de dinero o amenazando con no enviar más. Una inconsecuencia tal no puede explicarse más que por el concepto que los corsos tienen de la familia, concepto que les equipara a los escoceses.

Practicando de tal suerte el espíritu de familia, introdujo en su vida un principio de ruptura. De hecho, el nepotismo constituye la más formidable protección que se pueda imaginar: la protección del ego. Pero allí donde se ha manifestado en la vida de un Estado —las monarquías son la mejor prueba de ello—, ha tenido como consecuencia el debilitamiento y la descomposición. Y es que acaba con el principio del esfuerzo.

En este punto, Federico el Grande se mostró superior a Napoleón, puesto que, en las horas más difíciles de su vida, y cuando debía tomar las más graves resoluciones, no perdía jamás de vista la idea de que las cosas son llamadas a durar. En casos semejantes, Napoleón capituló. Resulta, pues, que llevar a buen término su obra, aquél pudo apoyarse siempre en colaboradores más eficientes que los que disponía Napoleón. Cuando éste ponía en primer plano los intereses de su clan familiar, el otro buscaba a su alrededor verdaderos *hombres* y en su defecto los formaba por sí mismo.

A despecho de todo el genio de Napoleón, fue Federico el Grande el hombre más eminente de los últimos siglos. Cuando se trataba de hallar solución a problemas esenciales, referentes a la conducción de los asuntos del Estado, se guardaba de toda inconsecuencia. Es preciso reconocer que en tal aspecto, su padre, Federico Guillermo, aquel búfalo, le había dado una formación sólida y completa. También Pedro el Grande vio claramente la necesidad de prescindir del espíritu de familia en la vida pública. En una carta dirigida a su hijo —carta que he vuelto a leer recientemente— le hablaba claramente de su intención de desheredarle y de excluirle de la sucesión al trono. «Sería muy lamentable —decía— poner un día a la cabeza de Prusia a un hombre que no se prepara para los asuntos del Estado con la mayor energía, que no templa su voluntad y no se fortifica físicamente.»

Colocar al mejor a la cabeza del Estado, he aquí el problema más difícil de resolver.

Si se trata de una república en la que el pueblo entero tiene facultad para elegir al jefe del Estado, resulta posible, con la ayuda del dinero y de la propaganda, llevar al poder al último fantoche. En lo que se refiere a una república en que las riendas del poder se hallan en manos de un clan constituido por varias familias, tal república toma el aspecto de un *trust*, en el que los accionistas tienen interés en escoger a un débil como presidente, a fin de poder disponer ellos mismos de un papel predominante.

Si tomamos como base una monarquía de forma hereditaria, comprobaremos que ello es biológicamente un error, puesto que un hombre de acción escoge generalmente una esposa con cualidades esencialmente femeninas, y el hijo hereda la dulzura y el temperamento pasivo de la madre.

En el caso de una república que coloca a su cabeza a un jefe elegido a perpetuidad, se corre el peligro de que practique una política de interés personal.

En cuanto a una república en la que el jefe del Estado se cambia cada cinco o diez años, la estabilidad de gobierno no se encuentra

asegurada jamás, y la ejecución de los planes a largo plazo que sobrepasan la duración de una vida se ve comprometida.

Si se coloca a la cabeza del Estado a un anciano de vuelta ya de todas las cosas terrenales, no es más que un figurante e, inevitablemente, son otros hombres los que gobiernan en su nombre.

Reflexionando sobre todo esto, he llegado a las conclusiones siguientes:

1. Las probabilidades de no poner a un perfecto idiota a la cabeza del

Estado son mayores en el sistema de elecciones libres que en el caso contrario. A este respecto, los gigantes que fueron los emperadores alemanes elegidos aportan la mejor de las pruebas. No se encuentra ninguno entre ellos del que pueda decirse verdaderamente que fue un imbécil. En contraste, en las monarquías hereditarias, hay por lo menos ocho reyes de cada diez que, si hubiesen sido simples burgueses, no hubieran sido siquiera capaces de regentar dignamente un establecimiento.

2. En la elección de un jefe de Estado es preciso poner los ojos en una persona que, desde el punto de vista humano, proporcione por largo tiempo la garantía de una cierta estabilidad en el ejercicio del poder. Es ésta una condición imprescindible, no solamente para que los asuntos públicos puedan ser administrados con éxito, sino también para hacer posible la realización de grandes proyectos.

3. Es necesario tener cuidado de que el jefe del Estado no sufra la influencia de la plutocracia ni sea constreñido a ciertas decisiones ante presiones de tal orden. Es por ello que resulta conveniente que cuente con el apoyo de una organización política cuya fuerza hunda sus raíces en el pueblo, y que sea capaz de dominar los intereses privados.

En el curso de la historia, dos instituciones han hecho sus pruebas con buenos resultados:

a) El papado. Pese a sus muchas crisis —las más graves de las cuales fueron las planteadas por emperadores germánicos— y pese a basarse en una doctrina literalmente insensata. Como organización considerada en el aspecto material, la Iglesia es una construcción grandiosa.

b) La Constitución de Venecia que, gracias a la organización de su gobierno, permitió a una pequeña república urbana dominar todo el Mediterráneo oriental. La Constitución de Venecia se mostró eficaz durante todo el tiempo que duró la república, o sea durante novecientos sesenta años.

El hecho del que el jefe de la República de Venecia fuese escogido entre las familias que constituían el andamiaje del Estado (que eran entre trescientas y quinientas) no ocasionó mal alguno. De tal modo se llevaba al poder al mejor de entre los representantes de tales familias, tradicionalmente ligadas al Estado. La diferencia entre tal sistema y el de la monarquía hereditaria es evidente. En el primero resultaba imposible que un imbécil o un chiquillo de doce años llegase al poder. Tan sólo un hombre que tuviera gran experiencia de la vida tenía posibilidad de ser elegido. ¿No es

ridículo pensar que una criatura de doce años, incluso de dieciocho, pueda dirigir un Estado? Por supuesto, no hace falta decir que en el caso de un rey menor de edad el poder se halla provisionalmente en manos de un consejo de regencia. Pero si los miembros de tal consejo no se ponen de acuerdo entre ellos (y cuanto más competentes son los consejeros, mayores son los riesgos de desacuerdo, dada la complejidad de los problemas que resolver cotidianamente), se echa de menos entonces la ausencia de la personalidad capaz de decidir soberanamente. Un adolescente de dieciocho años no es capaz de tomar una decisión que exija una profunda reflexión, puesto que ello resulta ya difícil para un hombre que haya alcanzado la plena madurez. Basta con imaginar qué sería el rey Miguel de Rumania sin el apoyo de un hombre tan notable como el mariscal Antonescu. Cuando llega el caso, se ve que el joven es completamente estúpido. Además, ha sido perjudicado por la educación de niño mimado que ha recibido, por haberle puesto su padre en manos femeninas durante el periodo más importante de su desarrollo. Para apreciar el trágico carácter de tal abismo basta comparar la evolución de todo individuo que siente la ambición de hacer algo en la vida con la de un príncipe heredero. Pensad en el cúmulo de conocimientos que debe adquirir un hombre de condición normal. Éste tiene que encarnizarse en el trabajo sin tregua ni reposo para llegar a imponerse. Muy al contrario, existe tendencia a creer que es con diversiones como hay que preparar a los reyes para la misión que les aguarda. Un tercio de su tiempo se halla consagrado al estudio de idiomas extranjeros, con el fin de que les sea posible decir toda clase de majaderías en varias lenguas; el segundo tercio, a los juegos de sociedad (equitación, tenis, etc.). El estudio de las ciencias políticas no ocupa más que el tercer lugar. Por añadidura, la educación que suele dárseles carece en absoluto de firmeza. Sus preceptores son la debilidad misma y resisten a la tentación de distribuir los sopapos que merecerían sus principescos alumnos por temor a atraerse la mala voluntad de un futuro monarca. El resultado es patente. Así es como fueron formados tipos como Miguel de Rumania y Pedro de Yugoslavia.

En lo que concierne al gobierno alemán, llegó a las conclusiones siguientes:

1. El Reich debe ser una república, teniendo a su cabeza un jefe elegido y dotado de autoridad absoluta.
2. No obstante, debe subsistir una representación popular con una función correctiva. Su papel estriba en apoyar al jefe, pero debe poder intervenir en caso de necesidad.
3. No es una representación popular, sino el Senado el que debe proceder a la elección del jefe. Es conveniente, sin embargo, que las atribuciones del Senado sean limitadas. Su composición no debe ser permanente. Por lo demás, debe referirse a funciones y no a personas. Los senadores deben tener siempre presente la idea de

que en ningún caso el poder puede ser delegado en un ser débil y que el Führer escogido debe ser siempre el mejor.

4. La elección del jefe no debe tener lugar en público, sino in camera. En el caso de la elección de un papa, el pueblo ignora lo que sucede entre bastidores. En una ocasión se informó de que los cardenales se pegaron, ¡y desde entonces se les privó de contacto con el mundo exterior durante la duración del cónclave! Existe un principio que se ha de respetar en la elección del Führer: toda conversación deberá estar prohibida entre los electores mientras duren las operaciones.

5. El partido, el ejército y el cuerpo de funcionarios del Estado deben prestar juramento al nuevo jefe dentro de las tres horas siguientes a la elección.

6. La separación más rigurosa entre lo legislativo y lo ejecutivo debe constituir la ley suprema para el nuevo jefe. Del mismo modo que en el partido, las SA y las SS no son más que la espada a la que se confía la ejecución de las decisiones adoptadas por los organismos competentes. Los agentes ejecutivos no tienen por qué ocuparse de política. Deben limitarse exclusivamente a asegurar la aplicación de las leyes dictadas por el poder legislativo, llamando en su ayuda a la espada en caso de necesidad. Aun no pretendiendo ser eterno, un Estado fundado sobre tales principios bien podría durar ocho o nueve siglos. La organización milenaria de la Iglesia prueba tal aserto; y eso que esta organización está enteramente basada en el absurdo. Por contra, en una organización basada en la razón, lo que acabo de decir ha de ser cierto *a fortiori*.

178. 2 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Elogio del zar Fernando. – El zorro Boris de Bulgaria. – Los atentados políticos. – Sabiduría de Kemal Ataturk.

A mi modo de ver, el rey Boris es inteligente. Nada hay en ello de sorprendente, pues recibió una buena educación de su padre, el zar Fernando, el monarca más inteligente que he conocido.

Si bien puede reprochársele haber sido más rapaz que un judío en cuestiones de dinero, debe reconocerse, sin embargo, que es digno de admiración en lo que se refiere a audacia y a espíritu de decisión. Si le hubiéramos tenido ocupando el trono imperial alemán en lugar de Guillermo II, ciertamente no habríamos aguardado hasta 1914 para desencadenar la primera guerra mundial. Hubiéramos obrado ya en 1905. Del mismo modo que cuando el derrumbamiento de 1918 logró conservar el trono para su hijo, me figuro que hubiera sabido encontrar para Alemania un medio de salvarse de la catástrofe. Además, era un hombre extremadamente culto, hasta el

punto de que se hallaba muy por encima del nivel medio en todas las ramas del saber. Durante varios años se le vio asistir, regularmente, a los festivales de Bayreuth.

Contrariamente a lo que suelen hacer en general los demás monarcas, él educó severamente a su hijo Boris, iniciándole en el estudio de todo lo que hacía referencia a los asuntos políticos y militares. Bajo su tutela, Boris se ha convertido en un joven zorro que ha sabido desenvolverse bien en el complicado laberinto de los asuntos balcánicos.

En 1919 conservó su trono marchando sobre Sofía a la cabeza de una división. Y siempre portándose como un bravo soldado fue como dominó la crisis política de 1934. Sobre este punto él mismo ha contado que cierta noche las luces del cuartel de Sofía, apagadas a las diez, volvieron a encenderse súbitamente a las once, y continuaron de aquel modo hasta medianoche, circunstancia de la cual dedujo él que se tramaba contra su vida. Es un hecho que hasta entonces, cuando tenía lugar un atentado en los Balcanes, los asesinos se las componían regularmente para encontrar al hombre político que habían de liquidar... en camisa de dormir. En cambio, él se puso su uniforme y aguardó a los conjurados con la espada en la mano. Acogió a su jefe con estas palabras: «¡Queréis matarme! ¿Qué es lo que tenéis contra mí?¿Creéis que sois capaces de gobernar mejor que yo?». En este punto los conjurados, que habían perdido por completo el dominio de sus actos, pidieron permiso para retirarse a su cuartel para deliberar. El retuvo a su jefe y después le anunció que iba a nombrarle presidente del consejo de ministros para darle ocasión de probar su capacidad política. Resulta obvio decir que no se necesitó más de un año para que la experiencia desembocara en un fracaso.

Como conclusión a tal narración, él hacía una observación muy inteligente advirtiendo que, en una tentativa de tal género, el peor error consiste en avisar a la policía. «Es impedir a los conjurados —decía—, que renuncien a su empresa por motivos razonables. Lo que se consigue, por el contrario, es alentarles a perseverar por razones de orden pasional.»

Hoy como ayer, es preciso contar, desgraciadamente, con el asesinato político. Ello está demostrado por el que se ha intentado contra nuestro embajador en Turquía, Von Papen. El suceso es revelador para nosotros por el hecho que los juramentados se dieron cuenta de que eran traicionados por sus compinches rusos. Para facilitar su fuga, se había provisto al principal autor de un aparato que se le había dicho producía niebla artificial. En realidad, el dispositivo llevaba una poderosa carga explosiva destinada a liquidarle a él mismo. Cuando se percataron de tal traición de sus jefes, los demás cómplices no tuvieron escrúpulo alguno en contar todo lo que sabían sobre los objetivos perseguidos por los soviets.

En lo que a mí concierne, jamás he admitido que se recurriese al asesinato en nuestras luchas políticas. Tal medio es generalmente inoportuno y no es de aconsejar más que en casos excepcionales. Efectivamente, no puede conducir a alcanzar un éxito de importancia

más que cuando permite suprimir al hombre sobre el que se asienta toda la organización y el poderío del adversario. Más aún; incluso en un caso semejante, yo me habría negado al empleo de tal arma.

Si los asesinatos políticos continúan siendo aún temibles en los Balcanes, ello se debe a que todavía en la actualidad la población tiene grabada en su espíritu la idea de que el derramamiento de sangre constituye una venganza. Kemal Ataturk obró sabiamente cuando, inmediatamente después de haber asumido el poder, creó una nueva capital. De tal modo pudo ejercerse eficazmente la supervisión de la policía.

179. 2 DE ABRIL DE 1942, DURANTE LA CENA

Rigidez del protocolo alemán. – Nuestros eminentes visitantes se aburren. – Habilidad del protocolo francés. – Visita de los políticos italianos a Berlín.

Lo que más me disgusta de la Wilhelmstrasse es el servicio de protocolo. Cuando un enviado oficial llega a Berlín, el protocolo oficial se apodera de él desde las seis de la mañana hasta bien entrada la noche. Se impone Fausto o una representación de *Tristán* a individuos a los que únicamente complacería una revista o una opereta. Viejos señores que vienen a Berlín para discutir importantes problemas, y a los que medio día de descanso haría mucho bien, son arrastrados de recepción en recepción, donde ven siempre los mismos rostros. Para la mayoría de nuestros huéspedes, la obligación impuesta por el protocolo constituye un verdadero martirio. ¿No sería mucho mejor ofrecerles la compañía de hermosas mujeres que hablasen correctamente su idioma? En Berlín tenemos precisamente la suerte de poder contar entre nuestras artistas con mujeres como Lili Dagover, Olga Tschechowa y Tiana Lemnitz.

Desde este punto de vista, Boris de Bulgaria se ha revelado una vez más como el zorro que nosotros conocemos. Cuando se le ofreció traerle a Berlín, expresó el deseo de que su estancia se hallase exenta de todo carácter oficial. No quería, dijo, molestar a nadie. En realidad, lo que deseaba era esquivar el martirio del protocolo. No asistió a la representación de *Fausto* ni de ninguna otra ópera, pero sí fue a ver *El príncipe mendigo* y después *El conde de Luxemburgo*. Se divirtió regiamente.

Cuando se trata de príncipes balcánicos, es imprescindible no perder de vista el hecho de que no pueden abandonar su país durante más de una semana, so pena de correr el riesgo de perder su trono.

Si se tiene en cuenta la atmósfera política de los Balcanes, siempre henchida de amenazas en lo que concierne a los atentados y las revoluciones, es preciso admitir que los hombres políticos procedentes de tales países se sienten dichosos de que les

ofrezcamos un espectáculo como *La viuda alegre*, por ejemplo, en lugar de esos dramas escogidos por el protocolo, la mayor parte de los cuales traen aparejada la inevitable escena del puñal. Sólo conozco a un príncipe oriental que haya podido permitirse el lujo de permanecer más de una semana fuera de su país. Se trata del viejo Sha de Persia. Cada año, antes de la primera guerra mundial, hacía un viaje al extranjero. Pero en este caso se trata verdaderamente de una excepción.

Considero por añadidura que el protocolo yerra el camino cuando estima oportuno conducir a nuestros huéspedes de museo en museo, calculando el tiempo que les es concedido para examinar cada cuadro. Sin preocuparse por los deseos del visitante de turno, el guía golpea el suelo con el largo bastón de pomo dorado y ello significa que es preciso pasar a la obra siguiente. Mientras el protocolo siga manifestando tan escasa comprensión, no hará más que envenenar la vida de nuestros huéspedes.

En este aspecto, en París, las cosas se llevan de muy distinto modo. Cuando llega un invitado, el Quai d'Orsay organiza un magnífico cortejo con desfile de soldados vestidos con uniforme de gala, seguido de una recepción en el Elíseo. Durante los días siguientes, el huésped dispone libremente de su tiempo. La prensa parisiense, habitualmente tan charlatana, observa la mayor discreción a este respecto, lo que resulta extremadamente simpático para el visitante. Este, principalmente si se trata de un personaje procedente de los Balcanes, vuelve a su patria muy satisfecho por la acogida que se le ha dispensado en París y comienza a soñar con el nuevo viaje que hará al año siguiente. Debiendo ser justificado tal viaje, el interesado se las compone para hacerlo y Francia continúa sacando provecho de su forma de tratar a los huéspedes ilustres.

Antes de hacer una demostración de su talento, nuestros diplomáticos deberían, por lo menos, intentar meterse en la piel de los invitados balcánicos. Durante la mayor parte del tiempo, éstos viven en una capital que, a sus ojos, toma el aspecto de un pueblo en el que todo el mundo se conoce. Cada uno de ellos, como el príncipe hindú, lleva sobre sus espaldas, desde la adolescencia, la carga de una esposa legítima. En consecuencia, cuando por fin se encuentra solo, el pobre hombre suelta un suspiro de alivio pensando que, al estar garantizada la discreción de la prensa, podrá sin preocupaciones poner ojos de cordero degollado ante una mujer bonita. Es por ello por lo que, en ciudades como Berlín o Viena, resulta muy indicado conceder cierta libertad a nuestros huéspedes de tránsito. Llevamos todas las de ganar en el aspecto político, sin contar con que ello proporciona siempre un montocito de divisas.

Con ocasión de mi visita a Roma fui acogido del modo más comprensivo. El Duce dispuso que yo tuviese todo el tiempo necesario para contemplar las obras de arte que me interesaban. Después de dicha visita, he procurado que los políticos italianos recibidos en nuestro país no tuviesen más que un mínimo de obligaciones que rendir al protocolo. El resultado ha sido sorprendente. Unos después de otros, los italianos aceptaban

entusiasmados nuestra hospitalidad. Ello fue lo que me sugirió proponer a Goering que no concediese a cada uno más que una hora de entrevista, para permitirles gozar de su viaje a Alemania. Los grandes médicos berlineses bastaban para justificar ampliamente el empleo del tiempo restante.

180. 4 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Filosofía política japonesa. – Origen judío del terrorismo religioso. – Influencia de los judíos sobre Inglaterra. – La elite del futuro. – Reglas para una buena educación. – Cobardía de los príncipes alemanes. – La bandera roja en Canterbury. – Nada de piedad para con los débiles. – La naturaleza es el mejor de los pedagogos. – Los judíos se adaptan a todos los climas. – Elogio de los hombres duros y porfiados. – Condena de los pesimistas. – La mayoría de los alemanes son optimistas.

Los japoneses han conservado su filosofía política, que es una de las razones esenciales de su éxito, gracias a que se libraron a tiempo de los criterios del cristianismo. Al igual que en el islam, en la religión de Estado japonesa no hay ningún tipo de terrorismo, sino, por el contrario, una promesa de felicidad. Este terrorismo de la religión es producto, por decirlo en pocas palabras, de un dogma judío que el cristianismo ha universalizado y cuyo efecto es sembrar en la mente de los hombres el desorden y la confusión. Es evidente que en el reino de la fe las enseñanzas terroristas no tienen más objeto que apartar a los hombres de su natural optimismo y desarrollar en ellos el instinto de cobardía.

En lo que a nosotros concierne, hemos logrado expulsar a los judíos de nuestro país y excluir a los cristianos de nuestra vida política. Es, pues, en Inglaterra y en América donde resulta posible comprobar en la actualidad los efectos de su influencia sobre la conducta del pueblo. Tomemos el ejemplo de la pintura. Nuestra acción contra el arte decadente nos ha permitido desembarazarnos de las mamarrachadas judías. Pero esos esperpentos, que nosotros logramos apartar del arte, alcanzan actualmente los precios más elevados en Inglaterra y en América. Y entre tales burgueses nadie hay que se atreva a protestar. Se puede exclamar: «¡Oh cobardía, tu nombre es burguesía!». Aunque en el mundo anglosajón el judío se haya apoderado de las riendas del mando (prensa, cine, radio, economía) y aunque en Estados Unidos soliviante al populacho, en particular a los negros, los burgueses de esos dos países, teniendo ya la soga al cuello, tiemblan ante la idea de revolverse, aunque sea tímidamente, contra él.

Lo que sucede actualmente en el mundo anglosajón es absolutamente idéntico a lo que nosotros vivimos en nuestro solar en 1918. El judío, en su desvergüenza, no sabe dónde podría intervenir aún; el sacerdocio se limita a la más desvergonzada explotación del

pueblo, y, para rematarlo todo, existe allí un rey completamente embrutecido. Ciertamente el rey de Inglaterra no vale más que Guillermo II que, en 1918, temblaba de miedo, incapaz de tomar la menor decisión, no pensando más que en ocultar su bandera. Bajo tal monarca, el judío puede propagarse e instalarse a su antojo, infundiendo su veneno en el espíritu del mundo burgués. Lo más divertido es que, en la actualidad, en el mundo anglosajón, exactamente como antaño en nuestro país, esos idiotas de *petit bourgeois* creen que no hay vida económica posible sin el judío, puesto que, según dicen, «sin él el dinero no circula». Como si no hubiesen existido épocas florecientes antes de la intrusión de los judíos en nuestra vida económica, en la Edad Media, por ejemplo.

Estimo que es preciso educar duramente a nuestra futura elite de forma que se halle definitivamente vacunada contra semejante cobardía.

Soy partidario de un derecho de sucesión absolutamente riguroso, en el sentido que un solo hijo lo herede todo y que los otros sean lanzados a la vida y obligados a buscarse por sí mismos el propio sustento. El padre que ama verdaderamente a su hijo le lega una herencia sana y una buena educación.

He aquí en qué consiste una buena educación:

a) formar el carácter del niño infundiéndole el concepto del bien;

b) proporcionarle sólidos conocimientos;

c) debe ser rigurosa en lo que se refiere al objetivo que alcanzar y firme en cuanto a los medios utilizados.

Además, el padre que posea mucho dinero debe procurar darle a su hijo el menos posible. Quien quiera educar bien a su hijo no debe perder de vista el ejemplo dado por la naturaleza, que, por su parte, no conoce consideración alguna.

La clase campesina ha permanecido sana en la medida en que esta forma de derecho ha sido aplicada al campo. Un hijo recibía la heredad y los demás no obtenían nada o casi nada. Este es exactamente el sistema que practica la nobleza inglesa. El título es concedido a uno solo de los descendientes, siendo excluidos todos los demás. Velando por que las codornices no caigan asadas por completo en las bocas de los jóvenes, se les salvaguarda de la cobardía y de la pereza. Tengo dadas instrucciones de suerte que las posesiones otorgadas a nuestros colonos de los territorios de este no puedan ser parceladas. Tan sólo el hijo más capacitado tendrá derecho a heredar la granja de sus padres, teniendo los otros que labrarse por sí mismos un camino en la vida. Tales medidas valen tanto para la familia como para el resto. Toda organización humana, por pequeña que sea, no puede reconocer más que a un solo jefe y es de esta única manera como el patrimonio adquirido por una familia tiene probabilidades de perdurar.

Desde el instante en que se admite que no sería posible colocar a un ser humano en una caja de algodón para todo el resto de su vida, Bormann tiene razón al considerar ejemplar la dura educación dada en nuestros internados. El Estado no puede apoyarse más que

en hombres capaces y valerosos. Únicamente los que han dado prueba de su valía deben ponerse al frente de los asuntos políticos. En los estratos inferiores de la población es la vida misma la que se encarga de ejercer una despiadada selección. Cuando las masas populares se encuentran enfrentadas con dirigentes demasiado pusilánimes, no vacilan en dar muestras con respecto a ellos de las mayores brutalidades. He aquí como puede explicarse el hecho de que la revolución haya barrido el castillo de naipes tambaleante de los monarcas de 1918. Si se hubiera podido contar con un solo príncipe alemán del temple de Boris de Bulgaria, capaz de permanecer al frente de su división declarando que no soñaba siquiera en retroceder un paso, nos hubiéramos ahorrado tan lamentable derrumbamiento. En el fondo, el destino resulta excesivamente indulgente y benevolente al no condenar a la decrepitud más que a lo que se halla ya podrido. Aunque no exista más que un solo brote sano y fuerte, el destino lo deja subsistir. Sucedió que, en su terror, los pobres príncipes alemanes no conservaron siquiera la capacidad de juicio que les hubiera permitido adivinar la falsedad de una noticia tal como la de la capitulación de la segunda división de la guardia.

La prueba de que las cosas no marchan mejor en Inglaterra, de que también allá todo se halla corrompido hasta la médula, es que un arzobispo de Canterbury cuelga de su púlpito la bandera de los soviets. No hay que dar muestras de piedad alguna hacia las gentes a las que el destino ha condenado a desaparecer. Si uno debe alegrarse de que un ser tan débil como el actual rey de Inglaterra sea empujado irremediablemente hacia la pendiente por los judíos, por el clero y por la cobardía de los burgueses, del mismo modo debemos alegrarnos de que nuestros pútridos potentados sufrieran un destino semejante después de 1918. Es absolutamente ridículo apiadarnos de nuestras antiguas casas principescas. Por el contrario, resulta muy agradable que con ellas desapareciera el obstáculo esencial que existía aún para realizar la unidad alemana. De modo general, no hay que tener lástima jamás de aquellos que han perdido su impulso vital. El que merece nuestra simpatía es el soldado del frente así como también el inventor, que trabaja honestamente rodeado de las mayores dificultades. Añadiré que, incluso en estos casos, nuestra simpatía debe estar limitada naturalmente a los miembros de nuestra comunidad nacional.

Como en todo, la naturaleza es el mejor de los pedagogos, incluso en lo que concierne a la selección. Nadie sabría imaginar, por parte de la naturaleza, una actividad más feliz que la que consiste en determinar el crecimiento de los seres a la merced de una lucha perpetua. A este respecto resulta muy chocante comprobar que nuestras clases superiores, que jamás se han preocupado de los centenares de miles de emigrantes alemanes ni de sus miserias, se entreguen a un sentimiento de compasión en relación con la suerte de los judíos a los que pretendemos expulsar. Nuestros compatriotas olvidan con demasiada facilidad que éstos tienen cómplices en el mundo entero y que no existen seres más resistentes que ellos en lo

que a la adaptación al clima se refiere. La verdad es que medran en cualquier parte, lo mismo en Laponia que en Siberia. Tanto amor y simpatía, si nuestra clase dirigente no se hallase corrompida, debería aplicarse exclusivamente a los miembros de nuestra comunidad nacional. En esto dan ejemplo los cristianos. ¿Puede haber algo más fanático, más excluyente y más intolerante que esta religión que todo lo basa en el amor al uno y único Dios del que es revelación? El afecto que la clase dirigente de Alemania debería profesar al bravo ciudadano que cumple fiel y valerosamente con su deber en favor de la colectividad, ¿por qué no es también fanático, exclusivista e intolerante?

Mi deber y mi simpatía están dedicados en primerísimo lugar al soldado alemán de primera línea, que ha debido soportar los rigores de este invierno. Si se trata de la selección de los jefes, es preciso no olvidar que la guerra constituye también una manifestación de la vida, que es incluso la expresión más poderosa y característica de aquélla. Por consiguiente, considero que sólo son aptos para convertirse en jefes los hombres que, valientemente, han forjado su temple en una guerra. A mis ojos, la firmeza de carácter es mucho más preciosa que cualquier otra cualidad. Un carácter bien templado puede ser la consecuencia de un hombre por otra parte bastante ignorante. A mi modo de ver, los hombres más duros, los más audaces, y antes que nada los más porfiados y los más resistentes, son los que conviene colocar a la cabeza del ejército. Los mismos hombres son igualmente esenciales para la cabeza del Estado, ya que de otro modo la pluma termina por desvirtuar lo que ha sido conquistado con la punta de la espada. Llegaré incluso a decir que en el campo de acción que le es habitual, el hombre político debe ser más valeroso aún que el soldado que salta fuera de su trinchera para enfrentarse con el enemigo. Hay casos, en efecto, en que la audaz decisión de un solo político puede salvar la vida de gran número de soldados. Esa es la razón por la que el pesimismo constituye una plaga entre los políticos. Sería necesario poder eliminar a todos los pesimistas a fin de que en el momento decisivo el saber de esos hombres no anulara su capacidad de acción.

Este último invierno, precisamente, ha proporcionado un test a ese tipo de hombres de dilatados conocimientos, a todos los ratones de biblioteca que se interesan por las analogías de una situación y son sensibles al epílogo generalmente desastroso de los ejemplos citados. Convengamos que a los que fueron capaces de resistir a esa corriente les fue necesaria una gran dosis de optimismo. Se impone una conclusión. En las horas de crisis, los doctos en una materia se sienten inclinados con demasiada facilidad a hacer girar la espita del positivo hacia el negativo. Son irresolutos que encuentran por añadidura en la opinión pública un aliento para su indecisión. Por el contrario, e incluso en el caso de que no posea dilatados conocimientos, el optimista valeroso y enérgico, guiado por su subconsciente o por su simple buen sentido, termina siempre por encontrar una salida.

Gracias a Dios, los individuos de temple eufórico se hallan en mayoría en nuestro pueblo. Por cierto que al basarse en ellos la Iglesia revela cuál es su juego. Pues en definitiva la doctrina cristiana se dirige a los optimistas con el objeto de convencerles de que la vida presente irá seguida por otra vida mucho más agradable, a condición de que se decidan a tiempo por la fe correcta; por poco digo la fe de la derecha. Frente a la natural objetividad masculina, el verdadero apoyo del optimismo lo constituyen las mujeres. Desde la primera semana, suelen descubrir en su progenie las más sorprendentes cualidades, y jamás pierden esta fe.

181. 5 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Patentes alemanas robadas. – Protección para el futuro. – Desvergüenza de los rusos. – El futuro de Finlandia y de Turquía. – Oportunidades en Rusia. – La importancia del clima. – Decadencia de Leningrado.

Dirigiéndose al profesor Morell: Será preciso obrar de forma que los franceses no vendan bajo otro nombre nuestra Germanine, que ha dado lugar a tan prolongadas investigaciones, como si se tratara de un producto francés. En el tratado de paz, será de todo punto imprescindible la introducción de una cláusula prohibiéndoles continuar explotando las patentes que nos vimos obligados a entregarles con motivo del *diktat* de Versalles. En términos generales, resulta insensato seguir informando al extranjero sobre este particular por medio del registro de las patentes. ¿No ha sido incluso Brasil, un país que no se ha distinguido especialmente en el campo de las invenciones, quien se ha permitido, en este momento, suprimir la protección conferida a las patentes y arrogarse el derecho de explotar las nuestras? *En el futuro, deseo que las patentes alemanas sean mantenidas en secreto sistemáticamente*.

Un hecho me ha llamado la atención desde hace mucho tiempo. Países como Rusia y Japón, por ejemplo, que no cuentan en su haber con invenciones muy notables, tienen la costumbre de dirigirse a América, a Inglaterra y a Alemania cuando desean fabricar por sí mismos ciertos productos o máquinas. De cada una de estas tres naciones se hacen enviar un ejemplar del artículo en cuestión —una máquina-herramienta, por ejemplo—, se procuran, si pueden, los diseños técnicos que a ella se refieren y, después, de acuerdo con los modelos que tienen ante su vista, emprenden la tarea de construir una cuarta máquina que, naturalmente, tiene gran número de probabilidades de ser la mejor... Un año de colaboración con Rusia me ha demostrado hasta dónde puede llegar la desvergüenza en este campo. Explotando hasta el máximo mi delicada situación, los soviets llegaron incluso a exigirme poder comprar en nuestro país instrumentos de observación destinados a la artillería, acorazados e

incluso cruceros de batalla completos, con sus correspondientes planos. En aquella época la situación era tal que tuve que acabar por entregarles un crucero pesado. Dándole largas al asunto en cuanto a lo referente a los plazos de entrega, conseguí afortunadamente no proporcionarles el material de artillería. Ello me permitió adquirir una experiencia que me servirá mientras viva. Cuando los expertos rusos se presentaban en una fábrica a comprar una máquina, sucedía que después de haber visto todo lo que se les había enseñado, expresaban el deseo de examinar un determinado prototipo de máquina cuya existencia conocían y de la que podían decir incluso dónde se hallaba. El comunismo ha creado un sistema de espionaje que incluso en la actualidad funciona admirablemente.

Después de su primer conflicto con los rusos, los finlandeses se dirigieron a mí proponiéndome que su país se convirtiera en protectorado alemán. No lamento en absoluto haber rechazado tal ofrecimiento. Efectivamente, la actitud heroica de ese pueblo, que de los seiscientos años de su historia ha pasado cien combatiendo, merece el mayor respeto. Es mucho mejor tener a ese pueblo de héroes como aliado que incorporarlo al Reich germánico, lo que, por otra parte, no dejaría de provocar a la larga grandes complicaciones. Finlandia cubre uno de nuestros flancos, mientras Turquía cubre el otro. He aquí una solución ideal para mí en lo que se refiere a nuestro sistema político de protección.

Independientemente de tales consideraciones, el clima de Carelia, sin hablar de otras regiones, no nos conviene en absoluto, a nosotros los alemanes. Si tengo ocasión de hacer alguna vez una visita a nuestros valientes soldados y sucede que me preguntan lo que pienso de esas tierras improductivas (que ni los mismos rusos han intentado siquiera colonizar), no podré por menos que compartir sus sentimientos. Muy distinto es lo que sucede en Noruega, que, gracias a la presencia de la corriente del Golfo, ofrece condiciones climáticas mucho más favorables. De modo que no es preciso que el *Reichsführer* SS alimente la esperanza de reemplazar las colonias penitenciarias rusas del canal de Murmansk por los ocupantes de sus campos de concentración. El esfuerzo de esos hombres debe utilizarse en primer lugar con miras a la construcción de las fábricas de armamento que edificaremos en los vastos espacios rusos. Por otra parte, en lo que concierne a los territorios rusos que se hallan bajo nuestra soberanía, los problemas son tan abundantes que nos proporcionarán trabajo para varios siglos. En el sector central, habrá que sanear los pantanos, que se extienden hasta perderse de vista, plantando juncos. En el futuro formarán una barrera para quebrantar las extraordinarias olas de frío del invierno ruso. En otro aspecto será preciso establecer plantaciones de ortigas cultivables, puesto que, de acuerdo con las experiencias realizadas por una casa de Hamburgo, las fibras de esas ortigas permiten la fabricación de una celulosa superior en mucho al algodón.

Además, resulta urgente la repoblación forestal de Ucrania, con el fin de poder luchar eficazmente contra las lluvias que constituyen

allá una verdadera plaga. Son verdaderamente dignos de loa los cazadores que, para satisfacer su pasión por la caza, se han tomado el trabajo de repoblar, en la proporción de un 37 por 100, el bosque alemán. Durante ese tiempo, en todo el perímetro del Mediterráneo se ha talado sin reflexionar en la importancia del bosque y, además de ello, sin adoptar la política que se imponía a ese respecto.

En lo que se refiere al porvenir de Leningrado, diré que, para mí, la ciudad se halla condenada a la decadencia. Tal como ha declarado hace poco uno de los tres oficiales a los que acabo de conceder las hojas de roble, el hambre ha reducido ya la población a dos millones. Si se piensa que, de acuerdo con el informe del embajador de Turquía en Rusia, en la propia esfera de los diplomáticos no existe nada decente para comer; si se sabe, por otra parte, que los rusos continúan alimentándose con carne de caballos muertos, puede imaginarse fácilmente que la población disminuye rápidamente. Las bombas y los proyectiles de la artillería han contribuido por su parte a la destrucción de la ciudad. En el futuro, será preciso que el Neva constituya la línea fronteriza entre Finlandia y nosotros. Los puertos y las factorías navales de Leningrado declinarán a su vez. Efectivamente, no puede haber más que un solo dueño en el Báltico, mar interior alemán. Es por ello por lo que es necesario obrar de forma que no haya lugar para puerto importante alguno en la periferia de nuestro Reich. El desarrollo de nuestros propios puertos y los de los países bálticos bastará ampliamente para asegurar nuestras necesidades marítimas, de suerte que podremos prescindir perfectamente del puerto de Leningrado, bloqueado, por otra parte, por los hielos durante la mitad del año.

182. S DE ABRIL DE 1942, POR LA TARDE

Sobre si es preciso intentar la germanización de los franceses. – Las pretensiones de Mussert. – Autonomía muy limitada en el cuadro del gran Reich alemán. – Ejemplo de Austria. – Opinión de Himmler sobre los frisones. – Germanización de Holanda. – Las legiones extranjeras en la guerra del este. – Unión de todas las razas germánicas. – Nada de exceso en la germanización. – Desconfianza con respecto a los polacos. – Traidores del interior. – La traición espontánea. – Cómo hubiera debido manifestarse el espíritu de resistencia de los alemanes en 1918. – Juegos de prestidigitación del almirante Darlan . – Francia debe pagar el error de Versalles.

En el curso de la cena, el Reichsführer *SS declaró que, según su parecer, la mejor forma de resolver el problema francés sería proceder a una selección anual de cierto número de niños racialmente sanos, escogidos entre la población germánica de Francia. Habría que intentar colocar a esos niños, muy jóvenes aún,*

en internados alemanes, desviarles de su nacionalidad francesa, debida al azar, hacerles tomar conciencia de su sangre germánica e inculcarles por tal procedimiento la noción de su pertenencia al gran grupo de los pueblos germánicos.[1] *El Führer respondió:*

En cuanto a mí, todas esas tentativas de germanización no me dicen gran cosa, por lo menos mientras no se llegue a fundarlas sobre una apropiada concepción del mundo. En lo que concierne a Francia, es conveniente no olvidar que la reputación militar de ese país no se debe al valor moral del pueblo sino, esencialmente, al hecho de que, en el continente, los franceses han sabido utilizar algunas coyunturas militares que les eran favorables (por ejemplo, la guerra de los Treinta Años). Cada vez que se han hallado frente a una Alemania consciente de sí misma, han recibido un palo, como por ejemplo bajo Federico el Grande, en 1940, etc. El que, mediante la guía de ese genio militar único en el mundo que fue el corso Napoleón, lograran victorias de alcance universal no cambia nada. La masa del pueblo francés tiene tendencia al espíritu de *petit bourgeois*, de forma que constituiría ya un éxito lograr sustraer los elementos de origen germánico a las garras de la clase dirigente del país.

En este punto, el Reichsführer SS llevó la conversación a las experiencias que ha hecho con Mussert, el jefe de los nacionalistas holandeses.[2] *«Lo que me ha sorprendido —dijo— es que intente recuperar su legión. Ha procurado explicarme que, para asegurar militarmente su toma del poder en Holanda, tenía necesidad de la legión holandesa que combate actualmente en el frente del este. No le he dejado esperanza alguna sobre este punto, atrayendo por el contrario su atención sobre el hecho de que, una vez terminada la guerra, no podrá disponer para Holanda más que del número de soldados correspondiente a los efectivos de legionarios que luchan en este momento en el frente del este. Para la defensa del territorio no tiene necesidad de un ejército federal neerlandés, puesto que, después de la guerra, esta defensa correrá exclusivamente de nuestra cuenta. Mantener un ejército federal importante por motivos de representación no es en absoluto necesario.» El Führer expresó entonces su opinión:*

Ante mí, Mussert se ha expresado de una forma muy curiosa a propósito de la jura de los legionarios. Es por ello por lo que le he preguntado si creía que yo dividí con alegría mi patria austriaca en varios Gaus, a fin de sustraerla a las tendencias separatistas y poder incorporarla más fácilmente al Reich germánico. ¿No tiene Austria su propia historia cinco veces secular, en la que no faltan, por cierto, los puntos culminantes? En la discusión de tales problemas, evidentemente es preciso ser muy prudente ante los holandeses y los

[1] «¡Siniestra teoría!» (nota manuscrita de Bormann).
[2] «En el entorno de Hitler, Rost Van Tonningen siempre actuó contra Mussert» (nota manuscrita de Bormann).

noruegos. Es preciso no olvidar que en 1871 Baviera jamás habría aceptado formar parte de Prusia. Bismark la condujo únicamente a desempeñar su papel en una gran asociación ligada por la sangre, en una asociación con Alemania. En 1938 yo tampoco dije a los austriacos que quería incorporarles a Alemania, pero insistí sobre el hecho de que ambos países debían unirse para formar el gran Reich alemán. En lo referente a los germanos del noroeste y del norte, es necesario, además, precisar siempre que se trata del Reich germánico, del Reich limitado, constituyendo Alemania únicamente su más poderosa fuente de fuerza, tanto desde el punto de vista ideológico como del militar.

El Reichsführer *SS subrayó estas palabras del Führer poniendo de relieve que entre las distintas poblaciones reunidas en Holanda no existía un verdadero sentimiento de comunidad. «Puede comprobarse, por ejemplo, que los frisones holandeses, en lo que atañe a la sangre, no se sienten atraídos hacia los demás holandeses; no se encuentra en absoluto entre ellos un sentimiento nacional holandés fundado sobre una sólida noción del Estado. Parece ser que preferirían, con mucho, verse unidos a los frisones de allende el Ems, con los que se hallan ligados por la sangre.»*

El mariscal Keitel confirmó este punto de vista sobre la base de sus propias experiencias, estimando que los frisones establecidos al otro lado del Ems no deseaban más que una cosa: verse unidos en una misma unidad administrativa con los frisones establecidos a este lado del Ems.

Después de haberse tomado algún tiempo para reflexionar, el Führer declaró que, en tales condiciones, lo mejor sería reunir en una sola provincia a los frisones de ambos lados del Ems y hablar de ello en el momento oportuno a Seyss-Inquart.

El Reichsführer *SS habló luego de la necesidad de establecer en Holanda internados destinados a la educación política de la juventud, dos para chicos y uno para chicas, que serían creados bajo el nombre de Escuelas del Reich, apelación aprobada por el Führer. Un tercio de los alumnos serían holandeses y los otros dos alemanes. Transcurrido algún tiempo, los alumnos holandeses deberían frecuentar a su vez una escuela semejante en Alemania. El* Reichsführer *SS especificó que, para tener la garantía de una enseñanza dada bajo el signo del Reich germánico, había rehusado una contribución financiera de Holanda y encargado a Schwarz que asegurase a título de exclusiva la financiación de tales centros de enseñanza. Existía un proyecto para la creación de escuelas semejantes en Noruega; también ellas serían financiadas únicamente por el tesorero del partida «Si queremos impedir que la sangre germánica penetre en la clase dirigente de los pueblos dominados por nosotros y se vuelva inmediatamente en contra nuestra, será preciso someter paulatinamente a todos los elementos germánicos valiosos a la influencia de tal enseñanza.» El Führer aprobó este punto de vista.*

En ningún caso hay que cometer el error de alistar en el ejército alemán a los extranjeros que nos parezcan elementos de valor, a menos que nos ofrezcan la seguridad de hallarse perfectamente impregnados de la noción del Reich germánico. A este propósito, me muestro escéptico en cuanto a la participación de todas esas legiones extranjeras en nuestra lucha en el frente del este. No hay que olvidar que, a menos de hallarse convencido de su pertenencia racial al Reich germánico, el legionario extranjero debe experimentar el sentimiento de traicionar a su país. La caída de la monarquía de los Habsburgo pone de relieve todo el alcance de este peligro. También entonces se creyó poder ganar a los otros pueblos dándoles una formación militar en el ejército austriaco. Sin embargo, en el momento decisivo fue preciso darse cuenta de que los portaestandartes de la rebelión eran justamente esos hombres. Es por ello por lo que no resulta indicado edificar el Reich germánico bajo el estandarte de la vieja Alemania. No es posible reunir a los pueblos germánicos bajo los pliegues de la bandera negra-blanca-roja del antiguo imperio alemán por el mismo motivo que en 1871 obligó a que los bávaros no entraran en el Reich alemán bajo la bandera de Prusia. Esa es la razón por la que he dado como emblema al partido nacionalsocialista la bandera de la cruz gamada, como símbolo de la unión de todos los germanos, un nuevo signo de alianza, valedero igualmente en el interior de nuestra comunidad nacional.

Guardémonos de emprender la germanización de nuestro espacio vital en una escala demasiado grande. Seamos prudentes, singularmente en lo que concierne a los checos y los polacos. Según Himmler, la historia prueba que estos últimos tienen su nacionalidad tatuada en el cuerpo. Se trata, pues, de tenerlos en jaque, encuadrándolos con el mayor rigor posible e intentando que sean desbordados por los elementos alemanes. Se ha convenido con Frank, gobernador general de la Polonia ocupada, que el distrito de Cracovia (con su capital puramente alemana), así como el distrito de Lublin, serán poblados por alemanes. Con esos dos puntos neurálgicos fuertemente asegurados, deberá ser posible contener lentamente a los polacos. No creo que en este aspecto sea necesario proceder con demasiados miramientos, puesto que nos condenaríamos a volver a empezar una experiencia que ha sido realizada ya después de los repartos de Polonia. El alma de Polonia ha continuado despierta porque los polacos no se tomaron en serio la dominación rusa; esto por una parte, y por la otra, porque habían logrado asegurarse una sólida posición política entre los alemanes, ayudados en tal empresa por su adhesión a un catolicismo fuertemente impregnado de política. Según mi parecer, puede decirse incluso que han desempeñado un papel determinante en la política interior alemana.

Resulta muy importante para el futuro que los alemanes no se mezclen con los polacos, de forma que la nueva sangre germánica no sea transmitida a la clase dirigente polaca. Himmler tiene razón cuando afirma que los generales polacos que verdaderamente

ofrecieron una resistencia seria en 1939 eran, por así decirlo, de ascendencia exclusivamente alemana. Es un hecho demostrado que son precisamente los mejores elementos de nuestra raza los que, perdiendo la conciencia de su origen, se agregan a la clase dirigente del país que les ha acogido. En cuanto a los elementos de menor valor, conservan los caracteres de su grupo étnico y permanecen fieles a su origen germánico. Idéntica prudencia se impone en lo que concierne a los checos, los cuales se las componen para no despertar la desconfianza de sus ocupantes y desempeñan maravillosamente el papel de súbditos. Cierto es que en este sentido cuentan con una experiencia de cinco siglos. Les he visto desenvolverse en Viena durante mi juventud. Llegados sin recursos, arrastrando sus botas por el adoquinado de la ciudad, tardaban poco en tomar el acento vienés y, un buen día, se sorprendía uno al verles instalados en posiciones de privilegio.

La paz no será ganada por nosotros, en el aspecto racial, más que en el caso de que el Reich sepa mantenerse a cierto nivel. Ante Estados Unidos, cuya población es apenas superior a la nuestra, nuestra fuerza reside en el hecho de que las cuatro quintas partes de los nuestros son de raza germánica.

La actitud de nuestros dirigentes después del derrumbamiento de 1918 resulta verdaderamente inconcebible. En aquella época numerosos industriales intentaron disimular al enemigo una parte de nuestras armas, siendo éstas tanto más preciosas cuanto que representaban el resultado de los esfuerzos debidos a la paciencia y a la perseverancia de nuestros investigadores. Lejos de sostener y de alentar en este camino a tales industriales, nuestros gobernantes les crearon mil dificultades, llegando incluso a acusarles de traicionar los intereses del país. Sin embargo, no hubiera sido difícil eludir en parte las condiciones del *diktat* de Versalles. Los controles no eran nada fáciles de ejecutar ¿y quién se habría dado cuenta, en el curso de una verificación, de que no había más que treinta mil cañones en lugar de los cincuenta mil que se esperaba encontrar?¡Había treinta mil!

No existe duda alguna de que en aquel momento el espíritu de traición se hallaba notablemente extendido en toda Alemania. ¿Por qué todos nuestros gobernantes no obraron con respecto a los traidores al igual que lo hicieron Pöhner y Frick en Múnich? Efectivamente, gracias a dispositivos de escucha instalados en la sede de las comisiones de desarme enemigas, pudieron llegar a sorprender a los traidores en pleno trabajo. Inmediatamente después eran convocados por funcionarios de la policía criminal (que se hacían pasar por franceses) y se les arrestaba.

Si hubiera existido una seria voluntad de oposición al desarme de Alemania, el propio tratado de Versalles nos ofrecía la posibilidad de hacerlo. Nada nos impedía que construyéramos gran número de lanchas rápidas, ya que la construcción de unidades de tal tonelaje no nos estaba vedada. En cuanto a los navíos de guerra, se hubiera podido establecer su tonelaje muy por encima de las cifras oficialmente admitidas. ¿Habéis oído decir que alguien se haya

percatado de que mis cruceros pesados no correspondían exactamente a las dimensiones oficiales, particularmente en lo que se refiere al calado? Con un poco de mano izquierda, se hubiera podido hacer de ese ejército de cien mil hombres una verdadera escuela de oficiales y de suboficiales. Fijando la duración del servicio militar en un corto número de años, hubiera sido posible instruir suficientemente a un número de hombres para poder disponer, en caso de necesidad, de un ejército de ochocientos a novecientos mil soldados. Resulta evidente que no había que confiar tal responsabilidad a los comodones. La primera vez que di la orden de construir de nuevo cañones del 21, un timorato cualquiera de esa clase interpretó mi pedido como de seis piezas en lugar de las sesenta que yo reclamaba. Tuve que hacer comprender a esos señores que, desde el instante en que se sobrepasaban las estipulaciones de un tratado, importaba poco que ello se hiciera en grande o en pequeña proporción. También hubiera sido posible construir fortines de hormigón a lo largo de toda la frontera franco-alemana, disfrazándolos como sótanos de hogares infantiles, de hospitales, etc. De ese modo, en caso de conflicto con Francia, hubiéramos dispuesto de un sistema fortificado comparable a nuestro Muro del Oeste.

Hoy, nuestro mando tiene el deber de asegurarse de que los franceses no nos hagan a nosotros ese juego. Me ha sorprendido una fórmula que utilizó el almirante Darlan en un llamamiento a los franceses. Junto a cosas insignificantes, hablaba de «precauciones para el porvenir» como si se hubiera tratado de uno de los objetivos de su política. Desgraciadamente no he tenido ocasión de pedirle la explicación de esa declaración misteriosa. De todos modos, hubiese podido atraer su atención sobre el hecho de que esgrimía aparentemente ideas que no me resultaban nada extrañas en la época de mi lucha. Y hubiera añadido que los trucos de un prestidigitador aficionado no bastan para engañar a un maestro. Durante los cincuenta próximos años el destino de Francia consistirá en reparar el error de Versalles.

183. 6 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Representantes alemanes en el extranjero. – Necesidad de cambiar nuestros métodos. – Seguir el ejemplo de los ingleses. – Distinciones honoríficas.

Verdaderamente la Wilhelmstrasse no tiene buena mano en la elección de nuestros cónsules. Son casi siempre honorarios los que se encargan de la defensa de los intereses alemanes en el extranjero, hombres que han mendigado un título honorífico, preocupados únicamente por sus propios asuntos y desentendiéndose de los problemas que nos interesan y de la protección de nuestros

compatriotas residentes en el extranjero. Después de la guerra, será preciso que transformemos completamente esos cuadros y que renunciemos prácticamente al sistema de los cónsules que no pertenezcan a la carrera. Aunque ello nos cueste más caro, es preciso seguir el ejemplo de los ingleses y enviar al extranjero misiones diplomáticas compuestas por hombres de valía real y retribuidos consecuentemente. El resultado será remunerador. En el país a que es destinado, la tarea del diplomático consiste en representar convenientemente los intereses alemanes. Además, con la ayuda de informes amoldados a las circunstancias, debe informar con exactitud a su gobierno sobre las medidas que convendría adoptar. Si nuestras misiones en el extranjero cumpliesen con su deber ello nos permitiría aliviar considerablemente los servicios de la administración central. Se necesitan menos hombres en la Wilhelmstrasse y con más eficaz actividad.

Pasando a otra idea, el Führer quiso saber si el hecho de conferir a extranjeros distinciones honoríficas daba buenos resultados. Habiendo dado el embajador Hewel una respuesta afirmativa, aunque con ciertas reservas, el Führer continuó:

Muchas veces he reflexionado sobre este problema. En lugar de ofrecer pitilleras de oro como hemos venido haciendo hasta la fecha, tenemos interés en ofrecer condecoraciones. Éstas, cuando no se hallan adornadas de brillantes, representan un gasto que va de dos marcos cincuenta a veinticinco marcos, mientras que una pitillera de oro nos cuesta alrededor de ciento setenta marcos. Visto el éxito obtenido por la concesión de condecoraciones, no hay lugar a dudas. Efectivamente, del mismo modo que los hombres se lanzan a la busca y captura de títulos, corren detrás de las condecoraciones. A decir verdad, ese tráfico no me satisface demasiado. No me hago a la idea de verme proclamando que por cien mil marcos puede uno convertirse en vicecónsul, por quinientos mil en cónsul y por un millón en cónsul general. Y sin embargo, era de este modo como la Alemania imperial se procuraba recursos complementarios. Había comercializado notablemente el título de Kommerzienrat [consejero de comercio].

Conviene obrar prudentemente en esta materia ya que, de otro modo, los títulos y las condecoraciones pierden mucho de su valor. Me figuro que el «viejo Fritz» le haría pasar un mal cuarto de hora al Consejo de Estado prusiano —esa miserable tentativa de resurrección— si consiguiera poder ver en completo movimiento esa asamblea de inactivos.

184. 7 DE ABRIL DE 1942, DURANTE LA CENA

El vasto motín de 1918-1919. – Un hatajo de malhechores. – Deber ante los idealistas alemanes. – Lo que el clero alemán cuesta al Estado. – Cómo hacer economías sobre el presupuesto de las iglesias. – Hacer difícil el reclutamiento de los sacerdotes. – El obispo del Reich. – El pastor Niemöller. – Pequeños intrigantes.

Cuando se estudia atentamente la revolución de 1918-1919, se comprueba que no fue en absoluto la manifestación de una gran idea. Fue un vasto motín, animado en primer lugar por una chusma salida poco antes de las cárceles y de las penitenciarías. Si se leen informes de la revolución en Colonia, en Hamburgo o en cualquier otra ciudad, se da uno cuenta de que ese pretendido levantamiento popular se caracterizó principalmente por toda suerte de pillajes y exacciones. De modo que uno no puede por menos que experimentar desprecio por los cobardes que huyeron ante esa turba.

Si la menor tentativa de motín tuviera lugar en estos momentos en cualquier parte del Reich, yo respondería con la adopción de medidas inmediatas. He aquí lo que haría: a) el mismo día, todos los jefes de la oposición, comprendidos los jefes del partido católico, serían detenidos y ejecutados; b) todos los ocupantes de los campos de concentración serían fusilados en un plazo de tres días; e) todos los criminales cuya lista poseemos, poco importa si se hallasen en libertad o encarcelados, serían fusilados en el mismo plazo.

La supresión de esos varios centenares o millares de hombres haría que resultara superflua la adopción de otras medidas, puesto que el motín fracasaría falto de conductores y cómplices. En cuanto a la justificación de esas ejecuciones sumarias, no tengo más que pensar en los idealistas alemanes que exponen sus vidas ante el enemigo o que se sacrifican en una fábrica de material de guerra y que ponen todo su empeño en la victoria de la patria.

Es un verdadero escándalo que tengamos que pagar subsidios tan extraordinariamente elevados a las iglesias alemanas. Esto no pasa en ningún sitio, ni siquiera en los países más fundamentalmente católicos, exceptuando España. Si no yerro, nuestras iglesias aún cobran en la actualidad novecientos millones de marcos anuales. Pues bien, la principal actividad de los curas consiste en socavar la política nacionalsocialista. La costumbre de explotar al Estado viene de muy atrás. En períodos de tensión nacional la Iglesia católica siempre ha intentado ocupar posiciones de poder temporal, y siempre a expensas de la comunidad alemana. Los problemas de nuestros emperadores nunca dieron ocasión a los curas de probar sus sentimientos alemanes. Por el contrario, es tradicional entre ellos aprovechar cualquier circunstancia para entregarse a sus actividades egoístas. Por eso nunca se lamentará demasiado que una personalidad tan poderosa como Lutero sólo encontrase sucesores débiles.

De otro modo, nunca se hubiera podido restaurar en Alemania la Iglesia católica con unos cimientos lo suficientemente sólidos como para permitirle perdurar hasta la actualidad.

En lugar de dedicar todos esos millones a la Iglesia, me pregunto seriamente si no obraríamos mejor consagrando la mayor parte de ese dinero a construir granjas para nuestros soldados campesinos. Himmler me ha dicho que cada una de esas granjas costaría unos veintitrés mil marcos aproximadamente, comprendidos todos los utensilios necesarios. De ese modo podríamos poner cada año, a disposición de aquellos de nuestros soldados que, después de doce años de servicio, quisiesen dedicarse a la agricultura, más de treinta mil granjas exentas de todo gravamen. Lógicamente, habría que incitar a esos hombres a no casarse más que con muchachas campesinas. Por otra parte, en el curso de su duodécimo año de servicio, sería necesario enviarles a una escuela de agricultura de la región en que iban a establecerse, con el fin de que recibiesen allí una formación apropiada. En función de tal proyecto, resultaría, pues, indispensable la creación de gran número de esas escuelas. Y vista la diversidad de las condiciones de trabajo en el futuro Reich, esas escuelas, para ser realmente útiles, deberán tener en cuenta las particularidades de la región en que vayan a ser instaladas.

Me parece que una subvención anual de cincuenta millones debería bastar para la Iglesia católica. Debería ser vertida directamente en las manos de los príncipes de la Iglesia, encargándose éstos de su reparto. De tal modo podríamos tener la garantía «oficial», puesto que se trata de la Iglesia, de un reparto «justo» de ese dinero. Sin duda estos cincuenta millones nos producirán más que los novecientos millones que actualmente dilapidamos cada año. Pueden estar seguros de que, a juzgar por los precedentes históricos, los príncipes de la Iglesia me lamerían las botas a cambio del dinero, y más aún si pudieran hacer con él lo que quisieran. De modo que si se puede comprar con dinero a los altos dignatarios de la Iglesia, ¡hagámoslo! Y si uno de ellos quisiera disfrutar de la vida y con tal objeto metiera la mano en la caja, ¡por amor de Dios, dejémoslo en paz! A quienes hemos de temer es a los ascéticos con ojeras y a los fanáticos.

Después de esta guerra tomaré las medidas necesarias para hacer extraordinariamente difícil el reclutamiento de sacerdotes. Concretamente, ya no permitiré que los niños dediquen su vida a la Iglesia a partir de los diez años, cuando no tienen la menor noción de lo que están haciendo... por ejemplo, al aceptar el celibato. Sólo podrán abrazar una carrera eclesiástica los hombres que hayan cumplido veinticuatro años y hayan terminado su servicio laboral y su servicio militar. De modo que, si a esa edad hay alguien dispuesto a consagrarse al celibato, pues bien, ¡dejémosle hacerse sacerdote, con la ayuda de Dios! Entre paréntesis, esto me recuerda que algunos idiotas me hicieron la estúpida propuesta ¡de que los jefes del partido deberían ser célibes! Y ya que estoy tratando el tema, es interesante saber cómo han conseguido hasta el momento llenar los conventos y monasterios. En el caso de las mujeres el motivo principal es por lo general de tipo sentimental. Mientras que en el de los hombres normalmente la parte decisiva no corresponde a los sentimientos o a la razón, sino a motivos más terrenales, por ejemplo

la necesidad material. En el curso de los pleitos contra los monasterios se descubrió que en numerosos casos la pobreza había llevado a tomar los hábitos a los desempleados. Los hombres que intentaron recuperar su libertad fueron recogidos y devueltos por los sacerdotes. De modo que hay que alegrarse de que el cierre de los monasterios nos permita devolver a la vida social a muchos hombres que pueden hacer servicios a la comunidad y deseosos de trabajar. Esta medida no supone grandes dificultades. El asunto radica en que los monasterios son por lo general corporaciones, y en consecuencia se pueden disolver mediante acuerdos privados con el prior. Si el prior recibe un pago mensual de quinientos marcos y sus colaboradores directos pensiones de entre cien y doscientos, la mayoría de ellos estará de lo más dispuesta a renunciar a sus vidas enclaustradas. En Austria, en los viejos tiempos se cerraron por este procedimiento casi un millar de monasterios y conventos.

Resulta lamentable que, en su conflicto con la Iglesia católica, la Iglesia evangélica no pueda ser considerada como un adversario de envergadura. Ello resulta evidente incluso en los detalles de orden material. Por lo que a mí se refiere, la diferencia me impresionó con ocasión de una recepción diplomática. En sus magníficas vestiduras, el nuncio y el obispo que le acompañaba tenían tanta majestad que nadie hubiera podido pretender que la Iglesia católica no se hallaba dignamente representada. Ante ellos, los representantes de la Iglesia evangélica llevaban los cuellos postizos sucios y las levitas grasientas. Su aspecto desentonaba de tal modo en aquel marco que les hice proponer la puesta a su disposición de ropas convenientes para la próxima reunión diplomática. Esos representantes de la Iglesia evangélica tienen tan acendrado el espíritu *petit bourgeois* que intentaron desprestigiar a mis ojos al obispo protestante del Reich, comunicándome que había gastado la suma de mil cuatrocientos marcos para la compra de un nuevo dormitorio y una sala de espera. Hice notar a esos señores que, si me hubiesen pedido un subsidio de treinta mil marcos para dicho obispo (en su calidad de jefe de la Iglesia evangélica), se lo hubiera hecho conceder inmediatamente por el Estado. Pero dirigiéndose a mí del modo como lo habían hecho, habían pronunciado su propia condena. Hombres de esa clase no tienen la categoría que permitiría a la Iglesia evangélica medirse eficazmente con la Iglesia católica. El colmo es que esas gentes no son siquiera honestas. Así fue como, en el momento en que la lucha para la destitución del obispo del Reich se hubo iniciado, el mariscal Goering pudo hacer registrar una comunicación telefónica del pastor Niemöller. Este, refiriéndose a una conversación con Hindenburg, se jactaba en estos términos: «Le hemos administrado una última unción al viejo, y le hemos engatusado tan bien que se halla dispuesto a echar a ese... de obispo». El mismo día, Niemöller exponía su causa ante mí, en el más untuoso de los estilos, y a base de citas bíblicas, para impulsarme a intervenir contra el obispo del Reich. En cierto momento, rogué a Goering que leyese el informe de la conversación telefónica sorprendida. ¡Si hubieseis visto la cara de Niemöller y de los delegados de la Iglesia evangélica! Se

derrumbaron literalmente, hasta el punto de quedarse mudos e invisibles. Poco tiempo después informé a Hindenburg sobre el incidente. Él puso punto final a aquel asunto limitándose a hacer la siguiente observación: «A decir verdad, el más insignificante de esos intrigantes tiene el aire de creerse un papa».

185. 8 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Ruindad de la clase media. – Conquista de los obreros por el partido nacionalsocialista. – Núremberg, ciudadela del marxismo. – Los obreros alemanes y sus patronos judíos.

Desde el comienzo de mi actividad política, me propuse como regla no intentar atraerme a la burguesía. La actitud política de esta clase se halla marcada por el signo de la ruindad. Se preocupa exclusivamente por el orden y la tranquilidad, y sabemos en qué sentido hay que *tomarla*. En desquite, he querido entusiasmar con mis ideas al mundo obrero. Los primeros años de mi lucha se basaron, pues, en este objetivo: ganar al obrero para el partido nacionalsocialista. He aquí cómo obré:

1. Siguiendo el ejemplo de los partidos marxistas, hice fijar por las calles carteles de un rojo chillón.

2. Me serví de camiones de propaganda, literalmente cubiertos por pasquines de un rojo brillante, adornados con banderas no menos rojas y provistos de retumbantes altavoces.

3. Obré de modo que todos los adeptos al movimiento asistiesen a las asambleas sin cuellos postizos y sin corbatas, como descamisados, con el fin de hacer cobrar confianza a los trabajadores manuales.

4. En cuanto a los elementos burgueses que, sin ser verdaderos fanáticos, querían entrar en las filas del partido nacionalsocialista, hice todo lo posible por desanimarles, recurriendo a la propaganda vocinglera y a una descuidada vestimenta. Se trataba de apartar de la entrada a los revolucionarios timoratos.

5. Di orden al servicio de protección para que hostigase a nuestros adversarios y los expulsara de nuestras reuniones con tan poca dulzura que la prensa enemiga —que sin ello hubiera ignorado nuestras asambleas— hablara continuamente de los golpes y heridas que se originaban en nuestras asambleas, atrayendo de tal modo la atención sobre ellas.

6. Envié a algunos de los nuestros a seguir los cursos de orador de los otros partidos. De tal forma, nos informamos sobre los temas impuestos a aquellos que se hallaban encargados de aportar la contradicción en nuestras asambleas, lo que nos permitía responderles adecuadamente apenas abrían la boca. En lo que concierne a las mujeres del bando marxista que intervenían en la discusión, las anulé siempre llamando su atención sobre los agujeros

que llevaban en las medias, afirmando que descuidaban a sus niños, o ridiculizándolas de un modo u otro. Dado que era difícil persuadirlas por medio de argumentos, siendo, por otra parte, imposible hacerlas expulsar por el servicio de protección —lo que hubiera provocado la indignación de la asamblea—, éste constituía un método que nos daba excelentes resultados.

7. En el curso de mis discursos, hablé siempre improvisando, encargando a algunos amigos distribuidos en la sala ciertas intervenciones que, tomando de este modo la forma de una reacción espontánea del auditorio, reforzaban mis propias afirmaciones.

8. En los casos de intrusión de la policía, mujeres de nuestro partido se hallaban encargadas de atraer la atención de los agentes sobre ciertos adversarios o incluso sobre desconocidos que se hallaban a la puerta de la sala. Es un hecho admitido que en tales casos la policía carga contra la multitud sin discernimiento y no existe mejor medio para distraer su atención e incluso para desembarazarse de ella.

9. Torpedeé las asambleas de los demás partidos perturbando sus propios servicios de orden. Nuestros hombres, convenientemente distribuidos, se las componían para desencadenar tumultos.

Recurriendo a todos estos medios, llegué a asegurarme un número importante de buenos elementos obreros, hasta el punto de que, con ocasión de una de las campañas que precedieron a mi toma del poder, no fueron menos de ciento ochenta mil las reuniones que pude lograr que se celebraran.

Julius Streicher fue especialmente merecedor de nuestro reconocimiento en esta lucha destinada a ganar al mundo obrero para nuestra causa. Aun en la actualidad, hay que tenerle en cuenta lo que ha conseguido en la conquista de Núremberg, esa ciudadela del marxismo. La población de esta ciudad —en la medida en que manifestaban interés en la política— consistía esencialmente, dejando aparte a los judíos, en obreros, alistados ya en el partido socialista, ya en el comunista.

Atacando sin tregua a los judíos, logró apartar a los obreros de sus jefes judíos. Y sin embargo los obreros de Núremberg, ocupados en su mayor parte en el ramo metalúrgico, no eran hombres desprovistos de inteligencia y se decantaban testarudamente por el marxismo. De modo que no hay que olvidar nunca el mérito de Streicher, que se ha revelado como un maestro en la táctica de las asambleas. No solamente anulaba a los secretarios de los sindicatos ridiculizándolos, sino que les privaba de cualquier oportunidad de replicar. Y se aprovechaba de ello para intentar convencer a los obreros que intervenían en la discusión.

186. 9 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Errores que no deben repetirse en los planos económico y militar. – Ejemplo de la industria del automóvil en Estados Unidos. – Fabricación en serie y limitación del número de modelos. – Un motor único refrigerado por aire. – Gratitud a Dino Alfieri. – Eliminación de la palabra «si». – Criterio para juzgar al hombre político. – Sobre la derrota de los italianos en Albania. – Cómo restablecer el orden en un ejército en fuga.

Esta guerra, al igual que la primera guerra mundial, ha estandarizado nuestra producción desde el punto de vista técnico. Pero será preciso no recaer en el error de 1918. Tanto en el terreno económico como en el militar, debemos obrar de manera que nuestras experiencias no se malogren para el tiempo de paz.

En el campo de la economía podemos referirnos al ejemplo de Estados Unidos. Allí, la industria del automóvil no produce más que un reducido número de modelos, pero en series tan grandes que el precio unitario de fábrica resulta muy bajo, hasta el punto de que con la ayuda exclusiva de sus ahorros un obrero puede comprarse un automóvil. Nosotros, en cambio, procedemos de muy distinta manera. Constantemente iniciamos la fabricación de nuevos modelos y modificamos sin cesar, con la intención de mejorarlos, los ya existentes. De este modo, tenemos necesidad de una infinidad de piezas de recambio, puesto que las piezas del mismo motor montado en dos modelos diferentes no son intercambiables. Nada de ello sucede en América.

Razones de orden militar nos obligarán, después de la guerra, a limitar a una docena de modelos la producción automovilística alemana. Nuestros técnicos, en efecto, deben dedicar sus mayores esfuerzos al problema de la simplificación del motor. El aumento de su potencia no deberá traer consigo la fabricación de una multitud de cilindros distintos. Si todos son iguales, bastará con aumentar su número para obtener una potencia mayor. En lo que concierne a los instrumentos habrá que procurar introducir notables simplificaciones. Pero lo que más importa es que sea creado un motor único, que pueda ser montado tan pronto sobre el chasis de una cocina de campaña, como en el de una ambulancia, de un vehículo de reconocimiento, de un vehículo remolcador o de un tractor de cañones pesados para la infantería. El motor de veintiocho caballos del Volkswagen debería bastar para responder a esas necesidades de orden militar. Esta guerra demuestra precisamente que las grandes velocidades no son utilizables en el ámbito militar. En lo que se refiere al automóvil, es preciso liberarse absolutamente de la locura del récord. Si los vehículos militares de que acabamos de hablar hiciesen de diez a veinte kilómetros por hora, ello sería ampliamente suficiente.

El motor único en que pienso debería tener, cuando menos, estas dos particularidades: *a)* el enfriamiento por aire, y *b)* la posibilidad de ser sustituido en un tiempo mínimo.

Esta última condición es indispensable. Una de las enseñanzas de esta guerra, en efecto, es que resulta más difícil procurarse piezas de recambio para un motor que montar uno en buen estado en un vehículo puesto fuera de servicio por avería del suyo. Resulta evidente que ese motor único no responderá a nuestros deseos más que en el caso de que se halle concebido y realizado de acuerdo con normas extremadamente simples.

Se habló en ese momento de las críticas, formuladas por el embajador Hewel, concernientes al embajador italiano Dino Alfieri. En los medios berlineses se ponía en duda la capacidad de ese embajador. El Führer dijo:

Si se piensa en los excepcionales merecimientos que Alfieri ha adquirido en el cuadro de la amistad germano-italiana, las debilidades que puedan atribuírsele carecen en absoluto de importancia. No puedo olvidar que en el momento del *coup d'état* nacionalsocialista austriaco del año 1934 (que condujo a Mussolini a cometer la única falta política de su vida), él fue de los que se declararon favorables a Alemania. Ese fue el mérito de un reducidísimo número de hombres: haber puesto en guardia a Mussolini contra las intrigas de los franceses y su engañosa amistad y haberle salvado de ese modo de la comisión de errores más graves. Obrando de tal forma, ciertamente rindió un servicio inapreciable no solamente a su país, sino igualmente a Alemania. En aquel tiempo, en efecto, ante una coalición militar constituida por Italia, Francia e Inglaterra, la Alemania desarmada se hubiera convertido en un espectáculo de desolación comparable al que siguió a la guerra de los Treinta Años.

El criterio para juzgar a un hombre político tiene que contar con sus méritos en relación consigo mismo y los servicios positivos que haya rendido a una determinada causa. En política resulta inútil manejar hipótesis; es preciso limitarse estrictamente a los hechos. De otro modo podría decirse, por ejemplo, que si la batalla de los Campos Cataláunicos no hubiera terminado con una victoria de Roma sobre los hunos, la expansión cultural de Occidente jamás hubiera sido posible y que la civilización se hubiera derrumbado entonces, como nos hubiera sucedido a nosotros en el caso de que hubieran triunfado los soviets.

En política es preciso perder la costumbre de utilizar el pequeño «si». ¿Dónde estaríamos nosotros hoy en día *si* los checos se hallasen dotados de un poco de fantasía, si los polacos poseyeran el sentido de la realidad y se mostraran más concienzudos en su trabajo? Es precisamente porque el polaco es antes que nada un fantasioso y el checo únicamente un realista por lo que nos ha sido posible dominar rápidamente la situación, tanto en la antigua Checoslovaquia como en la vieja Polonia.

Resulta igualmente imposible imaginar lo que hubiera sucedido si el frente italiano no hubiera podido ser estabilizado en Albania, gracias a la intervención de Mussolini. El incendio se hubiera

propagado por los Balcanes en un momento en que nuestra progresión en el sudeste era aún insuficiente. Lo grave era que no podíamos dar el menor crédito a las declaraciones de amistad hechas por los rusos. Es incluso probable que no hubiésemos obtenido del rey de Bulgaria autorización de dejar penetrar en su territorio a los comandos alemanes encargados de preparar la entrada de nuestras tropas. Efectivamente, Boris no es un lobo por temperamento, sino mejor un zorro. De modo que es necesario creer que no hubiera aceptado gustoso un riesgo semejante. Los cazadores saben que el zorro escoge preferentemente una pista que, en caso de peligro, le permita borrar las huellas de su paso.

En el momento de las dificultades encontradas por Italia en el frente albanés, me pregunté lo que convenía hacer cuando, sin haber recibido la orden para ello, las unidades de combate retroceden incesantemente hasta el punto de no poderse detener. Llegué a la conclusión de que la única salida estriba en proceder mediante ejecuciones sumarias. Pero no es al pobre infante al que hay que fusilar, ese pobre peón que lleva sobre sus hombros todo el peso de la guerra, que sufre las dificultades del aprovisionamiento y que conoce el azote de los piojos. Al que hay que fusilar es al comandante de la unidad que se bate en retirada, sin detenerse en consideraciones de ninguna especie. ¡Y poco importa que se trate del general mejor considerado!

187. 9 DE ABRIL DE 1942, DURANTE LA CENA

El Dios de los cristianos protege a los japoneses paganos. – La religión japonesa y el culto del heroísmo. – Carácter malsano del cristianismo. – Superstición. – Brutalidad de la Iglesia católica. – Mantenimiento de la moral sin ayuda de la Iglesia.

¡Es muy curioso que pese a sus constantes y fervientes oraciones, cristianos tan devotos como los británicos y los americanos hayan de recibir semejante serie de palizas de los paganos japoneses! Se diría más bien que el verdadero Dios no oye las oraciones que le dirigen día y noche británicos y americanos, sino que reserva sus mercedes para los héroes de Japón. No es sorprendente que así sea, pues la religión de los japoneses es por encima de todo un culto del heroísmo, y sus héroes sacrifican sin dudar sus vidas por la gloria y la seguridad de su país. Los cristianos, por su parte, prefieren honrar a los santos, esto es, a hombres que lograron mantenerse durante años sobre un solo pie o que prefieren yacer en una cama de espinas a responder a las sonrisas de doncellas oferentes. Hay algo muy malsano en el cristianismo.

Como enseña la Iglesia católica, otra peculiaridad de la fe cristiana es que sea una escuela de pesimismo, más que de optimismo. La religión japonesa, por el contrario, despierta el

entusiasmo en los hombres prometiéndoles recompensas en el más allá, mientras que el infortunado cristiano no tiene ante sí más perspectiva que los tormentos del infierno.

Ese pesimismo tiene un efecto acentuado. Incluso a un niño de tres años puede imbuírsele un terror mental que le durará toda la vida. Todos conocemos a adultos que se ponen nerviosos en la oscuridad sencillamente porque en su infancia les dijeron que en las sombras acechan el coco, un ladrón o algo parecido.

Por lo menos tan difícil como erradicar estas inhibiciones infantiles es liberar al alma humana del terror obsesivo al infierno que con tanta fuerza le imprime durante sus años más tiernos la Iglesia católica. A un hombre con un mínimo de inteligencia que se tome la molestia de meditar sobre tales cuestiones no le resultará difícil darse cuenta de lo absurdas que son estas doctrinas de la Iglesia. ¿Pues cómo, se preguntará, puede un hombre ser llevado a la hoguera, ser quemado y torturado de otras cien maneras, cuando, dada la naturaleza de las cosas, su cuerpo no va a resucitar? ¡Y qué absurdo es aspirar a un cielo al que, según las propias enseñanzas de la Iglesia, sólo tienen acceso los que hayan convertido su vida sobre la tierra en un fracaso! ¡Desde luego, no será muy divertido tener que volver a encontrarse allí con todos aquellos cuya estupidez, pese al dicho bíblico «Bienaventurados los pobres de espíritu», ya ha enfurecido a uno en esta tierra más allá de lo soportable! ¡Imagínense, también, lo tremendamente atractivo que ha de ser para un hombre un cielo con sólo mujeres de aspecto anodino e intelecto descolorido! Sólo aquellos, se nos dice, con un mínimo de pecados entrarán por las puertas del cielo; hasta el momento, y aunque el peso del pecado inevitablemente se les hará más pesado a cada año que pase, aún no he encontrado a un cura ansioso por dejar esta vida tan rápidamente y con tan poca carga como sea posible. Pero podría citar a muchos cardenales de sesenta años y más que se agarran tercamente a la vida en este mundo pecador. Cuando uno considera de cerca la religión católica, no puede dejar de percatarse de que se trata de una combinación de hipocresía y agudeza en los negocios increíblemente taimada, que manipula con habilidad consumada la arraigada afición de la humanidad a las creencias y supersticiones que sostiene. Es inconcebible que un cura con estudios crea verdaderamente en todos los absurdos emitidos por la Iglesia; prueba de ello es, a mi ver, el hecho de que los propios curas siempre intenten despistar el tema referente al timo de las dispensas y evitar en la medida de lo posible cualquier discusión al respecto.

Pese a estos defectos y debilidades evidentes, hay gran número de personas inteligentes que conservan su fe en la Iglesia. Creen que el hombre precisa de una especie de freno a sus actividades y que, pese a sus muchos fallos, la Iglesia representa al mejor elemento disuasorio que existe en la actualidad. Es una lástima que las personas que razonan de este modo parezcan olvidar que la Iglesia no ejerce la propagación de sus enseñanzas por medio de la razón y de la persuasión amable, sino por la fuerza y la amenaza. Lo que, desde luego, no cuadra con mi concepto de la educación. Es de lo

más evidente que si la Iglesia solamente siguiera las leyes del amor y sólo predicase el amor como medio de inculcar sus preceptos morales, no hubiera sobrevivido mucho tiempo. De modo que siempre ha confiado en la antigua máxima según la cual la mano derecha no ha de saber lo que hace la izquierda, y ha aceptado la necesidad de imponer sus principios morales por medio de la mayor brutalidad, sin dudar siquiera ante la quema de miles de hombres y mujeres de mérito y virtud. Nosotros mismos somos hoy día mucho más humanos que la Iglesia. Obedecemos el mandamiento que dice «No matarás» capturando y ejecutando al asesino; pero cuando la Iglesia tuvo el poder ejecutivo en sus manos, lo crucificó, descuartizó y llevó a la muerte con torturas indescriptibles.

El mantenimiento de la moral del país es una labor que el hombre de Estado puede realizar tan bien como cualquier iglesia. Todo lo que ha de hacer es incorporar a la ley del país todas las creencias morales de los elementos salutíferos del pueblo, y a continuación apoyar dichas leyes de modo intransigente con la autoridad conferida por la fuerza.

188. 10 DE ABRIL DE 1942

Los estudiantes extranjeros en las universidades alemanas.

Hitler acababa de consultar la lista de los nuevos ministros búlgaros.

Hay infinidad de búlgaros que han cursado en Alemania sus estudios de ingeniero o que han obtenido en nuestra patria su grado de doctor. Sería una buena política facilitar a los extranjeros la consecución de títulos universitarios, ya que de este modo convertiríamos en amigos nuestros para toda la vida a hombres que han pasado su juventud en las universidades alemanas. Las de Erlangen, Giessen e incluso Wurtzburg, que tienen ciertas dificultades para sostenerse, deberían atraer a los extranjeros. En cuanto a la de Heidelberg, cuya reputación es grande en el mundo anglosajón, es preciso procurar que los estudiantes extranjeros hallen en ella todo el bienestar posible.

189. 10 DE ABRIL DE 1942, POR LA TARDE

Métodos apropiados para la propaganda radiofónica en el exterior. – Hechos, nada de apreciaciones.

La propaganda destinada al extranjero en modo alguno debe ser igual a la dirigida al interior.

Así, por ejemplo, las emisiones radiofónicas dedicadas a Inglaterra deben tener abundante música adecuada al gusto de los ingleses. De este modo, cuando sus propias emisoras les priven de ella, irán tomando poco a poco la costumbre de escuchar los conciertos que nosotros les ofrezcamos. En lo que atañe a las informaciones, deberemos limitarnos, cuando nos dirijamos a ellos, a enumerar los hechos prescindiendo de cualquier apreciación. Resulta inútil hacer comentarios, por ejemplo, cuando se informa de que las altas finanzas británicas tienen intereses en la industria del armamento, que especulan sobre la guerra y que intervienen en el desarrollo de ésta. Los radioyentes ingleses sacarán por sí mismos las conclusiones pertinentes. Como dice el refrán, poco a poco la gota de agua horada la roca.

En lo referente al pueblo alemán, todo es muy distinto. Para él, los hechos deben ser resaltados y comentados, dándoseles una significación precisa. Una buena propaganda tiene un carácter estimulante. Nuestros servicios no deben dejar de hablar en cualquier ocasión del borrachín de Churchill y del criminal de Roosevelt.

190. 11 DE ABRIL DE 1942, DURANTE LA CENA

> Rosenberg y *El mito del siglo XX* – Carácter poco ortodoxo de ese libro desde el punto de vista del partido. – Los católicos han contribuido al éxito de ese libro. – Civilización y libertad individual. – El espíritu de solidaridad impuesto por la fuerza. – Política alemana en los territorios del este. – Errores que no hay que cometer. – Nuestro comportamiento con respecto a los indígenas. – Crear redes de comunicación. – No facilitar armas a los nativos.

Insisto en que *El mito del siglo XX*, de Rosenberg, no debe ser considerado reflejo de la doctrina oficial del partido. Ya en el momento en que apareció dicho libro, me negué a reconocerle tal carácter. Para empezar, su título expresa una idea falsa. En efecto, no es cuestión de oponer un pretendido mito del siglo XX a las concepciones del siglo XIX. Un nacionalsocialista debe afirmar que él opone la fe y la ciencia de nuestro tiempo al mito del siglo precedente.

Resulta interesante poner de relieve que los lectores del libro de Rosenberg no se reclutan principalmente entre los antiguos miembros del partido. Es un hecho que el editor tuvo grandes dificultades para vender la primera edición. La venta comenzó cuando el libro fue mencionado en una carta pastoral y entonces fueron liquidados los diez mil ejemplares de la primera edición. En resumen, quien lanzó la segunda edición fue el cardenal Faulhaber

de Múnich, el cual atacó a Rosenberg con ocasión de un sínodo de obispos. La puesta en el índice que siguió, con la intención de imputar una herejía al partido, no hizo más que acelerar la venta. Cuando la Iglesia hubo publicado todo los textos destinados a refutar las ideas de Rosenberg, *El mito del siglo XX* había alcanzado su segundo centenar de millares. Por mi parte, lo que me agrada es la comprobación de que sólo nuestros adversarios conocen verdaderamente esta obra. Como muchos de nuestros *Gauleiters*, no he hecho más que hojearla superficialmente. A mi modo de ver, está escrita de forma demasiado abstrusa.

No es la extensión de la libertad individual lo que significa un alto grado de civilización. Lo es más bien, en el cuadro de una organización que reúne a la casi totalidad de los hombres de una misma raza, la limitación de esta libertad.

Si se deja a los hombres toda su libertad, lo que sucede es que se portan como simios. Ninguno de ellos puede soportar que su vecino gane más que él, y cuanto más tiempo viven juntos, más crece su mutua animosidad. Aflojad las riendas del poder, dad mayor importancia a la libertad individual e impulsaréis a un pueblo por el camino de la decadencia. Todas las estupideces que se cuentan sobre el espíritu de comunidad que liga espontáneamente a los hombres entre sí me hacen reír. En mi patria chica, cuando los jóvenes campesinos se reunían en la taberna, su instinto de sociabilidad, bajo la influencia del alcohol, les incitaba a violentas disputas, que solían terminar muy frecuentemente a cuchilladas. Sólo la aparición del policía devolvía a todos los reunidos el sentimiento de pertenecer a una misma y única comunidad.

El sentimiento de solidaridad humana ha sido impuesto a los hombres por la fuerza y no es mantenido más que por ese mismo medio. Es por ello por lo que no hay que condenar a Carlomagno si, en vista de lo que él consideraba ser el bien del pueblo alemán, edificó toda la organización del Estado a base de la coacción. De igual modo, si en el curso de estos últimos años Stalin ha aplicado al pueblo ruso métodos semejantes a los de Carlomagno, hay que pensar, en descargo suyo, en el bajo nivel cultural de los rusos. El se ha rendido a la evidencia de que era preciso reunir a los rusos en una organización política extremadamente rígida sin la que, por una parte, no hubiera sido posible asegurar condiciones de existencia a todos los pueblos que componen la URSS ni, por otra, poner al alcance de cada individuo los beneficios de la civilización, que él mismo es incapaz de reconocer.

Para dominar a los pueblos que hemos sometido al este del Reich, será preciso por tanto corresponder en la medida de lo posible a los deseos de libertad individual que podrán poner de manifiesto, privándolos de toda organización estatal y manteniéndolos por tanto en un nivel cultural tan bajo como sea posible.

Es preciso partir de la idea de que esos pueblos no tienen otro deber que servirnos en el plano económico. Nuestro esfuerzo debe consistir, pues, en sacar de los territorios que ellos ocupen todo lo que pueda ser extraído. Para predisponerles a entregarnos sus

productos agrícolas, a trabajar en nuestras minas y en nuestras fábricas de armamento, los engolosinaremos abriendo por doquier almacenes de venta en los que puedan procurarse los productos manufacturados que necesiten.

Si queremos tener la preocupación del bienestar individual de cada uno, no obtendremos resultado alguno imponiéndoles una organización según el modelo de nuestra administración. De tal manera no haríamos más que atraernos su odio. Efectivamente, cuanto más primitivos son los hombres, en mayor escala sienten como una coacción insoportable toda limitación de su libertad personal. El otro vicio de una organización semejante, desde nuestro punto de vista, sería fundirlos en un bloque único, darles una fuerza de la que se servirían en contra nuestra. En lo que concierne a la organización administrativa, lo máximo que se les puede conceder es una administración comunal y únicamente en la medida en que ésta sea necesaria para el mantenimiento de cierto potencial de trabajo, es decir, el potencial preciso para asegurar las necesidades elementales del individuo.

Pero, al crear esas comunidades campesinas, será conveniente proceder de forma que las comunidades vecinas no puedan fusionarse entre sí. Por ejemplo, se tendrá cuidado en evitar que una sola iglesia cubra las necesidades de un espacio muy dilatado. Lo interesante para nosotros sería que cada pueblo tuviese su secta particular, que rindiera culto a su propia noción de Dios. Y si llegara el caso que se les ocurriera, al igual que a los negros y a los indios, celebrar cultos mágicos, ello no debería desagradarnos. En pocas palabras, en los vastos espacios rusos nuestra política ha de consistir en estimular todas las causas de cisma y división.

Corresponderá únicamente a nuestros comisarios la tarea de supervisar y dirigir la economía de los países conquistados y lo que acabo de decir debe aplicarse a todas las formas de organización. Sobre todo que no se quiera aplicar la férula de nuestros profesores, con su manía de educar a los pueblos inferiores y su mística de la enseñanza obligatoria. Todo lo que los rusos, los ucranianos y los kirguises podrían aprender en la escuela (simplemente leer y escribir) acabaría por volverse contra nosotros. Un cerebro iluminado por nociones de historia llega a concebir ideas políticas, lo que no redundaría jamás en beneficio nuestro. Más vale instalar un altavoz en cada pueblo, dar algunas noticias a la población y, sobre todo, distraerla. ¿Para qué concederle la posibilidad de adquirir conocimientos políticos y económicos? No es cuestión de que la radio se inmiscuya transmitiendo a los pueblos sometidos indiscreciones sobre su pasado histórico. No, nada más que música y más música. La música alegre provoca la euforia en el trabajo. Si se proporciona a esas gentes la ocasión de bailar mucho, no obtendremos de ello más que beneficios. La experiencia realizada en nuestra propia patria en el período de la República de Weimar resulta altamente reveladora.

La única cosa que será preciso organizar en territorio ruso será una red de comunicaciones. Esta es una condición indispensable para la explotación económica racional del país; así como también

para asegurar su control. Enseñemos, pues, a esas gentes nuestro código de circulación. No creo que exista otro campo en el que sea conveniente instruirlos.

En lo que se refiere a la higiene de las poblaciones sometidas, resulta totalmente inútil ponerles al corriente de nuestros conocimientos. El principal resultado de una iniciativa de ese tipo sería un enorme aumento de la cifra de su población. Por lo tanto, prohíbo absolutamente la organización de campañas de higiene y de limpieza en esas regiones. En esos territorios la vacunación obligatoria no debe aplicarse más que a los alemanes. No instalaremos gabinetes de consulta médica más que en las colonias alemanas; y únicamente para cuidar a los alemanes. Constituye un contrasentido querer conceder la felicidad a los pueblos a su pesar. No les impongamos tampoco la obligación de recurrir al arte dentario. Pero en todo ello es preciso obrar prudentemente y tener especial cuidado en no tropezar. Si uno de nuestros súbditos tiene dolor de muelas y quiere ver a un dentista a toda costa, pues bien, hágase una excepción en su favor.

La mayor estupidez que podríamos cometer sería permitir la posesión de armas a las razas sometidas. La historia enseña que todos los pueblos conquistadores han terminado por hundirse por haber dado armas a los pueblos que habían sometido. Puede incluso decirse que dar armas a los vencidos es condición *sine qua non* para perder toda soberanía. Así pues, nada de milicias indígenas, nada de policía indígena. Será tarea exclusiva de nuestras tropas el mantenimiento de la seguridad y el orden en la totalidad de los territorios que ocupamos. Ello entraña para nosotros la necesidad de organizar toda una red de puestos militares repartidos por todo el espacio ruso.

Todos los alemanes que se establezcan en el este deberán mantener contacto con esos puntos de apoyo. Todo ello deberá ser rigurosamente organizado, en función de una política de colonización alemana a largo plazo. Es indispensable que nuestra penetración colonial se afirme más y más hasta que las colonias alemanas superen a la población local.

191. 12 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Los Juegos Olímpicos de Berlín. – Lo que costaron y lo que produjeron. –Nada de mezquindad, saber gastar el dinero. – Schacht y el presupuesto de la guerra. – No escatimar para alcanzar la victoria. – La raza de los maestros de escuela. – Cuellos postizos grasientos, barbas incultas. – Un proletario desprovisto de toda independencia. – Institutrices para las escuelas primarias. – Papel de las Juventudes Hitlerianas. – La victoria de los prusianos en 1866. – Nivel cultural de los maestros del tiempo de Bismarck. – Colegios ingleses y escuelas del Reich. – Treinta y tres medallas de oro para los atletas alemanes.

En el momento en que se decidió que los Juegos Olímpicos tuvieran lugar en Alemania, el ministerio del Interior del Reich sometió a mi aprobación los planos para la construcción de un estadio en Berlín. Había dos proyectos, uno de ellos con un presupuesto de un millón cien mil marcos y el otro de un millón cuatrocientos mil. Entre los autores de esos proyectos, parece ser que nadie se había dado cuenta de que los Juegos Olímpicos representaban para nosotros una ocasión verdaderamente única de adquirir divisas, por una parte, y de aumentar nuestro prestigio en el extranjero por otra. Todavía veo la expresión del rostro de mis interlocutores cuando les anuncié mi intención de hacer un primer desembolso de veintiocho millones para la construcción del estadio olímpico. Dicho estadio, en realidad, nos costó setenta y siete millones, pero en cambio nos proporcionó quinientos millones en divisas.

Este ejemplo muestra hasta qué punto nosotros, los alemanes, tenemos tendencia a hacer las cosas con mezquindad. En semejantes ocasiones es preciso intentar alcanzar el mayor éxito posible y saber dar al problema que se plantea una solución absolutamente completa. Cuando se encargó a Wallenstein que constituyese un ejército de cinco mil hombres, tuvo toda la razón al rehusar diciendo que no aceptaba poner en pie de guerra un ejército de menos de cincuenta mil. Verdaderamente resulta absolutamente ridículo el gasto de un solo pfennig en provecho de un ejército que, llegado el caso, no sería lo suficientemente fuerte para afrontar el combate y alcanzar la victoria.

En la conducción de una guerra es de la mayor importancia que los armamentos de los tiempos de paz respondan por adelantado a las necesidades de la guerra y hagan posibles los éxitos militares previstos. Desgraciadamente, un hombre como Schacht ha ignorado por completo este hecho, complicando por tanto considerablemente mi labor en el campo del armamento. El volvía constantemente a la carga, intentando probarme que la economía alemana podía proporcionar como máximo, sin riesgo de derrumbamiento, la cantidad de mil quinientos millones para el presupuesto de la guerra. En cambio, yo he exigido cien veces más de nuestra economía y a pesar de ello continúa trabajando a pleno rendimiento.

En lo que concierne precisamente a esta guerra, hay que tener bien presente el hecho de que si no la ganamos, lo perderemos absolutamente todo. Es por ello por lo que no podemos adoptar más que esta consigna: «¡Victoria!». Si la conseguimos, los miles de millones gastados para la guerra no pesarán en la balanza. Se hallan compensados por anticipado, aunque no sea más que por las reservas de mineral de que nos apoderamos el año pasado en Rusia.

Quienes se convierten en maestros de escuela pertenecen casi todos a un tipo de hombres incapaces para la lucha en las profesiones liberales. Los que se sienten capaces de realizar alguna cosa por sí mismos no se convierten en maestros de escuela, o

cuando menos no de enseñanza primaria. No he guardado, por así decirlo, más que recuerdos desagradables de los maestros que he tenido. Ya por su aspecto exterior rezumaban suciedad: cuellos grasientos y barbas incultas. Durante el intermedio entre los dos Reichs, fueron los niños mimados de la socialdemocracia. Esta les cuidó con esmero, les dio un barniz de cultura y, por añadidura, una presunción que jamás ha tenido justificación.

Basta con leer sus escritos, cuando se lían a escribir, con escuchar sus opiniones públicas, con oír sus quejas, para persuadirse de que forman parte de un proletariado desprovisto de toda independencia y de una estupidez específica. Los maestros poseían todo lo necesario para ser el sostén del edificio, afortunadamente derrumbado, de la República de Weimar. Cuando esos hombres tienen la audacia de lamentarse de que el Estado no les paga lo suficiente, no hay que vacilar en responderles que el más humilde cabo del ejército realiza una misión educativa muy superior a la suya. Verdaderamente no constituye esfuerzo sobrehumano alguno enseñar el abecedario a los niños. Lo que sí resulta sorprendente es que esos maestros primarios puedan soportar toda la duración de una vida, condenados como se hallan, año tras año, a enseñar perpetuamente los mismos rudimentos a sus alumnos. Física y psíquicamente es la mujer la que mejor se adapta a ese género de trabajo. Una madre acepta con gran naturalidad la fatalidad de echar al mundo a sus hijos, uno tras otro, sin cansarse jamás y reiniciando con cada uno de ellos su papel de educadora. La mecanógrafa ejecuta un trabajo esencialmente mecánico y vuelve a empezar cada día las mismas cosas. Por naturaleza, la mujer se halla mejor dotada que el hombre para enseñar a los párvulos las primeras letras. Entonces, ¿por qué no procuramos utilizar de tal modo a los dos millones de mujeres alemanas a quienes las circunstancias obligan a la soltería? De ese modo podrían dedicarse a una actividad adecuada a su instinto maternal.

Hace algunos años los maestros me dirigieron una petición. Solicitaban que, además de su actividad escolar, se les confiara una misión educadora de la juventud. Cuando considero el éxito de las Juventudes Hitlerianas me felicito por haber tenido el acierto de rechazar tal oferta.

Del mismo modo que resulta excepcional que los maestros de la escuela primaria se hallen provistos de la autoridad necesaria para dirigir a la juventud, pienso que nos interesaría formar maestros entre nuestros soldados reenganchados confiándoles luego las clases primarias adelantadas. El hecho de que antes de entrar en el ejército, esos maestros hubieran pasado por las Juventudes Hitlerianas y por el Servicio de Trabajo les calificaría ya para emprender esta obra educadora con la conveniente orientación. Bastaría con completar su formación en el curso de sus dos últimos años de alistamiento en el ejército. Resultaría fácil inculcarles, en una escuela especial, la ciencia escolar que les faltase. De tal suerte, en el caso de que nuestro reclutamiento fuese suficiente, dispondríamos para nuestras escuelas primarias de educadores

adecuadamente formados por sus doce años de servicio militar. Se trataría de verdaderos hombres y no de títeres.

Los maestros han intentado hacerse valer propalando la idea de que gracias a ellos Prusia había ganado la guerra de 1866. Tal pretensión resulta absurda. Si los prusianos alcanzaron dicha victoria, lo debieron, en primer lugar, a la superioridad del fusil de aguja, así como a otros elementos que nada tienen que ver con los maestros. Lo que sí resulta cierto es que, en el curso del siglo precedente y por comparación con el extranjero, el nivel cultural de los maestros alemanes fue excepcionalmente elevado. Negarlo constituiría una injusticia. Los que oponen a esta enseñanza la que se daba en la misma época en los colegios ingleses no deben olvidar esta diferencia esencial: que a esos colegios sólo tenían acceso los niños de las esferas dirigentes de Inglaterra, mientras que nuestras escuelas se hallaban abiertas a todas las clases de la población. De modo que, practicando los ingleses una selección en la base, era natural que los resultados por ellos alcanzados fuesen mejores que los nuestros. Pero, reformando nuestra instrucción pública, podremos llegar sin esfuerzo a sobrepasar a los colegios ingleses. He indicado el camino que se ha de seguir a este respecto creando institutos de inspiración nacionalsocialista, que serán conocidos bajo el nombre de Escuelas del Reich.

La consigna para tales escuelas es que debe reunirse en ellas a chicos y chicas escogidos entre las diversas clases de la población alemana. Ansío un *corps d'élite* endurecido físicamente, con carácter bien templado y con la inteligencia ágil. Confío en alcanzar este objetivo gracias a la calidad del profesorado. Los maestros que destinamos a esas escuelas participan en todas las actividades de sus alumnos, aun en las más duras, comprendidos los saltos en paracaídas y los ejercicios motorizados.

Los resultados obtenidos en los Juegos Olímpicos de Berlín me han demostrado que las Escuelas del Reich son capaces de elevar a la juventud alemana a un nivel extraordinariamente alto. Los ingleses, a despecho de la educación que han recibido en sus colegios, no alcanzaron más que ocho medallas de oro. Mientras que la juventud deportista alemana ¡consiguió treinta y tres! ¿Que sucederá cuando toda la juventud alemana reciba su formación en las Escuelas del Reich, donde el espíritu deportivo se halla cultivado al cien por cien?

192. 12 DE ABRIL DE 1942, DURANTE LA CENA

Cuidado al dar información a nuestros aliados. – Las charlatanerías de la prensa inglesa. – El camuflaje ruso en la guerra de Finlandia en 1940.

Considero que hay que dar pruebas de la mayor prudencia en lo que concierne a lo que comunicamos a nuestros aliados. Desgraciadamente, he comprobado que los mismos italianos, cuando el asunto de las comunicaciones que les hago no se refiere de modo inmediato a sus propios intereses, no observan a este respecto una discreción suficiente. Muy a menudo incluso no temen hacer alusión en la prensa a algunos de nuestros proyectos. En tales condiciones, he tomado la decisión de no comunicar a nuestros aliados más que el mínimo indispensable, y aun espero para ello al último instante. Por lo general demoro todo lo posible contestar a sus peticiones de detalles y lo hago evasivamente.

En este aspecto, los ingleses nos enseñan lo que no hay que hacer. Probablemente no existe prensa en el mundo que, con sus referencias a los «medios bien informados», comadree tanto como la inglesa. Estas charlatanerías pueden llegar tan lejos que es posible decir que fue bajo la influencia de la opinión pública, animada por los periódicos, como el gobierno inglés decidió la expedición de Noruega. Porque lo cierto es que tal empresa no cuadraba con los planes establecidos por el Estado Mayor británico. Es preciso reconocer que, a este respecto, los rusos son mucho más hábiles. Sin hablar del hecho de que ocultan por completo sus planes a la prensa y disfrazan sistemáticamente todo lo que hace referencia a su ejército. Por ejemplo, la guerra contra Finlandia en 1940 no fue, por su parte, más que una gigantesca maniobra de camuflaje, puesto que en aquella época disponía ya de un armamento que la convertiría en potencia mundial, la única al lado de Alemania y Japón.

193. 22 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Problemas del rearme alemán en 1933. – Un hombre de importancia a la cabeza del Reichsbank, Schacht. – Los escrúpulos de Schwerin-Krosigk. – La estupidez del general Blomberg. – Me vi obligado a evadir. – Schacht se rebela. – Movilización de nuestros haberes en el extranjero. – Nuestro aprovisionamiento en materias primas. – Cierre del Metropolitan Opera House de Nueva York. – Los americanos no tienen grandes artistas.

Fue con el Dr. Luther, entonces presidente del Reichsbank, con quien tuve, en 1933, una de mis primeras conversaciones sobre el asunto de nuestro rearme. Dado el déficit presupuestario del Reich, que alcanzaba casi la cifra de tres mil millones (y las finanzas de los *Länder* no eran tampoco muy brillantes) resultaba imposible emprender el menor esfuerzo de rearme sin la colaboración del Reichsbank.

En dicha entrevista con el Dr. Luther, insistí en el hecho de que, a menos que se le devolviera su poderío militar, Alemania sería estrangulada por completo. Después de haberme escuchado durante

dos horas, me aseguró que, teniendo en cuenta sus sentimientos profundamente nacionales, se hallaba enteramente dispuesto a ayudarme. Acto seguido me dijo que pondría la cantidad de cien millones a mi disposición. De momento creí haber entendido mal, pareciéndome imposible que un financiero se hallara tan mal informado acerca de la cuantía de los dispendios exigidos por una política de rearme. Pero habiéndole pedido que repitiera lo que acababa de decir, mencionó de nuevo la cifra de cien millones. No insistí más y me limité a rogar al presidente del Reich que relevara a aquel hombre de sus funciones. Pero ello no resultaba posible sin otra forma de proceso, puesto que el Reichsbank era todavía una institución internacional. Me vi, pues, obligado a intentar buscar un arreglo amistoso. Le dije a Luther que en adelante no podría existir colaboración alguna entre él y yo, que quizás disponía de un medio legal para mantenerse en su sitio, pero que yo disponía del poder y que no transigiría con él, e incluso que si el interés del Estado lo exigía, no vacilaría en derribarle. Fue el astuto Meissner quien me sugirió la solución: ofrecerle el puesto de embajador en Washington en caso de que se retirase voluntariamente. Se declaró dispuesto a aceptar, luego que una renta anual de cincuenta mil marcos hubo sido añadida a su dimisión. Le veo aún, con los ojos púdicamente bajos, afirmando que se amoldaba a mis deseos por puro patriotismo.

De modo que hubo que pagar para adquirir el derecho a colocar a un hombre de reputación internacional a la cabeza del Reichsbank, el doctor Schacht. Este comprendió inmediatamente que sería ridículo emprender una campaña de rearme sin dedicarle miles de millones. Así fue como pude ir retirando sumas hasta llegar a los ocho mil millones, a pesar de que, ante la sola mención de tales cifras, Schwerin-Krosigk, entonces ministro de Finanzas del Reich, pusiera de manifiesto sus escrúpulos. En aquella época el general Blomberg fue desgraciadamente lo bastante estúpido para revelar que, además de esos ocho mil millones, serían necesarios otros doce mil millones para cubrir la primera etapa del programa de armamento. Le hice vivos reproches a propósito de esa indiscreción. Dado que los financieros no son, a fin de cuentas, más que una banda de tramposos, ¿qué necesidad había de mostrarse escrupulosamente honesto ante ellos? Mejor era no hablar cada vez más que de sumas parciales. Poco a poco irían sacándose los miles de millones siguientes. En el caso de que la cosa hubiera marchado por mal camino, se dejaba a esos hombres la posibilidad de justificarse ante sus propios ojos y ante la opinión pública diciendo que habían sido engañados. Un rasgo característico de la personalidad de Schacht es que, de los primeros ocho mil millones, retuvo inmediatamente quinientos a título de intereses. Es un hombre de una habilidad inaudita y no tiene igual para acoquinar a sus ayudantes. Pero, precisamente a causa de ese arte consumado que tenía de burlar al prójimo, en aquella época no podía prescindirse de él. Antes de cada conferencia del Banco Internacional de Basilea, la mitad del planeta se inquietaba por saber si él se hallaría presente. En el mundo entero, los judíos dedicados a las finanzas no hacían sus preparativos

de marcha hasta haber recibido seguridades sobre su presencia. A este respecto puede decirse que las pasadas que les jugaba demuestran que, incluso en este campo, un ario inteligente puede superar a un judío. El fue el instigador del plan ejecutado a continuación, que consistió en desvalorizar las acciones alemanas situadas en el extranjero. (La mayoría provenía de las prestaciones hechas a título de reparaciones.) Inmediatamente se redimían por medio de intermediarios en los mercados extranjeros, a una cotización oscilante entre un 12 y un 18 por 100 de su valor real, y se imponía su amortización a la par a la industria alemana. De este modo, gracias a un beneficio de un 80 por 100 e incluso más, fue posible organizar un *dumping* a la exportación que nos proporcionó más de setecientos cincuenta millones en divisas.

El mérito de Schacht radica en haber sabido guardar un mutismo absoluto sobre la existencia de esos fondos. Efectivamente, se presentaron infinidad de situaciones en que tal reserva se hubiera malgastado si se hubiera conocido su existencia. Pienso particularmente en la época en que no se sabía cómo pagar los haberes de los funcionarios, y en el momento en que sufrimos una penuria total de caucho. Y sin embargo, sólo en 1938, cuando la guerra tomó carácter de inevitable, hice pública la existencia de esa reserva. Resultaba claro que los futuros participantes en el conflicto, conscientes como nosotros de tal fatalidad, intentarían acaparar todas las materias primas disponibles en el mercado mundial. Por lo tanto, era preciso darse prisa, sin que nuestras reservas de oro y de divisas corriesen el riesgo de transformarse en papel o en metal sin valor. Fue a Funk a quien encargué completar nuestro aprovisionamiento de materias primas. A pesar de todos sus méritos, en este aspecto no podía depositar en Schacht entera confianza. Demasiadas veces había visto iluminarse su rostro cada vez que podía arrebatarle a alguien un billete de cien marcos, y temía que llegara el día en que se sintiera tentado de aplicarme a mí mismo sus engaños masónicos.

Se anuncia el cierre del Metropolitan Opera House de Nueva York, pero las razones que se dan de tal medida son ciertamente falsas. Los americanos no carecen de dinero, pero en cambio no disponen de personal cualificado y sobre todo de artistas para mantener en estado de actividad el mayor de sus teatros líricos. Basta con conocer un poco el repertorio para saber que las óperas más célebres son de origen alemán, italiano o francés y que, entre los artistas capaces de interpretarlas, son los alemanes e italianos quienes ocupan el primer lugar. Privada como se halla de la cooperación de estos cantantes, se comprende que la administración americana de bellas artes prefiera cerrar las puertas del Metropolitan Opera House antes que poner de manifiesto la insuficiencia de los artistas americanos.

Nuestros periódicos no deben desaprovechar tal ocasión. Hay que comentar ampliamente ese hecho poniendo en evidencia el verdadero nivel cultural y artístico de Estados Unidos.

194. 23 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

> Cómo regenerar la sangre de las poblaciones deficientes. – El papel de las SS. – Crear hijos hermosos. – Un pueblo de soldados. – La guerra y el amor marchan del brazo. – Recurso a la mano de obra extranjera. – Servilismo de los checos. – Fracaso de los ingleses en la India. – La historia de Alemania se remonta a Arminio. – Personalidad de Rodolfo de Habsburgo.

El Reichführer *SS Himmler hizo alusión a la orden que había dado hacía dos años en virtud de la cual todos los miembros de las SS que gozaran de buena salud debían preocuparse de formar una familia sin dilación. Vistas las pérdidas que la guerra había infligido a las SS, sobre todo en hombres jóvenes y solteros, se declaraba muy satisfecho por haber tenido la idea de ordenar tal medida. Así por lo menos la sangre de los hombres desaparecidos no se habría perdido por completo, puesto que continuaba fluyendo en las venas de sus hijos. El Führer se expresó del modo siguiente:*

En Berchtesgaden debemos a la aportación de sangre SS felices resultados, tanto más cuanto que la población de esa región se hallaba muy mezclada. Ello me impresionó mucho en el momento de la construcción del Berghof y me hice el propósito de regenerarla. En la actualidad puede verse allí a infinidad de hermosos niños rebosantes de salud, y ello es obra de un regimiento de la guardia. Esta es una excelente técnica. En las regiones donde la raza tiende a degenerar hay que enviar como guarnición a tropas escogidas. Dentro de diez o veinte años se verá que la sangre se ha regenerado. Me alegra, pues, que nuestros soldados escogidos consideren como un deber hacia la nación incitar a las muchachas bonitas a tener hermosos niños. Precisamente en esta época en que se derrama nuestra más preciosa sangre, debemos preocuparnos particularmente del mantenimiento de nuestra raza. Desde tal punto de vista, no será mala idea proceder al ocasional acantonamiento de tropas de primera clase en la zona lacustre de Prusia Oriental y en los bosques de Baviera.

Si a consecuencia de las necesidades de guerra un número excesivo de obreros es sustraído a la economía, será preciso recurrir a la mano de obra de los países que ocupemos. Para merecer un lugar en la historia, nuestro pueblo debe ser, en primer lugar, un pueblo de soldados. Ello implica a la vez deberes y derechos: una educación de un rigor extremado, así como la posibilidad de gozar sanamente de la vida. Si un soldado alemán debe hallarse dispuesto a dar su vida sin discusión, debe gozar en cambio de la libertad de amar sin trabas. La vida está hecha de modo que la guerra y el amor marchan del brazo. En cuanto al pequeño burgués porfiado y

mezquino, que se contente con los restos del festín. Pero si el guerrero ha de mantenerse en forma, no hay que molestarle con preceptos religiosos que ordenan la abstinencia de carne. Cuando un santo de la Iglesia católica como san Antonio le ofrece renunciar a la mayor alegría que puede darle la vida y le ofrece a cambio el solaz de la reprobación y la automortificación, un hombre de mente sana se limita a sonreír.

Si queremos que el pueblo alemán conserve su poderío militar, debemos tener cuidado de no proporcionar armas a los habitantes de los países conquistados u ocupados por nosotros. Uno de los secretos del poderío de la antigua Roma radicaba en que, en todo el imperio, sólo el ciudadano romano gozaba del privilegio de poder llevar armas. Se concibe hasta qué punto el hecho de llevarlas confiere al hombre un sentimiento de altivez apreciable en todo su comportamiento, cuando se compara, por ejemplo, a los checos de antes de 1938 con los de hoy día, que no son más que la personificación del servilismo.

Si Inglaterra es tenida en jaque actualmente en la India, ello se debe únicamente a que no es lo bastante fuerte para dominar al estilo de los conquistadores. Lo cierto es que han sobrestimado su prestigio en el curso de los últimos decenios. Y soportan el contragolpe de su debilidad por no haber permanecido fieles a los principios de sabiduría que les animaban en la época gloriosa de su historia. Del mismo modo que los americanos se ponen en ridículo cuando se jactan de su historia, los ingleses me hacen el efecto de presuntuosos perrillos cuando, refiriéndose a los tres siglos durante los cuales dominaron al mundo, se permiten considerar con menosprecio al Reich alemán y su historia milenaria. Nuestra historia, efectivamente, se remonta a Arminio, o cuando menos al rey Teodorico, y los grandes emperadores no resultan raros en ella. Todos ellos llevaban en su interior el germen de la unidad alemana. Si ello ha sido olvidado con demasiada frecuencia, se debe a que desde el siglo XV, por así decirlo, sólo en Austria se enseñó la historia de la antigua Germania. Por doquier esta historia ha sido olvidada en provecho de las dinastías que se disputaron nuestro suelo. Constituye un deber para nuestros historiadores hacer conocer los emperadores alemanes a nuestro pueblo y hacer revivir a nuestros ojos el drama de sus vidas, y por encima de todo mostrar la grandeza de su lucha contra el papado.

Pienso, por ejemplo, en la personalidad extraordinaria de Rodolfo de Habsburgo. Sus electores le pusieron en el trono porque le creían débil. Fue él quien se atrajo la simpatía de la Iglesia ayudando ostensiblemente a un clérigo a montar a caballo, lo cual no deja de ser un maravilloso truco de propaganda. ¡Pero con cuánta firmeza y con cuánta energía defendió los intereses del Reich y se opuso sin dudas ni temores a las intrigas de la Iglesia! Tan pronto como su elección se halló bien asentada, se aseguró la confianza de los países pertenecientes a la corona. Luego hizo entrar en razón a Ottokar de Bohemia. Después proporcionó su unidad al Reich alemán.

La Iglesia también se equivocó en su valoración del siciliano Federico, que a los veintiún años conquistó como emperador el Reich alemán.

195. 23 DE ABRIL DE 1942, DURANTE LA CENA

Mi opinión sobre el Duce. – El hombre que mejor ha comprendido el peligro bolchevique. – La suerte que aguardaba a Europa. – Dificultades del Duce con la aristocracia italiana. – Elogio de Edda Mussolini.

Mucho me agradaría volver a ver al Duce y poder examinar con él los problemas políticos y militares del momento. Si tengo al Duce en tan alta estima, ello se debe, en primer lugar, al hecho de que le considero un hombre d Estado incomparable. Sobre los escombros de una Italia derruida, él ha conseguido edificar un nuevo Estado con el que todo el pueblo se ha sentido identificado. Las luchas fascistas son sensiblemente semejantes a las que nosotros mismos tuvimos que llevar a cabo. ¿No tuvieron, por ejemplo, seis mil seiscientos muertos en Verona?

En otro aspecto, es uno de los hombres que mejor han comprendido todo el alcance del peligro bolchevique. Por ello ha enviado al frente del este a cierto número de divisiones de verdadero valor combativo. El mismo me ha dicho que no se hacía ilusión alguna sobre la suerte que aguardaba a Europa en el caso de que no se pudiera impedir que la invadieran los ejércitos rusos supermotorizados. Se halla firmemente convencido de que sin mi intervención el ocaso del Occidente hubiera sido inminente.

Me resulta penoso, cada vez que me reúno con él en Italia, verle relegado a segundo término, cuando los gentilhombres de la corte se hallan presentes. Las manifestaciones que organiza en mi honor se hallan envenenadas para mí por el hecho de que debo sufrir en ellas el contacto de los arrogantes haraganes de la aristocracia. Cierto día, esos embrutecidos intentaron echar a perder el placer que yo experimentaba viendo danzar a las encantadoras alumnas de la Academia de Florencia, esforzándose en criticarlas a todas.

Inútil es decir que les contesté adecuadamente, de suerte que la representación pudo desarrollarse sin tropiezos desde aquel momento.

No supuso para mí, ciertamente, un particular motivo de alegría hallarme continuamente en compañía de los espectros de la corte, tanto más cuanto que no podía dejar de pensar en las dificultades que la camarilla del rey no ha dejado de crear al Duce, desde el principio. ¡Hoy se creen astutos guiñándole el ojo a Inglaterra!

En lo que se refiere al valor de esos aristócratas en el aspecto simplemente cotidiano, retengo el pequeño detalle de que la princesa heredera jamás ha sido capaz de hacerme servir una comida

caliente. Cuando un ama de casa alemana me invita a su mesa, aunque se trate de la más humilde, pone todo su empeño no sólo en ofrecerme una excelente comida, sino también en servírmela a la temperatura debida. Esos degenerados de la aristocracia italiana se muestran nulos incluso en las insignificancias de la vida práctica. ¡Qué placer, en cambio, he experimentado al poder conversar con una mujer tan inteligente y tan agradable como Edda Mussolini! ¿No ha mostrado, además, hasta qué punto se distinguía de las demás ofreciéndose espontáneamente para servir como enfermera junto a las divisiones italianas que combaten en el este? En este momento se encuentra ya allá.

196. 24 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Horas decisivas de esta guerra. – Importancia de la ocupación de Noruega. – Deficiencias del Alto Mando alemán en 1914-1918. – Falta de interés popular por la marina de guerra. – Y cómo lo hicimos surgir.

Los dos momentos decisivos de esta guerra han sido hasta el momento la ocupación de Noruega en 1940 y nuestra lucha defensiva en el este durante el último invierno. Si concedo una importancia tal a la ocupación de Noruega, ello se debe a que, siquiera retrospectivamente, no llego a comprender que la poderosa marina británica no haya logrado frustrar, o cuando menos obstaculizar, una empresa que no era ni siquiera apoyada por la modestísima marina de guerra alemana. Si la expedición de Noruega hubiese fracasado, las condiciones que han permitido los éxitos alcanzados por nuestros submarinos nos hubiesen fallado. Sin los dispositivos de la costa noruega del Atlántico, no nos era posible, en efecto, dirigir los ataques de nuestros submarinos contra los puertos del centro y el norte de Gran Bretaña. Resultaba igualmente imposible planear una acción de nuestros submarinos en aguas árticas. El éxito de nuestra empresa noruega nos permite, por comparación, juzgar hasta qué punto, durante la primera guerra mundial, el Alto Mando alemán fue a la vez poco audaz y poco previsor. Resulta inconcebible, según nuestro punto de vista actual, que la mayor batalla de dicha guerra fuera la de Jutlandia. Esa península no es en la actualidad más que un punto del mar interior controlado por nosotros.

Respecto a esas deficiencias de nuestro mando durante la guerra de 19141918, me pregunto si no hay que buscar su origen en la desafección de la totalidad del pueblo alemán en lo que concierne a la marina de guerra. Recuerdo lo difícil que era, en 1912, en una ciudad como Múnich, conseguir una obra sobre la marina o sobre las colonias. Por ello, cuando comencé la construcción de nuestros primeros navíos de guerra, inmediatamente después de mi toma del poder, me las compuse de forma que tal iniciativa fuese apoyada por

una amplia publicidad y propaganda. Por ello nuestra pequeña marina de guerra se ha convertido en un arma extremadamente popular. Y ello me ha ayudado mucho paya hacer reemplazar por nuevas unidades los antiguos navíos de línea que fueron rescatados, por los alrededores de 1920, en los cementerios de buques. Nuestras nuevas unidades han sido construidas de acuerdo con las más recientes normas de la técnica naval. En lo que atañe a las tripulaciones, las hemos reclutado en todas las regiones de Alemania, y no solamente entre los que viven a orillas de nuestras costas. El camino que tan magníficamente hemos recorrido se halla jalonado por realizaciones como la del «Emden», seguido de doce torpederos ultramodernos y después por tres cruceros de la clase K («Köln», «Karlsruhe», «Könisberg»). A continuación siguieron los navíos de la clase Deutschland y, en fin, los que componen nuestra flota de alta mar.

197. 24 DE ABRIL DE 1942, DURANTE LA CENA

> El matrimonio y el problema de los hijos. – Matrimonio de soldados alemanes con mujeres de los países ocupados. – Las madres solteras en la antigua Austria. – Papel educativo de las Escuelas del Reich. – Las mujeres de nuestros dirigentes.

Esta conversación tuvo lugar durante un viaje desde el cuartel general del Führer a Berlín. Trata del matrimonio y de los hijos. Dio el Führer:

La historia de los príncipes alemanes prueba ampliamente que las mejores uniones no son las que se fundan únicamente en la razón. En todos los aspectos en que la vida se halla en juego, sólo lo que es verdad tiene posibilidades de perdurar. Por ello resulta absolutamente natural que el matrimonio inspirado por un sincero amor mutuo sea el mejor de los matrimonios. Tales uniones constituyen una garantía en lo que concierne a la forma en que serán educados los hijos. Es una garantía preciosa para el porvenir del pueblo alemán.

No soy, ciertamente, de la opinión que se responda favorablemente (salvo a título excepcional) a las peticiones que formulan nuestros soldados para casarse con extranjeras. Las circunstancias hacen que tal situación sea totalmente explicable, pero a pesar de ello debemos negarnos a dar nuestra aprobación. Resulta evidente que esas peticiones tienen por origen experiencias en el terreno sexual y el deseo de llegar a legalizarlas. De aquí el enorme número de demandas de autorización que se reciben. Pero basta con ver la fotografía de la mayor parte de las candidatas para darse cuenta de que tales uniones no resultan deseables desde ningún punto de vista. Generalmente se trata de mujeres mal formadas o francamente feas. Desde el punto de vista racial, los

resultados no serían satisfactorios. Y no puedo creer en el carácter duradero de tales amores. Una boda dichosa no puede realizarse más que entre seres verdaderamente atraídos el uno hacia el otro. Lo mejor, pues, es cerrar los ojos ante ciertas irregularidades, antes que aceptar uniones legales condenadas a fracasar en el futuro.

Por otra parte, quede bien sentado que sólo pueden dejar de ser solteros los seres físicamente sanos y sin taras raciales. Creo tanto más en el papel desempeñado por una real inclinación por el hecho de que los niños prodigio han salido muchas veces de los orfanatos en una época en que las consideraciones de jerarquía social impedían muy corrientemente lo que solía llamarse malos casamientos. A mi modo de ver, tales instituciones eran muy bienhechoras. A la madre soltera que corría el riesgo de ser puesta en la picota por la sociedad al mismo tiempo que su hijo le quedaba el recurso del hospicio: un nicho practicado a tal efecto, cerca de la entrada, donde, por la noche, podía depositar su carga, en la confianza de que sería bien atendido y lo cuidarían. Fue necesaria la hipocresía moral del siglo XIX para que tan hermosa institución, que se debe a la Edad Media, desapareciera, y para que las madres solteras, de las que algunas tienen la excusa de una pasión verdadera, se viesen enfrentadas al más desagradable de los oprobios.

Gracias a las Escuelas del Reich, hemos remediado, en lo que nos concierne, tal estado de cosas. En esos centros de educación nacionalsocialista, combinados con un internado, todo se halla previsto para acoger a los hijos ilegítimos racialmente sanos y para permitirles recibir una educación de acuerdo con sus cualidades. Esas Escuelas del Reich constituyen, por otra parte, un asilo ideal para los niños en cuyas casas reina la discordia. Es mejor para ellos huir de la atmósfera de esos hogares desunidos y de esas impresiones negativas que marcan el espíritu de un hombre para toda la vida. Constituye un designio loable, por parte de los interesados, y en lo que atañe a los niños, intentar mantener esas uniones precarias, pero raras veces se consigue con éxito. He visto numerosos ejemplos de ello a mi alrededor, entre los camaradas del partido a los que sus mujeres no han podido seguir en su ascenso. Favorecidos por las circunstancias, éstos han visto desarrollarse su talento en la medida de las tareas que yo les confiaba. Lastrados por mujeres que habían dejado de ser dignas de ellos, expuestos a discusiones familiares repetidas sin cesar, han aceptado poco a poco la idea de la separación inevitable. Resulta absolutamente comprensible, según mi modo de ver, que un hombre busque en una mujer cualidades complementarias a las suyas y la posibilidad de realizar un ideal de vida. Pero no existe regla a este respecto; no hay más que casos particulares. Acabo de hacer alusión a casos en que uno se halla dispuesto a ponerse de parte del hombre, pero existen asimismo muchos otros en que resultaría abusivo exigir que la mujer se sacrificase sistemáticamente ante el vínculo matrimonial. Puedo decir que no experimento simpatía alguna por los esposos que

maltratan a sus mujeres, que les infligen torturas morales y las confinan al exclusivo desempeño de los quehaceres materiales.

198. CANCILLERÍA DEL REICH, 25 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

La evasión del general Giraud. – El verdadero espíritu de los franceses con respecto a nosotros. – Puntos de apoyo que conservar en Francia. – Carne y alimentación vegetariana. – Importancia del crudivorismo.

El Führer respondió a una pregunta del ministro Frick concerniente a la reciente evasión del general Giraud:

Debe hacerse todo lo posible para apresar de nuevo a ese hombre. Según mis informes se trata de un hombre de valor, susceptible de pasar a la disidencia. Si se reuniese con De Gaulle, quién sabe si tomaría el mando de su movimiento. Numerosos ejemplos extraídos de la historia militar nos muestran que no son siempre hombres de treinta o treinta y cinco años los que realizan brillantes acciones, como Napoleón por ejemplo, o más jóvenes aún, como Alejandro, que no tenía más que veinte años. A menudo hay hombres que realizan el hecho más destacado de su vida alrededor de los sesenta, e incluso después de haber cumplido esta edad.

Por mi parte, veo en la evasión de ese general (cuya cautividad había sido aligerada de forma inimaginable) un signo del verdadero espíritu de los franceses con respecto a nosotros. De modo que tendremos que conservar la cabeza despejada en nuestras relaciones con ellos, tanto durante el período del armisticio como en el momento del tratado de paz, no dejando de tener en cuenta los precedentes históricos, y adoptando para con ellos decisiones absolutamente exentas de sentimentalismos. No podremos limitarnos a conservar el control de las islas del Atlántico. Será igualmente preciso que conservemos cabezas de puente sobre la costa francesa del océano si queremos asegurar nuestra hegemonía sobre el continente. No deberemos olvidar tampoco que buena parte de la historia alemana ha tenido por teatro el antiguo reino de Borgoña. Es esa una antiquísima tierra alemana de la que los franceses se apoderaron en la época de nuestra debilidad.

El Dr. Goebbels preguntó si una libra de patatas tiene el mismo valor nutritivo que una libra de carne. El Führer dio su parecer:

Según lo que sabemos de la alimentación de los soldados de la antigua Roma, consistía principalmente en fruta y cereales. La verdad es que sentían horror por la carne y es un hecho que no se hacía figurar la carne en su comida corriente más que en los

períodos en que ello era impuesto por las necesidades de reaprovisionamiento. Numerosas pinturas y esculturas nos muestran que esos soldados estaban dotados de una dentadura magnífica, lo que contradice el prejuicio según el cual sólo los carnívoros tienen dientes sanos. Los siglos no han aportado cambio alguno a todo ello. Los que viajan en la actualidad por Italia comprueban que el pueblo se alimenta como antaño y que sigue teniendo hermosos dientes.

Basta con observar lo que sucede a nuestro alrededor para que nos demos cuenta de que los niños sienten una extraordinaria repugnancia por la carne. Es también notable que los niños negros, en las tribus en que la alimentación es esencialmente vegetariana, se desarrollan más armoniosamente que los de las tribus en que es costumbre que las madres alimenten a su progenie hasta la edad de cuatro o cinco años. En lo que concierne a los animales, el perro, que es carnívoro, se halla lejos de proporcionar el mismo rendimiento que el caballo que es herbívoro. Del mismo modo, el león da muestras de fatiga después de haber corrido dos o tres kilómetros, mientras que el camello marcha durante seis o siete días sin desfallecer. En general, nuestros sabios no tienen suficientemente en cuenta estos hechos. Sin embargo está probado que una alimentación vegetariana —pieles de patata crudas— cura el beriberi en menos de una semana.

Quien adopte una alimentación vegetariana no debe olvidar, no obstante, que es en estado crudo como dicha alimentación alcanza su mayor valor nutritivo. La mosca se alimenta de hojas vivas, la rana engulle a la mosca y la cigüeña a la rana. De ese modo la naturaleza nos enseña que una alimentación racional se halla fundada en la ingestión de los alimentos en estado crudo. Y la ciencia ha descubierto que el proceso de la cocción destruye las vitaminas, que son los más preciosos elementos de la alimentación. Queda por saber si son tan sólo las partículas químicas las que quedan destruidas de tal modo o igualmente los indispensables fermentos.

Si nuestros niños son más sanos en la actualidad que los contemporáneos de la Alemania imperial o de la República de Weimar, ello es debido ciertamente, en gran parte, a que muchas madres han comprendido que contribuían más a la buena salud de sus hijos dándoles hortalizas crudas y haciéndoles masticar raíces, que dándoles leche hervida.

199. CANCILLERÍA DEL REICH, 26 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Los artistas y la política.

Momentos antes de dirigirse a la sesión del Reichstag, el Dr. Goebbels había hablado de sus experiencias con los artistas en lo

que se refiere a la política. Recientemente había tenido que intervenir de nuevo cerca de Jannings para rogarle que se abstuviera de hacer manifestaciones hostiles al régimen. Incluso a un actor como él, en su deseo de entregarse libremente a los placeres de la conversación, le costaba admitir que sus observaciones podrían servir de pretexto para tergiversaciones malévolas y para perjudicar el prestigio del Estado. El Führer replicó:

Hace tiempo que conozco a los actores y a los artistas. A menudo tienen ideas fantásticas y es necesario, de vez en cuando, amonestarlos y volverlos a la realidad.

200. BERLÍN, 28 DE ABRIL DE 1942, DURANTE LA CENA

El patrimonio artístico de las ciudades. – Política concerniente a las obras de arte. – Las pretensiones de Viena. – Budapest y Linz. – Lucha contra la ciencia falsa de la Iglesia. – Planes para un nuevo Linz. – Pagar a los húngaros en su misma moneda.

El Gauleiter *Forster había encauzado la conversación sobre el asunto de las obras de arte que eran propiedad de Dánzig y que se hallaban en ese momento en Cracovia y preguntó si no convendría devolver tales obras a Dánzig. El Führer intervino:*

Debo decir que tengo algunas objeciones esenciales que formular contra ese proyecto. Si se entrase en ese camino, no terminaríamos nunca. Dedicaríamos todo nuestro tiempo a estudiar reivindicaciones. Cada ciudad encontraría algún cuadro que reclamar y se entretendría estableciendo relaciones entre las obras codiciadas y ella. Justamente eso fue lo que sucedió después de la campaña de Francia, y a continuación de la ocupación de Serbia y de los territorios rusos, cuando Liebel, alcalde de Núremberg, se dirigió a mí para pedir la devolución a Núremberg de todas las obras de arte que le correspondían por cualquier motivo.

Suponiendo que se respondiera favorablemente a tales requerimientos, la mayoría de los museos así mutilados perderían su unidad. Por otra parte, muchas obras se encontrarían entonces privadas del ambiente en que ciertos artistas quisieron colocarlas, se eliminaría una parte de su significación y consecuentemente se desvalorizarían. Cuando fui a ver las obras que formaban parte de las colecciones judías requisadas en Viena, me atuve obstinadamente al punto de vista de que tales obras no debían salir de la ciudad, puesto que tenían su lugar marcado en los museos correspondientes. Contrariamente a las sugestiones que se me hacían, insistí también en que otras obras fuesen reunidas en los lugares en que pudieran contribuir a la constitución de nuevas colecciones; por ejemplo las obras de Franz Hals en Linz y los paisajes del Tirol en Innsbruck. A

pesar de que mi decisión no fue del gusto de mis queridos vieneses, la llevé a cabo tanto más resueltamente cuando que, durante los quinientos años de su reinado, los Habsburgo amontonaron en los sótanos y en las buhardillas de Viena una cantidad tal de obras que bastarían para constituir integralmente tres nuevos museos. Simplemente en lo relacionado con los gobelinos, hay en los sótanos de Viena más de mil piezas, enteramente trabajadas a mano, que son verdaderas maravillas y a las que el público jamás ha tenido acceso. Conozco a mis vieneses de pies a cabeza. En el momento en que examinábamos varios Rembrandts rescatados a los judíos, intentaron convencerme una vez más para que dejara en Viena todas las obras auténticas de los grandes maestros, explicándome que las pertenecientes a los pintores desconocidos bastarían para hacer la felicidad de los museos de Linz o de Innsbruck. Hay que ver la cara que pusieron cuando les hice partícipes de mi determinación, consistente en que las grandes obras (salvo en el caso de que pudieran cubrir algunos huecos en los museos de Viena) debían ser puestas a disposición de los museos nacionales de las otras provincias de los Alpes y del Danubio.

El Führer se dirigió a Speer:

Budapest es con mucho la más hermosa de las ciudades construidas a orillas del Danubio. Por ello tengo particular interés en hacer de Linz una ciudad danubiana alemana que sobrepase a Budapest. De tal modo demostraré que el sentido artístico de los alemanes es muy superior al de los magiares. No sólo haré arreglar de forma grandiosa las orillas del río, sino que tengo todo un programa de construcción de viviendas que podrán ser consideradas un modelo en su género. En las márgenes del Danubio construiremos un gran hotel destinado a la organización «La Fuerza por la Alegría», un edificio para el ayuntamiento, de acuerdo con planos del profesor Giesler, una Casa del Partido, según proyecto del arquitecto Fick, un edificio destinado al Alto Mando del Ejército, un estadio olímpico y muchas otras cosas. Por lo que se refiere a puentes, y contrariamente al que existe en Budapest, he pensado en hacer construir uno colgante. Además, haré levantar en la otra orilla del Danubio, como contrapeso a la seudociencia de la Iglesia católica, un observatorio en el que se hallarán representadas las tres grandes concepciones cosmológicas de la historia: la de Ptolomeo, la de Copérnico y la de Hörbiger. La cúpula del edificio contendrá un planetario que no solamente satisfará la sed de saber de los visitantes, sino que será utilizable para investigaciones científicas. La disposición interior estará ampliamente inspirada por las ideas del profesor Troost. Sobre este punto se ha producido una curiosa confusión. Me había distraído haciendo un boceto de tal disposición, utilizando lápices de color azul, rojo y verde de que dispongo en el Estado Mayor. Y fue precisamente ese boceto el que envié involuntariamente a la señora Troost, a guisa de felicitación de aniversario, en lugar de la que le había sido preparada.

En lo que se refiere a la Casa del Partido y al parlamento provincial, el *Reichsleiter* Bormann me hizo un hermoso ofrecimiento que me encantó. En cuanto supo que se habían terminado los planos, se ofreció a proporcionar el dinero para los proyectos. Como el tesorero del partido ya había decidido sufragar esos gastos, no me pareció justificado aceptar el ofrecimiento de Bormann; mas no por ello le estoy menos agradecido.

Es preciso que, diez años después del final de la guerra, Linz sea la nueva metrópoli del Danubio. Me entusiasmo cada vez más ante la idea de su embellecimiento y sé que en tales momentos es el artista quien reacciona en mí. Esa ciudad posee lo que ninguna arquitectura, por grandiosa que fuese, podría darle: una situación única en el mundo. Prescindiendo de los vínculos afectivos que me unen a ella, puedo asegurar que es esa única consideración la que me ha impulsado a realizar tal proyecto. Los vieneses se equivocarían si se sintiesen vejados por ello y creyesen que podría perjudicar su monopolio ni los intereses culturales de las provincias de los Alpes y del Danubio. Lejos de mí la idea de debilitar la posición de Viena, tanto más por el hecho de que se mantiene sobre una base sólida. Pero cuando se piensa en la situación verdaderamente excepcional de Linz, no resulta posible, por simple parcialidad en favor de los vieneses, renunciar a la idea de hacer de ella la metrópolis del Danubio. Ello constituiría un crimen.

Por otra parte, y no sólo para hacer rabiar a los húngaros, es preciso igualmente poner en marcha los planes de engrandecimiento y embellecimiento de Viena. De ese modo pagaremos a los húngaros en su misma moneda, una vez haya terminado el conflicto, para recompensarles por haberse aprovechado de las circunstancias en todos los aspectos para sacar sus castañas del fuego.

201. MÚNICH, 27 DE ABRIL DE 1942, A MEDIODÍA

Valor de los territorios del este. – La construcción de una gigantesca red de comunicaciones ferroviaria y por carretera. – Importancia secundaria de las vías fluviales.

El Führer conversó con el profesor Giesler y el ministro Esser sobre el problema de las vías de comunicación de los territorios del este.

Esas regiones absorben una considerable extensión de la red ferroviaria existente en la actualidad. Pero a ese respecto será conveniente evitar atenerse a nociones prescritas de antemano. Del mismo modo que nos son indispensables comunicaciones rápidas con Constantinopla, nos será precisa una rápida unión entre la Alta Silesia y la cuenca del Donetz. Preveo la construcción de trenes que recorrerán la distancia a una velocidad media de doscientos

kilómetros por hora. Evidentemente, los vagones actualmente en servicio no podrán ser utilizados. Será necesaria la construcción de unidades más anchas y posiblemente de dos pisos, de forma que, subiendo al piso superior, el viajero pueda gozar del privilegio de admirar el paisaje. Ello implicará la construcción de vías cuyos rieles se hallen más separados que los normales y habrá que hacerlas dobles desde el principio, con el fin de permitir un tráfico intenso. Esas vías serán instaladas de manera que dos rieles suplementarios puedan asegurar el tráfico de los trenes de mercancías, igualmente en los dos sentidos. Hay que hacer las cosas a gran escala ya desde el primer momento, por lo que considero que la línea principal —la que nos unirá con la cuenca del Donetz, por ejemplo— deberá comprender cuatro vías. Únicamente de ese modo podremos realizar nuestros planes de explotación de los territorios del este.

Resulta obvio decir que, para llevar a buen término esta gigantesca empresa, tendremos que superar ingentes dificultades que, por otra parte, no deberán desalentarnos.

En cuanto a los proyectos de enlace con esos territorios por vía fluvial, carecen de consistencia. En el este el invierno dura siete meses y las condiciones meteorológicas que reinan excluyen toda posibilidad de tráfico fluvial continuado.

202. BERGHOF, 30 DE ABRIL DE 1942, DURANTE LA CENA

Los tenores alemanes. – Una política para nuestras óperas. – Miseria de Bruno Walter y de Knappertsbusch. – Un solo director de orquesta: Furtwängler.

Lamento que Alemania no disponga actualmente más que de dos grandes tenores, puesto que ello obliga a esos dos hombres a correr sin cesar de una ciudad a otra, sin tregua ni reposo. La culpa la tienen los directores de las óperas y de orquesta, que no se preocupan lo bastante del reclutamiento de nuevos cantantes. A consecuencia de su despreocupación, los debutantes se ven obligados a presentarse exclusivamente en los escenarios de provincias. Y cuanto más talento tienen, más cargado se halla su repertorio. Ello es una pena, puesto que un cantante novel no puede interpretar, sin estropearse la voz, todos los papeles del repertorio. Lejos de poder desarrollar sus cualidades y mejorar su voz, lo que hacen es desgastarse prematuramente. Estas comprobaciones me han llevado a encargar al director artístico de la Ópera de Múnich la preparación de una compañía destinada a la futura Opera de Linz, de acuerdo con los principios más racionales. Le dedicará todo el cuidado necesario y consagrará a esa preparación el tiempo preciso, de dos a cinco años. He escogido ese método porque, según creo, permitirá a los artistas dotados alcanzar el máximo de sus posibilidades, en lugar de correr de un lado a otro cantando lo que se

presente. Durante el período de preparación de esos artistas, haremos todos los sacrificios que sean precisos. Ello carecerá de importancia si tengo la garantía de que en el momento previsto tendremos artistas que se hallen al nivel de los papeles que les estén destinados.

Sería de desear que muchos directores de óperas emprendieran el mismo camino, ya que de tal modo podríamos contar, dentro de algunos años, con los artistas que necesitarán los escenarios alemanes. A este respecto debo decir que no basta con disponer de buenos cantantes. Tanto si se trata de hombres como de mujeres, es forzoso convertirlos en actores expertos y hacer que se preocupen de su aspecto externo. Es extremadamente importante que el público goce viéndoles. De otro modo sería mucho más sencillo renunciar a poner óperas en escena, limitándose los artistas a cantar su papel con la partitura en la mano.

En cualquier caso es necesario acabar con el engañoso sistema de los «artistas invitados» para las actuaciones particulares. ¿Por qué sacrificar a la compañía titular en lugar de darle la posibilidad de revalorizarse? Lo adecuado estriba en permitir a los buenos elementos locales la manifestación de sus cualidades. Y cuando entre ellos aparezca un artista cuya valía sobrepase el término medio, es preciso retenerlo a toda costa, impedir que se haga contratar en Berlín, donde corre el riesgo de no ser contratado más que para interpretar papeles secundarios.

No basta con formar cantantes, es necesario asimismo formar grandes directores de orquesta. Si en tiempo de la República de Weimar hubiera existido un número suficiente de ellos, la ridícula ascensión de Bruno Walter hubiera sido difícilmente posible. Este, en la Opera de Viena era considerado como un cero absoluto. Fue la prensa judía de Múnich, a la que coreó la de Viena, la que atrajo la atención sobre él. ¡Qué alabanzas! Se trataba nada menos que del más genial de los directores de orquesta alemanes. Y, sin embargo, fue la Opera de Viena la que pagó los vidrios rotos, ya que, puesto al frente del magnífico conjunto titular, no fue capaz de dirigir otra cosa que música de cervecería. Hubo que despedirle y fue entonces cuando la gente se dio cuenta —después que se hubo desacreditado a sí mismo y a la Opera de Viena— de que existía una gran escasez de buenos directores de orquesta. Viena tuvo que llamar a Knappertsbusch.

Él es un verdadero germano de pelo rubio y ojos azules. Desgraciadamente cree que su temperamento lo abarca todo y que puede dirigirse una orquesta estando privado de todo sentido musical. Constituye un verdadero suplicio asistir a una representación de ópera cuando él lleva la batuta. La orquesta toca demasiado fuerte, los violines son dominados por el metal, la voz de los artistas resulta ahogada. En lugar de un canto no se percibe más que una serie de gritos, y los pobres cantantes parecen ranas croando. En cuanto a él mismo, se entrega a una gesticulación tal que uno procura no mirarle.

El único director de orquesta cuyos gestos no tienen una mímica ridícula es Furtwängler. Sus gestos parten de lo más íntimo de su ser. A despecho de los menguados subsidios concedidos por el Estado, a él se debe el mérito de haber hecho de la Orquesta Filarmónica de Berlín un conjunto muy superior al de Viena. Me parece poco convincente que ello quiera explicarse por el hecho de que los músicos de Berlín disponen de verdaderos Stradivarius. Según mi modo de ver, lo que debe ser más importante es la circunstancia de que Berlín cuenta con dos solistas verdaderamente excepcionales, uno de ellos de veintitrés años y el otro de tan sólo diecinueve. Cuando se ha gozado del encanto de sus cristalinos sones, resulta difícil no pensar que el golpe de arco de un músico de veinte años debe de tener mucha más ligereza que el de un violinista que haya alcanzado los sesenta.

Con la idea de poner al frente de la futura formación de Linz a un director de gran talento, he pedido a Klemens Kraus que se encargue de preparar un músico que sea digno de tal honor.

203. BERGHOF, I DE MAYO DE 1942, A MEDIODÍA

Problemas de arquitectura. – Nuestros arquitectos deben tener amplias miras. – Bayreuth, Weimar y Dresde. – Destello del humanismo en esas ciudades. – Desarrollo de la vida cultural.

Me hallo muy reconocido al profesor Giesler por haber llevado a buen término la transformación del castillo de Klessheim, en que debemos recibir a nuestros más destacados huéspedes y que ha sido inaugurado con la recepción al Duce. Lo que más me agrada es su disposición general que responde a nuestra concepción de la grandeza. Nada de angostura ni de mezquindad como sucede en las mansiones de los pequeños potentados. En el castillo de Klessheim, es una gran nación la anfitriona. Giesler ha resuelto el problema con amplitud de miras. Ha sabido disponer grandes espacios entre la puerta de honor y la escalera, y entre ésta y la entrada a las salas de recepción.

Por lo que se refiere a la noción de espacio, es esencial que nuestros arquitectos adquieran la costumbre de tener un amplio criterio. De ese modo evitarán la edificación de ciudades en que las casas se hallen amontonadas unas sobre otras, como si el ideal de los humanos residiera en alojarse en cajas. Pienso en ciudades como Zwickau, Gelsenkirchen y demás. Si tuviera la desgracia de residir en uno de esos lugares en que la civilización parece no haber penetrado, me sentiría tan derrotado moralmente que ello me haría el efecto de un destierro. Me hallo absolutamente decidido a imbuir un poco de cultura en las más pequeñas de nuestras ciudades, de suerte que cada una de ellas pueda presentar de sí misma una imagen cada vez más atrayente. Cierto es que toda ciudad no puede

pretender recibir el influjo de la cultura más que en la medida de sus tradiciones, ya que esas dos ideas son siempre indisolubles. Bayreuth, Weimar y Dresde, para hablar de ejemplos clásicos, son prueba de ello. Si se reflexiona resulta cierto que es muy difícil asociar una ciudad a la idea de la cultura si no ha habido hombres célebres que respirasen entre sus muros. Son ellos quienes le confieren ese destello de humanismo que se identifica a la larga con su imagen. De modo que, cuando menos, debemos aferrarnos al siguiente principio: que en la más pequeña de nuestras ciudades el representante más destacado del partido no sea solamente el portaestandarte de la idea nacionalsocialista, sino también el punto de convergencia de la vida cultural. Incluso en los casos en que nuestro *Kreisleiter*, falto de la categoría suficiente, no pueda desempeñar tal papel, debemos esforzarnos en hacer de él, con el apoyo del partido y de sus organizaciones, el centro de esa vida cultural indispensable. Una vez cristalizado, se habrá abierto el camino hacia un progreso en la vía de la civilización y la altura.

No basta con que una ciudad posea su museo y que se lleve a él a los escolares. Nuestros representantes deben preocuparse asimismo de conducir allí a nuestros hombres, tanto si se trata de soldados como de miembros del Servicio del Trabajo, por ejemplo. De esa manera iremos dando al pueblo entero, poco a poco, el sentido y el amor por el arte. Y es a los jóvenes a quienes hay que dirigirse en primer lugar, ejercitando sus ojos, acostumbrándolos a ver. De las deslumbrantes bellezas pasarán a manifestaciones más discretas y aprenderán a reconocer y a apreciar, incluso en sus menores detalles, obras cuya belleza había resultado inaccesible para ellos hasta entonces.

204. 3 DE MAYO DE 1942, A MEDIODÍA

El atentado del Bürgerbräu. – Tentativa de asesinato de un ciudadano suizo. – Cómo precaverse contra los asesinos. – Riesgos inevitables.

En los dos atentados en que mi vida corrió un grave peligro, nada debí a la intervención de la policía, sino todo a un venturoso azar.

El 9 de noviembre de 1939, si abandoné el Bürgerbräu diez minutos antes de lo previsto fue únicamente porque tenía que celebrar una conferencia urgente en Berlín, lo que me obligó a anticipar el momento de mi partida.

En cuanto a la segunda tentativa, el ciudadano suizo que me acechaba no pudo nunca disparar sobre mí, a pesar de que se hubiera apostado en los alrededores de Berghof y de que espiara cada una de mis salidas desde hacía tres meses. Fue descubierto por un empleado de ferrocarriles cuando se dirigía a Múnich, donde

esperaba tener más suerte. Había dejado atrás Múnich y no llevaba más que un billete valedero de Berchtesgaden a Múnich. Interrogándole, el revisor se enteró de que dicho ciudadano había pasado el día en Berchtesgaden, donde pretendía tener que entregar una carta al Führer. Aquellas explicaciones parecieron poco verosímiles al revisor y le hizo detener. Se le encontró encima un envoltorio dirigido a mi nombre, pero no contenía nada. El hombre no tardó en hacer una completa confesión.

La confesión del suizo me confirmó en la creencia de que a un hombre le es extremadamente difícil precaverse contra un asesino que, por idealismo, haya previsto por anticipado el sacrificio de su vida para realizar su plan. Y ello explica que el noventa por cien de los atentados haya alcanzado éxito en el curso de la historia. La mejor de las medidas preventivas estriba en no tener costumbres demasiado regulares e ir y venir, conducir y viajar, con cierta libertad. Pero eso no es más que una regla de prudencia.

De modo que, cada vez que ello me es posible, salgo por sorpresa y sin advertir a la policía. Ratenhuber, el jefe de mi servicio de protección, y Kempka, mi chófer, tienen orden formal de mantener secretas mis salidas, y de atenerse a ello incluso en el caso de que sean oficiales de elevada graduación quienes intenten informarse a tal respecto.

Efectivamente, en el momento en que es anunciada una de mis salidas, la policía se pone en movimiento y toma medidas de carácter inusitado, lo que tiene el inconveniente de atraer la atención sobre mi persona. Pude percatarme de ello en el momento del Anschluss, con ocasión de mi viaje a Presburgo. En el trayecto de Viena a Nicolsburg, y aún más allá, la policía había desplegado todas sus fuerzas. Y se daba el caso de que éstas resultaban insuficientes para englobarlo todo bajo su protección Eso era precisamente lo peligroso. Por otra parte, los agentes de la Gestapo iban vestidos de una forma tan aparente (abrigos de cuero, impermeables y otros atributos) que todo el mundo descubría su personalidad al primer golpe de vista. En un momento dado decidí modificar el itinerario previsto y respetar las luces rojas de circulación cuando los viandantes cruzaban las calles. De ese modo mi viaje continuó sin obstáculos.

La protección de la policía se halla particularmente indicada cuando ha sido establecido un programa rigurosamente cronometrado. Pero aun en tales casos, la actividad que ella desarrolla tiene un carácter intempestivo, provocando aglomeraciones y multiplicando los riesgos. Sin embargo hay veces en que es preciso aceptar su colaboración, especialmente en circunstancias como el 1.° de mayo, el 9 de noviembre, cuando la fiesta de la recolección en Bückeburg (que reúne a cerca de setecientos mil participantes) y en mi propio aniversario. Tratándose de esas grandes aglomeraciones, evidentemente siempre es de temer que algún iluminado, apostado en la penumbra, dispare sobre mí con un arma provista de mira telescópica. Es preciso, pues, vigilar con especial cuidado los lugares propicios para un atentado de esa

especie. Si es de noche, los proyectores deben ser orientados en todas direcciones. Deberá evitarse, como sucedió un día en Hamburgo, concentrar los haces luminosos sobre mi coche. Además, las calles estrechas deben ser evitadas en la medida de lo posible. Considero, por ejemplo, que la entrada de la calle que conduce a la ópera Kroll, con una anchura de cinco metros, es uno de los lugares más peligrosos de Berlín, desde ese punto de vista.

Desde el momento en que no es posible prevenirse totalmente contra los fanáticos e idealistas, me atengo a ese refrán que dice que la fortuna sonríe a los audaces, de forma tal que en las ceremonias cuyo programa ha sido fijado rigurosamente con antelación permanezco tranquilamente de pie en mi coche. En el supuesto de que algún exaltado quisiera asesinarme a tiros de pistola o por medio de una bomba, el hecho de hallarme sentado no mejoraría en absoluto mi situación. Mi mejor garantía, resumiendo, es que los seres capaces de sacrificar por anticipado su vida por puro idealismo son muy escasos. No creo a muchos burgueses o incluso marxistas capaces de una abnegación tal. Los más peligrosos son los fanáticos o los patriotas exacerbados de un país ocupado por nuestras tropas. He acumulado grandes experiencias en este aspecto y sé que incluso para éstos las ocasiones favorables son rarísimas. Un atentado en el que he pensado muchas veces es el que podría cometerse de noche, mientras yo viajase en coche. Un automóvil que nos siguiese encontraría ángulos de tiro fáciles, sobre mi chófer o sobre mí mismo, en el momento en que entrásemos en una curva. Pero como quiera que hace ya tiempo que saqué mis conclusiones sobre el atentado cometido tiempo atrás contra Rathenau, he hecho instalar un faro en la parte posterior de mi automóvil, de suerte que en caso de necesidad fuese posible deslumbrar al conductor del vehículo que marchase detrás nuestro.

205. 3 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

> Respeto de la voluntad del testador. – El caso de Ludendorff. – Tesoro artístico de las ciudades y de las comunidades. – Dificultades con el ministro de Educación. – Privilegios que respetar. – El estatuto de la ciudad de Brunswick. – La escuela de los romanos. – Berlín no debe monopolizar los recursos del Reich. – Salvaguardar los pequeños museos de provincia. – La burocracia berlinesa. – Administración y descentralización. – Berlín no es una ciudad de arte. – La elección de Núremberg.

No quiero que, e insisto sobre tal punto, se obstaculice el cumplimiento de la última voluntad de un testador, siempre que las disposiciones por él tomadas no sean contrarias a los intereses del Estado ni a los de la comunidad nacional. Pero si el Estado se inmiscuye en la interpretación de la última voluntad de un difunto, se

adentra por un camino peligroso, y ello puede arrastrarle mucho más lejos de lo que pudiera creerse. Me percaté de esto a la muerte de Ludendorff. Este, en efecto, había estipulado expresamente en su testamento que no quería ser enterrado en el Cementerio de los Inválidos de Berlín ni en el recinto del monumento de Tannenberg, sino en Tutzing. A pesar del disgusto que ello me causó y por miedo a crear un precedente, respeté la voluntad del gran soldado.

En otro aspecto, aunque por razones análogas, afirmo que es preciso respetar absolutamente los derechos de propiedad que poseen, en su calidad de personas morales, las municipalidades, los *Gaus* y los *Länder*. Atacándolos, se va contra principios esenciales y se compromete el porvenir de nuestras comunidades tradicionales. Imagino una comunidad que constituye pacientemente una colección de objetos de arte. La idea de que al cabo de un centenar de años puede llegar al poder un estadista omnipotente que se ocupe de dispersar esa colección a los cuatro vientos, bajo un pretexto cualquiera, desalentaría a las corporaciones y asociaciones que tienen una existencia legal y cuya actividad persigue objetivos de interés público. Esas asociaciones deben tener la libertad de utilizar a su libre albedrío los recursos de que disponen y sus derechos de propiedad en ningún caso deben ser objetados.

Desgraciadamente, nuestro ministro de Educación, que es responsable de la vida cultural del Reich, no comprende estas nociones. Se ha creído autorizado, por ejemplo, a proponerme la supresión de la Academia de Minas de Leoben, siendo su idea adscribir dicha institución a la escuela de ciencias técnicas cuya creación en Linz se halla proyectada. Haciéndome esa proposición, el buen hombre, aparentemente, no se ha dado cuenta de que arruinaría injustamente a la ciudad de Leoben, cuya existencia es en gran parte tributaria de su academia. Descuida igualmente el hecho elemental de que Linz, que no posee minas, no se halla en absoluto calificada para albergar una institución de tal género.

El ministro del Interior del Reich obra con la misma estupidez cuando priva a la ciudad de Lindau de su categoría de cabeza de partido —siendo esa ciudad el centro cultural de la región del lago Constanza—, lo que la haría perder el carácter que le otorga su importancia.

Si debiera retirarse a la ciudad de Brunswick la categoría de gobierno provincial sin otorgarle, a título de compensación, algo equivalente, sería condenarla a la decadencia. He puesto sobre aviso a Goering a este respecto y le he pedido, para el caso de que se intentara algo, que no permitiera la imposición de modificación alguna al estatuto actual de Brunswick.

Nuestro ministro del Interior posee un espíritu exageradamente esquemático, y sus juristas tienen una exagerada tendencia a trabajar en abstracto. Sin duda, una ciudad de veinticinco mil habitantes puede ser administrada perfectamente como un pueblo grande, bajo la supervisión del poder central. Pero en este caso concreto es también un antiguo centro de cultura que merece ser administrado de acuerdo con las particularidades que le son propias,

en el cuadro autónomo del distrito, y sin que el Estado tenga por qué intervenir.

En este aspecto, los romanos tienen aún muchas lecciones que darnos. En períodos de crisis, sabían concentrar el poder en cierto número limitado de manos, siendo así que en tiempos normales éste se hallaba repartido entre numerosas personalidades. Por lo que se refiere a la administración y organización de ciudades, siempre tuvieron en cuenta las necesidades del momento, sin descuidar los elementos de orden político ni los de orden cultural. También nosotros deberemos poner especial atención en no trastornar esa geografía sin haber estudiado todos los aspectos de los problemas que se nos planteen. Esta es la razón por la que, de acuerdo con la intervención del *Reichsleiter* Bormann, he prohibido hasta el final de la guerra la supresión de distritos y su fusión. Igualmente he tomado disposiciones para impedir que, al amparo de las circunstancias creadas por la guerra, y vistas las dificultades de la construcción, Berlín trate de monopolizar, en detrimento de las demás ciudades, las menguadas posibilidades que aún subsisten. Cuanto mayor es una ciudad, más tentada se halla a desempeñar el papel de una metrópoli, en el sentido exacto de la palabra, y por ello a acapararlo todo. Eso es lo que ha hecho Viena durante siglos, reuniendo en el recinto de sus muros todas las obras de arte del país, chupando la sangre a las provincias de los Alpes y del Danubio. Habrá que evitar que ello no se produzca en Linz, cuando emprendamos los trabajos de engrandecimiento de esa ciudad. Habrá que tener cuidado, por ejemplo, de no llenar sus museos vaciando los de Múnich. Esta idea me preocupa grandemente y en ella radica la razón que me ha impulsado a hacer adquirir en el mercado libre todas las obras que deberán reunirse en Linz. No quiero museos constituidos en detrimento de los de otras ciudades.

En el supuesto de que, a título puramente excepcional, en lo que concierne a dicha ciudad, y con el objeto de constituir colecciones perfectas, nos permitiésemos saquear los pequeños museos de provincias, las consecuencias serían inmediatas: se destrozaría la base legal sobre la que se sostiene la propiedad de dichas obras. Y una vez hubiéramos emprendido ese camino, ¿cuándo podríamos detenernos? En tal caso, también podrían admitirse las reivindicaciones de Liebel, el alcalde de Núremberg, que quisiera reunir en su ciudad todas las obras cuyos autores son oriundos de ella. ¡Cuántos conflictos en perspectiva! Desde luego es totalmente absurdo pretender que una obra deba ser conservada en la ciudad en que vio la luz. Una verdadera obra de arte rebasa los angostos límites locales. Y ello no impide en absoluto que la gloria adquirida en el vasto mundo por una obra de arte se derrame, al mismo tiempo que sobre su autor, sobre la ciudad de la que éste procede. Mussolini lo ha comprendido tan bien que ha podido regalarme el célebre

Discóbolo.

El mayor riesgo que pueden correr nuestros centros de vida artística es que la burocracia berlinesa extienda más aún su poder. Ésta se complace, en efecto, en un intento de unificación que se

traduce en una destrucción despiadada de toda señal de vida. En lugar de ver las cosas desde lo alto y de no intervenir más que en caso de necesidad, pretende inmiscuirse en todo. El peligro es tanto más grave si se tiene en cuenta que desde hace veinte años esa burocracia no ha hecho más que multiplicarse, sacando de sí misma, de un modo u otro, el poder de crecer incesantemente. Y ello explica que a la larga un mediocre funcionario del Ministerio del Interior, como Suren, haya terminado por convertirse en subsecretario de Estado en virtud del sistema de ascenso por antigüedad. Sin embargo, ese hombre jamás ha sido brillante, y sus intervenciones han sido muchas más veces nocivas que útiles.

Es por ello por lo que, para contrarrestar la nulidad de los chupatintas de la administración, se hace preciso que reclutemos en el país al mayor número posible de hombres capaces para ponerlos al frente de ciertos servicios. Pero en primer lugar lo imprescindible es que demos a esos hombres de temple la posibilidad de probar su valía en organizaciones independientes. Cuanto más descentralizado esté el Reich desde el punto de vista administrativo, más fácil será encontrar administradores para los puestos clave de la organización central, que sepan limitarse a trazar las directrices y a supervisar el trabajo de los servicios dependientes de sus órdenes.

Si dejamos a nuestros funcionarios la facultad de continuar con sus errores, dentro de algunos años resultará de ello una total desafección del pueblo en lo que respecta a los servicios públicos. En cuanto a los hombres que tienen responsabilidades, que realizan un trabajo positivo, de los grandes alcaldes, por ejemplo, no aceptarán indefinidamente verse burlados por mentecatos irresponsables ocupados en un ministerio en Berlín, que de un plumazo reducen a la nada el fruto de grandes esfuerzos suyos y de sus colaboradores directos.

Resulta muy raro, efectivamente, que cuando intervienen en casos particulares, los funcionarios berlineses se hallen de acuerdo con los administradores competentes que han estudiado detenidamente su asunto y que conocen perfectamente la solución que debe imponerse. Lo más corriente es que esos funcionarios sean espíritus mezquinos que han hecho su carrera ascendiendo peldaño a peldaño. Terminan así por obtener cargos cuyo prestigio les asusta a ellos mismos, cuando parecerían insignificantes a hombres que estuvieran acostumbrados a tener una responsabilidad. Decidme qué empresario teatral, de talento indiscutible, aceptaría por ejemplo, en lugar de dirigir una compañía, una tarea de informador sobre asuntos teatrales, con un sueldo de setecientos u ochocientos marcos al mes. Esas gentes viven confinadas en su pequeño mundo egoísta de la burocracia. Todo lo demás les viene grande.

Cuando pienso en Bayreuth me aterro ante la idea de que pudiera llegar un día en que fuera necesario solicitar la ayuda financiera del Estado y someter la administración de esa ciudad al control de la burocracia de los ministerios. Esta es una de las razones que me incitan a tomarme tan grande interés por los dos hijos de la señora Winifred Wagner. Tengo la esperanza de que serán

capaces de continuar la obra de su padre y de su madre. Mientras viva, pienso hacer todo lo que se halle en mi mano para asegurar a la ciudad de Richard Wagner el mantenimiento de su prestigio.

Para salvaguardar la existencia de nuestros lugares culturales, no veo medio mejor que continuar confiando su custodia a las ciudades que los albergan actualmente.

Por brillante que sea la ciudad de Berlín, no puedo imaginar siquiera que pueda ser convertida en una metrópoli de las artes. Pero en cambio desempeña a la perfección su papel de metrópoli política y militar y ello me ha impresionado una vez más con ocasión del último desfile organizado para festejar el aniversario de mi nacimiento. Lo cual no quiere decir que su atmósfera sea la de una ciudad de arte.

No existe razón alguna para que permitamos alcanzar a otras ciudades las dimensiones de Berlín. Basta con que el Reich tenga una ciudad de cinco millones de habitantes (Berlín), dos que cuentan con dos millones (Viena y Hamburgo) y varias otras cuya población se aproxima al millón. Constituiría un verdadero contrasentido ampliar más aún nuestras grandes ciudades y canalizar hacia ellas toda la vida cultural del Reich. Un día dije a Christian Weber que sería una estupidez adscribir Starnberg a la ciudad de Múnich. Para conservar su carácter peculiar, ésta debe continuar tal cual es.

Es concebible que el congreso anual del partido tuviera lugar en Múnich. No lo he hecho precisamente porque deseo descentralizar nuestras manifestaciones y dar de tal modo ocasión a una serie de ciudades grandes, medianas o pequeñas, de convertirse en hogares de la vida cultural alemana. Por eso, sugerí Núremberg al comité del partido para nuestros encuentros. Con motivo de nuestra gran concentración anual que tiene lugar en ella, conoce cada año, durante diez días, una animación extraordinaria y que da idea de lo que debía de ser para los antiguos la ceremonia de los Juegos Olímpicos.

Es por razones del mismo orden por lo que he rehusado quitar a Leipzig el privilegio de albergar la sede del Tribunal Supremo del Reich. Creo que otro tribunal supremo, el de los asuntos administrativos del Reich, debería ser instalado en Viena. Cuando la guerra haya terminado, tendré una conversación con Himmler referente a las facultades de medicina y los centros de investigación médica. Cae por su propio peso que la medicina no debe ser fragmentada hasta el infinito, como si pudiera haber una medicina militar; una medicina SS, la práctica privada y demás.

206. 4 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Recuperación de nuestros gastos de guerra. – Integración de veinte millones de obreros extranjeros en la industria alemana. – Un pueblo jamás se ve arruinado por sus deudas.

Ya he dicho que el pago de las deudas contraídas no presenta ningún problema. En primer lugar, los territorios que hemos conquistado con las armas representan un incremento de la riqueza nacional, y ello bastaría ya para sufragar nuestras deudas de guerra. En segundo lugar, la integración en el sistema industrial alemán de veinte millones de obreros extranjeros trabajando barato representa igualmente un ahorro muy superior respecto a las deudas contraídas por el Estado. Un simple cálculo, que hasta ahora ha pasado desapercibido a los jefes de nuestra economía, por lo menos a la mayor parte de ellos —caso curioso—, permite darse cuenta de ello. Supongamos que el obrero extranjero, en lugar de ganar dos mil marcos al año, como el obrero indígena, no gane más que la mitad; hagamos la cuenta y se verá cómo la ganancia es enorme.

A propósito del cálculo de la fortuna nacional, un día me vi obligado a explicar al propio Funk, ministro de Economía del Reich, que el nivel de vida del pueblo alemán se había visto considerablemente aumentado a consecuencia de la mano de obra extranjera a que habíamos recurrido. Comparemos a este respecto lo que cuesta la mano de obra indígena con lo que hay que abonar a los obreros alemanes del extranjero.

Desde luego, no hay más que referirse a los ejemplos de la historia para saber que ningún pueblo se ha visto arruinado jamás por sus deudas. Evidentemente, nuestros economistas pueden dormir tranquilos y dar muestras de un optimismo total en lo que concierne a los desembolsos que nos impone la guerra.

207. 5 DE MAYO DE 1942, A MEDIODÍA

Valonia y el norte de Francia son en realidad provincias alemanas.

El Führer contó, bromeando, que la noche última había leído, con el mayor interés, la obra de Petri, en dos tomos, que el periodista Frentz había puesto a su disposición, titulada «Germanisches Volkserbe in Wallonien und Nordfrankreich» («La herencia nacional alemana de Valonia y el norte de Francia»). Y siguió:

Esta obra, publicada en 1937, contribuye a reforzar mi convicción de que Valonia y el norte de Francia son antiguos territorios germánicos. La abundancia de nombres de localidades de consonancia germánica, las costumbres de origen germánico en esas regiones, los giros del lenguaje que subsisten aún, todo ello me prueba que esos territorios han sido sistemáticamente separados, por no decir arrancados, del espacio germánico.

Si en algún sitio hay territorios que estamos en nuestro derecho de reclamar, éste es el caso.

208. MAYO DE 1942

Los relevos frecuentes en el entorno del Duce. – Falta de colaboradores competentes y seguros. – Necesidad de no trasladar constantemente a los hombres que realizan bien sus funciones. – Baldur von Schirach, Axmann, Lauterbacher y Terboven. – Lammers, un jurista con sentido común. – Importancia de las colaboraciones eficaces.

Bormann hizo notar, en el curso de la conversación, que a cada nueva visita del Duce se veían a su alrededor rostros distintos, lo que parecía demostrar que renovaba frecuentemente a sus colaboradores. El Führer continuó:

Si el Duce obra de tal modo, ello se debe sin duda a que no puede dejar de hacerlo, ya que sabe tan bien como yo que para emprender una obra de envergadura es necesario poder contar con una colaboración continuada por parte de los hombres que ocupan ciertos puestos. Si él se ve constantemente obligado a proceder a ciertos relevos, encuentro en tal estado de cosas las razones siguientes: primero, no dispone de un número suficiente de hombres de categoría para los puestos importantes, y por tanto no puede mantenerlos durante mucho tiempo en el mismo lugar; segundo, los miembros más cualificados del partido fascista son propuestos regularmente para el cargo de prefecto; de otro modo el rey (que tiene el monopolio de esos nombramientos) tendría un pretexto para zaherirle no nombrando más que a los no fascistas.

Yo mismo me hallo bien enterado de la dificultad que entraña encontrar hombres aptos para ocupar los puestos de mando. Uno se ve constantemente inducido a llamar siempre a los mismos hombres. Cuando tuve necesidad de comisarios del Reich para los territorios del este, fueron los nombres de los antiguos *Gauleiters* los que se impusieron a mi espíritu. Inmediatamente pensé, por ejemplo, en Lohse y en Koch. Sin embargo, me esfuerzo por mantener a los hombres en los cargos en que han dado prueba de su capacidad, con el fin de proseguir con ellos una fructífera colaboración. El *Reichsleiter* Bormann tiene toda la razón cuando dice que una misión de corta duración no permite jamás a un hombre dar claras muestras de su plena capacidad. Si no se ofrece a un *Gauleiter* la seguridad de una misión de larga duración, se llega a la inevitable consecuencia de que sus proyectos se resienten de ello y que su actividad se ve mediatizada por una gran desventaja. Ese hombre se plantea necesariamente una serie de cuestiones. Por ejemplo: ¿Cómo se comportará mi sucesor en relación con los trabajos que yo he emprendido? ¿Ejecutará los proyectos que he establecido? ¿No declaró, a propósito de las construcciones que yo he decidido, que el

emplazamiento ha sido mal escogido y que he dilapidado el dinero sin provecho para la comunidad? Y así sucesivamente.

Si bien he encontrado hombres para ocupar los puestos clave, para las SS, para la NSKK [parque móvil nacionalsocialista] y para la RAD [servicios laborales del Estado] —y dispongo para ellos de personalidades de gran categoría—, no me ha sido posible descubrir al hombre preciso para ser colocado a la cabeza de las SA. He aquí la prueba de esa escasez de hombres de valía que se manifiesta tan frecuentemente. En lo que concierne a las SA, que fue nuestra tropa de choque antes de la toma del poder, es en la actualidad una organización anquilosada, siempre retrasada en sus metas, siempre en busca de la ocasión propicia. Cuando pienso en su decadencia, no puedo por menos que felicitarme por haber hallado en la persona de Schirach al hombre que se necesitaba para dirigir a la Juventud Nacionalsocialista. A él corresponde, indudablemente, el mérito de haber puesto en pie y organizado sólidamente el más importante de los movimientos de la juventud que existe en el mundo. Muy joven era cuando vino a mí, habiéndose destacado ya por el éxito de sus actividades entre sus camaradas estudiantes. ¡Qué magníficos muchachos sus colaboradores y sucesores, Lauterbacher y Axmann, por ejemplo! Comprendo, pues, perfectamente la observación de Bormann referente al notabilísimo trabajo realizado por Lauterbacher como *Gauleiter* de Hannover. Estoy seguro, además, de que tiene en alta estima las cualidades de que da muestras en su cargo de presidente. En cuanto a Axmann, los jóvenes que veían ya en él a un gran idealista, le admiran ciertamente mucho más después de su regreso del frente con sus gloriosas heridas. A los ojos de las Juventudes Hitlerianas él encarna el modelo de virtudes militares. Me siento dichoso también por haber encontrado en Terboven al hombre capaz de asegurar la dirección del más difícil de todos los comisariados del Reich, el de Noruega. Como me ha dicho hoy mismo, tiene la impresión de hallarse instalado sobre arenas movedizas cada vez que relaja un poco su autoridad. Obligado a la detención de varios miembros del cuerpo de enseñanza noruego que creían poder sabotear las medidas tomadas por el mando alemán, les tiene ocupados en este momento en trabajos de fortificación. Lo que hay de lamentable en tal idea es que la tradicional benevolencia alemana se ha manifestado una vez más por el soliviantamiento de los marinos encargados del transporte de esos pedagogos. Comenzaron por negarse a admitirles a bordo, bajo el pretexto de que no contaban con el suficiente número de cinturones salvavidas para ellos, en caso de naufragio. Como si no hubiera constituido un placer para esos noruegos ser torpedeados y enviados al fondo del mar por sus queridos amigos ingleses.

Si, a pesar de todo, dispongo de hombres calificados para la mayoría de los puestos importantes, es principalmente por la razón de que ninguno de ellos tiene una formación de jurista y porque todos han hecho su aprendizaje en la escuela de la vida. Entre los que tienen formación jurídica, Lammers es el único que conozco que sea un elemento de gran valía. Es un hombre inapreciable que

dispone siempre de una buena base jurídica para afirmar las decisiones del Estado. No confunde en absoluto las abstracciones jurídicas y las necesidades de la vida práctica. Lo cierto es que, a pesar de su formación jurídica, se ha convertido en un hombre de buen sentido.

Mi actividad política no hubiese alcanzado ciertamente el éxito si yo no hubiese podido contar en todo instante con colaboradores eficaces y entusiastas. Hay exaltados que no son aún capaces de explicarse el rápido encumbramiento del pueblo alemán y que sienten la necesidad de divinizarme, de hacer de mí un profeta, un segundo Mahoma, un segundo Mesías. Pues bien, que sepan que no hallarán en mí trazas de ningún Mesías.

209. 6 DE MAYO DE 1942

Infiltración de los judíos en la prensa y en el cine. – Su influencia sobre Hugenberg y sobre Rothermere. – Independencia de la prensa nacionalsocialista. – Los recursos financieros del partido. – Cómo Schwarz conseguía dinero. – Organización del *Völkischer Beobachter*. – Amann, un hombre de negocios inteligente.

Acababa de ser difundida una noticia de Ankara, según la cual la agencia de información turca había licenciado a gran número de colaboradores judíos. A este respecto, el Führer hizo notar que la opinión pública se hallaba influenciada por los judíos en todos los países entonces en guerra con Alemania, al igual que sucedía en la propia Alemania en la época de la República de Weimar. Continuó así:

Desde tiempo inmemorial, los judíos han sabido instalarse siempre en los lugares desde los que pudiera actuarse sobre la opinión pública, y es así como ocupan importantes posiciones en la prensa y en el cine. Pero no se contentan con ejercer una influencia directa. Saben que alcanzan mejor sus fines cuando permanecen entre bastidores, cuando obran valiéndose de medios indirectos. Son particularmente peligrosos cuando dirigen una agencia de publicidad, ya que de tal modo tienen en sus manos la facultad de arruinar incluso a los diarios más importantes, limitándose simplemente a cortarle el ingreso de los anuncios. Me informé a este respecto cuando supe de qué manera Hugenberg y lord Rothermere se vieron obligados a renunciar, cada uno por su cuenta, a seguir una política que consideraban de interés nacional. Los judíos les amenazaron con privar a sus diarios de toda publicidad. En una visita al Berghof, lord Rothermere en persona me contó cómo los judíos la emprendieron con él por el hecho de haber publicado dos artículos favorables al movimiento de Mosley. Me contó también hasta qué punto resultaba difícil reaccionar inmediatamente ante tales

presiones. Mi fuerza radica en haber organizado desde el primer momento la prensa nacionalsocialista de modo tal que, contrariamente a lo que sucede con los demás periódicos, pudo independizarse de las agencias judías de publicidad, adquiriendo, por tanto, la invulnerabilidad en el plano financiero.

Esta afortunada experiencia me incitó a dar al propio partido una independencia absoluta en tal aspecto. Y lo conseguí tan más rápidamente porque tuve en la persona de Schwarz, actualmente tesorero del Reich, una colaboración capaz de encauzar el dinero hacia el partido: cotizaciones, ingresos por los mítines, etc. Su comportamiento fue tan hábil que el partido pudo financiar por sí mismo la decisiva campaña de 1932.

Dejando aparte a Mutschmann, fue el Dr. Ley quien aseguró los mayores ingresos a nuestras reuniones públicas. Haciéndome pasar por un auténtico monstruo, logró suscitar una curiosidad tal entre los industriales y entre las mujeres de esos industriales que llegaron a pagar hasta doscientos marcos por una localidad para oírme hablar en una sala de Colonia. Desgraciadamente, los enormes ingresos de nuestros mítines eran absorbidos por las empresas de prensa de Ley, que no se había dado cuenta de que las imprentas pertenecientes al partido causaban la ruina de nuestros periódicos. En tiempos de nuestras giras de propaganda, correspondía a esas imprentas la tarea de confeccionar las octavillas y los carteles necesarios sin garantía alguna de pago. Un hombre como Müller, que explotaba por su propia cuenta la imprenta del *Völkischer Beobachter*, jamás fue víctima de ese abuso. No aceptaba tales encargos más que bajo previo pago al contado y rechazaba cualquier encargo dudoso, haciendo notar que sus obreros no se alimentaban de convicciones políticas sino con los salarios que él les abonaba. Nuestros jefes locales, por el contrario, se figuraban que los buenos sentimientos debían servir de medios de retribución para las imprentas pertenecientes al partido, lo que era un modo de condenarlas a la ruina.

Si logré mantener al *Völkischer Beobachter* durante todo el período de nuestra lucha, teniendo en cuenta que ese diario había conocido ya tres quiebras en el momento en que lo tomé bajo mi jurisdicción, se lo debo en primer lugar a la colaboración del *Reichsleiter* Amann. Este, un inteligente hombre de negocios, no se determinaba a asumir la responsabilidad de una empresa más que en el caso de que ésta presentara, en el pleno sentido de la palabra, los caracteres de un negocio. En caso contrario renunciaba a ella inmediatamente. Gracias a este proceder, la sociedad de ediciones Eher, propietaria del *Völkischer Beobachter*, se convirtió en algunos años en la más poderosa cadena de diarios del mundo, hasta el punto de que los reyes de la prensa americana parecen enanos en comparación. Tal resultado es tanto más destacable si se tiene en cuenta que en el momento en que tomé a tal diario bajo mi égida, no contaba más que con siete mil suscriptores. Aparte de ello, no había un solo contrato de publicidad en cartera, ni un solo céntimo para comprar el papel necesario.

Sin esas eternas preocupaciones que me ha proporcionado la prensa del partido, es probable que yo no entendiera gran cosa de negocios, pero ello me sirvió de enseñanza. El momento más trágico tuvo lugar en 1932, cuando hube de firmar toda clase de compromisos en nombre del partido, con la convicción de que todo estaba perdido si no conseguíamos alcanzar la victoria. Igualmente, hoy en día, garantizo compromisos en nombre del partido, confiando plenamente en nuestro éxito, pero convencido asimismo de que si la guerra no terminase victoriosamente para el Reich todo estaría ineluctablemente perdido para el pueblo alemán, de suerte que ningún gasto será jamás demasiado elevado si debe contribuir a asegurarnos la victoria final.

210. 7 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Pérdida del crucero inglés «Edimburgh». – Hipocresía de los ingleses. – Respeto de la verdad en Alemania.

Un despacho de la agencia Reuter acababa de anunciar la pérdida del crucero inglés de 10.000 toneladas «Edimburgh».

Podemos decir que hemos arrancado hábilmente a los ingleses esa noticia. No habiendo podido presenciar el naufragio, el comandante del submarino al que corresponde el mérito de esa hazaña se ha limitado a anunciar que el «Edimburgh» había sido alcanzado por un torpedo. En tales condiciones, nuestro comunicado oficial no podía ser redactado más que en términos prudentes. Teniendo en cuenta circunstancias relacionadas con la explosión del torpedo, podía, sin embargo, considerarse como cierta la pérdida del navío y, desde luego, hacer alusiones a ella en las noticias oficiosas. De tal modo hemos obligado a los ingleses a confesar su pérdida.

De ese hecho extraigo dos conclusiones:

1. En lo que concierne a la verdad, el alemán se muestra en general escrupuloso. Pero ello no es una razón para impulsar la honestidad hasta la pedantería. Sucede muchas veces que recibo noticias del frente a propósito de las declaraciones exageradamente mesuradas que suelen contener nuestros comunicados oficiales. Leyéndolos, nuestras tropas tienen la impresión de que nosotros no apreciamos en su verdadero valor las proezas que llevan a cabo.

2. Cuando se tiene la certeza de algo —tanto si se refiere al orden político como al militar— es preciso proclamarlo al mundo abiertamente. Si no se obra de tal modo, jamás se logrará hacer escupir la verdad a esos notorios hipócritas que son los ingleses.

211. 8 DE MAYO DE 1942, A MEDIODÍA

El papel de Creta. – Ausencia de la flota alemana en el Mediterráneo.

No tiendo en absoluto a convertir la isla de Creta en una cabeza de puente alemana. Una actitud tal requeriría la presencia de una flota alemana en el Mediterráneo, lo que crearía un perpetuo peligro de conflicto con Turquía. Nuestra ocupación de Creta no significaría otra cosa, a los ojos de los turcos, que el comienzo de un conflicto con ellos por el asunto del control de los Dardanelos. Dado que no quiero provocar tal conflicto, nuestra expedición a Creta se caracterizará, todo lo más, por el establecimiento en dicha isla de un centro para nuestra organización «La Fuerza por la Alegría».

212. 8 DE MAYO DE 1942, POR LA TARDE

Sesiones secretas en el Parlamento británico.

El Führer llamó la atención sobre el hecho de que el Parlamento británico había tenido ya una veintena de sesiones secretas. Luego añade:

Hasta el momento, nada positivo hemos sabido sobre lo que se habla en el curso de esas reuniones. He aquí un claro signo del poderío inglés y del sentimiento de solidaridad que vincula a los ingleses.

213. 11 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Un santuario nacional para nuestros grandes hombres. – El sentido alemán de la familia.

Es perfectamente natural que un pueblo quiera que los grandes hombres de la nación descansen en algún tipo de santuario nacional. Ludendorff, de acuerdo con los deseos por él expresados, fue enterrado en Tutzing, pero espero que su esposa permita algún día el traslado de sus restos al Soldatenhalle de Berlín. Dudo, de todos modos, de que dé su consentimiento si no se le garantiza que cuando llegue el momento se le permitirá descansar junto a él. De modo semejante aceptó la familia Hindenburg una tumba para el «anciano caballero» en el monumento de Tannenberg a condición de que se reservara en él una plaza para su esposa. Estos sentimientos, que armonizan con el sentido alemán de la familia, han de ser

meticulosamente respetados. Para muchos de nuestros grandes hombres sus mujeres han sido la compañía ideal de toda su vida, el camarada fiel hasta la muerte, su escudo irrompible en todas las vicisitudes y la fuente de su fuerza inagotable.

214. 11 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Producción de miel.

Los apicultores alemanes podrían multiplicar por diez su producción de miel. En la Antigüedad y en la Edad Media la miel era el principal edulcorante, e incluso se utilizaba para endulzar el vino. Los antiguos germanos bebían meth, que en mi juventud se vendía en todas las ferias y que también tenía una base de miel. Los primeros pasteles que exportamos fueron los pasteles de miel de Núremberg.

215. 12 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Principios económicos razonables. – El problema de los cuerpos grasos y el aceite de ballena. – Errores en la colonización prusiana. – Cien millones de germanos en el este. – Mano de obra proporcionada por los prisioneros de guerra. – Emigración alemana hacia el este. – Justificación del uso de la fuerza. – Lección que extraer del comportamiento de los franceses en Alsacia. – Problemas concernientes a Alsacia y Lorena. – Una política prudente. – Los judíos de ojos azules y pelo rubio. – Regeneración racial y problemas morales. – El matrimonio a prueba. – Nostalgia y sentido poético de las razas nórdicas. – El «canibalismo moral».

Si queremos resolver de modo satisfactorio los problemas que se plantean en el campo de la alimentación y en el plano industrial, debemos volver a principios económicos razonables. Las concepciones sanas, en este ámbito, desgraciadamente desaparecieron en el momento en que nuestros economistas comenzaron a ejercer su influencia sobre nuestros políticos. Por ejemplo, en lo que concierne a las materias grasas, nuestra posición sería muy distinta si en el momento oportuno hubiésemos dedicado el suficiente interés a la pesca de la ballena y a la explotación racional de ese cetáceo. No solamente el aceite de ballena tiene eficaces propiedades para combatir el raquitismo, sino que posee además la ventaja de poder ser conservado indefinidamente. En la actualidad disponemos de procedimientos que permiten la utilización de la ballena en una proporción del 88 por 100: además del aceite, la

carne puesta en conserva, sirviendo la piel para la fabricación de cuero y proporcionando las aletas la materia prima para la fabricación de una especie de tela de extraordinaria duración. Por lo tanto, la organización de la pesca de la ballena constituye para nosotros un problema de candente actualidad.

El Gauleiter *Forster recordó que en 1830 la ciudad de Thorn tenía una población en la que predominaba el elemento alemán, mientras que en 1939 no quedaban de él más que insignificantes vestigios. Ello impulsó al Führer a hacer las siguientes reflexiones:*

La falta es imputable a la política seguida por Prusia en el curso de los últimos ciento cincuenta años. Durante este período, el gobierno prusiano convirtió esos territorios alemanes del este en una verdadera colonia penitenciaria, no enviando allá más que a los maestros, funcionarios y oficiales a quienes tenía algo que reprochar o a los que quería apartar de ciertas funciones.

Es absolutamente preciso que en el curso de diez años de actividad en el este consigamos reparar todos los errores cometidos por Prusia. Exijo que una vez transcurrido ese plazo mis *Gauleiters* se hallen en disposición de anunciarme que esas regiones han vuelto a ser alemanas.

Forster afirmó que ese objetivo podía ser alcanzado en la provincia de Dánzig (Prusia occidental). Según su parecer, ello requeriría que se hiciera un llamamiento a los mejores elementos del antiguo Reich, y se escogieran en la medida de lo posible hombres que no hubiesen sobrepasado los cuarenta años. A los hombres de mayor edad podía aplicárseles ciertamente el proverbio que dice que «los árboles viejos no soportan ser trasplantados».

Desde luego, es a los jóvenes a quienes hay que recurrir en primer lugar para la repoblación de esos territorios del este. Es preciso inculcarles el orgullo de instalarse en países donde nada encontrarán hecho sino, muy al contrario, donde todo deberán crearlo. También es conveniente hacerles saber que contamos con ellos para edificar algo muy grande. Un aliciente para esos jóvenes reside en el hecho de que, expatriándose, hallarán ocasiones de progreso infinitamente más rápidas que las de sus camaradas menos emprendedores, dedicados a la tranquila realización de la cotidiana rutina sin haberse movido de sus casas. Es en esta particularidad en la que resulta preciso insistir para que sirva de atracción hacia las nuevas tierras del este.

Mi política a largo plazo estriba en obrar de tal modo que a la larga alcancen la cifra de cien millones los germanos que se hayan aposentado en esas tierras. De modo que es necesario ponerlo todo en marcha para que la progresión sea constante, para que, millón tras millón, la penetración germánica vaya extendiéndose. Dentro de diez años, en todo caso, es imprescindible que se me pueda anunciar que veinte millones de alemanes se han instalado en los territorios

incorporados ya al Reich, y en los que nuestras tropas ocupan en este momento.

Tenemos una idea de lo que es posible hacer para proporcionar a los habitantes de esas regiones los elementos de la civilización, gracias a lo que los propios polacos han logrado realizar en el corazón de la ciudad de Gotenhafen [Gdynia], trazando en ella amplias y hermosas arterias.

El Gauleiter *Forster intervino. Pretendía que, incluso en época de guerra, ciertas necesidades de orden cultural no debían ser descuidadas. Volviendo sobre el ejemplo de Gotenhafen, hizo notar que esa ciudad poseía tres pequeños cines, pero ninguno grande. Por ello, cuando los barcos de guerra recalaban en su puerto, los marinos (a los que tanto agrada pisar tierra firme) no sabían dónde encontrar las distracciones que ansiaban. Sin embargo, el material necesario para la edificación de una gran sala de espectáculos, que podría ser equipada provisionalmente como cine, existía en la ciudad. Si la construcción no podía ser emprendida, ello se debía simplemente al hecho de que no se había facilitado la mano de obra esencial, sesenta hombres que podían encontrarse fácilmente entre los prisioneros rusos. El Führer continuó:*[1]

En casos semejantes, el sentido común debe tener primacía sobre cualquier otra consideración, como, por ejemplo, sobre si se tiene derecho a movilizar provisionalmente para ese trabajo a sesenta prisioneros de guerra. Si el *Gauleiter* Forster dispone de los materiales indicados, es preciso que se le conceda sin vacilar la facultad de utilizar a los prisioneros de guerra que le hagan falta durante el tiempo en que han de realizarse esos trabajos.

De modo general, estimo que las necesidades de orden práctico deben ser conceptuadas en tales casos como determinantes, y sobre todo cuando se trata de trabajos que se han de ejecutar en los territorios del este. Hay que prescindir, resueltamente, de los consejos de moderación dictados en Berlín alrededor de un tapete verde. Demasiadas han sido las faltas que el gobierno prusiano ha cometido en esos territorios que nosotros hemos recuperado para que podamos gobernarlos a base de teorías.

Por poco que se investiguen las causas de la disminución de la población de sangre germánica en esas regiones, inmediatamente se descubren dos: la nobleza y el clero. Se sabe hasta qué punto han hecho causa común en las luchas políticas la Iglesia católica romana y el pueblo polaco. Lo que no se conoce tanto es que en esas regiones la nobleza alemana se ha desinteresado por completo del germanismo y ha descuidado hacer pasar los intereses alemanes por delante de todos los demás. Muy al contrario, esas gentes han elevado al primer plano los intereses de casta, incluso en el caso de que se tratase de nobles polacos. El *Gauleiter* Forster tiene toda la

[1] Nota de Martin Bormann: En estas páginas hay muchos descuidos. En las notas tomadas de una conversación de considerable extensión, el Dr. Picker no indica con precisión quiénes intervenían y de quiénes procedían las diversas opiniones.

razón al decir que esa tendencia ha sido notablemente alentada por el placer y la práctica de la caza, esa especie de francmasonería al aire libre. Se ha hecho todo lo posible para desposeer a los pequeños propietarios alemanes y reemplazar a los obreros agrícolas de raza alemana por los de nacionalidad polaca. Es por ello por lo que no resulta exagerado afirmar que la nobleza alemana ha inferido un golpe mortal a la idea germánica y que ha minado todos los esfuerzos que se intentaron para mantenerla en esas regiones.

El gobierno prusiano, al no contrarrestar esas tendencias, ha dado muestras de una ignorancia total en materia de conocimientos históricos. Evidentemente, no fue sin buenas razones que los emperadores alemanes se afanaron en constituir y mantener en esos territorios del sudeste infinidad de pequeñas colonias germánicas. Obraban con pleno conocimiento de causa y su política implicaba que en esas marcas del Reich viviera y se desarrollara una población de raza alemana tan densa como fuera posible. Si pretendemos enmendar los errores del siglo pasado en este aspecto, debemos proceder de manera radical. Debemos recordar los ejemplos de los caballeros de las órdenes germánicas, que ciertamente no se impusieron gracias a los buenos modales. Llevaban la Biblia en una mano y empuñaban la espada con la otra. De modo que nuestros soldados del este deben hallarse animados por la fe nacionalsocialista y no vacilar en imponerse por la fuerza, si ello es necesario.

Podemos incluso sacar una lección del modo en que los franceses se han portado en Alsacia. Sin la menor consideración hacia las generaciones de seres que iban a sufrir a consecuencia de ello, han trabajado infatigablemente en pro de la supresión en Alsacia de toda huella de influencia alemana, imponiendo brutalmente a la población la cultura y las costumbres de Francia. Portándonos de igual modo, extirparemos despiadadamente el bilingüismo de esos territorios, y los medios radicales a que recurriremos probarán su eficacia incluso sobre la población rebelde a la germanización. Rápidamente alcanzaremos una situación clara, de suerte que ya a la segunda generación, o lo más tarde a la tercera, esas regiones estarán completamente pacificadas.

En lo que concierne a Alsacia y Lorena, si queremos convertir de nuevo esas provincias en tierras auténticamente alemanas, será preciso expulsar de ellas a todos los que no acepten espontáneamente ser alemanes. El *Gauleiter* Bürckel ha adoptado ya rigurosas medidas en este sentido, pero será preciso eliminar aún a un cuarto de millón de alsacianos afrancesados. ¿Habrá que enviarles a Francia o, por el contrario, establecerles en los territorios del este? Desde el punto de vista de los principios, ello carece de importancia. Se trata en este caso de una cuestión de pura oportunidad. En lo que se refiere a rellenar el vacío que dejarán, no existe un problema de difícil resolución. El país de Baden por sí solo podría proporcionar gran número de jóvenes campesinos dispuestos a establecerse en Alsacia o en Lorena, tanto más cuanto que no pueden continuar en su patria actual. Efectivamente, las granjas de

Baden son demasiado pequeñas para que una familia alemana pueda criar en ellas a más de dos hijos.

Volviendo sobre la germanización de los territorios del este, no llegaremos a conseguirla más que utilizando medios extremadamente rigurosos. Pero me hallo persuadido de que esos territorios conservarán una profunda huella germánica después de cincuenta años de historia nacionalsocialista.

El Gauleiter *Forster habló de los problemas que se planteaban en numerosos casos particulares. Citó el de un obrero polaco empleado en el teatro de Graudenz y que solicitó se le permitiera adquirir la nacionalidad alemana invocando el hecho de que entre sus ascendientes contaba con una abuela alemana. ¿Era conveniente rechazar esa demanda? Lo que sí era cierto era que el trabajo realizado por ese obrero polaco en el teatro de Graudenz, ningún alemán habría querido efectuarlo. Igual sucedía, añadió Forster, en lo que atañía a las Hermanas de la Caridad católicas, que se ocupaban del cuidado de los enfermos contagiosos, y en lo que se refería a las mujeres polacas que atendían a un grave herido de guerra alemán. Su opinión, en el caso de que un polaco deseaba convertirse en alemán, era que debía adoptarse una decisión de acuerdo con la impresión general causada por el candidato. Aun en el caso de que la ascendencia no se hallara netamente establecida, podían tenerse en cuenta ciertos caracteres étnicos que no engañaban, así como el carácter del individuo y su inteligencia. Siempre según él, parecía ser que el profesor Günther, especialista en tales cuestiones, tenía razón cuando afirmaba, después de haber recorrido durante diez días la provincia de Dánzig, que cuatro quintas partes de los polacos que vivían en el norte de esa provincia podrían ser germanizados. Ya esto el mismo Forster agregaba que no había que olvidar, ante esas decisiones que adoptar, que la vida es siempre más fuerte que las teorías, por lo que era preciso germanizar a quien fuera susceptible de ello, ateniéndose a experiencias válidas y dejándose guiar por el buen sentido. En los sectores sur y sudeste de dicha provincia, lo más indicado sería comenzar con el establecimiento de guarniciones, con el fin de «refrescar» la sangre de la población, sin perjuicio de examinar más tarde lo que de ella fuera susceptible de germanización. Pero lo que era forzoso evitar en primer lugar en esas regiones, durante todo el período intermedio, era la introducción de sacerdotes alemanes. Valía más mantener al clero polaco. Los sacerdotes polacos, debido a las presiones que podían ejercerse sobre ellos, resultarían más maleables. Se podría contar con que acudieran todos los sábados a preguntar al gobernador cuál había de ser el tema del sermón del día siguiente. Incluso sería mejor convencer al obispo polaco de que se mantuviese en estrecho contacto con el* Gauleiter *alemán para asegurar a través de él la transmisión a los sacerdotes a su mando de*

todas las instrucciones que se considerasen convenientes.[1] *De este modo, concluía Forster, se podría mantener el orden en el país incluso durante el período de transición.*

Estos puntos de vista suscitaron numerosas objeciones, en particular por parte del Reichsleiter *Bormann. Este admitió el carácter necesariamente empírico de ciertas decisiones que adoptar, pero pensaba, en lo que atañía a los polacos, que era imprescindible abstenerse de germanizarlos en una escala demasiado grande, por temor a que inoculasen a la población alemana una dosis demasiado fuerte de su sangre, lo que podría acarrear peligrosas consecuencias. En este instante, el Führer tomó de nuevo la palabra:*

No es posible emitir una hipótesis de alcance general en cuanto a la disposición que podrían tener los eslavos para admitir la influencia germánica. La Rusia de los zares, efectivamente, en el cuadro de su política paneslavista, propagó e impuso la calificación de «eslavo», aplicándola a los pueblos más diversos, sin vínculo alguno entre ellos desde el punto de vista étnico. De tal modo, constituye un puro contrasentido otorgar el marchamo de eslavos a los búlgaros, que son de origen turcomano. Igual ocurre respecto a los checos. Basta con que uno de ellos se deje crecer el bigote para que nos sea posible darnos cuenta, por el modo como éste cae, que es de filiación mongólica. Entre los pretendidos eslavos del sur predominan los caracteres dináricos. Si estudiamos el caso de los croatas, puede afirmarse que, desde el punto de vista racial, sería muy conveniente germanizarlos. Y sin embargo razones de orden político indican que una empresa tal debe ser totalmente excluida.

Una comprobación se impone. La cuestión de la germanización de ciertos pueblos no debe ser examinada a la luz de ideas abstractas y de teorías. No debemos estudiar más que ciertos casos particulares. El único problema radica en saber si los pertenecientes a tal raza pueden agregarse a la población alemana mejorándola, o si, por el contrario (como ocurre en el caso de la mezcla de sangre judía con sangre alemana), tal experiencia debe dar resultados negativos.

Cuando uno no se halle lo suficientemente convencido de que los extranjeros a los que se desearía hacer entrar en la comunidad alemana constituirían para ella una aportación favorable, vale más renunciar a ello, sean cuales fueren las consideraciones de orden sentimental que nos impulsaran a emprender ese camino. Hay infinidad de judíos de ojos azules y pelo rubio y muchos hay entre ellos que se convierten en paladines de la germanización de sus congéneres. No obstante, se halla establecido, en el caso de los judíos, que si bien entre ellos sucede a veces que los caracteres somáticos de la raza se hallan ausentes durante el espacio de una o dos generaciones, reaparecen inevitablemente en la generación siguiente. En mi visita al arsenal de Graz observé algo que me llamó

[1] Nota manuscrita de Bormann al margen: «En opinión de Forster, que está completamente equivocado».

la atención. Y es que entre las mil armaduras que en él se hallan expuestas, ninguna podría servir para un carintio de hoy en día, ya que todas son demasiado pequeñas. En ello veo la prueba de que los representantes de las tribus germánicas que se instalaron antaño en Carintia no solamente renovaron la sangre de los autóctonos, sino que se impusieron a ellos gracias a su sangre más vigorosa, creando de este modo un nuevo tipo racial. Esta consideración me anima a hacer estacionar tropas étnicamente sanas en todas las regiones en que la raza es deficiente, con el fin de renovar la sangre de la población.

Y si se me objeta que una práctica tal podría quebrantar el sentido moral del pueblo alemán, me hallo presto a responder que ello es justamente propio para soliviantar la moral hipócrita de la pretendida selección de los diez mil. Esas gentes se sienten enojadas ante la idea de que un turco posea cuatro mujeres legítimas, pero admiten sin pestañear que los príncipes prusianos tuvieran cuarenta amantes, e incluso más, en el curso de su existencia. Ese fariseísmo me enfurece extraordinariamente. De modo que el príncipe prusiano, que se cansa de sus sucesivas amantes, puede despedirlas una tras otra como si se tratara de juguetes sin importancia, a pesar de lo cual existen entre nosotros cretinos capaces de considerarlos como gentes honorables. Y los mismos renegados zahieren con sus sarcasmos al buen ciudadano alemán que, sin parar mientes en el espíritu de casta, se desposa con la muchacha a la que ha dejado encinta. Es sobre esos hipócritas sobre quienes recae la responsabilidad de los abortos en masa y de todas esas mujeres de buena salud que se hallan privadas de hombres, a causa de los prejuicios reinantes. ¿Puede haber una consagración más excelente del amor de dos seres que el nacimiento de una hermosa criatura rebosante de salud? A pesar de que resulte evidente, a los ojos de cualquier ser razonable, que la naturaleza bendice el amor de dos seres concediéndoles la dicha de un hijo, esos siniestros embrutecidos pretenden hacer depender la consideración de un hombre o de una mujer de un sello dado por el Estado, como si ello fuera algo importante en los vínculos que unen a dos personas que se aman.

A mi modo de ver, el verdadero ideal es que un hombre y una mujer se unan para toda la vida, siendo santificado su amor por la presencia de un hijo. Si nuestras granjas han conocido muchas veces durante siglos, a veces desde hace setecientos años, a la misma familia de campesinos, la mayoría de las veces se debe a que los casamientos no fueron decididos hasta que se hallaba en camino una criatura. Y durante siglos la Iglesia católica aceptó esta costumbre y toleró lo que se llamaba «la prueba». Cuando el nacimiento se aproximaba, el cura recordaba al futuro padre su deber de contraer matrimonio. Desgraciadamente, el protestantismo ha quebrantado esas sanas costumbres, preparando el camino para la hipocresía, con la ayuda de leyes, escritas o no, que tienen como objetivo conferir un carácter vergonzoso al casamiento provocado por el nacimiento de una criatura. Sin embargo, es preciso reconocer, si quiere decirse la

verdad, que gran parte de la nobleza prusiana debe su existencia nada más que a *faux pas* imputables a las muchachas de la burguesía.

Esos prejuicios no se ejercen, desde luego, más que en sentido único, y la lógica no preocupa en absoluto a nuestros hipócritas, puesto que admiten la disolución legal del matrimonio bajo pretexto de una incompatibilidad entre los dos cónyuges. Si es contrario a la naturaleza pretender mantener una unión en la que los esposos son incapaces de comprenderse, no es menos falso poner impedimentos a un matrimonio que justificaría una perfecta comprensión recíproca. Mis años me ponen al abrigo de la sospecha de que yo pleitee *pro domo*, y, por tanto, puedo atraer la atención sobre la importancia de este problema.

No descansaré mientras no haya podido lograr la reconstitución de un núcleo de sangre nórdica donde la población necesite ser regenerada.

Si en la época de las migraciones, entre las grandes corrientes étnicas que ejercían su influencia, nuestro pueblo recibió una herencia de muy diversos dones, éstos no adquirieron todo su valor más que en razón de la existencia de un núcleo racial nórdico. De tal modo adquirimos el sentido de la poesía, la tendencia a la nostalgia que se manifiesta en la música. Pero fue gracias a las particularidades propias a nuestra raza y que se han conservado intactas en la Baja Sajonia, como las aportaciones exteriores fueron armonizadas, puesto que nosotros poseemos una facultad que engloba a todas las demás: el sentido imperial, el poder de razonar y de construir fríamente.

En las notas en que fueron consignadas las ideas de Federico el Grande, me siento dichoso de descubrir frecuentemente análogas opiniones. De modo que cuando el «viejo Fritz» califica de «canibalismo moral» a la oposición a la sana política étnica que es también la nuestra, y cuando considera convenientes los casamientos fundados en la presencia de un hijo ilegítimo, no puedo por menos que darle mi total aprobación.

216. 13 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Carácter inestable de la política del gobierno de Vichy. – Las alternativas de Francia. – El mariscal Pétain no es el hombre adecuado. – Desconfianza con respecto a Laval. – Peligro de un gobierno fantasma. – Lo que Alemania no entregará jamás.

Lo que llama la atención en primer lugar en la política actual de los franceses, es que queriendo ocupar siempre todos los lugares, jamás ocupan ninguno. Ello se explica por el hecho de que el alma de ese país se halla desgarrada. Tan sólo en el gobierno de Vichy se hallan representadas infinidad de tendencias: el nacionalismo

antisemita, el filosemitismo clerical, los monárquicos, el espíritu revolucionario, etc. Para colmo de desgracias, no pudiéndose contar en la actualidad con ningún hombre enérgico, no puede adoptarse decisión clara alguna en el orden político. Sin embargo, no existen más que dos caminos trazados para una política francesa, y Francia no puede apartarse de la alternativa siguiente:

a) Renuncia a su territorio metropolitano, instala su gobierno en África del norte y continúa la guerra contra nosotros con todos los recursos de su imperio colonial africano.

b) Se une a las potencias del Eje y salva de tal modo la mayor parte de su territorio. Interviene en el África central y se asegura allí posesiones que la compensarán de la pérdida de los territorios que inevitablemente deberá ceder, en el momento del tratado de paz, a Alemania, Italia y España.

Si Francia adopta el segundo término de esta alternativa, ello no solamente le proporcionará una posibilidad de participar activamente en la guerra contra Inglaterra y Estados Unidos y a consecuencia de ello obtener beneficios en África, sino que ganará la benevolencia de las potencias del Eje. Si realmente adopta tal decisión, nuestras comunicaciones con África del norte serán un juego de niños. Por otra parte, ello apresuraría la entrada de España en la guerra, y la flota francesa se convertiría repentinamente en un elemento importante en las operaciones militares en curso. De ese modo Francia se lo jugaría todo a una sola carta. Al tiempo que se pusiera de nuestra parte, sería preciso también que comprendiera la necesidad en que nosotros nos hallamos de conservar las posiciones estratégicas que ocupamos en la costa del Canal. Sería necesario, además, que se hiciera a la idea de dar satisfacción a las reivindicaciones territoriales de Alemania, Italia y España, tanto en Europa como en Túnez. Podría resarcirse realizando algunas conquistas en África central. En cambio, si adopta la primera solución, o si persiste en su actitud equívoca, es indispensable que se atenga a perder en todos los terrenos. De un modo u otro, los americanos echarán la zarpa a la Martinica. En cuanto a Inglaterra, no solamente no se le ocurrirá devolver Madagascar, sino que se esforzará por compensar sus pérdidas en el Extremo Oriente mirando de reojo las regiones del sur y el oeste africano con intención de convertirlas en nuevos dominios. En cuanto a España, no desistirá de sus exigencias, al igual que Italia. El propio Japón no sentirá deseos de devolverle el territorio de Indochina, donde Francia no dispone más que de una caricatura de gobierno.

Un país cuyo porvenir está a merced de una alternativa tan trágica, debería tener al frente a un hombre capaz de aquilatar fríamente las consecuencias de la situación. El mariscal Pétain no es ciertamente ese hombre. Verdad es que tiene una extraordinaria autoridad sobre los franceses, pero ello se debe sobre todo al prestigio que le confiere la vejez. Cuando se trata de tomar resoluciones de las que depende todo para el futuro de su país, absolutamente todo, pienso que la experiencia de un hombre de esa edad constituye un obstáculo. Yo mismo me doy cuenta de que en la

actualidad lo pienso dos veces antes de tomar una decisión, en casos en que diez años antes no hubiera vacilado en absoluto. En las condiciones actuales, una conversación con el mariscal Pétain me parece desprovista de interés, prescindiendo del respeto que siento hacia ese hombre recto que, cuando estaba en España, mantuvo siempre relaciones corteses con nuestro embajador y que, además, no cesó de aconsejar a su gobierno que tratara de llegar a un acuerdo con Alemania. Para establecer una comparación, diré que sería muy poco indicado confiar el papel más importante de una ópera a un anciano cantante cubierto de gloria y, ante el lamentable resultado, consolarse con el pensamiento de que, treinta o cuarenta años antes, tenía una garganta de oro. Lo que sí resulta lamentable es que entre sus colaboradores no se encuentra a nadie capaz de adoptar con claridad las determinaciones que se imponen. Laval, por ejemplo, no tiene tras él más que un pasado de parlamentario. De todo ello resulta que el gobierno de Vichy carece en absoluto de todo poder real. Un gobierno fantasma representa siempre un peligro. Si Francia se halla actualmente al abrigo de la descomposición, protegida contra la amenaza de un *coup de main* o una guerra civil, lo debe a la presencia de nuestras tropas de ocupación, que constituyen el único poder real existente actualmente en su territorio.

En el curso de una inspección que realicé a los trabajos de construcción de la Muralla atlántica, fui interpelado por un obrero. «Mi Führer —me dijo—, no iremos a marcharnos ahora de aquí. Después de este inmenso trabajo sería una verdadera lástima.» La observación de aquel hombre encierra mucha sabiduría, puesto que resalta el hecho de que un individuo acepta difícilmente abandonar el suelo sobre el que ha trabajado duramente. Puede darse por seguro que nada habrá que nos induzca a renunciar a nuestras firmes posiciones del Canal, conquistadas durante la campaña de Francia y consolidadas por la organización Todt, para replegarnos a la estrecha bahía del mar del Norte.

Igualmente, debemos organizar Crimea de forma que, aunque sea en un futuro lejano, no nos veamos jamás obligados a dejar a otros el beneficio del trabajo llevado allí a cabo. Será ineludible modernizar los puertos y establecer poderosas fortificaciones en los estrechos que dominan el acceso a la península. Esas fortificaciones deben ser tan sólidas que los obreros que hayan trabajado en ellas tengan la convicción de que se trata de reductos inexpugnables. Bastará con disponer de una base de esas características en Crimea, puesto que el mar Negro representa para nosotros un interés de orden estrictamente económico. Y dado que no nos interesamos en el Mediterráneo, ello nos dará la posibilidad, después de la guerra, de establecer relaciones verdaderamente amistosas con Turquía.

217. 14 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Ascensión del *Völkischer Beobachter*. – Supresión de la libertad de prensa. – El periodista nacionalsocialista. – Papel de la prensa nacional. – El atractivo de la autoridad. – La misión del mando.

Si el *Völkischer Beobachter*, que no tenía en sus orígenes más que unos pocos millares de suscriptores, se ha convertido en una empresa gigantesca, en la que se cuenta por millones, se lo debemos, en primer lugar, a la ejemplar actividad del *Reichsleiter* Amann. Gracias a una disciplina absolutamente militar, ha sacado el máximo de cada uno de sus colaboradores, suprimiendo especialmente todo contacto entre la redacción y la administración. ¡Cuántas veces, hablándome de la afortunada evolución financiera del periódico, me rogó que no hiciera alusión alguna a ello delante de Rosenberg, el redactor jefe, ni delante de los otros miembros de la redacción! «De otro modo, decía, todo el mundo se las compondrá para pedir honorarios más elevados.» ¡Qué disciplina, con la severidad que le es propia, ha sabido imponer a todos los colaboradores del periódico! Solía portarse como si la redacción y los redactores no constituyesen en una empresa de tal tipo más que un mal necesario. Y, sin embargo, ¡qué ingente obra educativa llevó a cabo! Formó el tipo de periodista que necesitábamos en un Estado nacionalsocialista. Es muy importante, en efecto, que éstos no piensen, cuando expresan una idea, en el éxito que les reportará un artículo, ni en el provecho material que podrán sacar de él. Los hombres que actúan sobre la opinión deben ser conscientes del hecho de que realizan una misión y han de portarse como buenos servidores del Estado.

Aferrado a este punto de vista, me he esforzado, desde la toma del poder, en sanear el conjunto de la prensa alemana. Para lograrlo no he retrocedido, cuando ha sido necesario, ante las medidas más radicales. A mis ojos resultaba evidente que un Estado que dispone de una prensa bien orientada y que ejerce un control sobre sus periodistas dispone de tal modo del más grande de los poderes que pueda imaginarse.

Dondequiera que exista, el fetichismo de la libertad de prensa constituye un peligro mortal *par excellence*. Desde luego, lo que ha dado en llamarse libertad de prensa no significa en absoluto que la prensa sea libre, sino únicamente que ciertos potentados tienen la facultad de dirigirla a su antojo en función de sus intereses particulares y, en caso necesario, en contra de los intereses del Estado.

Al principio no resultó demasiado fácil explicarles todo esto a los periodistas, así como hacerles comprender que, perteneciendo a un todo solidario, tenían personalmente ciertos deberes para con la comunidad. ¡Y cuántas veces fue preciso aclararles que, al no comprender tal noción, la prensa llegaba a perjudicarse a sí misma! En una ciudad que cuenta, por ejemplo, con doce diarios, informando cada uno de ellos a su modo sobre un hecho concreto, el lector

termina por obtener la impresión de que tiene que entendérselas con patanes. Es así como la prensa pierde poco a poco su influencia sobre la opinión, y ase aleja asimismo de todo contacto con el público. La demostración se ha hecho tan perfectamente en Inglaterra que se ha convertido en imposible conocer la opinión del pueblo inglés por la lectura de sus diarios. Ello puede llegar hasta el extremo de que la prensa no refleje en absoluto el pensamiento del pueblo.

Es lo que sucedía en Viena antes de 1914, en tiempos del alcalde Lueger. A pesar de que la prensa vienesa se hallaba enteramente en manos de los judíos y a sueldo de los liberales, Lueger, a la cabeza de los socialistas cristianos, obtenía regularmente una fuerte mayoría, y ello muestra a la perfección el profundo abismo que separaba a la opinión pública de la prensa de Viena.

Si en el ámbito militar la aviación se ha convertido en un arma de combate, la prensa ha tomado el carácter de un arma análoga en el orden de las ideas. En más de una ocasión nos hemos visto obligados a invertir el orden de marcha y a modificar en el plazo de tres días la orientación de nuestras informaciones en un ángulo de ciento ochenta grados. Una proeza tal no es posible más que cuando se tienen por entero entre las manos las riendas del extraordinario instrumento de poder que constituye la prensa, y se sabe cómo servirse de ella.

Un año antes, con ocasión del acuerdo germanorruso, nos habíamos visto impelidos, en el sentido contrario, a emprender la conversión de los fanáticos adversarios de Rusia, lo que debía hacerles el efecto a los antiguos nacionalsocialistas de que se trataba de una seria afrenta. Por suerte, el espíritu de solidaridad del partido obró con una disciplina perfecta, y nuestro brusco viraje fue admitido por todos sin dificultad. El 22 de junio de 1941, nueva conversión total. La noticia estalla un buen día, sin la menor preparación. Para realizar una operación de tal estilo, es preciso poderse servir efectivamente de la prensa como de un arma táctica.

Cuando se examina el papel de la prensa desde ese punto de vista, se da uno cuenta de que el oficio de periodista es en la actualidad muy distinto de como era anteriormente. Hubo un tiempo, en efecto, en que dicho oficio carecía de significación profunda alguna, puesto que el periodista no tenía ocasión más que en contadas circunstancias de dar pruebas de su carácter. En la actualidad tiene el convencimiento de que no es un chupatintas cualquiera, sino un hombre que realiza un sacerdocio en la defensa de los intereses superiores del Estado. Esta evolución se puso de manifiesto en el curso de los años que siguieron a mi subida al poder. En el momento presente el periodista tiene plena conciencia de lo que representa, y su profesión le aparece bajo un nuevo aspecto.

Así entendido, el papel de la prensa debe hallarse sometido a principios que conviene aplicar rigurosamente.

Por ejemplo, cuando existen problemas en cuya resolución se han roto la cabeza hombres eminentes sin haber conseguido

resolverlos, es totalmente contraindicado ofrecerlos a la curiosidad del público, y es mejor esperar a que hayan sido puestos en claro. Antes de una operación militar, a nadie se le ocurriría la conveniencia de comunicar las órdenes a la tropa, a fin de que los soldados las discutiesen entre ellos y pudiesen dar su opinión sobre la forma de ejecutarlas. Obrar de tal modo sería prescindir de todo sentido de responsabilidad, todo sentido de autoridad y toda razón. Del mismo modo, si se tratase de escoger entre dos modelos de carros de combate, no es a la tropa a quien se pediría que decidiera cuál de los dos debería ser fabricado.

En cualquier terreno, cuando los expertos calificados vacilan, es a la autoridad superior a quien corresponde tomar una determinación. El pueblo siente el deseo de ser dirigido, y cuando tiene la impresión de que los jefes titubean sobre lo que deben hacer, se ha terminado la autoridad. Constituye un honor para quien se halla investido de ella tener que decidir y saber aceptar las responsabilidades que se derivan de una resolución. El pueblo perdona más fácilmente los errores cometidos por sus gobernantes, que, por otra parte, le pasan desapercibidos la mayor parte de las veces, que la falta de seguridad de que éstos pudieran dar muestras. Cuando los jefes supremos no dan muestras de firmeza ante la decisión que tomar, el pueblo se pone nervioso.

Resulta de ello que los que tienen a su cargo la autoridad no deben admitir que sus decisiones puedan ser criticadas desde abajo. El pueblo jamás ha reivindicado un derecho semejante. Tan sólo los sempiternos descontentos piensan en ello.

Si el pueblo se somete gustoso a la potestad del gobierno, se debe a que sus instintos suelen ser más femeninos que dominantes. En los matrimonios, la mujer acostumbra a sondear el terreno para saber si eventualmente podría hacer prevalecer su voluntad, pero en lo más hondo de sí misma no desea en absoluto asumir la dirección del hogar, y lo mismo sucede con el pueblo. Para continuar en el orden de las comparaciones militares, una compañía no espera de sus jefes que le pidan su opinión. Así se explica que el populacho hiciera cortar la cabeza de un ser tan débil como Luis XVI, puesto que su actitud hacia el pueblo distaba mucho de ser tan dura, por ejemplo, como la de Napoleón, en quien, no obstante, el pueblo veía a un jefe digno de ser venerado.

En resumen, el pueblo alemán no espera únicamente de sus jefes que gobiernen, sino también que se ocupen de él. Por la misma razón, el oficial que goza del mayor prestigio es el que sabe merecer la confianza de sus hombres preocupándose de su bienestar. Que se ocupe de su alimentación, que se interese por las condiciones que reúnen los lugares en que duermen, que se informe de sus disgustos familiares, y sus hombres se arrojarán al fuego por él, incluso en el caso en que sea, por añadidura, un jefe particularmente severo y exigente. En la conducta de los hombres, todo se reduce a ideas de tal simplicidad. Es únicamente la escala lo que cambia.

Durante la proyección de una película sobre el Tíbet, al *Reichsleiter* Dietrich le llamó la atención ver que los caballos salvajes de las altas planicies tibetanas seguían al semental que les servía de guía. Lo que es cierto para los caballos salvajes no lo es menos en el interior de toda comunidad de seres vivientes que ansía afirmarse. Que el macho cabrío no se halle en su lugar y el rebaño de ovejas se extraviará inmediatamente. Es sin duda por esta razón por lo que los simios condenan a muerte a aquellos de los suyos que pretenden formar un grupo aparte. Lo que hacen ellos lo hacen también los hombres, a su manera. Bismarck tenía mucha razón al pensar que una sociedad humana se destruye a sí misma cuando, por temor a un posible error judicial, suprime la pena de muerte, esa pena en la que se expresa hasta el máximo el espíritu de defensa de los hombres con respecto a los insociables. No se obra ni se vive más que con la perspectiva de cometer errores y no se emprende acción alguna sin exponerse a cometerlos. ¿Qué sería del individuo y de la sociedad si los que tienen por misión mandar, mediatizados por temor al posible error, se abstuviesen de tomar las disposiciones que se impusieran?

218. 15 DE MAYO DE 1942, A MEDIODÍA

Relaciones entre la retaguardia y el frente. – Comparación con 1914-1918. – Ludendorff y la coacción de la prensa semita. – Espíritu mezquino de la burguesía. – Cuando llega el momento de pasar cuentas a los ladrones judíos. – Las distinciones honoríficas alemanas. – Recompensas concedidas a extranjeros. – Una nueva orden alemana.

En la actualidad, la actitud del pueblo alemán con respecto a los soldados del frente es muy diferente a la que se manifestaba en general hacia ellos durante la primera guerra mundial. Ahora, los obreros que trabajan para la industria bélica aceptan sin rechistar trabajar hasta catorce horas seguidas, renunciando, incluso, al descanso dominical. Ello hubiera sido considerado inconcebible en el momento de la primera guerra mundial, ya que de otro modo hubiera sido posible, en el período 1917-1918, fabricar la cantidad necesaria de carros blindados. En tal época todo se limitó a manifestar una mansedumbre exagerada, no sólo con respecto a los desertores, sino también con referencia a los especuladores de la retaguardia. Se registraban sus fechorías con una indiferencia escandalosa, favoreciendo de este modo la disgregación de la patria. Corrían los tiempos en que las colectas (que en la actualidad se hallan a cargo del partido) eran hechas por sociedades que se preocupaban, en primer lugar, de formar la lista de los objetos recogidos: metales, ropas de invierno, calzado, etc. Y esas sociedades no vacilaban en revender al Estado, a un precio oscilante entre veinte y veinticuatro marcos, el kilo de bronce adquirido por ellas por menos de dos

marcos. Por añadidura, esas sociedades para la recuperación de metales, para la recuperación de cuero, servían de refugio a una cantidad tal de emboscados que en 1917 el general Ludendorff se vio en la obligación de intentar establecer un censo de los hombres recuperables. Tuvo en tal empeño la mala suerte de enfrentarse con el *Frankfurter Zeitung*. El estado de disolución era tal que no pudo contrarrestar las intrigas de ese diario. El *Frankfurter Zeitung*, en efecto (o, mejor dicho, los judíos que lo regían), amenazó con no apoyar un nuevo empréstito de guerra, e incluso con desaconsejar a los medios industriales que lo suscribieran, en el caso de que el censo reclamado por Ludendorff se realizara efectivamente. Y el caso es que él carecía en absoluto del poder necesario para ordenar la conducción de esos judíos a Berlín con el fin de ser ahorcados en la plaza pública. ¡Y es por esos mismos judíos, especialistas en la puñalada por la espalda, por los que se lamenta nuestra burguesía, cuando les enviamos a algún lugar del este! Lo que resulta curioso es que nuestra sentimental burguesía jamás ha derramado lágrimas por los doscientos cincuenta o trescientos mil alemanes que, año tras año, se veían obligados a abandonar su país, ni por los que, entre los que se dirigían a Australia, morían *en route* en una proporción del setenta y cinco por ciento.

En el plano político, no existe clase más mezquina que esa burguesía. Basta que, por razones de seguridad pública, se ponga fin a las maniobras de un individuo que constituye un verdadero peligro social y que se le condene a muerte, para que esas almas sensibles empiecen inmediatamente a gemir, proclamando que somos unos brutos. Pero que el judío, con ayuda de sus artimañas políticas, haga imposible la existencia profesional de numerosos alemanes, que despoje a un campesino de su casa y de su tierra, que disperse a su familia y le obligue a expatriarse, que los emigrantes alemanes pierdan la vida yendo a buscar fortuna al extranjero, todo esto no sólo no tiene importancia para nuestros burgueses, sino que hasta consideran como legal al Estado que permite hacer tales cosas, sencillamente por el hecho de que esas tragedias se encuadran en una construcción jurídica y se hallan cubiertas por artículos del código. Ninguno de los que se lamentan cuando desplazamos algunos judíos hacia el este se detiene a reflexionar sobre el hecho de que el judío, en tanto que parásito, es el único ser humano capaz de adaptarse a cualquier clima y vivir tan bien en Laponia como en los trópicos. Sin embargo, entre nuestros pequeños burgueses pueden hallarse a muchos pretendidos lectores de la Biblia que parecen ignorar que, según las narraciones del Antiguo Testamento, el judío soporta con la misma facilidad una prolongada estancia en el desierto como una travesía del mar Rojo.

Muchas veces ha sucedido, en el curso de la historia, que el judío se haya hecho demasiado desvergonzado o que haya explotado con exceso el país en que se había instalado. Se ha dado también el caso de que los países sometidos a tal pillaje hayan comprobado, cada uno a su vez, los perjuicios causados por él. Por lo tanto, cada uno de tales países ha intentado en el momento oportuno, solucionar

a su modo el problema suscitado por la presencia del judío. Y el despacho que acabamos de leer nos muestra con cuánta celeridad los turcos, por lo que a ellos concierne, se hallan en trance de resolverlo.

Los hechos nos prueban que depreciamos las condecoraciones alemanas otorgándoselas a extranjeros. Esta es la razón que me impulsa a pensarlo mucho antes de conceder la Cruz de Hierro a un extranjero. Es la más hermosa de nuestras condecoraciones (fue diseñada por Schinkel). Además, se trata de una distinción militar que goza de gran consideración en todo el mundo. Por ello no hace más que depreciarse cuando se la dedica a recompensar actos que no son verdaderas hazañas militares.

Desde luego, no ignoro el interés que puede constituir para nosotros el hecho de conceder condecoraciones a extranjeros. Por doquier existen hombres vanidosos, singularmente en el mundo diplomático, en los que pueden fomentarse los sentimientos proalemanes permitiéndoles ostentar una condecoración impresionante. Ello ha sido lo que me ha movido a crear una orden especial. De este modo, nuestras condecoraciones destinadas a recompensar el coraje conservarán todo su valor. Desde luego, esta nueva condecoración nos cuesta mucho menos que las pitilleras, de oro o de plata, que el Reich solía ofrecer, tiempo atrás, a los extranjeros a quienes quería honrar. La mejor de esas insignias nos hace desprendernos, como máximo, de veinte marcos. Tenemos, pues, la seguridad de resarcirnos del gasto, incluso en el caso de que la distinción que concedamos recompense el mérito más ínfimo.

El verdadero problema, para mí, ha sido hallar un medio de recompensar de modo razonable los méritos evidentemente excepcionales, las hazañas únicas. Para manifestar en tales condiciones el reconocimiento de la nación, he pensado que lo mejor sería crear una nueva orden, en el bien entendido de que ningún extranjero pudiera tener acceso a ella bajo ningún concepto.

La muerte del ministro Todt ha conferido a la resolución de este problema un carácter de particular urgencia, por ser ese hombre poseedor de méritos incomparables para el renacimiento de nuestro pueblo. En el terreno militar, y gracias a las fortificaciones del oeste, ha salvado infinidad de vidas alemanas. En el campo civil, le debemos nuestras autopistas.

La orden nacional que he fundado con ocasión de la muerte del Dr. Todt y de la que fue, a título póstumo, el primer beneficiario, debe recompensar, pues, los méritos excepcionales que un hombre haya podido acreditar al servicio del Reich. Para evitar que los beneficiarios sean demasiado numerosos he previsto que se agrupen en un capítulo, como hacían las órdenes de caballería de la Edad Media. Dicho capítulo tendrá un senado, al que corresponde la facultad de decidir las admisiones y las exclusiones e, igualmente, de limitar el número de miembros del capítulo.

219. 16 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Manejo de las armas y educación viril. – No permitir que los países ocupados posean un ejército. – Experiencias realizadas con los checos. – Actividad diplomática. – Ginebra y la Sociedad de Naciones. – ¡La Wilhelmstrasse se distingue!

Enseñar el manejo de las armas a una nación es proporcionarle una educación viril. Si los romanos no hubiesen dejado un sitio en sus ejércitos a los germanos, éstos jamás habrían tenido ocasión de convertirse en soldados y, luego, de aniquilar a sus propios iniciadores. El ejemplo más sorprendente es el de Arminio, que se convirtió en jefe de la tercera legión romana y a quien los romanos enseñaron el arte de la guerra, del que él se sirvió más tarde para derrotar a sus profesores. En el momento de la revuelta contra Roma, sus más valerosos compañeros fueron todos germanos que, una u otra vez, habían servido en las legiones romanas.

Por lo mismo, es preciso responder con un categórico no a las aspiraciones de los checos en lo que concierne a la creación de un ejército nacional, aunque no se tratara más que de un embrión de ejército. Servil mientras se halla desarmado, el checo se hace peligrosamente arrogante a partir del momento en que se le permite vestir un uniforme. Hemos tenido tiempo de darnos cuenta de ello durante los veinte años en el curso de los cuales Checoslovaquia ha gozado de independencia política. En lugar de servirse de su diplomacia para establecer con Alemania razonables relaciones, el Estado checo ha intentado hacer de Praga —ciertamente una de las ciudades más importantes de Europa— una especie de ombligo del mundo. Los checos se han hecho los interesantes y han querido sentarse en todas las sillas. Y ninguno de sus hombres de Estado ha tenido la sabiduría necesaria para darse cuenta de que un diplomático checo, establecido en Copenhague, por ejemplo, se hallaba destinado a realizar un papel de ocioso, no pudiendo alcanzar su actividad más que a limitarse a enviar cada quince días un informe compuesto a golpes de tijera entre los artículos reunidos por el agregado de prensa. Además, y de vez en cuando, una llamada telefónica a Praga para informarse sobre la evolución de la política checa. Para un país pequeño nada hay más halagador que una capital en la que reinen las apariencias de un gran movimiento diplomático y que albergue al mundo más o menos decadente que se dedica a esa actividad. Si queréis hacer feliz a un pequeño país, transformad la legación que mantenéis en él en embajada y habréis puesto el dedo en la llaga. En la época de la Sociedad de Naciones se vio la importancia que podían darse a sí mismos esos pequeños países en el campo de los asuntos extranjeros. No supieron hacer nada mejor, perteneciendo a ese cenáculo, que aprovecharse de ello para votar contra Alemania. ¡A mi modo de ver, hubieran hecho

mejor pagando sus deudas! Y en la actualidad parecen hallarse muy asombrados de que nosotros nos acordemos de su comportamiento. Es preciso decir que los delegados reunidos en Ginebra constituían una muy lograda agrupación de haraganes. Su principal preocupación estribaba en embolsar puntualmente sus devengos, darse la gran vida y por último, pero no menos importante, dedicarse por entero a las aventuras amorosas. Siguiendo el ejemplo del concilio de Constanza, en el que mil quinientas «doncellas alegres» se apresuraron a proporcionar distracción a los altos dignatarios de la Iglesia; cada sesión de la asamblea ginebrina provocaba sobre la ciudad una riada de cortesanas.

De modo general, los hombres que, en todos los países, pertenecen a la carrera diplomática, son de un tipo especial. En lo que se refiere a la Wilhelmstrasse, me vi literalmente obligado a forzarla a ejecutar nuestra decisión de abandonar la Sociedad de Naciones. Seis meses después aún había diplomáticos alemanes que mariposeaban por Ginebra, aparentemente sin haber sido llamados.

Ese mismo ministerio, en 1936, se distinguió haciendo confeccionar, para uso de los diplomáticos, un uniforme colonial adornado con la más enorme de las insignias que jamás he visto. Me consolé un tanto cuando conocí a los representantes completamente embrutecidos que nos enviaba Estados Unidos, y después viendo aparecer en mi casa a sir Rumbold [*sic*], embajador de Gran Bretaña, que jamás dejaba de estar ebrio. Este fue reemplazado por un cretino integral, sir Phipps [*sic*]. En esta galería de valerosos diplomáticos fue sir Henderson [*sic*], el último embajador inglés, el que me causó mejor impresión.

Recientemente tuve ocasión de comprobar una vez más hasta qué punto los diplomáticos se hallan alejados de la realidad y cuán ignorantes son en materia de política. Querían persuadirme de que dirigiese una proclama a los árabes, sin tener en cuenta el hecho de que, mientras nuestras tropas no estuvieran ante Mosul, tal proclamación constituiría una locura, hallándose prestos los ingleses a hacer fusilar a todos los árabes que se sublevasen para apoyar nuestra acción.

220. 17 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Sobre el pretendido peligro amarillo. – Eficacia de la alianza con Japón.

Hay periodistas extranjeros que creen impresionarnos hablando del peligro amarillo y atrayendo nuestra atención sobre el hecho de que nuestra alianza con Japón es un modo de traicionar nuestras propias concepciones raciales, Puede contestarse a esos mentecatos que, durante la primera guerra mundial, los ingleses solicitaron la

ayuda de Japón para darnos el golpe de gracia. Sin ir más lejos, bastaría con responder a esos espíritus mezquinos que en este conflicto en el que se trata de nuestra vida o de nuestra muerte, lo esencial es vencer, y que con este fin nos pondríamos de acuerdo incluso con el diablo en persona.

Conservando una visión objetiva de las cosas, resulta evidente que la alianza con Japón nos ha sido extraordinariamente favorable, aunque no sea más que en razón de la fecha que ha escogido para entrar en el conflicto. Fue, en efecto, en el momento en que la sorpresa del invierno ruso pesaba rudamente sobre la moral de nuestra población, y cuando todo el mundo en Alemania se sentía oprimido por la certeza de que, más pronto o más tarde, Estados Unidos decidiría participar en la guerra. La intervención de Japón fue, pues, extraordinariamente oportuna desde nuestro punto de vista. Por añadidura, la forma como interpreta sus compromisos, en el cuadro de nuestra alianza, honra al país y produce una feliz influencia sobre el pueblo alemán.

221. 18 DE MAYO DE 1942, A MEDIODÍA

Dos diplomáticos alemanes merecedores de honor.

Es preciso descubrirse ante el mérito de nuestro último encargado de negocios en Washington, el consejero de embajada Thomson, e igualmente ante el de Bötticher, nuestro agregado militar.

Estos dos hombres dieron pruebas allá de que eran diplomáticos a los que no se puede engañar. Los informes que nos enviaban deben ser considerados como modelos en su género, puesto que siempre nos proporcionaron una idea muy clara de la situación. No es mi intención tan sólo testimoniar desde ahora mi reconocimiento particular a estos dos hombres, sino confiarles, una vez haya terminado la guerra, misiones que correspondan a su valía. Singularmente a Thomson, le reservo un puesto excepcionalmente difícil.

222. 18 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Carácter inevitable de la guerra contra Rusia.

La evolución de nuestro conflicto con Rusia demuestra que un jefe de Estado debe saber asumir responsabilidades y comprometerse a fondo cuando una guerra le parece inevitable. En

una carta que le encontramos encima al hijo de Stalin, escrita por un amigo suyo, figuraba textualmente la siguiente frase: «Deseo ver una vez más a mi Anuschka antes del paseo de Berlín».

Si, conforme con su proyecto, a los rusos les hubiera sido posible adelantarse a nuestra acción, es probable que nada hubiera podido detener a sus tropas blindadas, ya que la tupida red de carreteras de Europa central no hubiera hecho más que favorecer su avance. En cualquier caso, me felicito de que nos fuera dado contenerles hasta el momento preciso en que desencadenamos la guerra, y mantenerles en suspenso hasta aquel instante por medio de acuerdos favorables a sus intereses. En el supuesto, por ejemplo, de que en el momento en que los rusos entraron en Rumania no hubiéramos podido limitar su conquista a la Besarabia, se hubieran apoderado de golpe de todos los campos petrolíferos del país y nosotros nos hubiéramos encontrado bloqueados, ya desde la primavera de ese año, en lo que atañe a nuestro reaprovisionamiento de carburantes.

223. 20 DE MAYO DE 1942, A MEDIODÍA

El nacionalsocialismo no es para la exportación. – Efectos de la educación nacionalsocialista. – Obreros que son *grands seigneurs*. – El nuevo hombre. – Los cimientos del gran Reich alemán. – Los programas de grandes obras. – Abolición de las diferencias sociales. – El presidente Hacha y el problema checo.

Me opongo resueltamente a toda tentativa de exportar la doctrina nacionalsocialista. Si los otros países tienden a conservar su sistema democrático, y corren de tal modo a la ruina fatal, nosotros debemos alegrarnos de ello, tanto más cuanto que, al mismo tiempo, y gracias al nacionalsocialismo, nosotros vamos transformándonos, lenta y seguramente, en la comunidad popular más sólida que imaginarse pueda. Los jóvenes de hoy, que dentro de diez o veinte años encarnarán la idea nacionalsocialista, no habrán conocido otra concepción del mundo, y constituirán el producto de una educación que les convertirá en hombres disciplinados y seguros de sí mismos. Comprobamos ya en la actualidad que la formación de los aprendices ha cambiado radicalmente. El aprendiz era tiempo atrás un encajador de pescozones, sometido a los caprichos de los obreros o del patrón. En la actualidad, después de seis meses de formación, se le encargan trabajos que él se siente dispuesto a realizar, de forma que adquiere un sentimiento de confianza a medida de su capacidad.

El progreso es del mismo orden en lo que atañe a las muchachas que han recibido una educación conforme a los principios nacionalsocialistas. Se amoldan a la perfección a las necesidades vitales del tiempo presente, trabajan en las fábricas de guerra, en las oficinas, en los hospitales, en los campos, etc. Tal experiencia incita a la conclusión de que, si nuestros métodos de educación pueden ser

aplicados durante cien años, el pueblo alemán constituirá entonces el más sólido bloque que jamás haya existido en Europa.

En lo referente a la educación de nuestra juventud masculina, no olvidemos que el trabajo que abre más horizontes, y que constituye el oficio manual ideal, es el que proporcionan los altos hornos, las fundiciones de acero y las fábricas de blindajes, o sea todas las factorías en que se transforma el acero y en que se fabrican armas o máquinas. Cada vez que visito las factorías Krupp, de Essen, me percato de nuevo de esa verdad. Por su aspecto y su comportamiento, esos obreros me producen la impresión de verdaderos *seigneurs*. Tuve el mismo pensamiento en la botadura del «Tirpitz», en Wilhelmshaven. Los trabajadores de los astilleros que participaron en aquella tarea gigantesca, reunidos para la botadura, eran en su mayoría hermosos tipos, de orgulloso porte y rasgos pletóricos de nobleza. Visitando luego las demás factorías del pueblo, vi a numerosos obreros extranjeros y no pude por menos que sentirme impresionado por la diferencia existente entre ellos y los nuestros.

Lo que es cierto para los que están encuadrados en la industria metalúrgica, es igualmente aplicable a los mineros. Estos son y continuarán siendo la flor y nata del mundo proletario alemán. Física y moralmente, esos hombres se han forjado en la práctica de un oficio que, aún en la actualidad, trae aparejados numerosos riesgos. Tan sólo pueden dedicarse a él hombres pacientes y decididos, siempre dispuestos a afrontar los peligros a que les expone su trabajo. Por ello nada debemos descuidar para manifestar a los mineros el agradecimiento de la nación. Cuando llegue la paz, será preciso ocuparse con especial interés de mejorar el nivel de vida de esos hombres que, en mayor escala que muchos otros, contribuyen al mantenimiento del poderío de la nación.

Esta misma tarde tendrá lugar una ceremonia en la sala de mosaicos de la Cancillería del Reich para expresar desde ahora a los obreros alemanes el reconocimiento que les brinda la nación. En esta ocasión serán concedidas a cien obreros otras tantas cruces de la *Kriegsverdienstorden* [Orden de Servicios de Guerra] y una cruz de caballero de la misma orden a un jefe de taller de una factoría de carros blindados. Esas condecoraciones serán distribuidas por un soldado titular de la *Ritterkreuz* [Cruz de Caballero], un cabo recién llegado del frente que, valiéndose de un cañón anticarro, ha destruido por sí solo trece tanques rusos. Constituyó una alegría para mí recibir ayer a ese suboficial, típico representante de la juventud nacionalsocialista. A pesar de que tiene el aspecto de un mozalbete de diecisiete años, posee el empaque de un hombre al que nada puede quebrantar.

Una vez haya terminado la guerra, y cuando por tanto las preocupaciones de orden militar sean para mí menos absorbentes, me dedicaré muy particularmente a desarrollar en nuestra juventud ese tipo de hombre, despierto, inteligente, decidido, al estilo de ese joven cabo. Esto me permitirá enfrentar, a extranjeros cuya

humanidad parece formada por degenerados o por bestias brutales, hombres del temple de aquellos que defendieron Narvik y Cholm.

Del mismo modo que la guerra de 1870-1871 fue el crisol del antiguo Reich, los campos de batalla de esta guerra constituirán los cimientos del gran Reich alemán Así, nadie en nuestro Reich tendrá el espíritu de un perro acosado, y las diversas familias espirituales de la nación poseerán el orgullo de haber tomado parte con su sangre en la más gigantesca lucha que la raza alemana haya debido sostener jamás en defensa de su libertad.

Dado que espero de cada uno la participación máxima, tiendo al principio de que los alemanes de todas las clases sociales se hallen representados en la cancillería del partido, en Múnich. Del mismo modo, cuando se trate de trabajos importantes, edificios, carreteras, canales, quiero que en esas empresas colabore el pueblo entero. Dispersando su esfuerzo se vilipendia a las fuerzas de la nación. Así como en la guerra es una intervención en masa de la aviación lo que obtiene la victoria, del mismo modo en las grandes empresas de los tiempos de paz es preciso saber concentrar todas las fuerzas de la nación sobre el objetivo previsto. Por ello, Múnich no podrá contar con la estación central que necesita más que en caso de que todo el poderío del Reich apoye ese propósito. Al establecer los planes para el porvenir es conveniente, pues, señalar, por parte del gobierno alemán, para cada año una tarea importante que realizar y llevarla a buen término suceda lo que suceda.

Este llamamiento al conjunto de la población alemana no podrá dejar de producir favorables repercusiones, en el plano individual, sobre cada uno de los nuestros. Ello les proporcionará el sentimiento de que nada resulta imposible para ellos. Del mismo modo que el joven inglés hacía en la India su aprendizaje de la vida, el joven alemán podrá realizar ese aprendizaje en el este, en Noruega o en cualquiera de los otros confines del Reich. De ese modo el alemán, gracias a sus propias experiencias, llegará a la conclusión, aun admitiendo la necesidad de una jerarquía en el interior, de que no debe haber diferencias entre los alemanes de cara al extranjero. Es igualmente preciso que el último de los alemanes considere como cosa sabida que el más joven de los aprendices, que el más modesto de los carreteros alemanes, se halla más cercano a mí que el más importante de los lores ingleses.

Podrá aquilatarse la importancia de la evolución realizada en lo que se refiere a la abolición de las diferencias sociales, si se recuerda que antaño un príncipe alemán prefería desempeñar el papel de reyezuelo en un país balcánico cualquiera antes que ocupar una situación modesta en su propio país, aunque fuese la de barrendero. Si se llegara a educar a Alemania en este sentido, y en primer lugar a la juventud, a inculcarle la noción de una solidaridad fanática entre compatriotas y de cada uno de ellos con respecto al Estado, el Reich alemán —como sucedió ya mil años después del derrumbamiento del imperio romano— sería la mayor potencia de Europa. Gracias a ese espíritu se conseguirá la garantía de que el Reich no se disolverá de nuevo en una multitud de pequeños estados

soberanos, que efectúen entre ellos un intercambio de diplomáticos y acojan cada uno a misiones extranjeras. No hace aún mucho tiempo que Francia tenía un embajador acreditado en Múnich que intrigaba contra la unidad alemana. Puede considerarse, por ejemplo, que un Reich compuesto de miembros estrechamente solidarios entre sí logrará resolver el problema checo. El propio Hacha lo ha reconocido. El, que fue jurista en la antigua Austria, debió de considerar un atentado contra la ley la creación de un Estado checo independiente, puesto que jamás en el curso de la historia los checos se han mostrado capaces de desempeñar un papel personal en el concierto político. Por otra parte, en el plano cultural marcharon siempre a remolque de la civilización alemana representada por los Habsburgo. Constituye, por lo tanto, una maniobra de buena política, en la actualidad, expurgar al país de sus elementos dudosos, por una parte, y por la otra, tratar amistosamente a los demás checos. Si obramos de tal modo, todos ellos se adherirán a la actitud del presidente Hacha. Además, impulsados por un sentimiento de culpabilidad y también por el temor de tener que abandonar su suelo debido al traslado de poblaciones en curso, su interés radica en manifestarse como celosos colaboradores del Reich. Ese miedo que les anima basta para explicar el hecho de que en los momentos presentes trabajen a nuestra entera satisfacción, singularmente en las fábricas de material de guerra, haciendo suya cada vez en mayor escala la fórmula: «¡Todo por nuestro Führer, Adolf Hitler!».

224. 20 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

> Resultados obtenidos por la política nacionalsocialista. – Efectos de la educación nacionalsocialista. – Ignominia de la situación de los artistas de teatro. – Fomento de la prostitución

Infinidad de trabajos emprendidos y llevados a buen fin por nosotros los nacionalsocialistas, después de la toma del poder, han permanecido ignorados para el gran público. Así, por ejemplo, olvidamos proclamar que docenas de millares de seres que vivían de modo dudoso durante la República de Weimar encontraron, gracias a nosotros, la posibilidad de una existencia decente.

Las medidas que adoptarnos para que las mujeres que trabajan fuesen suficientemente retribuidas han tenido una muy sensible trascendencia sobre la suerte de las secretarias, las vendedoras de los almacenes, las artistas, etc. Ocupándonos de que su trabajo fuese retribuido en proporción a los servicios prestados, mientras que antes no recibían de hecho más que algún dinero para gastos, las hemos liberado de la triste necesidad de hacerse mantener por un *ami*.

Lo que más me indignaba antes era el trato reservado a las bailarinas. Mientras pretendidos humoristas, generalmente judíos,

cobraban de tres a cuatro mil marcos al mes en teatros como el Metropol de Berlín por contar durante un cuarto de hora chistes picantes, las bailarinas no recibían más de setenta u ochenta marcos. Y sin embargo su oficio les pide mucho más que ese cuarto de hora de esfuerzo, vista la necesidad del entrenamiento cotidiano y de los ensayos que les ocupan buena parte de la jornada. Esas diferencias de trato constituían una verdadera ignominia. Esas pobres criaturas no tenían otro recurso que prostituirse para vivir. Y los establecimientos amparados con el pomposo nombre de teatros no eran en realidad más que burdeles. Sin alborotar mucho, tomé las disposiciones necesarias para que el salario de esas bailarinas oscilase entre ciento ochenta y doscientos cuarenta marcos al mes, de forma que pudieran consagrarse enteramente a su arte. La consecuencia fue la de permitir a los teatros contratar como bailarinas a hermosas muchachas y enfocar su trabajo bajo el signo de la perfección artística. En cuanto al efecto moral de esas medidas, no es dudoso. Esas jóvenes vuelven de ese modo a llevar una vida normal y tienen la posibilidad de abandonar la escena para casarse e instalarse antes de cumplir los treinta y cinco, más o menos.

225. 21 DE MAYO DE 1942, DESPUÉS DE LA CENA

> La toma del poder. – Negociaciones con Von Papen. – Maniobras de Schleicher. – Exijo el puesto de canciller y nuevas elecciones. – No quiero el poder más que por medios legales. – Amenaza de una dictadura militar y de un *putsch* militar. – Tentativa de intimidación del general Hammerstein. – Apetencias políticas de los nacionalalemanes. – Hindenburg se pone de mi lado. – Blomberg neutraliza a la Wehrmacht. – El primer gabinete no cuenta más que con dos nazis. – Papel oculto de Von Papen. – Comienzos difíciles. – Se estrechan mis vínculos con Hindenburg. – Hindenburg pone en su sitio al rey de Suecia.

Cuando me hube negado a prestarme a un compromiso, aceptando, por ejemplo, el puesto de vicecanciller en un gabinete Von Papen, y después de los vanos esfuerzos del general Schleicher, con la complicidad de Gregor Strasser, para quebrantar la unidad del partido, la tensión política alcanzó su más alto nivel. Schleicher, que no había conseguido agrupar en el Reichstag a una mayoría complaciente, tenía la audacia de hablar de un progreso de la economía nacional, mientras el número de parados había aumentado en doscientos cincuenta mil durante los quince primeros días de su ministerio. En enero de 1933 llegó el momento en que, después de un mes de actividad, no veía él otra salida que la disolución del Reichstag y la formación de un gabinete de generales apoyado por la sola confianza del presidente del Reich.

Pero la perspectiva de una dictadura militar, a despecho de la gran confianza que a él le inspiraba, aterró al mariscal Von Hindenburg. En el fondo de su corazón, el «anciano caballero» no era de la opinión de que los soldados se mezclasen en política. Por añadidura, desde el instante en que se trataba del otorgamiento de plenos poderes, sentía el temor de sobrepasar los derechos que le reconocía la Constitución a que había prestado juramento.

Fue entonces cuando, por mediación de Von Papen, estableció contacto conmigo. Al mismo tiempo hacía sondear el terreno en el curso de la famosa conversación de Colonia. En lo que a mí respecta, yo tenía la convicción de que mis asuntos marchaban por buen camino, y ésa era la razón que me impulsaba a no dejar ignorar a nadie que me hallaba en franca oposición a cualquier fórmula de compromiso. Fue en esas condiciones como emprendí, con particular energía, la campaña electoral de Lippe, entregándome a ella en cuerpo y alma.

Después de la victoria en aquel sector, y hay que tener en cuenta que se había alcanzado un éxito cuya importancia jamás será sobrestimada, la camarilla del «anciano caballero» reanudó el contacto conmigo. Fue organizada una reunión en casa de Ribbentrop con el hijo de Hindenburg y Von Papen. En tal ocasión, y hablando con claridad, di a conocer mi parecer sobre la evolución de la situación, declarando que cada nueva semana gastada en contemporizaciones constituía una irremediable pérdida de tiempo. Demostré que si quedaba una oportunidad de salir de ella no podía consistir más que en proceder inmediatamente a una concentración de los partidos, excluyendo de esa combinación a los de tipo burgués de mínima importancia, a los que no había que pensar en atraerse. Les hice comprender, además, que tal concentración no tendría éxito más que a condición de que yo tomase el puesto de canciller.

Si en tal época descuidé un poco mi actividad en el seno del movimiento para participar en asuntos de esa índole, ello se debe a que concedía la mayor importancia al hecho de llegar a la Cancillería por caminos legales y, por tanto, con la bendición del «anciano caballero». Esa legitimidad conferida a nuestra toma del poder me dispensó de anular previamente a las fuerzas de la oposición, lo que hubiera sido absolutamente necesario para emprender un trabajo constructivo. Solventó igualmente las continuas dificultades a que hubiera habido que hacer frente en las relaciones con la Reichswehr. Lo que me impulsó principalmente a alcanzar el poder por caminos legales fue la eventual reacción del ejército. Si yo hubiese recurrido a medios ilegales, quedaba la puerta abierta para un *coup d'état* del tipo del de Roehm y, por tanto, para un estado de inseguridad permanente. En la hipótesis de la legalidad, por añadidura, yo mantenía al ejército en el cuadro de una actividad bien delimitada y de orden exclusivamente militar. Contaba con el pueblo, gracias a la institución del servicio militar obligatorio, para hacer penetrar en él, poco a poco, el espíritu nacionalsocialista. No existiendo nada que pudiese frenar nuestro movimiento, pensaba que llegaría el día en

que conseguiría subyugar toda oposición en las fuerzas armadas, en particular en el cuerpo de oficiales.

Al día siguiente al 24 de enero de 1933, después del asalto a la Casa Karl Liebknecht, en Berlín —lo que causó una enorme pérdida de prestigio al Partido Comunista— Von Papen me propuso una nueva entrevista. Me informó entonces de que Schleicher había pedido oficialmente plenos poderes a Hindenburg con vistas a establecer una dictadura militar, pero que éste había rehusado. A lo que se ve, decía hallarse dispuesto a confiarme el encargo de formar nuevo gobierno, con el puesto de canciller, con la condición de que aceptase a Von Papen como vicecanciller y que la combinación tuviese el enfoque de un frente nacional.

Tomé nota de este ofrecimiento y, sin perderme en detalles, indiqué inmediatamente mis condiciones: disolución del Reichstag y convocatoria de nuevas elecciones. Al siguiente día, bajo pretexto de una ausencia de Berlín, esquivé una sugestión, emitida prudentemente, de celebrar una conversación de diez minutos con el «anciano caballero». Teniendo en cuenta experiencias del año anterior, quería evitar que un optimismo exagerado se apoderara del partido, como solía suceder cada vez que yo conferenciaba con Hindenburg.

Aproveché, pues, mi conversación con Von Papen para defender mi ventaja y proseguí con él las negociaciones comenzadas por Goering con vistas a la eventual formación de un gobierno. Con los nacionalalemanes fue con quienes resultó más dura la cuestión. El *Geheimrat* Hugenberg se mostraba exageradamente ambicioso, ya que solicitaba un número de carteras desproporcionado en relación con la fuerza de su partido. Y dado que, además, temía la disminución del número de sus electores en nuevas elecciones, no quería oír hablar de la disolución del Reichstag. El 27 de enero, después de una corta ausencia de Berlín, sostuve una conversación personal con él, pero no fue posible llegar a una solución.

Por otra parte, las negociaciones encaminadas a la formación del nuevo gobierno se veían complicadas por la obstrucción y las maniobras que tenían su origen en la camarilla que rodeaba a Schleicher. El general Von Hammerstein, comandante en jefe del ejército, y el más próximo colaborador de Schleicher, tuvo incluso la desfachatez de telefonearme para informarme de que «la Wehrmacht no admitiría bajo ningún pretexto que usted se convirtiera en canciller». Si esos intrigantes creyeron quebrantar mi resolución por medio de tales chiquilladas, pudieron darse cuenta de que se habían equivocado por completo. Me limité a reaccionar advirtiendo expresamente a Goering de que no admitiese como ministro de la Reichswehr más que a un general que gozase de mi confianza, por ejemplo, a Von Blomberg, que me había sido recomendado por algunos amigos de Prusia Oriental.

El 28 de enero la República de Weimar había quemado sus últimos cartuchos. Schleicher había presentado la dimisión, y Von Papen había recibido el encargo de Hindenburg de consultar a los partidos con vistas a la posibilidad de formación de un nuevo

gobierno. Por mi parte, declaré que no me hallaba dispuesto a aceptar una solución a medias. El día 29 fue consagrado enteramente a laboriosas negociaciones, en el curso de las cuales conseguí convencer a Hugenberg de la necesidad de disolver el Reichstag. Como compensación acepté conceder a su grupo el número de carteras por él reivindicado. La disolución del Reichstag se hallaba justificada por el hecho de que su composición convertía en imposible toda mayoría estable.

Por la tarde, Goering nos informó de que, al día siguiente, el «anciano caballero» me confiaría la tarea de formar gobierno.

A última hora de la tarde estalló la noticia de la empresa verdaderamente descabellada concebida por la pandilla de Schleicher. Según las informaciones dadas por el teniente coronel Von Alvensleben, el general Von Hammerstein había puesto en estado de alerta a la guarnición de Potsdam, con orden de disparar. Por añadidura, se tenía la intención de deportar al «anciano caballero» a Prusia Oriental para que no pudiera oponerse a un *putsch* de la Wehrmacht, con la intención de evitar la subida al poder del Partido Nacionalsocialista.

Respondí a tal amenaza dando orden al jefe berlinés de las SA, el conde Helldorf, de que alertase a todas las formaciones de las SA de la capital. Por otra parte, el mayor Wecke, de la policía, que gozaba de nuestra confianza, fue encargado de disponer, para caso de necesidad, una fulminante ocupación de la Wilhelmstrasse con seis batallones de la policía. Advertí al «anciano caballero», por mediación de Von Papen, de los propósitos de la pandilla de Schleicher. Finalmente, habiendo sido aprobada definitivamente la elección del general Von Blomberg como ministro de la Reichswehr, hice saber a éste que, inmediatamente después de su llegada a Berlín, prevista para el 30 de enero a las ocho de la mañana, debía presentarse en casa de Hindenburg para prestar juramento. Siendo ya jefe supremo de la Reichswehr, dispondría del poder necesario para sofocar inmediatamente toda nueva tentativa de *coup d'état*.

El 30 de enero, a las once de la mañana, pude ya anunciar al mariscal que, habiendo sido alcanzada la mayoría del Reichstag prevista por la Constitución, se había formado el nuevo gabinete. Recibí entonces de manos del «anciano caballero» mi nombramiento para el puesto de canciller.

Mis comienzos en el gobierno lo fueron todo menos fáciles. No tenía más que un ministro perteneciente al partido, Frick. Cierto es que algunos, como por ejemplo Blomberg y Neurath, se pusieron francamente de mi lado. Otros había que pretendían obrar a su modo. Gereke, comisario del Trabajo, que fue arrestado poco después y condenado por abuso de confianza, se manifestó desde el principio como mi más encarnizado adversario. De modo que me sentí dichoso al ver llegar a Seldte diciendo que, habiendo decidido la suerte, su grupo se abstendría en el futuro de contrarrestar mis esfuerzos.

Además de los obstáculos inherentes a la propia composición del gabinete, me percaté bien pronto de que el «anciano caballero» no

me había llamado al puesto de canciller más que a falta de haber podido encontrar otra solución constitucional para salir del *impasse* político. Su desconfianza se manifestó en los comienzos por toda una serie de restricciones establecidas por él. Singularmente, había estipulado que todas las decisiones referentes a la Reichswehr y a las Relaciones Exteriores le correspondían personalmente. Había decidido, además, que no me recibiría oficialmente más que en compañía de Von Papen. No fue sino tras larga vacilación, y aun con la intervención de Meissner, que estampó su firma en el decreto de disolución del Reichstag. Yo mismo tuve que batallar mucho para obtener la adhesión definitiva del gabinete.

Pero al cabo de una semana, mis relaciones con él comenzaron a transformarse. Un día que expresó el deseo de conversar conmigo sobre un asunto cualquiera, le hice notar que, de acuerdo con la costumbre que él había establecido, yo no podía presentarme ante él más que en compañía de Von Papen, y precisamente éste se hallaba ausente aquel día de Berlín. El «anciano caballero» declaró que quería verme a mí solo y que en adelante la presencia de Von Papen no sería ya necesaria. Tres semanas más tarde había cambiado hasta el punto de que se mostraba conmigo afectuoso y paternal a la vez. Refiriéndose a la consulta electoral del 5 de marzo, me dijo textualmente: «¿Qué haremos si no obtiene usted la mayoría? ¡Las dificultades comenzarán de nuevo!». Cuando llegaron los primeros resultados, sus relaciones conmigo se hallaban impregnadas de un espíritu tal de franqueza que exclamó gritando, con una voz en la que se traslucía una verdadera satisfacción: «¡Ha ganado Hitler!». Y cuando la aplastante victoria del nacionalsocialismo se hubo consumado, me confió sin tapujos que, en el fondo, el juego parlamentario le había resultado siempre extraño y antipático y que se sentía encantado por ver llegado el fin de las tareas electorales.

Con ocasión de un informe del embajador Nadolni referente a las negociaciones de desarme de Ginebra, él, a pesar de su avanzada edad, puso de manifiesto que había conservado intactas sus cualidades de hombre de carácter. Nadolni proponía responder favorablemente al deseo de que Alemania adoptase inmediatamente medidas efectivas con vistas a su desarme, en el bien entendido de que el desarme de las demás potencias seguiría, aunque quién sabe con cuántos años de intervalo. Yo había rechazado personalmente esa proposición absurda, informando de ello a Hindenburg. Y éste echó literalmente a la calle a Nadolni, cuya exposición de los hechos no le había convencido en absoluto, diciéndole: «Está usted de parte de Moscú. Pues bien, márchese allá».

Este incidente caracteriza a la perfección el modo de ser del «anciano caballero», que reducía todos los problemas a un común denominador muy simple. Había recelado claramente las intrigas urdidas contra nosotros en la Conferencia de Ginebra, y que allí se trataba de hacernos acatar exigencias que no eran más que palabras huecas para los demás. Con la misma simplicidad, unos minutos después de que MacDonald hubo dado a conocer a Alemania las exigencias formuladas por las naciones reunidas en Ginebra, aceptó

que el 14 de octubre de 1933, a la una de la tarde, Funk, jefe de los servicios de prensa del Reich, comunicase al mundo la decisión tomada por Alemania de abandonar la Sociedad de Naciones. Cuando, con la aplastante mayoría del 95 por 100, el pueblo alemán entero hubo aprobado tal determinación, y al mismo tiempo mi política, él se alegró sinceramente.

Se mostró igualmente admirable con motivo de la reocupación de Renania, imponiéndose por la altivez de su actitud. En cuanto a los ministros, fue preciso ganarles uno tras otro. El propio Von Papen se sintió lleno de angustia ante el temor de que los franceses tomasen medidas de represalia. En lo que a mí concierne, acepté sin pestañear el riesgo de que los franceses ocupasen Maguncia. Lo que importaba era que recobrásemos la libertad de acción necesaria, que pudiésemos hacer lo que quisiéramos en el resto del Reich y, sobre todo, armarnos a nuestro modo. Los acontecimientos probaron que yo tenía razón. En aquella época, para tranquilizar al pueblo alemán, me trasladé en persona a Renania, y ésta, en las elecciones al Reichstag, el 29 de marzo de 1936, manifestó su aprobación concediéndome una mayoría del 99 por 100, expresando de tal modo que había comprendido perfectamente mi pensamiento.

No siempre resultaba fácil, lejos de allí, persuadir al «anciano caballero». Pero cuando él se hallaba convencido de la razón de una iniciativa, se entregaba a ella sin la menor reticencia. Al principio, no quería oír hablar siquiera de las medidas contra los judíos. Sin embargo, en el transcurso de una comida ofrecida en la embajada de Suecia, a la que asistíamos los dos, habiéndose permitido el rey de Suecia criticar la política alemana con referencia a los judíos, él, con su voz sonora y profunda, rechazó aquellas observaciones intempestivas declarando que aquéllos eran asuntos internos alemanes en los que sólo era competente el canciller alemán.

No fue fácil que se dejara convencer de la necesidad de restringir la libertad de prensa. En el momento oportuno me serví de una argucia y me dirigí a él, no llamándole «señor presidente del Reich», sino «señor mariscal», haciendo hincapié en el argumento de que en el ejército no se admiten las críticas procedentes de abajo. ¡Tan sólo aquellas que vienen de arriba a abajo! Y añadí: « ¿Dónde iríamos a parar si un suboficial pudiese criticar las disposiciones tomadas por su capitán, un capitán las tomadas por su general y así sucesivamente?». La causa estaba comprendida. «Tiene toda la razón, sólo el superior tiene derecho a criticar.» Con estas palabras, la libertad de prensa quedaba abolida.

Si él me siguió, esforzándose siempre en comprender mis intenciones, sé que debo agradecérselo, puesto que ello exigía de su parte la renuncia a gran número de prejuicios. Lo comprendí muy particularmente cuando suscribió el nombramiento del *Gauleiter* Hildebrandt como *Reichstathalter*. Mientras firmaba, murmuró: «Este antiguo obrero agrícola debería mostrarse ya satisfecho con ser diputado al Reichstag y obraría muy bien en adelante durmiendo sobre sus laureles».

Habiendo sido ganado para mi causa, empezó a sentir gran inquietud por mi persona. En varias ocasiones declaró que tenía en mí a un canciller que se sacrificaba literalmente por Alemania, que muchas noches no podía dormir ante el pensamiento de «su canciller, volando de un extremo a otro del Reich al servicio del pueblo». Es una verdadera lástima, decía, que un hombre semejante deba pertenecer a un partido.

226. 22 DE MAYO DE 1942, A MEDIODÍA

Reclutamiento de espías. – Necesidad de recurrir a medios bárbaros. – Debilidad de los jueces. – La mansedumbre alienta el crimen.

En la actualidad, los individuos que se dedican al espionaje son reclutados principalmente en la pretendida buena sociedad o en el proletariado. Las personas de la clase media son demasiado serias para entregarse a ese género de actividad. El medio más eficaz de combatir el espionaje consistiría en persuadir a los que quieren dedicarse a él de que no tendrían absolutamente ninguna posibilidad de salvar la vida en el caso de que se dejasen arrestar.

En el mismo orden de ideas, soy de la opinión de que es preciso mostrarse absolutamente despiadado en lo que atañe a ciertos delitos crapulosos cometidos a favor de las medidas defensivas contra los bombardeos. Si se tiene miedo a recurrir en caso de necesidad a medios bárbaros, ¿cómo podría impedirse, en tiempo de guerra, que los granujas, durante el oscurecimiento, penetrasen en los sótanos o en los pisos para robar? ¿Cómo podrían evitarse otros delitos como las agresiones nocturnas, las violaciones, etc.?En esos casos no hay más que una pena posible, la más rigurosa de todas, la pena de muerte, y poco importa que el criminal sea una persona de sesenta años o de diecisiete.

Si no se castigan brutalmente tales delitos, se expone uno a los peligros siguientes:

a) La criminalidad aumenta y termina por no poder ser ya contenida;

b) Se establece una discriminación, en virtud de la cual el hombre honrado expone su vida en los combates del frente, mientras que el delincuente asegura tranquilamente su subsistencia, cometiendo delitos cuidadosamente catalogados por el código, y de los que se sabe que suponen penas mínimas.

En tiempos de guerra, puede dividirse a la población en tres grupos distintos: los idealistas extremados, los egoístas extremados y los indecisos.

Si se admite que el granuja del interior sea tratado con condescendencia mientras que los idealistas caen en el frente, se abre de ese modo el camino a una selección a la inversa, y se prueba

que no se han sacado de los años de guerra 1917 y 1918 las lecciones que traían aparejadas. No admito, pues, más que la siguiente alternativa: el soldado del frente *puede* morir, el granuja de la retaguardia *debe* morir. Un Estado incapaz de adoptar estos principios no tiene derecho a exponer a sus idealistas a morir en el frente.

Los jueces actuales, que continúan siendo liberales, no tienen una noción clara de su deber. En su mayor parte, ocupaban ya sus cargos cuando nosotros tomamos el poder, y habían sido instalados en ellos por nuestros adversarios. Suelen mantenerse a través de todos los cambios de régimen. Ello me obliga a intervenir. Es por ello por lo que pienso eliminar inexorablemente a aquellos que dicten sentencias contrarias al interés del pueblo y de la nación. Tengo el deber de impedir que pueda formarse en la retaguardia, como sucedió en 1918, un ejército de criminales, mientras nuestros héroes caen en los campos de batalla. Dado que en el frente debe reinar una disciplina férrea, constituiría una injusticia hacia nuestros soldados practicar la condescendencia en el interior.

En lo que se refiere a los delincuentes menores, la justicia de tiempos de paz carece de todo valor en tiempo de guerra. También en ese caso la benevolencia constituiría un crimen. Admito que en tiempo normal se sancionen las fechorías de un adolescente de quince a diecisiete años con una buena paliza, antes que meterle en la cárcel. Efectivamente, si el sentido del honor no ha abandonado por completo todo su ser, ¿por qué castigarle con la cárcel, dándole por compañeros a criminales inveterados que le enseñarán todas sus malas artes? Un tal Seefeld, por ejemplo, joven criminal detenido por varios delitos contra las buenas costumbres, aprendió de sus compañeros de celda el arte de fabricar un veneno mortal que no dejaba huella alguna veinte minutos después de haber obrado. Le hice interrogar por la Gestapo, ya que sospechaba que pesaban sobre su conciencia infinidad de fechorías que no había confesado al juez, y después de haber estado doce horas en una celda sobrecalentada y sin agua acabó por reconocer ciento siete casos de asesinato y condujo a los policías a los lugares en que había enterrado los cadáveres. Desde el momento en que la experiencia establece que quien comete atentados contra las costumbres suele transformarse en maníacos homicidas, hay que hacerlos inofensivos, aunque se trate de personas muy jóvenes. Soy partidario de las penas más severas en lo que concierne a esos elementos asociales.

227. 29 DE MAYO DE 194.2, A MEDIODÍA

Lola Montes y Luis I de Baviera. – Hostilidad de la Iglesia. – La personalidad de Luis I. – Respeto de las particularidades raciales.

Con referencia a una película sobre Lola Montes, cuya filmación tenía proyectada el Dr. Goebbels:

Apruebo la idea, pero hay que tener cuidado de no presentar bajo una falsa luz el destino de esa mujer, ni la personalidad del rey Luis I de Baviera.

Lola Montes no tenía nada en común con las bailarinas de nuestra época, artistas del desnudarse, sino que era una mujer de una inteligencia muy notable y de amplias miras. Y supo soportar, sin ceder jamás, todas las dificultades que se opusieron a su camino, a pesar de cruzarse en su camino la Iglesia católica.

Por lo que se refiere a la personalidad de Luis I, constituiría un error ver en él a un mujeriego. Fue un hombre excelente y el mayor arquitecto de sus contemporáneos. No hubiera construido más que el Walhalla, y ello probaría que ese monarca era capaz de tender la mirada más allá de sus fronteras y que tenía arraigada en él la noción de los intereses alemanes. Además, hizo un magnífico regalo a la nación alemana convirtiendo la ciudad de Múnich en un gran centro artístico.

Que sea pese a todo una de las figuras más controvertidas de entre los reyes de Baviera ha de atribuirse al hecho de que la Iglesia nunca dejó de acosarle. Los ataques de ésta contra Lola Montes no eran más que un pretexto, pues en realidad estaban dirigidos contra las acentuadas tendencias liberales del rey.

Desde luego, sería poco indicado representar a Luis I bajo el aspecto de un monarca al encantador estilo vienés, llamando para ello a un Paul Hörbiger. Muy por el contrario, considero que era todo un rey, y a mi modo de ver creo que sería Kayssler quien mejor podría interpretar el papel.

En interés del Reich, y siempre respetando sus particularidades étnicas, he dividido a mi patria austriaca en una serie de provincias, desde los Alpes al Danubio. Estoy firmemente decidido a obrar de igual modo en lo que ataña a las demás partes del Reich. Así, por ejemplo, no admitiré que Frisia occidental continúe vinculada a Holanda, ya que esos frisones son exactamente de la misma raza que los de la Frisia oriental, y por consiguiente deben hallarse reunidos en una misma provincia.

228. 30 DE MAYO DE 1942, A MEDIODÍA

Pintores y escultores. – Influencia de la edad sobre los artistas. – Papel de Viena. – La muerte de Mozart. – No esperar su muerte para ensalzar a los artistas.

La *Revista de Arte* de los Bruckmann es inferior a la del Dr. Hoffmann y a la del Ministerio de Propaganda. Resulta curioso comprobar que la calidad de las esculturas de Kolbe disminuye a

medida que éste va entrando en años, cuando sucede exactamente lo contrario en lo que concierne a Klimsch, cuyas producciones tienen un carácter cada vez más perfecto. Resulta obvio decir que cuando el talento de un artista que fue un maestro declina, no hay que reprochárselo. A medida que aumenta la edad, la vista tiene tendencia a debilitarse. Y más que cualquier otro, el escultor depende de sus ojos. Si a veces sucede que escultores de edad producen obras mejores en su edad madura, ello puede ser debido a una presbicia que viene a compensar la anterior miopía, lo que restituye de ese modo al artista una visión prácticamente normal.

De modo general, sería inconveniente criticar por su edad a los artistas que han envejecido. No hay por qué condenar a un cantante cuya voz ha perdido la pureza. Si las últimas obras de Lovis Corinth son reprochables en infinidad de detalles, resulta imposible olvidar los magníficos retratos que ese hombre pintó en su juventud y que nos procuran una dicha renovada incesantemente. Constituye un deber, para un Estado que tenga una política cultural comprensiva, descubrir a tiempo los talentos, apoyarlos, estimularlos y alentarlos. De ese modo se crea un clima favorable para el nacimiento de obras maestras del que todo el mundo se aprovecha, los contemporáneos en seguida y luego los que vienen después de nosotros.

En el curso de los últimos siglos, los vieneses —que, sin embargo, han sentido de modo permanente preocupación por el nivel artístico de su ciudad— han dado muestras de ignorar absolutamente las necesidades de una política cultural digna de tal nombre. Así fue como dejaron morir en la miseria a un músico genial como Mozart. Incluso no se les ocurrió nada mejor que celebrar por él funerales de caridad y enterrarle en la fosa común, de suerte que, en la actualidad, se ignora dónde descansan sus restos. Al igual que él, Bruckner y Haydn hubiesen conocido la más negra miseria si no hubiesen encontrado el apoyo, el primero del obispo de Linz, y el segundo del príncipe Esterhazy.

Esos ejemplos prueban que los vieneses, igual que los muniqueses, deben a sus soberanos las riquezas artísticas que han heredado. Sin embargo, hay una diferencia entre vieneses y muniqueses. En cierta medida, estos últimos manifestaron la admiración que debían a sus artistas en vida de los mismos. Los vieneses, por su parte, esperaron a que los suyos estuviesen muertos y enterrados para ratificar el criterio del extranjero y conceder a sus artistas una gloria póstuma.

En relación con nuestros planes en el terreno artístico, debemos deducir una enseñanza de estos hechos y preocuparnos de no ignorar el talento de nuestros artistas en vida. Por este motivo he creado la exposición artística de la Casa del Arte Alemán en Múnich, no solamente para reunir allí las obras de nuestros mejores artistas de las que se habla en el mundo entero, sino para facilitar además la venta de las obras de talento, consagradas por el juicio de los críticos más calificados, aunque éstas sean debidas a artistas cuya reputación aún no haya trascendido al gran público.

Ello constituye al mismo tiempo una garantía para los compradores, que tienen de esta forma la seguridad de que no van adquirir saldos. La iniciativa del profesor Hoffmann, preconizando la distribución de medallas de oro y de plata que representan a la Casa del Arte Alemán, tiene la misma intención y debe ser apoyada.

229. 31 DE MAYO DE 1942, DURANTE LA CENA

Guillermo II, monarca indigno.

El comportamiento de Guillermo II en sociedad era muy incorrecto y completamente indigno de un monarca. No solamente no cesaba de burlarse de las personas que componían su séquito, sino que zahería incluso a sus invitados, a los cuales dirigía observaciones irónicas para divertir a la galería. Solía tener, además, familiaridades de mal gusto con otros monarcas, dándoles palmadas en la espalda y tratándolo con actitud condescendiente. Esos modales groseros hicieron que se restasen simpatías al Reich. Es indispensable que un monarca mantenga el dominio de sí y la dignidad en su vida cotidiana.

Este ejemplo demuestra que puede bastar un solo hombre para comprometer la suerte de toda una dinastía. Aquel que quiera representar un papel en la historia no debe ignorar que basta una generación políticamente pervertida para llevar a la ruina a un pueblo entero.

230. 2 DE JUNIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Aplicación de las leyes de la naturaleza a la aeronáutica y a la construcción naval. – Formas de los peces y perfil de los aviones y de los buques. – Una nueva dirección para las investigaciones. – La tradición, enemiga de la invención.

Conversación animada con el almirante Krancke sobre los principios aplicables a la construcción de los medios de transporte. Dijo el Führer:

Se puede asegurar que la naturaleza misma proporciona todas las indicaciones necesarias, y por tanto hay motivo para atenerse a las leyes por ella establecidas. Si tomo el ejemplo de la bicicleta, me basta suprimir con la imaginación tanto la llanta como los neumáticos de sus ruedas para comprobar que el movimiento de los pedales es de todo punto comparable al de un hombre que camina.

Si nos referimos al terreno aeronáutico, nos percutamos de que las leyes naturales conservan allí todo su valor. Por eso el zepelín constituye un contrasentido. Es, en efecto, evidente, que la naturaleza no ha retenido la fórmula de «más ligero que el aire». La naturaleza no ha dotado de vejiga a ningún pájaro, como es el caso de los peces. En lo que a mí se refiere, no aceptaría jamás subir a un dirigible, mientras que viajo sin temor alguno en avión, incluso con mal tiempo o a través de una tormenta.

En lo concerniente a la construcción de buques, su forma actual no corresponde ciertamente a lo establecido por la naturaleza; de lo contrario ésta hubiera también dotado a los peces de un órgano posterior para moverse, en lugar de proporcionarles sus aletas natatorias laterales. Asimismo, hubiera dado a los peces una cabeza afilada, en lugar de esa forma que evoca con más o menos exactitud, según las especies, una gota de agua. Los navegantes cristianos asumen la responsabilidad de haber abandonado la forma dada por la naturaleza a los peces para poner en práctica la teoría de la forma afilada a proa y amplia a popa. Esta teoría es la que presidió la construcción de los buques del tipo Nelson que inspira, hoy todavía, a los ingenieros. Precisamente en la construcción de buques es donde tenía que haberse impuesto la idea de imitar a la naturaleza. Era, por tanto, lógico adoptar la forma de la gota de agua, puesto que aumentando el volumen de la proa, se experimenta una presión menos fuerte que la que sufre una proa en punta.

Haciendo un paréntesis, diremos que hasta hoy, en nuestros tiempos, no se ha reconocido que la forma ideal de la azada no es la puntiaguda.

Desde el momento en que no se ha tenido en cuenta el ejemplo suministrado por los peces en lo que respecta a la forma de los barcos, no es de extrañar que éstos sean propulsados por detrás. No obstante, la hélice colocada a popa tiene un efecto de aspiración, y el vacío que ello produce frena la marcha del barco, siendo este freno aumentado por la masa de agua inerte que se forma a proa. En la naturaleza ocurre exactamente lo contrario: delante, aspiración por el vacío; detrás, masa de agua inerte con tendencia a acentuar el impulso hacia adelante. El pez avanza en razón del movimiento de sus aletas y gracias al paso del agua a través de sus agallas. Es una suerte, en todo caso, que se hayan tenido en cuenta tales detalles en la construcción de aviones, colocando la hélice delante, de tal forma que, al provocar un fenómeno de succión, impulsa al avión.

En mi opinión, no hay duda alguna de que los principios aplicados en materia de construcciones navales han periclitado por completo, tanto en lo que respecta al perfil como a los medios de propulsión. En el caso de los buques de guerra, ya se discierne que el aumento de potencia no aumenta el rendimiento en forma proporcional. Así ocurre, por ejemplo, que un crucero de batalla de más de 45.000 toneladas desarrolla una velocidad de 30 nudos, disponiendo de una potencia de 136.000 caballos, mientras que un portaaviones de un tonelaje dos veces inferior y una potencia propulsora de 200.000 caballos sólo alcanza los 35 nudos. Aquí hay

algo, a mi juicio, que no marcha. Si la concepción no fuese deficiente, no se podría admitir que un aumento de potencia de casi 75.000 caballos solamente se tradujese, en un buque dos veces inferior en tonelaje, en una ganancia de cinco nudos. Espero, pues, que nuestros ingenieros navales se convenzan de que los métodos actuales son completamente anticuados.

Si nuestros progresos son mucho más acentuados en el terreno aeronáutico, donde hemos obtenido un enorme acrecentamiento de la velocidad modificando simplemente la forma del fuselaje, ello se debe principalmente a los trabajos del profesor Junker, que ha estudiado profundamente las leyes de la aerodinámica, es decir, las leyes de la naturaleza. Es, por tanto, inadmisible que la marina tache de idiotas, como hizo antaño con Fulton y Russell, a inventores capaces de abrir nuevas perspectivas, únicamente por miedo a asistir a una revolución en el arte de la ingeniería naval. Por ello, he dado orden de que un prototipo de barco, con su dispositivo de propulsión delantera, sea puesto en dique y que lo antes posible se proceda a ensayos prácticos. He dado igualmente instrucciones para que se estudie la posibilidad de propulsar un buque por medio de hélices laterales —igual que las aletas de un pez—, pues ello tendría que proporcionar una movilidad mucho mayor e incluso la posibilidad de girar sobre sí mismo.

Estas reflexiones me son inspiradas por la idea de que, en el terreno de la técnica precisamente, cada vez que el hombre es detenido en su marcha hacia adelante se ha de dar campo libre a nuevos inventos, con el fin de que muestren el camino que seguir. En el caso del microscopio, por ejemplo, se está viendo llegar el día en que no será posible multiplicar el número de sus lentes, debido a que toda lente añadida contribuye a absorber un poco más de luz. No se progresará, pues, en ese terreno más que gracias a un invento revolucionario. Desgraciadamente, es muy difícil imponer los nuevos inventos, puesto que son contados los hombres que poseen un criterio lo suficientemente amplio para salirse de la rutina y que tengan el valor suficiente para desechar sus propios métodos y adoptar los de un competidor, sobre todo cuando este es un no conformista, por si fuera poco.

Ya se sabe lo que costó sustituir la teoría de Ptolomeo por la de Copérnico, y las repercusiones que ello supuso en el plano puramente humano. Era el derrumbamiento de una concepción del mundo en la que se basaba toda la filosofía de la Iglesia. Era necesaria, en aquella época, una gran valentía y entereza para declararse en favor de las ideas de Copérnico y atenerse a las consecuencias, pues la Iglesia se defendía sin pararse en barras. Lo que, desde luego, es comprensible, pues cuanto más fanáticos sean un hombre o una organización, más demoledor es el impacto de la revelación de sus errores y, con ello, la destrucción de toda la base de su pensamiento. La historia nos enseña que la suerte de los inventores ha sido siempre la misma. El maestro de postas que hizo el descubrimiento sensacional de que era posible poner un vehículo sobre raíles e impulsarlo con vapor, fue considerado ridículo por

todos los directores de postas, es decir, por todos los especialistas. Lo más trágico, en el caso de los inventores, es que tienen que solucionar problemas reputados como resueltos y de una forma que la mayoría de la gente cree definitiva. A esta noción se sobrepone el hecho de que una nueva invención comienza siempre provocando el desorden. Las guerras, que imprimen a todas las actividades un movimiento acelerado, son, por ello, períodos particularmente favorables para los inventores. En tres años y medio de guerra la aviación ha hecho más progresos que en treinta años de paz. ¡No se consideraba acaso, en 1906, que un avión no podía tener interés si no era capaz de volar a la velocidad de cuarenta kilómetros por hora!

231. 3 DE JUNIO DE 1942, DURANTE LA CENA

La guerra tecnológica. – Los elefantes de Aníbal.

Es sorprendente observar hasta qué punto, en la Antigüedad, se adaptaba la técnica a las necesidades de la guerra.

No se conciben las victorias de Aníbal sin sus elefantes, ni las de Alejandro sin sus carros, su caballería y la técnica de sus arqueros.

En la guerra, el mejor soldado, el que consigue mayores triunfos, es aquel que dispone de los medios técnicos más modernos, no solamente en el combate propiamente dicho, sino también en lo que respecta a vías de comunicación y al aprovisionamiento.

En tiempo de guerra, nada más falso que el dilema: o soldado o técnico. Por eso la estrategia más eficaz es aquella que utiliza hasta el máximo las posibilidades ofrecidas por la técnica.

232. 4 DE JUNIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Asesinato en Praga. – Imprudencia y temeridad de Heydrich.

El Führer comentó el atentado de que había sido víctima Heydrich.

Ordenaré de una vez para siempre que nuestros dirigentes que ocupan cargos de mayor responsabilidad y peligro observen las prescripciones establecidas con vistas a su seguridad personal.

Desde el momento en que la ocasión no solamente hace al ladrón sino que descubre también al criminal, declaro que los «gestos heroicos», como un paseo en coche descubierto y sin blindar, o a pie y sin guardaespaldas por las calles de Praga, son puras fanfarronadas y no sirven en nada a los intereses de la nación.

Que un hombre insustituible como Heydrich se exponga al peligro sin absoluta necesidad para ello sólo se puede calificar como una tontería y una estupidez. Hombres de la importancia de Heydrich tendrían que saber que son acechados continuamente, como caza propicia, por infinidad de tipos que sólo buscan la ocasión de asesinarles. Cuando un automóvil se estrella contra un árbol, ¿cuánto tiempo hace falta para establecer si ha habido atentado o no? A los mismos pasajeros, cuando el conductor ha recibido algún tiro, les es difícil dar fe de ello. No hay que olvidar, cuando un coche circula a noventa kilómetros por hora, que una bala llega a su destino antes de que se perciba el sonido del disparo.

Mientras la situación no esté estabilizada en el espacio vital alemán, mientras que el pueblo alemán no haya eliminado a la chusma extranjera, aquellos de los nuestros que ocupen un puesto clave de responsabilidad no deben descuidar ninguna medida de prudencia. Esto ha de constituir una obligación para ellos, en el propio interés de la nación.

233. 5 DE JUNIO DE 1942, A MEDIODÍA

Predisposición de los finlandeses a las enfermedades mentales. – Efectos del estudio de la Biblia a ese respecto. – Manía religiosa. – Los alemanes deben evitar el malestar espiritual.

La conversación había versado sobre lo frecuentes que eran las enfermedades mentales en Finlandia. Entre las posibles causas de esta predisposición de los finlandeses, se había citado la aurora boreal y también la costumbre que les era familiar de atormentarse a causa de problemas de orden religioso. Dadas las condiciones de aislamiento en que vivía la mayoría de los finlandeses, sobre todo en invierno —las granjas campesinas estaban alejadas unas de otras cincuenta y hasta cien kilómetros— era una necesidad para ellos ocupar su mente en algo; de aquí provenía su marcada religiosidad, la cual, por ese motivo, no tenía nada de sorprendente. El Führer dijo lo siguiente:

Es una verdadera lástima que esta tendencia al pensamiento religioso no pueda hallar mejor salida que las nimiedades judías del Antiguo Testamento. Pues las personas religiosas que en la soledad del invierno buscan tenazmente con ayuda de la Biblia la aclaración final de sus problemas religiosos a la larga se deformarán espiritualmente. Los infelices se esforzarán por sacar verdades de esos embustes judíos, que en realidad no encierran verdad alguna. De resultas de ello se ven encarrilados en una u otra vía de pensamiento, y a no ser que tengan un sentido común excepcional, degeneran en maníacos religiosos.

Es lamentable que hubiera que traducir la Biblia al alemán, y que por ello la totalidad del pueblo alemán se viera expuesta a ese galimatías judío. En la medida en que la sabiduría, en especial la del Antiguo Testamento, se mantenía exclusivamente en el latín de la Iglesia, apenas había peligro de que las personas sensibles fueran víctima de ilusiones debido al estudio de la Biblia. Pero desde que la Biblia pasó a ser de propiedad de todos, muchísimas personas vieron abrírseles líneas de pensamiento religioso que, especialmente acompañadas de la meditación persistente y un tanto melancólica característicamente alemana, las convertía con frecuencia en maníacos religiosos. Cuando posteriormente uno se entera de que la Iglesia católica ha elevado a gran número de perturbados a la categoría de santos, se percata del motivo por el que inevitablemente llegaron a existir movimientos como el de los flagelantes en la Alemania medieval.

Como alemán sano, uno se queda pasmado al pensar que seres humanos alemanes puedan haberse visto conducidos a tal situación por la mugre judía y las estupideces de los curas, que apenas diferían de los derviches aulladores de turcos y negros de los que tan desdeñosamente nos reímos. Es irritante pensar que mientras en otras partes del globo enseñanzas religiosas como las de Confucio, Buda y Mahoma ofrecen una amplia base a los inclinados a lo religioso, los alemanes hubieran de ser engañados por un planteamiento teológico carente de honradez profunda.

Al buscar los motivos de estos fenómenos sorprende de inmediato la medida en que el cerebro humano reacciona a los influjos externos. Por ejemplo, es frecuente que un niño a quien se ha atemorizado en sus primeros años con la amenaza del coco en la oscuridad tema durante los años de su desarrollo entrar en una habitación oscura, una bodega o similar. Entre las mujeres, cuando se inculca en la primera juventud un miedo de este tipo, es frecuente que persista durante toda la vida. Por otra parte, hay peligros que un hombre, por no conocerlos siquiera, ignora por entero. Un niño que viva en una zona expuesta a bombardeos y a quien no se haya explicado sus peligros tomará un ataque aéreo enemigo por un lanzamiento ruidoso de fuegos de artificio, y como norma no mostrará ningún signo de temor.

Estas consideraciones me llevan a la conclusión esencial de que hemos de hacer todo lo humanamente posible para proteger en todo momento del peligro de deformación mental a cualquier sector del pueblo alemán, trátese de una manía religiosa o de cualquier otro tipo de desorden cerebral. Por tal motivo he ordenado que todas las ciudades de cierta importancia dispongan de un observatorio, pues la experiencia ha demostrado que la astronomía es uno de los mejores medios de que dispone el hombre para aumentar su conocimiento del universo, salvándole así de cualquier tendencia a las aberraciones mentales.

234. 5 DE JUNIO DE 1942, DURANTE LA CENA

¡Se asciende a un santo a general!

*Se entregó al Führer un informe según el cual Francisco Franco había decidido, por un decreto del 22 de septiembre de 1941, conceder honores de mariscal de campo a santa Funicisla [*sic*], patrona de Segovia, como gratitud por el milagro realizado por ella hacía cinco años, cuando tres mil soldados del bando sublevado bajo el mando de Valera [*sic*], por entonces ministro de la Guerra, fueron capaces de defender eficazmente la ciudad del ataque de quince mil republicanos. También le hablaron de otro caso, el de una santa que fue nombrada general por impedir la explosión de una bomba que había penetrado en la iglesia de la que era santa patrona. El Führer intervino como sigue:*

Tengo las más serias dudas de que de este tipo de absurdos pueda salir algo bueno. Estoy siguiendo la evolución de España con el mayor escepticismo, y ya me he hecho a la idea de que aunque ocasionalmente pueda visitar otro país europeo, nunca iré a España.

235. 7 DE JUNIO DE 1942, A MEDIODÍA

Tendencias monárquicas en España apoyadas por la Iglesia. – Algunas viejas tácticas para hacerse con el poder. – Una nueva revolución en España significaría la ruina. – Dos «pequeñas peticiones» del regente Horthy. – El Tisza es el Rin de los húngaros. – El hijo de Horthy. – Comisiones militares interaliadas en 1925.- Traición entre alemanes. – Los emigrados de 1933. – Apreciación de los crímenes de traición. – Todo traidor debe ser fusilado. – Los objetores de conciencia. – Arreglo de cuentas con los testigos de Jehová.

En el curso de la discusión sobre la División Azul —la división española destinada al frente oriental— la conversación volvió a girar en torno a la situación interna en España. El Reichsleiter *Bormann observó que el creciente movimiento a favor de una monarquía recibía bastante apoyo del clero. El Führer, tras asentir, prosiguió:*

Las actividades de la Iglesia en España no son distintas de las que la Iglesia católica lleva a cabo en nuestro propio país ni de las de la mayor parte de las iglesias en cualquier otro país. Cualquier iglesia, si está en condiciones de influir sobre el régimen civil, por cuestión de principios sólo apoyará o tolerará un régimen que no tenga ni reconozca más forma de organización popular que la situada bajo la égida de la Iglesia, de modo que sólo dependa, en lo que a la administración general se refiere, de la Iglesia en tanto que única dirección organizada del pueblo.

A no ser que esté dispuesta a renunciar a la lucha por el poder inherente a toda Iglesia que intervenga en política, en España la Iglesia no puede reconocer al actual régimen, que ha hecho de la Falange una organización propia para dirigir al pueblo español. De modo que para establecer relaciones definidas con la Iglesia, sólo hay una cosa que la Falange pueda hacer: limitar la intervención de la Iglesia a los asuntos religiosos, esto es, a los sobrenaturales. Sólo con que se permita una vez a la Iglesia ejercer la menor influencia sobre el gobierno del pueblo y la formación de las jóvenes generaciones, ésta intentará hacerse omnipotente; y es un grave error pensar que aceptando un compromiso la Iglesia pueda convertirse en colaboradora.

La situación internacional y los intereses políticos de la Iglesia católica en España hacen inevitable un enfrentamiento entre la Iglesia y el régimen de Franco, por lo que una nueva revolución entra dentro de lo posible. En un futuro no muy lejano, España bien podría tener que pagar con sangre el fracaso de no haber hecho una verdadera revolución nacional como las que se hicieron en Alemania y en Italia.

Kallay, el nuevo primer ministro de Hungría, me ha transmitido dos «pequeñas solicitudes» del regente Horthy, a saber: que el buen Dios y yo mismo hiciésemos el papel de simples espectadores en el caso de que los húngaros decidieran arreglar sus cuentas con los rumanos. Desde el punto de vista de los húngaros, según Kallay, ello sólo representaría un conflicto contra Asia, puesto que, para ellos, la frontera entre Asia y Europa se establece en el lugar donde comienza el reino de la Iglesia ortodoxa. Únicamente los territorios situados más hacia aquí de esa frontera tomaron parte, según él, en la civilización europea, debido al papel que representaron en los grandes movimientos del Renacimiento, la Reforma, etc. Este es el motivo por el cual Hungría se opuso siempre a Rusia, y ésta es la razón por la cual no comprendió la política del Tercer Reich en la época del acuerdo germano-ruso.

Por otra parte, Kallay afirma que el río Tisza representa para los húngaros lo que el Rin para los alemanes. De la misma manera que el Rin es un río alemán, el Tisza es un río húngaro, y no el trazado de una frontera internacional.

En el plano de la política interior, Kallay menciona la necesidad de una reforma agraria, limitada al engrandecimiento de las haciendas con terreno insuficiente.

Kallay me ha hablado también del hijo de Horthy como de un hombre que va recto a la meta, y me ha recordado que las tropas húngaras que luchan con nosotros en el frente del este tienen en él a un verdadero héroe. Lo creo fácilmente, pues el mismo regente es un hombre de gran valor personal.

Hay que reconocer que Horthy ha combinado bien su asunto. Es evidente que si su hijo gana sus galones en las filas del ejército alemán, Alemania podrá difícilmente oponerse a que los húngaros hagan del hijo el sucesor del padre, e incluso que eventualmente ciñan sus sienes con la corona de san Esteban. Lo que es

indudablemente cierto es que los húngaros, incluso aquellos que son adversarios del Reich, admiten la idea de que el hijo juega un papel importante en el Estado, y ello con tanto mayor motivo por cuanto habrá probado su valor en la lucha contra el bolchevismo.

En tiempos de la República de Weimar, la traición había adquirido tales proporciones que los secretos militares eran voceados por la prensa y daban lugar a debates en el Reichstag.

Cuando las comisiones militares extranjeras abandonaron Alemania en 1925, dejaron en su lugar unos servicios de información y de espionaje que hacían evidentemente inútil su presencia allí. Según los agregados militares acreditados en Berlín, aquellos servicios funcionaban, efectivamente, a la perfección.

Más de una vez me ha invadido la cólera pensando en el estado de disolución moral que presidió la instalación en nuestro territorio de todo aquel aparato de delación y de traición, que le permitió prosperar de manera tan escandalosa. Me acuerdo de un caso en que un diputado, en sesión pública del Reichstag, preguntaba al gobierno si estaba al corriente de que, sobre tal carretera, se habían visto pasar cuatro carros de combate que no correspondían manifiestamente a las estipulaciones impuestas por el tratado de Versalles... ¡y qué pensaba hacer el gobierno a este respecto! Por entonces yo no podía, desgraciadamente, hacer otra cosa que no fuera anotar en unas listas, cuidadosamente llevadas al día, el nombre de los traidores, a fin de que aquellos cerdos no escapasen al castigo que merecían el día en que el nacionalsocialismo llegase al poder.

Si bien en 1933 nos vimos liberados, sin tener que molestarnos en intervenir, de la mayor parte de aquella chusma, ello se debe a que no menos de 65.000 ciudadanos emigraron de Alemania en cuanto subí al poder. No fue posible determinar lo que cada uno de ellos tenía que reprocharse, pero no hay duda de que, en su mayoría, fue la conciencia sucia la que les obligó a largarse al extranjero. Muchos de aquellos emigrados, tras reflexionar, manifestaron su intención de regresar a Alemania. Pero cortamos aquel reflujo de elementos indeseables declarando que todos aquellos que regresasen tendrían que pasar una temporada previa en un campo de concentración y que quienes fuesen convictos de haber cometido delitos no escaparían al paredón. Aquellas circunstancias permitieron al Reich apartar algunos miles de elementos asociales que, de no ser así, hubiera sido difícil identificar. En cuanto a los indeseables que no habían abandonado Alemania, el Sicherheitsdienst [Servicio de Seguridad] de Heydrich les paró los pies, y ello tuvo tanto mayor mérito por cuanto que en tal ocasión la justicia no se mostró a la altura de su misión.

Por su manera de apreciar los crímenes de traición, la justicia me ha exasperado a menudo. Por ejemplo, cierta vez pretendió perdonar a un traidor por la razón de que «se había dedicado principalmente al contrabando y que había que considerarle como contrabandista, castigándole como tal». Me ha costado lo indecible persuadir a Gartner, el ministro de Justicia, de que había que aplicar

a los traidores las medidas más rigurosas. Cuando fueron revelados detalles de nuestros fortines de Prusia Oriental, Gartner intervino incluso en favor de los culpables, solicitando, so pretexto de que el perjuicio ocasionado no era grande, que fuese suavizado su castigo. Tuve que hacer observar a Gürtner que no era posible evaluar entonces aquel perjuicio, puesto que no podíamos saber si un comandante de división instalaría algún día su puesto de mando en uno de aquellos fortines. En tal caso, la toma de aquel fortín, debido a una traición cometida varios años antes, podía tener una repercusión sobre el desarrollo de las operaciones. ¿Cuál era el daño «menor»?

En resumen, dije a Gürtner que si los tribunales ordinarios persistían en dar pruebas de mansedumbre en los casos de traición, me vería obligado a llamar un destacamento de las SS para pasar a los traidores por las armas. Considero la traición como un delito de pensamiento, y con independencia de los daños ocasionados un traidor debe ser ejecutado.

Al principio, el tribunal popular, dependiente de la justicia, que habíamos creado para ello, no pronunció los fallos rigurosos que yo deseaba. Por otra parte, no fue cosa fácil adaptar la legislación a las evidentes necesidades del Estado, debido a que, en el mismo seno del gabinete, los juristas vacilaban en reconocer la traición como un delito de pensamiento.

En el transcurso de las discusiones que tuvieron lugar a este respecto, tuve siempre que insistir en el hecho de que no existe traición cuyo móvil sea el idealismo. En este orden de ideas, el único delito del que se podría pretender que está causado por cierto idealismo es la negativa a servir en filas por motivos de conciencia. A esos refractarios es fácil contestarles que no titubean en comer el pan que otros van a conquistar para ellos; que, desde el punto de vista de una justicia superior, ello no es equitativo, y que por tanto hay que dejarles morir de hambre.

He dado pruebas de una gran clemencia no sometiéndolos al suplicio del hambre y haciendo pasar por las armas sólo a algunos testigos de Jehová, ciento treinta en total. Tales ejecuciones surtieron el efecto de una saludable tormenta. En cuanto fueron conocidas, varios millares de refractarios del mismo estilo revisaron sus opiniones y perdieron los ánimos de zafarse de la lucha invocando tal o cual escrúpulo religioso.

Aquel cuya responsabilidad es terminar victoriosamente una guerra y, en forma general, guiar a su pueblo en un período difícil, tiene la obligación de obrar de forma que no haya duda alguna sobre lo siguiente: quien, en las circunstancias actuales, en forma activa o pasiva, se ponga al margen de la comunidad, será eliminado por ella; quien, por debilidad, se aparta de sus principios, trabaja, lo quiera o no, en pro de la disolución del Estado. Se asiste en estos momentos a las premisas de este fenómeno en un país como Suecia.

236. 7 DE JUNIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Una procesión en Barcelona. – Acoso a la Falange. – Mi desconfianza de Serrano Súñer. – Resistencia superior de los italianos a las herejías de la Iglesia. – Los emperadores alemanes y la Iglesia. – Misa de réquiem por el protector de Bohemia y Moravia.

El Führer fue informado de que con ocasión de la procesión del Corpus Christi en Barcelona, el gobernador de la ciudad prohibió por medio de un bando que las personas que intervinieran en ella vistieran el uniforme de la Falange o de la milicia falangista o cualquier parte de ellos. Se hizo una única excepción a favor del jefe regional de la Falange y su séquito. Al parecer, según el informe, los nacionalistas obtuvieron tal prohibición por medio de las autoridades eclesiásticas. En relación con esto hacía unas semanas que se habían producido incidentes entre los nacionalistas y los miembros de la Falange, pese a representar éstos al partido oficial del Estado. Aún era más significativo que el periódico Arriba *de Madrid atacara este bando y declarara rotundamente que llevar la camisa azul era para los falangistas una obligación honrosa, y que quienes se opusieran a ellos eran unas criaturas despreciables.*

He aquí la opinión del Führer:

Este tipo de cosas muestran con toda claridad que el Estado español se precipita hacia un nuevo desastre. Los curas y los monárquicos —los mismos enemigos mortales que se opusieron al resurgir de nuestro pueblo— se han unido para hacerse con el poder en España. Si estallase una nueva guerra civil, no me sorprendería ver a los falangistas obligados a hacer causa común con los rojos para liberarse de la escoria clerical-monárquica. ¡Lástima que la sangre que vertieron juntos durante la guerra falangistas, fascistas y nacionalsocialistas no haya producido mejores resultados! Pero por desgracia en España siempre se encontrará a alguien dispuesto a servir los intereses políticos de la Iglesia. Serrano Súñer, actual ministro de Asuntos Exteriores, es una de esas personas. Ya en mi primera entrevista con él experimenté un sentimiento de repulsión, y eso que nuestro embajador, con total ignorancia de los hechos, me lo presentó como el más ardiente germanófilo de España.

Los fascistas se ahorraron una segunda guerra civil debido a que su movimiento, iniciado en Roma, logró unir a la nación italiana pese a la oposición de la Iglesia. Posteriormente el fascismo definió claramente su posición en lo referente a qué cosas corresponden a la esfera de la Iglesia y cuáles a la esfera del Estado. Al negarse la Iglesia a reconocer la ley de creación de la organización juvenil fascista, los fascistas se vengaron prohibiendo implacablemente desde Roma hasta el sur de Italia cualquier procesión religiosa. El resultado fue que a los tres días la Iglesia estaba a sus pies.

Hablando en términos generales la historia de Italia muestra que el pueblo italiano adopta hacia la Iglesia una actitud mucho más

realista que los españoles o, ¡ay!, que no pocos alemanes. ¿No es triste pensar que cada vez que los italianos echaban a uno u otro papa siempre hubiera un káiser alemán gustosamente dispuesto a restaurar el orden en el Vaticano? Para ser honrado, confesaré que en este sentido yo mismo no estoy libre de culpa. Al nombrar a un obispo del Reich intenté llevar un poco de claridad a la equívoca situación de la Iglesia evangelista. Y cuando veo lo que actualmente está sucediendo en España, me alegro del fracaso de mis esfuerzos. Una vez más la providencia me impidió caer en un error que estaba a punto de cometer. Pues, en efecto, ¿quién podría garantizarme que un buen día el obispo protestante del Reich no haga causa común con el papa en mi contra?

Las religiones organizadas, y en especial la Iglesia católica, suelen mostrar un aire inocente y halagar al hombre que está en el poder. Esto lo experimenté yo mismo cuando, poco después de asumir el poder, recibí una visita del obispo Bertram. Me comunicó los buenos deseos y el reconocimiento del clero católico con tanta unción que, de no haberlo sabido por mis propias y amargas experiencias personales, parecía imposible que ni un solo nacionalsocialista hubiera sido excluido de la Iglesia a causa de sus convicciones o perseguido e incluso execrado tras su muerte.

Es con esta apariencia de humildad como la Iglesia se ha abierto siempre camino en el seno del poder y ha logrado sus objetivos halagando de buen grado a los emperadores alemanes, desde Carlomagno en adelante. Es la misma técnica que emplean las mujeres sofisticadas: al principio rebosan encanto para ganarse la confianza de un hombre, y luego van tirando de los hilos hasta tenerlo tan amarrado que baila a su antojo como una marioneta. ¡Con un poco de *savoir faire* diplomático, estas mujeres incluso llegan a convencer a sus maridos —exactamente igual que la Iglesia y los emperadores alemanes— de que son ellos quienes llevan la batuta, y ello pese a la anilla en la nariz con que tan a las claras son guiados!

Muy recientemente la Iglesia ha intentado hacer otra del mismo tipo. El obispo de Bohemia y Moravia solicitó permiso para celebrar una misa de réquiem con repique de campanas por el *Obergruppenführer* SS Heydrich. ¡Le dije claramente al caballero que hubiera sido de mucho más provechoso ofrecer de antemano sus plegarias por la seguridad y el bienestar del protector del Reich!

237. 8 DE JUNIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Papel de las nuevas generaciones. – Extensión de la idea germánica. – Un nuevo nombre para la capital del Reich. – La juventud dirigida por la juventud. – Consecuencias absurdas de las divisiones religiosas. – Influencia de la juventud nacionalsocialista en las familias. – Penuria

de maestros de escuela. – Propaganda. – El papel de la prensa en la educación nacional.

Durante la cena circularon fotografías mostrando al jefe de la Juventud del Reich en compañía de los jefes y cabezas de grupo de Noruega, Holanda, Dinamarca, etc. A tal respecto, el Führer se expresó como sigue:

Es una suerte que Axmann haya sido soldado en el frente. El hecho de que haya perdido un brazo ha contribuido a aumentar su prestigio cerca de la juventud, incluyendo la de los países extranjeros. Aprecio en su justo valor los esfuerzos de Axmann por ganarse a la juventud de los países germánicos al nacionalsocialismo y a la idea de la agrupación de los pueblos germánicos. Cuando la juventud es ganada por una idea, ello actúa como una levadura. La juventud no se deja influenciar por las objeciones de los viejos, sigue recta su camino y supera todos los obstáculos. Incluso entre los daneses, la oposición de las viejas generaciones no impedirá a los jóvenes adeptos a la idea germánica hacer prevalecer la idea de su pertenencia a un tronco común, tesis que cada día gana más terreno. Favoreciendo sistemáticamente esta evolución, contribuyo a ir excavando poco a poco el foso que separará al viejo rey de Dinamarca de su pueblo, según una fórmula que utilicé con éxito en Austria, en detrimento del régimen Dollfuss-Schuschnigg.

Al ejemplo de Bismarck, que no dejó de inculcar la idea alemana en el espíritu de bávaros, prusianos, etc., afirmaremos la idea germánica a todos los pueblos germánicos de la Europa continental. Quizá convendría, para apoyar esta trayectoria, cambiar el nombre de Berlín y llamar Germania a la capital del Reich, puesto que este nombre permitiría, en su nuevo significado, que la capital del Reich fuese el centro de la comunidad germánica, sea cual fuere la distancia que separa de ella a sus diversos miembros. Este cambio no presentará dificultades insuperables. Prueba de ello son los anteriores, como la germanización de Gdynia, convertida en Gotenhafen, o Lodz, transformada en Litzmannstadt.

Igual que la prensa, la escuela es un instrumento destinado a educar al pueblo. Es preciso, pues, que sea organizada y dirigida de forma que los intereses privados no puedan ejercer influencia en ella.

La escuela no basta para formar a la juventud, pues su principal preocupación consiste en atiborrar los cerebros. Por ello, he fundado una organización suplementaria, la *Hitler Jugend*, a la que he dado esta consigna: «La juventud dirigida por la juventud». De esta forma, he obtenido que se operase rápidamente una selección entre los jóvenes en que pronto destacan los jefes de pequeños grupos. Así, pues, al criterio del maestro de escuela, que aprecia el saber en sí del individuo, viene a sobreponerse el criterio de la misma juventud, que se dirige a cualidades de orden esencialmente moral, como el espíritu de camaradería, la tenacidad, el corazón, la audacia, cualidades todas ellas que son indispensables para hacer un jefe.

El valor educativo de la escuela y de la *Hitler Jugend* depende de la calidad de los hombres que están a su frente. Por ello, al elegir a los jefes de las *Hitler Jugend* y a los miembros del cuerpo pedagógico, hay que partir de la idea de que unos y otros tengan madera suficiente para proporcionar a la juventud los ejemplos duraderos que ésta espera de ellos. En la Grecia antigua, los pedagogos daban en los gimnasios una enseñanza dedicada al desarrollo armónico del cuerpo y del espíritu. Entre los diez y los diecisiete años es cuando la juventud manifiesta un mayor entusiasmo y un idealismo más puro. Por lo tanto, durante este período es cuando conviene proporcionarle mejores maestros y mejores jefes, puesto que de ellos depende que la orientación de la juventud sea llevada puntualmente por el buen camino.

La gravedad de los fallos cometidos con la juventud en tiempos de la República de Weimar me resultó evidente a raíz de la lectura de un informe sobre lo que ocurría en aquel entonces en el país de Baden. ¡Todo estaba allí tan dividido y fragmentado, según la procedencia confesional, que los alumnos protestantes y los alumnos católicos tenían lavabos distintos! El gobierno de entonces no se dio cuenta, aparentemente, de que vertía veneno en el espíritu de la juventud. Estos detalles son de tanta mayor gravedad cuanto los niños en pleno desarrollo tienen un espíritu particularmente impresionable.

En cuanto a las influencias que sufren los niños y las que indirectamente pueden ejercer ellos a su vez, tenemos ejemplos muy cercanos. Miembros importantes del partido han visto despertar su interés en favor de la idea nacionalsocialista influenciados por sus propios hijos. En gran número de casos la madre fue la primera en ser captada; después, gracias a su colaboración, el padre.

En el plano escolar, lo que importa ante todo es suscitar en los maestros, y desarrollar en ellos, un sentimiento de comprensión con respecto a las necesidades de la juventud. Por ello no hay que descuidar, en el reclutamiento del cuerpo de enseñanza, descubrir a aquellos que, por sus disposiciones naturales o por la actividad a que se han dedicado hasta entonces, reúnan mejores condiciones para ocuparse de la educación de la juventud: por ejemplo las mujeres en general, y también los soldados que han terminado su época de servicio.

Lo ideal, en mi opinión, sería confiar la enseñanza elemental a institutrices y antiguos soldados. Es inútil querer apretar demasiado en la formación de los maestros y embrutecerles atiborrándoles el cráneo de pedagogía. El maestro, que tiene como porvenir pasarse la vida en un pueblo, no precisa de ninguna formación universitaria.

Ello no impide facilitar a los mejores maestros la posibilidad de ascender de categoría, si así lo desean. Por la misma razón, no se puede condenar a un oficial con dotes intelectuales a instruir reclutas toda la vida. ¡Sería como impulsarle al suicidio! Lo mismo ocurre con el maestro, que tiene derecho a formarse intelectualmente y no puede ser condenado a ejercer su magisterio

eternamente en un rincón del mundo. Tendría que facilitárseles, en particular, el paso de la escuela primaria a la secundaria.

Según la observación hecha por el *Reichsleiter* Bormann, existe tal penuria de maestros en Warthegau, que ello obliga a acortar, todavía más que en Austria, la duración de los estudios elementales. Personalmente, yo no veo mayor inconveniente en ello. Aquellos que estén dotados no dejarán de aprovechar sus ocios para seguir instruyéndose y desarrollándose. Lo que importa es que sepan que el Estado allanará el camino delante de ellos para adquirir la formación que les permitirá el acceso a la segunda enseñanza e incluso a la superior.

Acto seguido se habló de la administración y de su complicada organización, de donde resultaba a veces que el mismo trabajo era realizado simultáneamente por dos servicios diferentes. El Führer intervino:

Bajo este punto de vista, por ejemplo, es un error instalar un servicio de propaganda en cada ministerio e incluso en determinadas direcciones generales. El Ministerio de Propaganda y el Servicio de Prensa del Gobierno del Reich están ahí para responder a todas las necesidades. Yo mismo he dado el ejemplo a la Cancillería del Reich, renunciando a tener mi propio servicio de prensa y propaganda, y ello no impide en lo más mínimo que se ejecuten puntualmente las instrucciones que yo doy en este terreno. Si estoy de viaje, desde cualquier estación de ferrocarril puedo dar las órdenes necesarias, y a la mañana siguiente, por medio de la prensa y de la radio puedo preparar a la opinión pública para cualquier acontecimiento, aunque sea un acuerdo germano-ruso, por ejemplo.

Únicamente la concentración de los servicios de prensa y propaganda en el seno del mismo organismo permite dar a la prensa una unidad de criterio. Esta misma unidad de dirección tiene como consecuencia que la opinión pública conceda crédito a lo que dicen los periódicos; y no hay que olvidar que la prensa desempeña un importante papel en la educación del pueblo. Únicamente una prensa dirigida permite evitar las contradicciones que, de no ser así, abundan en las informaciones de toda clase, sean sobre hechos de alcance político o cultural o sobre simples sucesos sin gran importancia. Las contradicciones ridiculizan a la prensa en el ánimo del público, sabotean el prestigio y la autoridad que debería tener como portavoz de la verdad y le retiran el crédito que necesita para actuar eficazmente sobre la opinión pública.

En 1920, con motivo de una polémica con el pastor Traub, editor de *Eiserne Blätter*, ya me di cuenta de la incomprensión de los círculos llamados nacionalistas en lo que se refiere a este problema. Demostré claramente a aquel pastor que la libertad de prensa sólo servía, en resumidas cuentas, para difundir las desvergüenzas que lanzaban los judíos, y que aquella libertad debía ser suprimida para dejar lugar a una prensa dirigida. Mi contradictor se quedó viendo visiones. ¡Dietrich Eckart ha definido perfectamente la ética de los

nacionalistas al estilo del pastor Traub, diciendo que el periódico *Eiserne Blätter* [«Páginas de Hierro»] tendría que cambiar de nombre y llamarse *Blecherne Blätter* [«Páginas de Plomo»]!

Los pretendidos nacionalistas jamás han querido tomar en consideración la importancia enorme de la prensa como instrumento de educación nacional. Y sin embargo, ¿qué instrumento puede tener, bajo este punto de vista, más valor que la prensa? Por mi parte, la sitúo en el mismo plano que la escuela, y estimo que la organización y control de una y otra tienen que ser absolutamente vedadas a los intereses privados.

238. 22 DE JUNIO DE 1942, A MEDIODÍA

La popularidad de Rommel y de Dietl. – Publicidad hecha a Rommel por los ingleses. – La guerra motorizada en el desierto. – Victoria de los Volkswagen.

El Dr. Goebbels había suscitado el tema del general Rommel. Hizo observar que generales como Brauchitsch, Rundstedt y otros estaban muy lejos de tener una popularidad comparable a la de Rommel o a la de Diet/. Si la prensa, de repente, dejase de hablar de hombres como Brauchitsch y Rundstedt, el público no tardaría en olvidarlos. En cambio, Rommel y Dietl eran objeto de una veneración tal en el pueblo, que sus nombres se habían convertido en símbolo de las virtudes militares alemanas, igualándose a los más grandes capitanes. Ello afectaba todavía más a Rommel que a Dietl. El Führer intervino:

Dietl no es solamente popular entre nosotros, sino también en Finlandia. En cuanto a Rommel, si concentra el máximo interés sobre su persona, eso se debe a dos razones:

a) Nuestro pueblo en su mayor parte conoce lo bastante el verdadero intríngulis de la guerra para regocijarse con toda victoria conseguida sobre los ingleses.

b) Como el Dr. Goebbels ha hecho observar muy justamente, los mismos ingleses han hecho una extraordinaria publicidad de Rommel, tratando de esta forma que sus derrotas ante él fueran digeridas más fácilmente por el pueblo.

La valía y el talento de Rommel no admiten discusión. Desde el comienzo de su ofensiva, predijo el avance hacia el mar y el ataque a Tobruk con una precisión casi matemática. Había previsto igualmente que los ingleses caerían en el lazo que les tendía y se dejarían aniquilar en un triángulo que les parecía favorable, pero que estaba bajo el fuego de los antiaéreos.

Por otra parte, lo que ha hecho posibles las victorias de Rommel es que nos diéramos cuenta a tiempo de que la guerra en el desierto sería una guerra motorizada. El adversario, en cambio, desconoció

completamente las condiciones de esta guerra debido a que tenía una idea errónea sobre la movilidad que poseen los vehículos con motor en el desierto. Tal como ha ocurrido tan a menudo en la historia de las guerras, un oficial cualquiera de Estado Mayor, sin ninguna experiencia práctica, decretó un buen día que un vehículo con motor no puede avanzar por el desierto más que sobre pistas apropiadas. ¡Y se atuvieron a esta creencia como si fuera un axioma!

Siempre he opinado que las tesis de esa índole, sean las que fueren, tenían que ser sometidas al criterio de los hechos. Por ello ordené se hicieran las experiencias pertinentes con los Volkswagen. Esos coches, que tan magnífico rendimiento están dando hoy día en la guerra africana, no tardaron en convencerme de que la referida tesis era absolutamente falsa. Si se tienen en cuenta las experiencias realizadas hasta ahora, no es exagerado pronosticar que el Volkswagen es el coche del porvenir. No tengo más que acordarme de la forma en que esos cochecitos trepaban al Obersalzberg y con qué desenvoltura, como un enjambre zumbador, adelantaban a mi potente y enorme Mercedes. Cuando sea construido en serie, teniendo en cuenta las experiencias hechas durante la guerra, el Volkswagen se convertirá en el coche popular de toda Europa *par excellence*, y ello con tanto mayor motivo por cuanto su motor con refrigeración por aire le permite burlarse de la estación invernal. Me imagino que habrá que producir de millón a millón y medio de coches al año.

239. 23 DE JUNIO DE 1942, A MEDIODÍA

Nada de coacciones inútiles a la población civil. – El miedo al policía. – El mercado negro. – Comprensión hacia el campesino. – El hombre medio. – Anarquía de los transportes.

El Gauleiter *Forster explica que los cafés de Danzig estaban literalmente repletos durante la tarde. Como se veían allí gran número de mujeres ociosas y muy pintadas, la policía había pedido a Forster permiso para hacer vigilar aquellos establecimientos. Este no había creído oportuno acceder a ello.*

El Führer intervino:

Tiene usted toda la razón. Excepto rarísimas excepciones, todo el mundo, en el Reich, se halla integrado hoy día en el circuito del trabajo, mujeres inclusive. Por tanto, no es preciso que la policía esté colgada de la chaqueta de los ciudadanos, de lo contrario toda Alemania se transformaría en una verdadera penitenciaría.

El deber de la policía es dirigir su vigilancia sobre los elementos realmente asociales y ponerlos en estado de no poder perjudicar. Pero para esto no es necesario organizar una vigilancia de los establecimientos públicos. En efecto, las mujeres que sostienen

relaciones sospechosas con el extranjero no organizan citas en los cafés, sino más bien en sus llamados *salons*. En cuanto a las mujeres que frecuentan los cafés, se trata, sobre todo, de las que trabajan —empleadas de correos, institutrices, enfermeras, etc.—, las cuales, una vez cumplido su deber, se conceden a sí mismas un rato de distracción. Por otra parte, si se quisiese prohibir el acceso a los cafés a las mujeres algo fáciles, el soldado con permiso sería la primera víctima de ello. Si hay algún que otro pequeño tumor, acá y acullá, no nos acostumbremos a hacer intervenir inmediatamente a la policía. Es mejor que reaccionemos con medidas educativas. No olvidemos que no ha sido sirviéndonos del miedo que inspiran los métodos de la policía como hemos conquistado al pueblo nosotros, los nacionalsocialistas, sino tratando de guiarle y de educarle.

En lo que se refiere a los abastecimientos tenemos que aplicar el mismo principio. Ello significa que hay que perseguir y castigar con dureza a los traficantes profesionales, pero sin detener los trenes y los autocares para molestar al pasajero que ha comprado un par de huevos sin cupones. Cuando el campesino, una vez cumplidas sus obligaciones, comparte con algunos amigos su sobrante, no hay por qué echarle encima a la policía. Con ello solamente se lograría incitarle a consumir por sí mismo los productos que tenga como excedente.

Quienes han tomado la iniciativa de hacer registrar a los pasajeros de trenes y autocares deberían pensar sobre todo en la situación que existe en el norte, donde impera el régimen de las grandes propiedades. Seguramente no han pensado que, incluso en tiempo de paz, el campesino modesto se iba al mercado del pueblo para vender algunos huevos y unas pocas libras de mantequilla, mercancías que consideraba demasiado preciosas para consumirlas él. Si se estima que ese pequeño mercado negro adquiere proporciones excesivas, hasta el punto de poder influir sobre los precios, entonces será preciso que el Estado intervenga por segunda vez y compre, fuera de cupo, pero a precios algo más elevados que los de la tasa oficial, esos excedentes de mercancía.

No obstante, en este terreno hay que intervenir con mucha prudencia y sin olvidar que el campesino, una vez cumplidas sus obligaciones, tiene derecho a disponer a su antojo de los productos que le sobren. Por una parte, ello le estimula al trabajo; por otra, contribuye a consolidar el valor de la moneda. En efecto, mientras el campesino tiene tendencia a atesorar, el ciudadano, por el contrario, y sobre todo en períodos revueltos, prefiere transformar su dinero en mercancías.

Según el Dr. Goebbels, la idea del Führer de hacer intervenir al Estado como comprador por segunda vez, era una solución que se asemejaba al huevo de Colón. A la pregunta del Führer inquiriendo cuándo será, por fin, posible introducir una reglamentación adecuada, Bormann contestó que ya se habían adoptado las medidas necesarias y que entrarían enseguida en vigor. Se había previsto un

sistema de primas en relación con las proporciones del problema. El Führer prosiguió:

Verdaderamente, hay motivo para encolerizarse cuando se piensa en la mezquindad de determinadas medidas que privan a nuestra población de productos indispensables, sin que ello sea óbice para que éstos se pudran en los depósitos. Por lo demás, mi enojo subió de punto al enterarme de que estaba prohibido a nuestros soldados comprar lo que fuese en los almacenes franceses. Las almas piadosas que han elaborado tales disposiciones son incapaces de identificarse con el soldado que envía un paquetito a su familia —medias, un poco de chocolate, etc.—, ni de imaginar lo que representa semejante obsequio para dicha familia. Fue necesario que Goering interviniera personalmente para que fuese anulada inmediatamente tan estúpida medida.

En lo referente al aprovisionamiento de frutas y legumbres, el Gauleiter Forster informó de haber autorizado la venta directa del productor al consumidor, con el fin de evitar que los géneros se estropeasen al pasar por las manos de numerosos intermediarios. El estimó completamente ridículo, por ejemplo, querer impedir a los consumidores, con amenazas, comprar espárragos o fresas directamente al productor. Estas críticas dirigidas contra el carácter improcedente de las medidas tomadas por el Ministerio de Aprovisionamiento merecieron la aprobación general. El Führer insistió sobre la justificación de tales críticas.

Hay que hacer comprender a esos señores del Ministerio que tienen que poner fin de una vez a semejantes idioteces. Tales conceptos son obra de gentes que, habituadas a establecer reglas de carácter general, no saben considerar el caso particular de la gran propiedad de la Alemania del norte. Sería hora de darse cuenta de que, precisamente a causa de la diversidad de condiciones que existe en el problema del aprovisionamiento, la reglamentación de índole general debe quedar reducida al mínimo indispensable.

Pensando en la situación particular de Berlín, el Dr. Goebbels expresó el temor de que los obreros quedasen en notoria desventaja en el caso de que se autorizaran, de una manera demasiado amplia, las compras directas al productor. En efecto, las personas ricas enviarían a sus criados al campo (y los ociosos irían personalmente) para adquirir frutas y legumbres en abundancia, mientras que el obrero no tendría ninguna posibilidad para efectuar compras suplementarias en las tiendas de los detallistas berlineses. Respondiendo a una pregunta del Führer, Bormann observó que la compra directa a los productores estaba reglamentada por los Gauleiters *en función de las ordenanzas locales. Así, por ejemplo, en ciertas comarcas de la Alemania occidental y en la región de Mutschmann estas compras estaban prohibidas. El Führer concluyó:*

Es preciso, por otra parte, acabar con el sistema anárquico del vaivén de las frutas y legumbres a través de Alemania, como si no se tratara de productos esencialmente perecederos. Esto ocurre igualmente con las patatas, como ha demostrado Speer con gran refuerzo de gráficos. Ha añadido que la cerveza y los cigarrillos efectuaban inútiles viajes a través de Alemania. ¡Hay que acabar con semejante situación! No puede admitirse que cigarrillos fabricados en Dresde sean mandados a Berlín para su reparto y que desde aquí sean reexpedidos a Dresde en forma de contingente destinado a Sajonia. No nos es posible permitirnos el lujo de tales inconsecuencias.

De hoy en adelante conviene aplicar la mayor lógica en esas cuestiones de transporte. En la medida en que los productos alimenticios no se consumen en los lugares de producción, hay que encaminarlos a las regiones deficitarias *más próximas*.

Por lo que respecta al aprovisionamiento de las ciudades industriales, hay que asegurarlo recurriendo a las grandes explotaciones agrícolas vecinas. A ellas hay que dirigirse ya que, por una parte, resulta más fácil vigilarlas, y, por otra, producen proporcionalmente más que varias pequeñas propiedades constituyendo juntas la misma superficie.

Conviene, además, asegurar una utilización más racional de los productos alimenticios en las grandes ciudades multiplicando en ellas el número de cantinas para uso de los obreros o empleados, y aumentando asimismo el número de cocinas populares. Ello permitirá también a los habitantes de dichas ciudades hacer dos o tres veces por semana una comida conveniente, al tiempo que economizan sus cupones.

El punto de partida debe ser el siguiente: hay que hacer lo imposible para que los productos agrícolas excedentes procedentes de las zonas que controlamos sean puestos a disposición del consumidor alemán. Si, por ejemplo, los huevos se están pudriendo en Ucrania por falta de medios de transporte, que se utilicen las inmensas reservas de paja de aquel país para hacer aglomerados, gracias a los cuales serán alimentados los gasógenos que contribuirán a reducir el problema del transporte. Tal como ha dicho Speer, dispondremos de vagones frigoríficos en número suficiente con sólo suprimir los transportes inútiles de cerveza.

240. 24 DE JUNIO DE 1942, DURANTE LA CENA

The right man in the right place. – El reclutamiento de jefes. – Independencia relativa de los jefes regionales. – Descentralización y unidad. – La elección del jefe del Estado. – Los emperadores electos.

Ya en la época en que trataba de organizar el partido, nunca hice nombramientos hasta tener a la persona adecuada. Apliqué

particularmente este principio al designar al *Gauleiter* de Berlín. A pesar de las incesantes recriminaciones de los miembros del partido contra los dirigentes berlineses, esperé a tener el hombre adecuado para anunciarles mi intervención. Este hombre era el Dr. Goebbels. Él poseía, en efecto, las dos cualidades indispensables para triunfar en Berlín: su elocuencia y su talento. Encarna al hombre del Ruhr, ese hombre que, íntimamente ligado al trabajo del acero, representa un tipo humano de valor excepcional.

Cuando le pedí que estudiara la organización del partido en Berlín, me respondió, una vez realizadas sus investigaciones, que los mandos subalternos eran deficientes y que necesitaba plenos poderes para proceder a las eliminaciones indispensables. No me pesa haberlo escuchado. En efecto, él, a pesar de haber hallado al posesionarse del cargo un organismo sin ningún valor, no por ello dejó de conquistar Berlín. Se esforzó como un toro sin ceder ante ninguna dificultad, indiferente a la oposición latente que le hacían, por ejemplo, hombres como Stinnes.

No sería posible organizar hoy una selección de jefes, un *corps d'élite*, comparable a la que fue constituida durante nuestra lucha [*Die Kampfzeit*]. Sólo había lugar en aquella época para los idealistas, para los hombres que estaban dispuestos a hacer cualquier sacrificio necesario para el triunfo del ideal.

Bormann tiene razón cuando, con este propósito, cita el ejemplo del mayor Dincklage, al que llamaban el «mayor mochila al hombro». Permanecía día y noche en la brecha para ganar adeptos al partido. Cuando por casualidad iba a su casa se limitaba a permanecer en ella el tiempo indispensable para rellenar su mochila de víveres. El partido rebosaba en aquella época de idealistas de esta categoría.

Cuando enfoco el problema del reclutamiento de los jefes, no puedo menos que recordar lo ocurrido en Prusia Oriental. Mientras el partido tuvo al frente una personalidad insignificante, los grandes terratenientes se declararon netamente a favor del nacionalsocialismo. Al considerar a los jefes regionales como exploradores, o sea como simples comparsas, se preparaban para ocupar su sitio a la primera oportunidad. Pero cuando les envié a Koch como *Gauleiter*, no tardaron en darse cuenta de que el puesto estaba ocupado por un verdadero jefe, y se pasaron a los enemigos del NSDAP.

Me estoy aprovechando hoy, aplicándola al Reich, de la experiencia que atesoré en el partido, durante el *Kampfzeit*, en materia de organización. Si entonces hice de los *Gauleiters* verdaderos reyes, que sólo recibían de la dirección central unas instrucciones muy someras, concedo hoy igualmente unos poderes muy amplios a nuestros *Reichsstatthalter*, incluso si me creo con ello la oposición del Ministerio del Interior.

Sólo de este modo es posible conseguir la aparición de nuevos talentos. Lo contrario equivaldría a permitir a una burocracia estúpida desarrollarse y prosperar. Pero al conceder a los jefes regionales la más absoluta libertad de iniciativa, se les convierte en hombres que adquieren el sentido de la responsabilidad y que lo

asumen con satisfacción. Y es de este plantel de donde se sacan luego los jefes a los que se pueden confiar las más altas empresas.

Como contrapartida de las libertades concedidas a estos dirigentes regionales, exijo de ellos una disciplina terminante en lo referente a las órdenes emanadas de la dirección suprema. Pero ya se sobreentiende que la dirección suprema no se mete en los pequeños detalles, habida cuenta de que las condiciones locales varían según las regiones.

En el mismo orden de ideas, he de insistir nuevamente en que nada sería más perjudicial para el Reich que una centralización excesiva de Estado y una limitación del poder regional según el designio de los juristas. Precisamente fue aquélla la que perdió a Francia en 1871, tal como aseveró Bismarck. La multitud de *departaments* privados de autoridad y, por consiguiente, de iniciativa, esperaban estúpidamente instrucciones de París.

Mi punto de vista es que la administración local debe gozar de la mayor independencia posible, lo que no la releva de la obligación de ejecutar sin discusión las instrucciones que recibe de arriba. Si la jerarquía superior interviene, eso es la ley.

Frente a tal descentralización del poder, se precisa el contrapeso de una autoridad intangible que sea el cimiento del Reich. Los agentes ejecutivos, con la Wehrmacht a la cabeza, y luego la policía, el Servicio del Trabajo, la Dirección de la Juventud, etc., deben depender de una sola voluntad. Juntos los dos —el cuerpo legislativo y el ejecutivo— cimentarán el Estado como una única entidad. Asegurado esto, nada puede ocurrir al Reich.

El mayor peligro ocurre cuando el ejecutivo posee al mismo tiempo poderes supremos legislativos, o aspira a ellos. Ello significaría una rivalidad entre las diversas armas de la Wehrmacht, o entre las distintas regiones del Reich, y así sucesivamente. Este fenómeno fue el que arruinó, en otros tiempos, a numerosos estados poderosos.

En cuanto a la elección del jefe de Estado, si me sucediera algo, no sería lo más indicado que se eligiera al nuevo Führer por sufragio universal, pues ni el papa es elegido por la multitud de los creyentes, ni tampoco se elegía al Dux de Venecia por el conjunto de la población veneciana. Cuando el pueblo en masa participa en una de esas elecciones, la cosa se convierte en un asunto de propaganda. Y la publicidad, a favor o en contra de los diversos candidatos, divide al pueblo.

Si la elección se confía a un sufragio restringido, a un senado por ejemplo, el choque de las distintas opiniones no tiene importancia. Basta en este caso con tener la inteligencia necesaria para que tales divergencias no se hagan públicas. Una vez realizada la elección, es necesario que el que haya reunido el mayor número de sufragios sea en adelante para todo el mundo y sin discusión el jefe del Estado. Es conveniente que en las tres horas siguientes a la elección, el ejército, el partido y el cuerpo de funcionarios presten juramento al nuevo Führer. De este modo el orden público queda absolutamente garantizado.

Semejante elección no colocará necesariamente a una personalidad de primerísima fila a la cabeza del Reich. Desde luego, yo no me hago ninguna ilusión sobre este particular. Pero siempre resultará ser un hombre bastante por encima del nivel medio para que el Reich no corra ningún peligro, por lo menos mientras el conjunto de los órganos del Estado funcione normalmente.

En el fondo, el sistema de los emperadores elegidos en el Imperio Romano Germánico constituía una excelente forma de gobierno. Lo que pervirtió el sistema fue que los príncipes electores eran de índole hereditaria. Habiendo sido durante siglos Alemania la encarnación del mundo occidental, sin que se viera jamás seriamente amenazada por el exterior, esos príncipes hereditarios, preocupados ante todo por los intereses de su casa, creyeron poder permitirse el lujo de un emperador débil.

Es, pues, necesario que sea principio inquebrantable del nacionalsocialismo que ninguna de las funciones del Estado o del partido pueda convertirse en hereditaria.

Todo *Gauleiter* debe tener un adjunto. Éste en ningún caso se sentirá tentado de intrigar contra su superior, pues ya el reglamento del partido dispone que nunca un adjunto pueda suceder a su jefe, y convertirse en el jefe del *Gau* en el que funciona como adjunto.

Ésta es la razón en virtud de la cual nosotros, nacionalsocialistas, desconocemos la puñalada por la espalda. Al adjunto de un *Gauleiter* que haya dado muestras de capacidad, se le ofrece la perspectiva de convertirse en *Gauleiter* de otra provincia, pero bajo condición expresa de que no debe, por medio de intrigas, provocar la caída de su jefe. El rasero para medir las cualidades de un adjunto estriba en que la demarcación en que desarrolla sus actividades sea próspera, ya que cuando todo marcha bien en una demarcación no siempre se debe al trabajo y a la personalidad del *Gauleiter*, sino también a la labor y a la personalidad de su adjunto, el cual tiene asimismo unas atribuciones bien definidas.

Para establecer claramente que jamás un *Gau* puede ser un feudo hereditario, he adoptado el sistema de los traslados en cuanto se refiere a los *Gauleiters* que no ganaron por sí mismos su provincia al nacionalsocialismo. Así, por ejemplo, trasladé al de Salzburgo a Estiria y lo reemplacé en Salzburgo por un miembro del partido que había desempeñado hasta entonces unas funciones totalmente diferentes. Por otra parte, nunca enviaré a una ciudad como Viena a un hombre de quien no espere en lo venidero grandes cosas en otra actividad. Por lo demás, jamás será consentido que el hijo herede el cargo de su padre. ¿Podéis imaginarme designando como jefe de Estado Mayor a un muchacho de dieciocho años?

Al observar Bormann que, por regla general, el hijo de un profesor de matemáticas no se inclina a seguir los pasos de su padre, el Führer concluyó:

Eso no tiene nada de extraño. En la mayoría de los casos, son las cualidades de la madre y no las del padre las que se descubren en el

hijo. Conocí al de un industrial que por nada del mundo quería oír hablar de los negocios de su padre. Habiendo heredado el idealismo de su madre (la cual, dicho sea de paso, se había vuelto a casar), tomó la decisión de hacerse soldado, y hasta paracaidista.

241. 27 DE JUNIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Reclamación de Degrelle. – Magnífica conducta de los flamencos. – La suerte de Bélgica y de los Países Bajos regulada con breves declaraciones. – Viaductos y carreteras romanas. – Nuestra red de carreteras en el este. – Feliz presagio de la toma de Tobruk. – Las conversaciones de Roosevelt y Churchill. – Las dificultades de Inglaterra.

El Dr. Dietrich, jefe de Prensa del Reich, dio cuenta al Führer de una reclamación del jefe rexista belga Degrelle, en aquel momento legionario en el frente del este. Éste se quejaba de que en los recientes intercambios de prisioneros de guerra, entre los belgas nunca les llegase el turno a los rexistas. Los miembros belgas del comité eran reaccionarios conspicuos que ignoraban sistemáticamente la existencia de los rexistas. El Führer respondió:

Ordeno que se haga inmediatamente lo necesario para que la influencia de Degrelle sea determinante para escoger los prisioneros belgas que han de ser liberados. Se sobreentiende que los que exponen su vida por la Europa de mañana tienen prioridad en la audiencia del Reich. He de añadir que hasta aquí hemos tenido demasiados miramientos con los reaccionarios belgas. Fue un error no llevarse prisionero al rey Leopoldo y haberle permitido permanecer en Bélgica, por cortesía hacia sus amigos italianos. Si lo cierto es que no es una lumbrera, hemos de reconocer, sin embargo, que es persona muy intrigante. Constituye, además, el centro de unión de los elementos reaccionarios.

Como contrapartida cabe señalar felizmente la magnífica conducta de los flamencos en el frente del este. Son incluso más germanófilos y más desinteresados que los legionarios neerlandeses. Esto se debe seguramente a que aquéllos estuvieron durante siglos oprimidos por los valones. La falta de armonía entre unos y otros no ha escapado al Duce. Cuando habla de la futura Europa, tiene por costumbre situar a flamencos y neerlandeses a un lado, y a los valones, con los franceses, en otro.

En lo que se refiere al estatuto de los valones, me parece que Mussolini no considera de una manera muy justa las condiciones del problema en el noroeste europeo. La solución que preconiza para la pequeña minoría valona no es muy posible en el marco del gran Reich germánico. Por esto me encanta que no haya ni en Bélgica ni en Holanda un gobierno con el que tengamos la obligación de

discutir. Será, pues, posible imponer la solución que nos parezca políticamente mejor. Determinaré la suerte de esos pequeños estados por medio de declaraciones breves y decisivas.

En la construcción de carreteras es donde se expresa toda civilización en sus comienzos. Bajo la dirección de César, al igual que durante los dos primeros siglos de nuestra era, los romanos consiguieron secar las marismas y desbrozar las selvas de Germania haciendo carreteras. Siguiendo su ejemplo, nosotros hemos de comenzar por construirlas en Rusia. Quien quisiera proceder de otro modo empezando por el ferrocarril no haría más que poner el arado delante de los bueyes. Yo considero, aunque no sea más que por motivos de orden militar, que es indispensable construir desde ahora por lo menos setecientos cincuenta mil kilómetros de carreteras. Sin la existencia de buenos caminos, resulta imposible limpiar militarmente los territorios conquistados ni, a la larga, conservarlos en nuestro poder. Por este motivo, la mano de obra rusa que no sea indispensable para la agricultura o para las fábricas de guerra debe ser utilizada en primer lugar para la construcción de carreteras.

Cuando empecemos a escoger en Rusia los emplazamientos de las nuevas poblaciones no hemos de limitarnos a las conveniencias puramente militares, sino que hemos de escogerlas con vistas a romper la monotonía de las carreteras largas y abiertas.

La toma de Tobruk constituye un éxito verdaderamente extraordinario. En la coyuntura actual debe considerarse como un feliz presagio para el pueblo alemán. Al igual que la intervención de Japón, ese golpe asestado por Rommel a los ingleses en el teatro africano se ha producido en el preciso instante en que los españoles intrigan contra nosotros. Para darles una idea de esas intrigas bastará con que les diga que el ministro español de Asuntos Exteriores, Súñer, acaba de aceptar que el papa le «honre», por así decirlo, regalándole un rosario.

Si las conversaciones entre Roosevelt y Churchill, en Washington, han durado ocho días, ello se debe principalmente a la circunstancia de que Rommel ha sacudido fuertemente la supremacía inglesa en el Mediterráneo. Cuando ambas partes están de acuerdo, las negociaciones no suelen durar mucho. Mis entrevistas con el Duce nunca han durado más de una hora y media, consagrándose el tiempo restante a las ceremonias. La única vez que nuestras conferencias duraron casi dos días fue cuando las cosas iban mal en Albania, pues entonces hube de levantar su moral. Es fácil, por comparación, imaginar la importancia que los aliados atribuyen a sus dificultades. Independientemente de esto, es extremadamente difícil animar con una voluntad común una coalición que comprende, además de Gran Bretaña, Estados Unidos, Rusia y los chinos. Si, por ejemplo, Litvinov ha sido invitado varias veces a participar en las conversaciones entre Roosevelt y Churchill se debe evidentemente a que Rusia posee, en lo que concierne a la India, una carta formidable contra Inglaterra. Después de la pérdida

del Extremo Oriente, no hay para ella amenaza más grave, dado el caso de que sus relaciones llegaran a enturbiarse, que la que los rusos podrían ejercer sobre ella buscando en la India una compensación a los descalabros que han experimentado en Europa. Es posible que esta opción sobre la India sea uno de los motivos que empujan a Rusia a evitar al precio que sea entrar en guerra con Japón. Esto no es para desagradarnos, pues el estado de no beligerancia entre ambos países constituye para nosotros un argumento de peso en la partida que estamos jugando con Inglaterra. La cuestión es saber qué hará ésta. Está claro que no puede esperarse por este lado ningún milagro, habiendo cometido los ingleses la ridiculez de declararnos la guerra a pesar de no estar preparados.

Lanzando las noticias más contradictorias, tratan de desviar la atención sobre sus dificultades actuales. Correspondería a la Wilhelmstrasse intentar descubrir las soluciones que Inglaterra se dispone a poner en obra. Para lograrlo, flirtear con la hija de Churchill sería el mejor medio. Pero nuestros diplomáticos juzgan estos medios indignos de ellos. Este agradable sacrificio, realizado en tiempo oportuno, podría preservar la vida de gran número de soldados alemanes.

242. 29 DE JUNIO DE 1942, A MEDIODÍA

Belgrado y el Danubio. – El Danubio, río alemán. – Tareas de futuro. – Bismarck, Holstein y Luis de Baviera.

Mis compatriotas vieneses no cesan de preguntar si abandonaremos Belgrado una vez más. «Después de haberla conquistado por tercera vez —dicen—, ¡sería ya hora de quedarse allí!»

Al expresar esta opinión reconozco que tienen razón, pero hasta cierto punto. Hemos de acordarnos, en efecto, cuando se trate de delimitar las fronteras en esa región, que habrá que obrar con gran circunspección. En todo caso, lo único cierto es que nada debe invitarnos a renunciar a las Puertas de Hierro.

El Danubio es la vía que conduce al corazón del continente y, por este motivo, en una Europa unificada por nosotros, hay que considerarlo un río alemán. La cuestión consiste en saber si el Danubio será alemán o no. Toda la organización del tráfico del este al oeste depende de la respuesta que se dé a esta pregunta. Sería inútil y hasta insensato construir canales si no consiguiéramos poner definitivamente esta arteria bajo nuestro control.

Por lo que se refiere a los problemas danubianos, nuestra generación debe preocuparse de que los dilemas que les afectan no se zanjen todos ellos mediante tratados de paz. Un jefe de Estado

consciente de sus responsabilidades debe legar a su sucesor una gaveta llena de reivindicaciones, más o menos válidas, que puedan servir, llegado el caso, de pretextos «sagrados».

Himmler hizo observar que «el viejo Fritz» comenzó sus campañas en Silesia apoyándose en derechos de sucesión bastante mal establecidos y que Luis XIV no dejaba de recurrir a textos legales recogidos quién sabe dónde para justificar su política. Hitler continuó:

Un jefe de Estado demuestra su sabiduría al legar a sus sucesores el mayor número posible de esos títulos relativos a todas las regiones sobre las cuales podría parecer verosímil, un día u otro, hacer valer determinados derechos. Incluso si los frailes del Monte Athos (y prefiero no extenderme sobre sus costumbres morales) decidieran ver en mí al sucesor de los emperadores de Bizancio, habría que conservar cuidadosamente su pergamino.

Mi deseo es que los archivos de ese género no sean confiados al Ministerio de Asuntos Exteriores, donde correrían el riesgo de sepultarse, sino a la Cancillería del Reich, y de forma que mis sucesores no los pierdan de vista.

Me inspira estas reflexiones mi propia experiencia, y porque me pagan para que sepa lo difícil que es hacer la historia. Las generaciones venideras considerarán indudablemente con indiferencia la unificación de Europa que estamos realizando. Del mismo modo, la mayoría de nuestros contemporáneos juzga como una simple fatalidad histórica la creación del imperio de Bismark. Las dificultades con las que hemos tropezado para reunir en un todo el oeste, el norte, el centro y el este de Europa ¡cuán pronto caerán en el olvido! Exactamente se atribuye gran valor a esas pequeñas astucias, cuando las circunstancias nos obligan a servirnos de ellas.

A este respecto, nunca se insistirá bastante sobre el hecho de que la unificación de Europa no habrá sido posible como consecuencia de los esfuerzos de cierto número de Estados, sino únicamente por *la fuerza de las armas*.

Si Baviera, Württemberg, el país de Baden y los demás estados alemanes fueron unidos a Prusia para formar el Reich de Bismarck, esto no se debió a la grandeza y sentido político de los príncipes, sino pura y simplemente a la superioridad del fusil de aguja de los prusianos.

No hay que olvidar los medios a que hubo de recurrir el conde [sic] Holstein para persuadir al rey Luis de Baviera de que escribiera su famosa carta a Bismarck, en la cual proponía al rey de Prusia que revistiera la dignidad imperial, lo que debe estimarse como el último eslabón de una larga cadena de negociaciones. De mil distintas maneras trató el rey de eludir la firma de la célebre carta, llegando incluso a refugiarse en la cama bajo pretexto de que le dolían las muelas para escapar a la vigilancia de Holstein. Fue una gran suerte que éste no fuese uno de esos individuos a los que infunde vivísimo

respeto encontrarse frente a una puerta real a la que, ni siquiera en circunstancias excepcionales, osarían por nada del mundo forzar.

243. 30 DE JUNIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Obras pictóricas inspiradas por la guerra. – Protección para los embadurnadores de telas. – Reforma de las academias artísticas. – El Museo de Arte Alemán.

Mucho más que la precedente, esta guerra estimula el sentido artístico.

Las obras de los pintores a los que hice llamar del frente, después de uno o dos años de campaña, llevan claramente la marca de su experiencia y figuran entre las más acabadas del arte contemporáneo.

Las telas representando escenas de guerra proclaman indiscutiblemente que el artista auténtico ha sido madurado por la vida y no por el trabajo escolar. Por lo demás, los profesores carecen en general de discernimiento cuando se trata de descubrir y estimular los verdaderos talentos. Recordemos que las maravillosas marinas de Von Bock fueron rechazadas por la Academia de Prusia, a pesar de ser las únicas que reproducían con exactitud los paisajes del mar del Norte. La propia Academia de Prusia, que rechazaba esas obras, no tenía inconveniente en colocar en el pináculo las más inverosímiles mamarrachadas de la época. Incluso en las exposiciones por mí organizadas en la Casa del Arte Alemán, trata siempre de empujar las obras de los pintamonas que protege. Pero siempre estaré irremediablemente en guardia cuando se trate de cortar el paso a los imbéciles. Mi opinión en lo referente a las academias es bien conocida. Me doy perfecta cuenta de que es muy difícil cambiar algo en ellas, por lo menos en su forma actual. En realidad no son más que conservatorios de fracasados.

La alternativa es la siguiente: o bien se encarga su dirección a artistas capaces de enseñar en ellas, y ello significa que tales hombres se pierden para las obras de creación, o se confía la enseñanza a nulidades, lo cual es una catástrofe para los alumnos.

Cuando se plantea este problema, uno llega a preguntarse si no iría en el propio interés del arte de una época reunir en las academias a todas las nulidades. De este modo, si nuestra Escuela del Cine llamara a nuestros grandes directores de escena, en vez de confinarse en los mediocres, ¿acaso no se perjudicaría nuestra producción cinematográfica?

Un rasgo característico de nuestras academias de arte es que se esfuerzan en ahogar sistemáticamente el talento. En cuanto aparece uno de carácter excepcional en su campo visual, inmediatamente esos homúnculos ponen el grito en el cielo.

Para conservar una razón de ser a esas academias, sería necesario que el artista de talento pudiera tener su lugar en ellas sin dejar de producir sus obras. En mi opinión, deberían estar divididas en una serie de talleres individuales, en la línea de los estudios del Estado, cuya dirección serían llamados a ocupar grandes artistas. Habría que preguntar a los artistas disponibles si, voluntariamente, querrían asumir uno de estos estudios. Caso de que aceptaran, sería necesario que entonces se les dejara en libertad para escoger sus alumnos, tal como se hacía antiguamente.

Organizando las academias como talleres, se pondría fin a ese contrasentido de enseñar a los alumnos de bellas artes rudimentos de lenguas extranjeras y malabarismos matemáticos, concebido para cerebros mediocres. De este modo quedaría restablecido el principio intangible de que el papel de las escuelas de arte es, en primer y último lugar, enseñar el arte de pintar.

Siempre me irrito cuando pienso que en los centros de formación de profesores se atiborra a los futuros maestros con una masa informe de materiales, cuando en el futuro sólo se les pedirá que enseñen a los niños los rudimentos de leer, escribir y contar. ¡Por Dios, qué conocimientos especiales harán falta para enseñar el abecé a críos de seis años!

No hay por que atiborrar de cosas inútiles la cabeza de los niños. Cuando se les interroga dos o tres años después de haber dejado la escuela, uno se da cuenta de que, prácticamente, lo han olvidado todo. El currículo escolar debe centrarse en capacitar a esos niños para ser ciudadanos decentes el día de mañana. Por lo demás, debería dárseles oportunidad para que retozaran lo más posible a pleno aire. Así es como tendremos una juventud sana, capaz de afrontar del mejor modo posible los mayores esfuerzos físicos.

244. 1 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

Solidaridad en la responsabilidad para los miembros de una misma familia. – Ejemplo de los japoneses. – La traición de los Starhemberg. – Persistencia de la sangre judía. – Las familias mestizas. – Roosevelt, el archijudío. – Derrumbamiento de la dominación inglesa en Egipto. – Repercusiones en el hombre de la calle. – Turquía y la caída de Sebastopol. – Dos grandes embajadores. – Hábil diplomacia de los japoneses. – Los errores de François-Poncet.

El general Bodenschatz informó al Führer de que un hermano del príncipe Starhemberg es oficial de la Luftwaffe. Otro hermano, que servía en la Wehrmacht, fue licenciado por orden del Führer a causa de sus lazos de parentesco; pero la Lutwaffe no había querido proceder con arreglo a este hecho sin dar conocimiento al Führer,

tanto más cuanto que el oficial en cuestión es particularmente estimado, siendo su conducta irreprochable. El Führer respondió:

Los miembros de las familias que gozan de gran influencia política son solidarios en la responsabilidad. Cuando uno de ellos abusa de esta influencia, es muy natural que los demás tengan que soportar las consecuencias. Sólo de ellos depende romper sus vínculos con la oveja descarriada de la familia.

Entre los japoneses el principio de la responsabilidad solidaria de la familia está tan arraigado en todas las que son influyentes tanto en la política como en el ejército, que consideran un deber elemental impedir a cualquiera de sus componentes entregarse a una actividad contraria al interés nacional. Si no lo consiguen y si a causa de ello su reputación queda manchada, todos los hombres adultos se hacen el haraquiri para lavar el honor de la familia.

Este principio de la responsabilidad solidaria debe ser aplicado en el caso de los hermanos Starhemberg, pues tal familia es desde hace siglos una de las más influyentes de Austria. Tendría, pues, que haberse mostrado consciente de sus deberes hacia la comunidad alemana, incluso en la época de la República de Weimar. ¿Pero qué utilidad tiene enervarse a propósito de Starhemberg? Mejor será alegrarse por la caída de Sebastopol.

El barón Von Liebig era considerado como un nacionalista convencido, por cuyo motivo busqué ocasión de conversar con él. Experimenté, sin embargo, un sentimiento de malestar al establecer contacto con dicha personalidad, pues tenía un tipo judío muy acusado. Me estuvieron diciendo sin cesar que el árbol genealógico del barón, que se remontaba a una época muy lejana, no revelaba ninguna posibilidad de mezcla con sangre no aria. Y he aquí que, como consecuencia de un puro azar, se descubrió que una abuela suya, nacida en 1616 en Fráncfort del Meno, era de ascendencia cien por cien judía. Así pues, más de trescientos años separan a la abuela judía del actual barón Von Liebig. A pesar de que, a excepción de la mencionada, sólo cuenta con ascendientes arios, sus facciones expresan todas las características del tipo judío.

Esto confirma la opinión que tengo expresada con respecto al inglés Cripps, o sea, que en las familias mestizas aparece de tiempo en tiempo, aunque su sangre contenga una diminuta cantidad de sangre judía, un judío integral. La mejor prueba de la verdad de este punto de vista nos la proporciona Roosevelt.

Este, que en su actitud política y en todo su comportamiento aparece como un capcioso talmúdico, se ha vanagloriado recientemente de que por sus venas corre «noble» sangre judía. En cuanto al aspecto netamente negroide de su mujer, se explica por el hecho de que se trata de una persona fuertemente mestizada.

Estos ejemplos deberían abrir los ojos de las personas razonables, mostrándoles los peligros del mestizaje. Una asimilación completa de la sangre extraña se revela imposible, pero los caracteres propios de la raza extraña reaparecen inevitablemente.

Aceptando que los mestizos al convertirse en soldados adquieren de ese modo los derechos de un ario puro, nuestro pueblo se expone a correr un riesgo. No podemos tomar la responsabilidad de cargar más nuestra sangre de aportaciones extranjeras. Por este motivo, las excepciones concedidas a favor de los mestizos deben limitarse a un mínimo estricto.

La señal más visible del derrumbamiento de la dominación inglesa en Egipto se encuentra en unas instrucciones dadas a la prensa por el Ministerio de Información inglés, con miras a minimizar la importancia de Alejandría para el imperio británico. La prensa inglesa está actualmente tan bien orientada y sus inspiradores trabajan con tanta precisión, que hasta que el gobierno considera que un dominio o alguna porción del imperio ya no puede ser mantenido la prensa no empieza a restarle importancia, derivando al mismo tiempo la atención del público hacia otras zonas de la Commonwealth.

En el caso de Egipto, semejante trabajo debe hacerse con gran habilidad. La pérdida de Hong Kong y de Singapur sólo importaban al inglés rico. Pero Egipto, incluso para el hombre de la calle, es uno de los bastiones del poderío británico. Por consiguiente, en el caso de que se pierda, Churchill y su equipo deben esperar un incremento extraordinario de la oposición en el pueblo.

No hay que perder de vista el hecho de que ya hoy día veintiún miembros del Parlamento se declaran abiertamente contra Churchill. Aunque quiera reducírselos al silencio utilizando la disciplina del voto, es seguro que con tales medidas él no logrará salvar su posición. Únicamente desviando la atención de la opinión pública de Egipto hacia la India, por ejemplo, podrá hacer frente a la creciente oposición.

El Führer se enteró de un despacho anunciando que Gerede, el embajador de Turquía en Berlín, había sido llamado por Ankara. A este respecto dijo:

La alegría reina en Ankara a consecuencia de la caída de Sebastopol. Con este motivo, el odio que los turcos alimentan contra los rusos se ha manifestado sin rebozo. Si Gerede fuera nombrado ministro de Asuntos Extranjeros, sería motivo de satisfacción para nosotros. Bien es verdad que él no es de la talla de un soldado como Oshima, pero es un hombre convencido de la necesidad de que Turquía y Alemania marchen de la mano.

Oshima y Gerede son en este momento los diplomáticos de más categoría entre los que se encuentran destacados en Berlín. Si el primero da muestras de mayor aplomo, ello se debe a que se apoya en la poderosa organización del ejército, que en Japón da la orientación política del gobierno. El otro no puede asentarse en una fuerza parecida. En Turquía el ejército no interviene en política, y a esto se debe que él no tenga otra arma que la agilidad, espada que se dobla pero que no se rompe.

Si llega a ser nombrado ministro de Asuntos Extranjeros, el problema de Oriente Medio tomará un cariz muy diferente para nosotros. En efecto, el Gran Mufti, uno de los que dirigen el juego en esas regiones, es hombre reñido con sentimentalismos en política. Con sus cabellos rubios y sus ojos azules, da la impresión, pese a su rostro esmirriado, de tener más de un antepasado ario. No es imposible que la mejor sangre romana estuviese en los orígenes de su linaje. Durante nuestras entrevistas me ha producido la sensación de ser muy zorro. Para ganar tiempo y poder reflexionar, se hace traducir ciertas cosas no solamente al .francés, sino también al árabe. Es tan prudente que a veces hace escribir inmediatamente lo que le parece de importancia. Cuando habla, uno se da cuenta de que pesa literalmente sus palabras. La superioridad de su inteligencia le iguala a los japoneses.

Un pequeño ejemplo demuestra hasta qué punto son éstos hábiles diplomáticos, y tengo que confesar que en dicha circunstancia yo mismo tragué el anzuelo. Un individuo pretendía que, a causa de ciertas perturbaciones del equilibrio que se manifiestan en las alturas, los japoneses no podían ser buenos pilotos. Cuando se dieron cuenta de que los estados mayores daban crédito a este punto de vista, en lugar de protestar hicieron todo lo posible para confirmarlo. Gracias a este ardid han edificado una fuerza aérea cuyos éxitos han dejado estupefacto al mundo entero.

En cuanto a mí se refiere, siempre he aplicado con eficacia el viejo principio político de que si el extranjero comete un grosero error de apreciación con nosotros, nunca hay que rectificar, excepto en el caso, desde luego, de que dicho error nos ocasionara un perjuicio tangible.

Después de posesionarme del poder, cuando me enfrenté con el problema del rearme, debía normalmente esperar contramedidas por parte de las potencias occidentales. Los chismes que circularon en aquel entonces sobre las disensiones entre las SS y la Reichswehr me ayudaron a maniobrar. El embajador de Francia, François-Poncet, estaba al acecho de tales rumores y los registraba con avidez. Cuanto más cuerpo tomaban, más insistía en sus informes al Quai d'Orsay sobre el hecho de que una intervención militar de Francia sería completamente superflua, puesto que el conflicto entre las SS y la Reichswehr se iba a convertir en una lucha a muerte.

Después del *putsch* de Röhm, presentó la situación en París como si los alemanes empezaran a matarse entre ellos lo mismo que en la Edad Media, ofreciendo de este modo a Francia la posibilidad de sacar las castañas del fuego. De forma que el *putsch* de Röhm nos prestó un gran servicio retrasando la intervención de Francia, así como también, por consiguiente, la de Inglaterra, y haciéndolas imposibles, pues mientras tanto nuestro rearme había progresado suficientemente.

245. 2 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Tiroleses en Crimea. – Conflictos entre la Iglesia y el Estado. – Juana de Arco, bruja. – El patriotismo y los intereses dinásticos.

He leído un informe del *Gauleiter* Frauenfeld sobre el Tirol del sur. Él propone transportar *en masse* a los tiroleses del sur a Crimea. Creo que esta idea es excelente. Hay pocos lugares en la tierra en los cuales pueda una raza mantener durante tanto tiempo su integridad. Los tártaros y los godos nos proporcionan sobre ello vivientes ejemplos. Otro argumento es que el clima y el paisaje convendrían perfectamente a nuestros tiroleses. Por otra parte, comparada a su patria actual, es una tierra en que la leche y la miel corren en abundancia.

El traslado de esa población no presenta ninguna dificultad ni en el plano material ni en el moral. Les basta con descender por un río alemán, el Danubio, y ya han llegado.

El Führer se dirigió a Bormann y le habló de algunos libros que éste le había dado para leer.

Los pasajes señalados y las citas me han interesado muy particularmente. Merecería la pena hacer que los leyeran todos los alemanes, en especial nuestros dirigentes, y entre ellos y en primer lugar nuestros almirantes, nuestros generales, etc. Ellos descubrirían así que no soy el único hereje de la historia alemana y que en mis apreciaciones estoy asistido por una excelente compañía.

Cuando se compulsan obras que tratan de conflictos con el Estado, siempre se llega a la amarga conclusión de que los gobiernos sacrifican con gran facilidad los intereses de la nación a cualquier ideología y hasta a intereses privados. Esto es lo que explica que una heroína de la libertad como Juana de Arco fuese traicionada por los notables de su tiempo hasta el extremo de hacerla quemar por bruja (Shaw, mejor aun que Schiller, ha puesto esta particularidad en evidencia).

Lo que hay que pensar de la noción del derecho que aplican los tribunales en casos parecidos, Ernst Haugg lo explica muy bien en su ensayo sobre el himno alemán. Según él, los tribunales alemanes llegaron a considerar como «antipatrióticos» los cantos de independencia de un gran alemán como Hoffmann von Fallersleben. Cegados por los intereses mezquinos de sus patrias regionales, esos jueces no supieron elevarse hasta la noción de una Alemania unida.

Si se tienen en cuenta tales avatares, hay que estar agradecido a los Habsburgo por haber sostenido la idea alemana en una época en que el Reich se había disuelto en una polvareda de pequeños estados, erguidos unos contra otros a consecuencia de la pugna de intereses dinásticos.

246. 2 DE JULIO DE 1942, DESPUÉS DE LA CENA

Consignas dadas a la prensa inglesa. – La hora de la libertad para Egipto.

El Dr. Dietrich presentó un informe al Führer del que resultaba que, efectivamente, los ingleses habían dado a su prensa las mismas consignas que imaginó él y de las que habló la víspera durante la comida. Tales consignas llamaban la atención sobre el hecho de que si la pérdida de la India tendría por consecuencia el desquiciamiento del imperio, el abandono de Egipto, por el contrario, sería una fuente de dificultades mucho mayores para el alto mando alemán que para Gran Bretaña. Según los ingleses, la destrucción de las instalaciones portuarias y de las carreteras, así como la colocación de minas en el canal de Suez, permitirían comprometer de manera decisiva el aprovisionamiento del Afrika Korps. Alemania caería así en una celada. El Führer hizo entonces las siguientes observaciones:

No era de esperar que los ingleses se vistieran tan pronto de luto por Egipto. Lo que hay que procurar ahora es que nuestra propaganda entre en acción proclamando a bombo y platillo que la hora de la libertad ha sonado para Egipto. Si se lanza hábilmente este eslogan, tendrá repercusiones extraordinarias en otros países que se encuentran bajo el yugo de los británicos, muy particularmente en el Oriente Próximo.

Es necesario igualmente incitar al rey de Egipto a sustraerse lo antes posible a la «protección» de los ingleses y a permanecer oculto hasta que nosotros organicemos su retorno triunfal a El Cairo, en donde le colocaremos de nuevo en su trono. Corresponde a nuestro Ministerio de Asuntos Extranjeros sugerir discretamente esta idea al rey.

247. 3 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Transportes aéreos y marítimos. – El porvenir pertenece a la aviación.

En el momento en que el Führer se sentaba a la mesa, el capitán aviador Baur y el almirante Krancke discutían sobre la rentabilidad relativa de los transportes aéreos y marítimos. El Führer dijo:

La ventaja de la velocidad marca ya un punto a favor de los transportes aéreos. Según mi parecer, dado el actual estado de adelanto de la aeronáutica, sólo podrá obtenerse una mejora decisiva de la rentabilidad mediante la utilización del motor Diesel.

Baur observó que los aviones tendrían que poder transportar como mínimo de sesenta a cien pasajeros. El Führer continuó:

Esto no nos debe preocupar. En un porvenir próximo los aviones serán lo suficientemente grandes para que incluso pueda instalarse en ellos cuarto de baño.

El almirante Krancke replicó que, incluso en el caso de que la aviación adquiera un gran desarrollo, la navegación marítima no tenía por qué temer su competencia: «No se concibe —añadió—, que puedan construirse aviones lo suficientemente grandes para reemplazar a los buques en el transporte de carbón, madera, hierro...». El capitán Baur presenta objeciones: «¡No hace falta! En realidad, los ferrocarriles ya han dejado el transporte de baldosas a los barcos». El Führer concluyó:

Hay que examinar las cosas en función del progreso. Del mismo modo que el pájaro representa un grado de evolución superior al pez volador, el cual está a su vez por encima del pez corriente, del mismo modo el avión se sitúa en un estadio más elevado que el buque. El porvenir pertenece al avión.

248. 4 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

La embajada del Reich en el Vaticano. – Interpretación del concordato. – Mis relaciones con el nuncio papal. – Los americanos no consienten necedades de la Iglesia. – ¡Mil millones al año a los bolsillos de los curas! – Se ha de poner fin al concordato. – Maniobras imperfectas de la Wilhelmstrasse. – Rechazo de la guerra abierta con la Iglesia. – Un informe sobre el obispo Von Galen que merece ser contado. – Los obispos pronto adularán al Estado.

Dado el caso de que nuestro representante actual en el Vaticano dejase su puesto, creo que no habría absolutamente ningún motivo para sustituirle. Las relaciones entre Alemania y el Vaticano están fundadas sobre el concordato del Reich. Ahora bien, este concordato no es más que la prolongación de los que existían entre el Vaticano y los diversos estados alemanes. Por consiguiente, cualquiera de ellos puede considerarse caducado a partir del momento en que dichos estados fueron integrados en el Reich. Es un hecho que los concordatos particulares continuaron todos ellos en rigor y que el concordato con el Reich sólo les sirvió de confirmación y de garantía. Según mi parecer, la consecuencia jurídica de la supresión de la soberanía de los estados alemanes y de la incorporación de dicha soberanía al Reich es que nuestras relaciones diplomáticas con el Vaticano se han convertido en superfluas.

Teniendo en cuenta el estado de guerra, me he abstenido hasta ahora de traducir esta lógica en hechos. Sin embargo, no he demostrado ningún interés cuando el Vaticano ha pretendido extender la validez del concordato a los territorios recientemente incorporados al Reich. Actualmente no existe ningún acuerdo formal que regule la situación de la Iglesia en el Sarre, por ejemplo, así como tampoco en los Sudetes, en el protectorado de Bohemia y Moravia, en la provincia de Danzig-Prusia Oriental, en Warthegau, en una gran parte de Silesia y en Alsacia y Lorena. En todas estas regiones, las relaciones con la Iglesia están basadas en unas relaciones de carácter local.

Por consiguiente, si el nuncio pretende intervenir cerca del Ministerio de Asuntos Extranjeros con miras a ejercer cualquier influencia sobre la situación religiosa en los nuevos territorios del Reich, no hay que hacerle el menor caso. Se trata de hacerle comprender que, no existiendo un concordato particular, los asuntos eclesiásticos en cada una de esas regiones sólo pueden ser objeto de negociación entre los representantes del Reich y la más alta jerarquía del clero local. Sin duda, hubiese sido preferible que fuera Lammers quien precisara esto al nuncio. Desgraciadamente, la Wilhelmstrasse, siempre a la caza de nuevos campos de acción, ha sido incapaz de imponerse a la legación papal. ¡Toca ahora a esos señores intentar salir del atolladero!

En lo que se refiere a la evolución de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, es satisfactorio que, desde nuestro punto de vista, casi en la mitad del Reich dichas relaciones se basen en acuerdos particulares, ignorantes de las trabas de un concordato. Esta carencia de reglamentación uniforme sirve a nuestros designios.

Así pues, en lo que se refiere a las futuras relaciones entre el Estado y la Iglesia, desde nuestro punto de vista es muy satisfactorio el hecho de que actualmente casi en la mitad del Reich pueda llevar las negociaciones el *Reichsstatthalter* apropiado, sin las trabas de las cláusulas del concordato. Pues ello significa que en cada distrito el *Gauleiter*, según el nivel de emancipación alcanzado por la población de su *Gau*, puede conducir al pueblo paso a paso en la dirección por nosotros deseada.

Aunque por lo general no aprecio a los americanos, en este aspecto he de descubrirme ante ellos. Los hombres de Estado americanos, al someter a la Iglesia a la misma normativa que gobierna a todas las demás asociaciones e instituciones, han limitado su campo de actividad a unas proporciones razonables; y dado que el Estado no aporta a la Iglesia ni un centavo de los fondos nacionales, todo el clero se acoquina y entona himnos en loor del gobierno. ¡Quién iba a suponerlo! El cura, como cualquier otro, tiene que vivir. Y como lo que saca de la colecta no es gran cosa, en mayor o menor medida depende de la caridad del Estado. Al no tener ninguna reclamación legal contra el Estado, cuida mucho de que su actitud sea siempre del agrado de éste y de merecer, en consecuencia, las migajas que se preocupa de echarle.

En cuanto dejemos de entregar a la Iglesia miles de millones de marcos al año, nuestros malditos curas enseguida cambiarán de copla, y en vez de tener la insolencia de injuriarnos y atacarnos de la manera más desvergonzada muy pronto nos comerán de la mano. Podemos lograr muy fácilmente que esa clerigalla vaya por el camino que nosotros queramos, y a un coste muy inferior al actual.

Las aportaciones hay que hacerlas a unos curas concretos seleccionados. Si damos a cada obispo —para él y para sus subordinados— más o menos un millón, de entrada se embolsará trescientos mil para su propio uso; ¡si no, no sería un verdadero cura! El reparto de lo poco que quede entre los curas de su diócesis causará un bonito alboroto entre toda la cuadrilla, ¡y hará que nos riamos como locos!

De todos modos hay un aspecto en el que hemos de mantenernos completamente inflexibles. Cualquier solicitud de intervención del Estado ha de ser rechazada de inmediato. La justificación de este rechazo es obvia. Según ella misma reconoce, la Iglesia sabe muy bien que a los espíritus profanos les resulta imposible mediar eficazmente en las cuestiones de la Iglesia tan bien como el propio clero. ¡Cómo esperar que un pequeño e inútil jefecillo de gobierno como yo, a quien no le ha sido otorgada la luz, se las entienda con un problema tan importante e intrincado!

El acuerdo sobre el reparto de los fondos ha de dejarse, al igual que otros acuerdos, en manos del *Reichsstatthalter*. Creo que no hemos de temer que se metan en compromisos en contra del Estado o de sus intereses. Primero porque los *Gauleiters* están firmemente controlados, y segundo porque la mayoría de los *Reichsstatthalters* son en estos aspectos más estrictos que yo mismo.

Una vez acabada la guerra pondremos un rápido fin al concordato. Me proporcionará el mayor placer personal señalar a la Iglesia todas las ocasiones en que ha quebrantado sus términos. Basta con recordar la íntima cooperación de la Iglesia con los asesinos de Heydrich. Los sacerdotes católicos no sólo les dejaron esconderse en una iglesia de las afueras de Praga, sino que incluso les dejaron atrincherarse al amparo del altar.

La evolución de las relaciones entre el Estado y la Iglesia ofrece un ejemplo muy instructivo de cómo el descuido de un solo hombre de Estado pude tener efectos que se prolongan durante siglos. En la Navidad del año 800, estando Carlomagno arrodillado rezando en San Pedro de Roma, el papa, sin darle tiempo para calibrar los posibles efectos de tan simbólico acto, ¡repentinamente se inclinó y le plantó en la cabeza una corona de oro! Al permitirlo, el emperador se puso a sí mismo y a sus descendientes en manos de un poder que sometió al gobierno y al pueblo alemanes a quinientos años de martirio.

Hoy, como siempre, sigue habiendo personas responsables que son tan descuidadas como para permitir que les planten en la cabeza una corona de oro, y no puede ponderarse suficientemente la enormidad de los efectos que semejante acto, en ese momento tan insignificante, puede causar en el futuro.

Del mismo tipo e igualmente estúpida es la idea de la Wilhelmstrasse de que hay que dar respuesta a todas las notas del Vaticano. El propio hecho de contestar equivale a reconocer el derecho del Vaticano a inmiscuirse en los asuntos internos de Alemania —aunque sólo sea en asuntos eclesiásticos— y a mantener correspondencia oficial con nosotros.

No sólo en la historia, también en los tiempos que corren, hay innumerables ejemplos de lo duros que son los diplomáticos al servicio de la Iglesia católica y de lo sumamente cauto que hay que ser para tratar con ellos.

Inmediatamente después de mi entrada en Viena oí unos tremendos silbidos y aclamaciones al pie de mi ventana; me dijeron que se trataba del cardenal arzobispo Innitzer, que venía a visitarme. Yo esperaba a un cura pequeño y consumido, alicaído y abrumado por la carga de sus pecados. Y en vez de esto se presentó un hombre que se dirigió a mí con semblante sonriente y seguro de sí mismo, ¡como si durante todo el período de la república austriaca jamás hubiera tocado ni un pelo de la cabeza a ningún nacionalsocialista! Permítanme añadir, sin embargo, que una vez que se ha entrado en relación con caballeros de este tipo, pronto se aprende a reconocerlos al primer golpe de vista.

El nuncio papal, a quien corresponde, como decano del cuerpo diplomático, la entrega del mensaje de felicitación en la ceremonia de Año Nuevo, invariablemente intenta aprovechar la ocasión para llevar la conversación a la posición de los católicos en Alemania. Pero yo siempre me las arreglo para esquivarlo, pidiéndole noticias sobre la salud de su santidad de la manera más amistosa e insistente; y una vez tratado este absorbente tema, me dirijo rápidamente a dar las gracias al resto del cuerpo diplomático. Excepción hecha de esta recepción, siempre me he negado por principio a encontrarme con el nuncio papal, y en vez de hacerlo le doy largas pasándoselo a Lammers. De modo que he conseguido librarme de cualquier contacto personal con el Vaticano.

Durante los años de nuestra lucha, en una ocasión Rosenberg me sometió el bosquejo de un artículo importante que proponía publicar en respuesta a los ataques de la Iglesia católica. Le prohibí que lo publicara; y todavía considero un gran error que Rosenberg se dejara arrastrar a un combate verbal con la Iglesia. No podía ganar con ello absolutamente nada; los católicos indecisos, por propia voluntad considerarían a la Iglesia con mirada crítica, y de los verdaderos devotos sólo podía esperarse que no prestaran atención a sus «manifestaciones heréticas»; además tenía que haberse dado cuenta de que la propaganda opositora le condenaría por meterse en asuntos de fe y le señalaría eficazmente como a un hombre culpable de pecado mortal.

El hecho de que mantenga silencio público en lo que se refiere a asuntos de la Iglesia en modo alguno es malinterpretado por los taimados zorros de la Iglesia católica, y estoy completamente seguro de que un hombre como el obispo Von Galen sabe perfectamente que, en desquite, después de la guerra les sacaré hasta el último

céntimo. Y si entretanto no logra que le trasladen al Collegium Germanicum de Roma, ¡puede estar seguro de que al hacer nuestras cuentas pondremos absolutamente todos los puntos sobre las íes!

La actitud del obispo Von Galen me ofrece otro argumento a favor de dar por concluido el concordato después de la guerra, sustituirlo por regulaciones regionales y retirar de inmediato a la Iglesia el sostén económico que hasta el momento dicho tratado les garantiza.

Estoy seguro de que a mis *Reichsstatthalters* les causaría gran placer informar a ciertos obispos, que a juicio del Estado se han desviado del camino recto y estrecho, de que debido a una momentánea falta de fondos el *Reichsgau* se ve obligado, por desgracia y con su más profundo pesar personal, a interrumpir momentáneamente dichos pagos; ¡como si fuera habitual hacerlo en vez en cuando!

Una vez cancelados el concordato y sus obligaciones económicas, cuando la Iglesia dependa de lo que saque del cepillo, ingresará un 3 por 100 pelado del dinero que actualmente recibe del Estado, y entonces todos los obispos acudirán al *Reichsstatthalter* arrastrándose y mendigando.

Tras la guerra será obligación del *Reichsstatthalter* dejar muy claro que ha de tratar con la Iglesia exactamente igual que con cualquier otra asociación nacional, y que no tolerará la intervención de ninguna influencia extranjera. Entonces el nuncio papal podrá volverse a Roma, nosotros nos podremos ahorrar el gasto de una embajada en el Vaticano, ¡y los únicos que derramarán lágrimas por los puestos de trabajo perdidos serán los de Asuntos Exteriores!

249. 4 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Dos hombres que se adelantaron a su época. – Nombres dados a buques de guerra. – Refuerzo de la colaboración de Checoslovaquia. – Quienes no están conmigo, están contra mí.

Es notable observar hasta qué punto las concepciones de hombres como Ulrich von Hutten y Goetz von Berlichingen se adelantaron a su época. Pero es lamentable que su acción no pudiera fundarse en una doctrina sólida, en la cual hubieran encontrado el *élan* moral y la perseverancia necesarios. Por los sentimientos íntegramente alemanes que profesaron, merecen que su recuerdo sea cultivado en nuestro pueblo, y éste es el motivo que me ha hecho sugerir que se diera su nombre a uno u otro de nuestros próximos buques de guerra.

Me he opuesto a la idea de que un buque de guerra llevara mi nombre, con el fin de evitar que los sinsabores que eventualmente pudiera esta unidad experimentar fuesen considerados por las personas supersticiosas de mal augurio en lo concerniente a mi

actuación. ¡Imaginad un crucero que llevara mi nombre y que se pasara más de seis meses en dique seco para reparar! ¡Qué efecto tan desastroso debe de haber producido en los rusos el anuncio de la destrucción del fuerte Stalin en Sebastopol!

En un Estado fundado en cierta filosofía política, hay que ser prudente al bautizar nuevas unidades. Ejemplos como el de los buques soviéticos «Revolución de Octubre», «Marat» y «Commune de París» son una prueba. Por eso yo ordené que el crucero «Deutschland» fuese bautizado de nuevo, pues la pérdida de un navío que llevara ese nombre produciría mayor contrariedad que la de cualquier otra unidad. Por el mismo motivo he prohibido que los nombres de los hombres que encarnan la ideología nacionalsocialista fuesen utilizados de ese modo. Por el contrario, no hay ningún inconveniente en que el nombre de Gotz von Berlichingen sea dado a un buque, pues este hombre goza de tal prestigio entre el pueblo que, aunque se hundieran varios buques uno tras otro llevando ese nombre, su fama no se perjudicaría en lo más mínimo.

El Führer acababa de ser informado de que se había iniciado una campaña en el protectorado de Bohemia y Moravia en forma de reuniones que se celebraban en todo el territorio, en las que se llamaba a los checos a la más estrecha colaboración con el Reich. Se hacía presente a los interesados que los que no participasen en este esfuerzo serían considerados traidores a la nación checa. He aquí las reflexiones del Führer sobre este asunto:

Esta iniciativa es consecuencia de una entrevista que tuve en la Cancillería con el presidente Hacha con ocasión de la ceremonia consagrada a la memoria de Heydrich. Les hice saber a él y a los ministros que le acompañaban que no toleraríamos ningún ataque contra los intereses del Reich y que teníamos decidido, llegado el caso, la deportación de la totalidad de la población checa. Para nosotros, que hemos ya trasladado de residencia a millones de alemanes, esta empresa no supondría ningún problema. Al oír esto, él y sus compañeros se quedaron consternados.

Después de un instante de silencio me pidieron permiso para dar cuenta de tal amenaza a sus compatriotas con la mayor discreción posible. Yo accedí a su deseo. En efecto, considero a los checos como buenos obreros, y tengo interés en que reine la calma en su país, tanto más cuanto que dos de nuestras más importantes fábricas de guerra se encuentran allí instaladas.

Si el gobierno del Protectorado ha comenzado inmediatamente su actividad en un sentido cien por cien pro alemán, el mérito corresponde a Meissner. Éste, ciertamente, después de la ceremonia salió a dar un paseo por los de la Cancillería con los hombres de Estado checos, y supo persuadirles, al responder a sus inquietas preguntas, de que yo había dicho la última palabra sobre el asunto.

Tanto lo han comprendido los caballeros checos así que su política consistirá en adelante en expurgar al país de toda influencia de Benes. Incluso harán comprender al pueblo checo que, en esta

lucha por la vida, no hay lugar para los oportunistas ni para los tibios.

Es evidente que el gobierno checo se siente satisfecho al poder apoyar su acción contra los partidarios de Benes con argumentos sólidos. Nunca se presentó una ocasión más favorable para Hacha y sus compañeros de aplicar el adagio que dice: «El que no está conmigo está contra mí». Jamás tuvieron mejor ocasión para desembarazarse de sus adversarios.

Lo cierto es que, cuando él y sus compañeros se despidieron de mí, tuve la impresión de que se sentían aliviados ante la idea de que, en adelante, iban a disponer de los medios necesarios para obrar.

250. 5 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

Sobriedad de los italianos. – Los parados profesionales. – El subsuelo marino y los abonos químicos. – Las ambiciones de Franco. – La estupidez de los reyes.

La sobriedad de los habitantes de Italia meridional es extraordinaria. Existe allí seguramente un millón de seres humanos que viven únicamente de fruta y verduras, así como del producto de la pesca. Viven exclusivamente, en resumen, de lo que la providencia pone a su alcance. Por esta causa las ciudades italianas próximas al mar ignoran el hambre, pues el mar proporciona el mínimo indispensable a unos seres frugales.

Tal moderación supone, desde luego, un peligro. La mayor parte de los seres humanos con tendencia al *laissez-faire* pierden fácilmente el placer del esfuerzo al darse cuenta de que es posible vivir sin hacer nada.

Al posesionarnos del poder, hice internar en campos de concentración a los diez o quince mil parados profesionales que vagabundeaban por toda Alemania, sin mostrar inclinación a incorporarse a la industria alemana que retomaba su actividad. Sería ridículo pretender dar razón de semejante escoria por procedimientos regulares. El temor al campo de concentración produjo un efecto saludable y facilitó en gran manera la puesta en marcha de nuestra actividad, especialmente con miras al programa de rearme.

Si la economía alemana ha logrado resolver este problema, lo mismo que muchos otros, ello se debe de modo principal al hecho de que, cada vez más, el Estado la ha tomado en sus manos. Así fue posible vencer a los intereses particulares y hacer triunfar el interés nacional.

No nos será posible, después de la guerra, renunciar a la economía dirigida, pues entonces todos los sectores enclavados en ella no tendrían otro objeto que la realización de objetivos particulares. Así pues, los habitantes de las regiones costeras, dados

sus especialísimos puntos de vista, consideran todavía hoy que el no va más consiste en ganar terreno al mar construyendo diques, y constituye una verdadera aberración, teniendo como tenemos en el este profusión de tierras, tratar de quitárselas al mar por procedimientos tan costosos. Por otra parte, la mejora de nuestros terrenos de cultivo continúa siendo un objetivo inmediato, incluso si ello contraría los intereses de la industria. Ahora que estamos convencidos de que con las algas marinas poseemos un abono muy superior a los abonos químicos, aunque no fuera más que por su superior riqueza en nitrógeno, tenemos que transportarlas cm trenes enteros, incluso si ello hace protestar a los productores de abonos químicos.

Ya que por definición el egoísmo es la regla general, una economía armoniosa sólo es posible cuando está ordenada por el Estado. El ejemplo de la República de Venecia prueba el éxito de la economía dirigida. El precio del pan se mantuvo allí invariable durante cinco siglos. Fue el judío, con su eslogan de la libertad de comercio, quien lo echó todo a rodar.

Se expresó la opinión de que las fuertes tendencias partidarias de la monarquía recientemente manifestadas en España quizá fueran atribuibles a la ambición de Franco de obtener, si se llevaba a cabo la restauración de la monarquía, una corona menor para él. El Führer disintió.

Estoy en completo desacuerdo. Creo que Franco es suficientemente inteligente para darse cuenta de que cualquier rey —si se decidiera por ello—, como mínimo les licenciaría sobre la marcha a él y a sus seguidores, pues están salpicados por la responsabilidad de la guerra civil. No existen seres tan desmesuradamente estúpidos como los reyes. Tuve una vez ocasión de experimentarlo. Un año después de la victoria de nuestro partido uno de nuestros ex monarcas, Rupprecht de Baviera, me envió un emisario. Me dijo de buenas a primeras que yo, desde luego, estaba persuadido de la necesidad de restablecer la monarquía en Alemania. Añadió, candorosamente, que en la monarquía restablecida yo no podría conservar, naturalmente, el puesto de canciller, pues mi presencia sería un obstáculo para la unión del pueblo alemán. Pero se me indemnizaría ¡ya que se me convertiría en duque!

Aquel bendito parecía simplemente ignorar que en la historia de Alemania han sido siempre los príncipes los que constituyeron un fermento de división, y que, además, nunca Alemania había estado tan unida como desde que yo la gobernaba.

Y al muy idiota se le ocurrió que algún maldito bobo podría tentarme a renunciar a la jefatura de este gran pueblo... ¡haciéndome duque!

251. 5 DE JULIO DE 1942, POR LA TARDE

Comunicados de guerra falsificados. – Acogida dispensada en Suiza a los bulos judíos. – No hay adversarios de la talla de los ingleses en el continente. – La Alemania nacionalsocialista conseguirá desbordar a los ingleses. – Los ingleses en manos de los judíos. – Conservación de nuestra integridad racial. – El desastroso éxito de san Pablo.

Se habla de los comunicados de guerra soviéticos, totalmente falsos, acogidos tanto por los diarios suecos y suizos como por los ingleses y americanos. El Führer observó.

Estos comunicados son típicamente de fabricación judía. Ni siquiera contienen la más elemental indicación de lugar, lo cual no impide su difusión por las agencias de información del mundo entero. Evidentemente, no hay que olvidar que también en esto los judíos están en su lugar.

Desgraciadamente no es en Inglaterra y en América, sino en Estocolmo y en las ciudades suizas, donde se cree a pie juntillas en estos bulos. Es entre los suizos donde mejor se descubren los motivos en virtud de los cuales las invenciones judías hallan tanto crédito. En aquel país, a quien no está abstraído por el problema de la leche le preocupa el precio del trigo o la exportación de relojes. El recuerdo de las heroicidades de Guillermo Tell no basta para mantener el espíritu guerrero de los suizos. En este aspecto puede decirse que han caído tan bajo que si uno de sus oficiales se permite hablar objetivamente de la guerra que sostenemos, se le priva inmediatamente del mando.

En Alemania, uno de los méritos del partido radica en haber persuadido al pueblo de la necesidad de una educación militar continua dirigida a las generaciones emergentes.

Si se quiere perpetuar este espíritu, hay que obrar de modo que quienes han participado en la guerra, distinguiéndose particularmente en ella, sean los educadores de la juventud del mañana. Hay que preocuparse igualmente del cuerpo de oficiales de reserva. Estos deben no solamente cultivar sus cualidades desde el punto de vista estrictamente militar, sino recordar al mismo tiempo que tienen una misión que cumplir en la medida en que encarnan las virtudes militares de nuestro pueblo. Es preciso, además, que el interés por las cosas del ejército sea alimentado en todas las escuelas. Sobre este punto resulta simpático hacer constar que este interés ha sido siempre muy vivo en el pueblo, incluso en tiempos de la República de Weimar.

Soy un ardiente defensor de la creencia de que, en los conflictos entre pueblos, aquel cuyo nivel medio es más elevado es el que triunfa. A mi modo de ver, equivaldría a la negación de las leyes naturales el hecho de que triunfara la calidad inferior.

Si los ingleses han conseguido durante trescientos años tener al mundo bajo su bota, ello se explica por el hecho de que no tenían en el continente adversarios de su talla en lo que se refiere a las

calidades raciales e intelectuales. Ni el propio Napoleón pudo cambiar esta situación, por no haber hallado en la Revolución Francesa la base de un nuevo orden europeo. Después del fin del Sacro Imperio, no ha habido en Europa un Estado superior a Inglaterra en cuanto se refiere al número, el valor y la calidad.

Considerando la evolución de la Alemania nacionalsocialista, estoy convencido, aun cuando no fuese más que por razones de orden biológico, que nosotros conseguiremos desbordar a los ingleses y que con ciento cincuenta o doscientos millones de alemanes seremos los dueños absolutos de Europa. Una resurrección de la antítesis Roma-Cartago es, a mi parecer, imposible. El resultado de esta guerra será que, desde el punto de vista inglés, todo aumento de población constituirá una carga insoportable para la isla, mientras que para el Reich las posibilidades demográficas son ilimitadas.

Por lo demás, la vuelta de la población básicamente ciudadana de Inglaterra al cultivo de la tierra no merece ser tenida en cuenta. Sería necesario destruir previamente la estructura social del país, y ello significaría la decadencia definitiva del imperio británico.

El hecho de que no se hayan dado cuenta antes de estas cosas demuestra que el país no está regido por verdaderos hombres de Estado, sino por judíos. Los ingleses se hallan mezclados hoy en todas las combinaciones judías, como han demostrado, por ejemplo, los sucesos de Palestina.

Debemos preocuparnos de preservar a las generaciones venideras de semejante destino, lo que hace preciso que no dejen de permanecer conscientes del peligro judío. Aunque no fuese más que por esta razón, es indispensable conservar la tradición de *La pasión* de Oberammergau. Nunca el peligro judío ha sido materializado de una manera más impresionante como en esa evocación de tan trascendental acontecimiento. Se ve allí a un Poncio Pilatos, un romano, tan superior a los judíos que le rodean, que parece una peña en medio de un enjambre de piojos.

Dado que debemos cuidar siempre de conservar nuestra integridad racial, nuestras leyes deben protegernos contra cualquier infiltración, y no solamente por lo que se refiere a los judíos. Explicando al pueblo el significado de nuestra legislación racial, debemos insistir en el hecho de que esa legislación debe protegernos de toda aportación no aria.

No debe regatearse esfuerzo alguno para que el sentimiento de pertenecer a una raza se desarrolle en nuestro pueblo como se desarrolló en los romanos en tiempos de su grandeza. Todo romano estaba en posesión de un reflejo de defensa contra el mestizaje. Lo mismo ocurría entre los griegos, en la época de su apogeo; según informaciones que han llegado hasta nosotros, toda la plaza del mercado de Atenas se carcajeó cuando san Pablo habló allí a favor de los judíos. Si actualmente ya no se encuentra el espléndido orgullo racial característico de los períodos griego y romano es debido a que en el siglo cuarto los judeocristianos destruyeron sistemáticamente

todos los monumentos de aquellas antiguas civilizaciones. También fueron ellos quienes destruyeron la biblioteca de Alejandría.

252. 6 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Relaciones con la prensa extranjera. – Tacañería de nuestro jefe de prensa. —El Congreso de Núremberg. – Cuatro mil trenes especiales.

Cuando iba a Berlín antes de que llegáramos al poder solía hospedarme en el Kaiserhof. Y como iba acompañado de un verdadero estado mayor, necesitaba generalmente toda una planta, lo que representaba una factura de unos dos mil marcos por semana. Escribiendo artículos y concediendo entrevistas a la prensa extranjera conseguía cubrir estos gastos. En los últimos meses me pagaban a menudo por esos artículos de dos a tres mil dólares.

Esas publicaciones en la prensa extranjera me acarreaban frecuentes disputas con Hanfstaengl, nuestro jefe de prensa para el extranjero, el cual, más hombre de negocios que político, veía ante todo las cosas bajo el aspecto financiero. Cuando yo le encargaba que colocara rápidamente un artículo, perdía con frecuencia un tiempo precioso tratando de sacar el máximo.

En una ocasión vino a verme por tres veces para tratar de decidirme a ceder un artículo a una agencia cualquiera, para lo cual intentó impresionarme esgrimiendo ante mis ojos una oferta de mil libras esterlinas. Enojado, le dije: «Hansfstaengl, estoy hasta la coronilla de su avaricia. Si lo que me interesa es que el artículo sea leído mañana en todo el mundo, la cuestión del dinero que por él voy a cobrar pasa a segundo término». Pero él no salía de su asombro de que dejara escapar una oferta de mil libras.

Su rapacidad y avaricia le hacían insoportable. En una posada campesina armó un día un gran escándalo a propósito de un potaje que él no tenía que pagar y que, por lo demás, sólo costaba treinta pfenings. Gran comedor de verduras, nunca pedía que se las sirvieran, limitándose a recoger lo que quedaba en los platos. Acompañaba esas pesquisas con esta espiritual reflexión: «¡No hay nada mejor para la salud que las verduras!». Por la noche seguía la misma táctica con el queso, que conceptuaba «muy alimenticio».

Encargado un día de hacer preparar unos bocadillos para todos los participantes en un viaje improvisado, se presentó con dos cestas llenas de bocadillos de queso, a pesar de que sabía perfectamente que a muchos de nosotros no nos gustaba, lo que le permitió recuperar buena parte de ellos, que se llevó a su casa loco de contento.

El Reichsleiter *Bormann y el general Bodenschatz cuentan entonces una última anécdota sobre Hansftängl y su miserable avaricia, que confirma la descripción anterior.*

Durante nuestras innumerables giras electorales, mis compañeros y yo aprendimos no sólo a conocer el Reich, sino a amarlo en sus más insignificantes rincones. Como lo más corriente era que me invitaran a comer en familia, ello me permitió identificarme con los alemanes de toda Alemania. Me encontraba con familias enteras ganadas a nuestra ideología, la madre militaba en la Asociación de Mujeres, un hermano era de las SS, el otro de las Juventudes Hitlerianas y la hija de la Liga de Chicas Alemanas. Como una vez al año nos reuníamos todos en Núremberg, el congreso del partido tomaba el carácter de una verdadera fiesta de familia.

Además del hecho de que nuestros congresos representaban un acontecimiento en la vida del partido, reportaban al mismo tiempo gran cantidad de experiencias útiles, incluso con vistas a la guerra.

En efecto, desde el simple punto de vista de los transportes, se necesitaban no menos de cuatro mil trenes especiales. Las decenas de millares de vagones que esperaban estaban escalonados en la vía férrea hasta Halle y Múnich. ¡Qué preparación de eventuales transportes de tropas para la dirección de los ferrocarriles!

Es preciso que el Congreso de Núremberg conserve en el porvenir todo su significado. Pensando en ello he previsto instalaciones capaces de acoger al menos a dos millones de participantes, en lugar del millón y medio acostumbrado. El estadio de que ha sido dotado la ciudad, del cual Horth ha hecho dos cuadros magníficos, puede contener cerca de cuatrocientas mil personas. Por sus dimensiones es único en el mundo.

253. 7 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

Los éxtasis de nuestros arqueólogos. – La deforestación, precursora de la decadencia. – Antigüedad de nuestras ciudades.

Se ha armado mucho ruido con motivo de las excavaciones emprendidas en las regiones habitadas antaño por nuestros antepasados de la era precristiana. Estas son cosas que a mí no me entusiasman, ya que no me es posible olvidar que en la misma época en que nuestros mayores fabricaban esas pilas de piedra o esos cántaros de tierra cocida que extasían a nuestros arqueólogos, los griegos construían la Acrópolis.

Conviene ser tanto o más prudente cuando se trata del grado de civilización de nuestros antepasados durante el primer milenio de la era cristiana. Cuando se encuentra un abecedario antiguo en Prusia

Oriental, ello no significa que pertenezca a aquella región, sino que lo más seguro es que haya sido llevado del sur y trocado por ámbar.

No hay ninguna duda de que los países mediterráneos, tanto durante el primer milenio como antes de la era cristiana, fueron los primeros hogares de la civilización. Esto a veces nos extraña, porque cometemos la equivocación de juzgar a aquellos países tal como son hoy día. Y eso supone un gran error.

Hubo un tiempo en que África del norte era una región llena de bosques, lo mismo que Grecia, Italia y España bajo la hegemonía griega o en tiempos del imperio romano. Se impone idéntica prudencia en lo concerniente a la historia del antiguo Egipto. En la época de su grandeza, como Grecia e Italia, era una comarca fértil de clima templado. Constituye, pues, una señal de decadencia que un pueblo tale sus bosques sin volverlos a plantar, ya que con ello viola las leyes de la naturaleza, que ha previsto con sabiduría el ciclo del agua.

Las opiniones erróneas que circulan acerca del grado de civilización de nuestros antepasados tienen por origen la edad que se atribuye inexactamente a nuestras ciudades. Yo mismo me sorprendí al enterarme de que una ciudad como Núremberg no contaba más allá de setecientos años de existencia. Si en general se considera que esta ciudad es más antigua, ello se debe a la malicia de sus moradores. Por este motivo el alcalde Liebel escamoteó el setecientos aniversario de su ciudad. Me explicó, sobre este particular, que no había querido herir los sentimientos de los que creen que Núremberg es una ciudad más antigua.

Parece probado que su origen se remonta a un castillo sálico a cuyo alrededor se formó poco a poco una aldea. La mayor parte de las ciudades fundadas en la Edad Media tienen un origen análogo. De aquí deriva el gran número de ciudades creadas en esta época en el este de Alemania. Los campesinos necesitaban esos castillos para que los protegieran. Sin ellos, las poblaciones campesinas no hubieran podido subsistir frente a las hordas orientales que, ya en aquel tiempo, no cesaban de volcarse sobre nuestras fronteras, hasta el punto de invadir a veces nuestro suelo. En Transilvania, donde los castillos eran menos numerosos, los moradores no dejaban nunca de levantar fortificaciones, particularmente contra los turcos, lo que explica la circunstancia de que en esta región incluso las iglesias estuviesen fortificadas.

254. 7 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

El cambiante panorama español. – Serrano Súñer y la Iglesia. – En qué se diferencia la política de Franco del nacionalsocialismo o del fascismo. – Los rojos españoles no son vasallos de Rusia. – Un bobo, no un héroe. – Intervención en la guerra del cielo y de los cielos, cosas

diferentes. – La primera Falange. – El general Muñoz Grande [*sic*], un soldado excelente. – Individuos antisociales, las hembras comunistas.

El general Jodl habló al Führer de un incidente ocurrido en la frontera española con ocasión de la vuelta a casa de algunos heridos de la División Azul. A aquellos hombres se les negaron plazas en el tren expreso del sur, y cuando intentaron entrar en el vagón de la guardia, por orden del gobernador militar intervino una compañía de infantería que los expulsó. El mariscal Keitel sugirió que la División Azul estaba mal vista debido a su nombre, por recordar su color azul a la antigua Falange original, que no era discípula de la Iglesia. En la nueva Falange sólo se podía ingresar con el visto bueno del párroco. El Führer dijo:

La situación española está evolucionando de modo lamentable. Evidentemente, Franco no tiene personalidad para enfrentarse a los problemas políticos del país. Y eso que él tuvo como punto de partida una situación mucho más favorable que la del Duce o la mía; pues nosotros dos no sólo nos tuvimos que apoderar del Estado, sino que además hubimos de poner a las fuerzas armadas de nuestra parte. Por otra parte Franco tiene en sus propias manos tanto el poder político como la fuerza militar. Evidentemente es incapaz de liberarse de la influencia de Serrano Súñer, y ello pese a que en política éste es la personificación del cura y está engañando descaradamente a las potencias del Eje.

De hecho, esos curas son extraordinariamente estúpidos. A través de Serrano Súñer están intentando dar un impulso reaccionario a la política española y restaurar la monarquía; pero de hacerlo sólo conseguirán causar otra guerra civil a la que ellos, desde luego, no sobrevivirán.

El general Jodl sugirió que bien podía estar la libra inglesa tras todo esto, y que los británicos esperaban crear así un segundo frente. El Führer prosiguió:

Hay que tener cuidado y no poner al régimen de Franco al mismo nivel que el nacionalsocialismo o el fascismo. Todt, que emplea en sus talleres a muchos de los denominados «rojos» españoles, me ha dicho en repetidas ocasiones que estos rojos no lo son en el sentido que damos nosotros a la palabra. Se consideran a sí mismos revolucionarios por derecho propio. Y se han distinguido grandemente como trabajadores aplicados y diestros. Lo mejor que podemos hacer es conservar tantas de estas personas como podamos, empezando por los cuarenta mil que hay en nuestros campos, y conservarlos como reserva por si estallara una segunda guerra civil. Junto con los supervivientes de la antigua Falange, formarán la fuerza más de fiar de que dispongamos.

El embajador Hewel dijo entonces que había visto por las calles de Madrid a soldados sin armas o distintivos de grado trabajando

*bajo guardia armada. Supuso que serían antiguos soldados del ejército rojo y pensó que, si había que utilizarlos de aquella manera, por lo menos tendrían que darles ropas diferentes. El mariscal Keitel dijo que los criterios alemanes no eran válidos para juzgar al ejército español. «En el encuentro del Führer con Franco —prosiguió—, la guardia de honor española era deplorable, y sus fusiles estaban tan oxidados que debían de ser prácticamente inútiles. Mientras se organizaba el encuentro, el almirante Cana- ris me advirtió de que al Führer le desilusionaría conocer a Franco; no es un héroe, sino alguien insignificante [*statt eines Heroen ein Würstchen*].» El Führer prosiguió:*

Franco y compañía pueden considerarse muy afortunados de haber recibido en su primera guerra civil la ayuda de la Italia fascista y de la Alemania nacionalsocialista. Pero, como los rojos españoles nunca dejan de explicar, ellos no iniciaron la cooperación con los soviéticos por motivos ideológicos, sino más bien porque se vieron obligados a ello —y en consecuencia arrastrados por una corriente política que ellos no habían escogido— debido sencillamente a no tener otro apoyo.

Una cosa es completamente segura. La gente habla de una intervención de los cielos que decidió la guerra civil a favor de Franco; quizá sea así; pero el resultado no lo decidió una intervención de la señora llamada Madre de Dios, a quien se ha honrado recientemente con el bastón de mariscal, sino la intervención del general alemán Von Richthofen y de las bombas lanzadas desde los cielos por sus escuadrones.

El embajador Hewel dijo que en España las clases superiores eran, además de perezosas, completamente insensibles a las críticas adversas. Hitler prosiguió:

Bueno, gracias al cielo la disciplina de los que trabajan en la organización Todt, tanto de los rojos como de los falangistas, es de primera. Y cuantos más podamos reclutar, mejor.

Mucho más difícil será encontrar a las personas capaces de resolver la situación política española. Los problemas son más de política interna que de naturaleza militar; y el principal, la falta de alimentos, dada la proverbial vagancia de la población, es el más espinoso de todos.

Sólo el futuro mostrará si un general tiene la perspicacia política precisa para alcanzar el éxito. Pero en cualquier caso hemos de promover tanto como podamos la popularidad del general Muñoz Grande [sic], que es un hombre enérgico, y por ello el más adecuado para dominar la situación. Me alegra mucho que en el último momento se hayan frustrado las intrigas de Serrano Súñer y su camarilla para destituir del mando de la División Azul a este general; pues la División Azul bien puede volver a tener un papel decisivo, cuando llegue la hora de derribar a ese régimen dirigido por curas.

Se informó al Führer de que los partisanos detenidos durante los últimos disturbios en Serbia eran en un noventa y cinco por ciento ex criminales. El dice:

No solamente esto no me extraña, sino que no hace más que confirmar mis propias ideas, fundadas en la experiencia de 1918-1919. Si se quiere evitar una revolución, importa eliminar, en cuanto la situación se vuelve crítica, a la hez de la población. Y esto no es posible si los elementos antisociales no son detenidos a tiempo y confinados en campos de concentración.

Las lamentaciones a propósito de esa chusma, bajo pretexto de que se la priva de la vida de familia, no tienen consistencia. Si se la dejara en libertad se fomentaría la creación de células sociales en las cuales se desarrollaría la criminalidad. Los hijos educados por seres antisociales se convierten igualmente en bandidos, tanto más cuanto que sus madres, por regla general, son dignas parejas de sus padres.

Sobre este particular he adquirido también mucha experiencia durante nuestro período de lucha. En las escaramuzas con las SS, las hembras de los comunistas eran de lo peor, pues apedreaban a nuestras juventudes con todo lo que les venía a mano. Cuando éstas hacían ademán de defenderse, ellas se protegían alzando a sus hijos con los brazos. Esto demuestra que, contrariamente a la mayoría de los padres, a ésos no les preocupaba la salud y seguridad de sus hijos, lo que denota sus instintos criminales y antisociales.

255. 8 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

Destrucción del convoy marítimo rumbo a Arcángel.

Nuestros buques y nuestros aviones han conseguido ya hundir treinta y dos de los treinta y ocho buques que componen el convoy inglés que se dirige a Arcángel.

Ayer, cuando habíamos hundido ya las dos terceras partes, pedí que el *Kladderadatsch* glorificara la proeza publicando una caricatura de Roosevelt. Como se trata particularmente de material de guerra americano, hay que representar a Roosevelt subido a un estrado y recibiendo de manos de los obreros americanos tanques, aviones, etc., y arrojándolos inmediatamente al mar, sonriente. Y esta leyenda: «No trabajamos por el dinero; luchamos por un mundo mejor». La liquidación de este convoy me hace pensar que los propietarios de los astilleros navales tienen una mina de oro.

256. 8 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Vegetarianismo de mi perra. – El gato y el ratón. – Efectos de la alimentación cárnica.

Hasta cierto punto mi perra Blondi es vegetariana. Come ciertas hierbas con placer evidente. Particularmente obra así cuando tiene desórdenes estomacales. La inteligencia de los animales es admirable, les hace escoger los alimentos que más les convienen. A veces me he complacido contemplando al gato que se dispone a zamparse un ratón. Juega un rato con él antes de decidirse, como si le ofreciera una oportunidad para recobrar la libertad. Espera el momento en que está bañado con el sudor de la angustia para darle el *coup de grâce*. Sin duda el gato, cuando el ratón se encuentra en ese estado, lo debe de encontrar más sabroso y fácil de digerir.

Keitel observa que tampoco el hombre come la carne completamente cruda, y que los hunos, para que fuese más tierna, la colocaban debajo de la silla de sus caballos. Hitler continuó:

Sin duda se ha querido expresar con ello que dicho procedimiento tiene algo de común con la cocción de la carne en su propio jugo. Como consecuencia de un esfuerzo físico violento, se produce en el hombre una alteración de los humores debida a la transpiración. Antaño, cuando yo pronunciaba un discurso ante una gran asamblea, acababa empapado y perdía dos o tres kilos. En realidad el peso de lo que sudaba era superior, ya que en Baviera, por ejemplo, no podía dejar de tomar dos o tres jarras de cerveza sin desmerecer a ojos de mis oyentes, en vez de la habitual agua mineral. Perdía como mucho ocho libras. Sin duda esta transpiración no era en sí misma malsana, pero tenía el inconveniente de que mi ropa interior quedara teñida del color azul de mi viejo uniforme. Más adelante, cuando renuncié a comer carne, aquel fenómeno de transpiración había disminuido considerablemente. Puedo asegurar que la sensación de sed, por decirlo así, había desaparecido, limitándome a ingerir de vez en cuando un sorbo de agua. Evidentemente, el régimen vegetariano ofrece muchas ventajas. Tengo curiosidad por saber si, andando el tiempo, Blondi se acostumbrará a él.

257. 9 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

La cosecha en Ucrania. – El problema de la alimentación es un problema de transporte.

La nota dada a la prensa con motivo del viaje del ministro de los Territorios del Este a Ucrania ha sido un error. Efectivamente, es inútil hacer saber a la población que debe abstenerse de mantener esperanzas sobre la posibilidad de que, después de la cosecha, sean aumentadas las raciones individuales.

Desde el momento en que el número de pesimistas es superior al de optimistas, ¿para qué quitar desde ahora la esperanza de una posible mejora al hombre de la calle? Se agravan de este modo, sin motivo, los sinsabores de cada uno.

Por lo demás, semejantes declaraciones son por lo menos prematuras.

Dado el estado de cosas actual, es imposible decir si la población del Reich se beneficiará o no de la cosecha ucraniana en el sentido de un aumento de las raciones alimenticias. En realidad no se trata en este caso de un problema de buena o mala cosecha, sino de una cuestión de transporte. Bastaría por consiguiente solucionar este problema para que inmediatamente mejorara la situación alimenticia de nuestra población civil. E incluso *si se tratara* de un problema de cosecha y hubiera sido mala, no sería particularmente indicado dar cuenta de ello públicamente, pues así lo único que se logra es dar nuevos motivos a los pesimistas.

En este caso, lo más que cabría hacer sería desarrollar al máximo la producción de esas tierras excepcionalmente fértiles, con el fin de salvar el impasse.

De ningún modo hay que echar en cara a nuestras unidades que se aprovisionen en demasía, haciéndolas responsables de la situación. Doy completamente la razón a la unidad de la Leibstandarte, que se ha procurado unos cinco mil cerdos y que posee su propio koljós, lo mismo que doy mi aprobación al mariscal Kluge por haber constituido reservas de víveres para varios meses para el octavo ejército. Cuando nuestras tropas que combaten en el este se hunden en el barro sin que por dicha causa pueda llegar hasta ellas el aprovisionamiento, merece elogios el espíritu previsor de sus jefes.

258. 9 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Los acontecimientos de Egipto. – La susceptibilidad italiana. – Rommel y los elogios de Churchill. – Futuro estatuto de Egipto. – Los colonos alemanes del este. – Papel que deben desempeñar los colonizadores italianos. – Primacía de la construcción de carreteras.

En el caso de que consiguiéramos ocupar Alejandría o El Cairo, no habría necesidad de que la Wilhelmstrasse se adelantara enviando un residente a Egipto. Tenemos allá, en la persona de Rommel, un generalísimo que se ha cubierto de gloria, hasta el punto de estar considerado como una de las más destacadas figuras de esta

guerra. Sería absurdo que el ministro de Negocios Extranjeros tratara de mezclarse en estos asuntos.

Por otra parte, mi parecer es que Egipto pertenece a la zona de influencia de Italia. Para nosotros personalmente, la esfinge egipcia no tiene ningún atractivo particular, pero para el *Imperium* italiano es de importancia vital. En tal sentido, el envío de un residente podría crear un precedente enojoso, y ello justificaría que los italianos, si se ofreciese la ocasión, destinaran un residente al Cáucaso, por ejemplo, pese a que esta región nos interesa en gran manera. Será, pues, suficiente delegar un mandatario del general Rommel como comandante en jefe de las operaciones cerca del residente italiano en Egipto.

A veces uno se pregunta por qué motivo Rommel goza de tanto prestigio. Ello se debe en gran parte al discurso de Churchill en la Cámara de los Comunes. Por razones de estrategia, éste habla siempre de Rommel como de un capitán genial. Ello equivale a una manera de ignorar el hecho de que los soldados italianos están en vísperas de administrar una paliza a los ingleses en Libia y en Egipto. Tal vez él, al colocar así a Rommel en primer plano, confía igualmente en enturbiar nuestra amistad con Italia. El Duce es demasiado ladino para no olerse esta maniobra. No ha omitido, en varias ocasiones, proclamar a su vez los méritos de Rommel.

Los elogios de Churchill y del Duce han dado por resultado que los naturales de África del norte y de Oriente Próximo hayan comenzado a experimentar gran veneración por él.

Lo sucedido demuestra claramente lo peligroso que resulta colocar en primer plano a un jefe enemigo, pues un solo nombre puede a veces llegar a pesar más que varias divisiones. Imaginad lo que sucedería si nosotros nos dedicáramos un día y otro a ensalzar a Timochenko. A la postre, nuestros propios soldados estarían persuadidos de sus méritos extraordinarios. Con mayor motivo ello resulta cierto si se trata de pueblos menos evolucionados. La respuesta del general Crüwell, hecho prisionero por los ingleses, a quien se preguntó si le gustaba el Shepeard's, hotel de lujo de El Cairo, fue: «¡Un espléndido cuartel general para Rommel!».

Por lo que respecta al futuro estatuto de Egipto, está claro que los italianos no pueden desinteresarse de ese país. El canal de Suez reviste para ellos una importancia capital, aunque no fuera más que por la existencia de sus posesiones de África oriental. La seguridad del canal sólo puede depender para ellos de la circunstancia de mantener guarniciones en Egipto. Si quieren sostenerse allí política y militarmente, es preciso que eviten cualquier complejo de inferioridad. En este sentido no tienen más que tomar como modelo de los ingleses. Aleccionados por varios siglos de experiencia colonial, éstos saben conducirse como amos. Con ellos, los indígenas acaban por olvidar que están sometidos a un yugo.

Por otra parte, es necesario que los italianos se abstengan de conservar en todo las costumbres del país. En esto que sigan el ejemplo de Rommel, que durante toda la campaña, ni una sola vez se ha subido a un camello, limitándose a recorrer el país sobre su carro

de combate. Él sabía muy bien que montando un camello haría muy mala figura, mientras que tripulando su carro de combate se impone a todo el mundo.

En lo que nos atañe, debemos recordar que en el este no hemos de ocuparnos a diario de educar a la población ni de inculcarle el sentido alemán de la limpieza. Nos importa un bledo saber si han adoptado el cepillo de dientes. No hemos ido allí para representar el papel de niñeras, sino por motivos de interés.

A tal objeto importa, pues, que la vida del colono alemán sea absolutamente diferente a la de los indígenas. Los nuestros tendrán que evitar frecuentar las tabernas manchadas por sus salivazos. Los alemanes tendrán sus propios establecimientos públicos, en donde a los demás no se les permitirá la entrada. Poco nos preocupará entonces su manía de escupir.

Dejando a los autóctonos vivir su propia vida, no trastornaremos inútilmente sus costumbres, y así es como crearemos las condiciones más favorables con miras a establecer centros exclusivamente alemanes. El mejor medio de impedir cualquier mezcolanza con la población es incitar a ésta para que conserve sus costumbres sin ningún cambio. De este modo no correremos el riesgo de que se confundan con nosotros por su aspecto exterior.

Volviendo al caso de Egipto, confío en que los italianos, que han dado hasta ahora pruebas de gran habilidad en sus relaciones con los musulmanes, sabrán conservar su reputación. Que se abstengan de intervenir en detalles nimios. En cuanto a los problemas esenciales (riegos, construcción de carreteras, etc.), estoy plenamente convencido de que los colonos italianos, laboriosos como abejas, se portarán inmejorablemente bajo la guía del Duce. Si hubiesen podido mantenerse durante diez años en Etiopía, esos constructores de carreteras hubiesen hecho de aquel país una colonia modelo. Y ello es tanto más fácil en Egipto cuanto que se trata de un país íntegramente autárquico. En efecto, excluidos el carbón y el hierro, nada le falta a Egipto.

No nos cansemos de repetir que en nuestros territorios del este, lo mismo que en Egipto, el problema de la construcción de carreteras debe ser antepuesto a los demás. Como no es posible en Rusia tenerlas en buen estado durante el invierno, hay que construirlas de modo que no queden expuestas a la acumulación de nieve. Hay que construir, pues, las carreteras elevadas, lo mismo que los diques, y entonces el viento se cuidará de barrer la nieve. Hay que procurar que los cimientos sean particularmente sólidos, acordándonos de la época en que reina el fango. Que se utilice el granito donde éste exista, o la piedra que abunda en el lecho de los ríos.

259. 17 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

Control de las recepciones radiofónicas en Rusia. – Un fracaso de Goebbels

En los alrededores de nuestro cuartel general de Werwolf se ha hallado en cada casa un aparato de radiotransmisión. Ello demuestra que los rusos se dieron cuenta oportunamente del peligro que representan los aparatos receptores de radio. Por una parte, la radiotransmisión tiene la inmensa ventaja de eliminar los parásitos. Por otra parte, permite al Estado escoger las emisiones cuya escucha está autorizada. En Rusia el encargado de seleccionar los programas es el comisario local. De este modo los habitantes quedan sustraídos completamente a la influencia de la propaganda extranjera.

Encargué personalmente a nuestro ministro de Propaganda, antes de la guerra, introducir la radiotransmisión en Alemania. De este modo el oyente alemán sólo hubiese podido oír, además de las emisiones de las estaciones nacionales, las emisiones extranjeras retransmitidas por nosotros. Lamento vivamente que esta medida no pudiera aplicarse antes de que empezara el conflicto, lo que constituye un gran fracaso para el Ministerio de Propaganda. Aunque Goebbels haya intentado posteriormente cargar la responsabilidad a otros servicios, el responsable es él. Cuando la ejecución de una orden depende de diversos negociados, es aquel a quien la orden ha sido dada el que asume toda la responsabilidad cuando las cosas no marchan.

La introducción de la radiotransmisión en Alemania es una necesidad que huelga discutir. Ningún gobierno puede aceptar que se envenene a su pueblo con la propaganda del adversario. De lo contrario, sería más sencillo autorizar a mil propagandistas enemigos para que vinieran a ejercer abiertamente su propaganda en nuestro suelo.

Todas estas cosas hay que considerarlas en función de la guerra incluso en tiempos de paz. La guerra, esa lucha a vida o muerte, tiene sus propias leyes. Ignora las normas del tiempo de paz. Si a un pueblo, con miras a una guerra posible, le es posible aceptar la carga que representa un servicio militar obligatorio de tres o cuatro años de duración, le debe ser mucho más fácil soportar un inconveniente como la sustitución de los aparatos de radio por los de radiotransmisión.

260. 17 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Autosatisfacción de los italianos.

Los italianos tienen una marcada propensión a atribuirse todos los méritos imaginables, pero sin realizar, en compensación, las hazañas apropiadas. Ello se evidencia singularmente en la forma en que presentan, en su historia del fascismo, la última fase de la primera guerra mundial. Según ellos, gracias a su actitud viril obtuvieron los Aliados la victoria en 1918. Lo mismo opinan en lo que concierne a la campaña de 1940. ¡Su «no beligerancia» inmovilizó, al parecer, por lo menos a sesenta divisiones francesas! Quedaron muy entristecidos al enterarse recientemente, con la publicación de los archivos del Estado Mayor francés, de que no eran sesenta, sino solamente siete, las divisiones que estaban estacionadas en la frontera; los franceses retiraron incluso tres en el transcurso de la campaña. ¡Pero esas naderías se olvidan en seguida! Podrían estar tres años seguidos recibiendo golpes, ¡pero si un día consiguiesen una victoria, todos los sinsabores quedarían olvidados y la península entera prorrumpiría en cantos de triunfo!

261. 18 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Autopistas hacia el este. – Las autopistas y el cine. – Las autopistas y el acortamiento de las distancias. – Los ferrocarriles y la unidad alemana. – Financiación de nuestras autopistas. – El espíritu metódico de Lloyd George.

Cuando, gracias a una red de autopistas, hayamos asegurado nuestro predominio en las regiones del este, el problema de las distancias que hoy día nos preocupa habrá dejado de existir. ¿Qué son los mil kilómetros que nos separan de Crimea si podemos recorrerlos a una media de ochenta por hora? ¡La autopista permitirá cubrir con toda facilidad esta distancia en dos días!

Estoy completamente decidido a hacer accesibles los territorios del este mediante la construcción de una red de autopistas que irradiará de Berlín. La anchura habitual de siete metros y medio será insuficiente para esta nueva red. Hay que prever de antemano once metros, de forma que puedan circular en la misma dirección tres filas de coches. Los camiones, más lentos, irán por la derecha, los coches por el centro y la pista de la izquierda quedará reservada para cuando un coche pase a otro.

Es sorprendente, cuando se piensa que existen ya más de dos mil kilómetros de autopistas en Alemania, que el cine no se haya apoderado de este tema. Al contrario de lo que ocurre en Inglaterra y en Francia, es un hecho que nuestro cine ignora nuestras grandes realizaciones. La única excepción es Viena, que figura en las películas con tanta frecuencia que estoy harto de verla.

Que yo sepa, sólo hay una película cuyos exteriores sean las autopistas. Desgraciadamente, se trata de una obra lamentable: dos amantes que se persiguen. ¡Ha obtenido un inmenso éxito en la Alta

Baviera! Aparte de la futilidad del argumento, el realizador ha encontrado el medio de elegir uno de los pocos pedazos de autopista donde el paisaje es realmente insulso.

Cuando, gracias a las autopistas del Reich, podamos trasladarnos de Klagenfurt a Trondheim y de Hamburgo a Sebastopol, dispondremos de un sistema de comunicaciones que hará acortarse las distancias como se acortaron antaño con la construcción de las carreteras.

Las autopistas ya han demostrado su valía como medio de comunicación. Tienen además, en el plano de lo político, un alcance incalculable. A ellas se debe que hayan podido borrarse las fronteras interiores de Alemania, que dividían el país. Cuando se circula por una autopista no se adquiere conciencia del paso de una provincia a otra. Antaño, en las carreteras de primer orden, no eran únicamente los postes indicadores los que señalaban el cambio de provincia, sino más bien el estado del firme. La entrada de Meklemburgo, por ejemplo, era inmediatamente reconocida por sus horrorosos baches. A diez o quince kilómetros por hora, era cuestión de suerte no cargarse las ballestas del coche.

No hay ni que decir que también el ferrocarril ha sido uno de los factores de la fusión del pueblo alemán. Pero, al contrario que la autopista, que permite incluso a un Volkswagen trasladarse en dos saltos desde los Alpes al mar del Norte, el tren, con sus innumerables paradas, continúa haciendo perceptibles las antiguas diferencias. Todo recuerda aún que existieron en su día ferrocarriles reales de Baviera, de Núremberg e incluso, como muy bien hace observar Bormann, una Compañía del Gran Duque Friedrich-Franz de Mecklemburgo. El ferrocarril no ha conseguido pues vencer los intereses dinásticos.

Ello prueba que jamás hubiera sido posible crear un Reich unido si los príncipes alemanes no hubiesen sido eliminados. Cada uno de ellos creaba y desarrollaba los ferrocarriles de su Estado a su fantasía y placer. Todo lo contrario de lo que ocurre con las autopistas, que son las mismas para todo el Reich. Quien las utiliza experimenta la sensación de estar en todas partes en su casa. En el único sitio donde se pueden encontrar carreteras en mal estado es cuando Alemania acaba.

Si no se construyeron autopistas antes de que lo hiciera yo, fue probablemente porque el poder central no estudió correctamente el problema de la financiación. Se exigía, por ejemplo, de las localidades cuyo territorio atravesaba el proyecto de carretera, que cubriesen los gastos de construcción de la misma en su trozo correspondiente. ¡Y se asombraban de que no saliese nada bueno de todo ello!

Cuando tuve que estudiar la financiación de nuestro proyecto de autopistas, partí de la base de que había que construir mil cuatrocientos kilómetros al año, y que con este fin el Reich debería sacar de sus arcas mil millones cada año.

Un día expliqué a Lloyd George cómo me las ingeniaba para encontrar esos millones. Primeramente, reincorporando a los

parados al circuito de trabajo, lo cual economizaba al Reich unos seiscientos millones al año. Luego, con un aumento del impuesto sobre la renta y los carburantes, lo cual suponía cuatrocientos millones más. De donde se deduce, a fin de cuentas, que la construcción de las autopistas no le costaba nada al Estado.

Durante nuestra conversación, ese viejo zorro que es Lloyd George me preguntó de qué espesor eran nuestras placas de cemento. Como el de las autopistas americanas es de cinco a seis centímetros, le costaba creer que las nuestras tuvieran hasta veinticinco y treinta centímetros de grueso. Kempka me explicó luego que Lloyd George se bajó un día del coche, sacó un metro plegable del bolsillo y verificó el espesor del firme.

He querido construir algo perdurable. Las propias bombas no han ocasionado grandes daños en nuestras autopistas. Pero la guerra, desgraciadamente, nos ha obligado a modificar su aspecto. Hemos tenido que pintarlas de negro para hacerlas invisibles a la aviación enemiga. Los que saben hasta qué punto estoy encariñado con las autopistas pueden imaginarse lo doloroso que es para mí no poder circular sobre aquellas hermosas y amplias superficies blancas.

262. 18 DE JULIO DE 1942, POR LA NOCHE

Una entrevista sobre la guerra del este. – Lo que diré del «segundo frente».

Para replicar a las perpetuas alusiones de la prensa inglesa concernientes a la apertura de un segundo frente, he encargado al doctor Dietrich que prepare para mí una entrevista con un periodista extranjero cuyo tema esencial será la guerra del este.

Dado que cada cual procura sacar de una entrevista lo que personalmente le interesa, ya me las arreglaré para rozar de paso el asunto del segundo frente. Tengo intención de decir, a grandes rasgos, que como nos las hemos de ver con los ingleses, que son unos niños en el terreno militar, debemos estar preparados para todo y no descuidar, naturalmente, nada, ni siquiera la palabrería de la prensa judía londinense. De la misma forma que previnimos el ataque de los soviets con medidas adecuadas, ya hemos adoptado todas las disposiciones necesarias para recibir como se merecen a los soldados ingleses a quienes unos jefes ineptos expongan a la aventura de un desembarco en las costas europeas.

Tocaré el tema del segundo frente de tal forma que mis declaraciones serán como una ducha helada para los ingleses. Para que mis palabras surtan el efecto deseado, me guardaré muy bien de decir que no creo en la posibilidad de esa empresa. Por el contrario, afirmaré que, conforme a la precisión que caracteriza a los

alemanes, estamos preparados para todas las eventualidades, comprendida la de un segundo frente.

De acuerdo con los deseos del Dr. Dietrich, la entrevista será concedida a un periodista particularmente simpático. Poco importa que se trate de un informador de un país grande o pequeño, amigo o neutral, puesto que, como opina con razón el Dr. Dietrich, será de todas formas reproducida por la prensa del mundo entero.

Naturalmente, podría extenderme sobre el tema en un discurso público pero considero aventurado pronunciarlo sin razón plausible para ello. La gente inteligente nunca deja de descubrir las verdaderas razones. Enseguida vería que ese discurso es un pretexto. Si la intención se manifiesta con demasiada evidencia, el efecto deseado fracasa.

Pero si el tema del segundo frente es abordado incidentalmente, en una entrevista dedicada a la guerra del este, existe la posibilidad de decir lo que se ha de decir sin descubrir el juego.

263. 19 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

Guerra naval. – Ventajas de los barcos pequeños. – Mar y superstición.

Cuando se hunde un acorazado se pueden perder hasta dos mil vidas humanas. Si se construyesen pequeñas unidades provistas de un lanzatorpedos, éstas podrían ser maniobradas por un solo hombre. De esta forma, las pérdidas de vidas humanas disminuirían considerablemente, permitiéndonos además conseguir resultados superiores.

Pregunté al conde Luckner, ya hace muchos años, por qué elegía preferentemente barquitos de poca envergadura para sus periplos a vela alrededor del mundo. Me dio esta respuesta luminosa: «Cuando a un barco grande le ocurre una desgracia, la gente se refugia en uno más pequeño. Entonces, ¿por qué no embarcar desde el primer momento en el más pequeño?».

Luckner tenía tanto talento como charlista que, prendido en la magia de sus palabras, yo era capaz de escucharle durante horas. Cuando alguien me aseguró más adelante que Luckner fantaseaba mucho, sentí por quien me dijo aquello un rencor parecido al del niño a quien le han revelado quiénes son los Reyes Magos.

El Führer preguntó entonces al almirante Krancke si podía explicar el origen de las expresiones «un cuento de marineros» e «hilar un cuento». El almirante contestó que en los tiempos de las travesías largas, los marineros, aburridos de la misma comida y del mar eterno y con pocos libros para leer, pasaban sus horas libres contándose cuentos que se alargaban más y más, al tiempo que

hacían con hilos redes de pesca; de ahí las expresiones. El Führer prosiguió:

Tuve un criado que era un antiguo marino. A todas horas, día y noche, trataba de explicarme anécdotas suyas. Hasta la persona más tonta del mundo podía darse cuenta de que aquellas historias no tenían ni pies ni cabeza. Por lo tanto, terminé por decirle que en aquel terreno yo estaba por lo menos tan enterado como él y que no debía intentar superarme. En vista de que esta observación no fue suficiente para hacerle cerrar el pico, nos tuvimos que separar.

Lo que siempre me ha chocado en las historias de marinos es el papel que juega en ellas la superstición. Existe cierta analogía entre los marinos y los actores. En la vida de ambos surgen situaciones imprevistas que, por definición, escapan a su control. El marino no sabe cuándo se desencadenará la tempestad o incluso un huracán. El actor no sabe si el público le acogerá con aplausos o con silbidos. Eso es lo que les hace ser, a uno y a otro, extremadamente supersticiosos.

Opino que la superstición es un elemento con el que hay que contar en el comportamiento de los hombres, aun cuando personalmente se esté por encima de todo ello e incluso le produzca a uno risa. Por tal motivo, en un caso concreto, aconsejé al Duce que no emprendiese una acción en un día 13. Asimismo, estimo que no es indicado botar al agua un barco en viernes porque a los viejos lobos de mar les parece peligroso. Todo ello son imponderables que no hay que descuidar, puesto que quienes creen en ellos son muy capaces, al primer incidente, de perder la cabeza y sembrar el pánico a su alrededor.

Este invierno, en el este, en el momento en que nuestras dificultades alcanzaban su punto culminante, hubo un imbécil que lanzó la especie de que, igual que nosotros, Napoleón había comenzado su campaña de Rusia el 22 de junio. ¡Gracias a Dios pude atajar inmediatamente el peligroso símil haciendo establecer por especialistas cualificados que en realidad Napoleón había comenzado su campaña el 23 de junio!

Tampoco hay que dejar de tener en cuenta la influencia de los horóscopos, ese cuento en el cual tanta gente, particularmente los anglosajones, cree a pies juntillas. ¡Hay que ver el daño que causó al Estado Mayor general británico que un astrólogo inglés muy conocido publicase un horóscopo anunciando la victoria final de Alemania! Fue preciso, para calmar la inquietud así suscitada, que los periódicos desenterrasen todos los horóscopos de aquel astrólogo que se habían revelado erróneos y que los publicasen.

Para enjuiciar todo cuanto atañe a la superstición, hay que partir de la base de que basta con que un pronóstico sea confirmado casualmente por los acontecimientos, para que el ser crédulo retenga esta única coincidencia, y olvide a su vez los cien otros ejemplos en que una predicción no se ha cumplido. La predicción realizada se convierte en artículo de fe y su recuerdo se transmite de generación en generación.

264. 21 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Sociedad en Francia. – Una clase dirigente que conserva el poder.

Es un rasgo característico del francés, sea burgués, oficial, artista famoso o político destacado, poseer en el campo, y generalmente en su patria chica, una casita confortable situada en un pequeño parque bien cuidado. Éste es el motivo por el cual se puede encontrar, como quien dice en cada pueblecito de Francia, entre casas modestas, por lo menos una villa perteneciente a algún abogado, pintor o fabricante textil.

Las clases dirigentes de Francia conservan de esta forma un lazo con la tierra, y ello adquiere una importancia que, en el plano político, no es de despreciar. La mayoría de las familias acomodadas tienen costumbre, en efecto, de pasar cada año dos o tres meses en esas residencias veraniegas.

Por tanto, el contacto con el campo no se pierde nunca de manera absoluta, pues el hombre de la ciudad, durante sus vacaciones, acaba por conocer a cada indígena y por no ignorar nada de sus pequeñas miserias y de sus alegrías.

De esta forma la clase dirigente jamás pierde contacto con su lugar de origen y la nación se fortalece con este estado de cosas.

265. 22 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

El rey de Inglaterra y el duque de Normandía. – Las islas del canal y de Frisia. – Unos trabajan y otros recogen el beneficio.

Los habitantes de las islas del canal de la Mancha que ocupamos se consideran dependientes del imperio y no súbditos de Inglaterra. Siguen viendo al rey de Inglaterra como duque de Normandía. No tendremos ninguna dificultad con esa gente si nuestras guarniciones saben actuar como es debido.

No puedo aprobar el proyecto que me ha sido sometido y que consiste en establecer en esas islas habitantes de Frisia y de Ems, pues son principalmente ganaderos, mientras que los habitantes de las islas son ante todo horticultores.

Si los ingleses las hubiesen conservado hubiesen podido, fortificándolas y construyendo campos de aviación en ellas, darnos más de un disgusto. En lo que a nosotros respecta, al fortificarlas y mantener en ellas permanentemente una división, hemos tomado las

precauciones debidas para que no vuelvan a caer en manos de los ingleses.

Después de la guerra Ley podrá disponer de ellas. Visto el maravilloso clima que allí reina, podrán servir de lugar de veraneo para las organizaciones de la Fuerza por la Alegría. No será necesario transformarlas mucho, puesto que ya existen allí balnearios y hoteles en abundancia.

Los italianos hubiesen podido conseguir una recompensa militar, ocupando Chipre desde el momento en que entraron en guerra. Con respecto a Inglaterra, la acción militar italiana se limitó, en efecto, a una declaración de guerra platónica. Ello es tanto más incomprensible por cuanto ya les habíamos enseñado, con nuestra invasión de Noruega, cómo había que hacer las cosas. El italiano medio de hoy día es más un gozador que un luchador. ¡Qué diferencia con los hombres de las tribus caucasianas! Son los hombres más fieros que existen en los confines de Europa y Asia.

266. 22 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Nada de juristas. – Un ladrón roba a otro ladrón. – Lágrimas de cocodrilo en venta.

Que no se les ocurra a nuestros juristas aportar su granito de arena en el este, tratando de aplicar allí su manía de la reglamentación.

Un rasgo típico de su forma de actuar es que, según su doctrina, tengo derecho, como canciller del Reich, a firmar leyes y decretos que se refieran a centenares de millones; pero no tengo derecho a firmar un testamento que se refiera por ejemplo a diez marcos, sin que mi firma sea avalada por un notario. Ha sido precisa una ley para poner fin a este contrasentido.

Mientras yo esté aquí los juristas no supondrán un gran peligro. En efecto, cada vez que lo considero necesario me salto a la torera todos sus formalismos. Pero estoy inquieto pensando en el momento en que yo falte.

De poco tiempo a esta parte tengo la posibilidad de meterles mano cuando su actividad es realmente nociva. Antes de tomar yo esta iniciativa, esos pillastres sólo podían comparecer ante sus propios tribunales disciplinarios, en los cuales se aplicaba rigurosamente la ley de que los ladrones no se roban entre sí. Ahora esto se acabó.

Durante nuestra lucha he podido conocer perfectamente, por propia experiencia, a esa mafia de juristas. Me dicen a veces que confundo a los juristas formados durante la República de Weimar con los de la nueva generación, que al parecer son diferentes. No creo una palabra de ello. Hasta ahora la educación de los juristas ha sido

específica, únicamente en el sentido de la marrullería. ¿Acaso se puede calificar de honrada una profesión en la que no se cumple otro cometido, durante toda la vida, que defender a los pillos? ¿No es cierto acaso que la buena marcha de un pleito depende, en la mayoría de los casos, del estado de fortuna del cliente? Al abogado Lütgebrune podían llegar a saltársele las lágrimas, en caso necesario y a condición de que los honorarios fuesen adecuados. ¿En qué demuestran que poseen el sentido y el respeto de la justicia cuando deslizan consejos al oído de un criminal o cuando orientan un interrogatorio en forma tendenciosa? Cuando se asiste a escenas parecidas se tiene la impresión de que maese zorro está aleccionando a su cachorro.

Antaño, a los actores se les negaba la sepultura. Tal es la suerte que merecerían hoy día los juristas. ¿Qué hay más parecido, a fin de cuentas, en alma y en espíritu, que un criminal y un jurista? Incluso en la forma de practicar el cosmopolitismo no existe entre ellos ninguna diferencia.

No veo más posibilidad de sanear esta profesión que controlándola rigurosamente. En el estado actual de cosas, me parece escandaloso que un jurista pueda tener derecho a la dignidad de doctor.

267. 22 DE JULIO DE 1942, DESPUÉS DE LA CENA

Las dos armas principales de Rusia. – Hemos pegado a tiempo. – Admiremos a Stalin. – Niños y adultos de Ucrania. – Hay que apoyar la contracepción. – El peligro de la presión racial en los territorios ocupados. – Política correcta, población local. – La administración alemana y los cazadores de abejorros.

Los soviets hubiesen podido convertirse en un terrible peligro para nosotros si hubiesen conseguido sabotear el espíritu militar de nuestro pueblo con el eslogan del partido comunista alemán «¡Nunca más guerras!». En efecto, mientras en nuestra patria se esforzaban por hacer triunfar el pacifismo por todos los medios, Rusia organizaba un ejército gigantesco. A pesar de aquella muletilla, los soviets sacaban el máximo provecho de su potencial humano. Por medio del estajanovismo forzaban al operario ruso para que trabajase no solamente aprisa, sino más tiempo que el obrero medio en Alemania y en los países capitalistas. Cuanto más claramente vemos la actitud de Rusia, más razones tenemos para felicitarnos por haber pegado a tiempo. En los diez años próximos hubiesen sido creados innumerables centros industriales, cada vez más inaccesibles, que hubieran proporcionado a los soviets una potencia de la que nadie puede hacerse idea. Al mismo tiempo, Europa hubiese quedado en tal situación de inferioridad que se hubiera convertido en una presa indefensa de la política soviética.

Es una estupidez reírse del estajanovismo. El armamento de que dispone el ejército rojo es la mejor prueba del triunfo del estajanovismo, sistema perfectamente adaptado a la mentalidad del obrero ruso. Asimismo, podemos tener por Stalin una admiración sin reservas. Realmente, es inteligente. Conoce admirablemente a sus maestros, empezando por Gengis Kan. Sus planes económicos son de tal amplitud que únicamente nuestros planes cuatrienales los superan. Y no cabe duda de que está *completamente decidido a que en Rusia no haya el desempleo que hay en estados capitalistas como los Estados Unidos de América...*

Bormann, que acaba de regresar de una visita a los kojoses cercanos al cuartel general, contó sus impresiones:

«Al ver a los niños, no se puede imaginar uno que antes o después tengan las caras eslavas y achatadas de sus padres. Son rubios y tienen los ojos azules como ocurre con los habitantes de loa estados bálticos. Son unos hermosos niños rollizos. Comparados con ellos, la mayoría de los nuestros parecen torpes polluelos. ¡Qué curioso es pensar que esos niños ucranianos se convertirán en adultos de rostro inexpresivo y vulgar! Llama la atención, al recorrer esas inmensas extensiones, hallar en ellas tantos niños, mientras que se ven tan pocos hombres. Esta proliferación de seres jóvenes quizá nos dé trabajo algún día, puesto que se trata de una raza mucho más dura que la nuestra. Los hombres tienen una admirable dentadura y entre ellos son muy pocos los que llevan gafas. Están bien alimentados y rebosan salud a todas las edades. Las difíciles condiciones en que viven estos hombres desde hace siglos han practicado una implacable selección. Cuando uno de los nuestros bebe una gota de su agua, poco le falta para morir por haber hecho tal cosa. Ellos viven entre la porquería, beben el agua fangosa de sus riachuelos y se quedan tan campantes. Nosotros tenemos que atiborrarnos de quinina para defendernos de la malaria, y esos ucranianos están tan bien inmunizados contra ella y la escarlatina que pueden coexistir impunemente con los piojos y los chinches.

»Si ese pueblo, bajo una dirección alemana, y por tanto mejores condiciones de vida, ha de multiplicarse aún más aprisa que hasta ahora, ello sería contrario a nuestros intereses, puesto que la presión demográfica ejercida por esos endiablados ucranianos no tardaría en constituir un peligro. Evidentemente es cosa que se opone a nuestros intereses, pues nuestra intención es hacer ocupar por un número cada vez más crecido de colonos alemanes esas tierras que fueron rusas hasta ahora». Hitler tomó la palabra:

Últimamente he leído un artículo escrito por algún señor doctor que aboga por prohibir la venta de anticonceptivos en los territorios ocupados. ¡Si algún lunático criminal realmente intentara introducir semejante medida, qué pronto le cortaría la cabeza! Vista la extraordinaria fertilidad de la población local, debería sernos muy grato animar a las mujeres y a las muchachas a la práctica continuada de las artes anticonceptivas. De modo que, lejos de

prohibir la venta de anticonceptivos, tendríamos que hacer todo lo posible por estimularla. ¡Tendríamos que pedir ayuda a los judíos! ¡Con su insuperable sentido comercial, son los adecuados para esta labor!

Existe realmente el peligro de que, bajo nuestra dominación, esa población indígena se acreciente con ritmo acelerado. Efectivamente, es inevitable que, gracias a nosotros, mejoren sus condiciones de vida. Por ello hemos de tomar las disposiciones necesarias para evitar que se multiplique en esas regiones la población no alemana. Sería una verdadera locura querer crear en estas condiciones servicios sanitarios para uso de los indígenas según el modelo alemán. Por lo tanto, nada de vacunaciones ni de otras medidas preventivas para ellos. Incluso hay que evitar que sientan el deseo de hacerlo, diciéndoles que la vacunación es una práctica peligrosa.

Por otra parte, es esencial no hacer nada que pueda suscitar entre los elementos no alemanes de la población el menor sentimiento de orgullo. Tenemos incluso que ser extremadamente circunspectos a este respecto, pues lo que precisamos es que experimenten, al contrario, sentimientos de humildad.

No hay ni que decir que esta población no debe beneficiarse de una formación que pase del nivel puramente elemental. Si cometiésemos el error de ignorar estos preceptos, no haríamos más que suscitar una futura resistencia contra nuestra dominación. Todo ello no impide que se les construyan escuelas, que, por otra parte, no serían gratuitas. Enseñémosles también a respetar nuestro código de circulación en carretera; y no muchas cosas más. En lo que atañe a la geografía, que sepan a grandes rasgos que la capital es Berlín y que es importante visitarla por lo menos una vez en la vida. Además de esto, los rudimentos para leer y escribir en alemán. Las matemáticas y demás nociones de este tipo son perfectamente inútiles.

En lo que se refiere al sistema escolar, se puede aplicar el mismo en las regiones del este que en las colonias. ¿Para qué hablar de progreso a esa gente? Jodl tiene razón al creer superfluos esos carteles en lengua ucraniana diciendo que es peligroso atravesar la vía del tren. ¡Que un indígena más o menos se deje aplastar por el tren, qué nos importa a nosotros!

Si opino que los indígenas deben aprender el alemán en las escuelas, es únicamente para permitirnos dominarles mejor. De lo contrario, tendrían la posibilidad de desobedecer nuestras órdenes diciendo que «no las entienden». Por esta misma razón habrá que suprimir la escritura rusa y sustituirla por la escritura latina. En términos generales, sería un error proporcionarles la menor ayuda a este respecto. Hay que permanecer completamente al margen de la población para evitar que a la larga nos dulcifiquemos con el indígena y resurjan nuestros sentimientos humanitarios.

En ningún caso deben instalarse los alemanes en poblaciones ucranianas. Más valdría que los alemanes viviesen en barracones en las afueras. De lo contrario, inevitablemente los alemanes se

pondrán a introducir el orden y la limpieza en la población. Ahora bien, nada ha de ser cambiado ni mejorado. No es asunto nuestro elevar el nivel de vida de la población. Será preciso bastante tiempo para ello, pero la meta ha de ser que los alemanes vivan en nuevas aglomeraciones completamente independientes de las otras. En cuanto a las casas que se construirán para los alemanes, no es cosa de que se parezcan a las casas rusas o ucranianas. Nada en ellas ha de recordar a los modelos locales.

En la Alemania de preguerra todo era demasiado meticuloso y detallista.

Uno de los motivos en que estábamos los unos encima de los otros y siempre era necesario que interviniese la policía para ordenar las relaciones entre los individuos. Pero esas tonterías administrativas llevan anejo un peligro. Efectivamente, cuando el alemán planta su tienda en el extranjero, en un dominio inglés por ejemplo, suelta un ¡uf! de alivio al adquirir conciencia de su libertad de movimientos, y enseguida se convierte en un extraño para su patria alemana.

Esta manía de la reglamentación tiene que ser excluida de las regiones del este. Si no queremos tener en contra a la población indígena, lo cual nos acarrearía perjuicios, no debemos atentar contra la libertad de cada individuo más que en la medida estricta en que ello sea necesario para nuestros intereses.

En la Alemania de preguerra las cosas habían llegado tan lejos que Berlín intervenía en el nombramiento de todos los alcaldes. Se ha llegado incluso a prohibir las asociaciones de adiestradores de perros, y he tenido que presionar para que las autorizasen de nuevo. Como contrapartida, Berlín ha impuesto unos estatutos a las agrupaciones de cazadores previéndolo todo hasta en los menores detalles, con artículos sobre la administración, las finanzas, la auditoría y Dios sabe qué más. Incluso el presidente de la asociación es responsable ante la ley. En lo que concierne a las regiones del este, únicamente las directrices importantes deben partir de Berlín. Los asuntos de trámite corriente serán resueltos por los comisarios regionales.

Otra manera de evitar la reglamentación superflua será no mantener en el este más que una administración alemana reducida a su más simple expresión. De esta forma, el comisario regional se verá en la precisión de colaborar estrechamente con los alcaldes indígenas. ¡Claro está que de ello no ha de resultar una administración ucraniana unificada!

268. 24 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Lo que se puede esperar de los holandeses. – Un pueblo que ha podido soportar a Guillermo II. – Los maridos de Guillermina y de Juliana. –

Popularidad del Duce. – Derecho al agradecimiento de Europa. – Luchas intestinas en Italia. – Sabotaje contra el Duce.

Cuando me dicen que no es posible hacer buenos SS con los holandeses, no tengo más que recordar los dibujos de Spitzweg, que representaba a los soldados alemanes de los estados del sur haciendo calceta. No han sido necesarios ni veinte años para cambiar esto. Un pueblo como el holandés, que ha sido capaz de establecer un enlace aéreo con Asia oriental y que siempre ha tenido grandes marinos, puede muy bien volver a ser recuperado por el espíritu militar. Lo que importa es tener confianza en los elementos sanos del pueblo holandés. Mientras ese núcleo subsista, todo sigue siendo posible.

Me emocionó oír a un economista como Kirdorf, en el preciso momento en que me ofrecía su apoyo incondicional para el movimiento, decirme: «Pero hay una cosa que no puede usted exigir de mí, y es que crea en el éxito. Desde mi punto de vista, el pueblo que ha podido soportar a un Guillermo II está demasiado podrido para poder experimentar un renacer».

Lo que prueba que Kirdorf era exageradamente pesimista es el hecho de que nuestros antiguos monarcas y los miembros de las antiguas familias principescas fueron olvidados ya en vida. ¡Díganme quién, hoy en día, se interesa por un Rupprecht de Baviera! ¡Basta con un poco de parloteo para formar un rey! ¡Está tan mal delimitada la frontera entre el trono y el manicomio!

Si consiguiésemos desembarazarnos del rey de los belgas mediante una pensión de medio millón al año, imponiéndole así un exilio dorado, yo sería el último en quejarme de ello.

En Holanda, gracias a Dios, todo fue más sencillo: gracias sobre todo a la circunstancia de que en la persona del príncipe Bernardo había un perfecto cretino sobre el trono. Antes de su matrimonio con Juliana, vino a despedirse de mí con mansedumbre y servilismo. No habían transcurrido aún cuarenta y ocho horas cuando ya hacía una declaración pública en la que afirmaba que desde su juventud se sentía holandés.

El difunto príncipe consorte, el marido de la reina Guillermina, era asimismo un típico cretino coronado. No le avergonzó pedirme siete millones y medio de florines, poco después de la subida al poder, a cambio de la promesa de hacer todo lo posible por afianzar la influencia alemana en Holanda.

No solamente en los tronos, sino también en la pretendida «elite» de los diez mil se dan cita la necedad y el orgullo. Cuántas veces, en determinados lugares, he tenido que tomar la defensa del Duce empleando el argumento de que, sin él, Italia sería hoy comunista! ¡Cuántas veces, en esos mismos medios, se me ha considerado como un hombre gastado y acabado!

Bormann tiene toda la razón al hablar de la inmensa popularidad del Duce, cosa que confirma la documentación fotográfica completísima que él posee. Yo mismo me pude dar cuenta de ello, durante mi viaje a Italia, por una serie de pequeños detalles. Esta

popularidad el Duce no la ha usurpado. Basta con recordar la obra fabulosa realizada por el fascismo y por él: creación de nuevas industrias, construcción de escuelas y de hospitales, grandiosas realizaciones coloniales, etc. Para enjuiciar semejante obra hay que tener presente el estado de derrumbamiento y descomposición en que se hallaba Italia cuando el Duce tomó el poder. No venció al bolchevismo la fuerza militar, sino la superioridad intelectual. Su principal mérito: haber sido el primero en combatir la esencia misma del bolchevismo y haber demostrado al mundo que era posible, incluso en pleno siglo XX, devolver el sentido de lo nacional a un pueblo. Este mérito es de un alcance incalculable. Asimismo, algún día se reconocerá que mi principal derecho al agradecimiento del mundo es haber preservado a Europa de la invasión asiática.

Lo que supone una traba terrible para la obra del Duce es el hecho de que su poder esté limitado por la corona. No es posible dirigir una nación cuando el ejército, por ejemplo, ha prestado juramento a alguien diferente del jefe del Estado efectivo. Por análoga razón, a un hombre le es imposible dirigir un negocio comercial si hay otro que posee la mayoría de las acciones y con ello el poder de anular sus decisiones.

Las fricciones son inevitables cuando el poder legislativo y el poder ejecutivo no se hallan reunidos en la misma mano. Nosotros los alemanes debemos tener en cuenta todo esto cuando opinemos sobre el Duce. En resumidas cuentas, a él debemos que en esta guerra Italia no esté en el campo de los aliados. Si nuestra alianza con Italia no nos satisface del todo, es porque el rey y la corte tienen demasiadas posibilidades de intervención en todos los terrenos. ¡Hasta los prefectos son nombrados por el rey! Por otra parte, ya sé que el Duce no experimenta ningún temor a este respecto y que ha tomado sus precauciones. Para evitar que puedan existir prefectos que trabajen en la sombra contra él, el Duce se ha preocupado siempre de hacer nombrar para tales funciones a los mejores de entre sus partidarios. Lo fastidioso del caso es que en cuanto se produce una vacante, tiene que estar al acecho con su propuesta de nombramiento; de lo contrario aprovecharían la ocasión para instalar en tal cargo a alguno de la camarilla de la corte. De lo que significan semejantes seres he podido hacerme una idea cuando mi viaje a Roma.

No daba crédito a mis ojos viendo de qué forma se conducía la reina con respecto al Duce, y observando la agitación de los cortesanos. Todo aquello justificaba, y con creces, la creación de la milicia. Cuando le hice esta reflexión al Duce, se echó a reír y dijo que en semejantes condiciones sería difícil salir del paso contando únicamente con el poder ejecutivo de la policía.

En Italia, la elite de los diez mil, lejos de comprender lo que deben al Duce y lo que una victoria de los rojos hubiera significado para ellos, se las ingenia, por el contrario, para suscitarle dificultad tras dificultad en su lucha contra el bolchevismo. ¿Hasta qué punto ayudan al bolchevismo con esta conducta inicua? No tienen mayor

idea de ello que esos terneros de los cuales se dice que no existen seres más estúpidos que los que eligen por sí mismos a su carnicero.

269. 26 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

Terrenos petrolíferos del Cáucaso y de otros lugares. – Los métodos rusos. Precio de los gasógenos.

La presencia de yacimientos de petróleo en el Cáucaso, en los alrededores de Viena y en el Hartz hace pensar en la existencia de una vena cuya importancia no se hubiese apreciado lo suficiente. No hay por qué extrañarse de ello. Como ocurre con el mineral, los trusts compraron inmediatamente los nuevos terrenos petrolíferos con la intención de no irlos explotando más que en la medida en que no dañase a sus intereses, siendo su fin principal evitar que otros pudiesen explotarlos. Bajo este punto de vista, hay que agradecer a los soviets haber limitado el poder de los monopolios y eliminado los intereses privados. Ello les ha permitido organizar la prospección y la extracción sistemática del petróleo en todo el territorio, indicando sobre los mapas grandes trazados de conjunto a fin de orientar constantemente las búsquedas. De esta forma han hecho visibles las venas de oro negro, completando este trabajo con perforaciones de control ejecutadas a expensas del Estado. En este terreno tenemos mucho que aprender de ellos.

¡Lo que hubiésemos podido sacar de los pozos de la región de Viena si el Estado se hubiese preocupado a tiempo de su explotación! Esto, añadido a los pozos de Rumania y del Cáucaso, nos libraría de toda preocupación para el futuro inmediato. No hay que olvidar, sin embargo, que los recursos petrolíferos no son inagotables. Esta es la razón por la cual, hoy igual que ayer, sigo siendo partidario convencido de la utilización de gasógenos en todos los coches de los servicios públicos, y en particular en los del partido.

Si abogo por ello, no es solamente por espíritu de previsión, sino también con la idea de abaratar el precio del transporte. El recorrido efectuado con un litro de gasolina a cuarenta pfennigs no cuesta más que doce pfennigs utilizando el gasógeno. En los países nórdicos, particularmente en Finlandia, disponen de carbón de encina abundantemente. Nosotros disponemos de lignito. En Ucrania utilizan paja prensada, de la que cada año se pudren allí inauditas cantidades.

270. 26 DE JULIO DE 1942, DESPUÉS DE CENAR

Lo que pueden y no pueden hacer los funcionarios. – Las tentaciones de la corrupción. – La mujer de César… – Los antiguos funcionarios y los negocios privados. – Algunos charlatanes.

El Führer preguntó a Bormann si se ha hecho lo necesario para impedir que los diputados al Reichstag, y en general todos los dirigentes, formen parte de consejos de administración. Bormann respondió que la ejecución de esta orden había sido diferida hasta el final de la guerra. Propuso que el Dr. Lammers hiciese una exposición concreta del asunto en su próximo informe. El Führer se asombró al oír tal cosa y dijo:

Ningún servidor del Estado tiene derecho a poseer acciones. Ningún *Gauleiter*, ningún diputado al Reichstag y, generalizando, ningún dirigente del partido deben en el futuro pertenecer a un consejo de administración, sea con o sin retribución. Efectivamente, incluso si ese hombre está guiado únicamente por la preocupación del interés general, y aun cuando poseyese el alma de un Catón, el público no lo creería así. En el sistema capitalista, a una gran empresa le es indispensable tener personajes influyentes a sueldo: de ahí la presencia en los consejos de administración de diputados y de altos funcionarios. Las sumas que costaban estos auxiliares en forma de gastos de representación, dietas e indemnizaciones eran recuperadas gracias a los enormes pedidos del Estado.

La Sociedad de Navegación del Danubio, por ejemplo, distribuía a los doce parlamentarios que formaban parte de su consejo de administración ochenta mil coronas por cabeza. Pero recuperaba varias veces el millón que esto le costaba gracias a los medios de presión que le proporcionaba. Debido a aquel monopolio de hecho, eliminaba toda posibilidad de competencia, yendo todo ello en detrimento del Estado, es decir de la comunidad. Tiene que quedar establecido como principio absoluto que ningún dirigente del partido, ningún parlamentario y ningún servidor del Estado se vea implicado en asuntos de ese tipo.

La gente del pueblo, en tales casos, no carece de olfato. En el momento en que me decidí a comprar una propiedad, tenía para elegir entre el Berghof y una finca agrícola en Steingaden. Tuve una buena inspiración al decidirme por el Berghof. En efecto, a menos de comprometer la rentabilidad del territorio, hubiese tenido que convertirme yo mismo en uno de los productores del célebre queso de Steingaden. Suponed entonces que, por una razón cualquiera, el precio del queso hubiese subido; con toda seguridad hubiesen dicho: «No tiene nada de extraño; el Führer está personalmente interesado en el precio del queso».

Apoyando lo que acababa de decir el Führer, el mariscal Keitel explicó una pequeña anécdota. El antiguo ministro de Abastecimientos Hugenberg alentó muchísimo la campaña emprendida por el Estado en favor del consumo de leche. Cuando sus propios camiones, que transportaban la leche de sus

propiedades, pasaban por las calles, adornados con carteles publicitarios de la campaña oficial, el pueblo murmuraba a su paso y todo el mundo estaba convencido de que el fin principal de aquella campaña era vender la leche del ministro. El Führer prosiguió:

Cuando un funcionario deja el servicio del Estado, es inadmisible que entre en una industria privada con la que haya mantenido contactos oficiales. En tal caso, no hay duda alguna de que si la industria privada trata de atraérselo es mucho menos por su competencia que por sus relaciones. ¡De lo contrario, los directores de esa clase no percibirían emolumentos anuales de treinta y seis mil marcos y más! Por otra parte, es un escándalo que esos hombres ocupen el puesto de aquellos que normalmente hubieran tenido derecho al mismo: es decir, las personas que se han pasado toda la vida en una empresa y que han ido ascendiendo de categoría peldaño a peldaño. Por sí sola, esta particularidad basta para demostrar la inmoralidad del sistema. La industria privada se dedica a la búsqueda de esos tránsfugas, igual que el diablo está al acecho de las almas judías.

El permitir que un *Gauleiter* se ligue a semejantes intereses es alentar, en una escala inferior, a que los *Kreisleiters* o los alcaldes se vean tentados a seguir su ejemplo. ¡Y así es como comienza la corrupción!

Por todas estas razones, hay que velar para que el servidor del Estado que coloca su fortuna en acciones, la invierta, en adelante, en valores del

Estado. Como señala con toda la razón el mariscal, así ocurría en el ejército imperial. Un oficial no podía colocar su fortuna ni la dote de su mujer en la industria privada. Tenía la obligación de colocar su capital teniendo en cuenta una lista de valores recomendados por el Estado. Considero que aquello estaba muy bien. Es la única garantía que poseíamos de que el oficial, en lo que respectaba a sus intereses privados, tenía intereses que se confundían con los del Estado. No sería justo que el Estado no tuviese otro papel que elevar a un hombre en la jerarquía de los honores, proveyéndole de brillantes relaciones, para verle después emprender el vuelo con sus propias alas.

El almirante Krancke se preguntó cuál sería el trato reservado a un servidor del Estado que realizase un invento. El Führer respondió:

Si se trata de un invento de gran alcance, el Estado lo adoptará y el inventor recibirá una remuneración adecuada en bonos del Estado.

Nueva pregunta del almirante Krancke concerniente a los oficiales desligados de sus obligaciones militares. ¿Se les debía impedir que entraran al servicio de la industria privada? Respuesta del Führer:

Dudo mucho de que un comandante liberado de sus obligaciones posea las cualidades necesarias para triunfar en el comercio, aun como simple contable. En este orden de ideas, hicimos suficientes experiencias negativas al terminarse la primera guerra mundial. De todas formas, hay que establecer una distinción entre los hombres que dejan el servicio del Estado para entrar en una industria y los que son licenciados por incapacidad.

Para prevenir el riesgo de que un servidor del Estado pueda pasarse un día a la industria privada, es preciso que el Estado se guarde bien de conceder jamás monopolios a la economía privada. En lo que concierne a los importantes pedidos del Estado, es necesario siempre que exista competencia entre tres o cuatro casas importantes. No existe otro medio de impedir que los funcionarios que hacen esos pedidos se preparen «puentes de oro» para el futuro. En lo concerniente a las grandes transacciones del Estado, lo mejor sería que la decisión dependiese de un consorcio cuyos miembros cambiasen constantemente. En cuanto a las comisiones de compras del ejército, deben estar formadas por oficiales llamados especialmente del frente y libres de todo contacto con la industria. Y si se advierte que intentan influenciarles mediante mil pequeñas atenciones y particularmente por medio de invitaciones para ir de caza, entonces, ¡cambiarlos en el acto! Si hablo de la caza es debido a que ésta ejerce sobre un oficial (y también sobre otros hombres) un atractivo comparable al de las joyas sobre una mujer.

Los industriales no ignoran nada de todo esto. Por lo tanto, su arte de la corrupción se basa en innumerables experiencias. Ello explica por qué en sus tentativas emplean una audacia tan tranquila. Incluso a mí intentaron arrancarme un beneplácito para utilizar mi nombre mediante el cebo de un paquete de acciones (que me hubieran dado para mis obras de beneficencia, claro está).

El alquimista Tausend, utilizando hábilmente el nombre de Ludendorff (que cayó en la trampa), consiguió sacar cuatro millones de marcos a un pequeño grupo de industriales (de los cuales, novecientos mil los pagó Mannesmann) para financiar investigaciones de transmutación.

Si un militar de la calidad de Ludendorff pudo convertirse en presa de los especuladores, con mayor razón les puede ocurrir a otros más modestos, y ello es por lo tanto una razón más para impedir que los oficiales licenciados por incapacidad se dediquen a la vida de negocios. El hecho de que un oficial no sirve para ese tipo de actividades lo pone en evidencia el fracaso de la empresa de Ludendorff cuando quiso crear un periódico con el capitán Weiss.

Incluso un hombre de negocios muy hábil puede ser engañado. Me acuerdo de Roselius, que extraía la cafeína del café y la vendía carísima como medicamento, y luego incorporada al chocolate, lo cual no le impedía vender además su café descafeinado a un precio más elevado que el café normal. Pues bien, el tal Roselius se dejó engañar por un pillo que, por medios completamente naturales, pretendía transformar el agua sucia en agua potable. Poco después de mi subida al poder autoricé a Roselius para que me trajese a

aquel personaje. En cuanto oí hablar al genial «inventor» descubrí en el acto que era un timador vulgar.

El ministro de Asuntos Religiosos, menos avispado, se dejó tomar el pelo por otro *soi-disant* inventor que pretendía fabricar gasolina tratando el carbón con agua. ¡Hasta el mismo Keppler estuvo embarcado durante casi todo un año! Efectivamente, les enseñaba gasolina a aquellos crédulos bobalicones, pero aquella gasolina había sido aspirada de otra fuente. Cuando la situación se hizo crítica para él, el charlatán intentó todavía sacarle un salvoconducto a Himmler. Este, que también había empezado creyendo en el invento, le dio una *carte d'entrée* en un campo de concentración, para permitirle proseguir tranquilamente sus investigaciones.

«Si semejantes timos son posibles aquí —observa Bormann—, ¡qué no será en Estados Unidos!» El Führer prosiguió:

En Alemania nuestra fuerza consistirá en que los dirigentes del partido, del ejército y del Estado no tengan absolutamente ninguna ligazón con el comercio o la industria. Los que hoy en día mantengan todavía tales ligazones, tendrán que decidirse: o bien renuncian a ellas, o bien abandonan sus funciones públicas.

271. 27 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

Población flotante de Rusia. – El atractivo del sur. – La burocracia alemana y los nómadas.

El embajador Hewel dijo haberse enterado por el comisario de la población vecina de que numerosos rusos se presentan a su despacho para pedirle salvoconductos, aparentemente para dirigirse a Crimea. La mayoría de ellos vienen de Leningrado, con mujeres e hijos. El Führer dijo:

¡Esto ya es el colmo! Quiero vaciar Crimea de sus habitantes para instalar allí a nuestros colonos, y nuestros jefes de puesto extienden salvoconductos a toda clase de rusos para que puedan ir allí. ¡Y soy informado de ello por pura casualidad!

¿Se les ha ocurrido siquiera preguntarse la razón por la que todos esos rusos emigran? En primer lugar, es evidente, por el atractivo que ejerce el sur. No ignoran que la temperatura es más clemente en Crimea. Se sienten tanto más atraídos hacia allí por cuanto su guardarropía es mísero y el último invierno ha sido duro. Por otra parte, desconocen ese apego al suelo natal que caracteriza al campesino alemán. Ya bajo los zares, millones de seres emigraban sin cesar. La esperanza de no tener que pagar impuestos no era el

menor de sus móviles. La época en que aquellos movimientos migratorios tenían lugar coincidían, generalmente, con la llegada de los agentes fiscales del zar.

Si quiere uno hacerse una idea de la mentalidad que anima a esos individuos, hay que ver en ellos a los nómadas. Su espíritu migratorio es el mismo que el de los rebaños. Cuando han agostado un campo, van a buscar más lejos nuevos pastos. Y ello explica que esos rusos estén dispuestos a abandonar incluso un tesoro como es una carreta si ésta les estorba en su marcha hacia adelante.

¡Qué campo a explotar para el genio organizador de nuestros burócratas! Acabarían por extirpar a esos indígenas su espíritu nómada. Ya me imagino sus inventos: una cartilla-itinerario, por ejemplo, que habría que hacer timbrar a cada momento, caminos prohibidos y los que no lo estuviesen serían obligatorios; y el broche final sería que todas nuestras administraciones se pelearían por saber cuál de entre ellas tendría el privilegio de organizar el nomadismo. ¿La autoridad militar, el ministro del Interior, o tal vez incluso el de Asuntos Exteriores? ¡Al fin y al cabo siempre existe el riesgo de que a un nómada extraviado se le ocurra cruzar el último poste fronterizo del inmenso Reich del futuro!

272. 28 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

El transporte de cereales.

La cuestión estaba en saber si un silo que contenía cien mil toneladas de cereales capturados en Morosovkaya debe ser transferido a Alemania. Ello representa dos millones de sacos, o sea cuarenta millones de panes de siete libras. El Führer expuso su opinión:

Cien mil toneladas, eso me dice algo. Es exactamente la cantidad que he tenido que conseguir, luchando como un león, para que los suabos no se vean obligados a renunciar a sus *spätzle*. No tengo la superstición del reparto uniforme de los productos alimenticios en todo el Reich. Seamos comprensivos y demos a los suabios sus *spätzle*, a los habitantes de Múnich su cerveza, a los vieneses un suplemento de café y sobre todo su pan blanco, y a los berlineses un poco más de charcutería. Las cosas son tal como son, y es un hecho que la moral de la población depende en buena parte de estas pequeñas atenciones.

En lo que concierne a los cereales de Morosovkaya, opino que hay que transportarlos a Alemania para que se beneficien de ellos los obreros de la industria pesada.

273. 29 DE JULIO DE 1942, A MEDIODÍA

Hombres y máquinas.

Durante la primera guerra mundial, hubo que esperar hasta 1918 para que el ejército se decidiese a licenciar a cuarenta mil obreros que se necesitaban para construir submarinos. En 1917 todavía se negaban a liberar la mano de obra necesaria para fabricar tanques.

De esta forma, el Alto Mando cometió un error capital, sacrificando la posible mejora de la técnica de la guerra para no disminuir su potencial en hombres. Y sin embargo, el factor decisivo para ganar una guerra es poseer las mejores armas.

Se trata de que nosotros sigamos conservando, hoy en día, la superioridad que tenemos en ese terreno, gracias a la cual hemos conseguido nuestras grandes victorias. De esta forma podremos proseguir esta guerra, y ganarla, sufriendo pérdidas tres veces inferiores a las del enemigo.

Bajo el mismo punto de vista, sería un contrasentido conservar bajo las armas a los obreros especializados en la construcción de los submarinos. ¿De qué serviría dejar pasar por Arcángel, por falta de submarinos para atacarlo, un convoy inglés que transportase más de mil tanques y otros tantos aviones?

El resultado sería que la Wehrmacht y la Lutwaffe tendrían que destruir todo ese material en el transcurso de combates sangrientos, que nos harían perder muchos más hombres que los que hubiera habido que liberar para construir submarinos.

Si durante la primera guerra mundial se hubiese liberado a tiempo, o sea después de la batalla de Cambrai, a quinientos mil especialistas para construir vehículos militares, y especialmente tanques, en lugar de perder dos millones de hombres quizá sólo hubiéramos perdido un millón. Los hombres que caen en combate están definitivamente perdidos, y la muerte es cosa de algunos segundos; mientras que un obrero forja durante trescientos sesenta días al año las armas perfeccionadas que evitan la muerte de cientos y más cientos de soldados.

Lo que es tan importante como la construcción de submarinos es la construcción de dragaminas.

Sin dragaminas, no podríamos mantener la importación del mineral de Suecia, ya que los ingleses no pierden el tiempo cuando se trata de minar nuestras rutas navales. Sin dragaminas careceríamos del mineral necesario para la fabricación de nuestras armas y pagaríamos por lo tanto esta deficiencia con mayores pérdidas en el frente.

Si dejamos a los ingleses la posibilidad de infestar el mar con sus minas, ello constituye igualmente un peligro mortal para nuestros submarinos. La liberación de los obreros especializados

constituye, por tanto, una necesidad urgente, para poder construir dragaminas y submarinos que ayuden a las fuerzas armadas.

Aplicando este programa, no hay que olvidar, no obstante, que cuantos más submarinos y dragaminas tengamos en servicio, más tendremos que reparar. En consecuencia, tenemos que hacer que en los diques de reparación tampoco falte la mano de obra necesaria.

274. 29 DE JULIO DE 1942, DURANTE LA CENA

El escultor Kreis. – El arte alemán y los judíos. – Mil doscientas obras maestras en Múnich. – El dilema del artista.

El monumento erigido en Laboe a la gloria del arma submarina, con su proa erguida, es pobre desde el punto de vista artístico. Podemos felicitarnos por haber hallado en el profesor Kreis a un artista capaz de simbolizar los hechos de esta guerra. Sus proyectos de monumentos para conmemorar nuestras grandes batallas son verdaderamente grandiosos.

Bormann mostró al Führer unas fotos de las obras expuestas en la Bienal de Venecia. El Führer las comentó:

Esto me hace pensar que la completa ausencia de técnica supone la última prostitución del arte. Lo que da valor a esa exposición, según el documento que tengo ante mi vista, es la acogida que el público le ha dispensado, no pudiendo contener sus carcajadas delante de determinados cuadros. ¡He aquí algo que no ocurre en la Exposición del Arte Alemán!

Las mil doscientas telas expuestas en Múnich son el producto de una selección efectuada entre más de diez o doce mil envíos. Las obras sin valor no son aceptadas. La severidad de la elección está garantizada por el hecho de que ésta no la realizan pintores, sino aficionados tan calificados como el profesor Hoffmann y el director Kolb. Los pintores sufren con demasiada facilidad la tentación de seleccionar obras mediocres a fin de que sirvan de contraste para sus propias obras.

El interés de la Exposición del Arte Alemán reside, por una parte, en el hecho de que el comprador puede decidirse con toda confianza, y por otra, en el hecho de que ejerce una feliz influencia sobre los pintores.

En efecto, no me apeo de este punto de vista: el llamado artista que envía una porquería es o un pillo y entonces su lugar está en la cárcel, o un loco, y hay sitio para él en un manicomio, o un degenerado en cuyo caso debe de ser enviado a un campo de concentración para ser «reeducado» y que aprenda la dignidad del

trabajo honesto. Por lo tanto, nuestra Exposición de Múnich constituye un verdadero coco para los incapaces.

Lo que cuenta para mí es la certidumbre de ser comprendido por el pueblo alemán: y tengo la prueba de ello en los millones de visitantes que se agolpan cada año en Múnich.

275. 1 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE[1]

Credulidad del americano. – Reticencia de la opinión británica. – Mentiras inglesas. – Paralelismo con América. – Cerdos en una porqueriza modelo. La astuta sabiduría de la Iglesia. – Evolución del conocimiento y la buena fe. – Mutis del papa. – Odio al clero en España. – Serrano Súñer, enterrador de la España moderna.

Conversación general sobre un libro, titulado «Juan en América», que Bormann había dado a leer al Führer algunos días antes. El autor bosqueja un cuadro de las increíbles condiciones en que se ejerce la actividad intelectual y política en Estados Unidos y de la sorprendente credulidad del ciudadano americano. Hewel subrayo que esta credulidad no es exclusiva de los americanos, ya que también en Inglaterra el público se tragaba todo cuanto le explicaban. Hitler intervino:

Esto me recuerda el mitin de Häusser al que asistí en Stuttgart. Aquel curioso personaje, que debía de estar mal de la cabeza (a no ser que no fuese un embaucador de primera magnitud), tenía por sistema injuriar a sus oyentes, interpelándoles con expresiones de este tipo: «Estúpidos, cerriles, puercos...», a pesar de que su auditorio estuviese compuesto, en gran parte, por personas extremadamente serias. En la mente de éstas se había producido una confusión basada en el nombre del candidato. Votando por él, creyeron defender los intereses de los propietarios de inmuebles. ¡Y lo que es el colmo, es que aquel tipo grotesco obtuvo más de veintinueve mil votos, mientras que el canciller Stresemann no consiguió más que veintisiete mil!

El mariscal Keitel hizo la reflexión de que en este terreno se tenía en ese momento una situación parecida con los testigos de Jehová. Hitler contestó:

Es cosa que nos debemos a nosotros mismos el impedir completamente semejantes prácticas. Una sociedad que tolera manifestaciones tan netamente asociales está abocada inevitablemente a la descomposición. Es inadmisible hacer la vista gorda a este respecto. Incluso en organizaciones tan elementales

[1] El texto de este día es muy inconexo y está confusamente escrito (incluso tiene errores gramaticales en alemán). *(N de los t.)*

como las sociedades animales, esas tendencias anárquicas son implacablemente extirpadas. Si careciésemos de la debida firmeza, correríamos el peligro de volver a vivir los acontecimientos de 1918 y encontrar nuevamente en el poder a los mismos elementos turbios, siempre dispuestos a aprovecharse de las circunstancias.

Durante la primera guerra mundial, las operaciones se interrumpían generalmente hacia finales de noviembre o a principios de diciembre, y el frente se inmovilizaba. Me acuerdo de que en 1918 aún libramos duros combates a finales de octubre, el 27. Entonces comenzaron las lluvias, luego la nieve, y pronto llegó ya el final.

Nuestros adversarios siguen conservando la experiencia de la otra guerra (mientras nosotros tenemos la de la guerra del este). Nos ha resultado sorprendente que los ingleses hayan podido hablar en marzo de una inminente ofensiva de primavera. ¡Es en Inglaterra donde la primavera empieza en marzo, no aquí!

Es muy natural que los ingleses, con su rico imperio colonial, se hayan convertido en un pueblo de amos: ¡esas residencias señoriales en pleno campo, y la inmensidad de sus parques vacíos!

Ciertamente, el público inglés se traga todas las paparruchas. No obstante, en estos momentos es evidente que la opinión británica comienza a mostrarse reticente. Para justificar su pufo, los dirigentes se ven obligados a explicar a aquellos que protestan que obran así para engañar al adversario. No hay ninguna otra forma, dicen, de conducir la guerra.

¡Pues bien, podemos asegurarles que se equivocan si creen intimidarnos actuando de esta manera! Recordemos que en otoño de 1939 pretendían haber desembarcado en Francia cerca de un millón de soldados. Por mi parte, calculé que habían desembarcado de treinta y cinco a cuarenta divisiones. En realidad eran unas doce o quince, o sea, ¡alrededor de trescientos cincuenta mil hombres! Somos incapaces de proferir tales mentiras, y no puedo concebir que se incluyan a sabiendas, en un comunicado militar alemán, informaciones amañadas. Ahora bien, los ingleses hacen eso fríamente. Hasta ahora no nos hubiéramos imaginado que fuesen capaces de mentir hasta ese punto a su pueblo.

Si hiciésemos caso a su propia propaganda, los americanos tienen todo lo mejor, tanto en lo que respecta a instituciones como a material de guerra. Ahora bien, basta con leer un libro como este de que hablamos para darse cuenta de que en realidad son tan estúpidos como las gallinas. El día en que ese castillo de naipes se derrumbe, la sorpresa y la emoción serán inmensas en el mundo. Ya han tenido un adelanto de esa catástrofe en Extremo Oriente. Yo pregunto: ¿por qué lucha ese pueblo? ¡No le falta nada, lo tiene todo! Pero el día en que cada americano tenga que restringirse y adaptarse a nuevas condiciones de vida, tened la seguridad de que el ardor combativo disminuirá en cada uno de ellos.

La conversación con un americano no es fácil; siempre tiene argumentos decisivos que oponeros. Os dirá, por ejemplo: «Vean lo que gana un obrero en nuestra tierra». Os dirá esto, pero no os

mostrará el reverso de la medalla. Existe el obrero que gana sus ochenta dólares semanales, de acuerdo. Sin embargo, también existe el obrero que no gana nada, porque no encuentra trabajo. Tienen hasta trece millones de parados. He tenido ante mi vista fotografías en las que se podían ver barracones construidos con bidones de petróleo vacíos y otros materiales de ese tipo. No veo gran diferencia entre esos barracones y los miserables chamizos de las poblaciones industriales de Rusia. Reconozco que nuestro nivel de vida es más bajo que el de los americanos, pero nuestro Reich dispone de doscientos setenta teatros líricos. Y poseemos una vida cultural armoniosa cuyo equivalente no existe allende el Océano. Claro está que tienen ropas, comida, automóviles, casas (por cierto, mal construidas) y neveras eléctricas. Pero eso no basta para asombrarnos. ¡Es como si yo quisiera juzgar el nivel de cultura del siglo XVI según las letrinas de la época!

He leído estos días un libro sobre España. El español no tiene nada en común con el americano. De lo que el español sitúa por encima de todo, el americano no tiene ni la menor idea y recíprocamente el español no experimenta el menor interés por lo que apasiona a un americano. En el fondo, los americanos viven como cerdos en una porqueriza modelo.

El Reichsleiter *Bormann llamó la atención sobre los regalos que casi a diario hacía Francia a la Iglesia y sobre el hecho de que el poder de la Iglesia era sumamente amenazador. El Führer continuó:*

¡Exactamente lo mismo que pasó en Baviera! ¡Held devolvió a la Iglesia tierras boscosas por valor de treinta o cuarenta millones de marcos, tierras que pertenecían al Estado por expropiación!

La Iglesia ha tenido éxito al dar con un bonito equilibrio entre la vida en este mundo y en el más allá. En este mundo, dicen, los pobres han de seguir siendo pobres y bienaventurados, pues en el cielo los ricos de este mundo no tendrán nada; ¡y los infortunados pobres de este mundo les creen!

Sólo manteniendo a las masas en la ignorancia se puede mantener el orden social existente; tal es, a ojos de los creyentes, la justificación suprema de la autoridad papal. Cramer-Klett me dijo en una ocasión que se había vuelto católico porque se daba cuenta de que Lutero, con su reforma, había destruido por completo la autoridad en cuanto tal.

Es posible... Pero no puedo evitar pensar que el hombre ha sido dotado de un cerebro del que se supone que hace uso, y que nada que se base en una premisa inaceptable para el intelecto humano puede durar para siempre. No es posible aferrarse durante mucho tiempo a principios que el progreso del conocimiento ha demostrado que son falsos. Me equivocaría si acusara de mentiroso a un hombre que creyera firmemente en el mundo aristotélico o tolemaico, pues su elección no tenía otra alternativa. Pero un hombre que aún crea actualmente en esa antigua concepción del mundo ciertamente es un mentiroso. La ciencia no se mantiene inmóvil. En mi opinión, una de

las virtudes de la humanidad es su capacidad para rechazar una falsedad probada. La Iglesia describe y explica con precisión lo desconocido, y con los inevitables progresos producidos con el paso del tiempo, llegará el día en que el suelo falle bajo sus pies. Por este motivo se opone a todo progreso. Cuando un cura nos presenta como concepción de la divinidad su versión mediocre del hombre, apenas añade nada a nuestro conocimiento del creador. Al menos en este aspecto el musulmán es más ilustrado cuando dice: no le ha sido concedido al hombre formarse una idea de Alá.

En mi opinión, el peligro más acuciante es que el cristianismo, al aferrarse a una concepción del más allá constantemente expuesta a los ataques del progreso incesante y al relacionarla tan estrechamente con muchas trivialidades de la vida que pueden derrumbarse en cualquier momento, está madurando a la humanidad para su conversión al bolchevismo materialista. Y esto es una tragedia terrible. El hombre perderá cualquier sentido de la proporción, y una vez que se considere señor del universo, será el final de todo. Y si en España la Iglesia sigue actuando como lo hace ahora, terminará en el rincón de los trastos.

La rapidez con que Mustafá Kemal Ataturk se libró de sus clérigos es uno de los capítulos más notables de la historia. ¡Colgó de inmediato a treinta y nueve, al resto los echó y Santa Sofía de Constantinopla es hoy un museo!

En Venecia, en 1934 el Duce me dijo: «Un día de estos el papa tendrá que irse de Italia; ¡no hay sitio para dos amos!».

El pueblo español tiene una mezcla de sangre gótica, franca y mora. Del español puede hablarse como de un anarquista valiente. La época árabe —para los árabes, los turcos están a la altura de los perros— fue la más cultivada, la más intelectual y en todos los aspectos la época mejor y más feliz de la historia de España. Le siguió el período de las persecuciones, con sus incesantes atrocidades.

El sacerdote ruso no era odiado; sencillamente se le despreciaba por ser un parásito que se aferraba a su puesto por lo que pudiera producirle. Los príncipes rusos, a diferencia de los alemanes y españoles, nunca fueron esclavos de la Iglesia. ¡En España se odia al clero y muy pronto será eliminado!

Todos los que han observado el avance de Franco dicen que va camino de otra revolución. No se puede separar a España del resto del mundo con una muralla china. La explosión se producirá antes o después. También en esto vemos una verdad fundamental: que los parásitos, en su avaricia, no se dan cuenta de que el terreno que están destruyendo son sus propios cimientos. La actual Iglesia no es más que una sociedad anónima hereditaria para la explotación de la necedad humana. Si en 1936 no hubiera decidido enviarle nuestro primer avión Junker, Franco nunca hubiera sobrevivido. ¡Y ahora se atribuye su salvación a santa Isabel! ¡Isabel la Católica [*sic*, por Isabel II], la mayor ramera de la historia, que fue condecorada por el papa con la Rosa de la Virtud más o menos en la época en que se crucificaba a nuestro Luis de Baviera debido a Lola Montes! La

verdadera tragedia de España fue la muerte de Mola; ése era el verdadero cerebro, el verdadero jefe. Franco llegó a lo más alto como Poncio Pilatos en el credo. El espíritu más dañino es sin duda Serrano Súñer, cuya labor es preparar el camino para la Unión Latina. ¡En realidad es el enterrador de la España moderna!

276. 3 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

Abejas y termitas. – Inteligencia e instinto. – Los débiles y los fuertes.

Una de las cosas raras de la naturaleza: existe una especie de termitas en las cuales toda la tribu muere cuando muere la reina. La confusión se apodera del pueblo de las abejas cuando una reina está enferma. Ciertas hormigas instalan cultivos de setas para alimentar piojos. Miman a esos piojos, los llevan al sol y luego los vuelven a conducir junto a las setas, antes de transformarlos en alimentos destinados a su reina.

La cuestión, en todo esto, es saber en qué punto comienza un esfuerzo de pensamiento asimilable a la inteligencia humana y cuándo no se trata más que de un instinto. Efectivamente, hay que distinguir. La perra sabe cuidar a sus cachorros sin haber recibido la menor enseñanza, y todas las perras cuidan a sus pequeños de la misma manera. Aquí se trata solamente del instinto. La inteligencia es otra cosa, puesto que es capaz de sacar determinadas conclusiones de la comparación de determinados hechos. No existe nada más primitivo que alimentarse y reproducirse. Son instintos que todo ser posee.

En mi juventud tuve ocasión de estudiar de cerca a las abejas, pues mi padre era un gran apicultor. Muchas veces fui picado por ellas, hasta el punto de correr peligro de muerte. En casa, las picaduras de abeja eran moneda corriente. ¡Cuántas veces mi madre, cuando mi padre iba a las colmenas, tuvo que extraerle hasta cuarenta y cincuenta aguijones de la piel! Nunca adoptaba la menor protección. Simplemente, fumaba: ¡un pretexto más para fumar otro cigarro!

Los monarcas sin carácter jamás han conseguido muchos partidarios. Eso era lo que ocurría a los rusos. Su último zar, que era un ser débil, no tenía seguidores. En cambio, el pueblo sigue a los brutos sanguinarios. ¡En Occidente ocurre lo mismo! Únicamente con una dureza continua e implacable alcanzamos nuestros objetivos. Esto es algo que va en contra de la opinión de los diez mil de la elite. Tienen la religión de la debilidad. La de veces que he oído esta reflexión: «¡Con sus métodos brutales, no conseguirá usted nada!». Ahora bien, no recurriendo a esos métodos es como no hubiese conseguido nada. El mismo soldado siente apego preferentemente

por un jefe duro, pero justo. Si un hombre es un líder de verdad, el pueblo lo seguirá.

277. 4 DE AGOSTO DE 1942, A MEDIODÍA

Recuerdos de la primera guerra. – Las encajeras de Bélgica. – Ypres y Lübeck.

Hacía un calor insoportable cuando llegamos al frente, en 1916, por el sur de Bapaume. Yo caminaba por las calles, sorprendido al no ver la menor casa ni el más pequeño arbolillo. Todo había sido destruido. Incluso la hierba estaba quemada. Un verdadero desierto.

Fue una gran sorpresa para mí, en el transcurso de la campaña de 1940, volver a ver Arras. Yo recordaba una tierra despedazada por los obuses, vuelta al estado de incultura. Y veía praderas en flor y espigas de trigo ondulantes. Hallé el mismo contraste en Champagne. En cambio, en las alturas de Vimy topé con los paisajes desoladores de la otra guerra.

El soldado experimenta un apego sin límites por la tierra que él ha abrevado con su sangre. Si pudiésemos dejar el paso franco y liberar el tráfico, una riada de millones de hombres se volcaría para ver de nuevo los antiguos campos de batalla.

La carretera por la que avanzábamos representaba una verdadera calamidad para nosotros, pobres infantes. Sin cesar teníamos que ceder el paso a esos condenados artilleros, y para proteger el pellejo no nos quedaba otro remedio que hundirnos en los terrenos cenagosos de los lados. Nos vengábamos dirigiéndoles verdaderas descargas de insultos. «Puerco» era la expresión más suave de nuestro vocabulario. ¡Pero, con el ruido infernal que levantaban a su paso, no debían de oír nada!

Mi primera impresión de Ypres: la impresión de que las torres de la población estaban al alcance de la mano. Pero los hombres de la infantería, desde su agujero en el suelo, tienen un escaso campo de visión.

Empezaré por enviar a Ypres a los arquitectos encargados de reconstruir Lübeck. Cincuenta colores diferentes para las tejas, desde el rojo salmón al violeta, pasando por el oro. Esta nueva Ypres será una población de cuento de hadas.

Durante la primera guerra, las bordadoras de encajes estaban sentadas delante de sus casas. Siempre había numerosos soldados a su alrededor contemplándolas trabajar. Allí compraban auténticos encajes flamencos, que enviaban a sus familias.

Cuando uno de nuestros soldados compra en Francia chocolate o medias para su mujer, comparto el criterio de Goering: hay que cerrar los ojos. Después de todo, no hemos sido nosotros quienes

hemos comenzado la guerra. Y si la población francesa sufre privaciones, a nosotros no nos importa.

También me gustaría que aquí, en Rusia, pudiésemos comprar algo. Pero aquí no hay nada. Lo único que hay es barro.

278. 4 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

Tribunales militares americanos en Inglaterra. – Invasión por el oeste.

Dirigiéndose al Dr. Dietrich, el Führer dijo:

Si yo fuera usted, diría lo siguiente sobre los tribunales instituidos en Inglaterra por los americanos para juzgar a sus soldados: ¡Los turcos han puesto fin a la extraterritorialidad, y ahora los ingleses ocupan su lugar! Inglaterra ha descendido al rango de una nación de segundo orden.

¿Un desembarco en el oeste? Ello no sería posible a menos que utilizasen para este fin sus mejores unidades, y tal cosa supondría poner en la balanza lo mejor que les queda. Después de hacerlo, ya no les quedaría nada.

En lo que concierne a la aviación, sus especialistas han de pensar que Alemania está en condiciones de doblar sus efectivos con la velocidad del relámpago, de forma que podremos atacar simultáneamente tres o cuatro puntos diferentes. No disponen de las fuerzas necesarias para afrontar semejante riesgo.

Me imagino que los militares se defenderán con uñas y dientes para eludir tamaña responsabilidad, sabiendo hasta qué punto, en este terreno, los políticos saben ser prudentes. Los generales redactan notas para explicar que la cosa no es factible. Los políticos, por su parte, declaran que sólo una empresa de gran envergadura tiene posibilidades de éxito (pero de forma que en caso de fracaso puedan también declarar: «¡Ya lo habíamos previsto!»). Los militares razonarán de distinta manera. Pensarán que el hecho de poner toda la carne en el asador, sin estar seguros del éxito, significa perderlo todo.

No obstante, en 1939 los políticos declararon la guerra sabiendo que no estaban preparados para ella. ¡Los ingleses disponían en aquella época de seis divisiones! Claro está que existe la posibilidad de que se dejen enredar nuevamente por los chismorreos de los emigrados. En 1939 los militares se oponían a tal aventura. Pero allá hay hombres a quienes les sería completamente indiferente el hundimiento de Inglaterra: esos hombres son los judíos. Hay otros que piensan que si los rusos son derrotados, se les tendrá a ellos por responsables de esta guerra. ¡Les serían pedidas cuentas y acabarían en la Torre de Londres! Los militares podrán defenderse diciendo que habían advertido del peligro que corría Inglaterra; no así los

políticos que decidieron la guerra, ni los judíos que la impulsaron. Pero también pueden reflexionar sobre lo peligroso que es provocar a un adversario que ya ha mostrado su poderío.

A mayor abundamiento, en 1940 tenían a su lado las ciento treinta y ocho divisiones francesas, las dieciocho holandesas y las treinta y tres o treinta y cuatro belgas. Con las diez divisiones de que disponen en la actualidad, ¿qué pueden emprender? Si, gracias a las medidas adoptadas, consiguiésemos acrecentar su temor, intimidándolos, la cosa sería perfecta. Desde la primavera próxima, y con las fortificaciones que estamos construyendo, cualquier ataque contra una base de submarinos estará condenada al fracaso. Por si ello fuera poco, la Muralla del Atlántico jugará un papel análogo al del Muro del Oeste.

Me imagino perfectamente la actividad que deben desarrollar en la sombra los adversarios de Roosevelt.

279. 5 DE AGOSTO DE 1942, A MEDIODÍA

Importancia otorgada a la comida. – La innoble mafia de los cocineros. – La gula de los suizos. – Período heroico de la colonización alemana. – Las experiencias del príncipe Ahrenberg.

¡Vaya cosa calamitosa el número de servicios en un banquete de ceremonia! Hay algo degradante, a mis ojos, en el hecho de conceder tanta importancia a la comida. Lo más desagradable de todo es que la cosa dura horas, y que generalmente no tiene uno por vecinos de mesa a personas que se hubieran podido elegir por razones de afinidad. Y lo que es trágico para mí, desde que soy el jefe del Estado, es que me pongan por vecinas a las señoras más respetables de la reunión. Prefiero hallarme a bordo del «Robert Ley» y departir con una encantadora secretaria o con una linda dependienta de grandes almacenes.

Esos asuntos de comida no tienen interés más que para quienes los inventaron: la innoble mafia de los cocineros.

Por otra parte, esos maestros de la cocina son todos unos perfectos idiotas. Encantan a sus víctimas y se embriagan ellos mismos con palabras carentes de significado y fórmulas vacuas, todo ello para hacer una presentación de engañabobos. Ya no sabe uno lo que come. El plato más sencillo es presentado como una adivinanza.

Antes de la guerra cualquier ocasión era buena para un banquete de diez o doce servicios.

En 1923 tomé parte en una comida en Zúrich y me quedé estupefacto ante la superabundancia de platos. ¿Qué ideal de vida pueden tener los habitantes de un pequeño Estado que practican semejante culto a la comida y que pasan el tiempo cebándose? Desde que las grandiosas regiones montañosas de Austria forman parte del Reich, ya no necesitamos ir a Suiza. ¡Esperaremos a que los suizos

hagan acto de desagravio y supliquen que el Tercer Reich los proteja bajo sus alas!

Y volviéndose hacia el Dr. Dietrich.

Parece como si los suizos, al menos al leer sus periódicos, hayan perdido algo de su presunción. Ya no son tan innobles como antes. El punto culminante de su ignominia lo alcanzaron en la época de nuestras diferencias en Yugoslavia. Entonces fue cuando nos mostraron el fondo de su alma. En la frontera, injuriaban a nuestros aduaneros gritándoles: «¡Ladrones de países!».

Me ha sorprendido el constatar, recientemente, hasta qué punto pueden llegar a beber los finlandeses. Es un hecho demostrado que cuanto más hacia el norte se llega, más soporta la gente el alcohol.

Adén es, por lo visto, uno de los peores hornos del globo. Estoy bien decidido a no atravesar jamás el mar Rojo. ¡Me daría un ataque!

Uno de los primeros adheridos del partido, el príncipe Ahrenberg, me habló largamente del período heroico de nuestra colonización. Fue, a su manera, una víctima de nuestros métodos, al ser condenado a doce años de trabajos forzados (de los cuales purgó seis) por haber matado a un negro que le atacaba. No es sorprendente que los demás opinen que no somos buenos colonizadores, ya que es evidente que no se pueden conservar colonias con semejantes métodos. Éste era el criterio del príncipe Ahrenberg, a la luz de su propia experiencia.

Aquel hombre poseía un coche Benz de los más antiguos que he visto en mi vida. Y fue con aquel artefacto con el que se empeñó en llevarme hasta Kempten, durante mi viaje a Suiza. Mientras el terreno era llano, el coche iba tirando, pero a la menor pendiente, o si tenía la mala idea de abrir la capota, amenazaba en el acto con pararse. Era un continuo cambiar de marchas. ¡Tardamos horas enteras, luchando contra el viento, para recorrer unos pocos kilómetros! ¡Únicamente en las bajadas conseguíamos pasar de los cuarenta y cinco por hora! Arenberg era millonario, pero aquel coche era su chifladura.

En el este, todo habrá terminado cuando hayamos cortado su enlace con el sur y con Murmansk. Sin petróleo, están listos.

En el oeste, bastará con que podamos enviar la mitad de nuestras fuerzas a Francia, para que todo quede terminado allí también. Esto podrá hacerse en cuanto hayamos destruido las fábricas de material de guerra y los centros de abastecimiento en Rusia.

280. 5 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: EL MARISCAL KESSELRING

Trágica muerte de Balbo. – Nacionalsocialismo y fascismo. – Inconvenientes de la monarquía. – Inglaterra sabe hacerse respetar.

Los italianos son colonizadores de primera clase. Diez años de colonización italiana y Addis-Abeba se hubiera convertido en una hermosa ciudad. ¡Qué tragedia la muerte de Balbo! Hubiera sido un digno sucesor del Duce. Había en él algo de *condottiero*; era un hombre del Renacimiento. Un nombre significa ya un capital.

Los italianos me exasperan cuando echan a correr, y sin embargo hoy día solamente con ellos nos podemos entender en lo que respecta a la ideología política. Cuando leo la historia de la revolución fascista, me parece estar leyendo la historia de nuestro propio movimiento. De una parte y de otra, la misma burguesía, cobarde y perezosa, escabulléndose ante la menor escaramuza y viviendo con el constante temor de excitar a los rojos. Cuando fui por primera vez a Ingolstadt, los burgueses intentaron disuadirme de ello, diciéndome que desde hacía quince días no era posible celebrar una reunión en su ciudad y que el proletariado vería en la nuestra una provocación.

Lo que diferencia a Italia y a Alemania, es que en Italia el Duce no es el único jefe del Estado, de lo cual resultan numerosos puntos débiles, por ejemplo, en el cuerpo de oficiales. En cuanto se les exige un esfuerzo, apelan al rey. Comprendo que un patriota haya vacilado en sacrificar a la monarquía. Tengo que reconocer honradamente que en 1920, después del *putsch* de Kapp, si se hubiese proclamado la monarquía, la hubiéramos apoyado. Ha sido poco a poco como hemos ido demostrando que se trata de una forma periclitada. Schönerer fue el único que atacó, con una brutalidad increíble, a la monarquía; pero se trataba de la casa de Austria. Y ello no le impidió intervenir en favor de la casa de Prusia.

El Duce no puede ni siquiera abandonar Roma para una ausencia algo prolongada sin que los intrigantes se pongan a actuar en el acto.

Balbo, por su parte, hubiera tenido la ventaja de ejercer su influencia a la vez sobre el ejército y sobre el partido. ¡Qué fatalidad! Fueron antiaéreos italianos los que le derribaron.

Mientras haya buques que naveguen, aviones que vuelen, infantes que marchen, existirá un problema que nunca quedará completamente resuelto: el del mando. ¿Hay que recurrir a un mando único y centralizado, o los diferentes servicios de las fuerzas armadas han de tener cada uno su propia organización de mando? En muchos casos, el mando único es preferible.

No tendremos definitivamente a Noruega en la mano hasta el momento en que la vía férrea quede prolongada hasta Kirkenes. A propósito de la vía férrea, los ingleses han cometido una estupidez. Jamás creyeron que en el África del norte los italianos se asegurarían la posesión de la misma. Si yo fuese inglés me tiraría de los pelos. Si quisiésemos pensar con mala fe, sería posible afirmar que Rommel

retrasó su ofensiva hasta el momento en que los ingleses hubieron terminado la construcción de la vía conducente a Tobruk.

Es preciso, cueste lo que cueste, que lleguemos hasta las llanuras de Mesopotamia y que arranquemos a los ingleses el petróleo de Mosul. Eso será el final de la guerra. Los ingleses no disponen hoy más que de Haifa para su abastecimiento de petróleo.

Según las estadísticas, los rusos extraían, hasta estos últimos tiempos, el 92 por 100 de su petróleo del Cáucaso.

La población, allí, está bien alimentada. Se experimenta la impresión de que el Estado soviético ha sido extraordinariamente engañado por los campesinos. Debe de ser terrible, en cambio, en los Urales y en Siberia, y también en las grandes ciudades.

Esperemos que nuestro ministro de los Territorios del Este no introduzca allí, de acuerdo con el Ministerio del Interior, nuestras leyes contra la contracepción. Hay otras muchísimas cosas a las que pueden dedicar su tiempo nuestros atareados funcionarios; y gracias a Dios yo no viviré para verles hacerlo. ¡De lo contrario, hasta lamentaría haber tomado el país!

En este orden de ideas, los ingleses son mucho más fuertes que nosotros. Son unos terribles burócratas, ellos también, pero son lo suficientemente astutos para no beneficiar con su organización a los países que ocupan. Inglaterra sabe mantener las distancias y hacerse respetar. Lo peor de nuestra manera de actuar es que a los indígenas les disgusta que se les sanee. Y el fanatismo con que intentamos civilizarles les contraría prodigiosamente. Otro resultado: a fuerza de inculcarles la idea de que somos exactamente igual que ellos, les privamos de la noción que tienen de nuestra superioridad.

281. 6 DE AGOSTO DE 1942, A MEDIODÍA

Grandeza de los espacios al aire libre. – Flamencos y holandeses. – Mercados en Ucrania.

¡Qué pequeña me parece Alemania, vista desde aquí! Los ingleses y los rusos experimentan el orgullo que nace de la posesión de grandes espacios. Espero que nosotros adquiramos también en su momento este orgullo.

Sería cosa urgente escribir un libro: «El Estado ideal del futuro: un problema de dieta y educación». ¡Habrá que alimentar a los hombres con hierba, con el fin de volverles más dóciles y amenizar la disciplina!

Cierto es que la tuberculosis afecta mayormente al ganado encerrado en los establos que al que pace libremente por el campo. En mi país, los campesinos creen que, ante todo, hay que evitar la luz, y, por lo tanto, las ventanas grandes en los establos, pues de lo contrario las vacas darían menos leche. Sin embargo, en el norte de

Alemania, donde el ganado vive continuamente al aire libre, no existe, por así decirlo, la tuberculosis. En cambio, en Waldviertel el ganado permanece prácticamente todo el año encerrado en los establos. ¿Hasta qué punto puede ser ello perjudicial? Los veterinarios lo ignoraban aun no hace mucho tiempo. Una gran parte de nuestros establos ocupa un espacio tan reducido que ni siquiera es posible cuidar bueyes en ellos, y hay que limitarse a tener vacas.

Alemania cuenta con algunas regiones realmente míseras, parte del bosque bávaro, la parte oriental de los montes de Hesse, el Waldviertel y un sector del Jura suabio. No se puede uno imaginar las penalidades que allí pasa el campesino. Si se utilizase aquí todo ese potencial de trabajo, su rendimiento sería cinco veces superior.

La región en que viví durante mi infancia estaba sembrada de bloques de piedra. Esta región de lomas peladas, límite hasta el que han avanzado los glaciares, finaliza en la parte baja de Austria. Ello proporciona al paisaje un carácter particularmente amable.

El Reich sólo tiene una región comparable a Ucrania en cuanto a fertilidad: es la llanura de Moravia, al norte de Viena, al este de Brünn, al sudeste de Olmütz. Es un país increíblemente fértil.

Mucho me sorprendió al comienzo de la primera guerra mundial ver trabajar a los pequeños campesinos flamencos. Era algo extraordinario. Allá abajo no desperdician nada. Cuando las columnas de caballos atravesaban un pueblo, los chiquillos estaban al acecho para recoger inmediatamente el estiércol que caía. En Flandes, el espacio más pequeño de terreno está cultivado, exactamente igual que en Holanda. En cierto sentido, esta tendencia no deja de tener sus inconvenientes, puesto que de esta forma los hombres acaban por perder la noción de los grandes espacios y, a fin de cuentas, ¡de estos últimos depende nuestra vida! El pueblo que posee su espacio vital es el amo del mundo, aunque sólo utilice su poder en el interior de sus fronteras.

En la época en que los grandes espacios fueron conquistados, Alemania estaba paralizada por sus luchas confesionales.

Fue fatal para Europa el momento en que Pedro el Grande fundó la ciudad de San Petersburgo. Por tal motivo, esa población tiene que desaparecer de la superficie de la Tierra. Moscú, lo mismo. Entonces los rusos se replegarán hacia Siberia.

No hay ni que decir que limitándonos a ocupar poblados miserables no nos aseguraremos la posesión de los territorios del este. El alemán tiene que ser en ellos colono y amo a la vez.

¡No existen territorios vacíos! Hemos tenido que absorber las regiones que constituyen actualmente el sur y el norte de Austria, donde la población no se ha movido de sitio; pero se trata de serbios y vendos, razas que pertenecen a Europa. Nada existe de común con el mundo eslavo.

¡A esos ridículos cien millones de eslavos, los modelaremos según nuestros intereses y aislaremos al resto en sus propias porquerizas. Y quien hable de preocuparse de su suerte y de civilizarlos, ¡al campo de concentración!

En la época de la recolección, organizaremos un mercado en todos los centros de cierta importancia. Compraremos cereales y frutos y venderemos nuestra quincalla. De esta forma obtendremos para nuestros productos una contrapartida sensiblemente superior a su valor intrínseco. El beneficio sobrante será embolsado por el Reich, que amortizará así los gastos de la campaña. Nuestras fábricas de maquinaría agrícola, nuestras empresas de transporte, nuestras fábricas de artículos domésticos y otras industrias similares lograrán con ello un auge prodigioso. También representará esa zona un mercado ideal para las telas baratas de colorines, cuanto más vivos, mejor. ¿Por qué íbamos a contrariar la afición que tienen esas poblaciones por los colores abigarrados?

Mi temor reside en que el Ministerio de los Territorios del Este se empeñe en civilizar a las ucranianas. A esas muchachas rebosantes de salud podemos asimilarlas, pues hay en ellas vestigios de sangre alemana. De lo contrario, ¿de dónde hubieran sacado los niños sus ojos azules y su pelo rubio? A los mejores de entre ellos los iremos asimilando y llevando al Reich. El resto, permanecerá allí.

282. 6 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

Los campesinos y los impuestos. – Impuesto en especie. – El campesino y la belleza de la naturaleza.

Si nuestros campesinos carecen durante la mayor parte del tiempo de dinero en metálico, ello se debe a la superficie reducida de las tierras que ocupan. Me he preguntado a menudo a este respecto si no habría manera de restablecer el diezmo y permitir al campesino pagar sus impuestos en especie. El intermediario que trata con él, por ejemplo, obtiene por las patatas tres o cuatro veces el precio que le da al campesino. Por lo tanto, éste tendría más interés en entregar patatas, mejor que dinero en metálico, para pagar sus impuestos. El beneficio así realizado por el Estado compensaría la pérdida del impuesto en el presupuesto anual.

En la mayoría de las profesiones, los ingresos pueden ser calculados en dinero, pero no ocurre igual con el pequeño campesino. Todo irá mejor en la agricultura alemana cuando la hayamos dotado de un estatuto de la propiedad basado en la rentabilidad.

Württemberg y el país de Baden son los que están en situación más crítica, debido a las continuas divisiones de las propiedades por vía de herencia. Me es indiferente expulsar de Alsacia a cinco mil campesinos, puesto que no me costará ningún trabajo encontrar en nuestras regiones pobres a los hombres que los sustituirán. En la Edad Media, algunas fanegas podían bastar. La introducción del sistema de los tres cultivos precisó de terrenos de mayor extensión.

Nuestro país se halla actualmente superpoblado, y no obstante es asombrosa la cantidad de compatriotas nuestros que han emigrado a América. ¡Si dispusiéramos ahora de todos esos germanoamericanos! Los buenos elementos con que cuenta América se deben en una gran proporción a la aportación alemana.

La organización de la nobleza, en Inglaterra, tiene de bueno el que únicamente el hijo mayor hereda el título. Entre nosotros, ocurre exactamente lo contrario. Resulta de ello un conglomerado de intereses que no tiene posibilidad de vivir ni de morir. Será preciso que en lo venidero se corrija este error. El sistema social tiene que ser establecido basándose en una fría lógica, exenta de toda clase de sentimentalismos.

Cuando hayamos conseguido implantarnos en el este, todas las dificultades desaparecerán por sí solas. Que se instalen en una región los doscientos primeros pioneros, y todo lo demás ya vendrá. La tierra atrae siempre al campesino. Fueron algunos centenares de miles de hombres, procedentes de Salzburgo y de la parte alta de Austria, los que emigraron a Prusia Oriental, no hay que olvidarlo. Sólo en los cuadros de los artistas de la corte se ve a campesinos que, al caer la noche, se ensimisman en la contemplación del cielo estrellado. Lo que interesa al campesino es el suelo, es la tierra sobre la cual vive. Las bellezas de la naturaleza han sido descubiertas por los artistas, no por los campesinos. Y allí donde existe la mejor tierra es donde se encuentra la mejor raza. Pero ello no significa que la raza mejore en relación con la calidad de la tierra. Significa, sencillamente, que los mejores campesinos fueron los que se posesionaron de las mejores tierras.

¿Por qué la gente del campo ha sido siempre el elemento más sano de una nación? Porque la clase campesina practica el más aleatorio de los oficios. ¡Tratad de someter al azar la existencia de un obrero o de un funcionario! El trabajo de la tierra es una escuela de energía y de decisión, mientras que la educación de las ciudades crea seres que precisan estar a cubierto de todo y que no piensan más que en evitar cualquier riesgo fortuito. Cuando no queda más remedio que correr algún riesgo, entonces se adquiere una póliza de seguros, y la sociedad que le asegura a uno toma, a su vez, la precaución de reasegurarse.

Francia, con su 59 por 100 de población rural, cuenta todavía con una base sana. Es una maldición para un país perder esa base campesina. Los grandes terratenientes ingleses no tienen ni la menor idea de lo que es la agricultura práctica, ¡sin contar el tiempo y el dinero que pierden en producir su célebre césped!

Los italianos tienen esa base campesina. Estaba convencido, antes de ir a Italia, de que el mediodía de Francia representaba la imagen del paraíso terrestre. Por lo tanto, mi llegada a Florencia constituyó toda una revelación. Los campesinos de Italia constituyen una gran fuerza para el Duce. Cierto día me dijo: «Tengo la suerte de que solamente una pequeña parte de mi población se halla concentrada en las ciudades».

283. 7 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

Desecación de las lagunas pontinas. – El arte de negociar.

Sin la quinina, no se hubieran podido desecar las lagunas pontinas ni devolver esta región a la agricultura. La malaria fue la que hizo fracasar todas las tentativas anteriores. Sencillamente se han limitado a construir canales que desembocan en el mar (lo mismo que César había proyectado y que ciertos papas habían intentado realizar).

El Duce ha hecho construir en las lagunas pontinas casas de estilo colonial, bastante sencillas pero decentes. Una vez terminada la guerra, y en el transcurso de los diez o quince años que la seguirán, el Duce podrá desplegar una actividad colonizadora enorme.

El coloso ruso ha perdido la partida por falta de movilidad. Si el imperio británico está en peligro, es debido a las reducidas dimensiones de la madre patria. Los ingleses no se dieron cuenta de que las circunstancias habían cambiado y de que era un error por su parte querer seguir ciegamente con su política tradicional y no realizar una revolución completa.

Cuando Churchill se entreviste con Stalin, tiene que pensar que oirá lo siguiente: «He perdido diez millones de hombres —dirá Stalin —, y es Cripps el responsable de ello. Si no hubiera hablado tanto, los alemanes no hubiesen atacado».

Siempre es perjudicial en una negociación que quien la conduzca no pueda dar marcha atrás, debido a que el poder de decisión se halla en sus manos. Por lo tanto, yo envío siempre a alguien en mi lugar dándole instrucciones de interrumpir las negociaciones a la primera dificultad, invocando para ello que tiene la obligación de esperar mis decisiones. El Duce actúa de la misma manera.

284. 8 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: EL *REICHSARBEITSFÜHRER* HIERL

Los godos en Crimea. – Organización del este. – El mito del oro.

Fueron los godos quienes se mantuvieron durante más tiempo en Crimea. ¿No se habla acaso de un proceso que tuvo lugar allí, en el siglo XVIII, y en el que tomaron parte personas que no hablaban otro idioma que el godo?

Ningún poder humano nos echará de Crimea. Algunos de nuestros grupos armados están organizados allí como auténticas cooperativas agrícolas. Se abastecen directamente y viven únicamente sobre el terreno conquistado.

La lucha que sostenemos aquí con los partisanos se puede comparar a las que se libraban con los indios en América del norte. La raza más fuerte será la que triunfe: nosotros. Sea como fuere, tenemos el deber de hacer triunfar el orden.

Soy de la opinión de que no podremos mantener por mucho tiempo la moneda que actualmente está en curso en ese distrito. Habrá que sustituirla por una divisa nueva. Durante este otoño, habrá que organizar, en las aglomeraciones vecinas a una estación de ferrocarril, ferias análogas a las que tenemos en Alemania. En sus proximidades instalaremos centros de recogida de cereales. En tales ferias se venderán también las baratijas que gustan en nuestro país. Sajonia tendrá ahí una salida excepcional para sus pequeñas industrias, y ello será ocasión para que se manifieste el espíritu inventivo de los sajones. Ya antaño era Sajonia la que suministraba a nuestras colonias artículos de vidrio y toda suerte de quincalla, mientras que Turingia proporcionaba los juguetes: todo ello en beneficio de nuestra balanza exterior.

Frente a los turcos, los búlgaros son aliados con los que podemos contar.

Los finlandeses, por su parte, no tienen más que un deseo: recuperar Carelia del Este, y también que San Petersburgo desaparezca. Es en efecto una fatalidad que todo el que se instala en San Petersburgo pretenda dominar el Báltico. Desde nuestro punto de vista, es igualmente insoportable que exista una segunda gran potencia en el Báltico, pues ésta puede siempre infestar de minas las aguas bajas de esa región costera. Hay que volver a los principios de la Antigüedad; San Petersburgo debe de ser arrasada. Me encolericé cuando la Luftwaffe se negó a atacar el lugar desde sus bases en Kiev. Habrá que decidirse a hacerlo algún día, de lo contrario los habitantes regresarán con la pretensión de reclamar sus derechos.

Nos ganaremos por completo a los campesinos. Por primera vez en el curso de la historia, gracias a nosotros, disfrutarán de ventajas tangibles. Por otra parte, en su conjunto, se trata de una población de buena raza. ¿Dónde se han refugiado los últimos godos? Las lenguas pueden desaparecer, pero siempre quedan vestigios de la sangre.

Los americanos tienen la ingenuidad de alegrarse cuando se embolsan el oro. No han comprendido todavía que ese sistema se ha superado, que no significa ya nada.

Puede decirse todo lo que se quiera contra los estrategas de café, pero, comparados a los críticos militares de la prensa inglesa, ¡valen tanto como Moltke! ¡Me han convencido de que no es posible vivir en las colonias sin whisky escocés!

285. 9 DE AGOSTO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: MINISTROS VON RIBBENTROP Y EL DR. LAMMERS; *REICHSFÜHRER* HIMMLER; *GAULEITERS* BÜRCKEL, SIMON Y ROBERT WAGNER

Los ingleses no tienen ningún derecho en Europa. – El Gran Reich alemán. – El granero del este.

Los ingleses no son más que un esqueje del árbol germánico. No tienen ningún título que les permita asumir la responsabilidad de la seguridad de Europa. Alemania está dispuesta a asumir este papel en solitario. En Europa hay que legislar con leyes severas. Dejaremos el problema de los Balcanes en suspenso, con el fin de poder vender armas allá abajo durante algún tiempo todavía.

Si los húngaros entran en guerra contra los rumanos, conozco lo suficiente a Antonescu para saber que les dará la gran paliza.

Día llegará en que los vieneses tendrán razón. En los diez mil cafés de Viena, es así como ven la cosa: Hungría es una de nuestras marcas, pero la gente de Berlín no lo comprende. Ya fuimos nosotros quienes liberamos a los húngaros de los turcos. El orden no reinará entre los húngaros hasta que les hayamos liberado de nuevo. ¿Por qué no nos los volvemos a anexionar? ¿Y a los eslovacos? Es muy hermoso que sean independientes, pero a fin de cuentas nos pertenecen a nosotros.

En este orden de ideas, los vieneses tienen el sentido de la gran Alemania con mucha mayor claridad de percepción que cualquier otro alemán. Están impulsados por el sentimiento de que tienen una misión que cumplir. Todavía se les podría empujar más por esta vía.

Belgrado no era más que un villorrio. A partir del príncipe Eugenio, Belgrado comenzó a adquirir forma.

Cada año sacaremos de diez a doce millones de toneladas de cereales del este. Habrá que edificar sobre el terreno fábricas de pastas alimenticias. Tenemos todo lo necesario para ello. De esta forma podremos aportar el apoyo necesario a las regiones industriales del oeste que no se bastan a sí mismas desde el punto de vista alimenticio.

Hay algo sobre lo que hemos de ser perfectamente claros: allí hay que echarse inmediatamente a por cualquiera que tenga ideas que estén por encima de su condición y que superen los confines de su granja.

286. 9 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: LOS *GAULEITERS* BÜRCKEL, ROBERT WAGNER Y SIMON

Riquezas de Ucrania. – El gigante Stalin.

Existe todavía aquí una reserva de un millón de toneladas de trigo de la recolección del año pasado. Imagínense lo que esto podrá ser cuando lo hayamos organizado todo y poseamos las fuentes del petróleo. Ucrania suministraba cada año de trece a catorce millones de toneladas de cereales. Incluso si, como organizadores, no valiésemos más que la mitad de lo que valen los rusos, ello no dejaría de representar seis millones de toneladas que sacaríamos de Ucrania. Una cosa que no tuvimos en cuenta fue que aquí, cada dos o tres días, durante esta estación, estalla una tormenta, interrumpiendo los trabajos de los campos. Cincuenta grados a la sombra, luego una serie de precipitaciones, y luego nuevamente el calor. ¡Es un auténtico invernadero!

Si el barro no nos hubiese paralizado en octubre, hubiésemos llegado con la mayor facilidad hasta Moscú. Hoy en día ya sabemos que hay que interrumpirlo todo cuando comienzan las lluvias.

Cuando la guerra haya terminado, la nación alemana no tendrá que preguntarse sobre la naturaleza del programa que se le impone para los cincuenta años próximos.

Seremos el Estado más autárquico del mundo, incluso en lo que respecta al algodón. La única cosa que nos faltará es el café. Pero ya sabremos agenciarnos alguna colonia capaz de suministrárnoslo. Tenemos madera en abundancia y hierro sin restricciones. En cuanto a manganeso, seremos el pueblo más rico del mundo. El petróleo correrá a chorros. Y el potencial de trabajo de los alemanes, utilizado aquí... ¡Dios mío! ¿Qué no nos dará? A los ojos del campesino, todo se relaciona con la tierra. ¿Belleza del paisaje? Solamente cuando la tierra respira abundancia. ¡Qué alegría trabajar en condiciones semejantes!

Stalin es mitad bestia, mitad gigante. El aspecto social de la vida le deja completamente indiferente. ¿Que sus súbditos se mueren? ¡Le importa un comino! Si le hubiesen dejado diez años más, hubiera barrido Europa como antaño lo hicieron los hunos. Sin el ejército alemán, la suerte de Europa estaba echada. Y teniendo en cuenta la imbecilidad de las masas, incluso le hubieran abierto las puertas de par en par.

El invierno más terrible lo hemos dejado ya a espaldas nuestras.

Dentro de cien años millones de campesinos alemanes habrán echado raíces en estas tierras.

287. 11 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADOS: EL MINISTRO DEL REICH, SPEER, Y GENERAL REINECKE

Reichsmark y Ost-Mark. – Paz con Inglaterra. – La mejor colonia del mundo.- Las fabulosas invenciones de una banda de judíos epilépticos.

El Reichsmark tiene que ser inatacable, la divisa de solidez más inquebrantable.

Aquí, en el este, no existe en realidad más que una moneda: los productos del suelo. Para uso local crearemos un Ost-Mark. Si establecemos su curso en relación con el Reichsmark, según la escala de uno a cinco, quienes vengan por aquí en plan turístico recibirán, no obstante, cien Ost-Mark por cien Reichsmarks. La diferencia se la embolsará el Estado. Pero el turista alemán no perderá nada, puesto que sus cien Ost-Mark le proporcionarán aquí el mismo poder adquisitivo que cien Reichsmarks en el interior del Reich.

Los precios de aquí estaban muy desbarajustados en relación con los de Alemania. Es preciso que lo sigan estando, para que el Reich se aproveche de ello. De esta forma amortizaremos los gastos de la guerra. Pudiendo apartar así de diez a veinte mil millones, por lo menos, cada año, seremos, en un plazo de diez años, la única de las naciones que han participado en esta guerra que no tendrá deudas, lo cual nos permitirá consagrar la totalidad de nuestros medios a la explotación de los terrenos conquistados. No podremos, en efecto, obtener por la fuerza que nuestros adversarios nos paguen indemnizaciones. Dudo, por ejemplo, de que obtengamos nada de los ingleses. Si mañana Inglaterra viniese a proponerme una paz según la cual cada uno corre con sus propios gastos, probablemente accedería a ello. En el fondo, ya estamos bien pagados. Los grandes beneficiarios de esta guerra seremos nosotros. Saldremos de ella gordos y orondos. No devolveremos nada, e incluso nos apropiaremos de cuanto nos parezca útil. Que los demás protesten; me deja de antemano indiferente. Poseemos la colonia de más rentabilidad del mundo: 1.° está a nuestro alcance; 2.° su población es sana; 3.° hay en ella de todo, excepto café. En un plazo de diez años, a contar desde ahora, las posesiones coloniales de los demás estarán completamente desvalorizadas. El mejor negocio que podemos hacer es firmar la paz.

La gran ambición de la clerigalla es y ha sido siempre socavar el poder del Estado. ¡Y ya que tenemos que soportar a esos curas entre nosotros, que nos sirvan para algo! Cada país tiene el tipo de curas que se merece, y como de momento eso no puedo cambiarlo, lo que hago es seguir teniéndolos contentos. Pero un día de estos llevaré este conflicto, que es tan antiguo como la propia historia de Alemania, a una conclusión abrupta y decisiva. ¡Haré sentir a esos malditos curas el poder del Estado de un modo que nunca hubieran soñado! De momento me limito a vigilarlos; si tuviera la menor sospecha de que están volviéndose peligrosos, los fusilaría a todos. Es un reptil inmundo que asoma la cabeza allí donde hay un signo de debilidad del Estado, y por ello debe ser pisoteado al instante. No estamos para cuentos de hadas inventados por los judíos. No merece la pena preocuparse por el destino de algunos judíos epilépticos

inmundos y asquerosos. De esa carroña, los más desagradables son los que visten el manto de la humildad, ¡y el más desagradable de todos es el conde Preysing! ¡Menudo animal! Comparado con él el inquisidor papal es un ser humano. La vileza y la hipocresía van codo con codo; ambas han de ser extirpadas. Donde mejor se aprecia la inutilidad de los curas es aquí, en el frente. Tenemos enemigos que están muriendo a millones... y no tienen ni uno solo de esos mentirosos. La Iglesia católica sólo tiene un deseo, que es vernos destruidos.

Cuando Eckart estaba en Landsberg, el cura de la cárcel fue y le dijo: «Eckart, si te sucediera algo —¡Dios no lo quiera!—, ¿has pensado seriamente en el futuro?».

«Señor mío, he dedicado a la cuestión del más allá reflexiones mucho más serias que las que haya podido dedicarle usted —replicó Eckhart—. ¡Y si el más allá es en realidad lo que cree usted que es, entonces, hágame caso, yo le puedo ser de más ayuda que usted a mí!»

¡Goteando hipocresía con la flecha veloz y envenenada detrás!

288. 12 DE AGOSTO DE 1942, A MEDIODÍA

Costumbres matrimoniales. – Nacionalistas alemanes en 1921. – El almirante Schroeder. – Los marinos.

Jamás he asistido a una boda que me produjese la impresión de que se celebraba un sacramento. Sin embargo, el matrimonio, esta unión de dos seres de diferente sexo, es un acto sagrado. Tal vez sea menos emocionante para el hombre que para la mujer, pero no deja de ser algo importante. Ahora bien, ¿qué hacen todos cuantos asisten a la boda? ¡No tienen otra idea en la cabeza que contar chistes en detrimento de los recién casados! Cierta vez asistí a una boda, la de los Thiersch. Cada uno de los invitados soltó su pequeño discurso, intentando que fuese lo más ingenioso posible. ¿A qué viene esta costumbre?

En lo que respecta a este conglomerado de usos y costumbres, somos unos niños en comparación con los ingleses. No obstante, en los gestos tradicionales de estos últimos hay, a la vez, cosas ridículas y cosas de muy buen gusto. Tuve un día en las manos un libro de arquitectura consagrado a las obras maestras de Inglaterra. ¡Qué magníficas concepciones! En Londres, los edificios oficiales pueden tener un significado histórico; pero es en los castillos de su verde campiña donde se desenvuelve la gran política.

Alrededor del año 1921, Gansser me introdujo en el Club Nacional de Berlín. Aquella buena gente no tenía la menor idea sobre la manera de resolver nuestros problemas. Uno de aquellos buenos caballeros me dijo que Kahr era en quien se cifraban todas las

esperanzas del pueblo alemán. Era curioso ver como, a medida que se alejaba uno de Baviera, Kahr iba adquiriendo cada vez mayor consistencia. ¡Y con semejante nulidad pensaban salir del atolladero!

Fue al día siguiente, en el Círculo Militar de la Pariserplatz, cuando conocí al viejo almirante Schröder. Fue uno de nuestros mejores partidarios. De todos, fue él quien me causó la mejor impresión. ¡Qué hombre más enérgico! Macizo como un búfalo. Por aquella época, mi programa de 1921-1922 horrorizaba a la mayoría de los burgueses. Para algunos, el solo hecho de haberlo oído exponer era considerado como altamente comprometedor. Voy a recordar algunos puntos de aquel programa: limpieza de los elementos extranjeros; reimplantación del servicio militar y reconstrucción del ejército; supresión de la libertad de prensa; supresión de los parlamentos provinciales.

Todo aquello causaba verdadero escándalo. Me enteré de que varios asistentes afirmaron bajo juramento que jamás habían oído mis palabras. En cuanto a

Schröder, en seguida estuvo con nosotros. Despreciando los compromisos y extraordinariamente enérgico, era un verdadero fanático. Representaba en la marina el equivalente de lo que era Lützow en el ejército. Hutier también era un gran tipo, pero ligeramente inclinado hacia el catolicismo. No puedo descubrir a un hombre de la clase de Schröder sin esforzarme en atraerlo hacia mí.

Schröder estaba ya jubilado cuando se le dio la orden de organizar un cuerpo de fusileros de marina. Lo que realizamos ahora no es más que un juego de niños comparado con lo que se hacía en aquella época. Schröder carecía de todo, pero ello no le impidió ir en seguida a la lucha con su tropa de fortuna. Por mi parte, fue durante la batalla del Somme cuando vi por vez primera a los fusileros de marina. Tuvimos la impresión de no ser nada, en comparación con ellos.

Cierto día nos enviaron a descansar a Ostende. Estábamos todos en el regimiento hechos una lástima. Hoy, después de quinientos kilómetros de retirada en Rusia, cualquiera de nuestras tropas parecería un regimiento de la Guardia, en comparación. En el puerto de Ostende tuve ocasión de subir a bordo de un submarino. ¡Qué tipos más formidables aquellos marinos, con su impecable atuendo! Delante de aquellos soldados ejemplares, nuestra miserable facha me daba vergüenza.

Volviéndose hacia el almirante Krancke:

De aquí proviene ese complejo de inferioridad que siguen experimentando los soldados del ejército de tierra con respecto a los de la marina. Habíamos recortado de capotes viejos las bandas que envolvían nuestras pantorrillas.

Íbamos harapientos como viejas bailarinas, y teníamos delante de nosotros a unos marinos con uniformes impecables. En una palabra, nos considerarnos muy dichosos al marcharnos y volver a la decente oscuridad de nuestras trincheras.

289. 12 DE AGOSTO DE 1942, COMENTARIOS DISPERSOS

Grasas. – La danza y el sentido artístico. – El traje bávaro.

Utilizando nuestro jabón de guerra puedo lavarme las manos, cuantas veces sea preciso sin temer que se me agriete la piel. A causa de mi perro, en efecto, me veo obligado a lavarme muy a menudo las manos. No podría hacerlo sin sufrir las consecuencias con nuestro jabón de tiempo de paz. ¿A qué es ello debido?

El procedimiento que consiste en extraer la grasa de la hulla no ha respondido a nuestras esperanzas. Fue Goering quien preconizó este método. Personalmente, yo no era partidario de ello. No me parece lógico utilizar las grasas vegetales para fabricar jabón y extraer de la hulla los cuerpos grasos destinados a la alimentación.

En el futuro, no habrá que entregar fusiles más que a los tiradores excepcionales; a los demás se les proveerá de ametralladoras. Pero habrá que montar en cada fusil un visor telescópico para que cada tiro llegue a su objetivo. En el hombre, la primera manifestación del sentido artístico se expresó con el baile. No puede uno imaginarse un baile más hermoso que el vals. El vals realiza una simbiosis perfecta entre la música y el movimiento. Después del vals, yo colocaría el *Schuhplattler*, ese baile típico de la Alta Baviera. Gracias a su estilo austero y digno, jamás pone al hombre que lo baila en una posición ridícula. Pero los bailes de salón de nuestra época, ¡vaya cosa grotesca! En las películas se ve a veces bailar a las parejas sin música. Es una de las cosas más ridículas del mundo.

Una observación curiosa: las profesiones en las que uno se hace viejo son las de actor y militar. En el fondo, la cosa no tiene nada de sorprendente. Son dos profesiones en las que se está en contacto permanente con la juventud.

Es imposible decir que la vida en las alturas beneficie a todo el mundo. Estoy pensando en la señora Endres y en mi hermana Elli (a la que hemos hecho venir de Austria). Si Elli pasa seis semanas de estancia en Obersalzberg, tiene que irse a hacer una cura de reposo a Nauheim.

Hay personas que realizan la ascensión del Göll calzadas con botas. Si llueve, se ponen un pesado abrigo encima. Todo ello me parece muy raro. En lo que concierne a las botas, no es sano llevarlas, puesto que no dejan circular el aire. Los mocasines ya son otra cosa. No hay duda de que el atuendo más sano que existe es el calzón corto de piel, el zapato bajo y las medias de lana de dos piezas que completan el traje regional bávaro. Para mí supuso una tortura tenerme que poner un pantalón largo. Incluso con una temperatura de diez grados bajo cero seguía paseándose con mis calzones de piel.

¡Qué sensación de libertad proporciona ello! No hay duda de que significó un gran sacrificio para mí tener que renunciar a aquel atuendo. Aun hoy en día, los jóvenes de mi región llevan sus calzones de piel durante todo el invierno. Es cosa de acostumbrarse. En el futuro tendré una unidad de montaña de las SS que llevará ese atuendo.

Hemos hecho mucho más cómodos y prácticos los uniformes de la Wehrmacht. Los pontoneros, por ejemplo, trabajan en traje de baño. Detalles como estos proporcionan a la tropa la sensación de que está dirigida por hombres inteligentes. Cuando nace en el espíritu del subordinado la idea de que sus superiores carecen de juicio, es una mala cosa. Actualmente la tropa y el cuerpo de oficiales son todos uno.

Todavía se ven en Rusia muy hermosos atavíos. Es indudable que los habitantes los habían escondido.

En lo que respecta al Báltico, sigo siendo partidario de que lo convirtamos en un Mediterráneo alemán.

290.16 DE AGOSTO DE 1942, A MEDIODÍA

El zar Fernando. – Y algunos diplomáticos. – Intrigas entre los ingleses y los rusos.

Siempre espero lo mejor y estoy preparado para lo peor.

Draganov tiene exactamente las mismas facciones y gestos que el rey Fernando. Todo el mundo le confundiría con el zar si comiese un poco más (para sacar barriga) y se vistiese como él. Me dijo: «No sé lo que podré hacer en Madrid, pero haré cuanto pueda por Alemania».

No hay nada tan engañoso como la historia. Los búlgaros comienzan ya a comportarse como si se les tuviese que atribuir la evolución de los acontecimientos en los Balcanes. En realidad, Boris, aprisionado entre su avidez por una parte y su miedo por otra, estaba en una postura tan vacilante que fue precisa nuestra constante intervención para incitarle a actuar. También fue necesario que Fernando le explicase que la hora de Bulgaria había llegado. Esos balcánicos son unos tipos extraordinarios. Poseen una facilidad inaudita para las lenguas.

Había una serie de tipos curiosos en el cuerpo diplomático acreditado en Berlín. El holandés, que tenía una mujer joven y muy bonita, tenía como principal preocupación vigilar a su palomita. En cuanto un hombre le dirigía la palabra, ya se ponía nervioso. Las miras del rumano, por el contrario, eran muy amplias en ese terreno. Sin duda pensaba que conviene hacer la vista gorda cuando se trata de semejantes bagatelas. Su mujer dormía dieciséis horas al día y parecía extraordinariamente joven. Un buen día me presentó a una

dama de cierta edad: era su hija. Había también una princesa real de Egipto, la esposa del embajador, una hermosa mujer a decir verdad. Tomaba lecciones de pintura y cambiaba constantemente de profesor.

Si he encontrado alguna vez en mi vida un ser antipático, no hay duda de que es el belga. Ese Leopoldo es un pillo de siete suelas, astuto como un zorro. Ahora lo llevamos a remolque. En lo que a él atañe, cometimos en 1940 una gran tontería, que llevo en la cuenta de mis errores. Hubiera tenido que tratarle como a un prisionero de guerra. Claro está que su hermana es la princesa heredera de Italia. Eso es trágico, porque es la única mujer simpática de toda la corte. Una mujer llena de naturalidad, pero moralmente maltratada.

Stalin es un anarquista educado en un seminario. Nuestros periódicos tendrían que preguntarse si Churchill y Stalin han cantado salmos juntos durante su entrevista en Moscú. No puedo dejar de establecer una relación entre el hecho de que Churchill visitara Moscú y el asunto del último convoy. Churchill debía de esperar algo importante. Churchill debía de querer ir a Moscú para regresar de allí con el prestigio de alguna hazaña sensacional. Estoy persuadido de que tenían en vistas realizar algún golpe importante. De no ser así, ¿por qué pusieron en movimiento la flota del Mediterráneo oriental? Si hubiesen podido echar mano a Creta, hubiese sido un golpe duro. Para dominar la costa africana, la posesión de Creta es indispensable; ellos mismos lo reconocen. Creo que lo que hizo abortar su proyecto fue el hecho de que los tres portaaviones fuesen alcanzados. Es imposible, efectivamente, llevar a bien una empresa de esa envergadura sin contar con un fuerte apoyo aéreo. Me estoy preguntando si no sería conveniente restregarles por las narices sus proyectos de desembarco en Creta. Mi instinto me dice que ésa era su intención. No tendría la menor duda de ello si supiese con seguridad que llevaban tropas a bordo. Para Malta no se necesitan tropas. Es posible que tuvieran algún acorazado fuera de combate, y eso explicaría su vacilación. De la misma manera ignoramos sus proyectos concernientes a la Noruega septentrional. Sólo nos enteramos de ello una vez puestos en práctica. Fue antes de la conquista de Noruega, en el momento del asunto del «Altmark», cuando el viejo Chamberlain dijo que yo había perdido el tren.

Hay mucha gente supersticiosa de Inglaterra que ha considerado un mal presagio el caso del duque de Windsor. Para ellos, el rey es el símbolo del imperio.

291. 16 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

Los ingleses se preparan para la guerra. – Homenaje al obrero francés. – Los presupuestos de la Wehrmacht. – Las dificultades que tuve que vencer. – Obstrucción de los jefes de la Wehrmacht y de Schacht. – La

absorción del paro. – La reimplantación del servicio militar obligatorio. – ¡Alemania me soportará, a mí también!

Churchill y sus acólitos decidieron la guerra contra nosotros ya algunos años antes de 1939. Esta información se la debo a lady Mitford. Ella y sus hermanas sabían muchas cosas debido a sus lazos de parentesco con personas muy influyentes. Lady Mitford exclamó un día repentinamente que en todo Londres no existían más que tres baterías antiaéreas. Su hermana, que estaba presente, se la quedó mirando, estupefacta, y luego dijo: «Ignoro si Mosley es el hombre de la situación y si podrá impedir una guerra entre Alemania e Inglaterra».

Desde el momento en que Inglaterra decidía la movilización, la suerte hablaba en contra nuestra. Lo único que sucedió fue que los partidarios de esta guerra no tuvieron la paciencia de esperar. Si hubiesen esperado tres o cuatro años, hubieran podido enviar al continente un ejército de treinta a cuarenta divisiones.

El obrero francés es increíblemente diestro. Dispone de un utillaje completamente anticuado y, sin embargo, todas sus producciones son de primera calidad. De ello resulta que los franceses están en condiciones de reparar sus desperfectos en un plazo sumamente corto. En lo que a nosotros respecta, tengo la impresión de que en lo que se pierde más tiempo es en la reparación de los daños.

En lo que se refiere al rearme, siempre me asigné un programa para un año por adelantado. El hombre se ha de situar al nivel de las tareas que las circunstancias le imponen. El primer año, para el ejercicio 1933-1934, tres mil millones fueron asignados a la Wehrmacht. Al año siguiente fueron cinco mil millones. Cuando estalló la guerra, noventa y dos mil millones habían sido gastados en el ejército. Nunca jamás se habían logrado con anterioridad cifras semejantes en ese terreno. Antes de 1914 los gastos anuales para armamento representaban alrededor de mil millones.

Jamás nadie ha podido echarme en cara el no haber podido realizar un programa de interés nacional por falta de créditos. Nunca tuvo el Reichstag voz ni voto en este tipo de asuntos. Mi voluntad es la única que ha contado. Desde el instante en que renuncié al patrón oro, y mientras tuviese parados que poder utilizar, suprimí todo problema de orden financiero. Tenía que hacer vivir a siete millones de parados absolutos y a cuatro millones de parados parciales. Ello representaba un presupuesto de cinco mil millones. Hubiésemos economizado millones en divisas si el ejército, en lugar de exigir materias primas procedentes del extranjero, se hubiera contentado enseguida con nuestros productos sustitutivos. Siempre he dicho que era indispensable adaptarse de golpe a las exigencias de una economía de guerra, pero solamente bajo la presión de los acontecimientos se decidió la Wehrmacht a seguirme por ese camino. ¡Qué medios no habrán utilizado para contrarrestar mis instrucciones! Cuando exigí la construcción de buques de guerra,

¡solicitaron una cantidad de cobre que sobrepasaba en un 80 por 100 la producción mundial de todo un año!

En el momento de la primera guerra mundial, disponíamos de reservas constituidas durante treinta años de auge económico. Pero en 1939 no teníamos nada. ¡Hay que ver el encarnizamiento con que tuve que luchar, sin tregua ni descanso, para obtener lo mínimo de lo que yo deseaba! Incluso con el bueno de Fritsch tuve que luchar, por ejemplo, el día en que restablecimos el servicio militar obligatorio: «Hay que crear treinta y seis divisiones. Y no me desviarán de mi objetivo diciendo que no tenemos las armas y pertrechos necesarios».

Dirigiéndose a Jodl:

Cuando dice usted que tuvo que luchar como una fiera, renunciando a sus exigencias en la proporción de un 40, de un 60 e incluso de un 80 por 100, es a Blomberg a quien se tiene que dirigir. Yo no tengo la menor culpa de ello. He hecho conceder a la Wehrmacht muchos más medios de los que ésta podía utilizar. ¡La de veces que he protestado al enterarme de que tal o cual pedido no había sido cursado! No había semana en que no se presentasen conflictos de esta índole. Se me contestaba invariablemente: «La Wehrmacht no quiere esto, la Wehrmacht no quiere lo otro». Había allí montones de personas que actuaban a espaldas mías, saboteando sistemáticamente mi obra. Por otra parte, ¿qué mal hubiera habido en que el presupuesto fuese sobrepasado? La Luftwaffe desbordaba cada año el suyo en unos dos mil millones.

Hasta que el paro fue absorbido no existió el peligro de una crisis. Ahora bien, esto no sucedió hasta el período comprendido entre 1937 y 1938. Hasta entonces, las únicas dificultades que tuvimos que superar giraron en torno a las divisas. A este respecto, Schacht me había anunciado que disponíamos en todo caso de mil quinientos millones de haberes en el extranjero. Sobre esta base establecí el plan cuatrienal. Jamás he encontrado dificultades en lo que a éste se refiere. Además, Goering disponía en este terreno de amplísimos poderes. Hoy ocurre exactamente igual, y no conocemos traba alguna proveniente de la falta de dinero.

No he cesado de protestar contra la dosificación homeopática de los pedidos efectuados por la Wehrmacht. Los responsables de la industria venían a quejarse ante mí de semejante mezquindad: «¡Hoy, diez obuses, mañana, dos morteros, y siempre por el estilo!». Incomprensible, máxime si se piensa que la puesta en marcha de una fabricación requiere de cuatro a ocho meses. Tuve que intervenir personalmente para que se emprendiera la fabricación en serie y sin límite. Sin todas esas resistencias, nuestra marina podría contar hoy en día con cuatro grandes unidades más. Lo teníamos todo, el acero y los obreros. Mi política económica ha tenido siempre por objetivo obtener en todo un rendimiento óptimo. En cambio, me he rebelado contra determinadas prácticas; por ejemplo, la financiación de las fábricas que trabajan para la Wehrmacht. El plan cuatrienal ha

hecho imposible tales prácticas, puesto que el presupuesto de la Wehrmacht tenía que servir únicamente para compras de material. ¿No es acaso una estupidez pasar un pedido de quinientas mil mochilas, y proporcionar encima al industrial que recibe este pedido el dinero necesario para construir su fábrica?

En cuanto a la marina, jamás ha formulado la menor exigencia. He tenido que ser yo quien las formule en su nombre. El colmo es que además las reducían. Jamás el ejército ha exigido tampoco nada en absoluto. He sido yo quien he tenido que exigir por él, lo cual no le ha impedido titubear y tergiversar las cosas siempre que tuvo ocasión para ello. El asunto llegó tan lejos que, para realizar ciertos proyectos, me vi obligado a retirarle sus prerrogativas. Ejemplo: el Muro del Oeste. Ha sido incluso preciso que llegase la guerra para que las fortificaciones de Heligoland se terminasen. La marina había empezado por decir que aquellas fortificaciones no presentaban ningún interés. Goering era el único que clamaba al cielo. En lo que concierne a los tanques pesados, ocurrió lo mismo. Decían que éstos no tenían ningún valor mientras no fuesen ligeros y rápidos. Tuve que lidiar de lo lindo para imponer tanques pesados. Había ordenado que se instalasen radioteléfonos en toda Alemania. Pero el Ministerio de Propaganda torpedeó aquel proyecto fundándose en una declaración del ministro de Comunicaciones, quien pretendía que técnicamente aquel proyecto no era realizable. ¡Y sin embargo, el Ministerio de Comunicaciones nunca ha carecido de dinero!

Antes de la guerra fui a casa de Krupp. Como no era posible hacer entrar en razón a los del ejército, quise hacer algo en el sentido de la motorización y pasé un pedido con vistas a equipar a las unidades de las SS con el Panzer Mark IV. Apenas se declaró la guerra, el ejército se descolgó con la pretensión de que aquellos tanques le fueran entregados.

Inmediatamente después de la reintroducción del servicio militar obligatorio en 1936, exigí que se empezase, sin perder un minuto, a fortificar el país. No se hizo nada, salvo cosas insignificantes. No obstante, el ejército se decidió a presentar un proyecto, escalonado en diferentes años (¡comprendía hasta 1952!) y que solamente preveía la construcción de algunos puntos de apoyo. No era por falta de medios financieros, sino sencillamente porque el Estado Mayor lo quería así. Por eso he tenido siempre que utilizar la fuerza para llegar a mis fines. Sobre este punto de vista, nada ha cambiado en absoluto; pero en plena guerra no hay excusa posible. El ministro de la Guerra no tenía otro deber que el de dirigirse a mí en cualquier circunstancia, para decirme: «Me falta esto, me falta lo otro, etc.».

Durante todos estos años, jamás he tenido la menor discusión con la gente que maneja las finanzas. Jamás he tenido que conferenciar con Schacht para saber de qué medios disponíamos. Me limitaba a decirle: «Los créditos que pido son indispensables». Y añadía: «¿Se ha resentido el marco, hasta el momento? ¿Acaso no está estabilizado gracias a la autoridad del Estado y a nuestros principios económicos? No está usted aquí para probarme que un

proyecto determinado no es realizable, sino para hacer de manera que se pueda realizar».

Schacht era en todo la oposición sistemática. Sus exposiciones negativas producían sobre el auditorio una impresión tal que cierto día, durante una conferencia, Stülpnagel exclamó: «¡Oh, pobre Alemania!». Pero a mí, Schacht no podía venirme con historias. Esa gente de las finanzas no se hacían cargo de la eficacia real de nuestros principios económicos. En cuanto a Krosig, le dije, cierto día que venía a presentarme objeciones: «Estimado señor Von Krosig, está usted en un error. La cosa tiene que hacerse. Jamás un Estado ha ido a la bancarrota por razones de orden económico, sino a consecuencia de las guerras perdidas».

El más inteligente de nuestros financieros era mi camarada del partido, Reinhardt. Midió exactamente lo que podíamos sacar de los impuestos. Gracias a él hemos subido de cinco mil millones a veinticuatro mil, sin que haya aumentado el coste de la vida y sin desvalorización de la moneda, como ocurre en otros sitios.

Ha habido quien ha llamado mi atención sobre el hecho de que todas las leyes que presentamos son sistemáticamente combatidas por tres ministros: Schacht, Stanislaus y Neurath. Los demás siempre están de acuerdo. Ahora bien, lo que supone ya el colmo es que, en general, las referidas leyes no conciernen a esos tres señores, que de hecho no pertenecen al gabinete.

La mejor fórmula consiste en plantear los problemas directamente a los ministros interesados. Así evitaríamos las discusiones ociosas. Uno se expresa en nombre de la legalidad, otro en nombre de la ortodoxia financiera, etc. Cosas así me hacen montar en cólera. Un buen día dije a uno de esos señores: «La nación alemana ha resistido las grandes migraciones, las guerras romanas, la invasión de los hunos, la de los tártaros y la de los mongoles. Ha resistido la guerra de los Treinta Años, las guerras de la época de Federico y las de Napoleón. ¡Y sin duda sobrevivirá a mi gobierno!».

292. 16 DE AGOSTO DE 1942

Una invención de los juristas. – Sabotaje de la moral de la nación.

El mayor Engel explicó que, en el aeródromo de Königsberg, un oficial de la base se había apoderado de algunos productos alimenticios que se hallaban a bordo de un avión que acababa de aterrizar y que se destinaban al mercado negro. Muy airado, el Führer dijo:

Son procedimientos que parecen inventados por enemigos del Estado para sacar a nuestros soldados de sus casillas. ¡Éste es, pues, el agradecimiento de la patria! Sabotaje del espíritu de resistencia

de la nación, ése es el resultado. Pero quiero llegar al fondo de este asunto. Trátese de la Wehrmacht o simplemente de los aduaneros, los responsables irán a la cárcel: me es completamente indiferente. Utilizaré los medios más brutales para poner coto a estos repugnantes procedimientos. ¿Qué puede uno traer consigo al regresar del este? ¿Obras de arte? ¡No las hay! No tienen más que cosas de comer. Entonces, ¿por qué no dejar que esos alimentos sean distribuidos entre las familias de nuestros soldados? ¿No es acaso cierto que el soldado de permiso vive peor entre su familia que en el frente? El instigador de esa bribonada será seguramente un jurista, probablemente el propio ministro de Finanzas. ¡Lástima que Bormann no esté aquí!

293. 20 DE AGOSTO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: EL DR. LAMMERS, EL DR. THIERACK Y EL DR. ROTHENBERGER

Pequeños y grandes delitos. – Sanciones adecuadas a los crímenes. – La moral de la nación y de los jueces. – No soy un hombre brutal. – Nada de cuartel a los traidores. – Un judío antisemita. – El héroe de un centenar de asesinatos. – Legisladores y magistrados. – La educación de los jueces. – El abogado, servidor del Estado.

Acabo de leer que un hombre ha sido condenado a tres meses de cárcel por haber hecho sufrir a un animal. Dio un puntapié a una gallina que había entrado en su jardín. Pues bien, no estoy de acuerdo con ello. Opino que existe mucha mayor crueldad en aquellos que van a cazar liebres. Soy del criterio de que debería imponerse una condena análoga a todo cazador que dispare sobre un animal sin llegar a matarlo. El pueblo no debe de entender por qué se felicita a unos y a otros se les mete en la cárcel. El cazador dispara para saciar su sed de matar. El hombre que le da un puntapié a una gallina se limita a reaccionar ante una violación de domicilio, sin la menor intención de matar. Yo me hago cargo de hasta qué punto puede llegar a irritar una gallina que uno trata de ahuyentar y que se obstina en volver a nuestro jardín. Cuando era niño, mis padres poseían un pequeño terreno en Leonding. Había una vecina que tenía la manía de enviar a sus gallinas a picotear por nuestro jardín. Un buen día cargué una vieja carabina y tiré a bulto. Luego me he enterado de que, en casos semejantes, uno tiene derecho a confiscar los animales y a no devolverlos más que mediante una indemnización. ¡Pero vaya lío por una gallina que va a picotear a la casa del vecino!

El caso sería diferente si se tratase de un hombre que cometiese habitualmente delitos y que hubiese robado una gallina. Entonces sí

que se podría pretender que aquel individuo atenta contra la moral de la población civil.

Opino que la justicia debería tener siempre en cuenta el móvil que anima a ese tipo de delincuentes y que debería también apreciar la gravedad del delito en relación con las circunstancias del mismo. Conozco bastante bien a la justicia, puesto que durante mi vida he pasado temporadas en la cárcel. En Landsberg, el Gran Pundit me dijo un día que no sabía a ciencia cierta si la prisión tenía como finalidad castigar a los condenados o regenerarlos. A lo cual repliqué que poco importaba la intención: ¡para la víctima el resultado era el mismo!

Creo que en ese terreno no existe un criterio riguroso. Por ejemplo, si en tiempo de paz un joven de dieciocho años le arrebata a una mujer su bolso, no veo en ello razón suficiente para condenar a ese joven a muerte. Pero hoy estamos en guerra, y tenemos las medidas de oscurecimiento. En una gran proporción, las mujeres se han incorporado a la industria, y tenemos por lo tanto que adoptar medidas muy severas para protegerlas contra los maleantes. Así ocurre que, en Berlín, las actividades de los maleantes han hecho que muchas mujeres no se atrevan a salir solas al oscurecer. Ciertas infracciones, cuando las cosas llegan muy lejos, pueden incluso adquirir un carácter de epidemia: raptos de niños, accidentes de automóvil, etc. Entonces, es preferible intervenir sin dilación y a rajatabla, a fin de evitar que las cosas adquieran proporciones que luego habría que lamentar. Hay que apagar la chispa antes de que brote la llama.

Tomemos como ejemplo los robos cometidos en los refugios. Eso es grave, sobre todo en una época en que nos vemos obligados a hacer que se comuniquen entre sí los sótanos de los edificios medianeros. Si los ladrones se aprovechan de esta circunstancia, ya no hay defensa pasiva posible contra los ataques aéreos. Tolerarlo sería como autorizar el robo con fractura. El frente interior no tardaría en quedar liquidado. Una sola bomba que alcance a una hilera de casas puede significar dos mil muertos. El hombre que da su vida en el frente podría decirse con amargura que el Estado, aunque exige de él semejante sacrificio, ni siquiera se preocupa de proteger la vida de los suyos. He aquí por qué los crímenes deben ser enjuiciados desde el punto de vista del interés general y sin sentimentalismos de ninguna especie. Dar un puntapié a una gallina es un acto aislado, un simple hecho vulgar que no supone ningún peligro de contagio. Pero que un sinvergüenza saquee sistemáticamente los huertos donde unos pobres diablos cultivan sus coles, ése es un acto cuya gravedad es indudable, y no serán nunca demasiado brutales los medios que se empleen para evitarlo. Es indispensable, incluso, matar el mal cuando aún está en el cascarón.

Deben adoptarse las medidas necesarias, y de forma que nadie las ignore, para evitar cualquier tentativa de alterar el orden. No hay que perder de vista, al adoptar tales medidas, que, por pura necesidad, el Estado subestima la vida de los soldados que se baten en el frente y que sería por lo tanto escandaloso valorar la de los

seres que constituyen la hez de una población. Ello supondría un grave peligro.

La moral de la nación depende de la actividad de los jueces. La guerra, desgraciadamente, conduce a una selección a la inversa. Los buenos elementos mueren en masa, y existe una carrera entre los mejores para elegir las armas de más peligro: unos, la aviación, otros los submarinos. Y en cada arma existen, además, los que se presentan voluntarios para misiones especiales. Es una gran verdad: siempre son los mejores los que caen. Mientras tanto, en el interior, la justicia mima y acuna al sinvergüenza integral. Aquel que va a la cárcel experimenta una sensación de seguridad absoluta. Aparte del hecho de estar privado de libertad, sabe que nada grave puede ocurrirle. Cuando esta fatalidad se prolonga durante cuatro años consecutivos (la pérdida de los buenos y la conservación de los malos), ello acaba por crear un desequilibrio en el seno de la nación.

Por otra parte, no constituye un gran castigo vivir encarcelado cuando, en otros lugares, en el frente de Volchov, por ejemplo, los soldados están tumbados sobre el barro, a la intemperie, privados de sueño y a veces de alimento.

Lo que se puede decir de todo pueblo es que, *en masse*, no es bueno ni malo. La masa no posee el valor de ilustrarse en el bien ni la vileza necesaria para brillar en el mal. Es el peso que proporcionan los extremos el que hace inclinarse la balanza en un sentido o en otro. Cuando el destino abre brechas profundas en las filas de los buenos, mientras preserva a los malos, puede producirse entonces lo que ya se vio en nuestro país en 1918: que quinientos o seiscientos sinvergüenzas tengan en jaque a toda una nación.

Limitándome a considerar el solo ejemplo de Berlín, me percato de que el total de pérdidas en el frente arroja una proporción de ocho a uno en detrimento del partido. Y, desgraciadamente, en esas tropas escogidas siempre es la cabeza la que cae primero: jefes de las SA, *Kreisleiters*, etc. Si, como contrapartida de tales pérdidas, no extermino radicalmente a toda esa canalla, algún día la situación podría llegar a ser grave. No soy, indudablemente, un hombre brutal por temperamento, y por ello me comporto como hombre guiado únicamente por su razón. He arriesgado mil veces mi vida y si hasta ahora he salido bien librado, se lo debo a mi suerte. Repito, pues, que, en período de guerra no hay que tener falsos sentimentalismos con respecto a tales sujetos. Tenemos que aplicar una regla férrea, e ignorar toda excepción. Ello puede apenarme personalmente, e incluso puede conducirme a errores que se reconocerán más tarde, pero es absolutamente imposible actuar de distinta manera.

Al acabarse la primera guerra, yo estaba animado por una serie de sentimientos humanitarios, mucho más que la propia justicia. Es cosa de las circunstancias. Lo que importa es actuar siempre y con todo en lógica consigo mismo. Es inadmisible, en época de guerra, demostrar debilidad. Cuando se trata de un traidor, por ejemplo, poco me importa la importancia del daño que haya causado. Hay crímenes que, sin remisión, excluyen al que los comete de la comunidad. En el Tercer Reich un traidor no ha de poder salvar el

pellejo. Es lo mínimo que se debe a quienes, habiendo dejado tras sí a sus mujeres y a sus hijos, se baten en el frente. En este orden de ideas, no puedo por menos que ser implacable. Esta ha de ser también la actitud de la justicia, que, además, ha de tratar de interpretar el sentimiento popular. Cuando un cazador furtivo dispara sobre una liebre, se le condena a tres años de cárcel. Yo, por mi parte, cogería al interfecto y lo encuadraría en un cuerpo franco de las SS. No soy un admirador de los cazadores furtivos —puesto que soy vegetariano—, pero veo en ellos al elemento romántico de la caza. Por otra parte, no hay duda alguna de que, en determinadas regiones, tuvimos cazadores furtivos entre nuestros primeros partidarios. Dicho esto, reconozco que no hay que consentir que nuestros bosques se vean expoliados por culpa de los cazadores furtivos. Naturalmente, son los guardabosques, y no ellos, quienes cuentan en primer lugar con mis simpatías.

Es interesante constatar que el pueblo, empezando por los niños, reacciona saludablemente ante las medidas que se adoptan en consideración al interés general. Cuando una mujer envía un paquete a su marido que está en el frente y ese paquete es robado en el camino, su primera reacción con respecto al ladrón es la siguiente: «¡A ese canalla habría que colgarle!». La mujer se ha privado hasta de lo más necesario para enviar ese paquete. Su reacción es, pues, un sentimiento elemental.

El pueblo no es una comunidad de estetas decadentes. Hay que hacer notar que estos últimos, cuando les ocurre algo, suelen tener las mismas reacciones que el pueblo. Conocí a un actor, Pallenberg, tipo representativo del intelectual judío. Colocó su dinero en un banco judío de Holanda y lo perdió todo; ¡de resultas de ello se hizo antisemita!

Con respecto al caso Seefeld, le dije a Gürtner que si realmente se trataba de treinta y seis asesinatos era indispensable saber cómo los había cometido Seefeld. Hasta entonces, solamente doce habían quedado probados de forma indiscutible. Gartner vacilaba. Le sugerí que hiciese interrogar a Seefeld por la Gestapo, añadiendo que no le ocurriría nada, puesto que todo lo más se arriesgaba a recibir una paliza. (¡Si yo hubiese recibido de una sola vez todos los golpes que me fueron propinados en el transcurso de mi existencia, hubiese muerto a resultas de ello!) Ahora bien, el tipo acabó por confesar ciento siete asesinatos (que Gürtner hubiese seguido ignorando sin la Gestapo). Según sus declaraciones, había utilizado un medio inusitado hasta entonces. Doy este ejemplo para probar la necesidad de ser duro a veces.

La justicia no es un fin por sí sola. Su función es la de mantener el orden social, sin el cual no puede haber ni civilización, ni progreso. Todos los medios que se empleen para llegar a este fin están justificados. La justicia no tiene que ser dura ni suave. Su única misión es adaptarse a los fines para los cuales existe.

El legislador no ha podido catalogar todos los crímenes posibles, ni puede haber previsto todos los casos. Cuando se presenta semejante eventualidad, es al juez a quien corresponde suplir al

legislador, puesto que no es concebible que éste haya querido que el culpable pudiese escapar al castigo. Por lo tanto, el juez tiene que actuar en cada caso de forma que el criminal sea castigado, por una parte, y que la sociedad sea protegida, por otra.

La magistratura debe reunir a la elite de la nación. El juez tiene que comprender con media palabra al legislador y seguir su propio instinto para completar por sí mismo las indicaciones que le son dadas. Es indispensable que el juez conozca perfectamente las intenciones del legislador y los fines que éste persigue. Admito que, en tiempo de paz, se puede en cierto modo tener en consideración los sentimientos humanitarios. El hecho de que hoy el poder ejecutivo intervenga en lo que respecta a la aplicación de la ley no afecta en manera alguna a las prerrogativas del poder judicial, y no significa una intrusión intolerable por su parte. Es una forma de conciliar el deseo del legislador y el deber de los jueces, puesto que uno y otros no pueden por menos que perseguir un fin análogo. ¡Pero lo que hay que hacer desaparecer es la superstición de que el juez ha sido creado para dictar el derecho absoluto, aunque se hunda el mundo! Eso sería una locura. Una sola cosa importa: asegurar el orden social.

Para responder a este papel, la magistratura debería constituir un auténtico *corps d'élite* y ser el cuerpo mejor pagado del Estado. Toda su educación, toda su formación, deberían concurrir a inculcar a los jueces el valor de apechugar siempre con sus responsabilidades y no a incitarles a quedar siempre cubiertos por el legislador. ¿Se dirá entonces que, de esta manera, la justicia se convierte en sierva del poder? Ello no es inevitable, y no es eso lo que deseamos. En este sentido, el poder mismo se halla coartado. Queremos magistrados que tengan un elevado sentido de su deber y del peso de la responsabilidad. Esto no será lo que les lleve a cometer acciones vergonzosas. Por otra parte, suponiendo que el poder deseara adentrarse por ese camino, no sería a la justicia a quien correspondería impedírselo. Ni la justicia romana, ni la de la Edad Media, ni siquiera la justicia moderna han tenido semejante independencia con respecto al poder. Cuando un Estado no se halla cimentado sobre la selección de los mejores, la justicia no sabría mejorar la obra del legislador. Pero cuando trata con un buen legislador, le es factible a la justicia apuntalar la obra de éste y contribuir de esta forma a reforzar la comunidad nacional.

La tarea del juez es, por lo tanto, inmensa. Quisiera que tuviese el mismo amor de las responsabilidades que el legislador. Entre ellos, la solidaridad debería ser completa con vistas a proteger el orden social contra los elementos destructores y promover el interés de la comunidad, según la circunstancia.

Cuando este espíritu de colaboración existe, el legislador no experimenta la necesidad de promulgar constantemente nuevas leyes. No debería verse obligado a examinar penalidades estrictamente delimitadas. Debería poder dejar al juez una gran libertad de apreciación en lo que concierne a la aplicación de la pena, en lugar del automatismo que existe, en virtud del cual la

justicia juzga de manera uniforme y sin matices. Cuando los jueces condenan a muerte y me incitan a usar mi derecho de gracia, me ponen en un gran aprieto. Esta es, según mi opinión, una inconsecuencia del legislador. Si la ley fuese más dúctil, el juez podría, en los casos dudosos, dirigirse al ministro de Justicia antes de pronunciar su fallo, puesto que la justicia debe tener en cuenta la razón de Estado y colaborar íntimamente con los que la encarnan.

La enseñanza que se da en las facultades de derecho debería ser completamente modificada. Por otra parte, considero como cosa indispensable y urgente que un juez no sea puesto en situación de adoptar responsabilidades sin antes haber adquirido una cierta experiencia de la vida. Por ejemplo, debería quedar excluido el poder ser juez sin haber ejercido anteriormente una actividad en la administración del partido.

¿Cómo se puede ser juez si no se tiene un conocimiento profundo de los problemas con referencia a los cuales habrá que dictar un fallo? Actualmente el juez carece de esta experiencia, y tampoco posee la amplitud de miras que necesita. Otra condición esencial es que el juez reúna unas condiciones de vida lo suficientemente amplias en el plano material, pues ello contribuirá a ensanchar su horizonte. Habiendo estado mezclado en un proceso que concernía a unos asuntos automovilísticos, conocí a un juez que creía que el cuentakilómetros funcionaba con el gas. Del automóvil, no conocía más que estas dos particularidades: que se le echa gasolina y agua por dos orificios. ¿Cómo un hombre semejante puede apreciar un pleito de tal naturaleza? Si recurre a un experto, éste puede ser un sinvergüenza animado por la intención de complicar su peritaje, con vistas a alargar su factura.

Lo que me parece aconsejable es que muchas pequeñas causas fuesen liquidadas por jueces honorarios, los cuales, con más frecuencia que los jueces de *carrière*, viven intensamente la vida de la nación. En este orden de ideas, un gran número de pequeños asuntos, hoy en día, son resueltos directamente por el partido. No debe ser tan difícil encontrar hombres dotados del talento necesario para allanar pequeños conflictos.

En lo que respecta al abogado, no hay duda de que tiene que convertirse en un representante del Estado, por las mismas razones que el juez. Estoy persuadido de que el juez examina los hechos que le son sometidos, empleando para ello lo más íntimo de su conciencia. ¿Por qué no ha de actuar de igual manera el abogado al aconsejar a un detenido sobre la forma de presentar su defensa? He recogido muchas experiencias en este terreno. Cuando dos individuos pleitean, solamente uno de ellos puede tener razón. Lo que decide es la elección de abogado y el importe del perjuicio que se pretende haber sufrido. Cuando tuve mi primer pleito, sustentaba la idea de que los abogados eran gente de honor. Por ello, cuando el mío me dijo que yo había sufrido un perjuicio muy importante, dentro de mi inexperiencia, le contesté: «Sí, si esa es su opinión». Hasta más tarde, cuando recibí su minuta de honorarios, no pude medir las consecuencias de aquel asentimiento mío. ¿No era acaso una manera

de actuar poco honrada, por su parte? Conozco el caso de pequeños campesinos que fueron explotados de la misma forma por los abogados, quienes los exprimieron como limones. Ahora bien, esa pobre gente se halla prácticamente indefensa. Los abogados los explotan hasta el último céntimo, y sólo entonces el pleito se termina. Esas bajezas tienen que desaparecer, y es preciso que en el futuro, igual que el juez, el abogado esté al servicio del Estado, y asimismo el médico. ¿Qué es lo que importa, en resumidas cuentas, en un pleito? Simplemente, establecer dónde se halla la verdad.

Tuve una vez un abogado que carecía totalmente de energía. ¡Al cabo de cuarenta y ocho horas me hacía el efecto de que yo era el acusado en lugar del querellante! Lo peor de todo son los tribunales con jurado. En otros tiempos se consideraba que esto era lo ideal. Por mi parte, he de decir que, hasta 1918, consideraba a los juristas como a unos seres pertenecientes a una casta privilegiada. Por otra parte, tenía una consideración igual por todos los funcionarios. Me acordaba de que mi padre era un hombre de honor. Un presidente de tribunal, un *Justizrat*, ¿qué no representaría a mis ojos? No me daba cuenta de que el *Justizrat* era un abogado como los demás, y de que defendía a los pillos.

Figuré como testigo en un proceso contra un soldado desertor, un cerdo llamado Sauper. El *Justizrat* se levantó y me hizo algunas preguntas a las cuales yo, pobre idiota, contesté. «Regresa usted del frente —me dijo—, lleva usted el emblema de herido y la Cruz de Guerra de primera clase. ¿Cuál es su opinión sobre un desertor?» «Le desprecio profundamente», repliqué. El *Justizrat* se levantó y declaró con aire de indignación: «Recuso a este testigo parcial». Me quedé estupefacto. En cuanto al rebelde, fue absuelto. Un oficial que estaba entre los asistentes al juicio vino hacia mí y me estrechó la mano. Estaba asqueado. « ¡Vámonos!», me dijo.

Todo el mundo sabe que mi coche siempre va muy despacio cuando cruzo por una aglomeración urbana. Ahora bien, un día mi chófer recibió una citación por haber pasado demasiado deprisa por una población de los alrededores de Núremberg. Me presenté en la audiencia. Pequeño diálogo con el juez:

—Señor Hitler, ¿por qué ha apelado usted?

—Porque no es cierto que fuésemos a más de treinta por hora.

—Pero aquí siempre hemos condenado por exceso de velocidad, ¡¡y no voy a crear un precedente de lo contrario en favor suyo!!

Iba conmigo el abogado de la compañía de seguros a la cual pagábamos cada año una fuerte prima. Para hacerme simpático, le fui a buscar a su casa con mi propio coche. El tribunal redujo la multa de treinta a diez marcos. Pero algunas semanas más tarde, el abogado me enviaba una minuta de más de cuatrocientos marcos.

El mismo jurista, en mi opinión, debería poder ser utilizado alternativamente como abogado y como juez. Un servidor del Estado puede desempeñar esos dos papeles. Le será posible, tomando la defensa de un sinvergüenza integral, encontrarle a éste circunstancias atenuantes, pero no presentarlo como un ángel de bondades.

En este campo hay que efectuar grandes reformas. No se podrán realizar de golpe. Pero todo ello debe ser emprendido a la par que se forman nuevas generaciones de juristas.

294. 20 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

Peligros de mecanizarse a ultranza. – Dios está siempre al lado del más fuerte. – Caso excepcional de Federico el Grande. – La civilización americana. – Bismarck y Guillermo II. – Ignominia del Káiser. – Insignificancia de los potentados alemanes. – Mussolini, piloto de avión.

Siempre hay hombres que opinan que una mecanización a ultranza de la guerra es cosa aconsejable. De esta forma la guerra la llevaría un pequeño grupo de hombres, pero todos superiormente formados. Esas bellas concepciones chocan con la dura realidad. Y si se revelan vanas es debido a que una guerra no puede ser llevada a buen fin con la ayuda de una sola arma. Las probabilidades de éxito nacen, efectivamente, de la colaboración de las diferentes armas. Incluso en la Antigüedad, la guerra no era llevada con ayuda de una sola arma.

El dicho según el cual Dios se halla siempre al lado del batallón más fuerte significa algo. Sin la fuerza no se llega a nada. Todo cuanto pueda decirse a este respecto no dejará de ser una tentativa de disfrazar la debilidad de virtud. Si fuese de otra forma, es seguro que los pueblos pequeños no hubiesen acabado dejándose todos dominar. Si Rusia hubiese agrupado todas sus fuerzas contra Finlandia, inevitablemente ésta hubiese sido aplastada. Debido a que estaba a la expectativa en lo que respecta a la guerra del oeste, Rusia renunció provisionalmente a Finlandia. Además, para ella, lo esencial era haber podido echar la zarpa a los estados bálticos. La historia no ofrece ningún ejemplo de pueblos con poca densidad de población que dominen a pueblos más poderosos. En cuanto a Federico el Grande, éste siempre tuvo la suerte de triunfar por medio de la astucia sobre adversarios numéricamente más fuertes que él.

¡Me hace reír la consternación que habría en el mundo entero si de repente surgiese la noticia de que una nave interplanetaria acabara de aterrizar en América! Nuestras pequeñas guerras terráqueas terminarían en el acto.

La civilización americana es una civilización puramente mecánica. Si no fuera por esto, América se desintegraría todavía más deprisa que la India. En resumen: en América el europeo se ha vuelto a convertir en un nómada. Es sensible que la película *El Emperador de América* no tenga conclusión moral. Trenker es el autor de dos películas maravillosas en su género: *Montañas en llamas* y *El*

rebelde. Sus demás películas han sido financiadas por intereses católicos.

Me han preguntado frecuentemente si la película sobre Bismarck podía exportarse. No conozco nada más severo sobre el Káiser que lo que se puede leer en el tercer tomo de las memorias de Bismarck. Me emocioné al leer aquellos párrafos. Pienso en la inmensa obra de Bismarck: hizo del Káiser el ídolo del pueblo alemán. ¡Si Alemania hubiera tenido, en la persona de Guillermo II, a un soberano con más tacto y con un mayor sentido de la responsabilidad y del amor a su pueblo! Con sus discursos, tan estúpidos como desconsiderados, Guillermo II no cesó de indisponer contra él a los príncipes alemanes, pero sin afrontar las consecuencias de semejante actitud. Era sencillamente ridículo por su parte hablar de ellos como si se tratase de simples vasallos. ¡Su yo tratara así a Horthy y a Tiszo! Por si fuera poco, aquel idiota se dirigía al «Señor del Pacífico» en calidad de «Señor del Atlántico». Actuaba como un imbécil. ¿Se imaginan que yo firmara como «Señor de Europa»?

Si Guillermo II hubiese sido un verdadero jefe, si hubiese tenido las cualidades de su abuelo, se hubiera atraído a Bismarck y hubiera sido amado por la nación entera. Y de esta forma, la socialdemocracia no hubiese podido lograr en el Reich la importancia que adquirió. Está comprobado que la destitución de Bismarck conmocionó a la nación. ¡Vaya forma de tratarlo, como si no fuera él, Bismarck, quien había forjado el Reich! ¡Despedir a ese hombre como se atrevió a hacerlo aquel memo! La misma noche que destituyó a su ministro, el Káiser daba un baile. Ahí fue donde se manifestó —con aquel cinismo y falta de tacto— su ascendencia judía. ¡Una cara de cemento y, sin embargo, cobarde ante la acción! ¡Un hombre que arrastraba un sable que jamás desenvainó, a pesar de que no le faltaron ocasiones para ello! Por si todo ello fuera poco, era vanidoso y estúpido como el pavo real más engreído.

Cuando pienso en todos esos potentados alemanes, les encuentro insignificantes. Haré una sola excepción, el zar de Bulgaria: una inteligencia infinita, mucho tacto y un incomparable espíritu de decisión. Si hubiésemos tenido un hombre como Fernando a la cabeza del Reich, jamás hubiera tenido lugar la primera guerra mundial.

Jamás le regalaré a nadie un avión. Un avión es un avión, y detesto a las personas que de repente se las dan de deportistas. Un ser normal no sube de pronto, porque sí, a un escenario, a exhibirse en un número de canto. Yo no sé apreciar ese tipo de proezas. Entonces, el Duce, ¿por qué se ridiculiza? Puesto que no sabe pilotar. Cuando me preguntan por qué no practico ningún deporte, mi respuesta es que haría un triste papel y que no tengo ganas de hacer el ridículo. En cuanto al automóvil, Adolf Müller acababa de enseñarme a conducir cuando, de resultas de un paso en falso en política, tuve que ir a la cárcel. Liberado condicionalmente, sabía que el gobierno bávaro se aferraría a la primera ocasión que surgiese de ponerme a la sombra, y no podía por lo tanto ofrecerme

el lujo del menor incidente. Tampoco me veo llevando un volante durante doce horas y pronunciando acto seguido un discurso. Nada de diletantismos. Me basta con mirar a mi alrededor. Siempre veo a alguien arrastrando una pierna. Por ejemplo, Furtwängler. Un buen día se le ocurrió la luminosa idea de practicar el esquí. El hombre que como director de orquesta fascina a cientos de miles de mujeres, quiere gustar también calzándose los esquís. ¿Acaso se me ocurre a mí ponerme al frente de una orquesta? Una bajada en eslalon, y ¡Furtwängler patas arriba! Los hombres que brillan en una especialidad deben procurar no hacer el ridículo en otras cosas. No deben olvidar, efectivamente, que son siempre un punto de mira para los demás. Un día le sugirieron a Bismarck la idea de ir a bañarse, a lo cual replicó: «Creo que soy capaz de nadar, pero si me fuese a bañar en público esperarían verme hacer proezas que soy incapaz de realizar». El Duce no debería pilotar su avión. Me inquieta saber que corre ese riesgo. En lugar de la palanca de dirección, que se contente con sujetar fuertemente las riendas del Estado. ¡Cuando pienso en la cantidad de hombres que hemos perdido de esta manera! Si cualquiera pudiera hacerse piloto improvisadamente, los pilotos profesionales serían los últimos de los imbéciles.

El Führer a Von Below: Dígame, ¿Kesselring pilota su avión?

Von Below: Sólo un Storch, no un avión grande.

El Führer: Lo mejor que puede hacer es dejar que conduzcan su avión los pilotos profesionales.

295. 21 DE AGOSTO DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADO ESPECIAL: EL GENERAL GERCKE

El *Völkischer Beobachter*. – Los barones bálticos. – Los maniáticos de la genealogía. – Princesas y palafreneros. – El matrimonio en el campo. – Las jóvenes del Servicio del Trabajo. – Espíritu tolerante de los bávaros.

Se ha probado ya que se impone una cierta fórmula en el periodismo. Fue en 1932, durante nuestra campaña electoral, cuando el *Völkischer Beobachter* encontró su estilo propio. Rosenberg temía una caída vertical. Por entonces, estoy persuadido de que todavía dudaba de lo que él denominaba la estupidez de los hombres. Por ello su desprecio hacia la humanidad no hizo más que acrecentarse al constatar que, a pesar de la disminución de su nivel intelectual, el periódico progresaba, aumentando su tiraje. Su título hubiera debido ser *Münchner Beobachter* (edición *báltica*).

Al principio su nivel intelectual era tan elevado que yo mismo tenía problemas para entenderlo. No he conocido a una sola mujer que lo leyese. Ahora bien, Rosenberg pretendía imprimirle un

carácter todavía más rígido. En el lugar que ocupa hoy día el editorial, una serie de filósofos tenían la palabra sobre problemas que afectaban principalmente a Asia central y al Extremo Oriente. Rosenberg hubiera querido que el periódico tuviese como únicos redactores a una selección cada vez más restringida.

Cuando el incendio del Reichstag, me presenté por la noche en la redacción del *Völkischer Beobachter*. Tuve que esperar casi media hora a que se decidiesen a abrirme la puerta. No había por allí más que algunos tipógrafos. Por fin apareció un redactor medio dormido que no sabía hacer más que repetir: «¡Pero si a estas horas no hay nadie! Hay que venir a las horas de servicio...». «Está usted loco?—le dije—. Acaba de producirse un acontecimiento de un alcance incalculable.» Trabajé hasta la madrugada, con Goebbels, para confeccionar el periódico.

He tenido bastante a menudo dificultades con nuestras familias bálticas. Hay en ellas algo negativo y al mismo tiempo cierto aire de superioridad desconocido en otros países. Creen realmente que lo saben todo. Me tranquilicé al encontrar, en el transcurso del año 1941, en las listas de alemanes en los países bálticos, a todos nuestros amigos de 1920. Un aspecto simpático de su idiosincrasia es su maravilloso espíritu de solidaridad. Como dirigen desde hace siglos a unos pueblos inferiores, tienen tendencia a conducirse como si la humanidad entera estuviese compuesta de letones. Forman una minoría y se conocen todos entre ellos, y se mantienen rigurosamente apartados.

En lo que a mí respecta, no tengo la menor idea de la historia de esas familias. Tiempo atrás ignoraba incluso que tuviese allí parentesco alguno. Fue al convertirme en canciller cuando hice este descubrimiento. No obstante, desde este punto de vista, soy un ser absolutamente desprovisto de lazo alguno. No pertenezco más que a mi pueblo. Los bálticos, por su parte, no existen más que en función del parentesco. Encuentran muy natural juzgar la inteligencia de las personas con las que traban relación según se trate de un primo del conde Fulano o de un sobrino de la princesa Zutana. Yo tengo que exprimirme los sesos para saber quiénes son y dónde están mis sobrinos. Ello me parece tan poco interesante como desprovisto de significado. Un camarada del partido quiso un día exponerme con todo detalle los descubrimientos que había hecho sobre la genealogía de su familia. Inmediatamente le corté la palabra: «Pfeffer —le dije —, esto no me interesa. Todo ello está en los dominios del azar. En ciertas familias los archivos han sido conservados, en otras no». Pfeffer se quedó anonadado por tanta incomprensión. ¡Y cuando pienso que hay gente que dedica las cuatro quintas partes de su tiempo a ese tipo de investigaciones! Tengo preferencia por aquellos que consagran su tiempo a preparar el porvenir de sus descendientes. La gran preocupación de Pfeffer era probar que su mujer descendía por lo menos de Carlomagno. Le dije: «¡Poniéndonos en lo mejor, no puede tratarse más que de un *faux pas*! Si es con Napoleón, la cosa es gloriosa. Si es con otro, ya lo es un poco menos». ¡En resumidas cuentas, hay casos en los cuales

habría que agradecer a una mujer su transgresión! Muy a menudo, estos tiernos pecadillos aseguran la descendencia de ciertas familias. Claro está que las interfectas no hacían gala de ello, puesto que no era para reanimar la sangre de una familia degenerada por lo que elegían a su pareja, sino por la atracción de algún personaje viril que, de manera casual, se convierte en el instrumento que da nueva vida a las venas de una familia generada. ¿Qué hubiese sido de nuestras familias principescas si cosas como éstas no hubiesen sucedido?

Un detalle raro, que sé por mediación de Sauckel. Las muchachas que vienen del este sufren todas un reconocimiento médico. Ha quedado establecido que el 25 por 100 de ellas son vírgenes. No se encontrarían tantas en la Alta Baviera. Contrariamente a la creencia popular, es erróneo suponer que la virginidad sea una cualidad especialmente deseable; ¡es inevitable sospechar que quienes la han conservado no tienen nada de particular que ofrecer! Y lo que se dice popularmente respecto de las vírgenes cristianas, no me atrevo a repetirlo. En la ceremonia del matrimonio, cuando el sacerdote menciona la virginidad y el sagrado lazo del matrimonio, uno siempre ve que algunos mozos hacen muecas y se dan codazos; ¡probablemente bastantes de ellos conozcan a fondo a esa «virgen cristiana»!

En realidad no hay nada dañino en ello, y se explica por la costumbre rural del matrimonio a prueba.

Los dominios rurales son tan pobres que allí no hay que pensar en tener criados; y si no hay hijos, para ellos es un desastre; a partir de los doce o trece años los muchachos tienen que trabajar toda la jornada. Así es como surgió el matrimonio a prueba. Sólo cuando un mozo prolonga excesivamente el período de prueba se le mira con recelo y se espera que se case con la chica. Generalizando, hay que convenir en que nada es tan primitivo como el amor; es lástima que los resultados de estas costumbres no sean excepcionalmente satisfactorios. En las pequeñas poblaciones es donde se encuentra la mejor sangre, y ello se debe a que allí la gente vive más saludablemente que en otros sitios. En el campo, la gente se mata trabajando, tiene una mala dieta alimenticia y una mala higiene en general. De todas formas, existe una oleada de aire fresco que sopla de vez en cuando sobre el campo. Eso ocurre cuando las muchachas del Servicio del Trabajo, con su ligero atuendo deportivo, acuden a las granjas. Todo ello con gran escándalo por parte de los mojigatos. Antaño, las muchachas campesinas, sobre todo si estaban en buena posición, llevaban, una encima de otra, por lo menos seis enaguas. La transformación es ahora extraordinaria. Una ola de salud se ha volcado sobre el pueblo.

Sobre este punto de vista, Múnich es una población particularmente tolerante. Ello me sorprendió cuando llegué de Viena. Veía, por ejemplo, a unos oficiales, de pantalón corto, participando en una carrera de enlaces a través de la ciudad. ¡Eso jamás se ha visto en Viena! Por cierto, he oído que se ha reprochado a un sacerdote de Baviera haber tenido relaciones con su criada. Por

el contrario, toda la comunidad se congratula. «Es un mozo joven, nuestro capellán —se ríen—; ¡no puede exigírsele que lo sude y lo saque todo sólo por medio del estudio!» Cometeríamos un gran error político si utilizáramos estas relaciones normales entre un sacerdote y una moza de servir como un arma contra ellos. ¡La gente no ve nada malo en ello; al contrario!

296. 21 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

Necesidad del espíritu de decisión. – Los dialectos y el altoalemán. – El alemán sustituye al latín como idioma oficial. – Nuestras taquígrafas.

Cuando se emprende una operación militar diciéndose: «¡Prudencia, esto puede fracasar!» entonces, *no puede por menos* que fracasar. Cuando se quiere forzar la decisión, hay que estar dispuesto a ir hacia adelante, ocurra lo que ocurra. Solamente me imagino que en el momento de la invasión de Creta hubiésemos dicho: «Probemos, ya veremos lo que pasa...». No es difícil adivinar lo que hubiese ocurrido.

Uno de mis compatriotas, Stelzhammer, escribió unas maravillosas poesías; desgraciadamente, en dialecto. Hubiese sido en la literatura lo que fue Bruckner en la música. Si su contemporáneo Adalbert Stifter hubiese escrito en dialecto, él también, no hubiese tenido más de diez mil lectores. ¡Qué pérdida hubiese significado!

En el mismo orden de ideas, lo propio ocurre con el actor si éste no es actor más que en su dialecto. De esta forma limita su auditorio. Es el caso de Valentin, por ejemplo, a quien no comprenden, en realidad, más que los habitantes de la Alta Baviera. El resto de Baviera ya se le escapa. No puede por lo tanto aspirar a presentarse en Berlín. Si se hubiese entrenado en alto-alemán hubiese sido célebre mucho antes de la aparición de los grandes actores americanos.

Hay algo más grave. Pongo el caso de un extranjero que sacrifica dos o tres años de su vida en aprender alemán. Llega a Múnich, y no entiende ni una palabra de lo que le dicen. Si su interlocutor se da cuenta de ello y se trata de un muniqués puro, no vayan ustedes a creer que hará el menor esfuerzo para hablar en buen alemán. Al contrario, con la idea de que quizás se dirige a un prusiano, seguirá en sus trece hasta que el pobre extranjero se quede completamente desconcertado. Por una parte, me esfuerzo en hacer hablar el alemán a los daneses, a los suecos y a los noruegos. Por otra, nuestra radio da emisiones en dialecto. Suprimo la escritura llamada gótica porque constituye un obstáculo para nuestra lengua; y muchos de los nuestros se obstinan en seguir hablando en dialecto. Todo ello se contradice.

Recuerdo que tenía en el frente un camarada originario del Allgaeu. Durante los primeros días de nuestro encuentro, hubiese podido hablar con un chino obteniendo los mismos resultados. Todo eso es muy bonito. Fritzi Reuter es magnífico, pero sólo puede leerle una pequeña minoría. ¿Dónde habríamos llegado si Hoffmann von Fallersleben hubiese escrito en dialecto el canto nacional alemán? A todos les es permitido querer con toda su alma a su patria chica, pero eso no basta. Hay que saber saltar fuera de la propia sombra.

¿No sienten ustedes vergüenza cuando oyen a un checo instruido hablar alemán mejor que un germano?

Para gobernar el Reich, ha sido preciso pasar por encima de numerosos dialectos e instituir una lengua alemana oficial. Antaño la lengua oficial era el latín. Todavía sería así si no se hubiese adoptado aquella medida drástica. Ahora bien, no es lo mismo oír la misa en latín que recibir la hoja de contribuciones redactada en latín. La fórmula «Conseguiremos meterte el alemán en el caletre» data de aquella época heroica. Era la época en que los Habsburgo se comportaban como emperadores alemanes.

Durante horas enteras me he esforzado por hacer comprender a Krosigk que una taquígrafa de Lammers no es una simple taquígrafa, sino una secretaria. No quería admitir que perteneciese a la clase de los funcionarios. Y sin embargo las cosas más secretas pasan por las manos de esas muchachas. Lo mismo ocurre en la Wehrmacht. Son las empleadas peor retribuidas. Para determinar los emolumentos, considero que la importancia de las funciones que desempeñar debería de ser un factor determinante. La mejor de las secretarias apenas basta para el trabajo inmenso que se espera de ellas. Se les exige celeridad y también que sean mudas como una tumba. ¡Y a muchachas así se les da de ochenta a cien marcos al mes!

Me encoleriza pensar en el escribiente de juzgado que trabaja, teniendo a su lado el envoltorio con el consabido pedazo de queso. ¡La lentitud de esos escribas! El único momento en que se dan algo más de prisa es cuando se trata de borrar o de raspar algún escrito.

Cuando dictaba algún texto a la señorita Gerbeck, sabía que ella no comprendía ni una palabra de lo que anotaba. Con la señorita Stahl, que trabajaba antes en el Ministerio de Propaganda, no ocurría lo mismo. Cuando se cometía algún error al dictar, acto seguido se interrumpía, aguardando sin decir nada a que lo rectificasen.

297. 22 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

Pufo de los húngaros. – La India ha educado a los ingleses. – La política inglesa en la India. – Métodos de colonización. – El trabajo de artesanía. – Respeto a las costumbres locales. – Budapest.

Los húngaros siempre han sido unos *poseurs*. En lo que concierne a la guerra, son como los ingleses y como los polacos. Para ellos se trata de un asunto que concierne al gobierno, y van a ella como las reses al matadero. Todos llevaban espada, pero no parecían saber nada de la caballerosidad que supone llevar espada.

En un libro consagrado a la India, he leído que es la India quien ha educado a los ingleses proporcionándoles el sentimiento de su superioridad. Ello empieza en la misma calle. Aquel que demuestra, aunque sólo sea durante un segundo, algo de compasión a los mendigos es literalmente hecho trizas por éstos. Aquel que deja transparentar un átomo de sentimiento humanitario está perdido. De aquí proviene su aplastante desprecio por todo cuanto no sea inglés. De aquí ese típico inglés, alto y desgarbado, que camina recto hacia adelante como si no viese nada de lo que le rodea. Si los ingleses son expulsados de la India, ello tendrá repercusiones de tipo catastrófico. Los rusos son los que acabarían aprovechándose de ello. Sea cual sea la miseria en que viven actualmente los habitantes de la India, la cosa no les irá mejor cuando los ingleses se hayan marchado.

El opio y el alcohol reportan anualmente a los ingleses una suma de veintidós millones y medio de libras esterlinas. El que protesta contra semejante comercio es considerado como enemigo del Estado y puesto inmediatamente a la sombra. ¡En cambio nosotros, alemanes, seguiremos todos fumando en pipa cuando ya hayamos curado a los pueblos coloniales de los perjuicios de la nicotina!

El inglés no tiene el menor interés en que la India esté superpoblada. Ello no puede servir en nada a sus intereses. Por el contrario, todo su interés reside en que la población no sea demasiado densa. Si tuviésemos que ocupar la India, el primer cuidado de nuestra administración sería enviar allí comisiones de estudio encargadas de examinar la situación de las actividades humanas.

Nuestras universidades, preocupadas por el bienestar de los indígenas, no tardarían en abrir allí numerosas sucursales. Probaríamos, como es lógico, que los indios tienen una civilización mucho más antigua que la nuestra.

Los europeos, una vez vacunados, están al abrigo de toda contaminación. En lo que concierne a los indígenas, el propietario de plantaciones no tiene, claro está, ningún interés en que se produzca una epidemia entre sus obreros; pero sin duda vale más ganar menos y no trastornar el orden natural de las cosas.

Acabo de leer algunos libros cuya lectura debería ser obligatoria para todo alemán que salga para el extranjero. Habría que empezar por el libro de Alsdorff, y proporcionárselo a todos nuestros diplomáticos. De su lectura se deduce que no son los ingleses quienes han enseñado el mal a los indios. Cuando los primeros blancos desembarcaron en la India, encontraron ciudades cuyas murallas estaban construidas con cráneos humanos. Asimismo, tampoco fue Cortés quien enseñó la crueldad a los mejicanos. Ésta ya existía en ellos en estado endémico. Los mejicanos practicaban los sacrificios humanos, y llegaban a sacrificar hasta veinte mil hombres

a la vez. Por comparación, las atrocidades atribuidas a Cortés son la imagen de la moderación. De todo ello se desprende que es completamente inútil querer pintar a las razas indígenas como razas más sanas que las nuestras. Todo ello va en detrimento de los blancos. Conozco personas que se indignan porque únicamente se ofrecen a los indígenas telas de tipo barato. ¿Entonces, qué? ¿Acaso hay que ofrecerles seda natural?

En las proximidades de cada estación ferroviaria, en Rusia, habrá que crear centros de recogida de cereales con vistas a su reexpedición hacia el oeste. Habrá que celebrar también unas ferias anuales. En cuanto al marco ucraniano, habrá que hacerle depender del Reichsmark, en una proporción a determinar.

Cuando Rosenberg siente la necesidad de elevar el nivel cultural de los indígenas alentándoles en su arte ingenuo de esculpir la madera, no estoy de acuerdo con ello. ¡Nada de competencias! Tenemos que liquidar las baratijas de Sajonia. ¡A este respecto, quisiera mostrar a Rosenberg lo que se vende en mi propio país, en los centros de peregrinación! Conozco a una sajona que vendía pañuelos impresos, con un personaje en cada ángulo: Hindenburg, Ludendorff, el tercero yo; el cuarto, era su marido...

Suelo montar en cólera cada vez que visito la Exposición Permanente del Artesanado Alemán. En primer lugar, el mobiliario que allí se ve es cosa de risa. Luego, la forma que tienen de indicar los precios. Se ve un precio de ochocientos marcos, por ejemplo, y cuando uno cree que ello responde al conjunto, se entera de que el banco no está comprendido en el mismo, ni el cuadro, ni las cortinas. El colmo del asunto es que todas esas fruslerías tienen la pretensión de representar una forma del arte llamado popular, el arte de nuestros pequeños artesanos. En el fondo, el público no se interesa por estas cosas. Por una inversión de mil doscientos marcos desean que se les entregue algo como contrapartida. Y poco les importa que un clavo haya sido clavado con ayuda de una máquina o simplemente a mano. Entre nosotros, ¿qué es lo que significa el trabajo de artesanía? ¿Por qué comprar muebles de madera sin desbastar cuando por el mismo precio la industria los ofrece en madera pulimentada y además perfectos? He visto en la tienda de Stortz, por ejemplo, muebles que están muy bien. Las gentes modestas son felices pudiendo procurarse por poco precio un aparador de ese tipo. ¿El trabajo de artesanía? Una farsa.

Supongamos que un negro experimentase alegría llevando como único atuendo unos manguitos, ¿por qué se lo íbamos a impedir?

He leído la historia de las piras funerarias de Benarés. Si fuésemos nosotros los que estuviésemos allí, nuestros higienistas la gozarían de lo lindo, se pondrían en plan de cruzada y solicitarían que la policía prohibiese esas ceremonias. Y cada día enviarían a un químico a que analizase las aguas del río. Todo ello dependería de un nuevo Ministerio de Salud Pública dotado de un gigantesco número de funcionarios. Los ingleses, por su parte, se han limitado a prohibir que quemasen vivas a las viudas; pero han respetado las demás costumbres. ¡En una palabra, los indios tienen suerte de que no

seamos nosotros sus conquistadores! Les amargaríamos la existencia, claro está que por su propio bien. Doscientos metros más abajo del lugar en donde arrojan los cadáveres calcinados de sus muertos, los indígenas beben el agua del Ganges: y a nadie le pasa nada. ¿Permitiríamos nosotros eso?

Los habitantes de Budapest son fieles a su río y están orgullosos de dos cosas: los hermosos monumentos construidos sobre las alturas de los alrededores y los maravillosos puentes que cruzan el Danubio. ¡Qué ciudad más soberbia! La riqueza que había en ella era inmensa. El telón de fondo de Budapest comprendía por entonces Croacia, Eslovaquia, Bosnia y Herzegovina. Los magnates y plutócratas llevaban su dinero a Budapest. Después de la revolución de 1848 se reconstruyeron las grandes arterias de la población, dos veces más anchas que en Viena.

He enviado a todos los arquitectos de Berlín a París, con el fin de que encuentren allí una fuente de inspiración para la transformación de nuestra capital. Tres puentes no cuestan más caros que cincuenta y cinco calles nuevas. Me pesa no haber conocido el nuevo puente de Colonia. Debía de ser maravilloso.

298. 22 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADOS ESPECIALES: EL SUBSECRETARIO DE ESTADO BACKE Y EL CAPITÁN TOPP

Bolchevizar toda Europa. – Un gran inglés, Lloyd George. – Guerra sin cuartel.

Con el tiempo, Stalin hubiese hecho de Rusia un monstruo hiperindustrializado: todo ello en detrimento de los intereses del pueblo, a pesar de las fórmulas demagógicas, y elevando el nivel de vida de sus partidarios. La meta final: bolchevizar toda Europa. Es un bruto, pero tiene clase. Ha utilizado a los judíos para eliminar la *intelligentsia* de Ucrania, ¡y luego ha deportado a los judíos a Siberia por trenes enteros! Creo posible que Stalin se repliegue hacia China cuando no le quede otra vía de escape.

El inglés que me ha causado mayor impresión es Lloyd George. Mientras que Eden habla un inglés amanerado y repulsivo, Lloyd George habla una lengua sonora. Sus huellas en el tratado de Versalles son páginas que perdurarán. Fue el primero en decir que aquel tratado conduciría a la guerra. La pretensión de destruir a un pueblo como el alemán es una idea digna de locos, dijo. Añadió que no había más alternativa para Inglaterra que vivir en buena armonía con Alemania.

Si los acontecimientos adquirieron otro sesgo, ante todo hay que imputárselo al Zentrum [el partido católico]. Los socialdemócratas

no estaban de acuerdo. Había que crear un hecho consumado, y por ello forzaron la mano de Scheidemann.

En resumen, nosotros fuimos quienes enseñamos a los ingleses, durante la primera guerra mundial, a disparar día y noche. Ellos tenían costumbre de hacer alto a las cinco de la tarde. Entonces, ante su indignación, nuestras baterías abrían fuego. ¡Y menudas baterías teníamos! Un día, hartos de ser molestados a la hora ritual del té, poco a poco la tradicional tranquilidad de la tarde pasó a ser cosa del pasado. A su vez, nosotros disparábamos nuestras baterías toda la noche, forzándolos a hacer lo mismo. Así la guerra pasó a no tener tregua y, claro está, todo por nuestra culpa.

A causa de las cinco mil colillas que son arrojadas cada domingo en la campiña berlinesa, ocurre que a veces se declare un incendio acá o acullá. ¡Hemos lanzado bombas incendiarias sobre la Westerplatte, y no se ha producido el menor incendio! En los salones de la Cancillería, todas las alfombras y muebles llevan señales de los fumadores.

Me pregunto por qué los ingleses han cesado de repente de lanzar sus bombas incendiarias.

299. 25 DE AGOSTO DE 1942

INVITADO ESPECIAL: EL *GAULEITER* LAUTERBACHER

La obra de Schacht. – Fracaso del bloqueo inglés. – Avaros y pródigos.

El principal mérito de Schacht es haber vuelto a poner en marcha nuestro comercio de exportación. Cuando se trataba de engañar a la gente, Schacht era incomparable. Pero jamás ha sido capaz de dar pruebas de entereza. En esa clase de asuntos los francmasones se engañan entre sí. Cuando disolví la francmasonería en Alemania fue cuando Schacht comenzó a poner entorpecimientos.

La Wehrmacht es un agente de distribución ideal, ya que los soldados envían a sus familias los productos que se procuran en los países ocupados.

Si logramos aumentar el racionamiento, en octubre los ingleses ya pueden ir archivando sus esperanzas de vencernos por hambre. Creyeron poder aislarnos del mundo, sin grandes dificultades, tal como lo hicieron durante la primera guerra mundial. Han tenido que desistir de sus pretensiones después de lo de Noruega, de lo de las islas de la Mancha y, ahora, con sus dificultades en Oriente. ¡Qué decepción habrán sufrido al ver fracasar su bloqueo!

Quien no sea audaz en la forma de llevar la guerra no debe esperar conseguir victorias.

Casi todo el mundo, durante los años que siguieron a la toma del poder, esperaba una inflación. Los únicos que comprendieron de qué iba la cosa fueron los obreros. Yo no cesaba de decirles que sus

salarios serían aumentados en proporción al aumento de la producción. Cuanto menos dinero se tiene, más razonable se es. El sentido común está en relación inversa con la fortuna. No hay nada más estúpido que la gente rica. Su vicio llega a veces hasta la avaricia. Afortunadamente, los avaros suelen tener hijos que se encargan de restablecer el equilibrio, gastando a manos llenas los fortunones que heredan. Haríamos muy mal, por lo tanto, cerrando los casinos. Son unas instituciones maravillosas. A todos cuantos tienen mucho dinero habría que deslizarles este consejo insidioso: «¡Ciudadano, juega!».

La vida está cimentada sobre riesgos. El mayor de todos es el nacimiento. A partir del octavo día, ya los padres se disponen a descubrir en su progenie signos de superioridad. Sus hijos son los más inteligentes. ¡Ya se dan cuenta por el peso de la criatura!

300. 26 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

INVITADO ESPECIAL: EL GRAN ALMIRANTE RAEDER

Espíritu entrometido de los burócratas. – Los italianos consiguen arruinar la moral de los nuestros. – Suiza, un absceso en el cuerpo de Europa. – La gentuza sueca. – Remedios contra la hipertensión sanguínea. – La industrialización de Rusia. – La estrategia de los ingleses. – La paz de Westfalia y la Alemania moderna. – El orgullo sin el poder. – El desembarco de Dieppe. – Las vías de comunicación en Rusia.

Los burócratas llegan a veces a suprimir la alegría de vivir en los seres humanos. Ya los tenéis queriéndose entrometer en los envíos de paquetes que los soldados del frente del este hacen a los suyos. Doscientos cincuenta o trescientos mil paquetes ya son algo. Representan una aportación muy útil al país y sería ridículo prohibir tales envíos. Opino que ello no admite discusión: el soldado que regresa con permiso no debe llegar con las manos vacías.

Hace algunos días, me extendí bastante hablando del formulismo de los juristas, sobre las reformas a implantar en su formación y sobre el espíritu que debe presidir la actividad del legislador. De una manera general hay que lograr una mayor competencia de los individuos y desarrollar en ellos el sentido y el gusto de la responsabilidad.

Hoy en día, no existe razón ninguna para firmar una paz con los franceses. Sería difícil, efectivamente, mantener a su ejército en un nivel tan bajo que no pudiese, a la vuelta de tres años, constituir un peligro para Italia. La policía parisiense bastaría para derrotar al ejército italiano. Entonces sería preciso que estuviésemos constantemente junto a los italianos para protegerlos.

Lo que no han podido hacer la campaña de Polonia, ni la de Noruega, ni la de Francia, ni la de Rusia, ni la guerra en el desierto, los italianos lo consiguen: arruinar la moral de nuestros soldados.

Las grandes victorias que menciona la historia son todas consecuencia de un gran esfuerzo. La vida consiste en superar constantemente nuevas dificultades. Lo que diferencia a los hombres es que unos triunfan y otros no. En 1918 la victoria estaba a nuestro alcance, igual que lo estaba al de nuestros adversarios. Es un asunto de nervios. Nadie puede beneficiarse con el privilegio de garantizar el éxito de antemano. Únicamente Federico el Grande constituye una excepción en esta regla. El cálculo de probabilidades le era casi siempre adverso. ¡Prusia era un Estado tan miserable! Sin embargo, se lanzaba a la aventura con una temeridad loca, y la gente se preguntaba con qué contaba para triunfar. Si comparamos nuestra situación a la suya, tenemos que abochornarnos. Incluso si no contamos a los italianos más que por medias porciones, la comparación nos ha de avergonzar. La guerra de 1866 fue una empresa singularmente temeraria. Prusia tenía contra ella a todos los pequeños estados alemanes, y además a Austria (mucho más importante que Prusia), sin contar con la amenaza de una intervención francesa. ¡Hay una lección que retener de todo ello, y es que se gana en el campo en que estén los italianos!

Suiza es un absceso en el cuerpo de Europa, y esto no se puede tolerar más.

La susceptibilidad de los italianos proviene de un complejo de inferioridad. Es la susceptibilidad de las personas que no tienen la conciencia limpia.

Geográficamente no dominaremos jamás el Mediterráneo. Pero los franceses no tienen tampoco la menor probabilidad de conseguirlo, sobre todo después del tratado de paz que les haremos. Hay que desear que algún día tengamos la hegemonía absoluta sobre Europa.

¡En cuanto a la gentuza sueca, habrá que barrerla como fue barrida la canalla danesa en 1848!

No podemos apechugar con todo, de lo contrario nuestros sucesores no tendrían que hacer más que dormir. Será preciso que dejemos problemas sin resolver con la fórmula para resolverlos, es decir, un ejército potente y una poderosa aviación. Y el ejército debe ser educado de tal forma que, si una ralea de políticos cobardes llegase al poder, pueda ejercer un papel activo, como ocurre con el ejército de Japón.

En principio, soy de la opinión de que la paz, cuando dura más de veinticinco años, perjudica a un pueblo. Creo que los pueblos, como los individuos, experimentan la necesidad de regenerarse por medio de una sangría. Nuestros antepasados se enfrentaban en duelo. Luego, vino el barbero con sus sangrías. ¡Hoy sólo nos queda la máquina de afeitar!

En la Edad Media nadie sufría hipertensión sanguínea. Siempre había escaramuzas para remediarlo. En la Alta Baviera, cada domingo, se vertía sangre. ¡A causa de la maquinilla de afeitar, la

presión ha aumentado! Es una vergüenza cuando pienso en ello: ¡he perdido menos sangre en la guerra que afeitándome!

Si Stalin hubiese podido proseguir su obra durante diez o quince años más, Rusia se habría convertido en el Estado más poderoso del globo. Hubiesen sido precisos dos o tres siglos para que cambiase la faz del mundo. Tales fenómenos son raros en la historia. En lo que respecta a Rusia, no se puede por menos que admitir que Stalin ha elevado el nivel de vida de su patria. El pueblo ruso no padece hambre. Se encuentran ahora fábricas de la importancia de las Hermann Goering Werke en lugares donde hace dos años sólo existían poblados desconocidos. Encontramos vías férreas que no están indicadas en los mapas. Nosotros, antes de poner los raíles, discutimos las tarifas. He leído un libro consagrado a Stalin. Hay que reconocer que es una personalidad extraordinaria, un verdadero asceta. Ha sido preciso un hombre con puño de hierro para unificar ese imperio gigantesco. Pero pretender que Rusia representa un Estado socialista es una inmensa superchería. Rusia encarna el capitalismo de Estado, y no existe Estado más capitalista en el mundo: doscientos millones de seres humanos, hierro, manganeso, níquel, aceite, petróleo... y absolutamente todo cuanto se puede desear en proporciones ilimitadas. A la cabeza de todo esto, un hombre que se puede permitir el lujo de decir: «¿Les parece que es mucho sacrificio perder trece millones de hombres cuando se trata de realizar una gran idea?». Los rusos hubiesen barrido Polonia, y Alemania, con un ejército de cien mil hombres, hubiese corrido la misma suerte, antes de que nadie se diese cuenta de nada. En París, de todas formas hubiesen izado la bandera roja. Europa se ha librado de todo ello, por puro milagro, con un ojo a la funerala.

Ya una vez tuvo Europa esta misma suerte: cuando los húngaros, en la batalla de Liegnitz, detuvieron la avalancha de los mongoles. ¿Fueron las pérdidas que allí sufrieron o la muerte de Gengis Kan (en Mongolia) lo que les incitó a retroceder?

La estrategia de los ingleses se basa en la vacilación y el miedo. Al tener que soltar Grecia, nada les impedía seguir adelante y conquistar Trípoli. Se detuvieron a mitad de camino sin razón aparente alguna. Ello demuestra hasta qué punto los hombres carecen de imaginación y de continuidad en sus ideas. ¿A qué era debido su encarnizamiento sobre Salónica? Tenían interés en no malgastar sus bombas con nosotros y bombardear, en cambio, cada noche, una población de Italia.

En lo que a nosotros concierne, las cosas son mucho más sencillas, pues en la mayoría de las ocasiones no podemos elegir. En el este, si no soy yo quien pega, es el adversario quien toma la iniciativa. Corremos constantemente el riesgo de ser aniquilados. Así fue como, al tercer día de campaña en Rusia, la cosa iba de un pelo. ¡Si no hubiésemos hecho siempre gala de la mayor audacia, lanzando, por ejemplo, a nuestras tropas aerotransportadas cuando el aeródromo donde tenían que aterrizar aún estaba bajo el fuego de nuestra artillería, todo estaba comprometido! Cuando se sabe que la única posibilidad que existe es seguir adelante, todo se simplifica.

Para mantener al débil por el camino recto, tengo que decirle: si retrocedes, se te fusila. Si sigues adelante, tienes una probabilidad de sobrevivir. Hemos tenido que fusilar a algunos centenares de objetores de conciencia. Hecho este escarmiento, no hemos tenido más.

En 1914 los ingleses tenían frente a ellos a la poderosa Alemania, y sin embargo aguantaron firmes. Creían, ahora, impresionados por los relatos de algunos emigrados, estar en presencia de la impotencia de la Alemania de Weimar.

No hay duda alguna de que también los alemanes han conocido esa seguridad de los insulares que constituye la fuerza de los ingleses. Podían decirse que todo cuanto constituía el Occidente se identificaba con el Reich alemán. La paz de Westfalia fue el origen de la debilidad congénita de la Alemania moderna. Siempre dije a mis partidarios: «No se trata de destruir el tratado de Versalles, sino el de Westfalia». Los franceses no vieron en el tratado de Versalles más que una reedición de la paz de Westfalia.

El *amour propre*, generalmente, es un elemento de fuerza. Pero el orgullo también le puede hacer a uno perder el tren. En España, la cosa ha llegado tan lejos que los castellanos son orgullosos como reyes, aunque vayan cubiertos de harapos. Hace ya siglos que ese fenómeno les parece cómico a los españoles que reflexionan. Un castellano consiente en disparar un fusil, pero considera que rebaja su dignidad el limpiar ese fusil.

Las reservas de los americanos son un puro camelo. En un Estado capitalista queda excluido que las reservas pueden exceder a las necesidades del año en curso.

El mayor provecho que hemos podido sacar del desembarco de Dieppe creo que reside en el refuerzo que supone para nuestro espíritu defensivo. Nos ha permitido darnos cuenta del peligro que entraña una intentona de ese tipo, y al mismo tiempo comprobar que estamos en condiciones de atajarla. En dicha operación, los ingleses nos han dejado un muestrario completo de sus nuevas armas. ¡Jamás se había visto que un beligerante cruzase expresamente el mar para llevar a su adversario una colección de sus últimas y más modernas armas! Siempre es más difícil, por ejemplo, saber qué envergadura habrá que darle a un nuevo tanque cuando se sabe qué clase de armas tendrá que afrontar.

La principal ventaja de los ingleses es estar rodeados de un gigantesco foso antitanque. Sus colonias están muy alejadas de la metrópoli, pero difícilmente se pueden disociar de ella sin exponerse al peligro de caer en otras manos.

Precisamos, en el este, de enormes posibilidades de tráfico ferroviario, pues de lo contrario seguiremos siendo tributarios de la vía fluvial, con todos los inconvenientes que ello representa. Nos hemos equivocado en lo que concierne a los canales, puesto que éstos no representan competencia alguna para el ferrocarril. La vía acuática sería la que nos daría acceso al Don. Lo fastidioso de esto es que en esas regiones el agua se convierte en hielo durante seis meses al año. Ahora bien, cuando se piensa en lo que cuestan esos

canales, se pregunta uno si a pesar de todo no sería más ventajosa la construcción de una gigantesca vía férrea.

Día llegará en que el Danubio será una de las grandes arterias de nuestro tráfico, gracias al enlace con el Meno y con el Oder. De esta forma, las materias primas llegarán hasta el corazón de Alemania —minerales, petróleo, carbón, cereales— tras haber cruzado el mar Negro.

El mar Negro contiene inmensas posibilidades futuras. En lo que respecta a la cuenca del Danubio, nuestro interés residirá en no dejar que se establezca nunca allí una paz definitiva. Será más provechoso para nosotros reservarnos el papel de árbitros. Árbitros que cada vez se harán pagar el precio de su intervención.

Los vieneses ven en Belgrado un lejano suburbio. «¡Tenemos que conquistarlo tres veces cada siglo —dicen—, y cada vez soltamos la presa!»

301. 27 DE AGOSTO DE 1942, A MEDIODÍA

La amenaza de invasión. – España y el bloque latino. – La guerra naval.

Es importante aquilatar con exactitud las consecuencias que, en el plano económico, nos reportaría sufrir un ataque de invasión. Lo que siempre me ha inquietado más es una ofensiva dirigida contra la cuenca del Ruhr. Hubiera sido algo catastrófico. Luego temí una invasión del norte de Noruega. Hoy ya tenemos la posibilidad de paliar tales inconvenientes. Disponemos del mineral de Lorena y del procedente del este. El transporte es el único problema. En el este podemos solventarlo haciendo fabricar municiones en la cuenca del Donetz. Asimismo, podemos aligerar la producción nacional de todo cuanto no sea muy difícil de fabricar. Disponemos por completo de las fundiciones de acero de Mariopol. En octubre, la central eléctrica de Zaporozhye volverá a ser puesta en funcionamiento. El 1.° de diciembre la corriente podrá ser establecida en todas partes.

En España hay dos movimientos: los papistas quieren que se restaure la monarquía y que se renueven los estrechos lazos con Gran Bretaña. Franco tiene malas intenciones en relación con las posesiones francesas del norte de África; los falangistas aspiran a Gibraltar y a una buena tajada de la provincia de Orán. El peligro de un bloque latino desaparece debido a las enormes pretensiones que Francia tendría que sufragar. Los franceses, necesariamente, se volverán hacia nosotros para resguardarse de esas pretensiones. Debo hacer comprender al Duce que en el caso de una tentativa de desembarco de los ingleses, preferiría mil veces tener una Francia tranquila. Si ese desembarco provocase un levantamiento, ello nos complicaría las cosas.

Las condiciones que harían posible una operación italiana coronada por el éxito no existen en este momento. Los oficiales italianos son demasiado viejos, y su infantería no ataca jamás. Pero existe un aspecto positivo del asunto, y es que Italia fabrica tanques, aviones y cañones. Esto es, ante todo, lo que hay que esperar de ella.

Dirigiéndose en tono de broma al almirante Krancke:

Durante toda esta guerra no hemos asistido a un solo combate entre acorazados. ¡No pensaba, sin embargo, tener que confiar a la marina empresas terrestres! Quería tomar la Westerplatte con pontoneros, pero ello fue considerado como una ofensa por la marina y he tenido que decidirme a movilizar algunas brigadas de marinos. La marina es responsable de la defensa de las islas que ha ocupado. Si la Marina tomase a su cargo la defensa de Creta, tal como sería su obligación, podría retirar de esa isla una serie de tropas que necesitamos con urgencia en otros lugares.

302. 28 DE AGOSTO DE 1942, A MEDIODÍA

Susceptibilidad de los italianos. – Alemania ante las avalanchas asiáticas. -Si Carlos Martel hubiese sido derrotado. – Horthy y los Habsburgo. – Budapest y Viena. – La nueva capital del Reich.

Ciano ha sido de nuevo invitado a una cacería. ¡Tendré que poner una sordina a mis ideas sobre la caza! ¡Qué gente más feliz! Cuando son derrotados, en tres días se han olvidado de ello. Cuando se trata de una victoria, se acuerdan toda la vida. No puede existir una disposición de espíritu más favorable: el don de olvidar los malos ratos y el don de amplificar hasta el infinito las cosas agradables que le ocurren a uno. Ciano no habla el alemán. El Duce, por su parte, cada vez lo habla mejor.

Si publicásemos artículos sobre los italianos del tipo que los americanos publican sobre los ingleses, ello supondría, vista su susceptibilidad, el fin de nuestra amistad. Los americanos son unos pillastres con reacciones imprevisibles. Cuando se trata de encajar un golpe duro, los ingleses son infinitamente más valerosos que los americanos. No es posible establecer una comparación entre ellos. ¿Con qué derecho los americanos se permiten reprochar, sea lo que fuere, a los ingleses?

Por lo que a los rusos se refiere, están animados por un espíritu de resistencia incomparable, como ya se demostró durante la guerra rusojaponesa.

Sería un error creer que este espíritu es inédito en ellos. Si le ocurre algo a Stalin, el gran imperio asiático se derrumbará con la misma rapidez con que se levantó.

En el transcurso de la historia de Alemania, el Reich, bajo la dirección de los Habsburgo, sostuvo una guerra muy dura contra los turcos, una guerra que duró casi trescientos años. Los turcos hubiesen sido expulsados de Europa si los rusos no hubieran intervenido a su favor. Aquélla fue la gran época del príncipe Eugenio.

De esto tenemos que aprender lo siguiente: si no conseguimos una victoria completa en el este, todo tendrá que comenzarse de nuevo a cada generación. Hasta los pueblos estúpidos, cuando tienen verdaderos jefes a su cabeza, pueden acabar realizando algo. El genio organizador que poseía Gengis Kan fue algo único.

Sólo en el imperio romano y en España bajo la dominación árabe ha sido la cultura un factor poderoso. En este último caso el nivel de civilización alcanzado fue verdaderamente admirable; acudían a España los mayores científicos, pensadores, astrónomos y matemáticos del mundo, y allí floreció un espíritu de tolerancia humana y un sentimiento de caballerosidad de la mayor pureza. Luego, con el advenimiento del cristianismo, llegaron los bárbaros. La caballerosidad de los castellanos es herencia de los árabes. Si Carlos Martel no hubiera vencido en Poitiers —el mundo ya había caído, como ven, en manos de los judíos, ¡tan cobarde era el cristianismo!—, muy probablemente nosotros hubiéramos sido convertidos al islam, ese culto que glorifica el heroísmo y que sólo abre el séptimo cielo a los guerreros resueltos. Entonces las razas germánicas hubieran conquistado el mundo. Sólo el cristianismo les impidió hacerlo.

Acabo de leer una obra según la cual Crimea es una de las regiones más ricas del globo en lo que concierne al subsuelo. Está formado por rocas primitivas: gneis y granito. Ignoraba que también hubiese minas de níquel. Los rusos no conquistaron Crimea hasta mediado el siglo pasado.

Rumanos y húngaros: ¡vaya enemigos mortales! Horthy tiene ideas muy concretas. Odia a los Habsburgo, como todos los húngaros. Mirando las cosas fríamente, tengo que decir que ha sido una pena que el hijo de Horthy cayese. La estabilidad interior del país hubiese quedado mejor asegurada si hubiese vivido. El viejo se halla animado por la voluntad fanática de conservar su salud. Es fuerte como un toro. Con toda seguridad, Horthy ha debido ser el oficial más valiente de la marina austrohúngara. La aristocracia húngara proviene esencialmente de sangre alemana. Esas viejas familias de Europa constituyen una internacional. No me extrañaría que Horthy, por odio a los

Habsburgo, se esforzase en volver a establecer contacto con Viena.

Es una particularidad de los viejos, cuando les desaparece el don de la imaginación, conservar en la memoria los hechos más insignificantes. Existió un tal grado de fusión entre Austria y Hungría, que el barroco que existe en este último país no se diferencia en nada del que se encuentra en Austria.

Rodolfo de Habsburgo fue un verdadero emperador alemán. Si experimentó la necesidad de poseer tierras en propiedad, fue porque esta base le era indispensable para asegurar su poderío. No hace más de veinticinco años que Hungría ha dejado de formar parte del complejo que constituía la mitad oriental del imperio. Hasta entonces, siempre formó parte de él.

El Reich tiene que poseer una auténtica capital. Budapest es, por el momento, la ciudad más hermosa que imaginarse pueda. No hay una ciudad equivalente en todo el Reich alemán. El Parlamento, enfrente la Ciudadela. La catedral, los puentes. Bajo los rayos del sol poniente, es un espectáculo único en el mundo. Viena también produce una gran impresión, pero no se halla edificada sobre la orilla del río. Han sido arquitectos alemanes quienes han construido todo eso.

Se ve la importancia que representa transformar una ciudad en capital.

Antaño, Buda y Pest no eran más que dos pueblos campesinos. En un siglo, Budapest saltó de ciento cuarenta mil habitantes a un millón trescientos mil. Excepto la alcaldía, todos los edificios de Budapest son dos veces mayores que los de Viena.

He aquí el ejemplo que debe seguir Berlín. Sé que haremos de Berlín algo maravilloso. Cuando nos deshagamos de la monstruosa extensión de aguas que desfigura el norte de la ciudad, abriremos, desde la estación del sur hasta el Arco de Triunfo, y en la lejanía, la cúpula del Palacio de la Nación.

Me han dicho que Madrid goza de una situación maravillosa.

303. 28 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

Los rascacielos. – Vulnerabilidad a los bombardeos. – La defensa antiaérea. – Las nuevas piezas de artillería. – Formación en contacto con el enemigo.

Hay algunas ciudades alemanas que tenemos que proteger, cueste lo que cueste: Weimar, Núremberg y Stuttgart. Siempre es posible reconstruir una fábrica, pero no ocurre lo mismo cuando se trata de monumentos de la cultura.

Las casas de varios pisos son seguras contra las bombas, pero no contra la onda expansiva que éstas producen. Basta un viento suave para hacer oscilar un rascacielos en una amplitud de cuarenta a ochenta centímetros. En Nueva York, los cimientos de un rascacielos llegan a alcanzar una profundidad de setenta metros. Y el hundimiento de los pilares en el suelo precisa una presión de seis a ocho mil quintales. Bombardeos como los que hemos efectuado sobre Londres hubiesen tenido efectos devastadores en Nueva York. Jamás se acabarían de desescombrar las calles. Por otra parte, en esa ciudad es imposible construir refugios.

En América, el concepto capitalista basado en el patrón oro conduce a consecuencias absurdas.

Si esta guerra tuviese que durar diez años, todos los aviones volarían a más de diez mil metros de altura. Y el tráfico marítimo se efectuaría por debajo del agua. Así, el mundo normal llevaría una vida la mar de agradable. Se sabría que había combates entablados, pero no se vería nada. Inglaterra parecería un campo en ruinas. En Alemania, hombres y mujeres, indistintamente, se habrían transformado en sirvientes de los antiaéreos. Con una producción anual de cinco mil cañones antiaéreos, cada uno de nuestros pueblos acabará teniendo su propia batería. A esto se sumarán los reflectores. El Reich entero pronto no será más que un campo de coordenadas. Deslumbrado por los espejos, el piloto enemigo no verá más que luces. Si en cada uno de los ángulos de un cuadrado de medio kilómetro de arista conseguimos colocar un espejo, ello producirá indudablemente el efecto esperado. ¡Cuando yo decía, antes de la guerra, que se llegarían a barajar cifras de esta magnitud!

Contra los ataques aéreos, la marina es la que mejor se defiende. No hay duda de que su fuego tiene una mayor precisión. Un ejemplo: de cien disparos, trece dan en el blanco. Efectivamente, es una tradición en la marina exigir una precisión extraordinaria en el tiro, ello con tanta mayor razón por cuanto se dispara desde una plataforma móvil. Éste es el motivo por el cual los marinos derriban un número tan crecido de aviones. La mejor pieza de artillería es el 88. El 105 tiene el defecto de devorar demasiadas municiones y que su cañón no resiste mucho tiempo. Goering reclama constantemente piezas del 128 con cañón doble. Es una pieza formidable. Mirando las cosas desde el punto de vista técnico, el 88 es lo mejor logrado, junto con el 128.

La suerte de una nueva arma depende frecuentemente de las manos en que cae. Si es en las manos de alguien que no sabe utilizarla, se renuncia a ella. He hecho esta experiencia con la ametralladora del 34. Por lo tanto, no hay que condenar un arma simplemente porque aquellos a quienes se ha confiado no lleguen a manejarla como es debido. La ametralladora del 34, por ejemplo, ha demostrado lo que vale. Ha podido resistir los mayores fríos en cuanto se le puso el aceite adecuado.

El lanzagranadas utilizado por los grupos de asalto, arma completamente silenciosa, fue sin embargo rechazado por toda una serie de razones. Cada vez que he metido la nariz en uno de esos informes, me he dado cuenta de que las objeciones formuladas no eran justas más que en parte.

Si sólo se aborda lo esencial, en tres meses es posible enseñar a un soldado todo cuanto debe saber. El resto lo aprende poco a poco con la experiencia. En las circunstancias actuales, el soldado recibe en tres meses una instrucción superior a la que recibía en doce, en tiempo de paz. No hay duda de que la mejor formación es el contacto con el enemigo.

304. 29 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

> Dificultades de mantener una sociedad organizada. – Mis veinte obispos protestantes. – ¿Es preciso mantener Bélgica, Francia y Noruega?– El Estado austríaco se perdió al introducir el sufragio universal directo. – Las guerras de partisanos. – Adoptaremos la arrogancia de los ingleses. – La enseñanza y los cerebros obstruidos. – Válvula de seguridad del servicio militar obligatorio. – Antaño fuimos un pueblo enérgico. – Un oficio que conviene a las mujeres.

Jamás ha habido un partido peor dirigido que el socialdemócrata. Sin embargo, ¡qué afecto le profesaban sus adeptos! Se podría intentar explicar ese afecto diciendo que no existía ningún otro partido de análoga inspiración, pero ello no respondería a los hechos.

Por naturaleza, el ser humano no está hecho para vivir en rebaño. Únicamente a fuerza de brutales coacciones se logra encajar a los individuos en un conjunto. Desde este punto de vista, el hombre está más cerca del conejo que del cordero. Por naturaleza se atiene a la forma básica de la pareja. Los perros hacen lo mismo. Por eso es necesario un puño de hierro para mantener una sociedad organizada. Suprimid las leyes, y todo se derrumbará.

Los pueblos que se dejan conquistar con mayor facilidad son también los más versátiles. ¿Los suabos? Mis reuniones de Augsburgo fueron durante mucho tiempo mis mayores fracasos. Pero una vez los hube conquistado, ya no existió la menor dificultad. En otras regiones conseguía éxitos inmediatos; pero, ocho días después, había que volver a empezarlo todo. He tenido que luchar encarnizadamente para conquistar el poder. Pero, hoy en día, sólo quedan unos pequeños grupos de intelectuales en plan irreductible. Son seres carentes de lógica, y su criterio no cuenta para nada. El pueblo, de una forma general, no se plantea preguntas sobre el régimen establecido. Para él, las cosas son tal como son.

Existen tres ejemplos en la historia del mundo en los que el poder ha sabido conquistar al pueblo: la antigua Roma, el Sacro Imperio y Gran Bretaña.

Los ingleses comenzaron por dividir la India. Una parte fue afectada directamente a la Corona. La otra permaneció en manos de los príncipes a los que se hizo vasallos de la Corona.

En el este tenemos que dejar sobrevivir todas las iglesias que quieran, favoreciendo la existencia de todas las sectas imaginables. ¡Que alguien se atreva a introducir unidad ahí adentro, y os prometo que va a saber quién soy! Quiero que hasta el más pequeño de los distritos tenga su papa. Sólo una vez en la vida cometí la tontería de intentar unir bajo un jefe a unas veinte sectas diferentes; y Dios, gracias le sean dadas, dotó a mis veinte obispos protestantes de tanta estupidez que me vi salvado de mi propia impericia. ¡De

haberlo logrado ahora tendría dos papas tras de mí! ¡Y dos chantajistas! No me causa problemas tratar con los diecisiete obispos protestantes que existen todavía, pero sólo puedo hacerlo porque tengo el poder absoluto.

El Sacro Imperio no tuvo éxito. Y sin embargo ha perdurado en los espíritus, actuando como factor de potencia, aun cuando de hecho no representaba gran cosa.

Un principio que no hay que olvidar: la cohesión de los estados sólo puede ser mantenida por los mismos medios que han servido para conquistarlos.

Bélgica, Francia y Noruega, he aquí unos países que no son fundamentalmente unos enemigos para nosotros. No quiero nada con los franceses. Los que están junto a nuestra frontera, y con los cuales tenemos puntos de contacto, eran alemanes hace cuatrocientos años. ¡Ah! ¡Si utilizase los métodos de la antigua Alemania! Si no quiero respetar su personalidad propia, es indudable que hay que sojuzgarlos duramente. Pero las preguntas que se plantean son las siguientes: ¿se los puede absorber?¿pertenecen a nuestra sangre? Hay que deducir consecuencias de las respuestas que se den a estas preguntas.

Hay un cuarto ejemplo, el del Estado austríaco. ¿Qué es lo que no habrán reunido ahí adentro?¡Vaya un mosaico! ¡Y, sin embargo, aguantaba! Pero en tal caso el poder central firmó su pérdida cuando introdujo el sufragio universal directo. Han querido destruir ese Estado, de hecho alemán, por miedo a que aspire al imperio. Hasta ese momento, la minoría alemana jugó tan bien su papel que ello no permite afirmar que únicamente los ingleses son capaces de dirigir a los demás pueblos. Pero entonces surgió un sentimiento generalizado de que no debería permitirse la continuidad de este Estado, en realidad un Estado alemán, por miedo a que pudiera llevar al completo dominio alemán y finalmente a la fundación de un único imperio pangermánico. También los húngaros estaban muy descontentos. A continuación llegó 1848; los húngaros se rebelaron, pero afortunadamente la rebelión fue aplastada con ayuda rusa. Los húngaros no pueden reprimir su emoción cuando se evocan los fastos de la monarquía. Consideran que son el último reflejo de la antigua grandeza imperial.

Con nuestros ochenta y cinco millones de alemanes, agrupamos en el Reich la mayor parte de las poblaciones de raza germánica. No existe ninguna nación que comprenda una proporción tan nutrida de elementos de esta raza. Malo sería, pues, que, con esta aportación, no fuésemos capaces de poner orden en la vieja Europa. Nos hemos enzarzado en una guerra de cien años. Tanto mejor, eso es estupendo; así al menos no corremos el peligro de dormirnos.

A veces me dicen: «¡Cuidado, va usted a tener durante veinte años guerras de partisanos!». A lo cual contesto: «¡Eso es lo de menos!». Con pequeños ejércitos será fácil dominar un gran número de pueblos. De ahora en adelante, nuestras divisiones ya no estarán de guarnición en Lechfeld o en Hommerburg, sino que serán enviadas al Cáucaso. Los jóvenes ya han prorrumpido en gritos de

alegría al saber que su servicio militar lo cumplirán en regiones lejanas. Nuestra juventud conocerá los rincones del mundo; de eso me encargo yo. Será preciso que estemos siempre en estado de alerta.

Adoptaremos la arrogancia de los ingleses. En tiempos de los emperadores alemanes, el rey de Inglaterra no representaba mucho más de lo que hoy representa el rey de Dinamarca. ¡No hay que olvidar esto! En el transcurso de la otra guerra, cuando examinábamos las cartillas de los prisioneros ingleses, observamos que varios de entre ellos ya habían hecho la guerra de Sudáfrica. ¡Habían estado en todas partes y, para ellos, la patria era su regimiento! Con hombres así se puede hacer mucho.

En el futuro, mi opinión es que habrá que implantar, cueste lo que cueste, el servicio militar obligatorio de tres años. De lo contrario no será posible utilizar correctamente las nuevas armas técnicas. Esta fórmula será particularmente favorable para todos aquellos que quieran estudiar, pues ello les proporcionará tiempo para olvidar las tonterías que entorpecen el trabajo intelectual. Olvidarán cuanto no les sea de utilidad, y todo eso llevarán ganado. Todos aprendemos dos o tres lenguas extranjeras, lo cual no sirve para nada. En cuanto se llega al extranjero, se da uno cuenta de que lo poco que ha aprendido no le es de ninguna utilidad. Que den a cada cual las enseñanzas básicas necesarias, de acuerdo. Pero la enseñanza de humanidades en el bachillerato reposa sobre nociones deformadas. En lo que se refiere a las lenguas modernas la cosa es todavía peor. En lugar de proporcionar a cada cual los elementos básicos precisos, rellenan los cerebros de cantidad de nociones dispares; y de todas maneras, en forma insuficiente para que ello pueda servir en el transcurso de la vida. ¡Dichosos aquellos que tienen la facultad de olvidar en seguida la mayor parte de todo ello! Los que no consiguen olvidarlo, están maduros para hacer buenos profesores: una humanidad aparte. Y esta calificación, en mis labios, no es precisamente una alabanza.

En 1939, en los centros de enseñanza superior, se enseñaban todavía cosas que habían sido ya declaradas falsas en 1899 por la ciencia independiente. De esta forma, los jóvenes que desean estar al corriente se ven obligados a tener el cerebro cada vez más repleto de cosas. Dentro de cien años el número de personas con gafas habrá aumentado, y también el volumen de sus cerebros, sin que por ello sean más inteligentes. El aspecto que tendrán entonces los seres humanos, lo ignoramos. Pero no sería raro que tuviesen unas cabezas enormes sobre unos cuerpos raquíticos. Si esto ha de seguir por ese camino, tal como nuestros hombres de ciencia preconizan, se impone la siguiente reflexión: «¡Gracias a Dios, no viviremos para verlo!».

Cuando yo era colegial, me esforzaba en vivir encerrado lo menos posible: ¡mis boletines escolares dan fe de ello! Y sin embargo, la cosa no me fue tan mal. Me he desarrollado normalmente y he aprendido toda una serie de cosas que mis camaradas no lograron aprender. En resumidas cuentas, nuestra

educación es el polo opuesto de lo que los antiguos entendían por gimnasio. La Grecia de la edad de oro buscaba una educación armoniosa. No conseguiremos cultivar más que monstruos intelectuales. Sin la introducción del servicio militar obligatorio hubiésemos llegado a un estado de completa decadencia. Ha sido el servicio militar el que ha interrumpido ese proceso fatal en nuestra patria. Veo en ello uno de los grandes acontecimientos de la historia. Cuando pienso en mis profesores, me doy cuenta de que buena parte de ellos eran unos anormales. Cuanto mas tiempo pasa, más me convenzo de ello.

Lo que interesa es formar el espíritu del joven. ¿Cómo conocer las aspiraciones profundas de un niño de diez años? Antaño, los maestros se esforzaban principalmente, con cierto sadismo, en encontrar el punto débil de cada alumno, con miras a disminuir su personalidad. Se trataba de quitar a aquellos jóvenes seres la confianza que pudieran tener en sí mismos y no de remediar sus debilidades, ni de ayudarles a manifestar sus talentos. Siempre generalizaban. A quien no conseguía resolver una ecuación, le pronosticaban que no haría nada bueno en la vida. Poco faltaba para que le pronosticasen un fin vergonzoso.

¿Ha cambiado mucho la cosa hoy en día? No estoy muy seguro de ello, e incluso he tenido muchas veces ocasión de apercibirme de lo contrario. He tenido a la vista un cuestionario establecido por el Ministerio del Interior para personas a quienes se tenía intención de esterilizar. Entre las preguntas que allí se planteaban, había, por lo menos, unas tres cuartas partes de ellas a las que la pobre de mi madre, por ejemplo, no hubiese podido contestar. He aquí una que me viene a la memoria: «¿Por qué flota sobre el agua un buque de acero?». ¡Existen muchas probabilidades de que yo no hubiera nacido si este sistema hubiese sido aplicado!

¡Que una brisa fresca pase sobre todo esto, que se abran las ventanas! Que la juventud vaya al ejército. Después de ocho años de idioteces escolásticas se le remozará el espíritu.

En otros tiempos fuimos un pueblo enérgico. Poco a poco nos hemos ido convirtiendo en un pueblo de pensadores y de poetas. Mientras sólo se trate de poetas, pasemos por ello, puesto que nadie les hace caso. Pero de «pensadores» está el mundo lleno. Sigo teniendo sobre mi mesa el busto de Scharnhorst. Fue él quien comenzó a devolver la salud a nuestro pueblo. Si el extranjero ha aplaudido a esa Alemania de poetas y de pensadores, es porque sabía la debilidad que ello suponía para nosotros.

Una de las peores alumnas de las que he oído hablar es la pequeña señorita Wagner. Era la *bête noire* de los profesores, y fue expulsada de su colegio. Enfermera en el frente, un buen día se le ocurrió hacerse médico. Volvió a la escuela, aprobó todos sus exámenes sin ninguna dificultad y cursó los estudios superiores. Ello demuestra hasta qué punto le es fácil a un ser humano adaptarse a ciertas disciplinas cuando le anima la pasión. Se equivocan quienes dicen que la juventud es estúpida. El pícaro conoce mejor a su profesor que el profesor conoce al pícaro. Mi perro comprende

perfectamente todo cuanto le digo. Soy yo quien no lo comprendo a él.

De todas formas, hemos realizado progresos en el terreno de la enseñanza, a pesar de que tengamos a un pedante al frente de ella. Con otro, las reformas hubiesen sido más rápidas.

Un hombre merecedor de tal nombre no sabría enseñar el alfabeto cada año durante treinta años. Esa es una tarea que conviene a la mujer. Va de acuerdo con su naturaleza y con su vocación cuando tiene un hijo y después otro. No existe profesor que haya realizado una obra de creador. ¡Sí; Felix Dahn! Pero no era profesor. Un hombre que durante treinta años enseña los rudimentos del francés acaba creyendo que lo que enseña es la base de todo.

¡Pensar que en otros tiempos un trozo de pergamino estúpido decidía la orientación de toda una vida! Fíjense en mis calificaciones escolares. ¡Yo tenía malas notas en alemán! ¡Aquel cretino de profesor había logrado inspirarme horror a mi propia lengua! Afirmaba que nunca sería capaz de escribir una carta. Bastaba que me diese la nota 5 para cortarme la carrera de técnico. Hoy en día, gracias a Dios, las Juventudes Hitlerianas intervienen en todo esto. Pueden exigir que un niño sea juzgado sobre un conjunto de cualidades que no tienen nada que ver con las puramente escolares. Tienen en cuenta el carácter y alientan las dotes de mando. Un muchacho tiene que gozar de la posibilidad legal de ser puesto a prueba.

305. 30 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

El bandolerismo, ayer y hoy. – Los rusos y la prostitución. – Un tiempo desacostumbrado para la estación.

Después de la guerra de los Treinta Años, y durante varias décadas, el bandolerismo prosperó. El correo tenía que ser escoltado por un escuadrón de caballería.

Es aquí, en Rusia, donde el comunismo original nos muestra su verdadero rostro. Tenemos que proceder a efectuar operaciones de limpieza, metro cuadrado por metro cuadrado, y ello nos obliga a practicar una justicia sumaria. Con esos terroristas, es una verdadera guerra salvaje. En Estonia y en Letonia, esas bandas han cesado casi por completo en su actividad. Pero hay que recordar esto: mientras no se extermine a la judería, que es el servicio de información de los bandidos, no cumpliremos nuestra tarea.

Es interesante observar cómo ese pequeño sacerdote católico que se hace llamar Tiszo pone a los judíos en nuestras manos.

En el fondo hay cierta moral en la actitud de los rusos con respecto a los burdeles. No se rebajan legislando en ese terreno. Si nosotros hemos santificado, en cierto modo, la prostitución, ello es debido a las prebendas que antaño la misma suponía, con el derecho a diezmo de obispos y arzobispos. El obispo de Maguncia vivía

esencialmente del producto de la prostitución. El hecho de que los bolcheviques hayan admitido que una mujer puede tener hijos de varios hombres ha nacido, creo yo, de su deseo de unificar, fundiéndolas entre sí, sus diversas razas. Es curioso, pero los exámenes médicos a que procedemos aquí revelan que las muchachas solteras, hasta los veinticinco años, son vírgenes en la proporción de un ochenta o noventa por ciento, y que todas están perfectamente sanas.

Este año, el tiempo es desacostumbrado para la estación en que estamos. Desde hace una serie de semanas, sin discontinuidad, tenemos un tiempo maravilloso. El año pasado, por la misma época, avanzábamos penosamente en el sur porque cada dos o tres días estallaba una tormenta. Después del terrible invierno de 1929, tuvimos toda una serie de hermosas cosechas. Deseemos que se renueve aquí esta experiencia.

Haber conseguido volver a poner en marcha la red ferroviaria rusa constituye una hazaña verdaderamente asombrosa.

306. 31 DE AGOSTO DE 1942, POR LA TARDE

> Lloyd George y el tratado de Versalles. – El error de Almería. – El duque de Windsor, Inglaterra y Alemania. – Obra nefasta de los belicistas a remolque de los judíos. – Baldwin y Chamberlain. – Las migajas de Churchill.

Es un error creer que todos los ingleses son arrogantes. Claro está que, al frente de ellos, tienen a un puñado de degenerados. Hay que convenir que nuestros hombres, en 1917-1918, tuvieron mucha más compostura que la que tienen ellos hoy en día.

Pregunté a Lloyd George por qué no había logrado hacer triunfar su punto de vista en el momento del tratado de paz (era partidario de una paz suavizada). Me explicó que, desde el primer momento, Wilson se había declarado en contra de él, y que los franceses no habían cesado de intrigar. No había dependido de él que la cosa se hiciese de otra manera. Hizo todo cuanto estuvo en su mano hacer.

Después de la contestación del gobierno alemán diciendo: «No firmaremos jamás ese tratado», se estudió un nuevo proyecto. En el mismo, los aliados renunciaban al corredor, nosotros conservábamos el Camerún y la marina alemana se quedaba con cuatro acorazados y ocho unidades importantes. El total de reparaciones fue rebajado a unos veinticinco mil millones. Lloyd George me recordó también que por aquella época los ingleses se habían atraído el odio de los franceses. En París sólo se hablaba de la *perfide Albion*. Igualmente me reveló que se quedó asombrado y anonadado cuando, en el último minuto, la delegación alemana se declaró dispuesta a firmar el

primer proyecto. En el momento de salir, Clemenceau le deslizó al oído: «Voilà».

Cuando el comportamiento de una nación es tan inmundo, acaba por perder el derecho al respeto. Ni Inglaterra ni Francia hubiesen estado en condiciones, en 1919, de proseguir la guerra. Pero en el verano de 1919 el pueblo alemán estaba ya decidido a proseguir la lucha. Una ola de simpatía se volcó en Inglaterra, con respecto a Alemania, a consecuencia del bombardeo de Almería. Los Eden, Vansittart y demás pandilla tuvieron que luchar tenazmente para borrar aquello.

Hace tiempo hicieron saber que habían internado a once mil fascistas partidarios de Mosley. Lo que significó el golpe de gracia para el duque de Windsor creo que fue su discurso a los excombatientes, en el que dijo que la meta de su vida era la conciliación de Inglaterra y Alemania. Una delegación de excombatientes fue a Berlín y durante toda su estancia allí reinó una atmósfera de sincera amistad. Era un mal presagio para los ingleses la forma en que trataron a su rey. No se tiene derecho a conmover semejante base.

Toda la campaña belicista fue montada por Churchill y pagada por los judíos con la colaboración de los Eden, Vansittart y compañía. Los judíos lograron su intentona de apoderarse de toda la prensa. Para agarrar a Rothermere le suprimieron los recursos de la publicidad. Él mismo me explicó cómo lo consiguieron. Una nación que no elimina a los judíos acaba, tarde o temprano, siendo devorada por ellos. Desde lejos, cuesta imaginarse cómo ocurrió todo. Fue con el viejo Baldwin que la cosa empezó. El mismo, personalmente, tenía grandes intereses en la industria del armamento. El rearme seguramente le reportó centenares de millones. Otro que tenía los mismos intereses era Chamberlain. Churchill no recogió más que migajas. Churchill es un tipo sin carácter. Basta con leer sus memorias para convencerse de ello. Ahí se ha quitado los calzones en público. ¿Qué clase de nación es la que pone a un tipo así a su cabeza?

307. 1 DE SEPTIEMBRE DE 1942, POR LA TARDE

> Schirach y los encantos de Viena. – La vida en Viena antes y después de 1918. – Viena, Múnich y Berlín. – El viaje de Churchill a Moscú. – Goethe y el tabaco.

Desde que hace dos años está en Viena, Schirach cae, cada vez más, bajo el influjo de la atmósfera de la ciudad; se halla bajo los efectos de un sortilegio. Si yo no he caído jamás bajo tal influencia ello se debe a que siempre he sido inquebrantable en mis sentimientos alemanes.

Antes de 1914, la riqueza de Viena era increíble, pero no existían allí esos *parvenus*, medrados llenos de orgullo, que eran el adorno de Berlín. La cocina vienesa estaba llena de encanto. No se tomaba nada para desayunar. Para la comida del mediodía, las modistillas acostumbraban a tomarse una taza de café con dos cruasanes. El café era tan bueno en los bares pequeños como en los establecimientos más célebres. Al mediodía, incluso en los restaurantes de más copete, no se encontraba nada más que el potaje, un plato de resistencia y el postre: ningún entrante. Nada menos parecido a un menú a la francesa. Cuando llegué por primera vez a Berlín, me presentaron una minuta redactada en francés. Ocurrió lo mismo, en 1933, en la Cancillería del Reich. Inmediatamente suprimí esta costumbre.

Después de 1918 el vienés medio llegó a los confines de la mendicidad. Pero antes de 1914, ¡vaya maravilla la Opera de Viena! Una sociedad extraordinaria, mujeres con diademas de brillantes. Hice la comparación en 1922. En las mismas localidades se había instalado la gentuza judía. Las mujeres dejaban colgar sus manos en los antepechos de los palcos para que les viesen las joyas. Un espectáculo repugnante. Jamás había visto el palco imperial ocupado. Es probable que Francisco José no fuese melómano. Soy el peor enemigo de los Habsburgo, pero me encolerizó ver a aquella canalla sentada hasta en su palco. Era algo como para vomitar.

He vuelto a Viena recientemente. Aquella chusma ya ha desaparecido, pero Viena se ha convertido en una ciudad pobre. Había que ver pasar, en otros tiempos, los brillantes cortejos por el centro de la ciudad. La mayoría de las calles tenían el pavimento de madera. En cuanto a las relaciones de esos señores con su servidumbre, estaban impregnadas de amistad y de lealtad. Tal vez sólo hubo otra población en Alemania, Múnich, donde las diferencias de nivel social fuesen tan poco acusadas. No me extraña ver que los vieneses hayan conservado la nostalgia de la Viena de esa época, y no les guardo rencor por ello. En mi hermana pequeña encuentro los mismos sentimientos.

Naturalmente, Berlín es una ciudad que rebosa actividad. Tiene los defectos de la juventud y por lo tanto hay que educarla. El Berlín de otros tiempos era sencillo y distinguido. Después vino la época de los banquetes de diecinueve servicios: abundancia y mala calidad. La época de Guillermo II, con su mal gusto proverbial. Una concepción de la vida basada en el medro personal, una vida de corte ridícula y una innoble «buena sociedad». No se invitaba a la corte a la esposa de un general alemán como Litzmann, pero sí a cualquier judía, a cualquier hija de un rey del cerdo, de Chicago.

El viejo Guillermo era un *grand seigneur*, pero Guillermo II no fue más que un rocín. La más insignificante de las cartas de Bismark tiene más valor que la obra entera de ese emperador. El Parlamento ricamente ornamentado, pero todo en yeso. En el gran vestíbulo de la entrada, yeso y mármol de Trieste. Queremos hacer de Berlín una capital mundial, pero ello requiere gusto. ¡Nada de excesos en la bebida ni en la comida, pero sí casas confortables!

Ante conservadores y laboristas, el viaje de Churchill a Moscú no ha hecho más que perjudicarle. Era la peor tontería que podía cometer. A su regreso fue acogido con una acusada frialdad. Para unos, fue demasiado lejos; para otros, nunca irá lo suficientemente lejos.

Hoy en día comprendo lo que quería decir Goethe cuando declaraba que no había costumbre más repugnante que la de fumar. Como es natural, no veo ningún inconveniente en que el honrado burgués se fume o no un cigarro. Pero gente como usted y como yo, torturados día y noche por las preocupaciones... Yo, sobre todo, por la noche es cuando más me atormento. Estoy persuadido de que no llegaré a ser tan viejo como cualquier pequeño burgués. Pero ¿qué ocurriría si yo llevase una existencia análoga a la de éste? Fumar, beber...

308. 2 DE SEPTIEMBRE DE 1942, A MEDIODÍA

La justicia y la injusticia. – Anomalías y confusiones. – El caso de los cazadores furtivos. – Guerra a los criminales. – Costumbres de los montañeses. –El *Gauleiter* de Carintia.

Un carnicero tenía un perro muy feroz. Un día lo soltó contra unos niños. Un muchacho quedó hecho trizas. El fiscal pidió que se le condenase a varios años de trabajos forzados. El tribunal no le infligió más que dos años y medio de cárcel. Otro caso; un hombre le da un puntapié a una gallina. Le caen tres meses de cárcel.

Otro asunto que me concierne personalmente. Un sinvergüenza pretendió que yo me había pasado toda la guerra en la cocina, luego, que había desertado y, finalmente, que gracias a la revolución se me había indultado. Presento querella y mi difamador es condenado a cincuenta marcos de multa. El mismo juez, poco tiempo después, condenó a nuestro camarada Zaeper a ochenta marcos de multa, ¡porque su perro había ladrado a un judío!

Cada vez más, el juez se esfuerza en buscar los móviles del delincuente.

Se interesa mucho más por el alma de un pillastre que por la víctima de éste.

Me percaté de que, desde la revolución, no se habían ejecutado las sentencias de muerte contra unos jóvenes que, habiendo dejado embarazada a una muchacha, la asesinaron luego con la esperanza de sustraerse a sus responsabilidades. Hay que tener en cuenta que estaban como enloquecidos, me dijeron. Meissner fue quien me soltó esto, como si así se explicase todo. A tal respecto, siempre le he dicho a Gürtner: «¿Está usted loco solicitándome gracia en casos semejantes? Se lo ruego, en tales ocasiones no me consulte. Sólo cabe una cosa: ejecutar la sentencia».

Anuncio a todos que comienza un duro período en Alemania para el criminal endurecido. Admito que se sea indulgente con los jóvenes que cometen accidentalmente una tontería. Que sufran una pena de arresto que incluso se pueda suspender: ello les evitaría entrar en contacto con los reincidentes.

Pero no es soportable que se toleren semejantes incoherencias. Por un lado, un niño muerto por un perro y el propietario de ese animal librándose con dos años y medio de cárcel. ¡Por otro, tres años de cárcel a un cazador furtivo por haber matado una liebre! Que se castigue a los cazadores furtivos enrolándoles en cuerpos francos destinados a luchar contra las guerrillas.

El que un cazador furtivo, cogido con las manos en la masa, pierda su control e intente matar al propietario de la caza, tiene su explicación. Antaño se suplicaba al campesino que matara una liebre que destruía sus cosechas. Personalmente, el placer que se encuentra en la caza me es absolutamente desconocido. ¡Matar un ciervo con todo ese teatro! ¡Y no disparar sobre un conejo cuando está inmóvil, sino cuando corre, a fin de que sus heridas sean más espectaculares! La Sociedad Protectora de Animales tendría que preocuparse muy particularmente de los cazadores. Una de las principales razones de las revueltas de los campesinos contra sus señores era la exasperación en que les sumían las cabalgatas de los cazadores a través de sus campos. Si parezco el abogado de los cazadores furtivos, no defiendo mi propia causa, puesto que jamás en mi vida he hecho el menor daño a un conejo. No soy ni cazador furtivo, ni cazador a secas.

Entre los montañeses, la caza es una verdadera pasión. Los jóvenes escalan la montaña diez veces en una noche con la esperanza de matar una cabra salvaje. Si consiguen matar un macho, ello les valoriza a los ojos de su amada. Hay que tener en cuenta también el hecho de que la carne no abunda en las regiones montañosas y que la caza es a menudo la única carne que pueden ofrecerse esas gentes.

Admito que haya que reprimir la actividad de los cazadores furtivos. Pero que se les envíe dos o tres años a un *corps d'élite*. Que se les convierta en cazadores de guerrillas. ¡Que se les utilice como tiradores selectos! ¿No son acaso los mejores guardabosques antiguos cazadores furtivos?

En regiones como Estiria, Salzburgo y el Tirol, si se quisiera excluir a los cazadores furtivos del partido, perderíamos pueblos enteros.

En la montaña, las muchachas escasean. Admiro a esos muchachotes que efectúan recorridos de tres horas a pie, durante la noche, cargados con una pesada escalera, corriendo el riesgo de ser mordidos por los perros o de recibir un cubo de agua en la cabeza. Tienen mucho más mérito que esos bergantes de las ciudades que se ofrecen presas fáciles por cinco o diez marcos. Todo se conquista por la lucha. Hay que decir que a la gente del campo no le faltan las ocasiones. Las noches son bellas para ellos, durante las fiestas del mes de mayo. Es una magnífica ocasión que se les ofrece a las

parejas. En lo que respecta a Austria, es en Carintia donde estas sanas costumbres están muy extendidas. También allí es donde se encuentra a las muchachas más bonitas.

Estoy encantado de haber enviado a Rainer a Carintia. Además, él es de allí. En el fondo, nuestros *Gauleiters* de Austria son todos excelentes. La muerte del *Gauleiter* del Bajo Danubio me ha causado verdadero pesar. Ese Leopold era un tipo admirable. Al frente de su compañía, protegió mis reuniones políticas con una eficacia asombrosa. Era a la vez capitán del ejército y jefe de una sección local del partido. No tenía dotes de gran orador, pero era un maravilloso idealista. Ignoraba que estuviese en el frente. De lo contrario, le hubiese impedido partir.

309. 2 DE SEPTIEMBRE DE 1942, POR LA TARDE

> Un «museo de la caza». – Evolución política de Inglaterra. – Posibilidad de que Churchill dé *une volte face*. – Los Tories contra Churchill. – El apetito de los americanos. – Mis contactos con lord Rothermere.

¡Que absurda monstruosidad el museo de caza de Christian Weber! Existe en Múnich un museo alpino, pero no son los alpinistas quienes lo visitan. Los alpinistas van a la montaña. Yo le decía a Weber: «Tienes talento para muchas cosas, pero no para el arte. Nadie, en Múnich, pondrá los pies en tu museo. Ni los cazadores, ni, con mucha más razón, los que no cazan».

Cuando la gente joven se dedica a las prácticas del esquí, no veo ningún inconveniente en ello. Pero en lo que ya no estoy de acuerdo es en que haya *Gauleiters* adultos que debuten en ese deporte, o *Reichsleiters* que practiquen la equitación.

Dudo de que Inglaterra se incline hacia la izquierda. Por otra parte, sería una catástrofe que ello ocurriera. Mientras dure la guerra, Churchill se sostendrá. Pero no considero imposible que, de resultas de un acontecimiento como podría ser, por ejemplo, la caída de Stalin, dé *une volte face* completa en su actitud. Evidentemente, tal cosa es difícil que ocurra, puesto que un actor siempre tiene presente la amenaza de que sus actos puedan ser juzgados. Cuando se hagan públicas las condiciones que les habíamos ofrecido, se producirá una conmoción en Inglaterra. Si llegase a producirse un cambio radical, la primera cosa que tendría que hacer quien tomase la iniciativa del mismo sería liberar inmediatamente a todos cuantos han sido encerrados por Churchill. Hace ya tres años que están privados de libertad. Nada mejor para alimentar sentimientos revolucionarios. Se podrá contar con ellos para eliminar a los judíos. Es posible que en Moscú hayan tratado a Churchill como a un muñeco. Los ingleses desprecian y detestan a los bolcheviques. Creedme, día llegará en que dejarán de entenderse. Stalin es el rey

de los embaucadores. ¡La de cosas que nos ha hecho tragar a nosotros! No lo olvidemos.

Estados Unidos tomará Canadá y quizá tendrá exigencias a las que los ingleses no querrán someterse. Ello representará constantes motivos de fricción. Los ingleses tienen todas las de perder. Incluso si nos derrotasen, seguirían existiendo los rusos instalados al sur del Cáucaso, y nada pueden emprender contra Rusia.

En el partido conservador la opinión general es opuesta a la de Churchill. El hombre que, creo yo, podría representar un papel es Beaverbrook. El sí que puede decir: «No he cesado de poneros en guardia». Lo más sensible que hay en el ser humano no es su piel, es su bolsa. Es imposible que a los conservadores les sea indiferente todo lo que han perdido. Y a todo ello hay que añadir la perspectiva que se les presenta de perder la India. Si la cosa se pone fea en la India, una guerra de guerrillas permitirá quizá a los japoneses poner su planta allí.

En el momento de la declaración de guerra no estaban presentes más que el 40 por 100 de los parlamentarios. En otra ocasión, doscientos cincuenta y cuatro de entre ellos permanecieron ostensiblemente sentados. Es la primera vez que en Inglaterra se meten en una guerra tan falta de sentido, y todo ello maquinado por una minoría tan ridícula. Los americanos tampoco abandonarán Islandia. ¡Naciones hermanas! Eso no quiere decir nada. Las naciones hermanas de Alemania han luchado contra ella durante siglos. ¡Si Inglaterra hubiese intervenido en la guerra de Secesión en favor de los sudistas...! ¡Y pensar que fueron unos pocos alemanes quienes elevaron a Lincoln!

Vi a la princesa de Hohenlohe por primera vez el día en que me trajo una carta de Rothermere. Hice preguntar a Neurath si le parecía oportuno que la recibiese. Me contestó que sería una gran cosa poder contar con Rothermere, y que al menos había que escucharla. Cuando el espantajo se presentó, me dije a mí mismo: «¡Adelante, por Dios y por la patria!».

Leyendo la carta de Rothermere, me enteré de que éste actuaría de buen grado en sus periódicos en favor de un *rapprochement* entre Alemania e Inglaterra. Se cruzaron una serie de cartas. En una de las mías, muy importante por cierto, le decía a Rothermere que no tenía ninguna razón para volverme contra Italia y que consideraba a Mussolini un personaje de primera magnitud. Añadí que si los ingleses creían poder desentenderse de un hombre como Mussolini se equivocaban de medio a medio, y que todo cuanto se pudiese alegar contra él no modificaba en nada el hecho de que Mussolini era la encarnación de su patria (en aquellos tiempos yo aún me hacía ilusiones respecto a los italianos). En lo concerniente a las sanciones contra Italia, anuncié que quedarían sin efecto y que Italia saldría del paso igual que Alemania. Concluía diciendo rotundamente que en ningún caso se asociaría Alemania a una política dirigida contra Italia.

Rothermere vino entonces a verme. Le acompañaba la princesa. Tengo que decir que prefiero mil veces una obtusa cocinera a una

mujer de mundo que se mezcle en política; pero sería injusto si olvidase el servicio que nos prestó en aquella ocasión, puesto que la actitud del *Daily Mail*, en el momento de la reocupación de la Renania, nos fue de gran ayuda. Lo mismo ocurrió cuando decidimos rehacer nuestra flota de guerra. Los ingleses que rodeaban a Rothermere y a Beaverbrook siempre me decían: «En la última guerra estábamos en el lado malo». En el curso de nuestra conversación, Rothermere me aseguró que se había puesto de acuerdo con Beaverbrook sobre el punto de que no debía haber nunca más una guerra entre Inglaterra y Alemania.

Algunos años después, la princesa trató de sacar partido de aquella correspondencia con motivo de un pleito. Había hecho fotocopias de nuestras cartas y pretendía obtener autorización para hacerlas publicar. El juez —y en esto se ve la corrección de esa gente — declaró que había visto las cartas, que éstas afectaban al honor de quienes las habían escrito y que no había razón para hacer publicidad de las mismas.

310. 3 DE SEPTIEMBRE DE 1942, A MEDIODÍA

Propiedad y usufructo de la tierra. – Se coge a los imbéciles para hacer jefes con ellos. – La prensa y la inmunidad parlamentaria.

La tierra es propiedad nacional. Los individuos no pueden tener más que el usufructo de la misma. Por lo tanto, que cada cual saque de su pedazo de terreno el máximo de lo que pueda rendir.

Puesto que el profesor Hoffmann puede afirmar que su hacienda da las mayores cosechas de la región, yo opino que eso está muy bien, y que ello es una razón mayor para que la conserve. Cuanto más dinero invierta en ella, más provecho sacará.

He leído de nuevo en el *Hoheitsträger* que la tierra, en Ucrania, no produce más que la nuestra. Semejantes artículos no pueden tener por autores más que a personas que no entiendan lo más mínimo de agricultura. Si se trabaja allí con el mismo tesón con que se trabaja en la Alta Baviera, es seguro que se sacará mucho más de la tierra negra de Ucrania que de la nuestra. En muchos casos, los hombres de gabinete son hombres que no han sido capaces de triunfar en la vida práctica. ¡Hacen de un Wagener un consejero económico del partido, y luego se enteran de que ha fracasado en todas sus empresas! En todos los sectores del Estado ocurren casos parecidos, pero singularmente en el económico. Se coge a los imbéciles para convertirles en jefes de los más inteligentes. Cuando leo un artículo de esa índole, que además no lleva firma, desconfío ya por principio. La estupidez que emana de él podría hacer creer que, una vez más, es Kranz el autor del mismo.

Opino, pues, que no deberían publicarse más que artículos firmados. En los tiempos de nuestra lucha, todos los periódicos tenían un redactor, que era el llamado responsable, que se pasaba la mayor parte de su vida en la cárcel. Si estaba en libertad, es que se trataba de un diputado protegido por la inmunidad parlamentaria. ¡Aquellos cerdos nacionalalemanes votaron la supresión de aquella inmunidad! Jamás se lo he podido perdonar. Cuando el Reichstag fue disuelto, había policías en todas las salidas. ¡Únicamente utilizando pasadizos inverosímiles los nuestros pudieron escapar!

He pensado con frecuencia que si renunciásemos a la producción de vino, ¡vaya cultivos de frutos que podríamos tener!

311. 3 DE SEPTIEMBRE DE 1942, POR LA TARDE

Franco debe levantar un monumento. – No hay que ceder jamás ante los ingleses. – No hacemos la guerra a Inglaterra, sino a la camarilla que la dirige. – La educación del sentido artístico. – Algunos pintores.

Franco tiene que levantar un monumento a la gloria del Junker 52. A este avión es a quien tiene que agradecer su victoria la revolución española. Fue una suerte que nuestro avión pudiera volar directamente de Stuttgart a España.

Es cosa segura que jamás hubiésemos logrado nada con los ingleses si yo hubiese cedido una sola vez. Hoy en día se espera cualquier cosa de mí, y esta es la razón por la cual han contestado como lo han hecho a nuestra exigencia de que anulasen la orden de atar las manos a los prisioneros alemanes.

Hay que seguir insistiendo sobre la particularidad de que no hacemos la guerra al pueblo inglés, sino a la reducida camarilla que está a su cabeza. Es un eslogan que sólo puede beneficiarnos. Diciendo que lucharemos contra el imperio británico hasta su aniquilamiento total, impulsaremos a los ingleses a resistir tenazmente hasta el último hombre. Ahora bien, hay gran número de ingleses que jamás han deseado esta guerra. No tenemos ningún interés en que Churchill pueda declarar hoy que Inglaterra tiene entablada una lucha de vida o muerte. Ello consolidaría un frente que más bien está acobardado en estos momentos. ¿Qué han obtenido los ingleses con su afirmación de que aniquilarían al pueblo alemán? Que los alemanes hagan frente como un solo hombre para responder a esta provocación. En lo que respecta a los hombres que están actualmente en el poder, opino que seguirán la lucha hasta el momento en que se convenzan de que esta guerra no puede ser ganada y de que el fin de las hostilidades no significa el aniquilamiento de Gran Bretaña. Creo, por tanto, que, desde el punto de vista psicológico, lo acertado es repetir, hoy como ayer, que luchamos contra una camarilla, no contra Inglaterra.

Recordando sin duda que antaño los príncipes electores alemanes se hacían coronar por los franceses, el pretendiente al trono de Francia se dirigió a mí, después del armisticio, haciéndome saber que se conformaría en todo tiempo a las leyes alemanas. ¡Qué falta de personalidad!

Existen cuadros que requieren para ser apreciados un ojo más ejercitado que el de una campesina. Es precisa una educación apropiada para comprender según que cosas. Asimismo, no es posible llevar de repente a un grupo de jóvenes campesinos a una representación de *Tristán*. Esto es lo que constituye la gran fuerza de los ingleses. Y es que no vacilan en dar a su pueblo lo que es capaz de comprender. Entre nosotros, todo cuanto era manifestación de un arte sano ha sido desconsiderado, so pretexto de chifladura, por los innobles judíos. Evidentemente, las últimas telas de Makart no valían gran cosa, pero era debido a que se había vuelto loco. Los judíos menospreciaron aquellas telas, pero ello no les impidió elevar otras al pináculo (precisamente por la razón, esta vez, de que sus autores estaban locos). Esos sinvergüenzas vilipendiaron a Piloty, a Kaulbach y a Keller. Los primeros Bürkel que compré me costaron alrededor de trescientos marcos cada uno. Claro está que Bürkel pintó mucho para vivir. Solamente a Slevogt y al Trübner del último período les reconocieron los judíos algún valor, y a Leibl muy justito. Poseo actualmente la más hermosa colección de Spitzwegs del mundo. Valen de sesenta a noventa mil marcos cada uno. Recientemente he pagado también noventa mil marcos por un Defregger. Por un lado es mucho, y por otro es regalado, puesto que hay que pensar que son las únicas imágenes que poseemos de una época que, sin ellas, no hubiera quedado jamás plasmada. Efectivamente, la fotografía no existía todavía. Son los pintores alemanes quienes han pintado la Campania, no los italianos. Así era en la época de Goethe y ello no ha cambiado mucho desde entonces.

Hay que enseñar a los ingleses a apreciar, no solamente la Alemania de la época de Goethe, sino también la poderosa Alemania.

312. 4 DE SEPTIEMBRE DE 1942, A MEDIODÍA

La inteligencia y el conocimiento de lenguas extranjeras. – La confesión es buena para el alma. – Danzas folclóricas. – Una bailarina acrobática. – Viajes populares. – La grotesca casa de Grock. – Particularidades arquitectónicas.

El hecho de hablar varias lenguas no es un signo de inteligencia. Se encuentran corrientemente niños que hablan tres o cuatro lenguas, por poco que tengan institutrices francesas o inglesas.

Las mujeres españolas, incluso aunque hablen varias lenguas, son excepcionalmente estúpidas. La mujer de Franco, por ejemplo, acude a la iglesia todos los días de su vida. Reconozco que la

confesión tiene sus ventajas; la mujer obtiene la satisfacción de la absolución y el permiso para seguir con sus jueguecitos, ¡y el cura tiene el gusto de enterarse de todo! ¡Pero, desde luego, todo esto hay que pagarlo!

Esas muchachas húngaras tienen un temperamento extraordinario. Madame Tabody tiene el diablo metido en el cuerpo. Puesto que hablamos de Hungría, tengo que decir que las *czardas* son un hermoso baile, incluso para el hombre, comparable a nuestro *Schuhplattler*. No hay en ellas nada de afeminado, como ocurre con esos horribles bailes de salón.

Hace algunos años recibí la visita en la Cancillería de la pequeña Endres. Era entonces una jovencita. Tenía una petición que hacerme. Creo que se trataba de algo así como obtener una reducción en los gastos de transporte de sus equipajes. Parece ser que hoy es la primera acróbata de Alemania. Recientemente nos ha pedido que licenciásemos a su hermano con el fin de que puedan efectuar juntos su número en las giras destinadas a los soldados de la Wehrmacht. Me hago cargo de que le sea difícil encontrar otra pareja, y su hermano nos hará tanto servicio en esas giras como batiéndose en el frente. Cuando la vi, antes de la guerra, era una muchachita angulosa, pero ya pronosticaban que llegaría a convertirse en una gran artista.

Hace unos días leí que toda una familia de acróbatas había hallado la muerte en la pista. Por tal motivo, hace ya tiempo que prohibí en toda Alemania que las acrobacias peligrosas se efectuasen sin red de protección. ¿Por qué, al menor fallo, esos artistas han de ir rectos a su perdición? Por otra parte, la presencia de la red no disminuye en nada el atractivo de tales exhibiciones.

En cierta ocasión presencié en el Wintergarten un accidente mortal.

Decidí no exponerme a volver a ver un espectáculo parecido; mis nervios están lo suficientemente puestos a prueba sin necesidad de buscar emociones de este tipo. Lo que interesa es que el acróbata pueda dar pruebas de su habilidad. Si falla en un ejercicio, ello no es una razón para que pierda la vida. ¡Ya lo hará mejor la próxima vez! En los actuales espectáculos de variedades, el público exige cada vez más a los artistas que corran riesgos innecesarios.

Mi mayor placer es ver a payasos como Grock. Esos hombres son profundos conocedores del alma humana. La casa que Grock poseía en la Riviera era tan extraordinaria que, por comparación, una pagoda hindú haría el efecto de poseer la sobriedad prusiana. Únicamente un sajón, loco de remate, hubiese podido concebir algo parecido.

En la carretera que va de Friburgo de Sajonia a Dresde vi una vez una construcción de ese tipo, una verdadera obra de arte del mal gusto. Nos detuvimos en un restaurante próximo y nos enteramos de que su propietario había hecho fortuna en Oriente. Fue en aquella casa donde el alquimista Tausend hizo sus experimentos.

Hemos conseguido imponer en Berchtesgaden una unidad de estilo en la construcción. No soy del criterio de que se edifiquen en

Grünewald chalets suizos. Pero en esa región, el amplio sobradillo que se acostumbra a poner sobre ventanas y balcones es una necesidad. De lo contrario, cuando sopla el viento, la lluvia se desliza a lo largo de la madera, que acaba pudriéndose. El piso superior tiene que estar protegido contra el agua. Es mejor conservar la pizarra oscura en el Erzgebirge.

Desgraciadamente, el estilo renano carece de unidad. Es en las primeras estribaciones de los Alpes, y hasta en el Allgäu, donde se encuentran esas maravillosas casas de fachadas pintadas.

313. 5 DE SEPTIEMBRE DE 1942, A MEDIODÍA

El monasterio de Maulbronn. – Imposible no amar a España

El monasterio de Maulbronn es uno de los más hermosos que existen. Ello se debe a que está deshabitado desde la Edad Media y a que no ha sufrido jamás transformación alguna. He leído las reglas de la orden, que son en extremo severas. Los monjes, durante el invierno, no disponían más que de una habitación caldeada. Esta sala común se hallaba situada encima de un sótano abovedado (donde se alimentaba el fuego) del cual subía, por medio de unas tuberías adecuadas, el aire caliente. Los romanos se calentaban de la misma forma hace ya dos mil años. Cuando se visita el castillo de Saalburg se pueden ver vestigios de tales instalaciones.

España es un país al que es imposible no amar. Los españoles están repletos de grandeza [en español en el original], y en tiempo de guerra, ¡qué valor el suyo! No conozco a un solo alemán que opine de distinta manera. Uno de nuestros primeros jefes regionales de Hannover regresaba de España. No tenía otro deseo que volver allí de nuevo. Jamás he encontrado a nadie que no sienta admiración por los españoles.

314. 5 DE SEPTIEMBRE DE 1942

Yo ayudé a derrocar a Serrano Súñer. – Personalidad de Alfonso XIII. – La raza de los príncipes. – Una selección al revés. – La aventura del archiduque Otto. – El arte de cultivar a los ídolos. – Serrano Súñer y la Unión Latina.

Epp acaba de entregarme una nueva nota sobre el problema colonial. Sigo convencido de que todo cuanto pudiésemos obtener como colonias no representaría gran cosa comparado con los territorios del este.

De haber tenido la oportunidad, Serrano Súñer hubiera logrado gradualmente la aniquilación de la Falange y la restauración de la monarquía. ¡Sin duda ha acelerado su caída en desgracia mi reciente declaración de que era un completo canalla!

Alfonso XIII era un gran personaje. Y sin embargo, también él se perdió a sí mismo. ¿Por qué no conservó a Primo de Rivera? Puedo hacerme cargo de todo, pero lo que no llego a comprender es que, una vez conquistado el poder, no se aferren a él con todas sus fuerzas.

Los príncipes constituyen una raza única en el mundo en lo que se refiere a estupidez. Es una selección a la inversa. Si los Habsburgo regresasen a Hungría, son tan necios que su presencia allí provocaría un lodazal extraordinario. Hay circunstancias en las cuales no tiene excusa permanecer pasivo. A cada generación, las casas principescas de Europa degeneran un poco más. En Baviera esto adquirió un carácter trágico, pues se volvían locos uno tras otro.

A fin de cuentas, todos esos príncipes europeos tienen un origen común. Todos ellos, de una forma u otra, se remontan a la antigua nobleza de los francos, fundada por Carlomagno. Los príncipes austriacos tenían más suerte que los demás, pues les estaba permitido elegir a su mujer entre el pueblo.

Admiro la paciencia de los pueblos capaces de soportar todas esas tonterías. ¡La costumbre de prosternarse delante de los príncipes tenía como única ventaja la de que, así, el pueblo no tenía nunca ocasión de contemplar sus caras de cretinos!

Se realizan esfuerzos continuos para mejorar constantemente la calidad del ganado, pero cuando se trata de la aristocracia ocurre exactamente lo contrario. Los mismos Hohenzollern no escapan a la ley común. Todos ponen su granito de arena, comprendido nuestro querido Augusto Guillermo. Tendría que obligarse a todas las princesas a no mantener relaciones más que con chóferes y palafreneros.

Si se ofreciese al pretendiente de España la corona del Brasil, la aceptaría inmediatamente. Con el mismo entusiasmo se haría rey de Suecia. ¡Poco le importa el país, mientras sea rey! ¿Para qué puede servir gente así? No hay más que profundizar en los archivos de esas familias para quedar enterado. Los Wittelshach tenían la pretensión de cambiar Salzach por Bélgica. Pero todo el negocio fracasó debido a una hacienda de sesenta y ocho fanegas y también a causa de Federico el Grande, que no deseaba que los Habsburgo se extendiesen hacia el oeste. La negociación era llevada por el ministro Kreittmeyer. Es por lo que nuestro amigo Hanfstängl pedía que se arrasase el monumento a Kreittmeyer de Múnich. Yo me opuse a ello. Los hombres de aquella época no tenían espíritu nacional en el sentido en que hoy en día lo interpretamos. Luis I de Baviera fue el primero de nuestros monarcas que se sintió alemán. Para los demás los intereses dinásticos eran lo primordial.

La calaverada de Otto, el hijo de Zita, en Budapest, es de las de folletín por entregas. Su séquito estaba compuesto de un noble

húngaro y de un trompeta que, encaramado sobre la locomotora, soplaba de vez en cuando con todas sus fuerzas en su instrumento. Horthy no se dignó recibirle. Toda la empresa había sido montada por Zita. La respuesta fue obra de la señora Horthy. Dejo que se imaginen ustedes el *dénouement* de aquella grandiosa empresa. Únicamente el hermano de Franz Lehar se abrevió a acoger a los dos héroes. En Viena, Otto hubiera servido todo lo más para *maître d'hôtel*. Si esos Habsburgo hubiesen tenido carácter, hubieran perecido defendiendo su causa. Pero empezaron por renunciar dócilmente a sus derechos, ¡tras lo cual intentan recurrir a la fuerza!

La humanidad no sabría vivir sin ídolos. Por eso mismo los americanos hacen bien cuando ponen a su presidente sobre un pedestal durante el tiempo que dura su mandato. Las monarquías son particularmente hábiles en el arte de cultivar ídolos. Cierto es que toda la puesta en escena tiene su sentido. Todo ello está muy bien, a condición de que se base sobre una fuerza efectiva. La Iglesia, por ejemplo, no posee más que los adornos exteriores; sus tropas están formadas por arqueros inofensivos, ¡unos tipos simpáticos con flechas rotas! ¡Basta con verlos marchar en la procesión del Corpus Christi para comprender por qué los revolucionarios de 1918 les dejaron en paz!

Cuando Franco aparece en público siempre está rodeado de su Guardia Mora. Ha asimilado todos los amaneramientos de la realeza, y cuando el rey vuelva, ¡él será el caballerizo ideal!

Estoy completamente seguro de que la caída Serrano Súñer fue provocada por el clero. Planeaba crear con Francia, Italia y España una Unión Latina para a continuación alinearla con los británicos, todo con la bendición del arzobispo de Canterbury, ¡y por añadidura un poco sazonada de comunismo!

Creo que una de nuestras más felices iniciativas fue permitir que una legión española luchase a nuestro lado. En la primera ocasión, condecoraré a Muñoz Grande [sic] con la Cruz de Hierro con hojas de roble y brillantes. Será una buena inversión. Los soldados, sea cual fuere su origen, se entusiasman siempre por un jefe valeroso. Cuando regrese a España, habrá que equipar de arriba a abajo a esa Legión (y de manera magnífica), darle parte del botín y algunos generales rusos como trofeos. De esta forma harán una entrada triunfal en Madrid y su prestigio será invencible.

¡En conjunto, la prensa española es de la mejor del mundo!

315. 6 DE SEPTIEMBRE DE 1942, A MEDIODÍA

Los tenues hilos del destino. – Error de los rusos en Stalingrado. – Las mezcolanzas de razas. – Marinos de permiso.

¡Cuando piensa uno en lo tenues que son los hilos en que se halla prendido el destino de la historia! Si perdimos la guerra de 1914-1918, ello no fue culpa de la retaguardia. Entre nuestros adversarios había algunos hombres de primer plano. Fue durante la batalla del Somme, en 1916, cuando aparecieron los primeros tanques, y nosotros, hasta 1917 no pasamos pedidos a la industria. Una primera tanda de seiscientos fue puesta en fabricación, pero quedó suspendida poco después. En el mismo momento, Fuller, apoyado por Churchill y Lloyd George, levantaba la prohibición firmada por Haigh de proseguir la fabricación de carros de combate.

Cada vez con mayor claridad se da uno cuenta de que en Inglaterra se ha abierto un foso en la opinión pública. Cada cual sigue su pendiente natural, hacia la derecha o hacia la izquierda.

De todos nuestros aliados, Antonescu es el hombre que tiene más envergadura. Es una auténtica personalidad. Desde el primer momento se dio cuenta de que esta guerra proporcionaba a los rumanos la posibilidad de afianzar su primacía en los Balcanes, pero con la contrapartida de coaligar contra ellos a los demás estados balcánicos.

Los rusos han cometido un error concentrando toda su fuerza en Stalingrado. No se gana una guerra hasta que el adversario ha cometido más errores que uno mismo. Además, hay que creer ciegamente en el triunfo. Si no se hubiesen hecho fuertes en Stalingrado, hubiese sido en cualquier otro sitio. Ello prueba que, hasta cierto punto, un nombre puede representar mucho por lo que engloba en sí. Para los bolcheviques sería de mal augurio perder Stalingrado cuando todavía conservan Leningrado. Por tal motivo, jamás permitiré que se le dé mi nombre o el de uno de mis compañeros a un objeto amenazado por naturaleza, se trate de una ciudad o de un acorazado. Precisamente en tiempo de guerra es cuando el pueblo se muestra más supersticioso, comprendido Julio César. No obstante, es posible que éste no fuese supersticioso y que se limitase a tener en cuenta la mentalidad popular. Yo mismo no ordenaría atacar en un día 13. Sin embargo, no es que yo sea supersticioso, pero sé que otros lo son. En mi vida las fechas no juegan ningún papel en absoluto. Me ha ocurrido obtener grandes éxitos en días de los llamados nefastos y fracasar en días de los llamados fastos.

La brecha de Abbeville no representó más que un movimiento de trescientos cincuenta kilómetros. ¿Qué es una distancia así en el este? Hay que perseguir al enemigo sin cesar, sin dejarle el menor respiro.

¡Qué hermosa raza la de esos holandeses! Las muchachas son espléndidas, tal como a mí me gustan. Los defectos de los holandeses se deben al cruce con los malayos, lo que es a su vez resultado de las necesidades sexuales y de la falta en sus colonias de mujeres blancas suficientes. A nosotros en gran medida nos pasó lo mismo en nuestras colonias; un alemán tenía derecho a casarse con una negra, siempre que fuera católica, pero no con una muchacha alemana si era protestante. Incluso en la actualidad los sacerdotes católicos

cotorrean durante meses si alguno de su grey quiere casarse con un protestante. En el campo aún no hace mucho se consideraba que un matrimonio entre católico y protestante era un insulto al altar; ¡pero nadie se preocupaba por el color de los bastardos! En el imperio británico las cosas son muy distintas; pero es que la Iglesia de Inglaterra es una organización más política que eclesiástica.

Una y otra vez algunos de nuestros soldados solicitan casarse con extranjeras; casi siempre se trata de muchachos espléndidos y de mujeres mal parecidas. No se puede esperar nada bueno de semejantes enlaces. Las armas más amenazadas desde este punto de vista son la marina y los antiaéreos, puesto que en esas armas los soldados permanecen a veces mucho tiempo en el mismo lugar. Lo mismo ocurrió en el transcurso de la primera guerra mundial. Las flamencas eran unas jóvenes muy gentiles. Si la guerra hubiese terminado felizmente, gran número de ellas se hubiesen casado con nuestros soldados.

El Führer se dirigió bromeando al almirante Krancke:

Sus marinos no tienen más que tres horas de permiso cotidiano. Habría que prolongar su duración. Mientras están mano sobre mano en los puertos, en lugar de navegar, el mejor medio para ellos de hacerse útiles es correr detrás de las chicas.

316. 6 DE SEPTIEMBRE DE 1942, POR LA TARDE

La utilización de los sucedáneos químicos y la emigración alemana. – Entre nosotros y los ingleses. – Represión. – Los ingleses han tomado la iniciativa de los bombardeos.

Únicamente las dificultades de orden económico obligaron a Alemania a autorizar la emigración *en masse* en el pasado. Ésta finalizó en el momento en que la introducción de los sucedáneos químicos, que se efectuó de la noche al día, por así decirlo, transformó las condiciones de nuestro problema alimenticio. Añadamos a esto la industrialización del país, consecutiva a los inventos de principios del siglo XIX.

Desde hace siglos, en el Reich las guerras no tienen lugar más que entre estados vecinos. Los ingleses, desde siempre, luchan contra los extranjeros. Esta es la razón por la cual ignoran los usos de la guerra caballeresca. Hemos sido ridiculizados en el mundo entero por la prensa bajo los rasgos de un personaje llamado *der deutsche Michel*. El alemán hoy en día es mejor considerado por la prensa inglesa. Cada vez se nos considera más tratables, porque hemos mostrado que seguimos nuestro camino sin preocuparnos absolutamente de nada.

Entre nosotros y los ingleses, ha de ser ojo por ojo y diente por diente. Tendríamos que declarar que todo aviador que se arroje en paracaídas tiene que ser muerto y que damos orden a nuestros submarinos de disparar sobre los náufragos de los buques hundidos, trátese de soldados o de paisanos, de mujeres o de niños, si intentan salvarse. En menos de cuatro semanas, los amigos de enfrente se darían cuenta de que han errado el camino y presentarían sus excusas. No hago ningún misterio del hecho de que a mis ojos la vida de un alemán vale la de veinte ingleses. Bajo este punto de vista, somos nosotros quienes tenemos la sartén por el mango. Tenemos, efectivamente, muchísimos más prisioneros ingleses que prisioneros alemanes tienen ellos. Lo que va bien, cuando se hacen prisioneros, es echar la zarpa sobre ingleses«honorables». Cuando el asunto de Dieppe, fue el anuncio de nuestras represalias lo que les obligó a no maniatar a aquellos de los nuestros que hacían prisioneros. Lo que les causó verdadero efecto fue la idea de que pudiésemos maniatar a ciento treinta de sus oficiales. No les importa el trato que demos a los demás. Pero que ahorcásemos a media docena de generales ingleses lo considerarían como un atentado al orden divino. Desde el momento en que la señora Churchill y la señora Maisky se pasean cogidas del brazo, los oficiales ingleses no deberían considerar como una ofensa que les mezclemos con los prisioneros de guerra rusos. Ese es un buen sistema. ¡La única réplica que nos pueden dar es encerrar a los nuestros con los italianos! Si los ingleses exagerasen las cosas, podríamos también dedicarnos a ahorcar a los capitanes de los buques hundidos, como hacen los japoneses, mientras que nosotros les ofrecemos café y coñac. Si adoptásemos semejantes medidas, no hay duda de que el comportamiento de la marina inglesa cambiaría. En ese terreno, el inglés es un realista desprovisto de todo escrúpulo, frío como el hielo e insensible. Pero basta con enseñar los dientes para que en seguida el inglés se muestre correcto e incluso afectuoso.

Son los ingleses quienes tomaron la iniciativa de los bombardeos. Tuvimos la paciencia de aguantar cuatro meses antes de contestar, lo cual fue tal vez un error por nuestra parte. El alemán siempre se encuentra frenado por reticencias de orden moral que un inglés desconoce por completo. No puede ver en ellas más que una manifestación de debilidad o de tontería. Ahora ya los conocemos tal como son. Hay que devolverles golpe por golpe con toda la brutalidad del mundo.

Lo que obtengamos en el oeste es posible que presente más encanto y constituya para nosotros una garantía de seguridad, pero lo que estamos conquistando en el este es lo más precioso. Es la base de nuestra existencia.

317. 7 DE SEPTIEMBRE DE 1942, A MEDIODÍA

INVITADOS ESPECIALES: EL MINISTRO SPEER, EL COMISARIO DEL REICH KOCH Y EL MARISCAL MILCH

Recuerdos de colegial. – Hacia una enseñanza armoniosa.

Nosotros, escolares de la vieja Austria, hemos sido educados en el respeto a las personas de edad y sobre todo a las mujeres. Pero con los profesores no teníamos compasión. Era el enemigo fundamental. La mayoría de ellos tenían algo desquiciado el cerebro, hasta el punto de que varios terminaron realmente en el manicomio. En cambio, depositábamos todo nuestro afecto en aquellos que estaban bien de la cabeza, pero que eran desgraciadamente una excepción.

El conocimiento de los puntos débiles de nuestros maestros se heredaba de clase en clase, de generación en generación. En tercero, teníamos de profesor de física a un tal Koenig. Cada clase sabía que el año escolar se iniciaba con una división de los alumnos en dos grupos. Koenig se expresaba de la siguiente manera: «¡Aquellos que están del lado de la ventana, que se agrupen cerca de la ventana y los que están del lado de la estufa, que se agrupen alrededor de la estufa!». Puntualmente, los alumnos efectuaban a la inversa aquellas instrucciones y se precipitaban en dirección contraria a la indicada. El pobre hombre se percataba con indignación de que la estupidez de los escolares se acrecentaba cada año, sin ocurrírsele ni por un momento que el imbécil era él. Tengo que decir que esa división en dos grupos sigue siendo para mí todavía un misterio.

El cura que nos enseñaba el catecismo tenía una barriguita redondeada. Antes de que entrase, colocábamos los bancos de manera que fueran estrechando progresivamente el pasillo por donde tenía que pasar. Era tan estúpido que nunca se daba cuenta del truco y, de esta forma, acababa por encontrarse aprisionado entre dos bancos.

Durante una lección de ciencias naturales, recubrimos el suelo de hierba y de cáscaras de nuez. A las protestas del maestro contestamos con la mayor inocencia que habíamos estado haciendo prácticas de botánica.

Los alumnos tenían un plan metódico, apropiado a cada estación, para introducir perturbaciones en los cursos. La suelta de los saltamontes era una distracción primaveral y era también un pretexto para declarar que aquella intrusión intempestiva nos impedía trabajar.

No hay ni que decir que yo no gozaba de olor de santidad entre los profesores. No tenía ningún don para los idiomas extranjeros, pero quizás lo hubiese llegado a tener si el maestro no hubiese sido un perfecto idiota. Desde el primer momento me fue antipático y creo que esa antipatía fue mutua. Disimulado por la barba, se adivinaba un cuello postizo amarillento y grasiento. Todo él, en

conjunto, tenía un aspecto repugnante. Estaba furioso porque yo no pescaba nada del francés. Un adolescente de trece o catorce años, si tiene el espíritu despierto, aventaja fácilmente a un profesor embrutecido por los años de enseñanza.

Nuestros maestros eran unos tiranos. No comprendían en absoluto a la juventud. Su único objetivo era atiborrarnos el cerebro de cosas y hacer de nosotros unos monos eruditos semejantes a ellos. Si por casualidad un alumno manifestaba algo de originalidad, le perseguían con un rencor vigilante. Los pocos alumnos que he conocido fuertes en todos los temas han fracasado luego en la vida. La buena enseñanza consiste en destacar y desarrollar la personalidad de los jóvenes. Ciertamente, hoy en día existe una mejoría, tanto en lo que concierne al reclutamiento del cuerpo de enseñanza, como en los métodos pedagógicos utilizados.

Entre nuestros profesores sólo había uno que vistiese con decencia. Un detalle jocoso es que, cuando fui a Klagenfurt, lo encontré entre los miembros del servicio de orden de las SS. El pobre viejo, entonces jubilado, había sido un SS ilegal antes del Anschluss. Se acercó a mí después de la ceremonia, y me emocionó mucho volverle a ver.

Comprendo a los jóvenes griegos que a veces tenían que trasladarse muy lejos para beneficiarse de la enseñanza de un maestro a su gusto. Además, los jóvenes de la Antigüedad iban al combate agrupados en torno a sus maestros. Nadie es más capaz de sentir entusiasmo que un joven de trece a diecisiete años. Se dejaría hacer trizas por su maestro, si éste es verdaderamente un hombre. Quisiera que eso ocurriera también entre nosotros, y que clases enteras partiesen hacia el frente en compañía de sus profesores.

IV - 13 a 24 de junio de 1943

318. 13 DE JUNIO DE 1943, POR LA TARDE

> Peligros de la centralización de la vida. – El futuro de la tecnología. – Los pintores franceses. – Las grandes realizaciones artísticas del siglo XIX se deben a alemanes. – La arquitectura de Múnich y la de Berlín.

Temo que algún día, cuando yo haya desaparecido, a alguien se le ocurra la peregrina idea de instalar en Berlín un museo que centralice las riquezas artísticas del Reich, otro con los recuerdos militares y otro con cuando concierne a la técnica. Sería una forma errónea de concebir el Estado unitario, y el colmo sería que tal forma de actuación quizás se achacase a «nuestro último Führer».

Ahora bien, en ese terreno lo que hay que hacer, por el contrario, es practicar una juiciosa política de descentralización. El Deutsches Museum de Múnich llega ya al límite, con sus veintitrés kilómetros de desarrollo. Sólo nos faltaría que algún energúmeno declarase que hay que construir en Berlín un museo donde fuera necesario hacer un recorrido de cuarenta y cinco kilómetros para verlo todo.

En el museo militar que instalaré en Linz, quiero consagrar una sección al arte de las fortificaciones, desde sus comienzos hasta la línea Maginot y el Muro del Oeste. Serán precisas reproducciones perfectas de tales obras, de forma que susciten interés en la juventud. Lo que constituye el atractivo del Deutsches Museum es presentar un gran número de modelos reducidos que cada cual puede manipular a su gusto. No es pues por azar que tantos jóvenes muniqueses han sentido vocación por el mar.

Tenemos que considerar que hoy en día la técnica tiene todo un futuro abierto ante ella. En lo que respecta a la motorización, estamos todavía e los balbuceos. Han sido necesarios cientos de años para sustituir la utilización de la energía humana por la energía animal. Asimismo, se precisarán siglos enteros para que la mecanización alcance su desarrollo integral.

No puedo decidirme a comprar un cuadro de un pintor francés, pues no sé jamás exactamente por donde pasa la línea divisoria entre lo que comprendo y lo que no alcanzo a comprender. Experimento análoga impresión ante las obras de Corinth y de Trübner, para no citar más que a dos pintores alemanes.

Estos hombres empezaron por pintar con talento; luego se apoderó de ellos el orgullo de producir cosas extraordinarias. En el plano literario, el judío ya había pasado por ahí, indicando el mal camino. El arte de Corinth y Trübner no puede explicarse de otra forma. ¡Vaya aberraciones nos ha costado todo ello!

En pintura, los italianos fueron grandes desde el siglo XIV hasta el siglo XVII; en el XVIII su arte aún se mantiene, en el XIX palidece y hoy es ya la degeneración completa. Todo ello es inexplicable, pero parece como si en ese terreno siempre hubiera un rescate que pagar.

En el siglo XIX, las más grandes realizaciones, tanto en el terreno artístico como en los demás, se deben a los alemanes. Los franceses, por la misma época, tuvieron pintores excepcionales pero que se malearon con mucha facilidad.

Cuando pienso en la Opera de París, no puedo evitar la opinión de que las óperas de Dresde y de Viena son otra cosa completamente distinta. La concepción de conjunto es genial, pero la realización es completamente vulgar. En el interior, una arquitectura pomposa, recargada y desprovista de gusto. Tenemos que procurar que la nueva Opera de Múnich supere a todo cuanto se ha hecho hasta hoy.

El Múnich del siglo XIX presenta grandes analogías con el Berlín de Federico el Grande. Había amplitud de miras, pero se construía con medios insuficientes por la sencilla razón de que carecían de dinero. En el Berlín de Federico el Grande, la cosa llegó tan lejos que no se pudieron colocar estatuas más que en la fachada principal de los monumentos. En la actualidad, se puede comprobar que las casas de aquella época, en Múnich, están mal construidas. En el Prinzregenten-Theater se economizó en el gasto todo lo que se pudo. El precio de la construcción, sin las instalaciones interiores, no pasó de trescientos mil marcos.

En la misma época, en Berlín ya respiraban un poco. El Reichstag, a pesar de que el resultado fuera desastroso, costó en conjunto veintiocho millones de marcos. Pero está sólidamente construido, como se pudo ver cuando el incendio.

El Palacio de Justicia de Múnich es quizás la más hermosa construcción de estilo barroco de la época reciente. Lo que es típicamente un producto de la era liberal es el Palacio de Justicia de Bruselas. Es un cíclope que domina toda la ciudad. ¡Mira que haber elegido precisamente ese edificio!

Estoy persuadido de que un hombre nunca está en mejor disposición para luchar por un país que cuando se trata de defender el patrimonio artístico e intelectual de la nación. Hoy en día tenemos una nueva prueba de ello. La destrucción de un monumento causa más efecto en el público que la destrucción de una fábrica.

319. 14 DE JUNIO DE 1943, POR LA TARDE

En defensa de Metternich. – Paralelo entre Metternich y Bismarck.

Metternich es a menudo incomprendido. Se esforzó en devolver la vida a un cadáver. Como canciller de Austria, y desde el punto de vista de los Habsburgo, no pudo obrar de forma muy distinta de como lo hizo. Servía a los Habsburgo animado por la ambición de devolver a aquella dinastía su grandeza de antaño. De aquí sus esfuerzos sobrehumanos para hacer renacer el viejo Reich. Que en esta vía se descarrió varias veces, eso es algo indudable. Pero hay que enjuiciar su acción bajo el punto de vista de la época. El camino que luego emprendió Bismarck nadie se lo podía imaginar entre 1830 y 1840. La situación no se resumía entonces con la alternativa entre Bismarck o Metternich, sino con esta otra: cancillería imperial o confederación germánica (ese conjunto heteróclito). En Fráncfort, nada se realizó, ni nada se podía realizar. Metternich lo había enjuiciado perfectamente. Y puede decirse que, en resumidas cuentas, uno y otro perseguían el mismo fin. Metternich quería alcanzarlo restableciendo la autoridad de los Habsburgo, y Bismarck con el predominio de Prusia. Ambos se negaban a aceptar una solución de compromiso: Bismarck triunfó, Metternich fracasó. Pero ésa no es razón para condenarlo.

Sin la iniciativa revolucionaria de la guerra de 1866, Bismarck tampoco hubiese triunfado. Y en tal caso, no hubiesen dejado de crucificarlo. En la época en que Metternich llevaba el timón, los tiempos no estaban maduros para una solución decisiva. ¡Por idéntica razón no se le puede reprochar a Bismarck no haber fundado el gran Reich alemán!

En la lucha contra Napoleón, Metternich fue tan fanático como cualquier otro patriota alemán. Lo que demuestra hasta qué punto estaba incierta la cosa, incluso después de Sadowa, en lo que respecta a saber quién sería, Austria o Prusia, la que tendría hegemonía, es que en 1867 los conservadores prusianos se rebelaron contra Bismark, solicitando del rey su destitución. Evidentemente es difícil, después de cuanto ha ocurrido, mostrarse imparcial con un hombre como Metternich.

320. 15 DE JUNIO DE 1943, A MEDIODÍA

Penuria intelectual y artística. – Chucherías y cromo. – Sólo es dañino el arte decadente. – La nostalgia teutónica. – La necesidad de los grandes espacios.

La industrialización de un país provoca con regularidad reacciones en el sentido inverso, reanimando la afición a un cierto romanticismo. Esa afición se expresa a menudo en la manía de coleccionar *bibelots* y *objets d'art* de mala calidad. Es un fenómeno constante cada vez que el flujo campesino viene a engrosar el

proletariado de la ciudad. A los recién llegados no les atraen los museos, sino los antros donde se ha conservado la afición a lo maravilloso, tales como las grutas de las ninfas, etc. Se precisará que transcurran cincuenta o cien años para que todo esto vaya cambiando.

Lo que es una desgracia es que el auge económico se haya producido en nosotros en una época de penuria intelectual y artística. No se puede recriminar al pueblo por ser tan poco despierto si se piensa en las obras pictóricas reunidas por nuestros industriales. Pero a éstos sí que se les puede recriminar, puesto que poseen un mínimo de cultura.

El pueblo no ha cesado de ser atraído por el arte de mala calidad, pero ello no tiene nada de común con la degeneración artística. Si se me preguntara si estoy dispuesto a consentir esto, respondería que estoy dispuesto a soportar todo cuanto no sea feo por sistema. Únicamente el arte depravado es realmente perjudicial. El mal gusto puede ser siempre corregido, y la admiración hacia las bellas cajas de chocolatinas puede llegar a convertirse en una afición hacia lo bello. Sólo la depravación real hiere permanentemente al arte.

Es un hecho que nuestro pueblo tiene un alma romántica, cosa absolutamente desconocida en América, por ejemplo, puesto que el americano no sabe ver nada fuera de sus rascacielos. Nuestro romanticismo está en relación con el sentido que tenemos de la naturaleza. Para comprender bien a artistas como Weber, Ludwig Richter y otros románticos, hay que conocer las montañas de Franconia, puesto que es en esos paisajes donde hallan las fuentes del romanticismo la música y la pintura. También hay que tener en cuenta, no hace falta decirlo, los cuentos y las leyendas que enriquecen nuestro folclore nacional.

El único romanticismo que anima a los americanos del norte es el de los pieles rojas, pero es curioso comprobar que el escritor que los ha descrito con más estilo es un alemán. De todas formas, los americanos tienen una cosa que a nosotros nos falta: el sentido de los grandes espacios. De aquí proviene la forma tan peculiar de nuestra nostalgia. Llega un momento en que esta necesidad de los grandes espacios no puede contenerse y estalla. Así es como los holandeses, que ocupan el territorio germánico más denso en población, deben a ese impulso irresistible el haberse lanzado, hace siglos, a la conquista del mundo. ¿Qué sería de nosotros si no tuviésemos al menos la ilusión de la extensión de nuestro espacio? En mi opinión, esto es lo que constituye uno de los encantos del Spessart, que se puede rodar y rodar por allí durante horas sin encontrar alma viviente. Nuestras autopistas dan una sensación análoga. Incluso en las regiones más pobladas nos devuelven el sentido del espacio.

321. 17 DE JUNIO DE 1943, POR LA TARDE

Las grandes catástrofes naturales. – El miedo a lo desconocido.

No puedo creer que cada una de las diferentes eras de la historia del globo haya tenido una duración tan grande como pretenden los sabios. Por otra parte, son incapaces de demostrar sus hipótesis. Tengo la impresión de que en esas estimaciones juega un papel el oscuro temor que tienen los hombres a los peligros desconocidos y a las catástrofes naturales. Durante los recientes temblores de tierra en Württemberg, la prensa no tuvo más preocupación que tranquilizar al público afirmando que no amenazaba ningún peligro grave y que no existía ningún signo de una posible agravación del fenómeno.

Es extraordinario que haya tan pocos hombres capaces de mirar a la realidad cara a cara y que, bajo la amenaza de un peligro, reaccionen haciendo proyectos para el futuro. La mayoría son unos cobardes. El miedo a lo desconocido perdura en lo más profundo de su ser.

322. 19 DE JUNIO DE 1943, EN LA MESA

Las grandes unidades navales. – La infantería de marina.

En otros tiempos tuve el proyecto de construir una poderosa escuadra de combate, la más fuerte del mundo. Las dos unidades mayores debían llevar los nombres de Ulrich von Hutten y de Goetz von Berlichingen. Hoy en día, me alegro de que aquel proyecto no se llegase a realizar, puesto que si tuviéramos esos barcos, tendríamos la obligación moral de utilizarlos. Y, en realidad, ¿qué servicios podrían prestarnos? Una escuadra semejante haría el papel del «último caballero con armadura», que no puede batirse más que por el honor.

Las cosas han evolucionado de tal manera que, en la actualidad, es la infantería del mar la que está en el primer plano. Exceptuando los submarinos, precisamos de pequeñas unidades. Son ellas quienes libran combate. Por lo tanto, lanchas rápidas, destructores y otras unidades de ese tipo.

Los japoneses, por su parte, poseen efectivamente la más poderosa escuadra de línea del mundo. Pero poner en acción a tales unidades constituye un problema difícil. Para ellas, el mayor peligro proviene del aire. Bástenos recordar la pérdida del «Bismarck».

323. 24 DE JUNIO DE 1943, POR LA TARDE

El ritmo vibrante de Berlín. – Viena, hogar de la música – Mozart. – Sangre eslava y sangre germana. – Beethoven. – Argumentos en pro y en contra de Viena. – La nueva capital del Reich. – Lealtad de Linz. – Una observación de Treitschke. – Los intereses del Reich pasan ante todo.

Creo que en ningún sitio se trabaja al ritmo de Berlín. No conozco otra ciudad donde hubiese sido posible construir en nueve meses la Cancillería del Reich. El obrero berlinés es extraordinariamente activo y rápido. Nada parecido ocurre en Múnich y en Viena, donde se acusan todavía los efectos de la mezcolanza de razas: polacos, checos, eslavos, italianos, etc.

Cuando se habla de Viena en relación con la música, y cuando se dice que Viena es la ciudad más musical del mundo, no hay que olvidar que en tiempos de nuestros grandes compositores Viena era la capital imperial. Ello atraía a todo el mundo, y Viena era por lo tanto la ciudad que más posibilidades ofrecía a los artistas. Y, no obstante, ¡qué mal trataban allí a los músicos! No es cierto que Beethoven haya conocido, en vida, triunfos en Viena, ni Haydn tampoco. El *Don Juan* de Mozart fue un fracaso allí. ¿Por qué fue Mozart a Viena? Porque esperaba recibir una pensión del emperador, que jamás obtuvo. Ha quedado además establecido que la familia de Mozart es originaria de Augsburgo. No es, pues, austriaco, sino suabo. La flor y nata de los músicos vieneses no es un producto del solar vienés, sino del genio de la raza.

Una música realmente creadora se basa en la inspiración, por una parte, y en el sentido de la construcción por otra. La inspiración es de origen eslavo y el sentido de la construcción de origen germánico. Cuando estos dos factores coinciden, nacen los grandes maestros. En Bach, el sentido de la construcción es el que predomina. No tenía seguramente ni una gota de sangre eslava. En cuanto a Beethoven, por el contrario, basta con mirar su cabeza para darse cuenta de que hay en él una aportación extranjera. No es una casualidad que los ingleses no hayan producido ningún compositor genial. Es un pueblo puramente germánico.

Es completamente erróneo pensar que soy adversario de Viena. Critico igualmente todo cuanto no me gusta de Berlín. Mis preocupaciones tienen más envergadura y sobrepasan el marco de Viena y Berlín. Mi sentido histórico me incita siempre a pensar que aquello que existe hoy puede cambiar. Por lo tanto, es un deber para mí estudiar desde este momento lo que ocurrirá cuando yo ya no esté aquí. Crearía una situación peligrosa para el Reich que Viena fuese el único centro de atracción en el espacio austriaco. Esta es la razón por la cual, adelantándome a los acontecimientos, me rebelo contra la eventualidad de una evolución en este sentido. Y es para prevenir este peligro por lo que estoy creando en Austria otros centros culturales. De lo contrario, el poder de atracción de Viena en el plano de lo cultural acabaría por tener consecuencias en el plano político.

Ahora bien, tal cosa no se debe tolerar. Es la historia la que nos lo enseña.

En Múnich este peligro no existe, ya que la influencia cultural de esta ciudad no se extiende más allá de los límites de Baviera.

Mi deber es impedir que se produzca una evolución que desembocaría fatalmente en el desastre.

Comprendo que se tenga cierta predilección por Viena, pero cuando se tienen que tomar decisiones de gran alcance político, no hay que dejarse guiar más que por la fría razón. Por tal motivo, todo cuando Viena ha arrebatado a las provincias tiene que volver a sus puntos de origen.

Por otra parte, no puedo admitir ninguna clase de competencia entre Viena y Berlín. Berlín es la capital del Reich y lo seguirá siendo. Durante algún tiempo tuve la idea de edificar en otro sitio la capital del Reich, y pensé en principio en las orillas del lago Müritz, en Meklemburgo. Pero Speer me disuadió de ello, pues el terreno es tan desfavorable para la construcción como el del propio Berlín. Velaré para que Berlín adquiera todos los caracteres de una auténtica capital del Reich. Nada de esto proviene de una preferencia de orden sentimental. No puedo decir que tenga predilección por los vieneses ni por los berlineses. Me siento igualmente en mi casa en todos los rincones del Reich, y tengo para todos los alemanes un mismo amor, siempre que entre ellos no se levante nadie contra los intereses del Reich, de los cuales soy guardián. En esto, adopto la misma actitud que en el seno de mi propia familia. Pero si me doy cuenta de que una ciudad o una provincia tienen exigencias no razonables, de inmediato me levantaré contra ella.

No me salgan ustedes con que Viena ha hecho grandes sacrificios en esta guerra y con que sus hijos mueren con bravura. Este no es solamente el caso de los vieneses, sino el de todos los hijos de Alemania. Ello proviene de una clara y sana noción del deber. Es inútil lloriquear a este respecto. Me consideraría yo mismo como un mal hijo de mi patria si no esperase también de ella lo que espero de todos los alemanes.

Ningún *Gauleiter* debe esperar que yo le apoye, financieramente o de cualquier otra forma, más allá de lo que el interés del Reich exija. Si hago donación de un edificio a un pueblo o a una ciudad, no soy yo quien da —puesto que no soy más que un pobre diablo—; es el pueblo alemán por entero quien paga. Compréndanlo; ahí es donde reside mi responsabilidad.

¿Quién podría pretender que no estimo a Viena? He dado a Viena, por ejemplo, el hombre que creía más calificado para dirigir a esa población. Los vieneses son tan susceptibles que el solo hecho de que yo engrandezca Linz basta para contrariarles. Pero ello me deja frío. Soy imparcial con todas las poblaciones. Pero en Viena, precisamente, veo un peligro para el futuro, en el caso de que se concedan a esta ciudad ciertos privilegios.

Es de todo punto cierto que he sido recibido en Viena en medio del júbilo y del entusiasmo. Pero lo mismo ocurrió en Linz, en

Klagenfurt, en Hamburgo, en Colonia y por doquier. De todas formas, no se pretenderá de mí que conceda ventajas a una provincia o a una población so pretexto de la acogida que me ha dispensado. Eso no hay ni que decirlo, con tanto mayor motivo por cuanto su acogida se dirige al líder del Estado alemán. Naturalmente, el cálido recibimiento de Viena me alegró. Pero ello no ha de impedir que cumpla mi deber tal como lo concibo, en el único interés de la nación. ¿Qué tiene que ver el corazón con todo ello?

He dicho a Heigruber: «Linz debe todo cuanto posee y todo cuanto poseerá al Reich. Por eso Linz tiene que encarnar la idea del Reich. En la fachada de cada edificio habría que grabar esta inscripción: «Donativo del Reich alemán». Linz reconoce esta situación. He aquí un ejemplo. Leí en el *Linzer Tagespost* que un artista de cabaret había atacado solapadamente a los berlineses. Aquel periódico añadía que no se admitía en Linz que tratasen a la capital del Reich de aquella forma. Así es como se portan en Linz. Existe el derecho a la crítica, pero no el de envilecer. La horrible secuela de las querellas de campanario y de las rivalidades nacionales aún se deja sentir. Este es un peligro que podría incluso renacer después de la guerra; por eso, desde ahora, hay que esforzarse por eliminar todo cuanto pueda servir de pretexto para ello.

Treitschke dijo un día: «Alemania tiene ciudades, pero no tiene capital». Añado a esto que ha de tenerla y la tendrá. Ya me cuidaré yo de que ninguna población de Alemania pueda rivalizar con la capital del Reich.

He examinado unos proyectos concernientes a Viena, pero que exigirían del Reich un apoyo financiero de tal envergadura que jamás admitiré sea concedido a una ciudad que no sea la capital del Reich. Actuar de otra forma no tendría excusa. Es evidente que la ciudad de Viena tiene que ser saneada y que hay que suprimir sus barrios insalubres. Eso se hará. Ya he expulsado a los judíos de Viena, pero me gustaría que los mismos checos se fuesen. Si se edifica en Viena, sería de todas formas un error pretender eclipsar los monumentos de la ciudad imperial.

Sería un crimen por mi parte utilizar el dinero del Reich para crear una situación que un día pudiese amenazar la unidad del Reich. Por lo tanto, mi filosofía de la historia y mi sentido político me prohíben actuar de distinta forma de la que estoy actuando.

Schirach, tiene usted el deber de velar por que Viena conserve su nivel cultural. Yo tengo el deber de preservar los intereses del Reich. Espero de cada *Gauleiter* que comprenda esto. Para realizar grandes cosas, hay que saber quemar las naves tras de sí. Hay que saber desembarazarse de toda sensibilidad superflua. Es la razón la que ha de tener la última palabra.

V - 13 de marzo a 29-30 de noviembre de 1944

324. 13 DE MARZO DE 1944, A MEDIODÍA

Un enjambre de actores de cine. – Inutilidad de la crítica de arte. – El *Freischütz* de Weber y *Carmen* de Bizet.

Suele decirse que, entre nuestros actores de cine, no poseemos intérpretes para determinados papeles, por ejemplo, para el de héroe. Ese tipo de artistas no existe por lo visto entre nosotros. Nada más erróneo. Pero para encontrarlo hay que empezar por buscarlo. El error de los directores es querer elegir siempre en la misma cantera: actores de teatro y comparsas. Hay que buscar en otras direcciones, puesto que esos intérpretes los tenemos. Basta con pensar en los magníficos ejemplares humanos que poseemos todavía en nuestros regimientos, después de cinco años de guerra.

Hace algunos años —era antes de la guerra— pasé por las proximidades de un campo del Servicio del Trabajo, en Bergdorf. En el acto mi coche se vio rodeado por un enjambre de jóvenes curtidos por el sol. Les hice a mis acompañantes la siguiente reflexión: «¿Por qué nuestros directores no vienen a lugares como éste a descubrir talentos? En un par de años sería factible transformar a uno de estos jóvenes en un consumado actor, aunque sólo fuese para un papel determinado para el que buscan una estrella». En este terreno, Leni Riefensthal hace lo que es debido. Recorre por sí misma los pueblos para sacar de allí actores para sus papeles de campesinos.

Por definición, la opinión de un crítico de arte no puede ser considerada como una verdad demostrada e inatacable. Su crítica no expresa más que un punto de vista personal y solamente tiene valor para él mismo. Si en diez periódicos diferentes, diez críticos distintos dan su opinión sobre una obra, ello arrojará diez opiniones diferentes, a menos que los interesados se hayan puesto de acuerdo. ¿Qué valor representa ello? Ninguno en absoluto. Olvidamos demasiado fácilmente que los antiguos ignoraban la crítica de arte. Partían de la idea de que una obra debe consolidarse por su propio valor. Esta es una forma de selección natural. La crítica, dado su desarrollo desde principios del siglo XIX, significa o bien la muerte de la obra de arte, o bien el descrédito de la prensa. La obra de arte no tiene nada que ganar, sino todo que perder, si se la lleva

constantemente en berlina. La prensa, por otra parte, no puede ser tomada en serio por el público, puesto que no cesa de decir cosas contradictorias. Si nos viésemos privados de los críticos de arte, no perderíamos gran cosa.

Cuando una crítica lleva una firma célebre, puede tener resultado desacreditar a un artista en el ánimo del público, quizá para veinte años. No nos faltan ejemplos a este respecto. ¡Cuántos artistas que hoy admiramos fueron pisoteados al principio por esos oráculos! Lo que es cierto para los artistas lo es también para las obras. Recordemos simplemente que una crítica de E. T. A. Hoffmann bastó para comprometer el éxito de *Der Freischütz*. Y sin embargo, aquella obra, con sus profundas resonancias, lo reunía todo para gustar al romántico Hoffmann. Pensemos en Richard Wagner y en la forma en que le hicieron trizas los críticos durante décadas enteras. Si no hubiese encontrado alguien que le comprendió sin reservas, ¡quién sabe si Wagner hubiera podido continuar su obra! *Carmen*, de Bizet, tuvo una suerte análoga. Ahora bien, los críticos que tan mal acogieron esas obras son totalmente desconocidos hoy.

325. 23 DE MARZO DE 1944, A MEDIODÍA

Encantos de los países renanos. – Otras regiones de Alemania. – Los maravillosos paisajes de Bohemia y Moravia.

Vi el Rin por primera vez en el año 1914, cuando partí como soldado hacia el frente del oeste. La sensación que experimenté al ver ese río del destino quedará eternamente grabada en mi mente. La gentileza y la espontaneidad de los renanos me causaron también una profunda impresión. En todas partes nos recibieron y nos agasajaron de forma conmovedora. Por la noche, al llegar a Aquisgrán, hice la reflexión de que jamás olvidaría aquella jornada. En efecto, aquel recuerdo no me ha abandonado nunca, y se ha reavivado en cada ocasión en que he vuelto a las orillas del río. Sin duda ésta es una de las razones, aparte de la indudable belleza del paisaje, que casi cada año me llevaban hasta Renania.

Aparte de Renania, hay otras regiones de Alemania que me gustó mucho visitar: Kyffhäuser, los bosques de Turingia, el Harz y la Selva Negra. Es una sensación sublime recorrer los bosques, a decenas de kilómetros de toda aglomeración.

Durante aquellos viajes me encantaba pararme a merendar en el campo. Ello no era siempre tan sencillo. Solía ocurrir que nuestra columna de coches fuese perseguida durante horas por los automovilistas que querían ver a su Führer con plena libertad. Recurríamos a mil medios para deshacernos de aquellos amables seguidores. Por ejemplo, hacía entrar mi coche por algún camino

lateral mientras la columna proseguía su marcha. Los perseguidores pasaban uno después de otro tras todos los vehículos de la columna, y al no verme, aceleraban su marcha con la esperanza de encontrarme más lejos. De esta forma ganábamos algunas horas de tranquilidad. A veces teníamos mala suerte. Recuerdo que cierta vez, durante una de nuestras paradas, fuimos sorprendidos por toda una familia que iba a la busca de setas. No transcurrió mucho rato sin que aquella buena gente conmocionase a todo el pueblo vecino. Llegaban de todas partes, gritando sus *¡Heil!*

Es una lástima que haya tan pocos alemanes que conozcan realmente su patria. Desde 1938 el número de regiones pintorescas en el Reich se ha acrecentado considerablemente. Además de Austria, hay que pensar en los maravillosos paisajes de Bohemia y de Moravia, que tan pocos alemanes conocen. ¿Qué se sabe, por ejemplo, de los bosques de Bohemia? Quizá alguien habrá leído que existen en ellos trozos de selva virgen, pero ¿cuántos han ido allí? Tengo una colección de fotografías de esos bosques. Parecen vistas tomadas en una selva tropical. El alemán que hiciese cada año un viaje necesitaría toda la vida para conocer las bellezas de Alemania.

326. 16 DE MAYO DE 1944, POR LA NOCHE

> Investigación y enseñanza. – El Estado debe alentar la libre investigación. – Las dos labores del investigador y del profesor. – Kant, Schopenhauer y Nietzsche. – Necesidad de una enseñanza dirigida por el Estado. – Mis relaciones con los economistas. – Giro de los economistas.

Es falso que la investigación y la enseñanza sean indisolubles. Una y otra tienen funciones totalmente diferentes. No son los mismos hombres quienes se consagran a una y otra; y el Estado debe tratarlas desde ángulos diferentes.

El Estado no puede poner trabas al espíritu de investigación. La investigación tiene que ser libre. Sus aportaciones son la expresión de la verdad, y lo que es verdad no puede ser perjudicial. El deber del Estado es apoyar la investigación científica y alentarla por todos los medios, incluso cuando sus resultados no sean inmediatos o beneficiosos material y económicamente. Tales resultados quizá no produzcan su efecto hasta la próxima generación, y acaso representen entonces un tremendo progreso.

En cambio, y desde el punto de vista del Estado, no puedo en manera alguna conceder una libertad absoluta a la enseñanza. En este terreno, la frontera de la libertad que se puede tolerar termina en el lugar donde comienza el interés del Estado. Esta libertad no puede ser, por lo tanto, ilimitada. La enseñanza no podrá jamás reivindicar los privilegios que concederé siempre, ocurra lo que ocurra, a la investigación.

Los atributos del profesor y del investigador son esencialmente diferentes. Es raro que ambos cohabiten en la misma persona. Por naturaleza, el investigador es reservado. Para él nada está definido, todo lo pone entre interrogantes. Es más bien desconfiado, circunspecto, dotado para la autocrítica, y siente inclinación por la soledad.

El profesor es muy diferente. No se preocupa gran cosa del infinito y de sus misterios, ni de nada de cuanto le pueda desbordar y aplastar. Su papel consiste en transmitir a otros unos conocimientos de alcance limitado, y generalmente a seres que le son muy inferiores en cultura. Por tal motivo, el profesor tiene tendencia a hablar pedantemente.

Hay investigadores geniales desprovistos de todo talento para enseñar. Otros hombres tienen un don pedagógico extraordinario, pero carecen completamente de la chispa del genio. Ello no impide en lo más mínimo que tanto unos como otros, en sus esferas respectivas, realicen grandes cosas para el conocimiento humano.

En mi opinión, la libertad no debe quedar limitada al solo campo de las ciencias naturales. Tiene que extenderse también al terreno del pensamiento, al primer plano de la filosofía. Ésta, en su esencia, no es más que una prolongación de las investigaciones científicas. Partiendo de las premisas sentadas por la ciencia, y con la ayuda única del razonamiento, se halla en condiciones de construir una representación del mundo. Las fronteras entre esas dos disciplinas no están muy netamente delimitadas; son esencialmente móviles.

En el gran vestíbulo de la Biblioteca de Linz se pueden ver los bustos de Kant, Schopenhauer y Nietzsche, nuestros más grandes pensadores. Los ingleses, los franceses y los americanos no son capaces de alinear filósofos de esa talla. El mayor servicio que nos ha hecho Kant es su completa refutación de las enseñanzas heredadas de la Edad Media y de la filosofía dogmática de la Iglesia. Partiendo de la teoría del conocimiento de Kant, Schopenhauer edificó su sistema. Fue él quien pulverizó el pragmatismo de Hegel. Durante toda la primera guerra mundial llevé conmigo las obras completas de Schopenhauer. Aprendí mucho de él. Nietzsche ha superado maravillosamente el pesimismo de Schopenhauer. Por otra parte, creo que ese pesimismo no procede solamente del sistema de Schopenhauer, sino que tiene un origen de orden subjetivo, en relación con experiencias personales desafortunadas.

Es costumbre en Alemania que los estudiantes, en el transcurso de sus estudios, puedan pasar de una universidad a otra, al contrario de lo que ocurre en otros sitios. Pero es falso pretender que esto basta para salvaguardarlos de la uniformidad de la enseñanza y los peligros de la inteligencia reglamentada. De hecho, incluso cuando los profesores de las facultades se combaten unos a otros, ello no significa que no beban todos de las mismas fuentes. Con los economistas fue con los que realicé personalmente esta experiencia. Debía de ser por el año 1929. Habíamos publicado un folleto sobre cuestiones de economía política. Varios profesores de nuestras universidades se pusieron de acuerdo para firmar una circular en la

cual tomaban postura contra nuestros proyectos de reforma. Intenté una vez hablar en serio con Zwiedineck, uno de los más importantes y que tenía fama de revolucionario entre ellos. Fue catastrófico.

En aquel tiempo, el Estado había contratado un empréstito de dos millones setecientos mil marcos para financiar la construcción de una carretera. Dije que consideraba aquel sistema de financiación una gran locura. El trozo de carretera así construido duraría tal vez quince años, pero la amortización del capital empleado duraría ochenta. De esta forma se eludía una dificultad inmediata, transfiriendo las cargas de la misma a los hombres de la nueva generación, e incluso de la siguiente. Insistí en el hecho de que nada era peor que semejante sistema y que lo que importaba era que el Estado adoptase medidas radicales para hacer caer el tipo de interés de una forma no menos radical, con el fin de descongelar los capitales.

Demostré que el patrón oro, la cobertura de la moneda, eran puras ficciones y que me negaba en el futuro a considerarlas como venerables e intangibles; que a mis ojos el dinero no representaba nada más que la contrapartida de un trabajo y que no tenía por lo tanto valor más que en la medida en que representase un trabajo realmente efectuado. Precisé que allí donde el dinero no representaba trabajo, para mí carecía de valor.

Zwiedineck se quedó horrorizado al oírme. Me explicó que mis ideas conmovían las nociones más sólidamente establecidas de la ciencia económica y que su aplicación llevaría inevitablemente al desastre de la política económica mundial.

Cuando, después de la toma del poder, tuve ocasión de traducir en hechos mis ideas, los economistas no sintieron el menor empacho, después de haber dado un giro completo, en explicar científicamente el valor de mi sistema.

327. 17 DE MAYO DE 1944, POR LA TARDE

Nuestra política religiosa. – El Estado desaprovecha una oportunidad. – Modernismo.

A lo largo del curso de la historia alemana, el Estado apenas ha tenido ocasiones de ejercer influencia alguna sobre la evolución interna de la Iglesia. Quizá la mayor ocasión fue la que se produjo durante el período del modernismo, hacia 1907-1909. Es cierto que el movimiento modernista era en muchos aspectos una mera reaparición del antiguo modo de vivir católico; pero en otros muchos aspectos era algo completamente nuevo. Si el Estado hubiera tenido entonces habilidad para explotar en beneficio propio tales aspiraciones, probablemente se hubiera visto en condiciones de crear una Iglesia nacional alemana totalmente independiente de

Roma. No hay que olvidar que los modernistas, en sus deseos de llegar a un acuerdo con la Iglesia evangelista eran de lo más sincero; el Estado tuvo entonces una oportunidad dorada para lanzar un puente entre estas dos fes cristianas. Pero el Estado era demasiado débil y perdió su oportunidad. Nadie tuvo la visión necesaria para aferrar la oportunidad y aprovecharla todo lo posible; de modo que el juego quedó fácilmente en manos de la Iglesia establecida, que no tenía sino que seguir amenazando y excomulgando. Pues un cura cincuentón y apartado del sacerdocio no aguanta nada.

Los propios modernistas estaban tan atormentados por las amenazas que también ellos se vieron obligados a someterse. La ira de la Iglesia no es en la vida una amenaza inútil; ante una verdadera crisis la Iglesia no se limita a amenazar con el fuego del infierno y del purgatorio en el más allá, sino que dispone de medios tangibles para hacer desgraciadas las vidas de sus víctimas también en este mundo. El movimiento modernista se deshizo de modo gradual, y el golpe mortal se lo dio la introducción del juramento de absoluta obediencia a los principios de la Iglesia que se impuso a todos los sacerdotes que se ordenaban.

328. NOCHE DEL 29-30 DE NOVIEMBRE DE 1944

> Jesús y san Pablo. – El cristianismo, una maniobra judía. – Cristianismo y comunismo. – El nacionalsocialismo, enemigo implacable de todo lo judío.

Jesús desde luego no era judío. Los judíos nunca hubieran entregado a los tribunales romanos a alguien de su propio pueblo; lo hubieran condenado ellos mismos. Es sumamente probable que en Galilea vivieran gran número de descendientes de legionarios romanos, galos en su mayoría, y probablemente Jesús era uno de ellos. Su madre bien pudo haber sido judía.

Jesús luchó contra el materialismo de su época, y en consecuencia contra los judíos.

Pablo de Tarso, que inicialmente fue uno de los enemigos más encarnizados de los cristianos, de repente se percató de las enormes posibilidades del uso inteligente y con otros fines de una idea que tan gran poder de fascinación mostraba. Se dio cuenta de que la explotación calculada de esta idea entre no judíos le daría mucho más poder en el mundo del que daría a los propios judíos la promesa de beneficios materiales. Fue entonces cuando el futuro san Pablo deformó con diabólica astucia la idea cristiana. Además de dar origen a esta idea, que era una declaración de guerra al becerro de oro, al egoísmo y al materialismo de los judíos, creó un punto de unión de todo tipo de esclavos en contra de la elite, los amos y las autoridades dominantes. La religión que montó Pablo de Tarso y que

posteriormente se llamaría cristianismo no es sino el actual comunismo.

Bormann intervino. Los métodos judíos, dijo, en lo esencial nunca han variado. En todas partes habían agitado a la plebe contra las clases gobernantes. En todas partes habían estimulado el descontento contra el poder establecido. Pues ésas eran las semillas que producían la cosecha que ellos esperaban recoger. En todas partes atizaban las llamas del odio entre pueblos de la misma sangre. Fueron ellos quienes inventaron la lucha de clases, y por ello el rechazo de esta teoría siempre sería una medida antijudía. Del mismo modo, cualquier doctrina que fuera anticomunista, cualquier doctrina que fuera anticristiana, había de ser también ipso facto antijudía. La doctrina nacionalsocialista era, en consecuencia, antijudía in excelsis*, pues era tanto anticomunista como anticristiana. El nacionalsocialismo, que era sólido hasta su núcleo, tenía toda su fuerza concentrada contra los judíos, incluso en asuntos que parecieran de tipo puramente social y destinados al fomento de los servicios sociales del pueblo alemán. El Führer concluyó:*

Burgdorff acaba de pasarme una publicación que trata de las relaciones entre comunismo y cristianismo. Es tranquilizador ver que, incluso en estos días, la inteligencia humana cada vez percibe más claramente la fatal relación entre ambos.

Índice biográfico

Principales personajes citados

ABEGG: baronesa perteneciente al círculo de Dietrich Eckart.
ABETZ, OTTO: embajador alemán ante el gobierno de la Francia ocupada a partir de 1940.
AHRENBERG: príncipe nazi alemán de la primera época.
ALFIERI, DINO: diplomático italiano.
ALVENSLEBEN, VON: teniente coronel alemán.
AMANN, MAX: jefe del departamento de prensa del partido nazi.
ANTONESCU, ION: mariscal y político rumano, hizo abdicar a Carol II y se proclamó dictador (1940). Dio apoyo al Eje contra la Unión Soviética. Fusilado en 1946.
ARENT, BENNO VON: profesor y escenógrafo alemán.
ARMINIO: jefe germano y militar romano, aniquiló las tres legiones de Varo en el bosque de Teotoburgo (9 d.C.). Se le considera liberador de Germania.
ATATURK, MUSTAFA KEMAL: estadista turco, modernizador de su país en las décadas de 1920 y 1930.
AUER, EARHARD: político bávaro.
AXMANN, ARTHUR: dirigente de las juventudes del partido nazi.

BACKE, HERBERT: dirigente nazi y subsecretario de Estado.
BALBO, ITALO: militar y político italiano. Fue ministro de Aviación (19261935) y gobernador de Libia (1939). Murió al ser derribado su avión por error en 1940.
BALDWIN, STANLEY: político conservador británico, fue varias veces primer ministro en el período de entreguerras.
BAUR, capitán: piloto de Hitler.
BEAVERBROOK, lord: propietario de periódicos y político británico, ocupó varios ministerios durante la guerra.
BECHSTEIN, CHARLOTTE: perteneciente a la conocida familia de fabricantes de pianos y al círculo de amigos de Dietrich Eckart.
BENES, EDVARD: estadista checoslovaco, fue presidente de la república (1935-1938) y luego del gobierno en Londres y en Praga (1944-1945).
BERNHARD: príncipe, esposo de la reina Juliana, reinante en los Países Bajos y forzada al exilio tras la ocupación alemana.
BERTRAM, ADOLF: cardenal y príncipe arzobispo de Breslau.
BISMARCK, OTTO-LEOPOLD: estadista alemán, logró la unidad de Alemania y proclamó el Imperio alemán (1871).

BLASCHKE, HUGO: oficial de las SS y dentista de Hitler.
BLOMBERG, WERNER VON: general y ministro de la Guerra alemán (19381943). Hitler forzó su dimisión pretextando su matrimonio con una antigua prostituta.
BOCK, VON: pintor alemán.
BODE, WILHELM VON: director de los museos de Berlín en tiempos del káiser.
BODENSCHATZ, KARL HEINRICH: general de la Luftwaffe entre 1938 y 1942.
BORIS III: rey de Bulgaria (1918-1943). Durante la guerra su régimen autoritario pactó con Alemania. Murió asesinado por los nazis.
BORMANN, MARTIN: jefe de la Cancillería y hombre de confianza de Hitler, en especial al final de la guerra; bajo su dirección se registraron estas conversaciones.
BÖTTICHER, FRIEDRICH VON: general alemán, agregado militar en Washington.
BOUHLER, PHILIPP: funcionario nazi, jefe de la Cancillería alemana. BRANDT, KARL: médico de Hitler, tuvo destacados cargos en la sanidad nacional. Fue condenado a muerte en Núremberg.
BRAUCHITSCH, WALTER VON: mariscal y jefe de Estado Mayor del ejército alemán (1938-1941), fue destituido por Hitler tras el fracaso ante Moscú.
BREKER, ARNO: arquitecto y escultor alemán.
BRUCKMANN, ELSA: esposa de un editor alemán, temprano seguidor de Hitler. BRÜCKNER, WILHELM: oficial de las SS, ayudante de Hitler.
BRÜNING, HEINRICH: político alemán, fue canciller del Reich (1930-1932) y exiliado en 1934.
BÜRCKEL, JOSEF: *Gauleiter* de Westmark.
BURGDORFF, WILHELM: teniente general alemán, ayudante de campo de Hitler. BUSCH, FRITZ: director de orquesta alemán.

CANARIS, WILHELM: almirante y jefe de información militar alemán (1935-1944), participó en el complot contra Hitler (1944) y fue ejecutado.
CAROL II: rey de Rumania (1930-1940). Los alemanes, a los que su régimen apoyaba, le obligaron a abdicar.
CHAMBERLAIN, ARTHUR NEVILLE: político británico; siendo primer ministro intentó mantener la paz haciendo concesiones a Hitler (pacto de Múnich, 1938) y acabó declarando la guerra a Alemania.
CHAMBERLAIN, EVA: hija de Richard Wagner y esposa de H. S. Chamberlain.
CHAMBERLAIN, HOUSTON STEWART: escritor alemán de origen británico, fue uno de los inspiradores del ideario nazi.
CHANG KAI CHEK: estadista y militar chino. Como presidente del gobierno conservador de Nankin, en los años veinte y treinta combatió a los comunistas.

CHURCHILL, RANDOLPH: hijo de Winston Churchill; participó en la guerra.
CHURCHILL, WINSTON: estadista británico. Como primer ministro, durante la segunda guerra mundial guió a su país y a los aliados hasta la victoria. CIANO, EDDA: esposa de Galeazzo Ciano, hija de Mussolini.
CIANO, GALEAllO: político fascista italiano; siendo ministro de Exteriores (1936-1943) se opuso a la continuación de la guerra y fue fusilado por orden de su suegro, Mussolini.
CLAUSEN, FRITS: político danés, miembro del partido nacionalsocialista.
CLEMENCEAU, GEORGES: militar y político francés, fue varias veces jefe de gobierno; tras la primera guerra mundial negoció el tratado de Versalles (1919).
CODREANU: político nacionalsocialista rumano, fundador de la Guardia de Hierro; asesinado en 1938.
CORINTH, LOVIS: pintor alemán; sus cuadros combinaban academicismo y naturalismo.
CRAMER-KLETT, THEODOR VON: terrateniente e industrial alemán.
CRIPPS, STAFFORD: político laborista británico, fue embajador en Moscú (1941) y ministro de Producción Aeronáutica (1942-1945).
CRÜWELL, LUDWIG: general del Afrika Korps capturado por los británicos en 1942.

DAHN, FELIX: escritor alemán del siglo XIX.
DALADIER, ÉDOUARD: político radical-socialista francés. Siendo presidente del gobierno cedió a las exigencias de Hitler y firmó el pacto de Múnich (1938); en 1939 declaró la guerra a Alemania.
DARANOWSKI, GERDA (con las iniciales «G.D.»): una de las secretarias de Hitler, casada con el general Christian.
DARLAN, FRANÇOIS: almirante francés, fue comandante de la flota (19361940) y jefe de gobierno (1940). Se unió a los aliados tras su desembarco en África. Murió asesinado en Argel (1942).
DARRÉ, RICHARD WALTHER: ministro alemán de Agricultura (1933-1942), fue condenado a 7 años de prisión en Núremberg.
DE GAULLE, CHARLES: general y político francés, tras la derrota pasó a Inglaterra (junio de 1940), donde se unió a los aliados y encabezó la resistencia francesa.
DEGRELLE, LÉON: político fascista belga, combatió con las Waffen SS en el frente oriental.
DETERDING, sir HENRY: empresario holandés, fue a partir de 1899 uno de los magnates mundiales del petróleo.
DIETL, EDUARD: general alemán de tropas de montaña.
DIETRICH, OTTO: jefe de prensa del partido nazi y secretario de Estado para la Prensa; condenado a 7 años de prisión en Núremberg.

DIETRICH, SEPP: alto oficial de las SS, estuvo al mando de una división blindada Waffen SS.
DINCKLAGE: propagandista del partido nazi.
DINTER, ARTHUR: dirigente de segunda fila de los primeros tiempos del partido nazi.
DIRKSEN, HERBERT VON: embajador alemán en Londres entre 1938 y 1939.
DODD, WILLIAM EDWARD: embajador estadounidense en Alemania.
DORPMÜLLER, JULIUS: ministro alemán de Transportes entre 1937 y 1945.
DRAGANOV, PARVAN: coronel, embajador búlgaro en Berlín.
DREXLER, ANTON: uno de los creadores del partido nazi.
DUFF COOPER, ALFRED: político conservador británico, dimitió como Primer Lord del Almirantazgo tras el pacto de Múnich (1938).

EBERT, FRIEDRICH: político socialdemócrata alemán, contribuyó al derrocamiento de la monarquía y fue presidente de la república de Weimar (1919-1925).
ECKART, DIETRICH: escritor y amigo temprano de Hitler, celebraba en su casa reuniones sociales de destacados militantes nazis.
ECKART, SIMON: banquero, primo del anterior.
EDEN, ANTHONY: político conservador británico, abandonó el ministerio de Exteriores (1935-1938) por ser enemigo de la política apaciguadora de Chamberlain. Volvió a ocuparlo entre 1940 y 1945.
EICKENBERG: chófer de Hitler.
EISNER, KURT: dirigente comunista bávaro asesinado en 1919.
ELTZ VON RÜBENACH, PAUL: ministro alemán de Comunicaciones.
EPP, RITTER FRANZ VON: regente de Baviera.
ERZBERGER, MATTHIAS: político católico alemán pronazi; fue ministro de Finanzas.
ESSER, HERMANN: subsecretario del ministerio de Propaganda alemán.

FAULHABER, MICHAEL VON: cardenal arzobispo de Múnich.
FEDER, GOTTFRIED: economista teórico alemán, fue inspirador de la doctrina económica del partido nazi.
FEDERICO II: rey de Sicilia (1197-1250) y emperador germánico (12201250).
FEDERICO II EL GRANDE: rey de Prusia (1740-1786) y creador del ejército prusiano.
FEDERICO GUILLERMO II: sucesor de Federico el Grande en el trono de Prusia (1786-1797).
FEDERICO GUILLERMO IV: rey de Prusia (1840-1861).
FERNANDO DE SAJONIA-COBURGO: rey de Bulgaria (1908-1918), abdicó tras la primera guerra mundial.
FICK, RODERICH: arquitecto alemán responsable de la construcción de numerosos edificios para el Obersalaberg de Hitler, así como del nuevo diseño de la ciudad de Linz.

FORSTER, ALBERT: *Gauleiter* de Dánzig-Prusia Occidental.
FRANCISCO JOSÉ I: emperador de Austria (1848-1916).
FRANCO, FRANCISCO: general español; vencedor en la guerra civil (1936-1939), envió una división al frente del este en ayuda de Alemania.
FRANÇOIS-PONCET, ANDRÉ: diplomático francés, fue embajador en Berlín (1931-1938) y Roma (1938-1940).
FRANK, HANS: dirigente nazi, fue gobernador general de Polonia (1939). Condenado a muerte en Núremberg.
FRANK, RICHARD: mayorista alemán del mercado del maíz.
FRAUENFELD, ALFRED EDUARD: *Gauleiter* del Tirol del sur.
FREISSLER, ROLAND: magistrado nazi, presidió el tribunal que condenó a los participantes en el complot contra Hitler (1944); murió en un bombardeo.
FRICK, WILHELM: ministro del Interior en el primer gobierno de Hitler (1933-1945); condenado a muerte en Núremberg.
FRICKE, KURT: almirante alemán.
FRITSCH, WERNER VON: general alemán y jefe del Estado Mayor (19331938); Hitler forzó su sustitución.
FUNK, WALTER: consejero político y económico de Hitler y ministro de Economía (1937-1945). Condenado a cadena perpetua en Núremberg.
FURTWÄNGLER, WILHELM: director de orquesta alemán.

GALEN, VON: obispo de Münster.
GALLAND, ADOLF: as de la aviación de caza alemana, a los 30 años fue ascendido a general y nombrado inspector general de la Luftwaffe.
GANSSER, EMIL: amigo de Dietrich Eckart, a cuyo círculo pertenecía.
GAUSE: general alemán.
GERBECK: secretaria de Hitler.
GERCKE: general alemán.
GEREDE: embajador turco en Alemania.
GEREKE: comisario de Trabajo en el primer gobierno de Hitler (1933).
GIESLER: arquitecto y profesor alemán.
GIRAUD, HENRI: general francés; prisionero de los alemanes, se evadió (1942) y pasó a Argelia.
GNEISENAU, AUGUST VON: general y organizador del ejército prusiano en el siglo XIX.
GOEBBELS, JOSEPH: hombre de confianza de Hitler y jefe de propaganda del partido nazi (1928), fue ministro de Propaganda (1937-1945). Al final de la guerra se suicidó.
GOERDELER: alcalde de Leipzig y organizador del complot contra Hitler (20 de julio de 1944); fue ejecutado.
GOERING, HERMANN: uno de los principales colaboradores de Hitler. Fue ministro del Aire (1933), comandante de la Luftwaffe (1935) y jefe de la economía de guerra (1940). Condenado a muerte en Núremberg, se suicidó.

GOLTZ, COLMAR VON DER: conde y mariscal alemán, fue gobernador militar de Bélgica en 1914.
GROCK: célebre payaso.
GUILLERMINA: reina de los Países Bajos (1890-1948), se refugió en Londres durante la guerra.
GUILLERMO II: emperador de Alemania (1888-1918). En 1914 declaró la guerra a Francia y a Rusia; su derrota y abdicación pusieron fin al Imperio alemán.
GÜRTNER, FRANZ: político alemán, fue ministro de Justicia hasta 1941.
GUSTAVO V: rey de Suecia (1907-1950), país que se mantuvo neutral en las dos guerras mundiales.

HABSBURGO, OTTO DE: jefe de la casa imperial de Austria durante la segunda guerra mundial.
HACHA, EMIL: presidente de Checoslovaquia. Llamado por Hitler a Alemania (1939), fue obligado a aceptar el protectorado alemán sobre Bohemia y Moravia.
HALIFAX, EDWARD FREDERICK LINDLEY, lord: político británico, sucedió en el ministerio de EXteriores a Eden por estar éste en desacuerdo con Chamberlain (1938-1940). Luego fue ministro de Información (19401941) y embajador en Francia (1944-1947).
HAMMERSTEIN, KURT VON: general alemán.
HANFSTAENGL, ERNST FRANZ SEDWICK (PUTZI): aristócrata alemán, amigo de Hitler en la época de su lucha por el poder y luego jefe de prensa.
HAUSSER: político alemán.
HEIM, HEINRICH: estenógrafo del cuartel general de Hitler.
HELD: jefe del gobierno bávaro.
HELLDORF, WOLF HEINRICH VON, conde: jefe de policía de Berlín.
HENDERSON, NEVILLE: embajador británico en Berlín (1937-1939).
HESS, RUDOLF: uno de los principales colaboradores de Hitler. En 1941 marchó en avión a Escocia, donde se entregó. Condenado en Núremberg a cadena perpetua.
HEWEL, WALTER (citado con las iniciales «W.H.»): diplomático alemán, representante de Von Ribbentrop en el cuartel general de Hitler.
HEYDEN, ERHARD: organizador de la escolta de Hitler.
HEYDRICH, REINHARD: alto mando de las SS. Siendo protector de Bohemia-Moravia fue muerto por resistentes checos (1942).
HIERL, KONSTANTIN: jefe del Servicio de Trabajo alemán.
HILDEBRANT, FRIEDRICH: *Gauleiter* de Mecklemburgo.
HILFERDING, RUDOLF: economista y político socialista alemán; fue ministro de Finanzas (1923, 1928-1929).
HILGER, GUSTAV: diplomático alemán destinado en Moscú, iniciador de las conversaciones que llevaron al pacto germano-soviético (1939).
HIMMLER, HEINRICH: fue uno de los principales colaboradores de Hitler. Jefe de la Gestapo (1934) y de la policía (1936),

organizó los campos de concentración y los de exterminio. Al final de la guerra se suicidó.

HINDENBURG, PAUL VON: mariscal alemán y presidente del Reich (1925), en 1933 nombró canciller a Hitler.

HINDENBURG, PAUL VON: hijo del anterior.

HOARE, SAMUEL: diplomático británico. Fue Primer Lord del Almirantazgo (1936), secretario de Estado del Interior (1937) y embajador en España (1940-1944).

HOETZENDORF, CONRAD VON: jefe de Estado Mayor del imperio austrohúngaro durante la primera guerra mundial.

HOFFMANN, MAX: subsecretario de Estado en Baviera (1918).

HOFFMANN VON FALLERSLEBEN, AUGUST-HENRICH: poeta y autor de la letra del himno nacional alemán (1841).

HOFFMANN, WALTER: director de la Academia de Bellas Artes alemana.

HOFFMANN, HEINRICH: fotógrafo oficial del partido nazi y amigo personal de Hitler.

HOLSTEIN, FRIEDRICH VON: diplomático alemán del siglo XIX.

HÖRBIGER, HANS: ingeniero y científico austriaco. Sus extravagantes teorías sedujeron a nazis como Himmler y Hess.

HORE-BELISHA, LESLIE: político liberal británico, ministro de Transportes (1934-1937) y secretario de Estado para la Guerra (1937-1940). De origen judío.

HORTHY, MIKLOS: almirante y político húngaro, regente de su país desde 1920. Aunque hostil al nacionalsocialismo, en 1944 aceptó la ocupación alemana.

HUGENBERG, ALFRED: político alemán, fue ministro de Agricultura y Alimentación (1933-1934).

HUTTEN, ULRICH VON: reformador alemán del siglo XVI.

INNITZER, THEODOR: cardenal arzobispo de Viena.

JANNINGS, EMIL: actor teatral y cinematográfico alemán.

JESCHONNEK, HANS: general de la Luftwaffe.

JODL, ALFRED: jefe del Estado Mayor del ejército, él y Keitel fueron los militares más cercanos a Hitler. Como jefe de operaciones (1938-1945) firmó la capitulación alemana. Condenado a muerte en Núremberg.

JOSÉ II: emperador de Austria (1765-1790).

JUNGE: criado de Hitler.

JUNKER, OTTO: fabricante de aviones alemán.

JURY, HUGO: *Gauleiter* del Donbass.

KAHR, GUSTAV VON: jefe del gobierno bávaro durante el *putsch* de Múnich (1923), fue asesinado por las SS (1934).

KÁISER: véase Guillermo II.

KALLAY, NIKOLAUS VON: jefe de gobierno húngaro (1942).

KAUTSKY, KARL: escritor y teórico del socialismo alemán; perseguido por los nazis, murió en el exilio (1938).

KAYSSLER, FRIEDRICH: actor alemán.
KEITEL, WILHELM: mariscal y jefe supremo de la Wehrmacht (1938-1945), él y Jodl fueron los principales colaboradores militares de Hitler. Condenado a muerte en Núremberg.
KEMNITZ, MATHILDE VON: escritora alemana, entusiasta de la mitología germánica e inspiradora del nacionalismo de Ludendorff, su marido.
KEMPKA, ERICH: chófer de Hitler.
KENT, duque de: padre de Victoria, reina de Inglaterra.
KEPPLER, WILHELM: consejero económico de Hitler y alto funcionario del plan cuatrienal; condenado a diez años de cárcel en Núremberg.
KERRL, HANNS: ministro alemán de Asuntos Religiosos (1935).
KESSELRING, ALBERT: mariscal alemán; actuó sobre todo en Africa y el Mediterráneo (1941-1943) y en Italia (1943-1944).
KILLINGER, MANFRED VON: embajador alemán en Eslovaquia (1940-1941) y Rumania (1941-1944).
KIRDORF, EMIL: industrial alemán.
KLEINMANN, WILHELM: ministro de Transportes alemán.
KLIMSCH, FRITSCH: escultor alemán, uno de los más destacados del Jugendstil.
KLUGE, HANS VON: mariscal alemán, combatió en Polonia (1939), Francia (1940) y Rusia y, sustituyendo a Von Runstedt, en el frente occidental. Se suicidó en 1944.
KNAPPERTSBUSCH, HANS: director de orquesta alemán.
KOCH, ERICH: *Gauleiter* de Prusia Oriental.
KOCH, ROBERT: bacteriólogo alemán, descubridor del bacilo de la tuberculosis (1880).
KOLB: director del museo de Múnich.
KOLBE, GEORG: escultor alemán.
KRANCKE, THEODOR: almirante alemán.
KRAUS, KLEMENS: director de orquesta alemán.
KRIEBEL: temprano partidario de Hitler, ingresó en la diplomacia.
KRUPP, GUSTAV: industrial alemán. Ayudó a los nazis a llegar al poder y durante la guerra sus empresas se beneficiaron de la mano de obra esclava.
KUBE, WILHELM: jefe de las SS y de la policía de Bielorrusia.
KUMM, OTTO: oficial de las SS.
KURUSU, SABURO: diplomático japonés, embajador en Berlín (1939-1940) y en Washington.
KVATERNIK: político croata.

LAMMERS, HANS HEINRICH: colaborador cercano de Hitler; fue jefe de la Cancillería del Reich (1938-1945). Condenado a veinte años de cárcel en Núremberg.
LANZHAMMER, KARL: soldado, compañero de Hitler en la primera guerra mundial.
LAUTERBACHER, HARTMANN: *Gauleiter* de Hannover del Sur-Brunswick.

LEES, WILHELM VON: mariscal alemán; fue jefe de un grupo de ejércitos en el frente oriental.
LEHMANN, J. F: editor alemán.
LEOPOLDO III: rey de Bélgica (1934-1951). Tras la agresión nazi capituló, se declaró prisionero de los alemanes (1940) y se distanció del gobierno belga en el exilio.
LEY, ROBERT: *Gauleiter* de Renania y jefe de organización del partido nazi; se suicidó en 1945.
LIEBEL: alcalde de Núremberg.
LIEBIG, JUSTUS VON: químico alemán.
LINKLATER, ERIC: escritor británico y destacado nacionalista escocés.
LIPSKI, JÓZEF: embajador polaco en Berlín hasta 1939.
LITVINOV, MAXIMILIAN: ministro soviético de Exteriores (1930-1939) y embajador en Washington (1941-1943).
LITZMANN: general alemán.
LLOYD GEORGE, DAVID: político liberal británico. Durante la primera guerra mundial ocupó varios ministerios. Dimitió tras reconocer al estado libre de Irlanda (1921).
LOHSE, HEINRICH: *Gauleiter* de Schleswig-Holstein.
LORENZ, HEINZ: funcionario del Ministerio de Propaganda destinado en el cuartel general de Hitler.
LOSSOw, OTTO VON: general alemán.
LUCKNER, CONDE: marino alemán de la primera guerra mundial.
LUDENDORFF, ERICH: general alemán, destacado jefe de Estado Mayor durante la primera guerra mundial. Intervino con Hitler en el *putsch* de Múnich (1923).
LUEGER, KARL: político socialcristiano austriaco y alcalde de Viena (18971910).
LUIS I: rey de Baviera (1825-1848). Tras su abdicación, Lola Montes, su amante, fue expulsada del país.
LÜTGEBRUNE: abogado alemán.
LUTHER, HANS: presidente del banco nacional alemán.
LUTZE, VIKTOR: dirigente de las SA y rival de Roehm, a quien sucedió.

MAISKY, señora de: esposa de Harold Maisky, embajador soviético en Londres.
MAURICE, EMIL: militante veterano y criado de Hitler.
MEISSNER, OTTO: jefe de gabinete de la Cancillería de Hitler.
MIGUEL I: rey de Rumania (1927-1930 y 1940-1947). Entre 1940 y 1944 reinó bajo la tutela de Antonescu, que alió al país con Alemania.
MILCH, ERICH: general mariscal de campo alemán e inspector general de la Luftwaffe.
MOLA, EMILIO: general, organizó la sublevación militar con que empezó en España la guerra civil (julio de 1936). Dirigió los combates del frente norte hasta su muerte en accidente de aviación (1937).

MOLTKE, HELMUTH VON: mariscal y jefe de Estado Mayor prusiano (18001891).
MONTES, LOLA: bailarina de origen irlandés, fue amante de Luis I de Baviera. Tras abdicar éste (1848) fue expulsada del país.
MORELL, THEODOR: médico de Hitler.
MOSLEY, OSWALD: político, fue fundador y dirigente de un partido fascista británico. Durante la guerra estuvo internado.
MUFTI, GRAN: dirigente religioso musulmán de Oriente Medio que mantuvo relaciones con la Alemania nazi.
MÜLLER: obispo del Reich.
MÜLLER, ADOLF: impresor del partido nazi.
MUÑOZ GRANDES, AGUSTÍN: general español de simpatías falangistas. Fue el primer jefe de la División Azul española, enviada al frente del este para ayudar a los alemanes (1941-1943).
MUSSERT, ANTON: político nacionalsocialista holandés; colaboró con los ocupantes nazis (1940-1944) y fue ejecutado.
MUSSOLINI, BENITO: dictador italiano, implantó el régimen fascista (1922) y secundó las agresiones nazis, llevando a su país a la derrota. Murió a manos de guerrilleros italianos (1945).
MUTSCHMANN: *Gauleiter* de Sajonia.

NADOLNI: representante alemán en la Sociedad de las Naciones.
NEHRU, PANDIT: político indio, primer gobernante de la India independiente (1947).
NEURATH, KONSTANTIN VON: diplomático alemán, ocupó puestos destacados durante el régimen nazi e intervino en el complot contra Hitler (1944). Condenado a quince años de cárcel en Núremberg.
NIEMÖLLER, MARTIN: pastor alemán crítico con los nazis, estuvo internado largos años en un campo de concentración.
NOMURA, KICHISABURO: embajador japonés en Washington (1940).
NOSKE, GUSTAV: político socialdemócrata alemán, ayudó al ejército a reprimir la revolución espartaquista (1919).

OSHIMA, HIROSHO: embajador japonés en Berlín (1940).

PALLENBERG: actor austriaco de principios del siglo XX.
PAPEN, FRANZ VON: político alemán. Siendo canciller facilitó el acceso de Hitler al poder (1933), y como embajador en Austria (1936-1938) colaboró en el Anschluss. Fue juzgado en Núremberg y absuelto.
PEDRO II: rey de Yugoslavia (1934-1945), refugiado en Londres tras la invasión alemana.
PÉTAIN, HENRI-PHILIPPE: militar y político francés, uno de los vencedores de la primera guerra mundial. A los 86 años firmó el armisticio de Francia (1940) y encabezó el gobierno colaboracionista de Vichy. Tras la guerra fue condenado a cadena perpetua.

PFEFFER, FRANZ VON: capitán en la primera guerra mundial, uno de los primeros dirigentes de las SA.
PHIPPS, ERIC: embajador británico en Berlín (1933-1937) y en París (19371939).
PICKER, HENRY: uno de los taquígrafos de estas conversaciones.
PLEIGER, PAUL: político alemán, alto dirigente de la industria y la minería durante la guerra. Condenado a quince años de prisión en Núremberg.
PÖHNER, ERNST: jefe de policía de Múnich hasta 1925.
PORSCHE, FERDINAND: diseñador de automóviles, entre ellos el Volkswagen.
PRAETORIUS, EMIL: director teatral del Festival de Bayreuth.
PREYSING, KONRAD VON, conde: obispo católico de Berlín.
PUTTKAMER, KARL JESKO: vicealmirante alemán, ayudante naval de Hitler.

RAEDER, ERICH: almirante alemán, jefe de Estado Mayor de la Armada hasta 1942, en que fue sustituido por Doenitz. Condenado a cadena perpetua en Núremberg.
RAINER, FRIEDRICH: *Gauleiter* de Carintia.
RATENHUBER, HANS: principal detective de Hitler.
RATHENAU, WALTER: industrial y político alemán, ocupó varios ministerios. De origen judío, murió asesinado (1922).
REINECKE, HERMANN: general alemán.
REINHARDT, FRITZ: subsecretario alemán de Hacienda.
RIBBENTROP, JOACHIM VON: diplomático alemán y destacado colaborador de Hitler. Como ministro de Asuntos Exteriores (1938-1945) dirigió la política de expansión de Alemania. Condenado a muerte en Núremberg.
RICHTER: alto funcionario alemán del ministerio de Asuntos Exteriores.
RICHTHOFEN, WOLFRAM VON: teniente general de la Luftwaffe.
RIEFENSTAHL, LENI: cineasta y fotógrafa alemana, autora de películas que ensalzan el ideario nazi.
RINTELEN, ENNO VON: teniente general alemán.
ROATTA, MARIO: general italiano, fue agregado militar en Berlín (1939), jefe de los servicios de información, jefe de Estado Mayor (1940-1942) y comandante de las fuerzas italianas en Croacia.
RÖHM, ERNST: político nazi alemán, creador de la SA; asesinado por orden de Hitler (1934).
ROLLER: arquitecto vienés.
ROMMEL, ERWIN: mariscal alemán. Comandante de blindados en Francia y luego en el Afrika Korps, donde fue vencido por Montgomery (1943). Tras la conjura contra Hitler (1944) se suicidó.
ROOSEVELT, ELEANOR: esposa de Franklin D. Roosevelt.
ROOSEVELT, FRANKLIN D.: presidente de Estados Unidos (1936-1945).
ROSELIUS, LUDWIG: industrial alemán.

ROSENBERG, ALFRED: escritor, desarrolló la doctrina racial y el concepto de espacio vital de los nazis. Organizador de deportaciones masivas durante la guerra, fue condenado a muerte en Núremberg.
ROSS, COLIN: escritor austriaco, autor de libros de viajes.
ROTHENBERGER, KURT: subsecretario del ministerio de Justicia alemán.
ROTHERMERE, HAROLD SYDNEY HARMSWORTH, lord: propietario del Daily Mail; visitó Alemania en 1934, cuando su periódico era de tendencia germanófila.
RUMBOLD, HORACE: embajador británico en Alemania (1921-1933).
RUNDSTEDT, GERD VON: mariscal alemán, dirigió operaciones en Polonia, Francia y Rusia (1939-1941), así como la última ofensiva alemana (las Ardenas, 1944).
RUPPRECHT: príncipe de Baviera.
RUST, BERNHARD: ministro de Educación alemán.

SAUCKEL, FRITZ: *Gauleiter* de Turingia y encargado del reclutamiento de mano de obra forzosa. Condenado a muerte en Núremberg.
SCHACHT, HJALMAR: político alemán, como presidente del Reichsbank (1933) y ministro de Economía (1934-1937) facilitó el rearme de Alemania.
SCHARRER: diplomático alemán.
SCHAUB, JULIUS: oficial de las SS y ayudante de Hitler.
SCHARNHORST, GERHARD VON: general y organizador del ejército prusiano a principios del siglo XIX.
SCHEIDEMANN, PHILIPP: político socialdemócrata alemán, contribuyó a derrocar la monarquía (1919) y fue jefe de gobierno de la república de Weimar.
SCHELEICHER, KURT VON: general alemán.
SCHEUBNER-RICHTER, MAX ERWIN: militante nazi muerto en el putsch de Múnich (1923).
SCHILLER, FRIEDRICH: poeta del romanticismo alemán.
SCHINKEL, KARL FRIEDRICH: arquitecto alemán del siglo XIX.
SCHIRACH, BALDUR VON: jefe de las juventudes del partido nazi y *Gauleiter* de Viena. Condenado a veinte años de cárcel en Núremberg.
SCHLEGELBERGER: subsecretario del ministerio de Justicia alemán.
SCHOLTZ-KLINK, GERTRUD: dirigente del partido nazi.
SCHÖNERER, GEORG RITTER VON: político austriaco panalemán y antisemita.
SCHOPENHAUER, ARTHUR: filósofo alemán del siglo XIX.
SCHRECK: uno de los chóferes de Hitler y fundador de las SS.
SCHRÖDER: almirante alemán.
SCHRÖDER, CHRISTINA (siglas «C.S.»): una de las secretarias de Hitler.
SCHWARZ, XAVIER FRANZ: tesorero del partido nazi.
SCHWERIN-KROSIGK, LUTZ: ministro de Economía alemán.
SCHWEYER, FRANZ: ministro del interior de Baviera (1921-1924).

SEBOTTENDORFF, RUDOLF VON: copropietario del periódico nazi *Völkischer Beobachter*.
SEECKT, HANS VON: general alemán.
SEISSER, HANS VON: militante nazi de Múnich.
SELDTE, FRANZ: ministro de Trabajo alemán.
SERRANO SÚÑER, RAMÓN: político español. Ministro de Franco (19391942), impulsó la alianza con Alemania. La lucha entre facciones lo apartó de la política.
SEVERING, WILHELM CARL: político socialista alemán, fue ministro del Interior (1928-1930).
SEYSS-INQUART, ARTUR: dirigente nazi austriaco, intervino en el Anschluss. Fue vicegobernador de la Polonia ocupada (1939) y comisario del Reich en Holanda (1940). Procesado en Núremberg y ejecutado.
SHAW, GEORGE BERNARD: escritor y dramaturgo británico.
SIEBERT, LUDWIG: diseñador teatral alemán.
SIMA, HORIA: político rumano, sucesor de Codreanu al frente de la Guardia de Hierro.
SIMON, GUSTAV: *Gauleiter* de Moselland.
SPEER, ALBERT: arquitecto alemán, colaborador muy cercano de Hitler y ministro de Armamentos del Reich. Condenado a 20 años en Núremberg.
SPIECKER, KARL: político alemán del Partido de Centro.
SPITZWEG, KARL: pintor alemán del siglo XIX.
STAHL: taquígrafo y mecanógrafo del ministerio de Propaganda.
STARHEMBERG, ERNS RÜDIGER VON, príncipe: político austriaco.
STEINGLEIN: magistrado de Baviera.
STIFTER, ADALBERT: escritor austriaco del siglo XIX.
STRASSER, GREGOR: dirigente de las SA, asesinado por orden de Hitler (1934).
STREICHER, JULIUS: director de *Der Sturmer*, publicación antisemita. Condenado a muerte en Núremberg.
STRESEMANN, GUSTAV: político alemán, fue canciller (1923) y ministro de Exteriores (1924-1929); logró el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones.
STRUNK: periodista alemán.
STUCKART, WILHELM: secretario de Estado del ministerio del Interior alemán.
STÜLPNAGEL, OTTO VON: general alemán.

TERBOVEN, JOSEF: comisario del Reich en Noruega (1940-1945).
THAELMANN, ERNST: dirigente comunista alemán, internado en Buchenwald (1933) y ejecutado (1944).
THIERACK, OTTO: ministro de Justicia alemán.
THOMA, LUDWIG: escritor alemán.
THOMSON: representante alemán en Washington.
TIMOSHENKO: mariscal soviético.
TISZO, JOSEF: obispo católico y político eslovaco. Proclamó la independencia de su país y lo puso bajo control alemán (1939). Al final de la guerra fue ejecutado.

TITULESCU, NICOLAE: político rumano, fue ministro de Asuntos Exteriores (1926-1928 y 1932-1936).
TODT, FRITZ: general alemán, fue jefe de la Organización Todt, dedicada a grandes obras con mano de obra forzada. A su muerte en accidente (1942) le sucedió Speer.
TONNINGEN, ROST VAN: miembro del gabinete secreto holandés durante la ocupación alemana.
TORGLER, EMIL: dirigente comunista alemán acusado del incendio del Reichstag (1933).
TREITSCHKE, HEINRICH VON: historiador alemán del siglo XIX.
TRENKER: productor cinematográfico alemán.
TREUNENFELS, señora: dirigente del partido nazi.
TREVIRANUS, GOTTFRIED: político alemán.
TROOST, PAUL LUDWIG: arquitecto alemán, creador del «nuevo estilo» nacionalsocialista.
TROTSKY, LEV DAVIDOVIC BRONSTEIN: dirigente revolucionario ruso, expulsado de la Unión Soviética (1933) y asesinado por orden de Stalin (1940).

UDET, ERNST: general de la Luftwaffe
UIBERREITER, SIEGFRIED: *Gauleiter* de Steiermark.

VANSITTART, ROBERT G.: diplomático y político británico, en 1938 se opuso a la política apaciguadora de Chamberlain.
VARELA, JOSÉ ENRIQUE: general español de simpatías carlistas, dirigió el ataque de los nacionales a Madrid.
VÖGLER, ALBERT: magnate de la industria pesada alemana.

WAGNER, COSIMA: esposa de Richard Wagner.
WAGNER, RICHARD: músico alemán del siglo XIX.
WAGNER, ROBERT: *Gauleiter* de Baden.
WAGNER, SIEGFRIED: hijo de Richard Wagner.
WAGNER, WINIFRED: esposa de Siegfried Wagner.
WALTER, BRUNO: director de orquesta alemán.
WAVELL, ARCHIBALD PERCIVAL: mariscal británico, tuvo altos cargos militares en Oriente Medio y la India.
WEBER, CHRISTIAN: veterano militante nazi.
WEININGER, OTTO: filósofo austriaco.
WERLIN, JACOB: fabricante de automóviles alemán.
WESENDONK, MATHILDE: amante de Richard Wagner.
WIEDEMANN, FRITZ: capitán de Hitler en la primera guerra mundial, fue cónsul alemán en San Francisco (1941).
WILSON, WOODROW: presidente de Estados Unidos (1912-1921), introdujo a su país en la primera guerra mundial, tras la cual creó la Sociedad de las Naciones.
WINDSOR, duque de: rey de Inglaterra (Eduardo VIII), abdicó en 1936 para poder casarse a su gusto. Se le atribuyeron simpatías pronazis.
WIRTH, JOSEF: canciller alemán.

WOLF, JOHANNA (citada como «J.W.»): una de las secretarias de Hitler.
WOLFF, KARL: general de las Waffen SS.

ZEITZLER, KURT: general y alto mando del ejército alemán.
ZWIEDINECK: profesor de economía alemán.